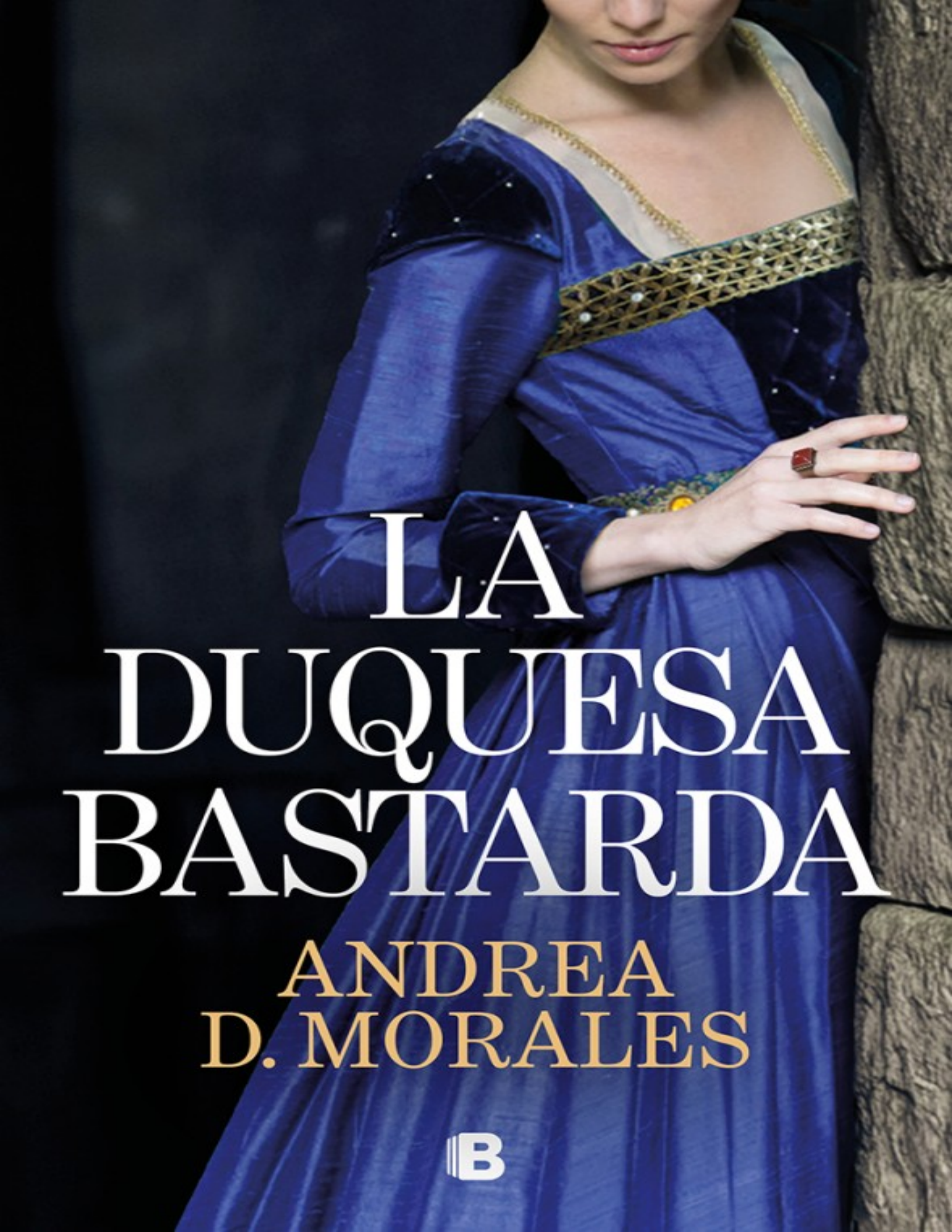

LA
DUQUESA
BASTARDA
ANDREA
D. MORALES

La duquesa bastarda

Andrea D. Morales

Para María del Carmen Lara,
que ignoró las señales de Dios
y con ello me otorgó el privilegio de llamarla abuela

Y para Rosa Pérez,
el espíritu benévolo que me visita por las noches
y me reconforta con su presencia

El que contra ti conspirare, delante de ti caerá.

Isaías, 54,15

Prólogo

Con el transcurrir del tiempo se diría que don Pedro de Lara, duque de Valdívar, habría casado hasta en tres ocasiones.

Su primera esposa fue doña Beatriz de Aguilar. Muerta.

La segunda, yo. Repudiada por supuestos y repentinos ataques de locura.

La tercera será, en breves, Margarita de Zúñiga, a la que deseo la mejor de las fortunas. La necesitará para sobrevivir en ese nido de víboras que es la corte del rey Alfonso, para batallar contra la alargada sombra de la bienamada Beatriz y los fantasmas que acechan en el castillo que, tras las nupcias, se convertirá en su hogar.

La necesitará para no acabar ni muerta ni loca.

PRIMERA PARTE

Sin conocer la voluntad de las mujeres,
el hombre no puede conseguir su amor.

Speculum al foder

1

La búsqueda

Condado de Nailloux, reino de Francia
15 de noviembre de 1274

Lo único que se oía por encima de la disputa de mi progenitor y su esposa era el sonido metálico de las bandejas de plata al posarse sobre el finísimo mantel que recubría la mesa. Las voces del conde y la condesa de Nailloux se confundían en mi mente desde que la palabra «matrimonio» reptara hasta mis oídos.

Permanecí allí, resguardada tras la enorme puerta de madera, aferrada a la pequeña rendija que habían dejado abierta. A través de esa delgada línea contemplaba la crucial escena que me había sido vetada.

Con las mejillas coloreadas por los vapores del alcohol y el calor que manaba del lar, padre picoteaba de los manjares que recién habían servido. Con cada porción que escogía, la vajilla quedaba desnuda, desvelando la heráldica grabada en el fondo de los platos. Yantar era uno de sus máximos placeres. A Antoine Leblond todo le era apetitoso, en especial su mujer, doña Anne de Albret.

No podían ser más diferentes. Él era uno de esos inusuales hombres que siempre portan una sonrisa en el rostro, templando el ambiente y animando a que todos se solacen en el recuerdo de los buenos momentos. Ella, una señora de comisuras descendentes y ceño fruncido, de escasa tendencia a cualquier actividad ociosa que produjera sosiego.

—Hay que encontrarle un esposo —anunció el conde—. Ya he comenzado los preparativos. —Se chupó los dedos pegajosos y le hizo una seña a uno de los criados, quien desapareció un momento para regresar con un pergamino enrollado—. Me han provisto de un listado de hombres casaderos, todos de buen linaje.

Padre llevaba hablando de matrimonio desde que yo tenía memoria. Según él y sus leales consejeros, habíamos desperdiciado unos años extraordinarios, los mejores, sin lugar a dudas, pues la mujer cuanto más joven más jugosa, al igual que el venado.

Sin embargo, poco o nada había participado yo en la decisión de postergar mis nupcias hasta esa avanzada edad que eran los diecinueve. Otras prioridades me habían arrollado, relegándome al último de los pensamientos de mi progenitor cuando todo un enjambre de caballeros ilustres se interesó en mi medio hermana, a quien padre había dotado de una cantidad tan suculenta que habría hecho salivar incluso al más desinteresado de los hombres. Avariciosos, los señores se lanzaron cual bestias a endulzarle el oído con palabras melifluas y prometerle unas arras considerables para la joven dama, asegurándole así que nunca quedara desvalida.

Con aquella marejada de pretendientes amontonándose a su derredor, se llegó a la temprana conclusión de que Aurore era mucho más fácil de casar que yo; así pues, el conde y la condesa de Nailloux aunaron sus esfuerzos en mi medio hermana y se olvidaron de mí. Yo podía esperar.

Y eso había hecho.

—¿Algún extranjero? —preguntó doña Anne.

Padre frunció el ceño y le cedió el pergamino a su esposa, que enseguida comenzó a leer.

—Algunos —murmuró mientras se rascaba la barba—. Esta tarea es harto difícil y tendremos más éxito en los reinos de Castilla y Aragón que aquí.

—Quizá con algún pariente de nuestro yerno —pensó doña Anne en voz alta, sin levantar la vista del pergamino.

A Aurore se la había llevado el duque de Arvieu, don Hugues Durand, un matrimonio en extremo ventajoso que podía retribuir a mi favor si es que se llegaba a algún pacto.

A padre, sin embargo, no le gustó la idea, pues chasqueó la lengua.

—A veces es mejor no pedir favores.

—¿Desde cuándo un contrato matrimonial se observa como un favor y no como lo que es, un negocio?

Él emitió un bufido que delataba cansancio.

—Esposa mía… —Aquel fue el primer aviso.

Padre era un hombre paciente, pero incluso el más santo de los varones encuentra un límite. Y ese límite poseía nombre y apellido, doña Anne de Albret.

—Tiene un hermano —le recordó ella con cierta tirantez.

—Un hermano que aspirará a algo mejor que nuestra Mathilde.

Esa era yo. La pobre Mathilde.

Tragué saliva con dificultad y, silente, me pegué aún más a la puerta, aguzando el oído.

De haber sido una niña de corta edad, me habría frustrado ante el favoritismo que mi padre demostraba públicamente por sus otras hijas: Aurore y Léonie. Pero tras años de afecto prodigado en privado, ya había reconocido y aceptado mi inferioridad. Yo era el fruto de un amor pasajero. Un amor nunca jurado y nunca validado ante Dios, lo cual conlleva un precio. La bastardía es una condición que nadie desea.

—¿Preferís a un extranjero que a alguien de nuestro reino? —Doña Anne prosiguió con su interrogatorio, punzante y sibilina.

—Es bueno casar con extranjeros, querida esposa. Así entra sangre nueva.

—Sangre nueva… —refunfuñó.

Padre le echó una mirada que había dejado de ser de advertencia y ella asintió con una sonrisa mal fingida. Anne de Albret nunca sería partidaria de salir de las fronteras de nuestro amado reino, ni siquiera por motivos tan celebrados como es un casamiento. «Todo aquello que pueda hacerse en nuestras tierras se hará en nuestras tierras», solía decir. Francia ocupaba buena parte de su corazón, el resto era de sus hijas.

—Es mejor así —zanjó la cuestión padre.

—Sea —dijo doña Anne—. Mas aseguraos de no ofender a ningún noble francés con vuestras preferencias por lo foráneo. No vayamos a entablar alianzas con un reino vecino y sembrar enemistades en el nuestro.

A lo que padre se refería era a que ningún gran noble estaría dispuesto a contraer nupcias conmigo, bastarda reconocida pero bastarda al fin y al cabo. Ante ello, solo le quedaba agrupar a las ramas menores de la nobleza, bien fuera a esos segundogénitos desesperados o a algún gran señor que, habiendo caído en desgracia, poseyera un buen título y se viera en la necesidad de un matrimonio que le garantizase un mayor número de tierras y rentas.

Por el contrario, en los reinos peninsulares nos sería más fácil triunfar, cualquier alianza extranjera se percibiría como un entronque beneficioso, por lo que muchos caballeros de condición superior a la nuestra ignorarían mi nacimiento fuera del seno del matrimonio. Quizá pudiera atrapar a un marqués o a un duque. Además, como mi propio padre había comentado, a veces era de necesidad que entrara sangre nueva dentro de la familia.

En los días sucesivos se mandaron misivas a toda Francia y al otro lado de la frontera, a los reinos de Castilla, Aragón, Navarra y Portugal.

Nuestro monarca, Felipe III, de la dinastía de los Capeto, no ofertó pariente alguno para mis nupcias. Su hermano Luis había fallecido hacía quince años y su hermano Juan-Tristán hacía cinco, de un brote de disentería que asoló los ejércitos durante la octava cruzada. El resto —Pedro, conde de Alençon, y Roberto, conde de Clermont— ya habían pasado por el altar. En cuanto a sus hijos varones, todos eran menores que yo.

Padre quería intentar que don Alfonso de Castilla propusiera a uno de sus hermanos. Sin embargo, este estaba bastante lejos de querer que uno de los miembros de la familia real matrimoniara conmigo, y no precisamente por mi sangre francesa. No. La verdadera razón

estribaba en mí misma; el rey consideraba que yo era un bocado demasiado modesto para un paladar tan refinado.

A pesar del terrible oprobio que esto podría comportar, en realidad era de agradecer. Su hermano, el infante don Felipe, parecía estar preso de una terrible maldición: mujer con la que se unía, mujer a la que enterraba. Y eso que ya había casado hasta en tres ocasiones.

Su otro hermano, don Manuel, había contraído nupcias con doña Constanza de Aragón, hija de Jaime I el Conquistador y la reina Violante de Hungría. Tras quedar viudo con todavía mucha vida por delante, había decidido volver a pasar por el altar justo el año anterior, cuando tomó por esposa a Beatriz de Saboya, hija del conde de Saboya, Amadeo IV.

Para nuestra desgracia, don Fernando había rendido el alma durante la conquista de Sevilla, y don Sancho, quien había sido arzobispo de Toledo hasta su muerte, ya hacía catorce años que abandonara nuestro mundo.

Así pues, los únicos infantes castellanos que quedaban eran don Enrique y don Fadrique. Don Enrique aún no se había decidido por el matrimonio, pese a que ya peinaba canas dados sus cuarenta y cinco años. Irónico teniendo en cuenta que a mí se me apremiaba a desposarme, no fuera mi tersa piel a caer hecha jirones y ya nadie me deseara, mientras que él ya se había rendido a la gordura y flacidez propia de una vida de excesos.

De su hermano don Fadrique decíase que tenía una cicatriz que lo afeaba notablemente. Sin importar aquella imperfección física, le habría dado el «Sí, quiero» de haber sido la voluntad de mi padre y el rey, mas no fue así y aquello me salvó del agravio. Contra todo pronóstico, don Fadrique sería ejecutado unos años más tarde por conjurador.

Del rey de Aragón, don Jaime I el Conquistador, había poco que obtener; su único hermano había fallecido y él ya no estaba en posición de guerrear mucho más debido a su avanzada edad. En cuanto a sus propios hijos, don Pedro y Jaime estaban casados, y Sancho llevaba vestiduras de arzobispo.

Menos esperanzas albergábamos con la monarquía navarra. Hacía un año que el rey Enrique I había fallecido, dejando una viuda

desconsolada y una criatura de tan solo dieciocho meses. A aquella niña que apenas podía ponerse en pie la habían proclamado reina bajo la atenta mirada de su progenitora, doña Blanca de Artois, quien ostentaba el poder en calidad de regente. Doña Blanca era, además, prima de nuestro rey Felipe III, por lo que la sangre que corría por la nueva reina de Navarra, Juana I, era francesa.

En el reino de Portugal se presentaba más de lo mismo. Al monarca Alfonso III no le quedaba ningún hermano vivo y a sus vástagos legítimos ni aspirábamos.

Se trataba, a todas luces, de una situación desoladora.

—Ningún rey te dará a uno de sus deudos, ni siquiera al menor de ellos. No nos darían ni a uno de sus pajes para prometerlo con Mathilde —había augurado doña Anne—. ¡Qué osadía pedirle a uno de sus hermanos! ¡A un infante!

—Sería un necio si no lo supiera, si acaso soñara con ello —le explicó él—. Les pido un infante y un buen hombre a sabiendas de que nos lo negarán, mas así son las negociaciones. Yo les informo de lo que deseo y ellos, creyendo que no somos merecedores, atemperan ese deseo para así ofrecerme algo más acorde a nuestra condición.

—Un gran noble —acotó ella.

—O un noble cualquiera —apostilló él.

—Eso espero —concedió—, noble, después de todo, pero no menos que un conde. Deberíamos dar gracias a Dios si es que llega a ser un marqués o un duque.

—No aceptaré menos que eso. Mathilde sigue siendo hija mía y lleva el apellido Leblond.

—Sea. —Doña Anne inclinó la cabeza en un gesto de asentimiento —. Pero cuidaos de no ser en extremo intransigente con los hombres que la galanteen, no vayáis a dejarla soltera y quedemos para siempre bajo su custodio. Ninguna hija merece algo así, y menos por las ridículas pretensiones de un padre. Casadla bien, eso será suficiente. Mathilde lo valorará.

Tal y como padre había previsto, los rechazos reales no tardaron en llegar y desembocaron en suculentos cotilleos cortesanos. Enseguida corrió la buena nueva de que las Coronas de Castilla, Aragón, Navarra y Portugal se habían sentido tentadas de entroncar con el linaje nobiliario del conde de Nailloux. Lejos quedaba la veracidad de lo sucedido, pues ningún monarca había sopesado siquiera la opción de pedir mi mano para alguno de sus familiares; sin embargo, esa información no interesaba a nadie, como a nadie interesaba que Navarra siquiera podía contemplar algo así.

Las malas lenguas se enredaron en mentiras y mentiras, y, al poco tiempo, todo lo que había sobrevivido no eran más que habladurías. El rumor de lo que habría podido ser un enlace con la realeza se dispersó con virulencia y la nobleza peninsular empezó a desear aquello que se suponía que había sido el anhelo de sus gobernantes. A mí.

Solo quedó excluido de la búsqueda matrimonial el reino nazarí de Granada, dada su religión.

El conde de Nailloux no le entregaría su hija a un infiel.

2

Los pretendientes

Con aquella ida y venida de cartas se inició todo un despliegue de ofertas y peticiones de matrimonio, muchas más de las que jamás habría llegado a imaginar.

Padre pasó semanas encerrado en uno de los salones del castillo, leyendo y contestando misivas, barajando posibles pretendientes, rechazando a unos e invitando a otros a visitarnos, convencido de que así la negociación prosperaría. Su estrategia era la de una mente acostumbrada a los asuntos de la política: proponía a los caballeros que me conocieran en persona para así evaluarlos él mismo.

Para cuando llegó febrero, nuestro hogar ya se había convertido en refugio de jóvenes nobles —y no tan jóvenes—, un hervidero de excitación continua que recordaba a la abarrotada corte de nuestro rey Felipe III.

Muchos acudieron a saciar su curiosidad y averiguar si la bastarda Leblond tenía esos ojos grandes y melosos, la larguísima melena que hacía palidecer al trigo en época de recogida, la tez blanca que simulaba ser nata, el cuello largo y fino, las cejas arqueadas y esa silueta menuda de la que tanto se hablaba. Los más reticentes a cabalgar hasta el condado mandaron a sus hombres de confianza para cerciorarse de mi belleza y, en caso de ser cierta, luchar por mi mano.

La noche de su llegada, padre se reunía con ellos en privado y al día siguiente los presentaba en un banquete formal en el que los agasajaba con exquisitas viandas y el mejor de los vinos. Los

caballeros aprovechaban el momento para rendirme honores y lanzar discretas miradas de admiración. Los más astutos traían presentes para agasajarme y, con sentida deferencia, otros para doña Anne de Albret, de quien esperaban ganarse su simpatía.

Un segundogénito de familia noble me sorprendió con un anillo de oro, coronado por un inmenso zafiro y dos rosas de cinco pétalos grabadas en los bordes. Me habría parecido un obsequio hermosísimo de no ser porque doña Anne hizo que me fijara bien en la gema, que a la luz natural, y no de la macilenta lumbre, lucía deslustrada.

—Es evidente que el zafiro ha sido arrancado de otra alhaja y reutilizado para confeccionar el anillo.

De repente, el anillo ya no era tan cegador como se me había antojado en un principio.

Los obsequios fueron muy variados, desde perfumes de ámbar procedentes del reino granadino, pasando por incensarios de plata que colocar en mis aposentos o en un altar, hasta pendientes de oro y perlas y muchas otras joyas rutilantes ricamente trabajadas.

Pero la vanidad y la usura no debían nublar nuestro buen juicio, padre lo sabía muy bien, por eso los impelía a entablar conversación conmigo, para así comprobar si podían proveerme de entretenimiento, al menos durante la época de cortejo. Para ello salíamos a los jardines, resguardados por las pellizas, con las manos enfundadas en guantes de piel, cubriéndonos narices y bocas para evitar que el frío nos agrietara hasta el alma. La hierba escarchada crujía bajo nuestros pies mientras sorteábamos la hojarasca y los charcos que habían dejado las últimas lluvias.

Detrás de nosotros, un cortejo de damas, encabezado por doña Anne de Albret y mis hermanas, cuidaba de que no hubiera comportamientos inapropiados o intenciones deshonestas, ni una sutil y efímera caricia, ni palabras veladas al acecho de un beso furtivo. Ante la más pequeña muestra de imprudencia, los ceños fruncidos de todas aquellas señoras y doncellas hacían recular a los intrépidos que trataban de ganarse mi corazón mediante ardides.

Conté hasta doce pretendientes, un número bastante elevado teniendo en cuenta mi condición de bastarda. Al menos una veintena

ya habían sido despachados por padre a través de cálamo y tinta, ahorrándoles así la molestia de personarse en Nailloux.

El primero en aparecer a nuestras puertas fue el duque de Chisseaux. Atendiendo a su flamante título nobiliario, habría sido una buena elección de no ser porque a su estado de ruina financiera se le sumaban dos inconvenientes: me sacaba una década y parecía sufrir alguna clase de anomalía física, pues sus piernas eran demasiado delgadas y se curvaban hacia dentro, dando la sensación de que se quebrarían con el siguiente paso.

Lo peor de todo era el hedor a cebolla que desprendía y que hube de soportar con estoicismo durante nuestro breve encuentro. Doña Anne de Albret, en cambio, no ocultó su desagrado y se tapó la nariz sin disimulo alguno, incluso estando al aire libre. Para mi querida hermana Aurore fue aún más difícil; el estado de gravidez le había afinado el olfato hasta tal punto que cualquier aroma, por leve que fuera, le desataba un tremendo dolor de cabeza y unas náuseas que culminaban en vómitos.

—Ni aunque sea el último hombre libre de nuestro reino y los vecinos. Antes de casaros con él, prefiero entregaros a una abadía, seréis más feliz allí —dijo padre.

No puse objeción alguna. Prometerme con aquel hombrecillo herrumbroso no era de mi agrado.

—Una cochiquera huele mejor que el duque —comentó doña Anne.

—Hay quienes tienen un severo problema con la higiene. Se pasean por ahí despreocupados, sin tener en cuenta que los demás debemos bregar con esa peste que exudan. ¿No debería estar eso prohibido?

—Debería estar prohibido —coincidió su esposa.

—Debería estar prohibido —conminó Aurore, que contrajo el semblante en un gesto de asco. Se le había revuelto otra vez el estómago con solo pensarlo.

Todos asentimos.

—Una lástima. —Doña Anne se encogió de hombros—. Si esa enfermedad que le retuerce las piernas acaba matándolo, heredaréis rápidamente. —Me echó un vistazo.

Cohabitar con el duque se me terciaba un precio demasiado alto para, finalmente, recibir un puñado de tierras agotadas y un limosnero apolillado en el que solo habría pelusas de terciopelo. Sin embargo, no tuve tiempo de hacer valer mi parecer; padre dio un golpetazo sobre la mesa y la vajilla retumbó.

—¿Heredar qué? —espetó padre, airado—. ¿Su título y sus deudas? —Agitó la mano en señal de negación—. Traerá más cuitas que dichas y para su fallecimiento quizá haya que esperar demasiado.

Doña Anne de Albret esbozó esa sonrisa sibilina que cuando era una cría me erizaba el vello de la nuca.

—O no. Es evidente que está enfermo y no me extrañaría que esa fuera la causa de su soltería.

Padre bufó.

—Nunca se sabe cuándo Dios ha de llamarnos para que acudamos ante Él. El duque puede fallecer en tres meses o en treinta años. Además, no estaría tranquilo. No quiero que esa mala semilla se extienda dentro de nuestro linaje ni que mi Mathilde tenga que dar a luz a un niño malformado.

Dirigí la mirada hacia mis manos, escondidas bajo el fino y blanquecino mantel que adornaba la mesa, y allí, con la cabeza gacha y la cortina de cabello trigueño ocultando mis facciones, me permití una de esas sonrisas que destilan agradecimiento. Aquella noche no me retiré a mi alcoba sin haberle regalado a padre un beso en la mejilla. «Por cuidarme —le dije—, por velar por mí, por quererme».

Y ahí quedó todo.

El duque de Chisseaux aceptó la negativa de mi progenitor, se fue bien entrada la mañana siguiente.

Para los extranjeros fue menester un traductor, pues ni los aragoneses y castellanos hablaban francés, ni nosotros su lengua. Para eso, padre había mandado llamar a un intelectual que pasaba el día, ora leyendo, ora transcribiendo manuscritos de tiempos pasados.

Era el conde de Aguasvivas, del reino de Aragón, un hombre encantador, atento y servicial, de una conversación tan agradable que quedé impresionada. Su gran pasión era la poesía y, sabiéndome halagada, me dedicó poemas amorosos mientras paseábamos por los jardines del castillo. Que si las rosaledas se marchitaban ante mi mera presencia, que si el sol quedaba eclipsado por la belleza de mi sedosa melena y las frambuesas eran menos apetitosas que mis labios. Por desgracia, sospecho que la traducción no hacía honor a las palabras que enhebraba con soltura, la sonoridad no era la misma en nuestro francés y los versos no terminaban de rimar por más que el intérprete se afanaba en encajarlos y ser fiel a los sentimientos que mostraba el caballero.

—Si solo fuera un poco más alto… —lamentó Aurore cuando nos reunimos en privado.

Pese a sus muchas virtudes, el aragonés era más pequeño que yo en un par de pulgadas, una diferencia que él mismo trataba de acortar estirando el cuello y cuadrando los hombros.

—¿Es eso tan importante? —inquirí—. Pensaba que buscábamos inteligencia, ternura y donosura. Eso es lo que recitaba la trovadora Castelloza, ¿no? —Con voz cantarina declamé—: «Amigo, si os encontrara cortés, humilde, sincero y de buen corazón, bien os amaría; pero ahora recuerdo que os encontré malvado, falso y vil».

—El caballo no puede montar a la yegua si esta es más alta que él —dijo mi hermana acariciándose el incipiente vientre.

—Tampoco es que el conde de Aguasvivas sea un potrillo. —Rio Léonie, divertida por los pícaros comentarios.

—Bueno, así será más fácil besarlo —lo excusé.

Doña Anne estalló en sinceras carcajadas y yo no pude evitar enrojecer por completo al reparar en la sinceridad abrumadora que me había brotado de la boca.

—Cuidado con eso, querida. Los hombres de poca estatura a menudo se convierten en gravísimos tiranos. El complejo merma tanto su amor propio que han de pisotear a los que se hallan a su derredor para así sentirse gigantes. Nunca os perdonará que seáis más alta que él.

—Mas no es mi culpa sobrepasarle en estatura —me quejé—. ¿Por qué odiar algo que me ha concedido Dios, nuestro Señor? ¿Acaso no somos su obra magna, no estamos hechos a su imagen y semejanza?

—Solo el hombre —rumió Aurore.

Doña Anne emitió un suspiro apiadándose de mi inocencia y juventud.

—Los hombres no aceptan que Dios nos otorgue algo que según ellos les pertenece. No importa si es altura, belleza, riqueza o poder. Son avariciosos por naturaleza y lo quieren todo para ellos.

—No lo escojas, Mathilde —me susurró Aurore, que me había tomado de la mano—. No lo escojas a él.

No lo hice.

Porque ¿cómo no seguir los consejos de mi querida hermana, que había elegido tan bien a su esposo que ya había dado a luz a un varón de dos años y llevaba en sus entrañas a lo que sería una niña de mejillas arreboladas? Si había mujer que conociera el éxito del matrimonio, esa era Aurore.

El siguiente fue el marqués de Navalosa, del reino de Castilla. Apuesto, gallardo, de ojos felinos y espaldas anchas, le habría arrebatado el aliento a cualquier doncella. Su sonrisa era la más afilada de sus armas, las arras que traía consigo como gesto de buena voluntad eran más que generosas y el linaje del que provenía, impecable.

—Demasiado, en todos los aspectos —arguyó doña Anne—. Será vuestra perdición.

—Ha demostrado ser muy atento —le defendí yo.

El marqués no solo me había resultado atractivo, sino también cortés. Había intentado comprar mi afecto con un broche redondo de filigranas de oro y un rubí en el centro. A cambio, y mostrando un gran interés por mis aficiones, me había suplicado que lo obsequiara con alguna tonadilla mientras tocaba el laúd o el arpa.

—Creedme, querida mía, será atento con otras mujeres, en especial cuando ya estéis encinta. Esa sonrisa… —Doña Anne negó con la cabeza, visiblemente disgustada—. Seguro que la utiliza con todas, al igual que ese exagerado interés por vuestros gustos es fingido. Son migajas, migajas con las que llenaros el vientre y el pecho de ilusiones. Y de las migajas nadie ha logrado alimentarse.

Intenté objetar, pero de poco sirvió.

—Hazle caso a madre, hermana —me instó Aurore—. No querrás compartir a tu marido con otras. Yo, desde luego, no lo soportaría.

—Un esposo adúltero es peor que la ponzoña —continuó doña Anne—. Tomadlo en matrimonio y un día os despertaréis en el lecho, miraréis a vuestra derecha y os percataréis de que no podéis confiar en él ni siquiera para los asuntos más nimios, como en si le ha agradado vuestra elección del servicio de mesa. Entonces, plagada de dudas y descortesías, de engaños y hastío, desearíais haberlo dejado pasar en vuestra lista de pretendientes y que se lo hubiera quedado otra. Una más necia. Una más torpe.

Aquel discurso funesto me había arrancado cualquier atisbo de esperanza en lo referente al noble castellano, y a los hombres, en general. Al ver mi repentina mudez, doña Anne relajó el rostro, y en sus labios se dibujó una sonrisa preñada de cariño.

—Esto es como el juego del ajedrez, solo que, a veces, quien se queda con el rey es la que pierde. Encontraremos a un buen hombre, uno que no se deje vencer por los apetitos de la carne. Uno que os sea fiel.

Seguí sus consejos e ignoré a aquel ilustre caballero.

Estaban en lo cierto, el marqués de Navalosa casó con una joven de buena familia y yuntó carnalmente con cada una de sus doncellas. A nadie le sorprendió cuando nacieron hasta tres hijos varones y cinco féminas de vientres distintos. Su esposa desearía que hubiera sido yo la que cometiera el infame error de unirme a él.

El vizconde de Barmont, cuyas tierras se encontraban en el centro del reino de Francia, me sobrepasaba en treinta y cinco años.

Era fama la gallardía de su excelso linaje, casi tanto como la viudedad que lo había asolado hacía unos meses. Su primera esposa había muerto de fiebres puerperales, dejándolo a cargo de cinco hijas, algunas todavía menores. Fue, quizá, demasiado sincero en cuanto a sus intenciones. Las niñas necesitaban con presteza una madre y él una nueva mujer, esta vez una que le garantizara, a ser posible, un heredero.

—Parece sana y fuerte —dijo escrutándome.

Temí que en cualquier momento fueran a desnudarme allí mismo, encima de la mesa del gran salón, para medirme las caderas y que una vieja alcahueta me introdujera los arrugados dedos entre los muslos. «Oh, sí, sí, la doncella es pura y su tierra es fértil. Os dará buenos vástagos, proceded a plantar vuestra simiente cuando gustéis», habría augurado la mujer. Y yo solo podría temblar, ahí expuesta cual trozo de res en las tablas de carnicería, y preguntarme: ¿y si no lo soy? ¿Y si no puedo parir un heredero?

—Por Dios y por mi vida que a doña Mathilde no le faltará de nada mientras yo esté vivo —prosiguió el vizconde—. Será tratada con devoción y respeto, lo que merece, y todo mi cariño le pertenecerá. Y como yo también soy padre de hijas, juro que, de ser una mujer obtusa y desobediente, la reprenderé mas no seré severo con ella. Mis manos no la dañarán, señor mío.

De este modo, el vizconde de Barmont, de una astucia singular, mentó el mayor miedo de un progenitor, el sufrimiento de sus hijos, y se ganó a padre en la velada que se celebró la noche de su llegada.

Doña Anne, que no caía en promesas vacuas ni se dejaba enredar con palabras que pronto se las llevaba el aire, opinaba que el vizconde era demasiado mayor y me haría infeliz. Padre creía que la diferencia de edad era salvable en tanto en cuanto había jurado prodigarme cuidados y afecto; a ella le gustaba recordarle que el cariño podía nacer y morir en un suspiro.

—La haréis desdichada —le previno.

—Ya lo habéis oído. Promete respetarla y amarla.

—Cuando ella madure un poco más, él será un anciano al que le faltarán los dientes y le costará levantarse de su asiento. Por Dios bendito, la condenaréis a cuidar a un viejo decrépito.

—Mejor así. Vos misma dijisteis que cuanto antes falleciera el duque de Chisseaux, antes heredaría Mathilde. Este, al menos, no ha dilapidado toda su fortuna ni viene en busca de nuestro dinero.

—¡No es lo mismo! —comentó indignada—. No comparéis a un duque tullido con un pie en la tumba con un simple vizconde que no presenta signos de enfermedad. ¿Acaso creéis que me habría negado de haber sido el hermano del rey Alfonso, don Enrique?

—¿Segura que no lo habríais hecho? —cuestionó él, con una de las cejas alzadas—. Porque don Enrique debe sacarle unos veintiséis años.

—Dios sabe que no. —La ofensa le constreñía la garganta—. Soy una madre preocupada, mas no una necia que no distingue el beneficio para sus hijas, y Mathilde es casi mi hija. —Se golpeó el pecho, y las joyas que la engalanaban repiquetearon—. La habría mandado a Castilla con las mejores telas y gemas, y un séquito pequeño pero leal que la salvaguardara en esas tierras extrañas. Así habríamos esperado, juntas, en la distancia, a que don Enrique falleciera y ella y sus descendientes heredaran.

Una mueca ladina, nada común en él, serpenteó en la boca de padre.

—Qué poco os importaría ahí su dicha…

Para doña Anne aquello fue una puñalada. Se acercó a su esposo hasta que sus narices se rozaron y pudo oler el aliento agriado por el vino. Entonces siseó:

—Nombradme un solo matrimonio feliz.

Después del vizconde de Barmont, llegaron más pretendientes, a cada cual más decepcionante. El que no me superaba demasiado en edad, no era de digna planta; el que gozaba de hermosura, acumulaba terribles faltas; el que no las tenía, no se había granjeado

la simpatía de padre, y el que parecía un caballero de infinitas virtudes, provocaba en doña Anne de Albret un mohín de desagrado.

Una noche, padre irrumpió en la alcoba privada de doña Anne, solo vestido con la camisola que hacía de ropa de dormir. El lar estaba encendido y el chisporroteo emitía una calidez intermitente, una luz anaranjada que se reflejaba en su gesto contraído y en los ornamentos de oro y plata que decoraban los aposentos. El servicio se retiró enseguida, dispensado por doña Anne, que, acomodada en el lecho, se arrebujaba entre los enormes almohadones.

—¿No me dijisteis precisamente vos, esposa mía, que no fuera intransigente con los pretendientes, que con casar bien a Mathilde sería suficiente?

Con cuidado, doña Anne de Albret alisó las arrugas de las mantas que la cubrían. Nada en su rostro presagiaba alteración.

—Cierto es, mas si la entregamos a cualquiera nos arrepentiremos de por vida.

—No son hombres cualesquiera, bien lo sabéis.

—No. No lo son. Pero Mathilde tampoco es doncella cualquiera, por muy bastarda que sea, ¿verdad? —Padre se mordió el labio inferior, arrepentido por el ataque de impaciencia y rabia que lo había llevado a penetrar cual bárbaro en las habitaciones de su querida esposa—. Quiero para ella lo que tiene Aurore, ni más ni menos. Eso es lo que debemos darle.

—Lo de Aurore con el duque de Arvieu es excepcional. Un matrimonio en el que nazca el amor… Un amor sincero… Eso no siempre sucede. No podemos prometerle la felicidad, no está en nuestras manos.

—Pero sí el desposarla con un hombre que no vaya a agraviarla, y muchos de los caballeros que han pasado por este, nuestro hogar, iban a hacerlo. Si no podemos prometerle la felicidad, garanticémosle lo más parecido que haya. —Y tras un suspiro, dijo —: Ya ha sufrido bastante, ¿no creéis?

Nadie podría acusar a doña Anne de Albret de no ser justa conmigo, aunque no fuera de su sangre.

Los pretendientes se sucedieron y, tras continuados galanteos, ofrendas lujosas, conversaciones y paseos invernales, me pregunté si en algún momento encontraríamos al hombre al que padre me cediera en calidad de esposa o si, tal y como él había mencionado en una ocasión, habría de ingresar en un convento.

La búsqueda se había alargado hasta lo indecible y, para cuando rozábamos finales de marzo, mi paciencia se agotaba. Contemplar cada mañana el vientre abultado de Aurore, los arrumacos que dedicaba a su hijo y los que le prodigaba a ella su devoto esposo acentuaba una inseguridad que ya me roía el estómago. Aprovechaba hasta la más ínfima oportunidad para compararme con ella y abrirme heridas en el orgullo.

La brillante y bella Aurore, con unos ojos azules en los que cabía el cielo primaveral y una melena rubia bruñida. La perfecta doncella de mirada cauta y mejillas sonrosadas, de la que se prendaban caballeros de noble estirpe y hombres del común. La segundogénita de Antoine Leblond, la primera en desposarse y, para mayor ofensa, en el plazo de un mes.

Para cuando llegó mayo, la angustia se había acrecentado lo suficiente como para envolverme en unas preocupaciones grises que apenas me dejaban comer y conciliar el sueño. Desesperada, una noche encendí el candil que siempre reposaba al lado del lecho y me postré de rodillas en el reclinatorio instalado en mi alcoba. Con absoluta devoción, clavé los ojos en el crucifijo y con un hilillo de voz le pedí a Dios Todopoderoso que me enviara una señal.

—Una señal, Dios mío —gemí entre sollozos—. Una señal que me muestre el camino que he de seguir: el de la abnegada esposa o el de la monja benedictina en la que me convertiré si esa es vuestra voluntad. Me encerraré en el convento de Argenteuil, al igual que Eloísa, y me dedicaré a las plegarias y a cuidar de los más necesitados.

Las manos entrelazadas empezaban a dolerme debido a la presión, y las lágrimas que surcaban mi faz, mejillas abajo, se me precipitaban sobre los labios, salándome los rezos.

—Vuestra servicial esposa o la de un hombre bueno —murmuré—. Os lo ruego, dadme una respuesta.

Lo habría hecho. De buena gana habría pronunciado los votos de novicia si esos hubieran sido sus designios. Pero Dios proveyó con asombrosa celeridad.

Fue en una tarde de lluvia torrencial cuando los señores de Cigales aparecieron en el limes de nuestro territorio sin invitación alguna.

Y sería ella, doña Mencía de Lara, quien cambiara mi vida por completo.

3

La señora de Cigales

Mayo de 1275

Pese a que el frío había ido menguando, el mes de mayo se presentó con mañanas y noches aún gélidas. Frente al cielo encapotado y el manto de tristeza aposentado sobre el condado de Nailloux, los exiguos rayos de sol aportaban un ápice de luminosidad. Diluviaba. Diluviaba hasta ahogar los campos y convertir los cultivos en lodazales deprimentes, y las mujeres, encerradas en una de las alcobas superiores del castillo, observábamos el paraje aguado a través de la ventana mientras nos torturábamos los dedos en la labor del bordado.

—Tened paciencia —dijo doña Anne, con el ruido sordo del aguacero impactando sobre sus delicadas palabras—. Los asuntos de gran complejidad requieren de tiempo y esfuerzo. Esto sirve tanto para el noble arte de la aguja e hilo como para la política matrimonial. —Le echó un breve vistazo a Léonie, quien se había pinchado la yema del dedo y en esos momentos succionaba el ridículo hilillo de sangre.

Miré el hermoso dibujo floral que había punteado en el lienzo níveo que descansaba sobre mi regazo y contuve el bufido que me ascendía por la garganta. El noble arte de la aguja e hilo y la política matrimonial… Por desgracia, mi destreza era mayor para lo primero que para lo segundo. Habían transcurrido cinco meses desde que emprendiéramos la búsqueda de un esposo y mi situación era igual de descorazonadora que hacía tres años: padre seguía desestimando

pretendientes sin reparar en que cada hombre rechazado era un día más en el que yo me marchitaba.

Recordé las plegarias rezadas al Altísimo en aquel reclinatorio que me desollaba las rodillas y pinzaba la espalda, y sin levantar la cabeza de la labor, murmuré:

—Aceptaré lo que sea que Dios predisponga para mí.

—Ya sabéis lo que dicen: nosotros proponemos, mas es Dios el que dispone —respondió doña Anne—. Estoy segura de que lo que tiene preparado para vos es de gran valor.

Un gruñido interrumpió la esperanzadora conversación. A mi diestra, Aurore había tratado de levantarse, pero, pesada como estaba en el séptimo mes de embarazo, se había dejado caer en la silla de cadera, frustrada. No habría de permanecer mucho más en Nailloux; la criatura que abrigaba en sus entrañas debía nacer en Arvieu, el ducado de su esposo, donde este se encontraba desde hacía semanas. Don Hugues Durand había sido muy generoso al mostrarse tan solícito con padre, aconsejándole sobre este y otro caballero que venían a parlamentar sobre contratos matrimoniales. Sin embargo, al dilatarse tanto la gestión, el duque aludió a sus deberes para retornar a sus tierras, tratando así de ocultar la realidad: estaba agotado de esperar a que apareciera un buen marido para mí.

Era egoísta retener a mi hermana con nosotras bajo la excusa de ayudarme a preparar el ajuar de unas nupcias que no parecían estar cerca de celebrarse. Debíamos enviarla de regreso a su hogar, con su esposo, al lugar al que pertenecía, para así evitarle viajar tan próxima al parto.

—He de moverme o temo que me quedaré incrustada aquí para siempre y jamás podré volver a levantarme —dijo Aurore tras otro gruñido y un golpe sobre los brazos de la silla—. Ayúdame, Mathilde.

Dejé el bordado sobre el asiento y acudí a socorrerla.

—No sabes cuantísimo te lo agradezco.

La obsequié con una sonrisa y regresé a las ocupaciones de costura. Mientras continuábamos enterrando y desenterrando la aguja, Aurore se dedicó a pasear por la alcoba con pequeños pasos,

lentos y dubitativos, una mano en la oronda barriga y otra en la parte baja de la espalda.

—He oído que el vizconde de Barmont se desposa con una tierna doncella de la edad de Léonie.

—¿De…, de…, de mi edad? —balbuceó la pequeña Léonie, que ya contaba con dieciséis primaveras y atraía miradas masculinas.

—Eso dicen —afirmó Aurore, complacida de haber captado nuestra atención.

El rumor no era tan rumor, ya había atravesado todo el reino de Francia, y, sin embargo, la bilis se me subió a la garganta y me agrió aquel plácido momento que vivíamos juntas y tanto atesoraba desde que Aurore marchara para ser esposa y ya no nos viéramos con asiduidad.

Doña Anne lanzó un bufido controlado y se introdujo el cabo del hilo en la boca para apelmazar las hebras y que cupieran por el diminuto ojal.

—Habrán sido la desesperación por la orfandad de sus hijas y el anhelo de un varón lo que lo habrá empujado a contraer nupcias con la primera dama que lo habrá aceptado —comentó. Estaba justo al lado de la ventana, bañada por la luz natural y fría del desapacible día, lo que le otorgaba un aspecto pétreo.

—Parecía un buen hombre —intervino Léonie, que no distinguía la maldad ni aunque el diablo encarnado se le presentara en persona.

—¿Te agradó? —quiso saber Aurore, que se alimentaba de cotilleos cortesanos—. ¿Acaso te interesan los hombres de avanzada edad? Porque en ese caso, será bastante sencillo encontrarte un esposo. ¡Madre, deberíamos empezar a buscar pretendientes para Léonie! —De repente, estaba muy excitada—. ¡Ya está en la edad!

—¡Yo solo he dicho que el vizconde de Barmont parecía un buen hombre! —En su voz, todavía aniñada, se percibía el miedo al matrimonio.

—No hasta que nuestra Mathilde contraiga esponsales —espetó doña Anne.

—Cierto, cierto… —se lamentó mi hermana—. Primero ha de ir Mathilde.

La culpa me devoró. Mi tardanza en los desposorios no solo retenía en Nailloux a mi querida hermana Aurore, en estado de gravidez y alejada de su esposo, sino también a Léonie en la cárcel de la mocedad.

—Según cuentan, es una doncella bastante agraciada —prosiguió Aurore, hilvanando rumores.

Doña Anne levantó la cabeza de su bordado y nos advirtió con una mirada glacial de que el asunto quedaba zanjado, pese a que yo no había mediado palabra. En caso de no haber entendido con precisión el brillo de sus ojos negros, añadió con cierta mordacidad:

—Solo era un vizconde.

Retuve la repentina necesidad de cuestionar si un vizconde, por el mero hecho de serlo, no podía ser, de igual manera, un buen esposo.

Desde la infancia nos habían inculcado que la vida de todas nosotras comenzaba una vez desposadas, que los acontecimientos previos a la boda eran únicamente anécdotas que guardar en un arcón. Por eso, para aquellas que como Aurore llevaban años gozando del privilegio del matrimonio y una vida real, yo no era más que una pobre muerta en vida. Así pues, los títulos me importaban bastante menos que a padre y a doña Anne de Albret; lo único que deseaba eran un marido y una familia a la que dedicarme.

—¿Y tú, Mathilde? —preguntó Aurore, acercándose a mí con la sonrisa sibilina heredada de su madre—. ¿No dices nada?

Sentí los ojos de todas las presentes clavados en la nuca, incluso los de las silenciosas doncellas que nos acompañaban en la labor y que, de vez en cuando, se divertían compartiendo cotilleos que habían oído entre la servidumbre de otros nobles. Doña Anne de Albret esperó paciente, observadora.

—Que le deseo al vizconde de Barmont la mayor de las dichas con su nueva y jovencísima esposa.

Pero aquello no satisfizo a mi hermana.

—¿A quién querrías como esposo si pudieras elegir?

—Te recuerdo que las mujeres no tenemos poder de decisión sobre esas cuestiones, solo me queda aceptar lo que sea que…

—Que Dios disponga —acotó Aurore—. Mas si pudieras escoger, si Dios escuchara tus ruegos y modelara un hombre según los más profundos deseos de tu corazón, ¿qué le pedirías? ¿A quién le pedirías? —Se aproximó hasta no dejar más que unas pulgadas de distancia entre ambas—. ¡Y ni se te ocurra decir que lo mismo que cantaba la trovadora Castelloza! —Me azuzó con el dedo índice—. Esa respuesta ya la he oído en infinidad de ocasiones. ¡Estoy harta de ella!

Si hacía unos segundos había captado la atención de todas las mujeres que allí había, para entonces habían relegado la costura y me observaban con ojos abiertos y mejillas arreboladas que delataban su entusiasmo.

—No sé si alguna vez… —comencé a decir.

Aurore hizo una mueca de disgusto y violencia.

—¡No! —exigió malhumorada—. No te atrevas a eludir la pregunta, Mathilde Leblond.

Supe que no me dejaría escapar fácilmente.

—Quiero oír tus anhelos —insistió.

—Tú lo que quieres oír son las historias que cantan los trovadores, los juegos de cuando éramos niñas y salíamos a los jardines a recoger flores, bailar y corretear mientras fingíamos que éramos la reina Ginebra, Morgana le Fay e Igraine, siempre en torno a un invisible rey Arturo.

Una sonrisa de suficiencia se abrió paso en la hermosa faz de Aurore. Léonie también mostró su perfecta y blanca dentadura, asaltada por los recuerdos de la infancia.

—Lo que quieres oír es que ahora que no somos niñas; ahora que, aun siendo la mayor, no tengo por qué jugar a ser la desdichada y violentada Igraine, estoy deseosa de que un caballero tan gentil y valiente como Lanzarote cabalgue hasta aquí para jurarme amor eterno y pedir mi mano en matrimonio. Pero esas son ensoñaciones, Aurore. Ni hay caballeros como Lanzarote ni yo soy precisamente la reina Ginebra. Mírame, hermana, sigo siendo Igraine, así que me contento con un hombre cortés, aunque sea un vizconde. Y ruego porque ese hombre se parezca más a Gorlois que a Uther Pendragón.

Todo atisbo de alegría desapareció del rostro de Aurore, y con él se esfumaron las expresiones curiosas del resto de féminas.

—No será Uther Pendragón —musitó la pequeña Léonie, que alargó la mano para rozar la mía.

El matrimonio jamás había sido un enlace entre dos personas, sino entre dos familias, un entronque beneficioso para sendos linajes. No existía la búsqueda del amor, más bien la supervivencia de la estirpe y los favores políticos y sociales. Por tanto, mi voluntad no habría de jugar un papel determinante en la elección de mi futuro esposo, como no lo harían mis aspiraciones. No merecía la pena alimentar falsas esperanzas y confiar en esos finales felices solo a disposición de damas y caballeros legendarios.

Yo sería la mano y el anillo, las lágrimas y el paño que las recogen, las sábanas y la sangre del virgo. Yo sería lo que había sido toda mujer hasta ese momento, lo que había sido doña Anne de Albret, y la madre de doña Anne, y la madre de la madre de doña Anne: una esposa servicial más que cumple con su deber, con independencia de quién y cómo es su marido.

—Vuestro padre y yo aún no hemos caído en la desesperanza —me advirtió doña Anne, de vuelta a la costura—. No habrá un vizconde.

Aurore tomó asiento en el poyo de fría piedra de la ventana y con la mirada clavada en los páramos húmedos, murmuró:

—Qué pronto has perdido ese afán romántico que tanto me placía, hermana. Ahora Léonie es el último reducto de la ilusión y el amor cortés.

—He decidido que lo del amor os lo dejo a ti y a tu esposo, el duque de Arvieu —le respondí con una sonrisa bondadosa—. Yo optaré por la practicidad, un matrimonio bien avenido, si Dios lo quiere, y así Léonie no tendrá que esperar a los diecinueve para casar.

Doña Anne percibió el remordimiento en mis palabras; sin embargo, no dijo nada y continuó con las puntadas de aquel hilo de rojo granza hasta que una joven sirvienta se asomó por el resquicio de la puerta entreabierta para interrumpir la quietud de nuestras labores y el clima de confidencias. Con las comisuras tamborileando

de emoción, la muchacha nos anunció que había llegado una visita inesperada.

—Mi señor reclama vuestra presencia en el salón de lar —informó a doña Anne tras la correspondiente genuflexión—. Acaban de llegar unos señores oriundos de Castilla.

Los señores de Cigales llegaron en un momento poco propicio. La inclemente llovizna hizo que arribaran al castillo completamente empapados, con las vestiduras pesadas y los rostros macilentos por el cansancio y el frío, que los había calado hasta los huesos. Puede que principios de mayo fuera una época benigna en Castilla y buena parte de Aragón, pero en Nailloux, que se encontraba bastante más al norte, al otro lado de los Pirineos, el clima se resistía a dar paso a las templadas temperaturas primaverales.

Como habría sido un insulto para su dignidad presentarlos en aquellas condiciones, se les concedió un día de reposo para que entraran en calor, dieran buena cuenta de la comida y durmieran en un buen lecho. Así al matrimonio como a la servidumbre que los acompañaba.

Las atenciones prodigadas fueron un bálsamo. Al día siguiente amanecieron con una mejoría considerable, ya no había surcos violáceos bajo sus ojos ni gotas de lluvia que perlaran sus pellizas y cabelleras; el ánimo parecía restablecido en ellos, pese a que el temporal no amainaba. Fue entonces cuando padre y doña Anne nos permitieron conocerlos personalmente.

Era una noche tormentosa, la lluvia golpeaba con fuerza y una ventisca atroz se colaba por entre las ventanas, meciendo las llamas del fuego del salón y emitiendo un silbido fantasmagórico. Por si el ambiente fuera poco siniestro, el titilar de los candiles creaba sombras sobre las paredes de fría piedra decoradas con tapices, haciendo que los rostros tejidos en ellos se oscurecieran. Solo la luz mortecina arrancaba destellos a las joyas que lucíamos y a la vajilla dorada.

Presidiendo la mesa estaba don Antoine Leblond. A su diestra se encontraba doña Anne de Albret, seguida por nosotras, doña Aurore, duquesa de Arvieu, la dama Léonie y yo. El pequeño Denis Durand, hijo de Aurore, hacía rato que dormía en sus aposentos privados, salvaguardado por la nodriza que no lo abandonaba ni un solo segundo. Así hizo las presentaciones padre, siguiendo el protocolo.

A la izquierda de la mesa, el señor y la señora de Cigales, vestidos con ricos atuendos. Doña Mencía de Lara era de belleza extranjera. Frente a la tez lechosa predominante en el reino de Francia, su piel era más morena, con un brillo singular que recordaba a las aceitunas prensadas y la untuosidad que manaba de ellas. Pero esto solo lo advertías si estabas lo suficientemente cerca, pues trataba de encubrir dicha tonalidad con uno de esos célebres emplastos que prometían blanquear el rostro, cuyo resultado final era una máscara nacarada que parecía agrietarse con cada sonrisa.

De silueta espigada y pómulos prominentes, doña Mencía era casi esquelética, los huesos se le marcaban a través de los ropajes. Su cara quedaba enmarcada por una toca blanca y rectangular que cubría por completo cabello y cuello, lo que acentuaba aún más esta apariencia. Las cejas finamente depiladas insinuaban que la melena escondida era de un castaño oscuro.

Por el contrario, su esposo, don Ramiro Fernández de Castro, era robusto y bajito, lo que lo asemejaba al tocón de un árbol. La diferencia de altura era tan notable que no pudimos evitar pensar que sería un déspota por culpa de ese don del que Dios lo había privado. Sin embargo, y en compensación por su particular estatura, lo que sí le había concedido era un rictus belicoso, unos brazos poderosos y unas manos grandes y velludas que podían cascar nueces.

Nuestro ya habitual intérprete, situado en un extremo de la mesa, traducía del castellano al francés y del francés al castellano.

—Lamentamos profundamente haber irrumpido en vuestro hogar de esta manera, señor mío, sin aviso previo o presente con el que pagar vuestra infinita generosidad al acogernos. —Era la tercera vez que el de Cigales se disculpaba.

—Es un auténtico honor recibiros, mi señor —dijo padre por tercera vez también—. Sois bienvenidos aquí una y mil veces, no tenéis nada que lamentar. Por Nailloux ha pasado últimamente algún que otro noble de vuestro reino y todos ellos se han granjeado nuestra más sincera amistad.

Aquello no era del todo verdad. Los rechazos siempre sientan mal a los hombres, más si estos son caballeros de alta alcurnia, así que los que habían regresado a sus tierras sin mí y mi dote nos tenían en poca estima.

—Prometemos recompensaros. Si viajáis a la Corona de Castilla, sabed que en Cigales tenéis vuestro hogar.

Los hombres levantaron la copa en honor a dicha promesa. Nosotras los imitamos en silencio con una leve sonrisa.

De aperitivo hubo fruta de temporada, fresas y cerezas, a las que los hombres le hicieron ascos. El primer servicio consistió en estofado de caza, que tuvo mejor acogida. Mas no fue hasta la llegada del segundo, carne asada al espetón acompañada por verduras de la huerta, cuando padre y don Ramiro Fernández de Castro se alejaron de la diplomacia que les exigía ser cortés el uno con el otro.

—¿A qué se debe vuestro viaje, señor mío?

El de Cigales se limpió las manazas en el estrecho mantel dispuesto para eso.

—A un encargo político. Nos dirigimos a la corte de vuestro señor, el rey don Felipe.

—¿Y vuestro monarca os envía a vos y a vuestra esposa?

—En realidad, solo a mí. Pero intentad dejar atrás a mi mujer y comprobareis que es una hazaña imposible de realizar. —Rio—. Si pudiera, se cosería a mis zapatos para ser mi sombra.

—Eso sí que es auténtica devoción, ¿verdad, esposa mía? —Padre le asestó un pequeño codazo a doña Anne, cuyo cuerpo entero se balanceó.

Esbozando una tirante sonrisa, ella respondió:

—Lo es. Normalmente los maridos nos abandonan en casa para así ir tranquilos a sus correrías personales, sus asuntos políticos y sus expediciones militares.

—A eso último prefiero no acudir —comentó doña Mencía de Lara.

—Y yo no dejaría que acudierais —atajó su esposo—. ¿Y vos, señor mío?

Padre negó.

—En absoluto. Me agrada que mi mujer esté donde debe estar. —Con una sonrisa, le dio un par de palmaditas en la mano a doña Anne, felicitándola por su excelente comportamiento—. Esperándome en el hogar, a buen recaudo, y guardando a mis hijas.

Don Ramiro Fernández de Castro dio un pequeño golpe en la mesa en señal de aprobación.

—¡Eso es! A este viaje le permito que me acompañe por no entrañar más peligro que el de cualquier corte. Siempre es bueno tener a la esposa al lado, ¿sabéis? Pero si hemos de luchar contra esos perros de los benimerines…, tened por seguro que la ataría a la cama si quisiera seguirme.

Por el ruido que hizo doña Mencía, yo habría dicho que estaba conteniendo un gruñido sarcástico. A ojos de los demás, o al menos de los hombres, pasó por un leve atragantamiento que se superó con un ligero carraspeo y un sorbo de vino.

—No lo haría, esposo —dijo la señora de Cigales, todavía con la copa cerca de los labios.

—Es mujer sensata. —Entonces don Ramiro clavó la mirada en nosotras, que atendíamos en silencio a aquellas absurdas divagaciones, y con el dedo índice apuntándonos exclamó—: ¡No vayáis al campo de batalla! ¡Las damas no han de presenciar tamaños horrores!

Asombradas, mis hermanas y yo nos miramos, asentimos y continuamos picoteando, deseosas de que llegara el postre y la velada tocara su fin.

—¿A qué campo de batalla voy a ir estando embarazada? —nos susurró Aurore mientras padre y el de Cigales continuaban departiendo—. Necio castellano…

Léonie y yo reímos sutilmente, y hasta doña Anne elevó una de sus comisuras.

Justo entonces llegó el postre, una bandeja repleta de pan blanco, queso y dulces elaborados con miel y almendras.

—Así que benimerines… —se interesó padre, que, goloso, se sirvió una buena ración de dulces.

—Moros —aclaró don Ramiro Fernández de Castro—. Hace unos años tuvimos revueltas en algunos reinos, alimentadas por el sultán nazarí de Granada, con quien a veces hay paz y otras guerra.

—¿El sultán ha pactado con el rey Alfonso?

—En innumerables ocasiones. De hecho, el sultán Muhammad I era su vasallo y, como tal, pagaba una buena cantidad de maravedíes en concepto de parias. Ahora lo hace su hijo, Muhammad II. Pero pactar con un moro es como pactar con una bestia: no se atiene a lo firmado y de nada sirve. Cada vez que encuentra la oportunidad, se alza y pone en riesgo la frontera. Demasiada magnanimidad. No la merece —bufó don Ramiro con desprecio.

—¿Y los benimerines?

—Del otro lado del estrecho, mi señor. Mantienen correspondencia con el sultán de Granada desde hace ya tiempo. Se ve que este les ha pedido ayuda.

—¿Y vos venís a buscarla a nuestro reino? —Fue más una deducción de padre que una pregunta—. Aragón, desde luego, está mucho más cerca que Francia y dudo que su rey, Jaime I, se niegue a prestárosla.

Don Ramiro Fernández de Castro hizo un gesto al copero y pidió más vino. Todavía no había tocado los pastelitos que se había apartado.

—No creemos que vaya a ser necesaria ninguna ayuda, señor mío. Dios está con nosotros en esta lucha justa y confiamos en nuestras huestes y en el heredero de Castilla, don Fernando de la Cerda, quien las encabezaría en caso de conflicto.

—¿Y Aragón?

—A nuestro lado, evidentemente.

—La guerra es un tema delicado, señor mío —reflexionó padre y se mesó la barba, intranquilo.

—Lo es, al igual que la familia, la política y el reino —le concedió el señor de Cigales.

—Los moros llevan consigo la semilla del mal. Incluso si no pudierais detenerlos y se asentaran en Granada, junto a Muhammad II, ¿sabéis lo que ocurriría?

—Que harían fuerza y nos invadirían.

Padre negó con rotundidad.

—Que ellos mismos se destruirían en su intento de hacerse con el poder, al igual que pasó con los almorávides.

—La caída de unos es el ascenso de otros. —Don Ramiro Fernández de Castro rio.

—Una guerra civil en Granada es lo mejor que puede sucederos. Dejad que esos moros del otro lado del estrecho lleguen a vuestras costas, que se afinquen en el reino nazarí y que se enfrenten y maten entre ellos, y entonces recuperad los territorios que siempre fueron vuestros. Retornadlo todo a la cristiandad.

Al oír aquello, el señor de Cigales se inclinó hacia delante. Su semblante se oscureció, acrecentando la ferocidad de sus rasgos, y su voz se volvió aún más cavernosa.

—¿Es esa vuestra recomendación, mi señor Leblond, o la del rey de Francia?

El aire que se respiraba en el salón era asfixiante, y poco tenía que ver el fuego que caldeaba la estancia. En un acto reflejo, movidas por el temor y las palabras ladinas del noble castellano, mis hermanas y yo nos tomamos de la mano por debajo de la mesa. Pese a que la mantelería nos cubría, doña Mencía de Lara percibió nuestro miedo y el reproche en el gesto de doña Anne de Albret, que desaprobaba la actitud de don Ramiro Fernández de Castro.

Para calmar a su marido, posó la mano sobre su ancho brazo y ejerció una ligera presión.

—Esposo mío… —pronunció doña Mencía con sutileza, tratando de mostrarse dócil.

Padre no se había amedrentado. Aun con las manos pegajosas por la miel de los pastelitos, se enderezó en su asiento y dijo:

—Esa es mi recomendación, por supuesto. No puedo hablar por nuestro señor Felipe. No obstante, como bien sabéis, es el hermano de Blanca de Francia, futura reina de Castilla, y el primo de doña Blanca de Artois, regente de Navarra. Le interesará en demasía lo

que suceda por allí, ya que a la familia se la protege con el acero de la espada.

Don Ramiro Fernández de Castro asintió.

—En realidad, estos son asuntos menores —dijo el castellano con una renovada expresión de serenidad—. El rey Alfonso está muy tranquilo en lo que respecta a los benimerines, solo me envía para agilizar un par de trámites. Necesita el permiso de Felipe III para atravesar sus tierras y continuar hacia el Imperio, donde pretende entrevistarse con el papa Gregorio X.

Padre sonrió.

—Desde luego, eso es mucho más fácil de conceder que unas huestes que auxilien a Castilla.

4

Secretos entre damas

Cinco días permanecieron con nosotros los señores de Cigales, a la espera de que la feroz tormenta diera un respiro y les dejara continuar su camino hacia la corte de nuestro monarca, Felipe III.

Acostumbradas a tantos caballeros pretendientes, ya casi se nos había olvidado lo que era recibir la visita de una mujer de alta alcurnia, una con la que compartir actividades propias de damas. Doña Mencía de Lara era una nota melodiosa para nuestros oídos y un bocado dulce y apetitoso para nuestras almas, hambrientas de compañía femenina, por extranjera que fuera.

Con ella acudimos a misa, rezamos en fervoroso silencio en nuestra capilla privada y dimos limosna a los desfavorecidos. Como el penoso clima nos impedía pasear por los jardines, refugiarnos bajo las sombras de los árboles a picotear dulces y oír el arrullo de los pájaros, tuvimos que trasladar los pasatiempos al interior del castillo. O bien nos arrimábamos a la chimenea a bordar con esmero mientras una doncella leía en latín algunos versos de Virgilio —el único idioma que nos era común—, o bien reposábamos y atendíamos al recitar de los versículos de la Biblia. A veces, solo a veces, dejábamos la religiosidad a un lado y una de nosotras narraba con voz melodiosa grandes gestas de amor, historias que no hacían más que desinflarme el pecho de desilusión y arrancarles suspiros a las doncellas más jóvenes de nuestro séquito. La favorita, sin lugar a dudas, era la de Tristán e Isolda. Pero la de Píramo y Tisbe le iba a la zaga. Seguidos de Orfeo y Eurídice.

Salvamos la comunicación gracias al intérprete, y cuando este estaba ocupado traduciendo entre padre y el señor de Cigales, utilizábamos el lenguaje universal de los gestos. Señalábamos una y otra cosa, asentíamos, sonreíamos, decíamos palabras en nuestro idioma y la otra lo repetía, y así descubrimos que algunas se parecían mucho. Por ejemplo, la prenda interior que para ellos era la «camisa», para nosotros era «*chemise*». A esa prenda de abrigo que llamábamos «*garnache*», ellos le decían «garnacha».

Paulatinamente tejimos un entendimiento más profundo.

Pero poco se asemejaron los dos primeros días a los tres últimos.

El tercer día, doña Mencía de Lara rompió la distancia que separa al hospitalario anfitrión del agradecido huésped haciéndonos partícipe de un delicado secreto.

Era viernes. La hora del ángelus había pasado y, siendo intransitable el sendero que llevaba a la iglesia de la villa, habíamos asistido nuevamente a la capilla del castillo. Después de rezar y comulgar, nos habíamos desperdigado en uno de los amplios salones. Desperdigar, de hecho, era la palabra exacta, pues en vez de agruparnos para realizar en conjunto una misma actividad, como era habitual, habíamos optado por dividirnos y reclamar aquella enorme estancia.

Así, doña Mencía de Lara y doña Anne de Albret se habían sentado la una frente a la otra en las cómodas sillas de cadera. Cabizbajas y cerca de la pálida luz que traspasaba los ventanales, bordaban unos hermosos y finos paños con sus iniciales.

Se las veía tan diferentes. Doña Anne, con ese sutil velo de impla, de un tejido tan vaporoso que parecía etéreo y adornado en los bordes por oropel, permitiendo vislumbrar la cofia de red de debajo. Doña Mencía, con esa toca orellada de seda e hilos de oro y plata que, claramente, era de origen islámico.

Mis hermanas y yo nos habíamos instalado a tan solo unos pies de ellas, alrededor de la mesa, sobre la que descansaba un tablero de alquerque. Aquel era uno de los pocos juegos a los que se nos

permitía jugar, junto con el ajedrez y las tablas, pues los dados nos estaban prohibidos. Algunos decían que era un ocio demasiado varonil para que lo practicaran las jóvenes de buena cuna, otros que esos juegos eran azarosos y, por tanto, peligrosos. No hay que tentar a la suerte, el destino solo puede estar en manos del Altísimo. Y lo cierto era que aquel divertimento estaba muy reñido con el alcohol, y de ahí al pecado de las apuestas solo hay un paso, un paso diminuto.

Y aunque nosotras éramos moderadas en el beber y el comer, sí que los juegos nos habían llevado a la disputa más de una vez de pequeñas, lo que constataba su riesgo. Aurore nunca había soportado la derrota y a Léonie le costaba la estrategia que requerían el ajedrez y el alquerque, así que si la primera perdía, nos acusaba de tramposas, y si la segunda fallaba en un movimiento, lloraba sin parar. Por fortuna, aquello había quedado muy atrás y en esos momentos simplemente buscábamos el entretenimiento y las risas.

Así mismo, las doncellas de compañía se habían repartido a nuestro derredor. La que no bordaba, cosía; la que no cosía, remendaba, y la que no remendaba, cuchicheaba con otra.

—¿Puedo seros franca, mi señora? —dijo el intérprete traduciendo a la señora de Cigales.

Aquellas palabras destilaban tal nivel de secretismo que levantamos la mirada del alquerque y nos hicimos un sutil gesto de advertencia. Aurore lucía entusiasmada ante lo que prometía ser un suculento rumor.

A sabiendas de que doña Anne nos reprendería si se percataba de que estábamos pendientes de su conversación, decidimos disimular. Fingimos que seguíamos absortas en la partida, moviendo las piezas redondas de aquí para allá. Primero Léonie, luego yo. Mientras, Aurore nos contemplaba acariciándose el abultado vientre. Las tres con los oídos aguzados.

Doña Anne de Albret asintió, pero no acompañó el gesto con una afable sonrisa, y la castellana, queriendo granjearse su confianza, extendió la mano hasta rozar sus alargados dedos. La labor de bordado cesó.

—Ruego que me perdonéis, pues, en realidad, no son motivos políticos los que a mí me han traído hasta aquí.

—¿Ah, no? —Doña Anne no parecía sorprendida. De hecho, nadie habría dicho que le importara lo más mínimo aquella mentira que la de Cigales acababa de confesar con cierto pudor.

—No. El problema de los benimerines es real, no os quepa duda, y si bien es cierto que nuestro señor don Alfonso no lo considera de extrema peligrosidad, sí que a los demás nos resulta un tanto inquietante, sobre todo porque él se encuentra en Perpiñán y no en Castilla. Por Dios y por la Virgen, confiamos en que las huestes rechacen el avance de los moros una vez más, pero, como habéis podido observar, mi marido está algo nervioso y es muy rudo a la hora de tratar el tema. Os pido disculpas por su fervor de la otra noche.

—Nosotros no podemos aseguraros el apoyo de Francia, señora mía. Espero que seáis consciente de ello.

—Por supuesto. —Le sonrió—. Pero no hemos venido hasta aquí para eso. Ya os dijo mi marido que, en realidad, actuábamos de intermediarios de don Alfonso, quien requiere del beneplácito de vuestro señor para proseguir con su camino hacia el Imperio.

—¿Y vos? Habéis comentado que no era la política lo que os ha traído hasta aquí.

—En efecto. Han llegado noticias de que una de vuestras hijas está buscando esposo.

Mis hermanas me dirigieron un fugaz vistazo, y antes de que pudiera enderezar la espalda para hacerme notar, Aurore ya me había propinado una patada en la espinilla. Contuve el grito de dolor.

—¿Vuestro hijo? —adivinó doña Anne.

—No, por Dios. —Se persignó—. Mi hermano. Mi hermano mayor. El duque don Pedro de Lara.

Doña Anne escurrió los dedos del agarre de doña Mencía y buscó la aguja que había quedado clavada en el lienzo para así retomar el bordado. En absoluto silencio, terminó de dibujar con el hilo la primera «A», correspondiente a su nombre. Hizo un sencillo nudo por la parte de detrás, tan disimulado que apenas se notaba, y cortó las hebras con un cuchillo.

—¿Habéis arrastrado a vuestro esposo hasta aquí con mentiras o…?

Fue una sorpresa que doña Mencía no se indignara ante esas sugerencias ofensivas.

—Mi marido bien sabía el motivo por el que veníamos a Nailloux, señora mía —contestó con absoluta serenidad la de Cigales.

—Debe de tener en alta estima a vuestro hermano.

—Así es. Pero se trata de un favor que habré de pagarle como mujer y esposa.

Doña Anne emitió un sonido de disgusto.

—Un viaje demasiado largo y en muy malas condiciones, mi señora, si me permitís decirlo, y más siendo vuestro destino final la corte de nuestro señor Felipe. —Miró por la ventana, la lluvia caía plomiza allí fuera, embarrándolo todo—. Podíais haber mandado recado o quizá haber esperado al verano.

—El verano es tórrido en Castilla, señora mía, y no me gusta posponer lo que ha de hacerse. Además, cuando oí la noticia fue como si Dios, nuestro Señor, me empujase a venir. ¿Lo entendéis?

Doña Anne cabeceó. Lo entendía y no precisamente por la fidedigna traducción del intérprete.

—¿Y vuestro hermano?

—En su ducado, Valdívar. En Castilla.

—Ocupado con otros menesteres, deduzco.

—Ignorante de que yo me hallo aquí, más bien.

Doña Anne alzó una ceja, sorprendida ante el comentario.

—Ya sabéis cómo son los hombres, mi señora —dijo doña Mencía de Lara, sin evitar reír—. Son diestros en infinidad de aspectos, todos ellos inútiles, a mi parecer, a excepción de la guerra. No reconocerían que necesitan ayuda ni aunque les fuera la vida en ello, mucho menos si proviene de una mujer.

Entonces sí, una sutil sonrisa se perfiló en los finísimos labios de doña Anne de Albret.

—Es mejor que las mujeres nos encarguemos del destino de aquellos a quienes amamos, ¿no creéis? —insistió la castellana, que ya había terminado por ganarse su simpatía y confianza.

Doña Anne dejó la aguja enterrada en el níveo paño y, con una señal de la mano, pidió a una de las sirvientas que retirara la labor. Para asuntos de tamaña importancia era mejor no tener nada punzante entre los dedos, así que se recolocó en la silla y preguntó:

—¿Venís a hablar a favor de vuestro hermano, mi querida amiga?

A la de Cigales no le pasó desapercibido el nuevo y afectuoso apelativo que le había sido concedido.

—¿Quién mejor que yo? Seré más sincera de lo que sería cualquier otra persona. ¿Tenéis hermanos?

—Cuatro. Dos varones y dos hembras. Soy, por desgracia, la mayor de ellas —comentó con resignación.

—Entonces sabréis de sobra que las relaciones fraternales a menudo son complicadas. Amamos a nuestros hermanos con todo nuestro corazón, pero hay momentos en los que querríamos haberlos empujado al fondo de un pozo cuando la nodriza no miraba o haberlos ahogado con un almohadón mientras dormían plácidamente.

Al oírla, Léonie nos observó con un miedo paralizante en los ojos. Quise abrazarla, mas al no poder moverme, le di un par de palmaditas en el dorso de la mano, que todavía sujetaba una pieza del juego. Aurore negó con la cabeza, pensando que sería suficiente para tranquilizarla.

—Mi hermano necesita una esposa, aunque es tan obtuso que jamás lo reconocerá —dijo doña Mencía sin tapujos—. El fallecimiento de su amada Beatriz aún lo perturba, pero, seamos honestas, un hombre no ha de guardar luto más de lo debido. Valdívar aún no tiene heredero.

—Entiendo que vuestro hermano quiere uno —aseveró doña Anne —, y ahí es donde entra nuestra Mathilde.

Aquella mención me dio la oportunidad de elevar el rostro y dedicarles una inocente sonrisa, una que sugiriera que no estaba al tanto de lo que trataban, pero que había oído mi nombre. Si habíamos creído que no habían notado nuestro interés en su conversación, nos equivocábamos. Las damas sabían que estábamos atentas a cada uno de sus susurros, que tampoco se esforzaban por

camuflar. No fue hasta que simulé continuar con el juego que retomaron el asunto.

—Tanto si lo quiere como si no, es su obligación para con nuestro linaje. Debe casarse y procrear; de no ser así, Valdívar pasará a manos de nuestro tío, el adelantado mayor de la frontera de Andalucía, Nuño González de Lara, y sería una lástima.

—¿Habéis hablado con él?

—Desde que me casé, resido en Cigales, así que mis visitas no son frecuentes. Pese a ello, le he escrito en varias ocasiones notificándole mi preocupación, no solo por las tierras sino también por su felicidad. —Se llevó la mano al pecho en un sentido gesto de aflicción—. Me consta que no soy la única que ha tratado de convencerle para que contraiga nupcias otra vez; mi madre le insiste todo lo que puede e incluso el rey don Alfonso se lo ha sugerido en varias ocasiones. Aprovecho para abordar el tema siempre que coincidimos en la corte, pero para él… es como quien oye llover.

Conmovida, doña Anne chasqueó la lengua.

—Perder a un ser querido deja una herida difícil de curar, no quiero imaginarme la viudedad… Aún debe estar sanando.

—Como diría mi madre, hay un tiempo para llorar y orar y otro para cumplir. Beatriz nos dejó hace más de un año. —Exhaló un hondo suspiro cargado de frustración—. Y él no la olvida.

—Eso es porque la amó —sentenció doña Anne—. ¿Creéis que podrá volver a amar?

Las brillantes pupilas de la castellana me examinaron pulgada a pulgada. Desde el cabello trigueño que caía sobre mis hombros y la guirnalda de plata que me cruzaba la frente hasta los chapines que calzaba. Satisfecha con su escrutinio, doña Mencía cabeceó en señal de gracia y dijo:

—Me atrevería a decir que sí, mi señora. Desde luego, es hora de que se reponga y deje atrás esos recuerdos.

—Contadme entonces sus virtudes, pero, sobre todo, contadme sus faltas. Las mujeres no hemos de engañarnos en una cuestión así, un mal esposo puede costarnos muy caro.

Al igual que todos los nobles de ilustre apellido, don Pedro de Lara era hombre instruido. Desde bien pequeño había recibido lecciones

de latín y griego clásico —idiomas que dominaba a la perfección—, además de filosofía, historia, retórica, lógica y ciencias como astronomía, aritmética y geometría. Y aunque era ducho en el manejo de la espada, las lizas nunca habían sido su debilidad, como lo son en tantos otros que desean continuamente degustar el sabor de la sangre y el pánico en el campo de batalla.

Le gustaban la caza y la lectura. Las hagiografías sobre la vida de los santos no eran sus libros favoritos, las historias caballerescas se le antojaban amenas y divertidas, las tragedias griegas le interesaban y los escritos de Platón eran su predilección, *El simposio*, *La República*… El único que podía competir contra Platón era Julio César y sus obras sobre la conquista de la Galia, *De bello gallico*, y la guerra civil, *De bello civili*.

La política le ocupaba mucho tiempo, esfuerzo y energías, y, sin embargo, dedicaba a ella su alma, y, desde que era viudo, su herido corazón. Ahí encontraba una pizca de consuelo, y cuando este le era esquivo, se lanzaba a cabalgar al aire libre.

Honrado, comedido, servicial, leal a los suyos, sagaz e intelectual. Apuesto, gallardo y de buen temple. Demasiado orgulloso y tozudo como una mula, lo describió su hermana. Amante del debate, detestaba que le replicaran, pero era considerado, reflexivo y tolerante y se rendía ante los buenos argumentos. No era amigo de excesos y tampoco de la violencia y, de acuerdo con su profunda religiosidad, cumplía con las limosnas. El rey don Alfonso lo tomaba por buen consejero y él solo consultaba sus dudas y tribulaciones con Dios, de quien esperaba respuestas que ayudaran a su señor.

Sobre cuán amoroso era, doña Mencía no tenía más evidencias que la nostalgia que sentía por su fallecida esposa, Beatriz de Aguilar, y la devoción y ternura con la que trataba a su envejecida madre.

—Si eso no es amor, que baje Dios Todopoderoso y lo vea —concluyó doña Mencía.

El relato de fortalezas y defectos nos había cautivado, y no solo a nosotras —que éramos damas jóvenes e impresionables—, también a doña Anne de Albret, que habría de admitir que el duque de Valdívar era un buen partido. Y, sobre todo, era duque.

—Hablaré con mi esposo y con… —La palabra «hija» se le atoró en la garganta y hubo de carraspear—. Y con nuestra bienamada Mathilde.

—Este matrimonio será una formidable alianza.

—No cantemos victoria todavía. Hemos de conocer a vuestro hermano y es sabido que estos procesos tan delicados se tuercen con excesiva facilidad. Aun así, deberíamos brindar.

Doña Anne pidió a una de las criadas que trajera copas y escanciara un buen vino. Unos minutos después, la condesa de Nailloux y la señora de Cigales brindaban más por su ingenio que por la nueva amistad que podía tornarse familia.

—Si no sale adelante, no será por nuestra causa, creedme. —Doña Mencía dio un nuevo sorbo, paladeando el vino—. Tendréis que ser vosotros los que declinéis las nupcias. En cuanto mi hermano la vea, quedará encandilado. Mathilde y vos compartís esa belleza que subyuga a los hombres.

Aquel grato cumplido no fue recibido como ella imaginó.

—No es mía. —La sequedad con la que habló doña Anne creó un silencio sepulcral en el enorme salón y la expresión de la señora de Cigales se transformó en una mueca de horror.

Como si no creyera el error cometido, observó la faz de doña Anne de Albret y, posteriormente, la mía. Lo hizo varias veces, sin preocuparse por ocultar el pasmo, que poco a poco iba apoderándose de su rostro al completo. Del pasmo pasó a la vacilación, y de la vacilación a la vergüenza.

Mi cabellera era del color del trigo, la de doña Anne de un rubio brillante. Mis ojos eran melosos, los suyos de un verde manzana que provocaba apetencia inmediata. Mi cara era cuasi redonda, similar a un corazón, la suya un óvalo perfecto que recordaba a los diamantes mejor trabajados. Puede que yo tuviera el cuello largo de un cisne, pero ella tenía unos pómulos envidiables, una frente despejada y una piel tersa que se negaba a envejecer por muchos años que transcurrieran.

Doña Anne y yo no compartíamos ningún parecido. Aquel que hallara alguno, o padecía de la vista, o era presa de brujería.

—Disculpad, mi señora. —El azoramiento le había dejado parches rojizos en el redondeado escote y un rubor incipiente le había teñido las mejillas—. Disculpad mi torpeza. Al final, tenía razón mi hermano cuando me decía de pequeña que hablaba demasiado. —Rio con falsedad.

—Estáis disculpada, querida amiga. En todo caso, la niña no es mía. —Doña Anne continuó con esa gelidez propia de su carácter.

Nunca había renegado de mí, pero tampoco aceptaba que confundieran nuestro parentesco. Mi bastardía le resultaba denigrante, pese a que, cuando yo nací, padre aún no había matrimoniado con ella.

Doña Mencía de Lara se deshizo en una incómoda risita que pretendía aligerar el tenso ambiente. Para entonces, tanto mis hermanas como yo habíamos dejado de lado el alquerque y asistíamos hipnotizadas a la escena que se desarrollaba ante nuestros ojos.

—Quién lo diría por su aspecto… —Una enorme sonrisa por parte de doña Mencía.

—Será que la cercanía y el cariño han ido asemejándonos y convirtiéndonos en familia. Es bastarda y su condición es de dominio público. —Doña Anne esperó un par de segundos a que el golpe surtiera efecto; luego preguntó con un tono provocador—: ¿Le será un problema a vuestro hermano?

Ahí estaba ella, con el ceño fruncido, exigiendo que la de Cigales revelara hasta dónde llegaban sus intenciones.

—No. —Las comisuras le temblaban—. No lo será.

—¿Tenéis hijos?

—Cinco, mi señora —respondió.

Doña Anne de Albret se levantó, reclamando su superioridad, y con un golpe seco posó la copa sobre la superficie más cercana.

—Entonces entenderéis, querida amiga, que no quiero juegos con mi progenie.

—Lo entiendo —dijo la castellana, que se alzó también y la miró a los ojos.

No fue hasta entonces cuando reparamos en que, ante aquel duelo de dos grandes señoras, todas nosotras —damas, doncellas y

criadas— habíamos contenido el aliento. Aurore me había agarrado de la mano en algún momento, en un intento de insuflarme fuerza o quizá paciencia, y la presión que ejercía era tal que me hacía trizas los dedos. Peor que estos estaba mi estómago, que a causa de los nervios se había enroscado dentro de mí hasta ocasionarme dolor de barriga.

—Bien. Ahora hay hombres a los que convencer.

Con aquello, doña Anne de Albret finalizó la conversación.

La condesa de Nailloux y la señora de Cigales quedaron en que hablarían con su marido y hermano, respectivamente, y que, si las negociaciones continuaban, don Pedro de Lara, duque de Valdívar, habría de personarse en nuestras tierras con la mayor brevedad posible.

Había un contrato matrimonial que redactar y firmar.

5

Esperanzas renovadas

En los dos días restantes, aproveché para tratar con doña Mencía de Lara siempre que tuve ocasión. Durante la labor, me sentaba lo más próxima a ella, la atención dividida entre la aguja y nuestra conversación. En el amplio salón donde solíamos reposar y escuchar historias de amores legendarios, la invitaba a jugar conmigo al ajedrez, al alquerque o a las damas. Las reglas eran las mismas en Francia que en Castilla, así que no teníamos que hacer esfuerzo alguno en entendernos. Ganar o perder no importaba, simplemente movíamos las piezas, sonrientes y despreocupadas, más interesadas en fraguar un vínculo entre nosotras por si el acuerdo matrimonial llegaba a buen término y nos convertíamos en familia.

En otras circunstancias, jamás habría osado someterla a tal persecución, y de hacerlo, doña Anne me habría increpado. Por fortuna, doña Mencía parecía disfrutar de mi compañía, por lo que permitía de buen grado que la atosigara a preguntas sobre su querido hermano don Pedro de Lara, un nombre que ya me sonaba dulce.

—¿Es apuesto? —le pregunté durante una de nuestras partidas de ajedrez.

—A las damas de la corte se lo parece, y tantas mujeres no pueden estar equivocadas.

Ella me guiñó un ojo, mientras el intérprete traducía nuestras confidencias.

Su esposo, el señor de Cigales, no era precisamente un hombre de gran atractivo, la rudeza lo había tallado como el cincel a la piedra y,

a veces, su actitud lo hacía lucir hosco. Pese a ello, doña Mencía lo miraba con expresión de cariño. Aquello me hacía dudar de si debía o no fiarme de su opinión sobre la belleza masculina. Doña Mencía había sido muy sincera al hablar de su hermano, alabando sus virtudes y criticando sus defectos. Era poco probable que confundiera el atractivo con la fealdad.

—¿De qué color son sus ojos?

—Claros.

—¿Claros? —La sorpresa debió de reflejarse en mi rostro, pues ella rio divertida.

—Claros como el cielo. Es de herencia materna.

Hasta entonces yo lo había imaginado similar a la mujer que tenía delante. De complexión delgada y piel morena, con un cabello abundante y oscuro, barba espesa e iris azabaches. Pensaba en el Gorlois de Igraine —al que siempre había visualizado así—, y eso me daba cierta seguridad.

Al mirar hacia el tablero reparé en que la partida hacía rato que había acabado en tablas. Doña Mencía tampoco se había percatado. Al señalárselo, ambas nos echamos a reír. Decidimos recuperar las piezas y recolocarlas para así retomar el juego. Afuera seguía lloviendo y no había mucho más que hacer para matar el tiempo. Aún era temprano para sentarnos a comer.

—¿Creéis que debería leer sus libros favoritos? Puede que padre tenga algún ejemplar de Platón, aunque la filosofía me resulta incomprensible.

—Todavía no conozco a una sola mujer que encuentre placer en ella. De todas formas, nadie espera que compartáis todos sus gustos, Mathilde; de hecho, eso no suele suceder entre los esposos. Nosotras tenemos nuestros intereses y ellos, los suyos. ¿O acaso habéis visto alguna vez a un hombre dedicado a la costura y al hilado?

Su respuesta me decepcionó. Por algún motivo esperaba que me animase a introducirme en las aficiones de su hermano. La caza no iba a poder practicarla, mas ¿por qué no la filosofía? ¿Por qué no el debate? Estaba segura de que aquello nos allanaría el camino del matrimonio.

—Aun así, disfruto de la lectura casi tanto como de bordar y tocar el arpa, así que podría intentarlo —insistí—. Doña Anne dice que soy una mujer lógica, quizá él pueda ayudarme a entender mejor la filosofía.

Doña Mencía hizo el primer movimiento, deslizando la pieza de ajedrez sobre el tablero.

—Seguro que os leerá algún libro en voz alta. —Sonrió con dulzura —. Ya sea de filosofía o no. Pedídselo. Con doña Beatriz le encantaba hacerlo.

Miré a nuestro traductor, sentado entre ambas, y anoté mentalmente que debía empezar a aprender el idioma. De lo contrario no podría entender a mi marido, dependería de un intérprete durante años y la barrera del lenguaje nos sería difícil de sortear.

—Ese es un gesto muy tierno.

—Sí que lo es. Aunque no esperéis que os confeccione una tiara de rosas en señal de amor, tampoco es tan afectuoso.

—¿Abandonará tan fácilmente la viudedad para entregarse al matrimonio?

—Lo hará y, además, os amará —dijo doña Mencía con absoluta convicción.

No es que el amor me perturbara, pero todas decían que si había algo peor que un matrimonio sin amor, era un matrimonio en el que solo una de las partes estaba enamorada. Y yo, que había oído esas descripciones tan locuaces sobre don Pedro de Lara, empezaba a imaginar que era posible un futuro en el que cupiera algo más que el cumplimiento del deber marital y el respeto entre los cónyuges. Lo que no quería, en ninguna circunstancia, era ser la desdichada parte que no es correspondida.

—En cuanto os vea, caerá rendido a vuestros pies. —Me acarició la mejilla con delicadeza y la pellizcó, sacándole un sonrojo mayor—. Sois tan dulce y cándida. ¿Qué hombre no se enamoraría de vos?

Pensé en todos los pretendientes que habían pasado por el castillo. ¿Cuántos de ellos se habrían prendado de mí en realidad? ¿Cuántos de ellos me habrían jurado amor eterno de haberles concedido un poco más de tiempo? ¿Cuántos habrían sido fieles y

devotos esposos si nos hubiéramos fijado en algo más que las rentas, la degradación de su linaje o los bastardos acumulados? El sabor de la bilis se me instaló en la garganta.

—La cuestión es… —comentó con un secretismo que invitaba a acodarse sobre la mesa— si vos os enamoraréis de él.

—Creía que en el matrimonio no se pedía amor, solo lealtad y obediencia —observé.

—Así es, aunque por ahí dicen que no hace mucho las mujeres no éramos servidoras de nuestros maridos, sino compañeras. Supongo que aquellos eran buenos tiempos.

—Si lo que os preocupa es la felicidad de vuestro hermano, señora mía, sabed que lo cuidaré, serviré y amaré con todo mi ser, si él me lo permite y Dios así lo dispone.

Ella asintió satisfecha.

—Eso está muy bien, porque el matrimonio sin amor se hace terriblemente largo, Mathilde. —Y repitió—: Terriblemente largo.

En tres días, doña Mencía de Lara transformó mi desasosiego en renovadas esperanzas, tras cambiarme los negros hábitos de monja —que ya me veía portando— por un vestido de novia decorado con perlas y oropel. Puso el destino de su hermano y de Valdívar en mis manos y, luego, marchó a Perpiñán, desde donde regresaría a Castilla. Su esposo, en cambio, proseguía hacia la corte de Felipe III, pues aún debía lograr que este le concediera el paso por sus tierras al rey don Alfonso.

«Volveremos a vernos, mi querida Mathilde. Pronto, muy pronto», me había dicho doña Mencía antes de partir, ya subida en el carruaje. «En Castilla, cuando mi hermano os traiga a vivir al ducado de Valdívar. Ya veréis qué feliz seréis allí. Ya veréis qué felices seremos todos». Aquella sonrisa resplandeciente me incitaba a confiar en las dichas del matrimonio.

No obstante, en cuanto sus figuras desaparecieron en el horizonte, la ausencia de la señora de Cigales se hizo patente. Con ella lejos, toda información sobre don Pedro de Lara se desvanecía

de mi memoria, el duque dejaba de ser la promesa de un futuro marido para convertirse tan solo en un nombre extranjero y un posible pretendiente.

—Vendrá —me dijo Aurore varias veces, encantada de que hubiera recobrado la ilusión por el amor—. Don Pedro de Lara vendrá a por ti. Doña Mencía lo convencerá de ello.

Según mi hermana, solo tenía que mantener intacto el sueño de la buena esposa, aferrarme a él hasta que don Pedro de Lara pisara territorio francés y pusiera una alianza en mi dedo.

En las semanas siguientes, como si supieran que había un caballero rondándome la mente y enquistándoseme en el corazón, otros dos nobles de nuestro reino visitaron Nailloux. Eran hombres de vastas tierras, buenas rentas, un linaje impecable y una edad acorde a la mía, lo que significaba que no me sobrepasaban más que en unos cinco o siete años. Eran apuestos e instruidos, segundogénitos que habían ofrecido a padre buenas arras. Conmigo y con doña Anne de Albret se mostraron de lo más atentos, agasajándonos con algunas joyas bajo la tonta idea de que así se inclinaría la balanza a su favor.

Obediente, cumplí con mis obligaciones y les correspondí en todo: conversaciones ingeniosas, interés por sus gustos, paseos por los jardines, partidas de ajedrez y veladas en torno a una mesa repleta de deliciosos manjares. Hasta toqué el arpa para ellos.

Ninguno llegó a conquistarme. Quizá lo habrían hecho en otro momento, cuando yo aspiraba solo a un matrimonio bien avenido en el que la atracción no tenía cabida y el miedo a la soltería me perseguía por los rincones. Por desgracia, doña Mencía se les había adelantado y había plantado en mí el afecto por don Pedro de Lara, en quien pensaba a diario.

El cortejo me resultó halagador a la par que ridículo, así que los rechacé con el beneplácito de padre y doña Anne, quien ni siquiera los había barajado como pretendientes de verdad, algo insólito. Ella, tan poco partidaria de traspasar las fronteras del reino de Francia en cuanto a matrimonios, defendía con fervor la unión con el duque castellano y esgrimía por primera vez el argumento de padre de la «sangre nueva dentro de la familia».

En cuanto las puertas del castillo se cerraron y ya no hubo más caballeros a los que atender y acoger, doña Anne de Albret llamó a Antoine Leblond a sus aposentos privados. Cuando el conde de Nailloux llegó, se encontró a su esposa rodeada por un ejército de criadas y un mar de exquisitas telas. Sedas de intensos colores yacían dispersas por toda la estancia, creando un caleidoscopio de dorados, blancos, rojos bermejos, morados, verdes, amarillos y azules. Sobre el lecho, un puñado de suaves pieles de conejo, carnero, ardilla y marta cibelina… No faltaba el tafetán ni el cendal, una tela de gran delicadeza, de origen oriental. Tampoco los hilos de oro y plata.

—Deberíamos ir preparando el ajuar —le dijo doña Anne a padre a finales del mes de mayo.

—No nos precipitemos, que aún hemos de conocer al duque de Valdívar y decidir si es de nuestro agrado —le advirtió.

—Es este —comentó despreocupada, eligiendo la seda dorada frente a las otras—. Este es el esposo de Mathilde.

Era evidente que doña Anne ya estaba inmersa en algo más que la preparación del ajuar: quería confeccionarme un vestido nupcial a la altura de la ocasión.

—¿Cómo lo sabéis?

—Las mujeres lo sabemos todo —bufó.

—Y, a menudo, no sabéis nada.

Doña Anne captó la ironía. Con un gesto despachó a la criada, que le tendía otra seda que combinar con la dorada, y se giró para observar a padre.

—Es duque, ¿no? Es a lo que aspiramos.

—Y también a la felicidad, o al menos al respeto —replicó padre—. Eso dijisteis.

—Don Pedro de Lara la hará feliz. Lo presiento.

—Ahora sois adivina. —De nuevo esa ironía que no era más que jocosidad disfrazada de superioridad. Lo detestaba.

Doña Anne de Albret apretó los dientes hasta que le rechinaron.

—Soy madre, que es más importante —siseó.

—Pero no la suya… —Fue una amonestación, no un lamento, y a doña Anne le pareció el colmo de la hipocresía que la culparan por

no haber dado a luz a una hija que no había crecido en sus entrañas —. ¿Ya no os preocupáis por su dicha?

Aquella acusación velada fue demasiado para ella. Observó a su derredor el silencio sepulcral de las criadas, el brillo cegador de los tejidos, y supo que no era lugar para una riña. Con un par de inhalaciones, recuperó la serenidad.

—Sois vos el que no os preocupáis por ella. ¿No la veis? Mathilde lleva meses languideciendo aquí, tocando las melodías más tristes con el arpa, enjugándose las lágrimas cada vez que una doncella narra la historia de Orfeo y Eurídice. Había perdido el interés en todo caballero y estaba a dos días de irse al convento más cercano y encerrarse en una oscura celda. Ese era su devenir y eso la atormentaba. La propuesta de la señora de Cigales le ha hecho recobrar el ánimo, la ha traído de vuelta al mundo de los vivos. Mathilde necesita un marido y don Pedro de Lara promete ser un buen marido.

—¿Por qué? ¿Por ser duque?

—Porque ella ya está enamorada de él incluso sin haberlo visto. Las palabras sinceras que le ha dedicado su hermana han bastado para convencerla.

Padre exhaló un suspiro de exasperación y se pasó la mano por el rostro, despeinándose la barba y las espesas cejas, que le dieron la apariencia de un hombre furibundo al que ya no le queda ni una gota de paciencia.

Como buena esposa, doña Anne sabía leer sus expresiones. Así pues, se acercó a él y, con una voz de la suavidad del terciopelo, le dijo:

—Don Pedro de Lara proviene de una de las familias más ilustres de la nobleza castellana, es consejero directo del rey don Alfonso, su tío es Nuño González de Lara, adelantado mayor de la frontera de Andalucía, y su hermana doña Mencía de Lara está casada con un Castro, otra de las grandes familias castellanas. Es más, la tía de don Ramiro Fernández de Castro, el señor de Cigales, es Leonor Ruiz de Castro, la tercera esposa del difunto infante Felipe, el hermano del rey Alfonso.

Doña Anne chasqueó la lengua y le acarició la encorvada espalda. Padre se había rendido ante sus argumentos y se había sentado en la cama, arrugando las pieles que allí reposaban. Estaba abatido.

—¿No se sentirá sola tan lejos de nuestro hogar? De Francia…

—Llevará consigo a un buen cortejo de damas y sirvientas que le recuerden cuál es su origen, así estará siempre acompañada. Yo me ocuparé de ello. Además, en Castilla la recibirá doña Blanca de Francia, hermana de nuestro rey y esposa del infante Fernando de la Cerda. Confraternizará con ella y se darán apoyo mutuo.

—No lo sé, Anne…

—Esto es lo más cerca que estaremos de emparentar con la realeza, esposo mío, y bien lo sabéis. Así que nosotras prepararemos los esponsales y el ajuar y vos contrataréis a un prefecto para que Mathilde aprenda castellano.

—Aún queda para que se case.

—Me niego en redondo a esperar más tiempo. Casaremos a Mathilde este mismo verano.

—La decisión es mía —le recordó padre—. Además, el de Valdívar todavía debe ofrecer unas arras y firmar el contrato matrimonial.

—Las arras serán más que decentes, doña Mencía de Lara me lo ha confirmado.

Las sirvientas seguían allí, fingiendo que recogían los retazos de telas, las perlas y los hilos de plata y oro. Doña Anne de Albret las echó con una simple mirada y los aposentos quedaron privados de mujeres chismosas que no hacían más que poner el oído para, luego, darle a la lengua.

—No quiero que Mathilde llegue a la corte de don Alfonso y no sepa comunicarse con el resto de las damas y caballeros —insistió ella—. Creerán que es muda o, peor aún, tonta. Así pues, hacedle ese favor a vuestra hija.

—No sé si estoy preparado para dejarla ir, Anne —dijo en tono lastimero.

—Ay, mi querido esposo. —Tomó asiento a su lado y le dio un casto beso en la frente—. Nos repondremos, al igual que todos los padres cuyo nido queda vacío. En el nuestro aún hay un pequeño polluelo. Aún tenemos a Léonie.

—A la que querréis casar el año que viene en cuanto cumpla los diecisiete.

—No podemos ser egoístas. Y vos no podéis retenerlas aquí más tiempo, eso es impropio de un buen padre.

—¿Y qué haremos después?

—Dios proveerá, Antoine Leblond, como siempre ha hecho. Dejadlo en sus manos.

Doña Anne le dio otro beso en la sien y se levantó, dispuesta a retornar a las actividades nupciales. Tras echar un vistazo a la estancia abarrotada de telas, colocó los brazos en jarras y lanzó un hondo suspiro.

—Ahora hemos de encargarnos de Mathilde y don Pedro de Lara. En cuanto contraigan matrimonio, mandaremos a Aurore de regreso a Arvieu, eso o traeremos a su esposo para que vuelvan juntos al ducado con el pequeño Denis y el recién nacido. A esas alturas, ya habrá parido aquí.

Padre elevó el rostro sombrío y pronunció su nombre. La conversación todavía no había finalizado, a don Antoine Leblond le quedaban cosas por decir.

—Anne… No tenemos heredero.

Ella frunció el ceño.

—Tenemos a nuestras hijas.

—No tenemos heredero. El linaje Leblond no puede acabar conmigo.

—Nuestros nietos serán Leblond. El pequeño Denis es un Leblond. —Esbozó una de esas sonrisas tirantes que eran tan comunes en ella.

—No. Los hijos de Aurore serán Durand y los de Mathilde, Lara.

La triste realidad no hundió los hombros de la condesa de Nailloux, pocas cosas podían hacerlo. Alzó la barbilla en un gesto de soberbia y, con los ojos humedecidos, contestó:

—Lo he intentado. —La voz le rilaba.

—No era un reproche.

—¿Qué queréis que haga?

Padre se puso en pie y, con cierta inquina y el semblante contraído, le susurró al oído:

—Hablad con Dios y que provea.

6

Quien será mi esposo

Junio de 1275

Las eficientes órdenes de doña Anne de Albret y la urgencia con la que trabajaban en el castillo permitieron que para principios de junio ya tuviéramos un vestido de novia muy avanzado y el ajuar casi completado. Como si se tratara de mi propia madre, doña Anne había cuidado hasta el último detalle. «Nada os faltará mientras yo esté viva», había dicho. Y estaba decidida a cumplir su promesa.

Había conseguido juntar dentro de los arcones un ajuar de lo más espléndido, digno de una duquesa y no de la hija bastarda de un conde. Joyas de todo tipo —de piedras preciosas, perlas, oro y plata repujada—, suntuosos objetos que decorarían mi nuevo hogar —ricos candiles, magníficos pebeteros, perfumes florales, una cubertería de plata y un juego de peines—, además de exquisitas telas que debían servirme para confeccionar en Castilla un nuevo guardarropa y lo que creyera de necesidad: ropa de cama, mantelería, paños… Incluso así, todavía quedaban un par de baúles más por rellenar.

Siguiendo las indicaciones de su esposa, padre pidió a nuestro intérprete que hiciera las veces de maestro y empezara a enseñarme castellano. Así pues, todos los días dedicaba varias horas al estudio, motivada por los inminentes desposorios. Y es que si padre y doña Anne habían empezado con los preparativos era por una buena razón. Debían de estar plenamente seguros de que el duque de Valdívar iba a pasar por el altar conmigo del brazo. O puede que ya

hubiesen cerrado un pacto con este a través de sus deudos y sin mi conocimiento, quizá mediante doña Mencía o don Ramiro Fernández de Castro. Por tanto, me esforcé en aprender castellano.

«Pedro de Lara» eran las palabras que reconocía en aquel nuevo idioma, a las que me aferraba por resultarme familiares, por saberme dulces y empalagosas. La repetía y repetía hasta empacharme, hasta llenarme la barriga de sueños y quedarme dormida cada noche.

Fue a mediados de junio cuando el duque de Valdívar en persona llegó al condado de Nailloux. Y ni todas las confidencias de su hermana doña Mencía de Lara me habrían preparado y prevenido para conocer a quien sería mi esposo.

La primera vez que lo vi acababa de arribar y descabalgaba de su montura en el patio de armas, donde un joven caballerizo esperaba para tomar las riendas del animal y conducirlo al establo. Pese al calor del ambiente, llevaba una capa de paño de color azul que lo protegía de la polvareda del camino. A su alrededor se agrupaba un pequeño séquito de criados, que era recibido por nuestra servidumbre.

Yo estaba arriba, encaramada a una de las ventanas que daban directamente a aquella zona del castillo. Al recibir la noticia de que el duque se hallaba en nuestras tierras, mis hermanas y yo nos habíamos encerrado en una de las estancias superiores para así observar su llegada. En silencio, arrimadas las unas a las otras, escrutamos cada uno de sus movimientos con el fin de averiguar si doña Mencía de Lara había mentido o, por el contrario, había dicho la verdad sobre el atractivo de su hermano.

Para ello, tuvimos que amusgar la vista.

Durante un breve instante, don Pedro de Lara alzó la cabeza para así contemplar el castillo. Al hacerlo, la luz del mediodía impactó sobre sus iris, y el cerúleo de estos fue tan intenso que me pregunté si ese no sería el rostro de Narciso y si yo no me ahogaría en las aguas turbulentas por el deseo de besarlo.

Embelesada, me acerqué aún más a la ventana, sin reparar en el peligro de un resbalón que provocara una trágica caída. El ansia por observarlo de cerca me abrumaba, y en la yema de los dedos comencé a notar una leve picazón que se me extendía por la piel del cuerpo.

Doña Mencía de Lara había estado en lo cierto: era apuesto.

—No se parece en nada a mi querido esposo —señaló Aurore, que no podía pegarse demasiado a la ventana debido a la oronda barriga.

—No es hermano de tu esposo —le recordé sin apartar la vista de su figura—. ¿Cómo iba a parecerse?

Ella chasqueó la lengua.

—Siempre pensé que padre nos buscaría a hombres similares.

—Ambos son duques —apuntó Léonie.

—Sabes que no me refiero a eso —le dijo Aurore—. Mi esposo es de porte distinguido, de naturaleza masculina y, al mismo tiempo, delicada; el tuyo, en cambio, es tan robusto que…

—Podría partir nuestras cabezas con las manos, al igual que el señor de Cigales —intervino Léonie—. Cualquiera diría que es su hermano y no el de doña Mencía de Lara.

Dada la complexión delgada y espigada de la señora de Cigales, yo tampoco habría imaginado que don Pedro de Lara ocultara unos anchos hombros y una espalda fornida debajo de esa capa comida por la mugre del viaje.

—Pues es el de doña Mencía y no el de don Ramiro Fernández de Castro.

—¿Te agrada? —quiso saber Aurore.

Sonreí. Y según mi hermana, aquella media sonrisa fue de lo más provocadora.

—Lo cierto es que sí. Aunque supongo que todavía tengo que hablar con él para ratificarlo. Ya sabes lo que dicen, la belleza es perecedera.

—Todos somos bellos a ojos de Dios —dijo Léonie.

—Yo estaría más segura con un hombre de aspecto más fino. —Aurore se encogió de hombros—. La apariencia lo es todo.

—No —comenté, con la nariz todavía pegada a la ventana—. Las riquezas lo son todo. Las apariencias son para aquellos que ya no tienen riqueza y eso es lo único que les queda.

—¡Mira, Mathilde! Parece que este también te trae un regalo —exclamó Léonie, emocionada.

Aquello atrajo de inmediato la atención de Aurore, que había abandonado el puesto de vigilancia para dar un par de vueltas por la alcoba. Su regreso a la ventana nos obligó a apretujarnos todavía más.

—Hacedme un hueco —se quejó—. Estoy embarazada, por el amor de Dios.

En efecto, entre los escasos bultos que viajaban con don Pedro de Lara —no había más que tres baúles de equipaje—, sobresalía un arcón por su pequeño tamaño.

—Con tanto pretendiente ya tendrás una increíble colección de joyas. Tu futura hija estará encantada de que te hayas dejado cortejar por un buen número de ricohombres —dijo Aurore acariciándose el vientre.

—¿Eso que oigo son celos? Porque estoy segura de que tu marido te homenajeará con un bonito presente en cuanto le des el segundo hijo.

Mi hermana soltó una carcajada que se asemejaba a un ladrido. El sarcasmo que lo teñía se debía más a los celos de los que la había acusado que a la incredulidad ante un nuevo regalo.

—Yo no cambiaría a mi bienamado esposo ni por todo el oro del mundo. Ojalá tú puedas decir lo mismo después de un par de años de matrimonio.

A través de la ventana, vimos a don Pedro de Lara ceder el pequeño arcón a uno de sus sirvientes y, a continuación, cruzar el umbral del portalón y entrar en el castillo. Enseguida desapareció de nuestra vista. Sin más, las tres nos retiramos.

Don Pedro de Lara no se tomó la molestia de reposar tras su duro viaje, ni siquiera visitó la que sería su alcoba durante su estancia con

nosotros. Mucho menos se cambió de ropajes o se lavó el rostro, en el que se apreciaban la polvareda del camino y el efecto del sol del verano. En su lugar, envió a sus sirvientes a que colocaran sus pertenencias, rechazó las viandas que se le ofrecieron y pidió audiencia con padre para tratar cuanto antes los temas referidos al contrato matrimonial.

Padre lo recibió en la sala del lar, donde se reunía con las visitas en torno a una mesa redonda, en la que se sugería que no había títulos, mercedes ni bienes que los separaran, pues quienes allí se sentaban estaban hermanados gracias a la sangre nobiliaria. El copero escanció vino y un criado llegó con una bandeja de plata repleta de fruta de temporada, queso y pan. El de Valdívar no probó bocado, solo se humedeció los labios para apaciguar la sequedad de la garganta.

Congeniaron al instante. Quizá porque don Pedro de Lara no estaba dispuesto a negociar ni la dote ni las arras, como otros tantos caballeros que esperaban recibir una buena suma de dinero por mi parte y no entregar a cambio más que unas migajas. Aceptó de buena gana lo que padre estableció para mí y aportó, generosamente, lo que consideraba una suma beneficiosa que garantizaba el cumplimiento de sus votos como marido.

Así, don Pedro pidió que se llamara a un notario para firmar las capitulaciones matrimoniales.

—¿No queréis conocer a la novia antes? —preguntó padre, extrañado por la actitud decisiva de este.

El intérprete tradujo al castellano sus palabras.

—Lo haré en cuanto firme el contrato y me haya adecentado. No me gustaría tener que presentarme así ante la que será mi fiel esposa, le causaría una mala impresión. —Abrió los brazos y señaló con ambas manos los estragos del viaje.

Pero padre no se refería a eso.

—Esperaremos, pues, a que os conozcáis y entonces haré venir al notario.

—No es necesario, mi señor. Prefiero, si no os es molestia, finalizar de inmediato con estos tediosos trámites que son las capitulaciones. Mi honorable padre solía decir que primero hemos de darnos a los

deberes y más tarde a los placeres. Y es evidente que conversar con doña Mathilde será el mayor de los placeres.

—Puede que no estéis de acuerdo con las observaciones que haya hecho vuestra querida hermana, doña Mencía de Lara, sobre mi hija —le advirtió padre.

En otro hombre, aquello habría plantado la semilla de la duda. ¿Y si había algún defecto que estuvieran ocultando? ¿Y si se me estaba vendiendo como una buena esposa, leal y servicial, pero, en realidad, solo querían deshacerse de mí por ser una hija díscola? ¿Y si estaba enferma? ¿Y si estaba loca y de ahí la suculenta dote? ¿Y si era un estorbo para mi propia familia? ¿Y si era yerma? O peor, ¿y si había sido mancillada y estaba encinta? ¿Y si querían hacer pasar a un bastardo por su hijo?

La insistencia de padre para que me conociera antes y los múltiples pretendientes que habían pasado por Nailloux podían llevarle a pensar cualquier cosa. Al fin y al cabo, yo no era más que una bastarda que ya había cumplido los diecinueve años. Ante aquello, don Pedro de Lara podía preguntarse por qué si no una joven iba a tardar tanto en contraer nupcias. La única razón era que los ilustres caballeros me hubieran rechazado una y otra vez al descubrir que había algo terrible en mí.

Don Pedro de Lara no era ese tipo de hombre. Ni la duda ni la sospecha rondaron por su mente.

—Lo dudo, mi señor. —El duque de Valdívar esbozó una radiante sonrisa—. Mi hermana es de fiar. Además, he oído hablar de vuestra hija a más de una lengua, y ninguna ha osado pronunciar una leve falta sobre ella.

—Aun así, no me gustaría que firmaseis los papeles y luego os arrepintierais al verla.

—Mi señor, ¿quién se iba a arrepentir de matrimoniar con una mujer de la que prometen que es todo dulzura y candidez? No me importa la dote como no me importa su condición de bastarda, menos va a hacerlo que sea rubia o morena, alta o baja. He venido a pediros a Mathilde con independencia de su belleza.

—Eso os honra.

Padre podía haber insistido un poco más y aludido a que quería que yo diera mi consentimiento; sin embargo, eso sería otorgarme un poder del que se suponía que carecía. Las mujeres no elegimos a nuestro esposo. Aceptamos a nuestro esposo. Además, sabía que yo no habría objetado. Don Pedro de Lara era el hombre soñado. E incluso si hubiera resultado nada agraciado a la vista, hubiera dado el «sí» por ser esa la voluntad de padre. Jamás me habría opuesto a su dictamen, me habían inculcado la obediencia a fuego.

Finalmente, padre mandó llamar al notario y un buen rato después, alrededor de la mesa ya había cuatro hombres sentados, tres de ellos cálamo en mano y listos para rubricar. El otro traducía.

En el contrato matrimonial constó que don Antoine Leblond, conde de Nailloux, me entregaba a mi marido con una dote considerable, que servía para sostener las cargas de nuestra unión.

Por su parte, don Pedro de Lara ofreció de arras un pequeño castillo y las tierras de sus inmediaciones, pertenecientes a un señorío heredado tras el fallecimiento de su progenitor. Esto garantizaba su cumplimiento como buen esposo, pues de fallar en ello yo podría abandonarle y quedarme para siempre con el dominio y las rentas de ese castillo, que figuraría entonces como mi patrimonio.

—Yo, don Pedro de Lara, duque de Valdívar, me comprometo a que mientras viva tendré a Mathilde Leblond como un hombre ha de tener a la mujer que ha tomado legalmente. No la abandonaré bajo ningún pretexto, excepto si contrae la lepra. No la molestaré o la calumniaré, y tampoco habré de castigarla con mis manos, ni aunque ella decida dejarme.

Con su firma en el manuscrito, el primer paso que nos llevaría al altar quedó dado.

Durante las horas en que don Pedro de Lara y padre se encerraron en el salón del lar, pululé por las diferentes estancias presa de la agonía y el ansia que me carcomían por dentro. Me sentía uno de esos exóticos animales que esas tediosas embajadas traen

enjaulados desde el lejano Oriente y regalan a reyes y príncipes junto con magníficas cajitas de marfil. Daba vueltas sobre mí misma, a zancadas, y espiraba con violencia e impaciencia. Y al igual que esas pobres bestias indómitas, me revolvía.

Doña Anne y mis hermanas trataron de serenarme, pero no se puede tranquilizar a quien ve su futuro pendiendo de un frágil hilo. Mi vida estaba a merced de esas negociaciones.

—¿Y si no llegan a un acuerdo?

—Llegarán a un acuerdo —repetía doña Anne, provista de una paciencia infinita.

—¿Y si no le agrado?

—Estaría ciego —respondía Aurore—. Y ser ciego es una cosa, pero ser un ciego necio es otra muy distinta. Y esto último es una vergüenza absoluta.

—¿Y si doña Mencía nos ha mentido y no es un buen hombre? ¿Y si no es como esperamos? ¿Y si es cruel y pendenciero? ¿Y si nos hemos equivocado al darle tan siquiera una oportunidad? ¿Y si el indicado era uno de esos caballeros que hemos rechazado? —Hablaba atropelladamente y me restregaba las manos sudorosas en las faldas del pellote, dejando manchas de humedad en la seda.

Doña Anne exhaló un hondo suspiro.

—Mathilde, incluso el más honrado, bueno y amoroso de los hombres miente en alguna ocasión, pues ante todo es un hombre y está en su naturaleza. Y del mismo modo es cruel y pendenciero. Lo único que tenéis que hacer es intentar no enardecer su ira y no ser el blanco de ella cuando eso ocurra.

—Si vierais a mi marido enfurecido… —graznó mi hermana—. Por mucho que no represente peligro alguno, prefiero encerrarme en mis estancias o irme a pasear por los jardines hasta que desaparece su malhumor. A veces, puede durarle días y días.

—¿Y qué haces entonces? —se interesó Léonie, que almacenaba información y experiencia para cuando le tocara prometerse—. No puedes estar días y días paseando tú sola por los jardines.

—¡¿Qué voy a hacer?! Ignorarlo y seguir con mis ocupaciones como duquesa de Arvieu.

Una sonrisa afilada se esparció en el rostro de doña Anne de Albret, visiblemente orgullosa de su hija.

—Vuestro padre y don Pedro de Lara pactarán, estoy segura de ello. —Recogió mi mano perlada de sudor y la frotó entre las suyas —. No dejéis que el miedo os invada. Hemos hecho un buen trabajo y os hemos escogido al mejor hombre que hay entre este reino y los vecinos.

Hastiada del deambular entre los salones, la enérgica Léonie propuso continuar en los jardines. La luz de la media tarde era brillante, soplaba un ligero viento que mecía la arboleda y no traía frescor alguno. Aun así, era de lo más placentero caminar por los senderos empedrados, rodeados de una hierba verde que aún se negaba a achicharrarse y amarillear, pese al calor veraniego. La floresta aportaba sombra y la fuente de piedra blanca que borboteaba agua aligeraba el ambiente.

La única que no sentía los beneficios del paseo era Aurore, que se abanicaba con ambas manos y resoplaba a cada paso. Cuando el escote redondo la ahogaba, se tironeaba de él, liberándose del yugo del pellote, la saya y la camisa.

—Parir en verano será mucho peor que en invierno.

—Parir es en sí mismo un acto de gran sacrificio —terció doña Anne.

—No soporto este calor —se quejó—, el embarazo lo acrecienta. Quedas avisada. —Me señaló—. Procura no tener que pasar un verano encinta o querrás arrancarte la piel a tiras.

La paz que imperaba allí fuera duró poco. Una de nuestras leales criadas nos contó que don Pedro de Lara no había querido esperar al usual banquete que celebrábamos por las noches para conocer al pretendiente, y tampoco había mostrado interés en conversar conmigo. No había negociado apenas con padre ni intercambiado palabra alguna con doña Anne de Albret. Por no aceptar, no había aceptado siquiera echarme un ojo a través de alguna ventana del piso superior para al menos cerciorarse de que no era una tullida.

Eso le había dicho en susurros el copero que los había atendido en el gran salón. Por primera vez, doña Anne se alegró de que la servidumbre fuera tan cotilla.

—Un marido que no quiere ni ver a su esposa… —me lamenté—. ¿No es ese un mal presagio?

—¿Un mal presagio de qué? —exclamó Aurore—. ¿De que es un hombre decidido? ¡Oh, por Dios bendito!

Su madre le chistó para que no usara el nombre de Dios en vano y ella se sonrojó. El humor de Aurore se había tornado volátil desde que quedara embarazada, pero todavía seguía siendo una mujer temerosa del Altísimo.

Incapaz de continuar caminando de un lado para otro, mi hermana rogó que hiciéramos una pausa. Mientras nosotras nos sentábamos en la verde y abundante hierba, acomodándonos bajo un frondoso árbol, ella esperó a una silla de cadera. Si nos imitaba y se tiraba al suelo, ya no podría levantarse nunca más. A los pocos minutos, un par de criados llegó con bebidas frescas y ricas viandas. Allí permanecimos, refugiadas del sol, alimentándonos de queso y frutos rojos que nos tiznaban los dedos y labios de bermellón.

—No se trata de presagios. Así funcionan los matrimonios. ¿O acaso pensáis que yo había visto a vuestro padre antes de casar con él? —Doña Anne de Albret se llevó un jugoso arándano a la boca—. Por supuesto que no. Mi querido padre cerró las capitulaciones, y no fue hasta que pisé la capilla en la que habíamos de unirnos cuando le vi por primera vez. «Ahí está vuestro marido», me dijo. Y eso fue todo.

—Pero yo sí conocí a mi marido… —le recordó Aurore.

Doña Anne chasqueó la lengua.

—Excepciones, hija mía. —Se giró hacia mí—. Don Pedro de Lara habrá sido criado a la vieja usanza. Y si no conoció a su difunta mujer antes de contraer esponsales con ella ¿por qué iba a conoceros a vos, Mathilde?

—¿Por qué no querría saber un hombre con quién ha de compartir el lecho durante el resto de su vida? —dije.

—No siempre se comparte el lecho.

—Pero sí todos y cada uno de los días hasta que Dios nos reclame. Eso es más que compartir el lecho.

Doña Anne asintió.

—Eso es cierto —farfulló.

La joven criada nos informó de que, cuando el duque de Valdívar por fin salió del salón en el que había hablado con padre, se dirigió a sus aposentos privados para descansar y asearse. Nadie sabía si cenaría allí a solas o con nosotros en el salón principal.

—Yo no esperaría mucho más del duque por hoy, mi señora —vaticinó la criada con total sinceridad—. Hasta su servicio parece agotado después de semejante viaje. Lo hemos mantenido despierto a duras penas mientras daba buena cuenta de la comida. ¡A los hombres se les caían los párpados en las mesas de las cocinas!

Sin embargo, don Pedro de Lara aún tenía una sorpresa más que darnos a los Leblond.

Seguíamos sentadas en la hierba, compartiendo rumores cortesanos mientras el sol descendía y pincelaba el cielo con las tonalidades naranja azafrán y rojo granza. En cuanto despuntara en el horizonte, habríamos de abandonar aquel remanso de paz para regresar a nuestros aposentos a acicalarnos para la cena. Las criadas comenzaron a recoger y nosotras nos alisamos las faldas de los pellotes, preparadas para retornar al castillo.

Fue entonces cuando apareció el duque de Valdívar. Detrás de él venían nuestro intérprete y un hombrecillo de calvicie incipiente y mejillas regordetas. Debía de ser uno de los castellanos de su cohorte de criados; sin embargo, sus vestiduras opulentas indicaban que era más que un simple ayuda de cámara. Cargaba con la caja pequeña que habíamos visto desde la alta ventana del piso superior.

Don Pedro de Lara se detuvo frente a nosotras e hizo una perfecta genuflexión.

Alcé el rostro y me encontré con la solidez de su cuerpo robusto y resplandeciente. La luz dorada del atardecer le pintaba la aureola de los santos en torno a la cabeza y los hombros, y le salpicaba los hilos de oro de su lujoso atuendo. Sonrió y noté la respiración desvanecerse de mis pulmones, dejármelos huecos.

El duque de Valdívar tenía unos ojos pequeños que se perdían en un rostro de facciones endurecidas y angulosas, pero al ser de un

azul profundo brillaban como si fueran zafiros. La nariz recta se torcía un poco al llegar a la punta, achatándose, y la barba recortada, aceitada y frondosa no ocultaba la boca ancha y los labios gruesos ni tampoco la alargada cicatriz que le sesgaba parte de la mejilla izquierda y descendía hasta sajar la comisura. A cualquier otro hombre le habría afeado esa marca, a él no. A él le daba cierto aire de orgullo, el de quienes salen victoriosos de una peligrosa contienda.

—Buenas tardes, mis señoras, que Dios os guarde. —Su modesto francés le hacía hablar igual que un niño pequeño con lengua de trapo.

Mi primer pensamiento fue que aquello lo hacía terriblemente hermoso. No apuesto. No atractivo. Hermoso.

Muchos no se habrían atrevido ni a saludar en un idioma extranjero, pues eso siempre supone cierto grado de vulnerabilidad. Él lo hizo sin pudor alguno, y eso provocó unas ligeras risitas entre mis hermanas y el séquito de doncellas que nos acompañaba.

Doña Anne las acalló con una gélida mirada y solo Aurore y Léonie se permitieron proseguir con esas sonrisas que pronto perdieron el matiz de burla. Incluso así, don Pedro de Lara no se amedrentó.

—Buenas tardes, señor mío —respondí poniéndome en pie y postrándome ante él. Tuve que templar los nervios para hablar con soltura y no parecer una niña azorada ante un gallardo caballero.

—Lamento profundamente la tardanza —dijo esta vez en castellano y el intérprete empezó a traducir.

—Nada hay que lamentar y mucho que celebrar —dijo doña Anne, que se había posicionado a mi vera y había colocado una mano sobre mi antebrazo—. Damos gracias a Dios por haberos guardado durante el viaje y haberos traído hasta aquí sano y salvo, mi señor.

Don Pedro de Lara volvió a sonreír y los zafiros que tenía por ojos se empequeñecieron aún más. El brillo de su mirada me eclipsó y no pude evitar decir:

—Espero que os haya merecido la pena.

Se abstuvo de examinarme con lascivia e indiscreción, algo que otros hombres no habrían hecho. Me miraba únicamente a los ojos y

sonreía. Una sonrisa blanca y genuina le ensanchó la cicatriz que le rompía los gruesos labios.

—No sabéis cuantísimo, mi señora.

Con un delicado gesto, hizo que el hombrecillo de detrás se adelantara. Mis hermanas me rodearon al divisar el cofre, deseosas de averiguar qué se escondía en su interior.

—Os traigo un humilde presente como muestra de mi amor y devoción, que serán infinitos.

El hombrecillo abrió la arqueta y todas nos acercamos.

Don Pedro de Lara trajo consigo un regalo que deslució los de mis otros pretendientes. No se trataba de bellas gemas ni de ricas telas procedentes de Oriente, tampoco de alhajas rutilantes y perfumes de origen muslime. Todo aquello era banal en comparación con su ofrenda: la exquisita talla de una Virgen, hecha de madera, el material más noble de todos.

La Virgen presentaba un rostro alargado y sereno, y protegía con un manto azul a su hijo, el niño Jesús, quien, sentado en su regazo, bendecía con la mano derecha. Las coronas eran de pan de oro, a juego con el trono en el que reposaban.

Un sonido de sorpresa emergió de nuestras gargantas. La expresión de doña Anne de Albret fue de pura satisfacción.

—Para que os guíe, mi señora, en esta época de tribulaciones, pues aunque intentemos sobrevivir a ella sin molestar al Altísimo, a veces lo necesitamos de nuestro lado. A Él y a su santísima madre —dijo don Pedro.

Yo, que había estado a punto de tomar los hábitos y entregarme a la vida seglar, ahora recibía aquel regalo de bodas. Era la señal inequívoca de que Dios estaba de mi parte. De que me había guiado hasta los brazos de don Pedro de Lara. Mi futuro marido.

—Vuestra preocupación por mí da buena cuenta de la pureza de vuestra alma, señor mío —respondí, conteniendo la emoción y las lágrimas.

—Al corazón de las buenas mujeres se llega más con la palabra de Dios que con joyas.

—Os aseguro que es más poderosa mi fe que mi vanidad. Podéis estar tranquilo, que esto es lo más hermoso que he recibido de

manos de un varón. Y lo seguirá siendo hasta que mi esposo me dé lo que anhela toda mujer, una descendencia a la que amar y cuidar.

—No sabéis cuantísimo me place escucharos, mi señora Mathilde.

«Bendita sea doña Mencía de Lara —pensé—. Y bendito el día en que llegó a Nailloux calada hasta los huesos por culpa de la lluvia».

7

Intimidad

Durante aquellas primeras semanas juntos, don Pedro de Lara y yo jugamos al cortejo, más por conocernos y habituarnos el uno al otro que porque fuera necesario. El contrato matrimonial ya se había firmado y padre esperaba que en poco tiempo diéramos nuestro firme consentimiento para así proceder al matrimonio de palabra. Con eso sería suficiente. Me despediría de mi hogar en Nailloux y viajaría hasta Castilla, donde celebraríamos las nupcias por la santa madre Iglesia. Allí seríamos bendecidos como marido y mujer y consumaríamos nuestra unión. Allí la festejaríamos con banquetes y bailes que durarían hasta pasada la medianoche.

—Amaréis Castilla como si fuera Francia —me dijo uno de los primeros días—. Y amaréis Valdívar como si fuera Nailloux.

—Contádmelo todo sobre aquel que será mi nuevo hogar.

Pensar en Castilla le ensanchaba la sonrisa. No llevaba ni un mes fuera para sentir tanta añoranza y, aun así, se le notaba en la voz. Carraspeó y el intérprete se preparó para traducir.

—Castilla es muy diferente a Francia —comenzó—. Allá a donde mires todo es secano, trigales, horizontes amarillos que parecen tierras áridas en las que los caballos levantan polvareda a su trote. Todo es del color de las espigas y del dorado inclemente del sol. Las cigarras cantan día y noche, el verano es pegajoso, te derrite por dentro y te deja hecho melaza. Y el invierno puede ser demasiado crudo si se lo propone.

Lo observaba embelesada, admirando el ardor con el que brillaban sus ojos, e imaginaba los paisajes descritos. Entendía algunas

palabras y eso me llenaba de dicha. Poco a poco me acercaba a él, a su idioma, a sus entrañas. A mi destino.

Don Pedro de Lara hablaba de la luz que cubría los reinos y paseaba la mirada por mis cabellos trigueños. Estiraba los dedos, salvaba la distancia que nos separaba y toqueteaba algunas de mis largas guedejas, provocándome un agradable cosquilleo. Él sonreía.

Cualquiera apreciaba la comparación. Mi melena era la luz de Castilla, el oro en grano en época de recogida.

—¿Así es Valdívar?

—Así es el reino de Castilla, hermoso a su manera, despiadado. Mas no os preocupéis, tenemos bosques de abedules, robles, alcornoques, hayas y esos árboles que suelen rodear las leproserías y hospitales.

—Tilos.

—Tilos. —Asintió—. La foresta no es de un verde intenso, sino de uno oscuro, amarronado, que se mezcla con el barro y la tierra y la hojarasca y las guaridas de los animalillos. Los cielos están mucho más despejados que aquí, siempre amanece azul y si acaso hay alguna nube esponjosa. Si miráis hacia arriba, veréis alguna que otra águila y un montón de cigüeñas volando para luego posarse en los campanarios y hacer nidos.

Lo pintaba de una hermosura que daban ganas de embridar un alazán y echarse a galopar hasta allí.

—El ducado está próximo a Toledo, antigua capital del reino visigodo. Lo vadea un pequeño arroyo con el mismo nombre que vierte sus aguas al río Guadiana. Todo es naturaleza y campos y campos de cereal. Todo es oro.

—Estoy deseosa de llegar a casa —reconocí, el rubor tiñéndome las mejillas.

Aquello lo enterneció.

Posó un casto beso sobre el reverso de mi mano y sonrió aún más. Sentir su aliento sobre la piel y cada efímero roce me erizaban el vello del cuerpo y desencadenaban un escalofrío columna abajo.

Don Pedro de Lara reparó en ello, contuvo la risa que le pugnaba en la garganta y la cicatriz se le hizo más profunda. Entonces fui yo

quien embridó las ansias de acariciar esa marca que le surcaba la faz.

—Amaréis Valdívar —repitió, plenamente convencido— y Valdívar os amará.

Mientras duró el tórrido mes de junio, nuestra cotidianidad se basó en acudir a misa a la hora del ángelus, cuando las campanas tañían, pasear por los jardines justo al atardecer —el momento de menor calor— y refugiarnos en el interior del castillo para jugar al ajedrez o al alquerque. También compartíamos lectura, conversábamos, oíamos música y, en momentos puntuales, me sentaba a tocar el arpa para su deleite. Siempre intérprete mediante y bajo la supervisión de mis hermanas, doña Anne de Albret y un séquito de damas. En ciertas ocasiones, hasta padre nos acompañaba.

Las lecciones de castellano se intensificaron. Cuando no me hallaba practicando con mi preceptor, practicábamos juntos. Señalábamos, gesticulábamos, intercambiábamos palabras y las repetíamos una y otra vez. Nos hacíamos entender. Yo apuntaba en mi cerebro cómo se llamaba esto y aquello, y por las noches, tumbada en el lecho, repasaba la lista creciente de palabras nuevas. Imaginaba sus labios moviéndose, su lengua componiendo las letras y su voz pronunciando esos objetos. A la mañana siguiente, le demostraba que ya formaban parte de mi nuevo vocabulario. Los había interiorizado. Los había aprendido.

Quería echar raíces en su tierra, en esa Castilla de la que había brotado el linaje de los Lara. Y para ello, tenía que amoldarme. Mis errores no suponían frustración para ninguno; a menudo nos reíamos y lo convertíamos en una chanza privada. «¿Os acordáis cuando dijisteis “marisopa” en vez de mariposa?». Empecé a creer que el amor debía ser algo así. Secretos, bromas y miradas que nadie comprende salvo los amantes, los esposos.

Observaba a mi alrededor y veía en el salón a doña Anne, Aurore, Léonie y las doncellas pendientes de nosotros, pero incapaces de

descifrarnos. El mundo se apreciaba distinto desde el interior de aquella burbuja de felicidad.

—Ajedrez —decía, moviendo las piezas sobre el tablero.

—*Échecs* —respondía yo en francés.

Él trataba de repetirlo sin trabarse, pero se le enredaba la lengua y rompía en carcajadas. Yo procuraba cubrirme la boca, reír con pudor y mesura, todo en vano. En cuanto empezaba, ya no podía parar y desde el rabillo del ojo atisbaba la sonrisa delatora de Aurore y los reproches silentes de doña Anne de Albret, que desdeñaba aquel tipo de comportamiento pueril.

—Ajedrez —pronuncié.

El intérprete cabeceó, felicitándome por el buen hacer. Don Pedro de Lara ya no me escuchaba. Tenía la vista fija sobre el damero y el ceño fruncido. Las hondas arrugas de la frente me recordaron los diez años de distancia entre ambos.

—Lo han traído los moros, ¿os lo podéis creer? —Agarró una de las piezas y la balanceó. En aquellas robustas y gigantescas manos lucían demasiado pequeñas, frágiles y nimias—. Lo inventaron los persas, el imperio del gran Darío, Jerjes y Artajerjes. Pero los reinados y los imperios caen en cuanto otros más poderosos se alzan. —Seguía abstraído en su historia y el fulgor nacarado que desprendía la figura—. Esos seguidores de Allah golpean con fuerza. Y aquí estamos ahora, jugando a este juego del que se apoderaron los moros. —Un bufido sarcástico—. Puede que sea una de las cosas buenas que han traído consigo. Una de las pocas.

El azul de su mirada se había enturbiado.

—Lo lamento —dije con un hilo de voz.

Al oírme, alzó la cabeza; todavía sostenía la pieza de ajedrez. La expresión de su cara, otrora contraída, se suavizó.

—¿El qué?

—Lo que acontece en vuestros reinos, mi señor. Don Ramiro Fernández de Castro nos contó las intenciones del sultán de Granada y la posible llegada de esos benimerines.

—Entre el retorno de mi hermana y el inicio de mi viaje hacia Francia, me consta que los benimerines ya han pisado nuestras costas. El sultán de Granada les ha cedido Tarifa y Algeciras para su

desembarco y allí se han afincado. Han montado un buen campamento y guardado viandas, armas y hombres. Responden ante un tal Abu Yusuf.

—¿Marcharéis a la batalla en cuanto regresemos a Castilla, señor mío? —musité, estrangulada por la preocupación.

Don Pedro de Lara chasqueó la lengua y negó. Luego examinó por última vez la pieza de ajedrez y la abandonó en el tablero junto a sus compañeras.

—Eso dependerá de las órdenes de mi señor y de cuán bien esté ejerciendo sus funciones en la frontera mi querido tío Nuño González de Lara, adelantado mayor.

Puede que yo no entendiera demasiado bien la política de un reino, puede que se me escaparan las intrigas cortesanas, las conjuras urdidas en silencio y los favores pagados en tierras, oro y cargos. A las mujeres no se nos instruye en eso. Sin embargo, tenemos un olfato afilado, somos precoces en la adivinación, en predecir las consecuencias nefastas de actos estúpidos, normalmente perpetrados por hombres.

Y el avance de los benimerines olía a inmundicia, a la sal de las lágrimas, al óxido de la sangre, al dulzor de las infecciones. La guerra es la consecuencia nefasta de un acto estúpido. Y los que empuñan el acero son todo hombres.

—Ahora mismo, el rey Alfonso va de camino al Imperio, tiene asuntos que resolver allá. En su ausencia, el poder y la toma de decisiones recae sobre el heredero al trono, el infante don Fernando de la Cerda.

—¿Creéis que os requerirá?

—Es posible que ya haya convocado a todos los infantes, caballeros y ricohombres para que se presenten con sus mesnadas. Aunque si fuera así, habría venido un emisario y ya estaríamos rumbo a Valdívar para agrupar a los hombres de armas.

—Vuestra hermana me confesó que no sentíais devoción alguna por la guerra.

—El honor y la fama llaman a muchos a la contienda, pero ¿para qué queremos los nobles honor y fama si ya lo tenemos de nacimiento? —Rio—. Ir a la batalla supone presenciar atrocidades.

Los enemigos te buscan, te quieren matar y tú debes matarlos a ellos para así sobrevivir. Todos rezamos por el favor de Dios, y Dios, por desgracia, no puede otorgárnoslo a todos. Tiene a sus favoritos. En un mísero instante te despistas y un gran señor ha muerto a tu lado. Un gran hombre al que llorará su familia y el reino entero. —Su voz sonaba sombría—. Pero hay que defender Castilla, no por fama, honor y gloria, hay que defenderla porque es nuestra tierra, nuestra madre, y en ella viven nuestras mujeres e hijos.

La pena me abatió.

Qué tragedia sería encontrar el amor en sus brazos, casarnos y tener que despedirnos unos días después. ¿Se malograría nuestra historia? ¿Me dejarían viuda esos moros del otro lado del estrecho? ¿Me traerían, aunque fuera, el cuerpo de mi marido para que pudiera coserle un sudario, envolverlo y enterrarlo, llorarle en las doradas y áridas tierras castellanas? ¿Daría a luz a un hijo huérfano, a un duque de Valdívar demasiado joven para hacerse cargo de sus deberes y obligaciones? ¿Habría de sustituirle yo durante su minoría de edad? ¿Qué haría allí sola, alejada de mis deudos y mi idioma y mi reino? ¿No era eso el destierro?

—Me aterra el pensar que quizá haya de veros partir —le confesé.

De nuevo esa ancha sonrisa, rota, escindida por la cicatriz, ahora preñada de ternura.

—Las mujeres sois como niños, siempre temerosas. Perded cuidado, no dejaré que haya una Castilla en guerra. No para quien será mi futura esposa.

Don Pedro de Lara se puso en pie, vino hasta mí y me tendió las manos. Las tomé, me levanté y él me enmarcó el rostro. Con el dedo pulgar, me acarició las mejillas arreboladas y entonces me besó la frente. Volví a sentir ese escalofrío, las piernas me temblaron, el corazón se me agitó.

Si eso que me revoloteaba entre el estómago y el esófago no era amor, al menos debía ser el inicio de ello.

—Yo os guardaré de todo mal, mi señora Mathilde —me prometió.

No me inquietaba mi destino, sino el suyo a merced de esas bestias muslimes.

No quería llorar encima del cadáver de otro ser querido.

Pese a la inevitabilidad de la muerte, la vida siempre trata de imponerse. Así, a principios de julio, Aurore dio a luz a una niña preciosa, regordeta, cuya cabecita quedaba coronada por una pelusilla rubia. Con el nacimiento de mi bienamada sobrina, cualquier miedo y pensamiento agorero que albergara fue sustituido por un infinito regocijo, al que don Pedro se unió como si formara parte de la familia Leblond.

Al contrario de lo que sugirió doña Mencía de Lara, no me hizo falta rogarle que me leyera en voz alta alguno de esos libros con los que había cargado en su viaje. Lo propuso él mismo y pronto pasó a ser costumbre. Nos sentábamos en el ala más fresca del castillo, el uno frente al otro, yo disponía sobre mi regazo el bordado —lienzo, aguja e hilos—, y él abría el volumen por la flor atrapada entre las páginas que utilizaba para marcar la lectura.

Cuando el clima nos era benigno, nos trasladábamos a los jardines y nos refugiábamos bajo la sombra de un árbol. Entonces yo prescindía de la labor y simplemente le escuchaba recitar mientras me embebía de la cadencia de su voz, de las endurecidas facciones, del sentimiento que me despertaba mi futuro esposo.

A mediados de mes, ya estábamos leyendo Tácito, el político e historiador romano.

—Tácito decía que los germanos creían que había en las mujeres algo divino y profético y que por eso no menospreciaban sus consejos ni sus opiniones. —Había apartado el libro y hablaba en castellano, obligando al intérprete a traducirnos nuevamente.

—¿Eso significa que siempre me escucharéis? —Esbocé una sonrisa triunfal. La edad, la inexperiencia, las esperanzas puestas en aquel matrimonio que consideraba una bendición me hacían una absoluta ingenua.

Don Pedro de Lara soltó una estruendosa carcajada y se mesó la barba.

—Siempre os escucharé, pero no siempre tomaré en cuenta vuestras consideraciones, igual que no siempre haré lo que gustéis por el simple y mero hecho de complaceros.

Me fijé en doña Anne, que estaba a una distancia prudencial, vigilándonos mientras se encargaba de su primer nieto, el pequeño

Denis. Sabía que había oído mi pregunta pese a los agudos gritos del niño; la cálida brisa soplaba a su favor y le llevaba mis palabras. En su boca había un rictus de desagrado.

«No os eduqué para que osarais hacer esas preguntas —parecía decir—. No os eduqué con mis hijas, con los mejores prefectos, para que ahora os olvidéis de todo ello y adoptéis la ilusión de las campesinas y las estúpidas mozas. ¿Dónde está vuestra dignidad? ¿Dónde está la prudencia de la que debéis hacer gala? ¿Y la obediencia y la sensatez? Comportaos como la dama que se supone que sois».

Volví a centrar la mirada en don Pedro de Lara, que me observaba con curiosidad, y dije:

—Es razonable.

De repente me despojé de esa actitud risueña y adquirí el semblante señoreado de doña Anne de Albret, una imitación que solo habría funcionado en sus verdaderas hijas, Aurore y Léonie.

—Supongo que mi hermana ya os lo habrá advertido.

—¿Que sois un hombre de gran justicia y de profunda lógica? Así es. Es algo que admiro de vos.

—No. Que hasta el día de hoy ha sido mi virtuosa madre la que ha cumplido el papel de consejera en mi vida y en Valdívar. Al menos hasta que…

Calló y la sonrisa mudó a una fea mueca. Había curvado los labios y la cicatriz se le había arrugado, dando la sensación de que era el tajo de una violenta espada, un chorreón de sangre coagulado, una carne mal remendada.

—¿Hasta que casasteis por primera vez? —Me apresuré a romper el silencio.

Asintió con sequedad, pero no dijo nada más. Estaba lívido. Temiendo que sufriera de un repentino golpe de calor, pedí que trajeran una copa de vino y le insté a que bebiera. En unos minutos ya se había repuesto.

—Valdívar es una gran propiedad, un ducado de renombre, necesita de muchas manos y de la férrea voluntad de su duquesa. Madre se ha ocupado de ello desde que casara con mi honorable

padre, don Alonso González de Lara. Podréis apoyaros en ella, estará encantada de ayudaros a asentaros.

—Sería un grandísimo honor contar con ella y su sabiduría.

—Os presentará a la servidumbre y os asistirá durante un tiempo prudencial en el manejo de esta y el hogar. Pronto os haréis con él. —Como si leyera mis preocupaciones, me tendió la mano para darme un par de palmaditas—. Estoy seguro de que le agradaréis. Mi hermana os ha dedicado muy buenas palabras y madre está ansiosa por conoceros.

Aquello me libró de un gran peso. Doña Anne de Albret ya me había apercibido sobre las madres de los esposos y lo ariscas que suelen mostrarse ante las mujeres de estos. Algunas no consienten perder a sus hijos en pos de una nueva fémina, así que se vuelven gatas enceladas que bufan y enseñan garras y lustrosos colmillos. Otras no soportan perder el poder sobre sus haciendas y el servicio. Se sienten relegadas al olvido.

Yo ya sabía lo que era ser el objeto de recelo y desprecio. Doña Anne me había mirado así la primera vez que pisé el castillo de Nailloux, siendo tan solo una niña.

—¿Puedo preguntaros por cómo vuestra hermana logró convenceros de esta unión, señor mío? Dijo que estabais aferrado a la viudedad.

De nuevo, un mutismo sepulcral, fantasmagórico, y esa mueca en el rostro de don Pedro de Lara que le acrecentaba la cicatriz y le daba un aspecto belicoso. Sentía náuseas de solo mirarla.

—Es mejor no hablar de épocas tristes —dijo con ronquera.

Busqué el brillo en sus ojos, pero se lo había tragado la negrura de los recuerdos. Quizá fuera demasiado temprano para referirnos al pasado, para mencionar esas primeras nupcias y a la mujer con la que se había desposado y había vivido largos años de felicidad. Quizá un día, no muy lejano, me hablara de ella. O quizá no.

Al fin y al cabo, ahora éramos nosotros dos. Don Pedro de Lara y Mathilde Leblond.

—Me dijo que mi futura esposa me estaba esperando en Nailloux y que solo tenía dos opciones. —Había tenido que beber dos copas de vino antes de responder—. Quedarme en el ducado y languidecer en

cuerpo y alma hasta ser un viejo decrépito, siempre al servicio del rey y los intereses de la Corona. O picar espuelas y venir a Francia a conoceros.

Intenté ignorar su humor taciturno; por mucho que él quisiera, la sonrisa se notaba fingida.

—Vuestra hermana es una mujer excepcional.

—Es tan astuta como madre. —Y al rato, dijo—: He pensado que dispondré para vos una alcoba en la zona oeste del castillo. La mía estará cerca y así no tendremos que perdernos por los pasillos para encontrarnos. Iré a visitaros cada noche y en los meses de embarazo podré oíros desde mis aposentos, al otro lado de la pared. Solo por si me necesitáis vos o la criatura, una vez que nazca.

—Doña Anne ya ha preparado algunos ornamentos para que pueda engalanar la alcoba a mi gusto.

—Traeos todo lo que necesitéis, incluso si perteneció a vuestra madre. Allí encargaremos lo que consideréis oportuno, mi señora Mathilde.

Había mentado a mi madre. A mi verdadera madre. No a doña Anne de Albret. Fue como recibir una estacada en el costado, o lo que yo creía que sería recibir una estacada en el costado, algo increíblemente doloroso y sanguinolento.

Hacía mucho que nadie hablaba de ella. Nadie osaba decir su nombre desde que padre me había reconocido como hija e integrado en el nido del hogar. Ni siquiera yo. Nos la habían vetado y ya no la llamaba ni en la intimidad de mi mente. Intenté pronunciarlo, su nombre. Formularlo. Conjurarlo. No pude. Los labios no me respondían. La garganta se me atascaba con los sonidos que lo componían.

Cécile.

Cé-cile.

Tan suave como la seda.

Lo intenté y me fue imposible.

Yo tampoco quería hablar del pasado.

8

De palabra

Principios de agosto de 1275

Castilla estaba viviendo una situación crítica, don Pedro de Lara lo sospechaba. Por esa razón, padre y él habían decidido fechar nuestra unión, a más tardar, para la primera quincena de agosto. «Unos últimos días con sus deudos», le había pedido padre a mi futuro esposo. Y él se lo había concedido, sabedor de que a las mujeres nos cuesta despegarnos de nuestra parentela. Por desgracia, los planes se torcieron.

A principios de mes, llegó un emisario a nuestras fronteras portando el blasón de la Corona de Castilla. Sobre campo de gules, un castillo de oro; sobre campo de plata, un león rampante púrpura. La heráldica destellaba desde lejos. Supimos enseguida que no se trataba de buenas nuevas.

El hombre rozaba la extenuación y el caballo estaba a punto de exhalar el último aliento, una capa de sudor los empapaba a ambos. Nos sorprendió que el animal no desfalleciera allí mismo, en nuestro patio de armas.

—Misiva para mi señor don Pedro de Lara, duque de Valdívar —dijo el emisario recién descabalgado, la boca seca y los músculos agarrotados por la carrera.

La urgencia lo había espoleado, no había consentido parar en hospederías por el camino, había escogido las rutas más veloces, y solo para permitir descanso al corcel, había hecho un alto y dormido al raso. El insomnio y el miedo se le notaban en las profundas

ojeras. El sol del verano le había parcheado el rostro y la suciedad se le había adherido a la piel quemada.

Resultó que para don Pedro de Lara aquel hombre era tan desconocido como para mí.

—Lo lamento, mi señor —se disculpó—. He venido tan raudo como me lo ha permitido el animal.

Don Pedro le dio un par de palmadas contundentes en el hombro, reconociendo su duro esfuerzo y su buena labor. Tomó la misiva, un pergamino sellado con lacre y que debía haber sido escrito con premura a juzgar por los manchurrones de tinta.

—Idos y descansad. Que Dios os lo pague.

El emisario asintió. Casi hubo que llevarlo a rastras hasta las cocinas, donde lo sentaron en un taburete y le ofrecieron una jarrilla de agua, otra de vino y una bandeja de pan, queso y fruta.

Don Pedro reconoció la letra del infante don Sancho, hijo del rey Alfonso, y la preocupación le sombreó las facciones. La carta le informaba de la crudeza en la que se hallaban los reinos de la Corona de Castilla.

—Marchamos en unos días —me comunicó don Pedro de Lara tras releer la misiva un par de veces—. Mi tío ha rendido el alma contra los moros, y lo mismo media docena de grandes y valerosos señores, incluidos el arzobispo de Toledo y el infante don Fernando de la Cerda. Esto es una masacre.

En efecto, Abu Yusuf había arribado a las costas y, mientras lideraba a los benimerines y hacía la guerra por la zona de Sevilla, el sultán granadino llevaba a cabo correrías en Jaén, donde ya había provocado un gran daño. Atendiendo a la llamada de auxilio del infante don Fernando de la Cerda, los señores de la frontera y sus vasallos se habían reunido en Écija, lugar en el que les esperaba don Nuño González de Lara, tío de mi futuro esposo y adelantado mayor de la frontera de Andalucía.

Don Nuño había sentado bases contra los moros fuera de la ciudad, pero pronto descubrió que tenía pocos hombres a su servicio en comparación con aquellos bárbaros que seguían a Abu Yusuf. Los pendones musulmanes se veían a simple vista.

La derrota fue absoluta. Las huestes cristianas sufrieron un gran revés y entre los difuntos estaba el adelantado mayor, una pérdida terrible para todos, en especial para la Casa de Lara. Y como los moros no entienden de misericordia, habían cometido una terrible tropelía: Abu Yusuf le había enviado la cabeza de Nuño González de Lara al sultán nazarí para que así se cobrase su parte del botín.

Por suerte, la plaza de Écija se había salvado gracias a la intermediación de don Gil Gómez de Villalobos, quien había puesto a buen recaudo las puertas de la ciudad y la había defendido con ballestas y saetas.

Después de aquello, el rey de Aragón —Jaime I el Conquistador— había decidido socorrer a la Corona de Castilla y mandar a su hijo, el infante don Sancho, arzobispo de Toledo, a la frontera junto a sus vasallos de Toledo, Talavera, Guadalajara y Madrid. Pero este había caído preso en la batalla de Martos, cuando intentaban hostigar a los moros, que venían cansados de guerrear y portaban un cuantioso botín. Muchos otros señores cayeron en la contienda: Ruy López de Hita, Juan Fernández de Veleña y Lorenzo Vanegas de Talavera. A Sancho de Aragón, por ser quien era, lo retuvieron en el campamento, le rebanaron el pescuezo y le cortaron el dedo en el que llevaba un anillo de oro. Su cuerpo lo recuperaron los refuerzos cristianos y el señor de Vizcaya, don Lope Díaz de Haro.

Por lo visto, el infante don Fernando de la Cerda no se había enterado de estos fallecimientos hasta que se detuvo en Villa Real para esperar a las tropas que iban de camino. Sabiendo que la población ya se hallaba inquieta, mandó cartas a todos los lugares del reino para comunicar que libraría a las tierras de los salvajes infieles. Desgraciadamente, no tuvo oportunidad de cumplir esta promesa. El heredero al trono de Castilla empezó a sufrir una repentina dolencia una noche cualquiera y esta lo llevó a la muerte, sin previo aviso, el 25 de julio.

El rey Alfonso ya había sido informado de este terrible acontecimiento que lo dejaría en estado de luto. Y como antes que monarca era hombre, y antes que hombre era padre, había dejado a un lado las pretensiones imperiales y había puesto rumbo a Castilla para llorar a su hijo. Su heredero.

—¡Dios bendito! —exclamé horrorizada, cubriéndome la boca.

Doña Anne de Albret se persignó y lanzó una triste mirada hacia el cielo, donde ahora reposaría el infante.

—Que Dios lo acoja en su seno —rogó la condesa de Nailloux y añadió—: Que los acoja a todos en su seno. Que quienes luchan por la cristiandad no mueren en balde.

—Que Dios los acoja en su seno —repetimos todos con voz litúrgica y guardamos unos minutos de silencio.

Me fijé en las manos de don Pedro de Lara. Descargaba su ira contra la superficie blanda y suave del pergamino, que yacía arrugado entre ellas. Pero había algo más. Algo que lo inquietaba y que no era la muerte de su querido tío o del infante don Fernando, a quien apreciaba muchísimo. Lo percibía en la tirantez de sus hombros, en sus labios crispados y en la opacidad de sus ojos azules. Algo se removía en su mente.

—El infante don Sancho me insta a regresar cuanto antes. Necesita a todos los caballeros, ricohombres y vasallos que podamos aportar mesnadas y armas. Valdívar me necesita. Nos necesita —dijo don Pedro, mirándome.

—Si habéis de partir con tanta premura, habremos de adelantar el matrimonio —dijo padre.

Aquello era lo más conveniente, aunque suponía finalizar los preparativos de una vez por todas y entender que la unión de palabra no saldría tal y como se había planificado. Las prisas y la desesperación lo empañarían todo y tendríamos que recordar toda la vida una ceremonia bañada con la sangre de los buenos hombres que habían muerto en Castilla.

—Avisaré, pues, a la servidumbre para que recojan mis efectos personales.

—Nosotras nos ocuparemos del ajuar y las posesiones de Mathilde —lo tranquilizó doña Anne, que no tardaría en azuzar a las criadas.

Don Pedro de Lara había mostrado una gran generosidad al permanecer tanto tiempo en Nailloux. Así que ahora yo debía corresponderle y aceptar marchar hacia Castilla ese mismo mes, pese a las terribles y calurosas temperaturas.

Asumí que era el siguiente paso que daba toda mujer casada. Después del matrimonio, llega la despedida.

La noche antes de que diéramos nuestra palabra, hubo muchas conversaciones bisbiseadas en las estancias del castillo, todas bajo la macilenta luz de los candiles.

Padre había visitado a doña Anne de Albret en sus aposentos privados y, después de reclamarla para las tareas conyugales, permaneció con ella acurrucado en el lecho. Doña Anne ya no estaba habituada a compartir cama y sueño con un hombre. Pese a ello, no lo expulsó. Sabía que estaba mendigándole consuelo después de que la carta hubiera precipitado los acontecimientos y don Pedro de Lara me arrebatara de su lado antes de lo acordado. Así que, todavía con el corazón tamborileándole en el pecho y el cabello húmedo por el calor de los cuerpos, doña Anne se acomodó todo lo que pudo y aguardó a que don Antoine Leblond le desvelara sus miedos.

Las esposas somos las confesoras de nuestros maridos. Oímos sus tribulaciones y las espantamos. Oímos sus crímenes y los redimimos.

—Dicen que quien empieza con hijas ensarta con hijos —comentó padre, las sienes todavía cuajadas por el sudor de la coyunda—. ¿Habrá arraigado?

Doña Anne se encogió de hombros y torció el gesto.

—No puedo adivinarlo.

Él le dio un ligero toquecito en el plano vientre y sonrió. Luego se desplomó sobre el catre y exhaló un fuerte suspiro. Tenía la vista clavada en el techo.

—Arraigará. La semilla arraigará, ya veréis. Y esta vez será un niño. Un niño fuerte y robusto.

A ella no le quedó más que asentir.

Durante unos minutos dejaron que el viento cálido que penetraba a través de las ventanas les calmara las respiraciones, les secara el sudor que empapaba las camisas. El silencio y las hipnóticas sombras originadas por la lumbre cubrieron la alcoba por completo.

Doña Anne creyó que quizá podrían incluso dormir. Cerró los párpados.

—¿Os agrada el duque de Valdívar?

Padre no se contentaría con un sonido gutural que insinuase que ya estaba a las puertas del sueño, doña Anne lo sabía, así que volvió a abrir los ojos.

—Me agrada. ¿Y a vos?

—Sí, pero eso no impide que me pregunte si hemos hecho lo correcto.

—Hemos obrado bien —trató de convencerlo.

—Esa guerra… —Chasqueó la lengua y se mesó la barba veteada de canas.

—No es una guerra, solo una pequeña invasión que controlarán enseguida. No va a dejarla viuda, no os preocupéis. El duque no morirá en la batalla.

—¿Cómo estáis tan segura?

—Simplemente no me permito pensar en esa posibilidad.

—Pero esa posibilidad existe. Es real. —Se incorporó un poco y se recostó sobre los mullidos almohadones—. Le haré jurar que, si los moros avanzan y están a punto de tomar Castilla, él nos devolverá a Mathilde. No quiero que al caer la ciudad la conviertan en esclava o concubina. No la quiero mancillada por esos asquerosos infieles.

Doña Anne asintió.

—Será lo mejor.

—Si muere…

—No morirá —atajó ella, contundente.

—Si muere —insistió padre—, le buscaremos otro esposo aquí, en Francia, tal y como vos sugeristeis desde el principio. ¿Está todo preparado?

—Lo está. Ya he escogido el séquito de doncellas que la acompañará. Son mujeres jóvenes y leales, le servirán con modestia y fidelidad y la ayudarán a combatir la soledad. Le recordarán a casa, a Nailloux. A cambio, ella deberá procurarles un buen matrimonio.

—¿Hablarás de eso con ella?

—Por supuesto.

—¿Y la obsequiaréis con algo para que lleve consigo?

Doña Anne le dirigió una mirada de pura indignación.

—¡¿Más?! Le doy un hogar, vestidos, joyas, educación, sirvientas, agua caliente y comida todos los días. ¿Con qué más voy a obsequiarle?

Padre rio.

—Le habéis comprado algo —adivinó. La diversión empañaba su voz—. Una alhaja, ¿quizá?

Ella bufó.

—Me niego a hablar sobre esto.

—Es una alhaja. —La sonrisa cada vez más amplia, más afilada en la faz surcada de arrugas de mi progenitor. El mohín cada vez más apreciable en doña Anne de Albret, que ya había vertido su frustración alisando las sábanas y no sabía en qué más ocupar las manos.

—No es mi hija —sentenció airada.

—Debe de ser una alhaja preciosa para que os mostréis tan ofendida.

Doña Anne ahuecó las almohadas con fuertes golpes, lo que aumentó la risa de padre. Se acostó hacia un lado y, sabiendo que ya no podía verla, relajó el mohín, permitiéndose una dulce sonrisa. Entonces gruñó:

—¡Dormíos ya, Antoine Leblond, u os echaré de esta alcoba!

Y apagaron los candiles.

Mientras ellos se deshacían en fingidas riñas, yo paseaba por el castillo y recorría por última vez los pasillos que me habían visto crecer.

La luz del exterior se colaba por las ventanas y diminutas saeteras. Podía haber deambulado a oscuras, con los ojos cerrados, y no me habría tropezado ni con uno de esos ratoncillos que a veces pululaban por allí. Conocía el castillo. Conocía mi hogar. No obstante, aquel haz plateado que se filtraba y provenía de la luna y las

estrellas parecía indicarme un camino. Y yo, obediente como era, lo seguía.

Con los pies descalzos y la mano estirada, me recreaba en el contacto con la fría piedra de los muros y suelos, con la suave urdimbre de los tapices, que miraba embelesada como si los viera por primera vez. En aquellos momentos era la anfitriona y, al mismo tiempo, la visitante. Observaba todo con suma atención, sobrecogida, enamorada, y aspiraba el aire cálido de la noche. Quería grabar las sensaciones en mi piel y las imágenes en mi mente, no fuera a ser que la vejez en Castilla me borrara la memoria. Que con los años me olvidara de aquel lugar.

Entré en cada una de las estancias, excepto en los aposentos personales de mi familia y la servidumbre, las cocinas y las caballerizas. Acaricié el mobiliario, disfruté del brillo de los ornamentos y del orden y la tranquilidad que allí se respiraba. Me senté en la silla de cadera que había ocupado hasta entonces en cada una de las veladas y banquetes, y probé la de padre solo para llevarme algo suyo, solo para dejar allí algo mío.

Los recuerdos de la infancia me golpeaban a cada paso dado.

Ahí me había caído y desollado las rodillas de niña, me dije al divisar una banqueta en el salón del lar. Ahí, justo ahí, me había peleado con Aurore por una desavenencia pueril que se saldó con una regañina de nuestros preceptores. Y ahí, Léonie se había echado a llorar cuando descubrió que uno de los perros había muerto. Ahí, doña Anne me había dedicado su primer halago. Y ahí, padre me recibió cuando llegué siendo una cría llorosa y aterida.

Qué difícil sería aprender a orientarme en un castillo ajeno, aunque ese castillo pasara a ser de mi pertenencia. Tan difícil como aprender un idioma y conocer a una nobleza extranjera y a un nuevo rey al que habría de deberle obediencia. Tan difícil como crear nuevos recuerdos. Pero eso mismo había pensado el día en que me instalé en Nailloux, en las dependencias de aquel castillo por el que entonces paseaba. Me pregunté qué sucedería con mi corazón. Si acaso no dejaría un retazo en Nailloux, en mi Francia natal, y otro se vendría conmigo a Valdívar, a Castilla. Y a cuál debería escuchar en momentos de tribulaciones.

Continué deambulando, y al torcer una esquina una figura oscura se recortó por la prístina luz de la luna. Era un hombre de perfil, ataviado únicamente con la camisa que hacía de ropaje interior y prenda de dormir. Estaba asomado a la ventana, con los párpados cerrados y una respiración lenta y rítmica, visible por el sube y baja de su pecho, que se hinchaba con parsimonia. La brisa le revolvía la cabellera azabache.

Incluso así, a medio vestir y con el rostro en penumbra, resultaba tan atractivo que dolía.

—¿Mi señor don Pedro?

Él se giró, sorprendido ante mi presencia.

—Mi señora Mathilde. —Sonrió—. ¿Qué hacéis despierta a estas horas tan intempestivas?

No le entendí, allí no había intérprete alguno que nos tradujera. Ante mi mutismo, don Pedro de Lara señaló a nuestro derredor y luego a mí, y entonces comprendí lo que me había preguntado. Qué hacía yo allí, merodeando sola y silente cual alma en pena. Traté de hablar en castellano, pero todavía me faltaban palabras.

—No podía dormir —contesté en francés.

Asintió y me tendió la mano para que me acercara a la ventana. Por un momento, dudé. Miré su camisa blanca y margomada, con bordado de seda e hilos de oro. Miré la mía, tintada de amarillo por el azafrán, siguiendo la moda de nuestro reino. Me llegaba hasta los tobillos y bajo el color se percibían con cierta sutileza los contornos de mi silueta. Don Pedro de Lara acusó mi vacilación; su mano seguía ahí, en el aire, reclamando la mía. La tomé y me acerqué.

El viento entraba de lleno por la ventana, revitalizante. Desde allí se apreciaba la inmensidad de nuestras tierras, un paisaje que se extendía hasta donde alcanzaba la vista y que había contemplado maravillada en infinidad de ocasiones. Sin embargo, en ese instante, solo podía mirar a aquel que se convertiría en mi esposo. Él tampoco apartaba los ojos de mí.

Seguimos unidos, con los dedos entrelazados. Cada vez fui más consciente de la calidez de su piel y la proximidad de su cuerpo, del vello del pecho que se asomaba por el escote en uve de su camisola y el aroma almizclado que lo impregnaba todo. Parecía nacer de él.

Un sudor frío se deslizó por mi columna y un cosquilleo navegó desde mi ombligo hasta mi bajo vientre, cortándome la respiración.

¿Era yo o el mundo giraba demasiado deprisa? ¿Era yo o el aire había dejado de soplar? Estaba a punto de dar una bocanada para llenarme el pecho cuando me susurró:

—No temáis, esposa mía.

Aquello sí lo entendí.

—No tengo miedo —balbuceé en un mal castellano.

—Tembláis.

Eso tampoco lo entendí. Así que don Pedro empezó a frotarme el antebrazo con la otra mano en un intento de que cesara de rilar. Ni siquiera me había percatado de ello. Esbocé una tirante sonrisa, fruto del nerviosismo, y la suya se ensanchó.

—¿Qué os aflige? —logré preguntar, algo dudosa.

No se había desprendido de esa sombra de preocupación que lo había asaltado desde que leyó la terrible misiva del infante don Sancho.

Don Pedro de Lara sacudió la cabeza, como queriendo librarse de ella y, luego, sonrió.

—No es nada.

Volví a fijarme en la cicatriz que le cruzaba el rostro y alargué los dedos para acariciarla, desde el inicio hasta los labios y la espesura de la barba.

—¿Cómo?

—Un perro. Un perro me mordió. —Señaló uno de los tapices en los que se plasmaba una escena de cacería—. Padre le cortó la cabeza.

—*Chien* —repetí en francés—. Perro.

Él asintió.

—Un perro. Dicen que estaba jugando con él, pero que el animalito se asustó y de repente se volvió feroz y me atacó. Me mordió y yo aullé aterrorizado. Los hombres corrieron hacia mí y lo apartaron enseguida, pero yo ya tenía la cara ensangrentada y no paraba de llorar. Mirad. —Señaló una zona en la que se le hundía y plegaba la piel—. Un poco más arriba y me habría alcanzado el ojo, habría perdido la visión. ¿Me amarías si fuera un hombre ciego?

No pude responder. Apenas había entendido nada.

—Solo tenía tres años, así que no me acuerdo. Pero madre sí, casi desfalleció al verme, la pobre mujer… Desde entonces odia a los perros.

—Qué horror. —Fue lo único que logré verbalizar en un pésimo castellano.

—Ya no duele.

—Dolor. —Estaba embelesada por la marca rosácea, surcándola con mis delicados dedos.

—Este dolor se disipó hace tiempo, del otro… —Tragó saliva y entreabrió la boca. La voz se le quebró—. Del otro os ocuparéis vos, Mathilde.

Solo capté mi nombre, el resto eran palabras confusas.

Me rozó los párpados, instándome a cerrarlos. Lo hice y, a ciegas, proseguí acariciando la cicatriz, buscando los colmillos del feroz animal, los puntos de sutura del cirujano. ¿Qué habría sido de su rostro de no haber recibido aquel mordisco? ¿Habría sido más bello o habría perdido parte de ese encanto que me hacía suspirar?

Llegué hasta los labios y don Pedro de Lara me besó la yema de los dedos. Abrí los ojos y la luz de la luna volvió a colorearle la mitad de la faz de plata. Estábamos tan cerca que nuestros alientos se entremezclaron. Pensé que sortearía la escasa distancia, que me besaría en esa apacible noche, justo unas horas antes de que diéramos nuestro consentimiento para el matrimonio de palabra.

Deseé que esos segundos duraran para siempre. Que don Pedro cayera en la tentación, aunque eso supusiera probar el fruto prohibido, saborear la manzana del jardín del Edén y condenarnos a habitar en un mundo de maldades, injusticias y dolores.

Se aproximó y, al final, cambió de camino. Se desvió de los labios, me apartó la melena y me besó el lóbulo de la oreja. La desilusión pronto se esfumó. Su lengua comenzó a jugar con mi lóbulo, y el contacto de la saliva, la barba y la respiración me erizó el vello de la nuca y los brazos. Don Pedro descendió por el cuello y las piernas estuvieron a punto de fallarme, el corazón se desbocó.

Unos extraños e insistentes cosquilleos me bailaban en el bajo vientre, y un jadeo se me escapó de la boca. Yo misma me

sorprendí.

—Sois una aparición —susurró, su boca todavía pegada a mi piel, bajando por mi escote—. Una hermosa aparición que temo me volverá loco.

El deseo me había embotado la mente y no lograba descifrar sus palabras. Solo podía pensar en la calor que bullía en mi interior, en la sequedad de mi garganta, en el rugido leve que nacía de ella y en la sensación que me inundaba.

—Oh, Mathilde… —gemía—. Cuantísimo os deseo.

¿Era eso lo que sentía doña Anne cuando padre la tocaba? ¿Era eso lo que sentía mi hermana Aurore con su esposo? ¿Era eso lo que sentían todas las mujeres y los hombres? Se me antojaba inaudito. ¿Cómo eran capaces de vivir aparentando normalidad y decoro si con un mero roce el mundo podía fragmentarse en miles de pedazos?

Aquella debía ser la pasión de la que tanto me habían advertido, de la que tanto nos alertaba la Iglesia y nos alejaban a las doncellas. Una mujer virgen, inmaculada, un día cualquiera podía salir a pasear al bosque y hallar entre la foresta un hermoso unicornio blanco, resplandeciente. Podía aproximarse a él, tocarlo, acariciarlo. Porque las bestias de naturaleza pura solo se muestran ante las damas que han sabido guardarse con recelo. Pero yo habría sacrificado al unicornio por una caricia de don Pedro de Lara, mi futuro esposo, el que sería mi compañero para toda la eternidad.

No habría habido culpa por mi falta, por la lujuria que se me desencadenaba en el alma y estaba a punto de dominarme por completo. No habría habido pecado, porque ¿qué pecado habría en dejarse amar por el hombre que ya iba a ser mi dueño?

Abracé sus anchas espaldas, palpé los músculos bajo la camisa margomada y traté de pronunciar su nombre.

—Mi señor… —logré formular. Y las palabras emergieron guturales, dañadas, desesperadas. No reconocí mi propia voz, como no me reconocía en ese cuerpo sudoroso que parecía sucumbir a unas fiebres. Ardía por dentro, estaba envuelta en llamas.

Don Pedro de Lara se había lanzado a devorarme los labios y me encontré con un delicioso sabor a vino y una de sus manos

deslizándose por mi cuerpo para arremangarme las orillas de la camisa.

Pensé que a donde se dirigía era terreno prohibido, que debía apartarme o apartarlo de un empujón, regresar corriendo a mis aposentos, reclinarme y rezar. Rezar fervorosamente por la compasión y el perdón del Altísimo. Por no saber resistirme, luchar y negarme. Por haberme dejado tentar por la lujuria. Pero las oraciones se me escaparon de la mente en cuanto sus dedos ascendieron por mi muslo y tomaron mi intimidad. Me rompí ante una desconocida oleada de placer.

¿Cómo esperaba Dios que batalláramos las mujeres contra eso? Casi estaba a punto de divisar el cielo, de oír el canto de los ángeles y contemplar la luz divina.

Me revolví y él se quejó.

—Por Dios os lo suplico, Mathilde, no os escurráis de mí. —Había violencia en su voz. Y en su afán de retenerme, me apretó más contra su cuerpo.

Volví a retorcerme. Auné todas mis fuerzas y lo alejé un mísero instante. Me dolían los labios, y los suyos, incluso en la penumbra, lucían hinchados y enrojecidos por el fervor de los besos; la cicatriz, profunda y sibilina, hermosa. Cualquier ápice de preocupación se había disipado. Los ojos azules le brillaban como gemas preciosas, y detrás de ese brillo había algo más, una mirada que no había identificado hasta entonces: un hambre lobuna, voraz.

Antes de que se abalanzara sobre mí, lo agarré de las manos y lo llevé hasta mis aposentos privados.

Aquella noche, don Pedro de Lara, duque de Valdívar, me convirtió en su legítima esposa por la fuerza de la carne.

9

Una vida atrás

Doña Anne siempre decía que yo tenía una capacidad de adaptación que sobrepasaba lo meramente humano y lo intrínsecamente femenino. Son las mujeres las que con absoluta rapidez se habitúan a los embistes de la vida, más por supervivencia que por complacencia. Cambian de hogar cuando casan con un hombre que desconocen, abandonando a sus familias y el apoyo que les brindan, y soportan la transformación durante los meses de gestación y los dolores del parto, y el desinfle de su vientre y la llegada de la sangre con cada luna nueva. Resisten la ausencia de los esposos cuando parten a la guerra y se adecuan a bregar con tareas que antes correspondían a estos y entonces recaen sobre ellas, y llevan el hogar y las propiedades y gobiernan con mano de hierro, y trabajan sin descanso entre la política y el bordado. Crían a su progenie para luego casarla y observar impasibles cómo el ciclo se reinicia una vez más, pues aquello que traen al mundo pronto lo pierden.

Ese era el don del que yo había hecho gala incluso antes de que tuviera la oportunidad de comenzar mi etapa púber.

Hacía doce años, madre había fallecido por un horrible enfriamiento.

Durante los primeros días de aquel proceso que la llevó a la muerte, todo se desarrolló según el estado natural de las cosas, nada preocupante más allá de una tos que le agarrotaba el pecho y la pérdida progresiva de apetito tan común en esa enfermedad. Sin embargo, poco después empezó a rechazar cualquier alimento con

un rictus de repugnancia. Más tarde empeoró y era incapaz de retener el caldo que yo misma le daba en los labios despellejados y secos por la fiebre. Para entonces ya estaba postrada en cama y su cuerpo se había tornado lánguido y esquelético. Sudaba en exceso por las noches, empapando el jergón y las sábanas, y por más compresas frías que le aplicaba, la temperatura no remitía. Parecía que todo remedio era ineficaz.

Madre sabía que iba a morir, lo susurraba muy a menudo en sus últimos días. Señalaba un rincón de la diminuta alcoba, allí donde la lumbre no iluminaba, y decía que veía con claridad el rostro de su padre, fallecido poco tiempo después de expulsarla del hogar. Era la tragedia de una hija deshonrada lo que lo había llevado a la tumba, o eso murmuraban las malas lenguas, aunque en realidad no hay mayor tragedia que la deshonra que supone renegar de tu hija, ya sea casta o profana.

—Ahí está —bisbiseaba, con el brazo extendido y el dedo índice acusador. Su rostro se desencajaba en una mueca de terror y los ojos, erráticos, centellaban febriles—. Ahí está. Ahí está. ¿No notas el calor de las llamas del infierno? ¿No hueles el hedor a carne quemada, a azufre?

El proceso fue demasiado largo para madre, demasiado largo para cualquier persona que se halla con un pie en este mundo y otro cerca de Dios. Pero demasiado corto para una niña que ve cómo la abandonan, demasiado corto para cualquier crío que espera a que el Altísimo reclame lo que más atesora.

Cuando exhaló el último aliento, yo todavía le aferraba la frágil y trémula mano. Me sorprendió la languidez que la invadió, la gelidez que se apoderó de ella y la ausencia de aliento en su boca entreabierta. Al percatarme de aquel mortífero silencio y de lo que realmente significaba, rompí en un llanto gutural que no tardó en alertar a nuestra humilde vecina. La pobre mujer —que me había ayudado a cuidar de madre hasta aquel día— vino presta a arrancarme de su lado. Pero yo me negaba a ello. Me negaba a abandonar ese cuerpo huesudo y frío que parecía necesitar de mi calor.

Pataleé y, enloquecida, luché a dentelladas y arañazos contra quien consideraba mi peor enemigo: cualquiera que osara alejarme de madre, ya fuera Dios Todopoderoso o una simple mortal como era nuestra vecina.

—¡No! ¡No! —aullaba, incapaz de comprender que nada de lo que pudiera hacer la traería de vuelta.

Quería quedarme allí, junto a ese lecho maloliente y húmedo, y acurrucarme bajo las mantas tan pegada a ella que no pudiera identificarse dónde comenzaba una y acababa la otra. Porque solo así encontraría consuelo.

Tan previsora como solo lo es una buena madre, había salvaguardado mi porvenir acogiéndose a aquella desventura sentimental que la había convertido en una paria para los suyos. Fue clara en sus instrucciones para con nuestra vecina: debía llevarme ante el conde de Nailloux con mis mejores vestiduras y decirle: «Señor mío, vuestra amada Cécile, su alma esté con Dios, espera que podáis dar cobijo al fruto de vuestro amor».

Y así lo hizo.

La vecina cubrió el cuerpo con unas sábanas remendadas que habían vivido tiempos mejores. Me atrapó del antebrazo y me llevó hasta su hogar a rastras. Una vez allí, me propinó un bofetón que me bailó el rostro, dejándome el inicio de un verdugón en el pómulo izquierdo.

—Se lo prometí a Cécile —dijo, agarrándome de los hombros y sacudiéndome, a la espera de que la muerte me entumeciera—. Se lo prometí a vuestra madre, así que dejadme que haga lo que he de hacer.

Todo atisbo de rebeldía y salvajismo se esfumó en ese mismo instante junto con el alma de mi progenitora.

Me hundió en un barreño de agua templada y restregó hasta enrojecerme la piel, librándome así de la suciedad y los surcos salados de lágrimas. Aturdida, permití que me enjabonara y lavara la melena. La oí chistar a mis espaldas, suplicarme que cesara la llantina silenciosa que me hacía hipar y dificultaba la labor de higiene. Ya aseada, me peinó, lamentando que no hubiera flores para decorarme el cabello ni cintas de seda con las que trenzarlo.

—Dios quiera que esto sea suficiente para que os acepten —farfulló, peleándose con las guedejas hechas nudos—. De no ser así, tendré que quedarme con vos.

Yo no sabía exactamente a qué ni a quién se refería; sin embargo, no era una necia a la que le fuera ajena nuestra precaria situación. En sus palabras subyacía el tormento del común, la implacable pobreza. Podía adivinar sus pensamientos: «Una boca más que alimentar no, Señor mío, os lo ruego».

Aquella mujer conocía a madre desde hacía años, la había visto ser despreciada por su progenitor e instalarse en aquella casucha que era nuestro hogar. La había atendido en el parto junto a una comadrona, y se habían prestado ayuda en momentos de extrema necesidad. No se atrevería a abandonarme en las calles a merced de las inclemencias y la dureza de la mendicidad, abocándome a morir de hambre, robar o vivir de mundaria. Todo ello habría supuesto fallarle a su amiga y a su recuerdo. No obstante, acogerme conllevaba disminuir las raciones escasas que ya se dispensaban en su mesa. Y para que sus hijos fallecieran con el estómago vacío…, mejor que lo hiciera yo.

Me enfundó en mis mejores ropajes, que por aquella época no eran más que una camisa heredada y un pellote que había sido remendado en infinidad de ocasiones. Aunque los colores se habían deteriorado con el transcurrir de los años y los continuos lavados, todavía se percibía el rojo de la granza en la basta lana. Una vez envuelta en el manto de alguno de sus cinco hijos, me llevó hasta don Antoine Leblond.

Fue un día y medio a pie hasta el castillo. La pobre tironeó de mí todo el viaje y batalló contra mi insistente negativa a seguir andando, armándose de paciencia en los momentos en los que plantaba las suelas de mis zapatos en la hierba y me desgañitaba diciendo que no daría un paso más. No daría un paso más que me alejara del cadáver de madre. Ni el frío, ni el hambre, ni el cansancio me molestaban, lo único que me mordisqueaba las entrañas hasta paralizarme y despertaba de nuevo ese instinto de desobediencia era el sentimiento de desamparo.

Las últimas leguas que nos separaban de la residencia condal las hicimos a bordo de la carreta de un agricultor, que se ofreció a llevarnos junto a su carga de varias fanegas de grano. Aquello nos permitió descansar y que mi vecina controlara un poco mejor mi carácter insurrecto. Al descender del carromato, me dio un tirón del brazo, se acuclilló frente a mí y me advirtió con el rostro teñido de una seriedad amenazante:

—No hablaréis. No patalearéis. No chillaréis. Y, por supuesto, no lloraréis. ¿Lo habéis entendido?

Me mantuve en silencio y ella me zarandeó para que amaneciera de ese letargo en el que, a veces, me sumía para no notar el escozor de la muerte de madre.

—¿Lo habéis entendido?

—Lo he entendido. —Mi voz no fue más que un hilillo a punto de romperse.

—De esto dependerá vuestra vida.

Nos adentramos en el castillo, ella fingiendo una seguridad que estaba lejos de sentir, yo con una cara larga que me llegaba hasta los pies. El ambiente de prisas y jolgorio no conjugaba con mi luto interior y el reguero de lágrimas que dejaba a mi paso. Aquel lugar no era para mí. El castillo rebosaba vida a través de la servidumbre y las muchas doncellas, de los palafreneros y los caballos que paseaban por el patio de armas, y de los tantos otros habitantes que ejercían un oficio allí dentro. Todos nos saludaban con cabeceos o alguna palabra amable para luego proseguir con sus tareas. Y yo solo podía preguntarme cómo lo hacían. Me parecía insultante que el tiempo siguiera discurriendo, que el sol brillara, que el mundo continuara cuando mi madre ya no estaba en él y yo todavía lloraba su pérdida.

Mi vecina buscó indicaciones y habló con varias personas; finalmente un hombre nos atendió y nos hizo esperar. Otro nos guio por los pasillos. Allí dentro todo era extraño y hostil, las paredes desnudas reproducían el eco de nuestros pasos y las miradas negras bordadas en los tapices me perseguían. Así que, temerosa y desubicada, me aferraba a la mano de mi vecina, la única persona a quien conocía.

Las puertas de madera maciza se abrieron y nos hicieron pasar a la sala del lar, donde el calor de la chimenea templaba la estancia y creaba un clima confortable. La suntuosidad dañaba la vista con el dorado de los ornamentos y los hilos de oro del hermoso tapiz que colgaba sobre el fuego. Don Antoine Leblond y doña Anne de Albret nos aguardaban de pie, a cual más majestuoso, vestidos con gemas preciosas, seda y mantos de piel de armiño.

Él tenía el cabello entreverado de gris, pero mantenía la robustez, la fuerza, la altura y la vitalidad de los hombres que nacen con estirpe. Imponía con solo mirarlo. Doña Anne, por su parte, lucía una belleza distante, acentuada por las arrugas que le emergían cuando fruncía los labios o achicaba los ojos.

En otras circunstancias, habría quedado anonadada ante el esplendor en el que me veía envuelta. Sin embargo, la orfandad se había inscrito en mi semblante. Me hallaba ante unos extraños que me examinaban con demasiada meticulosidad, con una altivez que me provocaba arcadas. Ella, en concreto, arrugaba la nariz y el ceño, como si la asqueara el mero hecho de que yo estuviera allí, ante su presencia, como si pudiera contagiarla de alguna extraña enfermedad. Probablemente, la que más temen los nobles, la enfermedad del vulgo: la repugnante pobreza. Sus ojos verdosos parecían gritar: «Ni se os ocurra acercaros. Ni se os ocurra tocarme con vuestras manos sucias».

Don Antoine Leblond no sufría de esa animadversión. Supo que era de su sangre y no solo por las palabras de mi vecina, que debieron remover unos sentimientos ya enterrados. Lo que hizo incuestionable nuestro parentesco fueron los rasgos compartidos con su madre y los que la mía propia me prestara al nacer.

—Tiene los ojos pardos de mi Cécile —dijo. Había dado un paso hacia delante y me había tomado por la barbilla, obligándome a erguir la cabeza. Yo era incapaz de sostenerle la mirada—. Como si la espesa miel se hubiera derramado en ellos.

Me soltó y, sin vergüenza ni disimulo, se enjugó las incipientes lágrimas por la nueva del fallecimiento de mi madre.

La condesa, reticente a la novedad y con el orgullo mancillado por un ultraje anterior a su matrimonio, se acercó como lo haría una

perra que ve amenazada su camada. Sigilosa, me rondó una y otra vez, atenta a mis facciones, a mi atuendo, a mi compostura. Con cada paso, las orillas de su brial danzaban sobre el suelo de piedra.

—Y el rostro de corazón de vuestra santísima madre, doña Éléonore. Quién lo habría dicho. —Enredó uno de sus dedos sobre mi cabello liso y trigueño, suspiró angustiada y dejó que la guedeja cayera—. Es tan vuestra como lo son mis hijas. —Escupió aquello último con un asco palpable.

Don Antoine Leblond me aceptó, quizá conmovido por la penuria que me asolaba, quizá porque en su interior se gestaba una lucha encarnizada: dejar el pasado atrás o conservar en la memoria la figura de mi madre. Cécile estaba incrustada entre sus costillas.

Aquella decisión fue una ofensa para doña Anne. Llevaba casada con mi padre siete años y no le plació encontrarse con una hija bastarda, por anterior que fuese a ella, llamando a las puertas de su morada.

—Ellos os cuidarán —se despidió mi vecina con la tranquilidad de quien sabe que ha cumplido con su deber.

Yo no terminé de comprenderlo.

Al verla encaminarse hacia la puerta del salón, salí corriendo detrás de ella, llorando desesperada. Me aterraba que me dejara sola con aquellos extraños, sin importar que fueran condes o el mismísimo rey de Francia. No llegué siquiera a salir de la estancia. Con una orden silenciosa de don Antoine Leblond, varios hombres de espadas al cinto me detuvieron, cogiéndome en brazos y levantándome por los aires. Mientras, yo me revolvía con la intención de escapar. Gemía, aullaba y gritaba.

—¡Quiero irme con mi madre! —suplicaba—. ¡Os lo ruego, quiero irme con mi madre! ¡Déjenme ir con mi madre!

Era desgarrador. La había visto morir con mis propios ojos, lo más lejos que podía ir era a cavarle una tumba con las manos desnudas antes de que su cuerpo fuera lanzado a una humilde y desalentadora fosa común.

Y así, doña Anne de Albret reparó en que habría preferido permanecer junto a un frígido cadáver que poseer las riquezas alojadas en el castillo de Nailloux. Y al entender que era una simple

cría perdida, cuyo interés no radicaba en reclamar cierta posición ni alzarse por encima de sus hijas, se apiadó de mí.

Lo cierto es que yo no suponía peligro alguno para ella y mis medio hermanas, por lo que mi presencia en el castillo no haría tambalear el equilibrio familiar más allá de lo habitual. De haber sido todas nosotras varones, la historia se habría escrito diferente. Pero por suerte éramos féminas, niñas pequeñas que solo habrían de pelear por los juguetes hasta que fuera el turno de pelear por el más ilustre de los hombres. Nuestro débil género nos mantenía a salvo de intrigas palaciegas. Y, además, doña Anne aún era joven y fértil, y el conde no había perdido la esperanza de que volviera a quedar encinta y que en el próximo parto Dios lo bendijera con un varón al que proclamar heredero.

El destino se nos presenta con una ironía insondable.

10

Magnitad, *magnetes* e imán

6 de agosto de 1275

A la mañana siguiente, don Pedro de Lara y yo dimos nuestro consentimiento expreso ante quienes asistieron a nuestra unión civil —deudos y fieles vasallos—. Puede que todavía no hubiéramos contraído matrimonio en faz de iglesia, pero habíamos sido certeros con nuestras palabras y habíamos yacido juntos en el mismo lecho. Por tanto, incluso sin la consumación carnal, la santa madre Iglesia nos reconocía y aceptaba como legítimos esposos.

Don Pedro de Lara era tan mío como yo suya.

Solo existía una posible separación. La muerte.

La urgencia por regresar a Castilla era tal que no hubo festejos más allá de besos, abrazos y escuetas felicitaciones. Don Pedro de Lara y yo nos encerramos enseguida en nuestras respectivas alcobas, sin haber intercambiado ni una sonrisa, para dirigir a la servidumbre que empaquetaba nuestras pertenencias y las cargaba en el carruaje. Debíamos apresurarnos para partir.

Doña Anne entró a mis caóticos aposentos, deduje que para vigilar o azuzar a las criadas. Queríamos abandonar Nailloux a mediodía, el tiempo apremiaba y necesitábamos manos diestras. Sin embargo, se acercó a la silla en la que yo reposaba y le arrebató el peine de marfil a la doncella que me cepillaba la larga melena trigueña.

—Lo haré yo —dijo.

Acto seguido, expulsó a todas las mujeres que revoloteaban a mi derredor, encargándoles que ayudaran con los arcones dispuestos fuera. Me pareció insólito que buscara aquel momento de intimidad antes de mi marcha. Ya a solas, comenzó a desenredarme los sedosos y brillantes bucles en silencio. La miré a través de la superficie pulida del espejo; tenía el ceño fruncido y un velo de preocupación cubriéndole los ojos verdes.

Fueron largos minutos de cepillado hasta que, por fin, se pronunció.

—Un día, extrañaréis la melena al viento.

—Para eso aún queda.

—¿Dejaréis aquí las cintas de colores y las guirnaldas o preferís llevároslas junto al resto de enseres?

Observé el montón de tocados que había usado durante mi mocedad, todas esas cintas de sedas y tonalidades brillantes que había entretejido con trenzas o usado para apartarme los mechones del rostro, todas esas frontaleras y guirnaldas de flores y oro adornadas con gemas preciosas.

—Quizá debería dejarlas aquí para Léonie.

Ella asintió.

—Le agradará mucho llevarlas, ya sabéis cuánto os venera —dijo mientras me fijaba el cabello y lo perfumaba con aceite—. Y cuánto os echará de menos.

—Me llevaré la que escogisteis para mi boda. —Señalé una bonita arqueta.

En su interior había una frontalera de oro decorada con piedras preciosas que, engarzándose unas con otras, simulaban ser racimos de flores que colgaban a ambos lados de la cara. Estaba deseosa de usarla y, aún más, de que don Pedro de Lara me viera con ella.

Doña Anne volvió a asentir, complacida con mi decisión.

—Es demasiado equipaje para llevar en un solo viaje, quizá deba prescindir de algunas cosas… —pensé en voz alta—. Hablaré con Léonie por si se le antoja quedarse con algo que aún no se haya guardado en el carruaje.

Pero ella ya no me escuchaba, estaba sumida en sus cavilaciones.

—Han traído unas sábanas de cama manchadas —comentó con una frialdad que me tensó los músculos y me selló los labios—. He supuesto que no eran de Aurore, dado que no hace más que un mes que parió y aún es pronto para su sangrado mensual. Según las fechas, ni a vos ni a Léonie os corresponde. —Hizo una pausa y buscó mis ojos en el espejo—. Sé que han salido de esta alcoba.

Con las manos todavía sujetándome la melena, se giró para examinar mi cama y contemplar las sábanas recién cambiadas.

Un miedo atroz se me aposentó en el estómago. Pero ¿miedo a qué? Sí, ya habían descubierto mi más terrible falta: había perdido la pureza antes de lo estipulado.

Rememoré el aliento de don Pedro de Lara, dulce y cálido como la miel, la suavidad de sus manos paseándose por encima de mi camisa amarilla, el ansia de sus besos, la curiosidad de sus dedos ascendiendo por mis muslos, el peso de su cuerpo sobre el mío y el pinchazo de dolor que sobrevino antes del regusto de placer. La sangre de la virgen.

Podía sentir el juicio y la decepción en los implacables ojos de doña Anne, que parecían ver a través de mí, conocer mis más oscuros secretos. La sensación fue terrible, obscena. De repente me entraron ganas de postrarme de rodillas y llorar y suplicar su perdón. De repente quise confesión y tormento.

—Yo… —Las excusas se me atoraron en la garganta, la boca me supo a bilis.

—Como anoche os despedisteis de mí siendo doncella y hoy os habéis levantado siendo una mujer casada… —Doña Anne fingía que no insinuaba lo que insinuaba, que no se percataba del temblor de mis manos y la lividez de mi rostro, la vergüenza que me embargaba —. Quiero ser yo quien os coloque la toca por primera vez.

—Por favor —fue lo único que logré decir.

Doña Anne de Albret relajó el ceño y las comisuras de sus labios se destensaron, un amago de sonrisa calmó gran parte de mi inquietud. Sería un secreto. Nuestro secreto, como el de tantas otras féminas.

—Más vale aceptarlo y no lamentarse —dijo mientras me peinaba el cabello hasta agruparlo en un moño bajo, que recogió con una

cofia de red—. Por suerte, en el contrato matrimonial consta vuestra virginidad, algo que el duque de Valdívar ha podido comprobar en persona. —Bufó—. Aunque no haya podido esperar a pasar por la iglesia…

Luego, me colocó el prendedero, una cinta ancha y rígida cuyos bordes ondulados lo asemejaban a una corona. Lo sujetó con alfileres a la barbeta, que me ajustó bien por debajo de la barbilla. Era idéntica a la suya, una pieza alargada y lisa hecha de cendal, un tejido fino y casi transparente.

—¿Alguna de las criadas os habló de ello?

Sabía a lo que se refería. Negué.

—¿Aurore quizá?

—Me contó algo.

Un sonido gutural le brotó de la garganta.

—Sabía que se me adelantaría y que os descubriría algún secreto del matrimonio. Las habladurías son un vicio que Dios habría de extirparle.

—Léonie está a salvo de esos pecados.

—¿Del del conocimiento o del de la práctica? —Enarcó una de sus finísimas y depiladas cejas, y mis mejillas se incendiaron.

—De ambos, doña Anne.

Saber que una de sus hijas mantenía la inocencia intacta la tranquilizó.

—¿Siempre es así entre un hombre y una mujer?

—¿De doloroso? Depende de la violencia con la que el hombre ejerza su poder sobre vos y vuestro cuerpo. Cuando eso ocurre, lo más aconsejable es cerrar fuerte los ojos y dejarse hacer, pensar en otras cosas: el próximo bordado que haréis, la vestimenta que encargaréis, la joya que anheláis o el servicio de comidas con el que agasajaréis a la próxima visita. Contar los empellones también ayuda. Acaban pronto y os dejan reposar en el lecho.

Aquella crueldad no conjugaba con don Pedro de Lara y su tierno tratamiento.

—Me refería a así de satisfactorio y placentero, de irreal. —Una sonrisa cargada de ensoñamiento me rajó los labios—. Es como haber sido bendecida, tocada por los mismísimos dedos de Dios.

Doña Anne estuvo a punto de reír.

—Veo que no ha sido el duque el único que tenía prisas por deleitarse. Mientras lo améis y lo busquéis, sí. Os será grato, Dios lo quiera. Pero si lo que queréis saber es si todos los hombres y las mujeres que yacen sienten lo mismo… Me temo que no. El amor y el ardor se les reserva solo a unos pocos. ¿Hay algo más que deseéis preguntar y que Aurore no os haya desvelado?

—Creo que no.

Tras asegurarse de que todo estaba listo, doña Anne escogió entre las diferentes tocas. Encima de la cofia, el prendedero y la barbeta, puso la impla, que era tan delicada que se le escurría de entre los dedos. La acomodó en mi cabeza y, entonces, contempló mi reflejo, orgullosa.

—Una mujer casada. Una buena esposa.

—Una buena esposa —repetí, impactada por la imagen que me devolvía el espejo.

Era yo. Aquella mujer era yo, o al menos tenía los mismos ojos melosos que yo, y la misma frente, y los mismos labios, y la misma cara ovalada. Al mismo tiempo, no parecía yo. No me reconocía. Algo importante había cambiado. ¿El qué? ¿El virgo desgarrado, la palabra dada a don Pedro de Lara, el cabello escondido? Sí, debía ser eso último. Me habían desprovisto de la melena al viento que tanto cuidara y apreciara de joven doncella, y la juventud se había esfumado con ella. Una edad que no era la mía me cayó encima.

Dejaba de ser Mathilde Leblond para ser la duquesa de Valdívar.

Doña Anne de Albret se sentó al borde de la cama y, con un sutil gesto, palmeó el jergón, invitándome a que la acompañara. Tomé asiento a su lado y ella se arrimó un poco más, salvando la exigua distancia; sus manos buscaron las mías en un intento de insuflarme seguridad.

En breve, partiría con mi marido hacia Castilla y consideró buena idea recordarme esa actitud de adaptación a las adversidades. Era pues menester echar la vista atrás y contemplar mi vida para enfrentar el porvenir.

Había pasado de ser una niña con madre a una huérfana de madre, y de repente pasé de ser una huérfana de padre, sin casta ni

apellido, a ser la hija bastarda y reconocida del conde de Nailloux. Mientras que Aurore y Léonie habían sido criadas desde la cuna en los buenos modales, la mesura en el yantar y el beber, la compostura y la donosura, la danza, el canto, el bordado y la costura, y otras aptitudes concernientes a su origen nobiliario, yo tuve que ser instruida en menos tiempo. Adquirí esos conocimientos con premura para así alcanzarlas en sus lecciones. Y lo logré recibiendo la felicitación de mis preceptores y disolviendo cualquier brecha que existiera en nuestra educación.

—¿Qué os atormenta, Mathilde?

Hacía rato que estaba cabizbaja con la mirada absorta en nuestros dedos entrelazados. Alcé la cabeza y me esforcé por sonreír.

—La añoranza, supongo.

—Os añoraremos cada día como añoramos a Aurore desde que se fue, aunque ya veis lo bien recibida que es cada vez que viene. ¡Si hasta ha parido aquí!

—Castilla está muy lejos para visitaros tan a menudo.

—Lo está, eso es cierto, pero os adaptaréis. Para cuando deis a luz y vuestros vástagos correteen por los patios del castillo y las niñas os persigan pegadas a las faldas, ya os habréis olvidado de nosotros. No tendréis tiempo para pensarnos ni extrañarnos, estaréis demasiado ocupada con la educación de los pequeños, el discurrir del hogar, la perezosa servidumbre y los cotilleos cortesanos. No querréis visitarnos más que para los esponsales de Léonie, creedme.

—¿Y si no encajo allí? —pregunté con voz estrangulada.

Doña Anne soltó una carcajada sardónica y su rostro se contrajo en una mueca tiránica.

—Naderías —escupió—. Habréis de hacerlo. Y lo haréis, Dios sabe que lo haréis, Mathilde Leblond. No os hemos criado para menos.

Con la excitación de la noche anterior ya disipada y las perspectivas ante el inminente matrimonio apaciguadas, solo quedaba la amarga despedida. Una desazón que engullía a todas las mujeres recién desposadas.

—No temáis a lo que ha de acontecer de aquí en adelante. Estáis en buenas manos.

—Desde luego, mi marido parece ser un buen hombre, o al menos ha demostrado ser honrado, tierno y leal a los suyos.

—Y amoroso, quizá demasiado… —Torció el gesto en actitud reprobatoria.

—Es todo lo que doña Mencía de Lara nos prometió que era.

—Lo es, pero yo hablaba de otras manos, las vuestras, pues vos misma os sostendréis. Fiad de vos y las mujeres que os mando, doncellas y sirvientas, y todo irá bien. Ellas os cuidarán.

Sabía que lo harían, todas eran buenas féminas. Doña Anne las había escogido tras un riguroso examen y nada escapaba a su ojo crítico. Eran jóvenes y vírgenes, de familias honestas y virtuosas, bellas pero no demasiado, para que no levantaran el apetito masculino a su paso. Solo por si mi esposo, don Pedro de Lara, se veía tentado…

Ya me las había presentado y tenía a mis favoritas. Clémence, una muchacha de carita angelical, y Margot, una regordeta de ojos dulces. Ambas me seguían de aquí para allá, sumisas y abnegadas.

—Mi consejo es que os acerquéis a doña Blanca de Francia, la hermana de nuestro rey. En ella encontraréis amistad y consuelo, os acogerá de buen grado. Sabe de sobra lo que es matrimoniar con un castellano, aunque ese castellano sea un infante. No hay nada que una más que el exilio en tierras extranjeras.

—No debería importunar a doña Blanca con mis cuitas de recién llegada. Acaba de perder a su marido y estará de luto, es un momento trágico para ella y sus hijos.

—Cierto. Aprovechad, pues, para brindarle apoyo, lo agradecerá. Además, su primogénito probablemente sea nombrado heredero al trono, ¿no? Eso es lo que he oído comentar a vuestro padre y al duque. Lo que me recuerda que…

Doña Anne hurgó entre los pliegues de sus vestiduras hasta dar con lo que buscaba. De entre sus manos emergió un hermoso collar de plata del que colgaba una piedra azabache del tamaño de un huevo. Bien pulida, la gema refulgía bajo la luz del resplandeciente día de verano, mostrando algunas vetas amarronadas y bermejas.

—Es para vos. —Me lo tendió—. En un principio, pensé en pedir que fragmentaran la piedra en tres para cederos una parte a cada

una, pero finalmente decidí conservarla entera por si alguna vez llegábamos a vernos en esta difícil situación. Que una de vosotras tuviera que cruzar las fronteras del reino de Francia y la necesitara mucho más que las otras. Y esa sois vos, Mathilde.

—¿Qué es?

—Es la piedra del *aimant*. En caldeo y árabe la llaman *magnitad*, en latín *magnetes* y en castellano, según nuestro intérprete, *imán*.

Le di vueltas entre las manos, hipnotizada por la lustrosa plata y el centello rojizo de la gema que, ora nacía, ora moría. Carecía de aristas cortantes y peligrosas, solo podía haberla tallado un experto.

—Atrae el hierro, así que debéis ser precavida al portarla. Tiende a juntarse con el azufre y, cuando la queman, encierra la virtud del fuego y huye del agua, que es su contrario. Es cosa peligrosa, Mathilde, no lo olvidéis.

—No lo haré. —Era incapaz de apartar la mirada de ella.

—Os protegerá de todo aquel que quiera dañaros. Ante cualquier atisbo de veneno, os arderá al contacto con la piel. Si alguien osara heriros con hierro emponzoñado o daros de beber un tóxico con hierro mezclado, os salvará. Solo tenéis que moler la piedra y reducirla a polvo, mezclarla con óleo e ingerir el emplasto.

El horror debió de pincelarme el rostro.

—¿Creéis que querrán matarme? —Mi voz brotó aguda, temerosa.

—No. No —trató de calmarme—. Pero nuestras influencias acaban donde el limes de nuestro reino. En cuanto crucéis la frontera, estaréis en corte extraña, Mathilde, a merced de la política y las ansias de poder de otros nobles. Nosotros no podremos hacer nada para socorreros. Dependeréis en exclusiva de vuestro esposo y sus aliados, y sobre todo de los que vos consigáis aunar.

Doña Anne se puso en pie y recuperó la alhaja. Me rodeó y se colocó a mis espaldas; desde allí me engalanó el cuello con la singular gema. Enseguida percibí el peso del imán y la plata, la frialdad que desprendían.

—Pertenecía a mi madre. Me lo regaló cuando me casé con vuestro padre y vine a Nailloux, y yo, ahora, os lo regalo a vos. Si es demasiado para vuestro gusto, podéis desengarzar la gema y colgarla de una cinta de terciopelo de esas que tanto os placen.

—Así es perfecta. —La acaricié—. Es perfecta.

—¡Claro que es perfecta! —bramó con falsa indignación y una sonrisa triunfal—. Ya sabéis que soy muy exquisita con las joyas.

Las campanas comenzaron a tañer por el ángelus y el jolgorio que se oía en el patio nos alertó de que los arcones y baúles ya habían sido cargados. Nos acercamos a la ventana para escrutar el exterior. En efecto, todo estaba preparado: el carruaje abierto y los caballos ensillados y embridados. La servidumbre se congregaba allí abajo y don Pedro de Lara aguardaba y daba las últimas órdenes. Cerca de este, se hallaban padre y nuestro querido intérprete, que permanecería conmigo hasta que me adaptara al idioma y las costumbres castellanas. Luego podía quedarse allí o regresar.

Era tarde. Debíamos aligerarnos.

—Doña Anne, os agradezco todo lo que habéis…

Pero no pude terminar siquiera. La condesa de Nailloux ya había alzado la mano para detenerme y había recuperado su acostumbrado aire de rectitud y disciplina, con las comisuras estiradas y la frente arrugada.

—No tenéis por qué hacerlo, Mathilde, y os suplico que no lo hagáis. Ahorráoslo y ahorrádmelo, no nos pongáis a ninguna de las dos en esa ridícula posición.

Lo entendía; no obstante, no acallaría aquellos sentimientos. No obviaría la gratitud de la niña desamparada de la que se había apiadado y a la que había acogido.

—Y aun así, os lo agradezco. Habéis sido… —Tragué saliva y me obligué a continuar—: Habéis sido una madre. —La última palabra me traicionó. Si volvía a hablar, me desharía en llanto.

Emocionada, chasqueó la lengua.

—Venid aquí. —Me estrechó entre sus brazos y depositó un beso en mi cabello, oculto por la impla. Permanecimos así unos minutos de más, refugiadas en la comodidad del calor del hogar. Cuando nos separamos por fin, dijo—: No se lo contéis a vuestro padre.

Con una sonrisa, prometí no hacerlo. Doña Anne de Albret nunca me habría perdonado que desvelara su vulnerabilidad, ni siquiera ante su marido, mi padre.

Descendimos juntas hasta el patio cogidas de la mano. Allí me despedí de mi parentela, a quienes creí que jamás volvería a ver hasta pasados unos años. No fue una sorpresa que Léonie llorara y que la sonrisa de Aurore fuera, en realidad, una mueca de añoranza, pero sí que por primera vez padre diera muestras públicas de afecto. Don Antoine Leblond me abrazó delante de todos hasta que los ojos se me colmaron de lágrimas. Antes de dejarme partir, me susurró: «Buen viaje, hija mía. Que Dios y vuestra madre os guarden». Por último, me besó en ambas mejillas.

SEGUNDA PARTE

Paróse delante de mis ojos un fantasma,
cuyo rostro yo no conocí.

Job, 4, 16

11

Eva o Dalila

Viajamos durante las horas menos calurosas del día, por la mañana temprano y por las tardes, cuando el sol ya empezaba a caer y no nos derretíamos por el camino. Si el astro rey mostraba benevolencia, lo aprovechábamos para avanzar todo lo posible, espoleados por el recuerdo de la muerte del heredero de Castilla y del ataque constante de los benimerines.

—Hemos de llegar antes que nuestro rey —repetía mi marido cada tanto. La urgencia le bullía en las venas.

Por desgracia, íbamos más despacio de lo que habíamos previsto en un principio. El verano agotaba a los animales con facilidad, que necesitaban descansar y abrevar, y el carro cargado con baúles y arcones —amén del séquito de criados— nos ralentizaba. Incluso así, era imposible que no llegáramos antes que el rey don Alfonso, que había recibido la funesta noticia en Belcayre, cerca del río Ródano. Su travesía sería mucho más agitada y penosa.

Para matar el tiempo, me dediqué a progresar en el castellano, siempre bajo la atenta instrucción de mi intérprete. Por su parte, don Pedro de Lara —que cabalgaba a lomos de un purasangre mientras mis damas y yo íbamos en el carruaje— se obligaba a ir a un pobre trote para estar a nuestra altura y así conversar conmigo y afianzar nuestra relación. Varias veces intenté hacerme con un corcel para galopar a su lado, pero él jamás me lo permitió.

—Los caballos son animales peligrosos —decía cuando le mencionaba mis intenciones—. Pueden encabritarse y haceros caer. No soportaría que sufrierais daño alguno.

—Perded cuidado, mi señor. Soy buena jinete, mi padre me enseñó —insistía.

Estaba hastiada del bamboleo del carruaje, el sopor, las temperaturas y las pieles pegajosas de las doncellas. La que no dormitaba bordaba, y la que no bordaba admiraba el paisaje, esperanzada ante el futuro, anhelante por el pasado. Los cotilleos que compartían se me antojaban triviales frente a la posibilidad de estar ahí fuera, departiendo con mi esposo sobre filosofía y literatura o la niñez de la que habíamos gozado en nuestros respectivos hogares. Quería saberlo todo de él. Conocer hasta el último resquicio de su alma. Respirar el mismo aire que recogían sus pulmones.

—No —volvía a decirme—. Hace demasiado calor y debéis protegeros del sol. Las mujeres no estáis habituadas a climas extremos y desfallecéis con facilidad.

—Dudo que vaya a desfallecer por galopar un poco.

Adopté la dulce sonrisa con la que mi hermana Aurore siempre conseguía toda clase de caprichos. Sin embargo, don Pedro de Lara era inmune a ella. Chasqueaba la lengua y negaba con la cabeza, cansado de aquella discusión pueril.

—Es mejor así. Una caída del caballo o un desvanecimiento que os hiciera enfermar sería fatal. No quiero decidir entre dejaros a expensas de un noble señor que os acoja durante vuestra recuperación mientras marcho a Castilla o quedarme con vos, a los pies de la cama. Lo primero sería imperdonable para un buen marido; lo segundo, para un leal servidor del rey. Hemos de llegar a Valdívar cuanto antes. —Para suavizar el golpe, me acariciaba la mejilla, que bajo sus dedos pasaba de nívea a rosada—. Además, el sol no es bueno. Tostaría vuestro hermoso rostro…

En algún momento entendí que, si continuaba insistiendo, agotaría la paciencia de don Pedro y despertaría a la fiera indómita de la que me había alertado su hermana doña Mencía. Me resigné a que no iría a Castilla más que en carruaje.

Las noches las pasamos en hospederías y en las residencias de la nobleza cuyas tierras atravesamos. Mientras estuvimos en el reino de Francia, los grandes señores nos recibieron con hospitalidad, resguardaron a nuestros caballos y alimentaron a nuestra cohorte,

disponiendo una alcoba para mi esposo y otra para mí. Durante ese tiempo, don Pedro de Lara se mostró cortés, sincero y un hombre terriblemente enamorado.

Me instaba a portar los ropajes más espléndidos y las joyas de gema y oro. Según él, para honrar con mi belleza a nuestros generosos anfitriones, mas resultaba evidente que él era el único que disfrutaba de mi imagen. Me inspeccionaba ya sentados en la mesa, una mano en la copa de vino y otra, sugerente, rozándome el muslo, escondida bajo los manteles de seda. Alababa mi aspecto en apartes durante las veladas, susurrándome al oído halagos y perversiones. Con cada palabra a mí se me erizaba el vello.

Ninguno de nuestros anfitriones parecía percatarse de la lascivia que moraba en sus salones.

Las irrupciones en mi alcoba se volvieron habituales. Tan pronto se enteraba de que me estaba bañando, aparecía en mis aposentos, expulsaba a las criadas y me miraba con ojos brillantes. Se postraba de rodillas detrás de mí y sumergía las manos en el agua tibia y aromatizada. Me enjabonaba y aceitaba, recorría mi piel cual peregrino y me lavaba los cabellos trigueños, inhalando su perfume.

Mi melena solo lucía para él.

En los escasos momentos en los que no estábamos de viaje o a disposición de algún noble, don Pedro se tumbaba en los jardines a leerme un libro en latín o se batía en duelo conmigo jugando al ajedrez. No hubo una sola noche en que no acudiera silente a mi alcoba para reclamarme. Si el idioma nos suponía una barrera difícil de sortear y las palabras un abismo, la carne nos facilitaba el entendimiento. Me enseñó a pronunciar «os amo» y ya no pude parar de decírselo.

Saciada la lujuria, rayando el alba, don Pedro de Lara me besaba la frente y regresaba a sus estancias. Allí terminaba de amanecer y fingía haber dormido toda la noche.

—Cuantísimo os amo… —decía yo, obnubilada por los placeres recién descubiertos y a los que ya era adicta.

—Me parece imposible una vida antes de vos —comentaba él, acariciándome la espalda cuajada de lunares.

Solía besarlos con absoluta devoción y se jactaba de que no tardaría en aprendérselos de memoria, pues los contemplaba tan a menudo que lo extraño sería que los olvidara. Nos veíamos más desnudos que vestidos.

—Todos los días agradezco a Dios que os pusiera en mi camino. Que utilizara a mi hermana, mujer obstinada, como instrumento para unirnos. De no ser por ella, vos habríais matrimoniado con otro hombre y yo me habría marchitado de pena en Valdívar.

Mitad castellano. Mitad francés. A veces, latín. Para comprendernos saltábamos de un idioma a otro, aunque los gestos nos delataban.

—Imposible —replicaba yo, plenamente convencida—. Nos habría traído hasta aquí de un modo u otro. Deambulamos por senderos que Él ha trazado. Somos instrumentos que maneja a su antojo.

—No quiero ni imaginaros en brazos de alguien que no sea yo.

—Pues no lo hagáis. No hay más hombre que vos y Dios lo sabe.

Doña Anne me había advertido acerca de los celos, que están malditos y convierten a los hombres en monstruos violentos.

—Así como Dios creó a Eva de la costilla de Adán, Dios me hizo de las vuestras. Me reservó para vos, esposo mío —hablaba casi con un arrullo. El francés deslizándose por mi lengua, hábil, sinuoso—. Miradme. Tocadme. ¿No veis en mí la palidez de vuestros huesos? ¿No percibís que mi espíritu está hecho de vuestro aliento? ¿No os reconocéis en mi persona?

Pasaba sus dedos por mi cuerpo.

—Doña Mathilde Leblond, esposa de don Pedro de Lara y, ahora, duquesa de Valdívar. A ningún otro podríais pertenecer.

Yo sonreía, lo besaba y sus celos se apaciguaban.

—Así ha sido dispuesto.

Con el regreso de la seguridad y ya afianzada esa certeza absoluta del señor que se apodera de lo que desea, don Pedro de Lara recuperaba también el vigor. Murmuraba palabras que poco tenían que ver con el amor y mucho con la pasión. Esas ya las conocía todas. Se deshacía entonces de las sábanas para colocarse encima de mí y hundirse en mi interior.

—A ningún otro. A ningún otro —repetía con cada embestida.

A veces, bisbiseaba el *Pater Noster* con los ojos cerrados y la mandíbula apretada, rotas sus plegarias por gruñidos de placer. No sabía si agradecía a Dios mi presencia o, al igual que yo en mis oraciones, le rezaba para que no me consumieran las llamas y me redujeran a meras cenizas. Casi tocaba el cielo, aupada por sus besos, y ardía en los infiernos, condenada por el vil pecado.

Me había tomado tantas veces que si algún deudo receloso en Castilla pedía prueba de mi puridad, no tendría nada que darle. Habría de hacerme un corte en el muslo para manchar las sábanas de boda o rogarle a mi esposo que desvirgara a una de mis doncellas allí mismo, sobre nuestro jergón. Recurriría a cualquier artimaña para evitar que se dudara de mi honra, que me alejaran de él y me mandaran de vuelta a Nailloux, mancillada por el mismo crimen que mi pobre madre.

Una madrugada, después de proferir un último ruido gutural, signo inequívoco del clímax, don Pedro se desplomó a mi diestra. Su cuerpo, bañado en un sudor salado, me aplastaba. Me removí un poco para escapar de él y respiré hondo, recuperando el aire que me había faltado durante esos gloriosos minutos.

Observé el movimiento pausado de su pecho desnudo, la frondosa barba, las perlas de sudor cayéndole por las sienes y la recta nariz, la cicatriz fracturándole los labios y los resplandecientes iris, que a la luz de las velas lucían más oscuros.

No pude evitar sonreír, empachada de felicidad.

—Oh, mi dulce y tierna esposa… Mi amada Mathilde, sois mía. Solo mía. —Me agarró de la nuca para besarme con avidez—. Sangre de mi sangre, carne de mi carne. —El esfuerzo le había lijado las cuerdas vocales y su voz emergía ronca, cavernosa.

Por fin ahíto, don Pedro de Lara cerró los párpados y yo me quedé quieta y enmudecida, rememorando el peso de su cuerpo sobre el mío y acusando el calor que irradiaba. Lo contemplé mientras las palabras me atravesaban. «Sangre de mi sangre. Carne de mi carne». Aquello lo había entendido a la perfección. Yo misma se lo

había dicho en otras ocasiones. Dios me había creado de su costilla. Estaba segura, había rezado por un hombre bueno y Dios no había tardado en concedérmelo.

Me fijé en sus anchos hombros, en su amplio pecho y en los huesos que se le marcaban debido a la posición en la que yacía. Conté las costillas que quedaban visibles y me pregunté de cuál había nacido yo y de cuál doña Beatriz de Aguilar. Ambas debíamos proceder de ahí, de algún retazo de esos huesos. Porque, aunque yo no había conocido varón hasta que él me poseyó, don Pedro de Lara sí había pertenecido a otra mujer. Otra que también ostentó el título de duquesa de Valdívar. Era posible que ella hubiera dejado su impronta en las tierras, en el castillo, en aquel que fue su marido, y que aún quedaran resquicios de su aroma y restos de su saliva.

Me relamí los labios y creí notar un regusto distinto, más dulce que el sabor a vino y más espeso que la miel.

Me convencí de que era la injusticia de mi género. O quizá esa horrible enfermedad que enloquecía a los hombres, los celos.

En cuanto cruzamos la frontera, algo cambió. El semblante de mi esposo fue tornándose hosco, las facciones perfiladas se sombrearon con aquella preocupación que lo había atenazado en Nailloux y la chispa que habitaba en sus ojos azules se extinguió.

Según nos acercábamos a Castilla, se obsesionó con la carta en la que el infante don Sancho narraba la derrota frente a los benimerines. La leía una y otra vez. Se refugiaba en las letras entintadas y las memorizaba hasta desgastar el pergamino. Cualquiera que lo viera creería que era un amuleto que lo protegía de todo mal y al que se acogía, temeroso, ante las calamidades que lo esperaban en la frontera.

Solo recuperaba algo de paz y sosiego al yacer conmigo. Entre los jadeos y las oleadas de placer reconocía su anterior «yo», pero eso duraba unos míseros instantes. Enseguida se levantaba y se aseaba, librándose del sudor y el aroma del coito.

A menudo, se quedaba asomado a la ventana de mis aposentos, sumido en un silencio angustiante y tenso, con el pecho al descubierto o solo vestido con la camisa, y en la mano, la maldita misiva. Oteaba el paisaje nocturno que se extendía ante nosotros y le resultaba familiar. Ya estábamos tan próximos a Castilla que nos cobijaban los señores nobles de reinos vecinos y casi adivinábamos los horizontes dorados de secarral y trigo.

Preocupada, cada noche lo abrazaba por la espalda y apoyaba el mentón sobre su hombro, y entonces le preguntaba:

—¿Qué os aflige?

Y cada noche me respondía:

—No es nada, Mathilde. Dormíos —pronunciaba mi nombre con la escasa paciencia de un padre al que sus hijas le sobran. Por molestas. Por curiosas. Por féminas.

Así que yo asentía y regresaba al jergón, donde me acomodaba y trataba de conciliar el sueño, sabedora de que no podría arrancarle una confesión con hierro candente. Unos minutos después, lo oía salir de mi alcoba y regresar a la suya.

Las cuitas lo arrollaban y lo mantenían despierto buena parte de la noche, del mismo modo que meses atrás me doblegaron a mí, cuando todavía no discernía si mi destino sería en los salones de un castillo o en una celda del convento de Argenteuil. Quería aconsejarle, decirle que se arrodillara en un reclinatorio, que mirara a los ojos ciegos de Dios y la Virgen y orara. Que orara con el corazón abierto y les pidiera que lo despojaran de aquellas tribulaciones. Pero como cada vez que abordaba el tema en mi pobre castellano, él me rechazaba, al final fui yo quien acabé juntando las palmas y entregándome, una vez más, al Altísimo y a su madre.

—Decidme qué os atormenta, porque temo que vayáis a perder la cordura o que vaya a hacerlo yo.

Estábamos a tres días de Valdívar y mi paciencia se consumía a la par que las ansias se acrecentaban.

—No es nada, Mathilde.

—Algo debe de ser.

—Sois terriblemente insistente.

Ladeé la cabeza y fruncí el ceño, aquella palabra no existía en mi vocabulario. Don Pedro de Lara se percató de que tenía que explicármela y soltó un bufido de exasperación.

De nuevo, del francés al castellano y del castellano al francés.

—Insistente. Terca. Testaruda. —Se revolvió la melena que le lamía los hombros desnudos y se rascó la barba—. Que no calláis y no cejáis en vuestro empeño.

Abrí la boca, sorprendida por las faltas que me atribuía. Yo jamás había acumulado defectos tan deleznables y poco propios de una doncella de educación esmerada.

—Lamento que mi preocupación por vos os importune tanto, esposo mío.

—Yo no he insinuado eso. No seáis injusta.

A la inesperada lista de defectos, él añadía uno más.

Por primera vez, la falta de aire que sentía a su lado no provenía de su atractivo, del placer de sus caricias o el galanteo, sino de aquellas saetas que escupía con mordacidad.

Me acerqué a él con paso cauto. Tenía el rostro crispado y los músculos tensos. Entonces entendí que Aurore prefiriera a un hombre que no inspirara terror con solo levantar la mano. Al menos no un terror de los que te hacen temblar y orinarte encima.

—Solo quiero saber qué os desvela. Y no tratéis de evitar la pregunta abalanzándoos sobre mí como de costumbre. No voy a olvidarlo.

Los ojos se le habían prendido de un fuego glacial, más azules que el manto mariano.

No dijo nada. Chasqueó la lengua, un gesto típico en él, y giró el rostro hacia la ventana por la que había estado contemplando el paisaje aquella noche también. A la luz de la luna, su belleza era casi líquida.

De repente me dieron ganas de embeberme de él, de deshacerme de aquella disputa incoherente en la que enhebrábamos palabras que ninguno terminaba de comprender, pero en la que nos empujábamos a continuar batallando. Solo quería arrojarme a sus brazos, que no se quebrara la burbuja de felicidad en la que habíamos vivido durante un tiempo.

—¿Qué es? —Posé la mano sobre su hombro y busqué su mirada, clavada en un punto fijo del horizonte—. ¿Qué os atormenta hasta lo indecible? ¿Son los moros y su avance? ¿Es la muerte del infante don Fernando de la Cerda, a quien tanto apreciabais, o es la pena de vuestro rey? Porque si es eso…

—¡Oh, por el amor de Dios!

Su grito reverberó en la estancia y, preso de la ira, se apartó de mí. Yo me encogí, asustada, y me abracé a mí misma, con la camisa amarilla adherida a la piel.

—¡Ahora sé lo que sintió Sansón con la insistencia de Dalila! ¡Normal que su alma quedara reducida a gran angustia!

La visión se me había enturbiado a causa de las lágrimas, que amenazaban con precipitarse y rodar por mis mejillas. Para evitarlo, me sorbí la nariz. La escena quedó aún más penosa, pues parecía una niña pequeña y ridícula que a duras penas aguantaba el chaparrón de reproches de su progenitor. Me obligué a alzar el mentón y, con fingida dignidad, dije:

—Yo nunca os traicionaría. Nunca os vendería a los filisteos. —Mi voz sonó aguda, atenazada por el llanto.

Un silencio incómodo se asentó entre ambos. Volví a sorberme la nariz y con la manga de la camisa me sequé el par de lágrimas que finalmente se me habían escapado. Me escocían los ojos.

—Los germanos no menospreciaban los consejos y opiniones de sus mujeres. Eso me dijisteis.

—Por suerte, no somos germanos —espetó.

Don Pedro de Lara se terminó de alejar de la ventana y se sentó en el jergón. Colocó los brazos sobre las rodillas y se cubrió la cara por completo. Entre sus enormes manos y el cabello oscuro que le caía, no había ni un rasgo de su faz que pudiera observar. Con ello, me arrebataba la única manera que me quedaba de adivinar sus pensamientos, sus sentimientos.

En la alcoba solo se oían sus resoplidos de frustración y el canto de las cigarras, amantes del caluroso y despiadado verano.

Permanecí allí, entre la cama y la ventana, a la espera de que la tormenta amainase, flagelándome por haber llevado a mi marido a

aquel extremo. A los gritos. Al desapego. Estuve a punto de arrodillarme, besarle los pies y suplicar su perdón.

Cuando emitió un último bufido y elevó el rostro, cualquier atisbo de vesania había desaparecido de sus facciones. En su lugar, se apreciaba una suerte de serenidad que debía estar muy lejos de sentir. Puede que yo la confundiera con la simple y raquítica resignación.

—El infante don Sancho me pide que apoye sus pretensiones al trono —me reveló a media voz—. Quiere que reúna a mis mesnadas y acuda a la frontera para combatir contra los moros, y que allí me una a él y a don Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya, quien ya lo refrenda como heredero del rey Alfonso.

Habló despacio para que pudiera captar el significado de sus palabras y, aunque no logré identificarlas todas, las comprendí. Alimentada por su sinceridad, di un paso hacia delante, restando la distancia que nos separaba.

—Doña Anne dijo que debía acercarme a doña Blanca de Francia, pues, además de extranjera como yo, sería la madre del futuro rey de Castilla.

—Don Sancho me ha colocado en una difícil posición.

—¿Y por eso no dormís?

Una risa sardónica le brotó de la boca.

—No entendéis de política, ¿verdad, mi amada Mathilde?

El sonrojo me subió hasta las mejillas.

—No mucho.

Mi inexperiencia lo divertía. Volvió a reír de esa forma tan genuina y sus rasgos se acentuaron: la boca demasiado ancha y demasiado grande, los ojos empequeñecidos y la cicatriz hundida, burlona. Unos segundos más tarde, la jocosidad se había extinguido.

—Lo que el infante me pide es ignorar al hijo de Fernando de la Cerda, que es tan legítimo como él en la línea de sucesión, y convencer al rey don Alfonso de que se incline por él. No sé si debería tomar partido por uno u otro, y no sé si debería entrar en cuestiones tan delicadas, pero tampoco puedo permitirme rechazar a Sancho. Hacerlo significaría perder el favor de la Corona en caso de

que fuera designado heredero. Conozco a Sancho, no olvida las afrentas. Los Lara caeríamos en desgracia.

—El rey es su padre —apunté—. Preferirá a su hijo antes que a su nieto.

—¿Eso creéis? —Alzó la ceja, interesado en mi opinión.

Me encogí de hombros y tomé asiento a su lado.

—No sé nada de política, esposo mío. No obstante, sé lo mucho que un padre ama a su hijo. Lo he visto cada día en mi hogar.

—Esto no va de amor, Mathilde, va de poder. De política. De ley. De un hombre que aspira a gobernar y un crío que, en estos momentos, no tiene más de cinco años de edad.

—Para cuando el rey fallezca, el niño ya no será niño, será un hombre.

—Eso es lo que me preocupa. Si el pequeño Alfonso de la Cerda es como su difunto padre y su abuelo, que siempre se han atenido a su sentido del honor, reclamará su derecho al trono. Castilla no está para más guerras, y menos para una por el trono. Esto ha de resolverse cuanto antes.

Detestaba tanto los conflictos que se saldaban con sangre y espada que me apiadé de él. Entrelacé mis dedos con los suyos y esbocé una dulce sonrisa.

—¿Qué haríais vos? ¿Elegiríais a vuestro hijo o a vuestro nieto?

—No lo sabré hasta que me convirtáis en padre. —Sonrió y el corazón casi me saltó del pecho—. E incluso así, ser duque no es ser rey. Sus deberes son mayores.

—Pero ¿qué haríais?

—La muerte de un ser amado pesa en demasía, Mathilde, lo sé de primera mano, y mi señor don Alfonso amaba profundamente a su primogénito, más de lo que está escrito. Entendería que se dejase arrastrar por la nostalgia y se decantara por el niño. ¿Qué haríais vos?

—Si mi hijo hubiera muerto y además lo hiciera tan lejos de mí y de su padre… —Tragué saliva—. Rumbo a una guerra a la que ni siquiera llegó… Probablemente me tiraría desde la torre del homenaje.

No había querido una vida sin mi madre, quien había conformado todo mi mundo. ¿Cómo iba a querer una sin mi hijo, el fruto de mis entrañas y la razón de mis desvelos? Me sacudí la tristeza de ese duelo imaginario y los nítidos recuerdos que traía de mi progenitora.

—Sed fiel a vuestro rey, esposo mío. Creo que esa es la respuesta que debéis darle a don Sancho.

—Sabéis que he de partir a una batalla, ¿no? El infante don Sancho tratará de hacer méritos en ella para así demostrar a su padre que es digno del trono. Si soy un obstáculo para él, puedo recibir algo más que una estocada.

—No se atrevería —titubeé—. Sois íntimo consejero de su padre, el rey.

—Y él anhela ser el próximo rey. En el ardor de la contienda, prima la confusión y se entrecruzan muchos aceros. A veces, no sabes por dónde viene el enemigo ni quién ha lanzado esa saeta.

—Acero —repetí.

Él asintió.

—Espadas —añadió—. Los moros combaten como bárbaros.

Lo visualicé tendido en la hierba, alfombrada por un charco de sangre, con el rostro desencajado en una mueca de expiración y un cruento tajo sajándole el estómago, abriéndole la carne y los órganos. Mi nombre posado en sus labios cetrinos y los ojos cristalinos, abiertos, vueltos hacia el cielo.

Un miedo primitivo se apoderó de mí. Otra vez la muerte. La desolación. El sufrimiento. Otra vez llorar sobre un cuerpo inerte y romperme en mil pedazos.

La hiel me subió por el esófago, ardiente, y me sobrevinieron las náuseas. No pude contenerme, los nervios y la tensión de los últimos días me ahogaron en un llanto silencioso y liberador que asustó a mi marido.

—Ya está, ya está. —Me dio un par de palmaditas en las rodillas para tranquilizarme—. ¿Veis? Por eso no quería confiaros este problema. Vos no sabéis nada de política, pero queréis ayudar, creéis que podéis ayudar. Y ahora, cuando realmente entendéis la magnitud de a lo que nos enfrentamos, sucumbís a las lágrimas.

Me pasó un brazo sobre los hombros para ejercer presión y acercarme más a él. Me dio un casto beso en la sien y me acurrucó contra su pecho.

—¿Entendéis ahora mi preocupación?

Cabeceé.

—¿Y entendéis la razón de mi enfado?

Volví a cabecear.

—Prometedme que dejaréis esa nociva insistencia.

—Lo prometo, esposo mío.

—Bien. Es mejor que no preguntéis más, Mathilde, y es mejor que os mantengáis alejada de las cuestiones de Estado, pues estas son cosas que no os competen y os hacen gran mal.

Siempre me había considerado una mujer de raciocinio, de lógica imperante y conducta irreprochable. Mansa y obediente, virtuosa y piadosa, de las que sonríen para entibiar conversaciones y escuchan a los varones, de las que no alzan la voz ni la mirada. Una buena mujer cristiana, temerosa de Dios. De las de misa diaria, oraciones fervorosas y grandes dádivas. Así me habían educado mis preceptores y doña Anne de Albret. La humildad provenía de mi madre.

Pero cuando estaba con don Pedro de Lara, a veces me transformaba en rebeldía y audacia, como Eva y la fruta prohibida, o en la lascivia personificada de la mismísima Jezabel. Otras, era simplemente una niña, necia, celosa y estúpida, llorosa, como justo en ese instante.

12

Valdívar

Ducado de Valdívar, reino de Castilla
20 de agosto de 1275

Valdívar era tal y como don Pedro de Lara había descrito. En cuanto traspasamos el limes y pisamos el ducado, me invadió un repentino alivio. Tuve la certeza de que allí echaría raíces, de que abrazaría la felicidad absoluta junto a él. Al ver los rostros sonrientes de mis doncellas —todas apretujadas en la ventana del carruaje cual chiquillas—, lo confirmé. Estaban exultantes de dicha.

No obstante, si algo distaba de parecerse a lo que yo había imaginado no eran ni las tierras, ni el inmenso castillo que habría de ser mi hogar, ni el cielo azul y despejado que pronosticaba un fabuloso porvenir, ni el pegajoso calor de ese tormentoso verano, sino doña Inés Pérez de Lara, la madre de mi esposo.

La mujer nos esperaba en el patio de armas, resguardada por una pequeña comitiva de doncellas, criadas y siervos. Resaltaba entre los demás, que vestían vívidos colores, por su riguroso luto. La negrura de los ropajes y esa constitución fina y esbelta —idéntica a la de su hija doña Mencía— la asemejaban a un cuervo de brillantes alas.

—Doña Mathilde Leblond, la nueva duquesa de Valdívar —me presentó don Pedro ante su madre. Me había prestado la mano desde que descendí del carruaje y todavía no me la había soltado, como queriendo protegerme.

Doña Inés me dedicó una sonrisa gentil. A solo unos pasos de ella, atisbé las arrugas que surcaban su rostro y el cabello denso, veteado

de canas blancas y grises, que ocultaba bajo la toca.

—Venid aquí. —Extendió el brazo—. Dejad que os vea, que os examine.

Hice lo que me pidió y, en cuanto me hube acercado, sus dedos curiosos se abalanzaron sobre mi rostro. Con suavidad y lentitud, fue recorriendo cada una de mis facciones. Primero la frente. Luego la nariz, la boca, los pómulos, los labios, el mentón…

Fue entonces cuando reparé en el estatismo de sus ojos azules. Ciega. Completamente ciega, doña Inés era incapaz de percibir nada más que una oscuridad aterradora. Su fiel séquito de damas y criadas actuaban como si fueran su sombra, le susurraban al oído todo lo que veían y ocurría en su derredor.

—¿De qué color es su cabello?

—Rubio trigueño, mi señora —dijo su criada predilecta, Lucía, una mujer entrada en carnes y que rozaba la cincuentena.

—¿Trigueño de nacimiento?

—Desde luego no parece habérselo aclarado con ningún emplasto.

—¿Y su tez?

—De la blancura de la leche, mi señora.

—Es tersa y aterciopelada —comentó con los dedos acariciándome las mejillas—. Qué suavidad.

De repente sentí cómo el rubor las teñía por completo. Ante el exceso de vergüenza, busqué con la mirada a mi esposo, que asistía al espectáculo con una sonrisa que despedía orgullo. No el de quien ha matrimoniado bien y presenta por primera vez a su mujer, sino el de quien adora a su madre y ansía su beneplácito.

—¿Sabéis eso que dice nuestro señor don Alfonso sobre «casad a vuestros hijos jóvenes. Casadlos sanos y jóvenes, pero, sobre todo, casadlos hermosos»? —dijo la sirvienta, que no se apartaba de su lado.

Doña Inés Pérez de Lara asintió.

—Pues no dudéis, mi señora, de que vuestro amado hijo se ha unido a una doncella joven y hermosa.

—Bien, bien —murmuró ella, más para sí que para los demás, todavía pendientes de su juicio—. La belleza es un valor que hay que

cultivar, pero no se ha de abusar de ella. Es peligrosa y puede tentar al hombre.

Una vez despegó los dedos de mi rostro, exhalé un ligero suspiro que se llevó la angustia padecida hasta ese instante.

Doña Inés Pérez de Lara sonrió con esa boca ancha, exacta a la de su querido hijo.

—Bienvenida a casa, doña Mathilde. Permitidme que os bese, hija mía.

Dio un par de pasos temblorosos, renqueantes. Me aterrorizó la idea de que cayera de bruces ante mis pies y se desollara la débil carne, así que le ofrecí mis manos, pero ella no las tomó.

Apoyada en el brazo de su criada, doña Inés me aferró de los codos y me plantó un sonoro beso en la mejilla, como habría hecho con un pariente con el que compartiera sangre. Emocionada por el cálido recibimiento y empujada por la mirada de mi marido, le devolví la muestra de afecto. Así de cerca, doña Inés olía a agua de clavelinas.

De repente, la servidumbre se puso en marcha y comenzó a descargar arcones y baúles, y los efectos personales de mi cohorte, que observaba fascinada el castillo.

—A las alcobas del ala oeste —ordenó don Pedro de Lara a quienes portaban nuestros enseres, señalando hacia la zona en cuestión.

—Diles que tengan cuidado con la talla de la Virgen y el Niño —le pedí en francés. La Virgen había ido y vuelto de Francia con nosotros, como un acompañante más de la comitiva.

Y él cumplió.

—¡Tened cuidado con esa arqueta de ahí! Es un regalo con motivo de mis nupcias.

Iniciamos el camino hacia el interior de la residencia, donde el calor remitía debido a los gruesos muros de piedra. Durante unos minutos, mi esposo y doña Inés Pérez de Lara discutieron sobre qué era más recomendable, si llevarme directamente a mis aposentos personales, para que reposara el resto del día, o hacerme una visita por mi nuevo hogar. Como en todo, ganó mi suegra con una retahíla de argumentos incontestables: «Así podrá orientarse un poco por el

castillo sin necesidad de un guía constante y gozará de libertad para ir y venir según le convenga». «La duquesa debe conocer su casa y a la servidumbre». «Seguro que doña Mathilde desea estirar las piernas y pasear, aunque sea entre los pasillos del castillo, hijo mío».

Yo no tenía nada que objetar. La fascinación que sentía por Valdívar, el lugar donde mi esposo había nacido y crecido, era tal que no me importó deambular de una estancia a otra, pese a que tenía la cabeza embotada del viaje y no veía el momento de deshacerme de la toca y las vestiduras que se me pegaban a la piel a causa del empalagoso sudor.

En el recorrido que hicimos, me agarré al brazo de don Pedro y contemplé los ricos salones engalanados de tapices y oro. Él mismo me narró —a ratos en castellano, a ratos en francés— las modificaciones que había sufrido el castillo desde que sus antepasados lo erigieran y la importancia que había adquirido el ducado y la estirpe de los Lara. El intérprete nos seguía traduciendo para unos y otros, y tras él, mis doncellas de confianza.

Pero entre las historias de su ilustre linaje y los recovecos de mi nuevo hogar, me llegaban los murmullos de dos voces femeninas enredadas en secretos. Delante de nosotros, iban mi suegra y su leal sirvienta, Lucía. Nunca un nombre fue tan apropiado para una mujer que simulaba ser los ojos de otra y la luz que la iluminaba. Patrona de pobres y ciegos.

—¿Se parece en algo a la difunta doña Beatriz? —preguntó doña Inés Pérez de Lara.

—No más de lo que se parece un huevo a una bellota, mi señora. Descuidad, no tiene ese resplandor en la mirada.

—Alabado sea Dios —bisbiseó.

Desde mi alcoba se apreciaba una inmensa arboleda que se extendía hasta donde la vista alcanzaba. El verdor era oscuro e intenso, un remolino casi negruzco que devoraba buena parte del ducado con su espeso follaje y en cuyo interior habitaban animales y bestias. Parecía el lugar perfecto para que los hombres se perdieran y

abatieran esas presas de colmillos afilados y cerdas gruesas de las que luego presumir en los banquetes.

Don Pedro tenía razón. La naturaleza allí era indómita y primitiva, cruel y salvaje. La primavera no tenía hueco entre estaciones tan crudas; el tórrido verano quemaba los cultivos, y el invierno y el otoño lo tiznaban todo de un marrón terroso y un naranja azafrán desvaído. El resto era oro. El oro de los campos de trigo, cercenada su belleza con el recoger del cereal.

Si aspirabas con fuerza, el calor se te metía en los pulmones, te los calcinaba. Era pegajoso como la melaza, como la fruta demasiado madura que se convierte en puro azúcar.

—¿Os complace?

Me giré para observarle, su semblante resplandecía.

—Muy gratamente.

La sonrisa se le ensanchó todavía más.

—Eso es todo lo que necesitaba oír. —Me besó la coronilla, cubierta por la fina y traslúcida impla, y me estrechó entre sus brazos—. Qué dicha contemplaros en Castilla, en Valdívar…

Mis aposentos contaban con una chimenea, candiles por doquier, mobiliario exquisitamente trabajado y una cama coronada por un hermoso cabecero de madera. El jergón de plumas estaba mullido y, a juzgar por el olor que desprendía, había sido vestido hacía no más de un par de horas. Reconocí la seda de las sábanas al tacto. Sobre el tocador se hacinaban cofres vacíos para mis joyas, y un pequeño juego de botellas, cajitas y recipientes para rellenar con afeites, perfumes y cosméticos. Las paredes, sin embargo, estaban desnudas. Las examiné. Eran grises y lúgubres, sin importar que la luz dorada del verano las lamiera.

—¿Creéis que podría encargar algún tapiz?

Mi marido no tuvo tiempo de responder, doña Inés Pérez de Lara ya había emitido un gemido lastimero.

—Oh, ¿tan poco os placen estos aposentos, mi querida Mathilde?

En su faz, ya plegada por la viudedad y el transcurso de los años, se había dibujado una honda desilusión. No me hacía falta un dominio absoluto del castellano para entender que había ofendido y

entristecido a doña Inés. Presta y con un nudo en la garganta, fui hasta ella y aferré su mano.

—No, no, señora mía —balbuceé en su idioma—. Son preciosos.

Parecía terriblemente compungida y a mí me faltaban palabras para explicarme. Su criada me lanzó una mirada reprobatoria que nadie de la servidumbre habría osado dedicarme en Nailloux. Fue peor que un insulto a boca llena.

—No importa. No importa. Entiendo que sois extranjera y yo… —suspiró—, una mujer de otros tiempos.

—No, señora mía. Es que noto las paredes tan lóbregas en comparación con el resto de este castillo, del que tan bien habéis cuidado, que no puedo evitar preguntarme si acaso no sería posible decorarlas con unos bellos tapices.

El intérprete tradujo mi mensaje y doña Inés giró la cabeza hacia un lado y otro, como si sus ojos se hubieran desprendido del velo de la ceguera y atisbara la escasez de ornamento. Por supuesto, no era así.

—¿Queda desangelado, Lucía?

La criada me clavó sus negras pupilas y, luego, dijo:

—No, mi señora. La alcoba está limpia y resulta acogedora. Ha sido preparada según ordenasteis nada más recibir noticia de vuestro hijo comunicándoos que estaba a días de camino, junto con su nueva esposa. —Hablaba con una insolencia que solo a ella se le permitía.

¿Cómo se atrevía a destilar ese odio hacia mi persona? ¿Cómo se atrevía a mirarme así? Delante de mi marido, su señor, delante del intérprete y mis doncellas y mis criadas. Puede que la mujer llevara el nombre de la luz, mas su lengua era viperina y venenosa. Me inundaron unas ganas terribles de abofetearla y castigarla por su afrenta. Solo el recuerdo de doña Anne de Albret y sus consejos sobre cómo tratar a la servidumbre me frenaron.

—Ahí podéis colocar la talla de la Virgen y el Niño —me sugirió don Pedro, refiriéndose al salón anexo en el que había un reclinatorio y un pequeño altar—. Un espacio dedicado para la oración.

Sonreí.

—Mi alma lo agradecerá.

Desafortunadamente, sus ganas de calmar los ánimos no desterraron el desconsuelo de su progenitora, que seguía sujeta a mi mano con una tirantez preocupante.

—Encargad los tapices, hija mía —me concedió doña Inés con una tenue sonrisa—. Hace mucho que perdí la vista y puede que ya no recuerde bien ni mi propio hogar. Ahora este castillo está bajo vuestro gobierno. Vos tomáis las decisiones.

—No era mi intención, señora mía…

Traté de disculparme, pero ella ya me había soltado la mano y forzaba la sonrisa. Se adivinaba en el sutil temblor de las comisuras de sus labios.

—Lo cierto es que este hogar lleva mucho tiempo ahogado en pena. Desde que murieron mi amado esposo y, más tarde, doña Beatriz de Aguilar, se ha convertido en un camposanto y nosotros paseamos por él llorosos. No me extraña que nuestro señor don Alfonso prefiera invitarnos a la corte que venir de visita. Esto debe antojársele deprimente.

De repente, mi marido apretó la mandíbula y contuvo el aliento. Esa aura dorada que solía rodearlo, al igual que el halo de un santo, se tornó del gris de los peores nubarrones.

—Me resisto a dejar marchar a aquellos que ya nos han abandonado —confesó doña Inés, cada vez con una voz más débil, más sobrecogida por los recuerdos—. Pero entended, hija mía, que a los corazones que han sido rotos con asiduidad les cuesta recomponerse.

Estuve a punto de contarle que yo también conocía los estragos de la pérdida. Había sido huérfana siempre. Primero de padre y luego de madre. Pero había tantas personas en aquellos aposentos que no quise revelar mis cuitas. Y menos ante Lucía, que se erguía al lado de su señora con una palpable altivez.

—Me llevará tiempo y esfuerzo habituarme a los cambios. Mas los aceptaré de buen grado como lo hice hace cuatro años, cuando también me aparté para que doña Beatriz de Aguilar se hiciera con el mando de mi casa. —Un nuevo suspiro le hinchó el pecho—. Solo

os pido paciencia con esta pobre anciana que va de duelo en duelo y se ha acomodado a la cálida tristeza.

—Vuestra generosidad es magna, mi señora —susurró la criada.

Mi esposo mantenía la compostura; es más, juraría que no había ni parpadeado. Su madre, en cambio, casi no luchaba contra las lágrimas. A mí me costaba retenerlas.

—Todas mis decisiones pasarán antes por vos —le prometí en un mal castellano—. Os necesitaré para sobrellevar la carga impuesta.

Sentía la necesidad de acercarme a ella a través del lenguaje, no solo del contacto físico. Quería que supiera que, como esposa devota, amaría, protegería y cuidaría a mi marido, su hijo. Que ahora sus tierras eran mis tierras; su hogar, mi hogar; sus gentes, mis gentes, y que lucharía por todo ello. Porque, aunque mi apellido fuera Leblond y mi sangre estuviera diluida por la bastardía, desde que don Pedro me besara, era una Lara.

Mis conocimientos no alcanzaban para pronunciar todo aquello, así que me limité a decir:

—Este sigue siendo vuestro ducado, doña Inés, y siempre lo será.

Mi suegra esbozó esa sonrisa idéntica a la de su vástago.

—Pediremos unos hermosos tapices a la altura de la nueva duquesa de Valdívar. —Me acarició la mejilla—. En buena hora habéis llegado, Mathilde, hija mía. Traéis un soplo de aire fresco a nuestras vidas.

Los ojos azules le brillaban de emoción.

Esa misma noche, doña Inés Pérez de Lara había mandado preparar una fastuosa cena para conmemorar nuestra llegada. Se sucedieron los servicios de carne —todas jugosas y bien bañadas en salsa—, pasteles, queso y fruta de temporada, y corrió el vino como si aquello fuera el banquete de nuestros esponsales, que aún estaban por celebrarse. Para cuando nos retiramos a mi alcoba, mi esposo había vaciado más copas de las que debiera.

Me sorprendió que no hubiera ni rastro de la mesura en el yantar y el beber de la que había hecho gala en Nailloux frente a mis

deudos. Primero pensé que se debía al júbilo de estar de vuelta en Valdívar. Luego, que quizá estuviera adormilando las preocupaciones por la batalla y su lealtad hacia el rey don Alfonso con el alcohol. Dicen que los hombres tienden a eso, a buscar las soluciones en el fondo de las jarras. Fuera lo que fuese, el vino le había calentado la sangre y, en la intimidad de los aposentos, se afanó en devorar lo poco que quedaba con vida de aquella velada. A mí.

—En esta alcoba no ha vivido nadie —dijo don Pedro.

Era noche cerrada y todo estaba en absoluto silencio. El castillo entero se había echado a dormir y en esos momentos solo quedaba nuestra vigilia y la de los animalillos nocturnos del bosque. Me removí sobre su pecho y lo miré sorprendida. Yacía recostado sobre la almohada, un brazo me rodeaba, el otro reposaba bajo su cabeza; las sábanas se desperdigaban a los pies de la cama.

—¿Nadie?

Negó.

—¿Nunca? —insistí en mi patético castellano.

—Ni siquiera la nobleza invitada, al menos que yo recuerde, y eso que, en época de padre, muchos grandes señores pernoctaron aquí entre viajes, festejos y asuntos de Estado. Vos la habitáis por primera vez, mi Mathilde. —Mi nombre sonaba tan bien en sus labios que me derretía por completo—. Disponed de ella como gustéis.

Enarqué las cejas y, con una voz preñada de diversión, comenté:

—Así que vos también queréis tapices aquí.

Él rompió a reír. Con el apetito carnal calmado, se había repuesto de la ebriedad y volvía a tener la mente despierta, lúcida. Había recuperado su habitual buen humor.

—Son vuestros aposentos personales, pero, hasta que quedéis encinta, pienso pasar aquí todas las noches, bien pegado a vos.

—¿Incluso las más tórridas?

Don Pedro de Lara se arrimó más a mí. Ya no quedaba ni un ápice de aire entre nuestros pegajosos cuerpos, éramos una maraña de piel y extremidades enredadas.

—Oh, sí. Incluso las noches más calurosas, como esta. Tendréis que echarme de aquí con agua hirviendo, querida esposa.

Reí ante sus ocurrencias.

—La lujuria es un pecado capital —le recordé.

—El más delicioso de todos, sin lugar a dudas.

Una sonrisa aviesa se abrió paso en su faz y yo intuí la depravación en ella, el hambre lobuna que tan difícil era de saciar.

—Pecado, al fin y al cabo. Garantiza el infierno de igual manera —sentencié yo.

—Es el más consentido y el menos dañino.

—Lo dudo.

—La avaricia puede llevarte a la ruina, empobrecerte. La soberbia puede destruirte, hacerte caer en desgracia ante los demás. La envidia puede desencadenar tormentos internos, una insatisfacción perpetua. La pereza puede acabar en languidez. La gula, en una terrible enfermedad. Y la ira, en errores deleznables que no merecen perdón de Dios. La lujuria, en cambio… —Con cada susurro, el brillo de su mirada se intensificaba y el ritmo de mi corazón se aceleraba —. Ya lo dijo Jeremías: «Tomad mujeres y engendrad hijos e hijas».

—Os gusta demasiado cumplir con los mandatos de la santa madre Iglesia.

—Uno sirve a su esposa como buenamente puede. Además, esto no es pecado, ni vicio ni fornicio. Estamos haciendo la obra de Dios.

De nuevo, esa ancha sonrisa que habría sido ruda en la cara de cualquiera, mas no en la de él. De nuevo, esa ansia irremediable por besarlo, por fundirme entre sus brazos.

—Sois una promesa de felicidad, un futuro lleno de esperanza, Mathilde —dijo en francés—. ¿Cómo resistirme a eso? ¿Cómo no cumplir con mis deberes maritales?

—¿Alguna idea entonces para los tapices? —logré formular con la respiración entrecortada a causa de la excitación.

—Lo único que os ruego es que prescindáis de escenas de cacería y perros salvajes que corretean por el bosque. No os preocupéis por madre, no es menester que contéis con su consejo para decorar una estancia que es vuestra y que solo vos vais a usar.

Me incorporé enseguida.

—¿Creéis que la he ofendido?

—No. No. —Me besó la frente y la punta de la nariz, en un intento de enmudecer mi pánico—. No podríais ofender a nadie ni aunque

quisierais, sois demasiado prudente y medís bien vuestras palabras en público. Madre lleva un año siendo la señora de este hogar y estas tierras. Ceder el poder siempre conlleva algún que otro conflicto, os lo digo yo, que sé de lo que hablo. El que se retira extraña el mando y trata de quedarse con un pellizco de él, y el que lo asume suele desear más del que tiene.

—¿Con doña Beatriz fue igual?

Durante unos instantes guardó silencio.

—Supongo que sí. También. O quizá no. —Dudó—. Si os soy sincero, no lo sé.

Sus pupilas atravesaban las paredes de la alcoba y escapaban a un lugar muy lejos de allí. Me percaté de que le pasaba a menudo, una simple palabra y su conciencia se esfumaba a donde yo no tenía acceso. Le había ocurrido aquella misma mañana, el día en que recibió la misiva de don Sancho y la noche en que nos encontramos pululando por el castillo, en Nailloux. Se aislaba del mundo, se refugiaba en sí mismo.

Acaricié su hombro desnudo, él no reaccionó.

—Estáis pensando en el rey don Alfonso y el infante don Sancho.

No fue una pregunta. Notaba las preocupaciones expandidas en su alma.

Don Pedro tardó un poco en responder.

—Será mejor que durmáis, Mathilde. Van a cantar los gallos y vos todavía estáis despierta, sin descansar. —Me dio un beso en la mejilla—. Ya os lo advertí, dejad los tiempos tristes en el pasado y la política en manos de los hombres.

13

A esto llaman hogar

Don Pedro tenía una semana para reunir a sus leales, convocar las mesnadas, pertrecharlas y marchar hacia la frontera. Ese era el plazo que le había concedido el infante don Sancho, que seguía en el sur, batallando contra los benimerines y el sultán de Granada, y reclamaba con urgencia al duque de Valdívar y a sus huestes. Amén de su fidelidad.

Fueron días difíciles para ambos, las obligaciones nos separaban y apenas coincidíamos más que en el lecho. Don Pedro se levantaba temprano, antes de que el sol despuntara por el horizonte, así que, cuando amanecía, él ya se había ido y no regresaba hasta bien entrada la noche. Yo trataba de permanecer despierta todo el tiempo posible, afanada en el bordado o la lectura de uno de sus libros, siempre bajo la luz macilenta del candil, a la espera de su regreso. Sin embargo, los ojos se me cerraban de cansancio y terminaba por rendirme al sueño. Era la tibieza de su cuerpo lo que me indicaba que ya estaba de vuelta a mi lado.

Durante su ausencia, acudí a misa diaria y fui familiarizándome con el castillo, sus habitantes y la servidumbre. El ayuda de cámara de mi esposo, aquel hombre calvo y de mejillas regordetas que lo había acompañado a Nailloux, ya me era harto conocido. Al igual que la cohorte de doncellas y sirvientas de mi suegra, la cual tenía demasiado vista. O mis propias criadas, francesas y castellanas.

Sin embargo, los demás se me resistían. Me suponía un gran esfuerzo memorizar todos esos nuevos rostros y nombres. Que si el repostero, el copero, el oficial de escudilla, el trinchante, el cocinero,

el despensero… Y fuera de las humeantes cocinas, que si los caballerizos, el portero, el montero y hasta el halconero, que guardaba las aves de cetrería que mi marido usaba para las cacerías. Como los perros estaban tajantemente prohibidos, nos librábamos de ellos.

Había demasiadas personas morando en aquel castillo y yo debía dirigirlas a todas ellas, con la inestimable ayuda de mi suegra, que demostraba cada día su infinita paciencia conmigo. Doña Inés Pérez de Lara me había acogido junto con mis damas sin vacilar y con los brazos abiertos, como era propio de las mujeres más caritativas. Me llamaba «hija mía» y realmente me trataba como hija suya.

Se agarraba a mi brazo y caminábamos por los jardines, ella apoyada en mí y en su criada Lucía. A mi vera, siempre iba el intérprete por si se resentía la comunicación, pues, aunque las lecciones de castellano continuaban, aún me costaban algunas palabras y no terminaba de expresarme con total fluidez.

—No es adecuado que paséis por el altar siendo tan reciente el fallecimiento del infante Fernando de la Cerda —dijo doña Inés Pérez de Lara un buen día en el que el sol ya brillaba bajo y el calor menguaba.

—Dios lo tenga en su gloria —murmuré.

Ambas nos santiguamos.

—La Corona aún llora su pérdida y el reino está devastado. Es tiempo de recogimiento, no de festejos. Una pena. Una auténtica pena…

Departíamos sobre las nupcias con bastante frecuencia. Atrapadas en ensoñaciones y alimentadas por el amor que profesábamos a don Pedro de Lara —ella como madre, yo como esposa—, planeábamos hasta el más nimio de los detalles. Desde la seda que habría de vestir las mesas en el banquete, pasando por las flores, los servicios de comida y hasta el postre. Y para la diversión, música, un concurso de poemas y hombres que danzaban con fuego. El sueño de toda gran dama.

—Tampoco deberíamos alargar el matrimonio de palabra más de lo necesario —añadí con prudencia.

—Cierto. No me gustaría que pisarais la iglesia en estado de buena esperanza.

—Estaría casada de todas formas —aduje.

—Y no sería la primera que pasa por el altar con una criatura en las entrañas —comentó Lucía con ese tono de voz áspero y burlón.

Mi suegra asintió.

—No se trata de eso. Es que no os estaría bien el atuendo que os confeccionáramos, hija mía. Ya sabéis que esas cosas llevan tiempo y la barriga crece a cada día.

—Podríamos modificar el que mandó hacerme doña Anne de Albret o desmontarlo y utilizar la tela para agrandar el nuevo, si es que son similares.

Doña Inés era comedida y cordial incluso en el desacuerdo, hablaba pausadamente y con una deliciosa sonrisa. Solo se podía leer su disconformidad por la arruga que se le acentuaba en el entrecejo. Y ahí estaba en esos instantes, una hendidura notable entre el resto de las arrugas de su faz.

—El vestido de vuestro matrimonio de palabra es hermoso, no cabe duda, mas no podéis usar el mismo en la ceremonia de la iglesia.

—Nadie lo sabría, a excepción de vuestro hijo, por supuesto, y mi séquito de damas.

—Merecéis uno que conjugue con esa frontalera de oro y piedras preciosas que la condesa de Nailloux os encargó para las nupcias. Una joya así debe lucirse adecuadamente, y con los colores apropiados pareceréis una de esas bellas ninfas de los bosques que perseguían los dioses griegos y romanos.

Doña Inés había dibujado una imagen bucólica de los esponsales y yo no podía más que pensar en el rostro enamorado de mi esposo, en el azul centelleante de sus ojos. Salivaría con tan solo verme enfundada en esos ropajes, con la finísima impla cubriéndome el cabello y la frontalera de oro y gemas que caían a ambos lados del rostro cual racimos de flores. En la noche de bodas, jugaríamos a Apolo y Dafne. Yo fingiría huir y él intentaría atraparme una y otra vez hasta, por fin, desplomarnos sobre el jergón entre besos y caricias.

—Además, quiero ser yo quien lo costee. ¿Me permitiréis ese capricho, hija mía? —Sonrió mi suegra.

Aquel era un gesto enternecedor, digno de una madre. Me sentí tan afortunada que no habría podido negarle nada. Dios se había llevado a mi progenitora y, como sustituta, me mandó a doña Anne de Albret. Y cuando hube de alejarme de mi hogar por segunda vez, me mandó a doña Inés Pérez de Lara.

—Por supuesto, mi señora.

Ella casi no cabía en sí de gozo y satisfacción. Había pasado años sumida en el dolor de la pérdida y desde mi llegada se abría un poco más a la belleza de la vida. No obstante, era incapaz de renegar del luto. Aquello nunca podría arrancárselo.

—Podrían haber sido unos esponsales maravillosos si no se nos hubiera atravesado la tragedia —se lamentó—. Sin embargo, es mejor aguardar, ¿sabéis, hija mía? De celebrarlos ahora, sería un insulto para el rey y una deshonra para todos nosotros.

—Don Pedro jamás haría algo así.

—Ni se le ocurriría —graznó—. Su lealtad para con nuestro señor es encomiable. Pero incluso con el consentimiento del rey don Alfonso…, ¿qué imagen daríamos a la nobleza y al pueblo?

—¿La de que no respetamos el duelo por el infante?

Doña Inés hizo un ruidito con la boca, signo de confirmación.

—No acudiría nadie. —Suspiró—. Absolutamente nadie. Con el heredero al trono recién fallecido, dudo mucho de que la reina Violante tenga fuerza para levantarse de la cama y no echarse a llorar. Doña Blanca de Francia no querrá ver la felicidad del matrimonio cuando ella ha perdido a su marido. El infante don Sancho está en la batalla. Y el resto de los hermanos…, bueno… —Torció el gesto—. Sin la familia real, no contaríamos con la nobleza. No habría quien festejara las nupcias.

—Una deshonra —remató Lucía, que no perdía oídos a la conversación.

Doña Inés asintió.

—Una deshonra para todos —afirmó—. Para los Lara y para los Leblond.

Me guardé para mí las muchas veces en que, durante nuestro viaje desde Nailloux hasta Valdívar, me había visto tentada de entrar en cualquier ermita con don Pedro de Lara para unirnos en sagrado matrimonio. Y es que, pese a desear profundamente esos desposorios de gran pompa y boato, jamás rechazaría un enlace privado e íntimo. Lo importante para mí no era la gran asistencia, ni la presencia de la familia real y los grandes caballeros castellanos. Era pasar por la iglesia. Cumplir con los últimos trámites del proceso que iniciaran mi padre y don Pedro. Cerrar el ciclo.

—Tal y como habéis dicho, quizá sea mejor así —concluí.

—Aguardaremos. Las mujeres somos seres de gran paciencia; de los hombres, en cambio, no se puede decir lo mismo. —Rompió a reír y Lucía la siguió con sus fuertes e irónicas carcajadas. Yo no abrí la boca—. No os angustiéis en demasía, que mi hijo resolverá este dilema. Él siempre sabe qué hacer, igual que su difunto padre.

Doña Inés me dio un par de palmaditas de consuelo en la mano y yo esbocé una sonrisa que ella no podía ver.

—Además, los mejores matrimonios siempre comienzan sorteando dificultades. El mío, sin ir más lejos, estuvo plagado de problemas en sus inicios. Y miradnos… —Volvió la cara hacia mí, con los ojos anegados y una sonrisa de añoranza—. Fue todo un éxito.

A doña Inés Pérez de Lara la habían prometido cuando ella no era más que una recién nacida y él le sacaba, al menos, siete años. Creció sabiendo quién sería su marido y la educaron con la única y firme pretensión de que se convirtiera en la mejor esposa posible para este. La amoldaron a sus gustos, la crearon a su antojo, como si se tratara del barro en el que hunden las manos los artesanos para dar forma a jarrones y botijos. Y al cumplir los diez años de edad, la vendieron como se vende uno de esos jarrones y botijos.

Don Alonso González de Lara y ella eran parientes en cuarto grado y aquello era de dominio público. Demasiado público, pues alguien denunció el matrimonio ante Roma e intentó por todos los medios que el papa Gregorio IX emitiera una bula para anularlo.

Mi suegra lo contaba con orgullo, ya que, al final, el pontífice no había sucumbido a los rumores vilipendiosos de quienes solo querían hacer caer en desgracia a la gran estirpe de los Lara.

Así transcurrieron los días con doña Inés Pérez de Lara, entre afables instrucciones sobre el funcionamiento del castillo, música, paseos, oraciones y lecturas de las Sagradas Escrituras. También hubo tiempo para decidir en qué emplear las exquisitas telas y las suaves pieles que yo había traído desde Francia: si en vestidos o en mantelería, si en pellizas o en ropa de cama para el invierno. Mi suegra era una mujer increíblemente práctica, por lo que siempre optaba por lo segundo.

Al final, encargamos los tapices que decorarían mis aposentos personales y que, en honor a los fastuosos planes de nuestros desposorios, representarían pasajes del mito de Apolo y Dafne. Apolo enamorándose de la hermosa ninfa. Apolo persiguiéndola, acosándola, hostigándola. Dafne huyendo, pero con una mirada encandilada. Ya no podía más que imaginarnos siendo ellos, correteando descalzos por los bosques alfombrados de agujas de pino, jugando al cortejo, a la persecución y la caza del amante, a la invasión de los cuerpos y la carne. Y mientras que se confeccionaban, doña Inés se ofreció a prestarme algunos de los que yacían olvidados en las otras grandes alcobas del castillo.

No dudé en aceptar. Los tapices tardarían y, para cuando llegara el inclemente invierno, la piedra de los muros me parecería aún más fría y triste. Necesitaba recubrirlos con algo para que no me asaltara la impresión de que me hallaba en un lugar inhóspito, tan lejos del hogar que había conocido hasta entonces.

Desde luego, no esperaba yo que aquellos tapices, tejidos por manos expertas, trajeran tantísimos problemas a mi vida.

Era una noche apacible cuando las sábanas de seda con las que solía arroparme incluso en verano desaparecieron. Unas manos masculinas me las arrancaron de encima en un acto de violencia salvaje, del que me percaté al oír el grito enfurecido de mi marido rompiendo el silencio, reverberando entre las paredes de la alcoba.

—¡¿Qué es esto?!

Me incorporé de un salto y abrí los ojos asustada. El corazón me latía a una velocidad vertiginosa y amenazaba con escapárseme por la boca. Me llevé la mano al pecho para intentar controlar las palpitaciones.

—¿Qué…? —Fue lo único que logré pronunciar en un atropellado francés.

Jadeaba de puro terror. Tenía la lengua pastosa por culpa del sueño y el vino de la remenja, y la vista aún no se me había acostumbrado a la oscuridad, por lo que todo lo que veía eran tinieblas y una sombra que se cernía sobre mí. El candil ya hacía tiempo que se había apagado. Incluso así, sabía que esa efigie corpulenta era la de mi fiel esposo. Habría reconocido su cuerpo en mitad de la más absoluta negrura, y el recuerdo de su voz aún me llegaba claro, vívido, intacto. Era él. Don Pedro de Lara.

Su silueta terminó de perfilarse gracias a la luz plateada de la luna, que entraba a raudales por la ventana, y pude apreciar su rostro congestionado por la furia. Los pequeños zafiros que tenía por iris le relampagueaban y la cicatriz le había horadado la faz; tenía la mandíbula tan apretada que alcanzaba a oír el rechinar de sus dientes.

—¿Qué es esto? —Señaló hacia el enorme tapiz que colgaba en la pared izquierda de mi alcoba.

Me restregué los ojos y seguí con la mirada hacia donde indicaba su dedo. El tapiz rellenaba el hueco del muro con unas sublimes escenas de amor cortés en las que un caballero se batía en gesta por el amor de una dama. Derrotado su contrincante, aparecía a los pies de una torre, admirando la ventana por la que ella se asomaba. En cuanto lo vi, pensé en mis hermanas, en las historias de amor con las que habíamos crecido y a las que habíamos aspirado. Dos de nosotras las habíamos logrado.

—Es un tapiz —dije en francés.

Arrodillada en el jergón, me desplacé hacia él con la mano estirada en un gesto de invitación. Solo quería acurrucarme a su lado, entibiarme con su calor, olisquear el aroma que manaba de su piel y regresar al mundo de los sueños. Don Pedro de Lara, que se alzaba imponente ante mí, miró durante un segundo mi mano. Y

luego soltó un bufido teñido de desprecio. Dejé caer el brazo, abatida.

—Os habéis vuelto loca. Completamente loca. ¿De dónde lo habéis sacado?

Ladeé la cabeza, algo confusa. Repasé las conversaciones que había tenido con doña Inés Pérez de Lara en un castellano que se me resistía un poco, las traducciones de mi intérprete, lo sucedido aquel día desde por la mañana temprano. Mientras, mi marido perdía la escasa paciencia que le quedaba. Exhalaba por los orificios nasales cual toro embravecido dispuesto a embestir.

—Lo trajeron las criadas —respondí ante su apremio.

—¿De dónde?

Me encogí de hombros y la larga trenza rubia bailó sobre uno de ellos.

—¿De dónde? —insistió don Pedro en un francés que sonaba abusivo, muy alejado de la dulzura de mi idioma—. No quiero tener que volver a preguntároslo.

La amenaza no fue nada sutil.

—No lo sé. Vuestra madre me ofreció tomar alguno de los que había en las otras estancias del castillo. —Contemplé de nuevo el tapiz—. ¿No os place?

—¿Habéis entrado alcoba por alcoba eligiendo tapices?

—No. Claro que no, señor mío. Me enseñaron algunos y elegí este.

—Así que descolgaron los tapices y los arrastraron hasta aquí solo para mostrároslos. —El cinismo con el que hablaba era letal. Casi parecía estar a punto de soltar una carcajada mordaz que me hundiría en el fango de la decepción.

—Supongo que sí. ¿He obrado mal? —Mi voz se había tornado aguda y angustiada, similar a la de una niña pequeña.

—No debería estar aquí.

—Vuestra madre sugirió…

—¡¿Qué?! —vociferó.

El grito me enmudeció por completo. En mitad de la oscuridad y el sepulcral silencio de la noche, don Pedro de Lara, duque de Valdívar, era una bestia maligna. Pero no una desconocida. No se trataba de uno de esos animales fantásticos con cuernos y garras afiladas, con

escamas y alas que poblaban los bestiarios y que los viajeros rezaban por no cruzarse en su camino. Era una criatura con la que las mujeres habían convivido desde que el mundo era mundo. Un hombre enajenado por la ira.

—¡¿Qué sugirió mi excelsa madre?! —Dio un paso hacia delante, con los puños apretados y la rabia bullendo en cada palabra—. ¡¿Acaso os dijo que colocarais este tapiz en concreto?!

Yo había retrocedido en el jergón. Me había encogido, con los ojos muy abiertos y el miedo paralizándome. Me costó reunir valor para mover la cabeza y negar.

—Que se lo lleven y lo devuelvan a la alcoba donde pertenece.

—Mi señor, yo solo quería…

—Un tapiz —acotó él—. Solo queríais un tapiz con el que engalanar las malditas paredes de esta estancia. ¿Era eso lo que ibais a decir?

Cabizbaja, asentí.

—¿No podíais esperar a que trajeran uno nuevo? ¿Comprar uno que os gustase? ¿Encargar que os tejieran uno? Yo mismo habría ido al reino de Granada a pedírselo a esos moros, si hubiera sido preciso. ¡Así de grande es lo que siento por vos, Mathilde! ¡Así os amo!

—Solo es un tapiz… —murmuré.

—Exacto. Podríais haber esperado.

Entonces alcé la cabeza y lo vi. Don Pedro de Lara me contemplaba con una infinita decepción, la decepción que pronto muta a desagrado, a silencio, a odio enconado y, por último, a indiferencia.

Movida por un poder irreconocible, me erguí y descendí de la cama vestida solo con una ligera camisa amarilla que dejaba adivinar mi desnudez.

—Solo es un tapiz —gruñí, embridando el enfado que se desataba en mi interior.

—Y vos solo sois una mujer. ¡Mi mujer! —Se palmeó el pecho—. Aunque, por lo visto, a veces se os olvida, porque cualquier otra entendería que mi palabra aquí es ley. Y no estaría discutiendo, sino

llamando a la servidumbre para que se llevara esa maldita tela. Pero vos os obcecáis en desobedecer.

—Si no os place este ornato que me ha prestado vuestra propia madre, señora de esta casa, podéis retiraros a vuestra alcoba y dormir allí. Para eso la tenéis.

—Si quisiera irme a mi alcoba, me iría. Pero os dije que no abandonaría este lecho hasta que os dejara encinta y soy hombre de palabra.

Una carcajada sardónica salió de mi garganta y hasta yo misma me sorprendí.

—En un día marcháis hacia la frontera. Me temo que, a no ser que descubramos justo en este instante que estoy en estado, ya habéis roto vuestra promesa.

Su rostro, otrora dominado por la vesania, se alisó. Quedó inmaculado, pétreo, sin emoción alguna. Era imposible descifrar lo que su mente pensaba, pues hasta sus puños se habían descongestionado.

—Entonces volved a subiros a la cama y tumbaos. Acabemos con esto de una vez por todas. —Don Pedro se despojó de las vestiduras una a una, se las sacó del cuerpo con energía, maldiciendo en voz alta. Y cuando solo le cubrió la camisa blanca de hilos de oro, dijo—: ¿A qué estáis esperando?

No me moví. Me quedé ahí, firme, fingiendo un coraje que estaba muy lejos de poseer y sentir. Si me ponía un dedo encima, notaría que temblaba como una hoja mecida por el viento. Estaba a punto de orinarme encima del miedo, así que me apoyé en una de las columnas de madera de la cama. Recordé las enseñanzas de doña Anne de Albret: contar las embestidas, pensar en el próximo bordado, en la próxima joya, en el próximo banquete del que ser la anfitriona.

—Al lecho.

No di ni un paso.

—He dicho al lecho —siseó entre dientes.

Ni un solo paso.

—No deseo hacer uso de la fuerza —me advirtió, al tiempo que volvía a apretar los puños.

Retuve las náuseas. Tragué saliva.

Ni un solo paso.

Contra todo pronóstico, mi hermoso Gorlois se había transformado en el tirano de Uther Pendragón. Y planeaba hacer lo que haría Uther Pendragón.

—Me juraron que erais mujer obediente.

—Y a mí que vos erais un hombre que se deshacía en cariños.

—¡Maldita seáis, Beatriz, he dicho que os tumbéis!

El nombre me retumbó en los oídos, me dejó sorda. Durante unos segundos solo oí su nombre. Con todas sus letras. Con toda la belleza que despedía. Con el sabor dulce que rezumaba y un extraño aroma que, de repente, impregnaba mi alcoba.

Beatriz.

Beatriz.

Beatriz.

Algo se me removió en el pecho, un gusano asqueroso que se retorcía y asestaba bocados a mi orgullo, que se pudría porque en un ataque de ira descontrolado, mi marido, el hombre al que amaba y por el que había abandonado mi tierra y a mis deudos, me había llamado Beatriz, como su difunta esposa.

Las lágrimas corrieron libres por mis mejillas arreboladas. Todo el coraje con el que me había revestido se me cayó a los pies. Al humedecerme los labios para hablar, reparé en que no podía emitir ni una palabra y un regusto meloso se me había instalado en la boca. Un regusto que ya había estado ahí antes.

Don Pedro de Lara cerró los ojos por un instante, consciente de su error. La rabia se fue esfumando, sus músculos se relajaron y lo único que quedó fue un cansancio infinito que le hundió los hombros. Los años de matrimonio y el luto lo enterraron. Se pinzó el puente de la nariz, se revolvió los cabellos y se frotó la barba.

—Dormid sola si es lo que tanto os apetece, mi querida Mathilde. —Emitió un suspiro extenuado—. Pero mañana es mi última noche en Valdívar y quiero ese tapiz fuera de la alcoba antes de meterme en la cama con vos, mi esposa.

Acto seguido, se fue.

No paré de llorar en lo que quedó de noche.

Cuando por fin lo hice, soñé con Beatriz.

14

Decid mi nombre

Beatriz se presentó a las faldas de mi cama, mirándome a los ojos con una intensidad que yo nunca antes había experimentado. Y eso me aterró más que su difunta presencia.

No llevaba cofia ni velo que la identificara como mujer casada. Sus cabellos, mecidos por el viento de aquella noche de verano, eran de un castaño pulido que se asemejaba al bronce. Tenía unos labios finos y pálidos, y la nariz aún más fina si cabe. Las cejas depiladas se curvaban en un gesto lastimero y los pómulos se le marcaban tanto que cualquiera diría que se debía a la falta de alimento. Pero su delgadez no provenía de la pobreza y la inanición, tampoco de la herencia de una familia de gran estirpe, como sucedía con mi suegra y su hija. No. Su delgadez era la del esqueleto. La del fantasma. La del espíritu atormentado que no ha entrado en el cielo ni en el infierno. Que quizá ni siquiera ha podido pisar el terrible purgatorio. La de un ánima a la que no se ha rezado lo suficiente, la de un cuerpo al que no se ha dado cristiana sepultura. La de quien se halla encajado entre este mundo y el otro. A la espera.

E incluso así, Beatriz era de una belleza divina. Pese a sus mejillas sin color ninguno y sus iris opacos, que habían perdido el brillo de la vida.

Nada más aparecer, una fragancia indescriptible se condensó en el ambiente, una mezcla de tierra húmeda, sangre metalizada, podredumbre y agua de mayo. De nuevo, la boca me supo a miel. A la miel recién recogida de los panales de abejas del bosque que se vislumbraba desde mis aposentos. Casi se podía apreciar el zumbido

de los insectos. Casi las podía ver revoloteando alrededor de su frágil cuerpo.

Iba vestida con el lujo de la nobleza y las joyas rutilantes de las mujeres que presumen de su estatus. Rubíes engarzados en los pendientes y en el colgante. Hilos entorchados de oro y plata en sus ropajes, y pieles de marta cibelina. Bajo la suela de sus chapines, un reguero de sangre manaba de alguna parte.

El charco bermellón era demasiado líquido y abundante para las heridas que le surcaban la piel, miles de líneas que se entrecruzaban y se confundían con la suciedad que la tiznaba aquí y allá y manchaba su atuendo. Lodo. Barro. Sangre reseca.

Doña Beatriz de Aguilar llevaba muerta más de un año; sin embargo, allí estaba, escrutándome. Atravesándome el alma, hurgando en mi interior hasta alcanzar lo más profundo de mi ser. Y todo porque mi marido había dicho su nombre en voz alta. Era la primera vez que lo hacía desde que yo lo conociera. Y allí, en Valdívar, la había invocado. Como solo las brujas saben invocar a los muertos y a los demonios.

Cuando desperté de la pesadilla, bañada en sudor y con el corazón tamborileándome en los oídos, ya era de día. El sol resplandecía y las nubes esponjosas habían dejado un cielo azul que estaba para pintar. Cuando mis damas y mis criadas entraron en la estancia para asearme, vestirme, peinarme y maquillarme, doña Beatriz de Aguilar seguía ahí. A los pies de la cama, aterrorizándome. Observándome, batallando contra la luz del día y las sombras que debían habérsela llevado al amanecer.

El pánico me dejó lívida, muda. El grito se me atoró en la garganta.

Nadie la veía, excepto yo.

Las mujeres la traspasaban como si no fuera corpórea.

Pero estaba ahí.

Beatriz estaba ahí del mismo modo que lo estaba yo.

Era real.

Y no dejaría de acompañarme.

Creyeron que había dormido poco, que aún estaba soñando, que algo me había sentado mal al estómago: el vino, la comida, el postre, la remenja… O la discusión que había tenido con mi esposo y que ya había llegado a oídos de todos.

—Las desavenencias matrimoniales caen como piedras en el estómago, mi señora —comentó mi fiel Margot, la doncella regordeta que había viajado conmigo desde Nailloux—. Eso es lo que dice doña Anne de Albret.

Quizá era simplemente una suerte de afección o una repentina fiebre que me hacía alucinar. Pero mi temperatura corporal era estable y yo juraba y perjuraba que ahí, enfrente de mí, justo donde señalaba mi dedo índice, había un fantasma. Y que ese fantasma era el de doña Beatriz de Aguilar.

Según mis damas, allí no había nadie más que nosotras y un pequeño gorrión que piaba apoyado en el alféizar de la ventana. Debían estar ciegas. Sí, debía ser eso, pues la otra opción es que yo hubiera perdido la cordura y eso se me antojaba imposible. Me sentía más lúcida que nunca. Así que insistí e insistí.

—¡¿Pero no lo oléis?! ¡Huele a muerto aquí dentro!

Las mujeres olfatearon el aire cual sabuesos.

—Huele un poco mal —reconoció Margot—, pero eso puede ser cualquier cosa, mi señora. Una fruta que se haya caído de la bandeja y haya rodado hasta alguna esquina oscura y se haya podrido. La buscaremos.

—¿Y el agua de mayo? ¿Por qué huele a agua de mayo si yo no uso esa fragancia?

—Sí que hay cierto aroma a agua de mayo —dijo una de las sirvientas, afinando el olfato—. Se habrá derramado alguna esencia durante el baño.

Quise gritarles que eso no podía ser, pues no había un solo frasco que contuviera ese líquido en toda mi alcoba. Sin embargo, no lo hice. Se habrían arrancado los ojos y la lengua antes que aceptar que había una presencia maldita allí mismo, ante ellas.

—¿Cómo sabéis, mi señora, que ese espíritu que veis es el de doña Beatriz de Aguilar? —se burló una de las sirvientas castellanas, a la que se le escapaba la diversión por las comisuras.

—Dios la tenga en su gloria —repitieron las demás al unísono.

—¿Os lo ha dicho ella misma? —Callé—. Vos no sois de aquí, sois francesa. No la conocisteis. De hecho, dudo que hayáis coincidido siquiera con nuestra difunta y amada señora como para que podáis reconocerla a simple vista.

La osadía de Lucía empezaba a contagiárseles a las demás criadas. Sabían que sus ofensas y su impertinencia no eran castigadas y, ante eso, se envalentonaban. Me contestaban con el desprecio y la sorna de ella, con la firme creencia de que tampoco las reprendería. Tenía que cortar de cuajo aquella insolencia que llevaba a la insurrección.

—Porque siendo niña vi morir a mi madre —espeté—. Y esa mujer de ahí no es mi madre, así que no sé qué otra alma en pena habría de visitarme.

Enmudecieron de inmediato y el divertimento y la chanza se borraron de sus rostros morenos.

—¿De dónde salieron estos tapices? —pregunté malhumorada a las sirvientas castellanas, que me contemplaban con una expresión que oscilaba entre el miedo y el asombro.

—De los aposentos de la antigua duquesa —dijo una de ellas.

Se habían colocado en fila, con la cabeza gacha, preparadas para recibir una reprimenda que, por sus gestos, consideraban injusta. Solo las francesas estaban a mi lado, supurando preocupación por su señora, arropándome con dulzura.

—¿De doña Inés Pérez de Lara?

Negaron.

—No, mi señora. De los de doña Beatriz de Aguilar —respondió Pía, una de las criadas castellanas que debía tener una edad aproximada a la mía.

Primero, miré al espíritu doliente, que no reaccionó ni a su propio nombre. Luego, a las imágenes tejidas que decoraban la estancia. El golpe me dejó sin respiración. Enseguida entendí la rabia de mi marido.

—Fueron un regalo de bodas que hizo a doña Beatriz su bienamado hermano —prosiguió la muchacha—. A la señora le gustaba decir que eran las pruebas que había superado nuestro

señor don Pedro de Lara para conquistarla y pedir su mano en matrimonio. No fueron precisamente sencillas. Ese de ahí, el caballero al que abate en la justa, es Juan de Aguilar. El hermano de doña Beatriz.

Amusgué la vista y me fijé en los hombres pertrechados que se alzaban sobre sus caballos y en los lazos que llevaban anudados a las lanzas y en los escudos que los protegían, uno de ellos con la heráldica de los Lara, el otro, con la de los Aguilar. Luego observé a la dama que aguardaba al victorioso en la correspondiente tribuna. No había reparado antes en el innegable parecido entre mi esposo y el caballero, entre el espíritu de Beatriz y la doncella.

Los tapices contaban una historia de amor que mi marido había vivido en sus propias carnes. Y yo, necia e ingenua, la había resucitado. La había exhibido frente al lecho que compartíamos como si deseara abrir viejas heridas, regodearme en su sufrimiento. Pensé que merecía cada uno de sus gritos, cada una de las miradas de resentimiento que me había lanzado.

—¡No quiero en esta alcoba nada que haya pertenecido a esa mujer!

Corrí hacia la pared, me enganché a los tapices y tironeé de ellos. Incapaz de descolgarlos, exigí que me ayudaran. Margot y Clémence, mis francesas, vinieron a auxiliarme las primeras. Una vez retiradas, las hermosas telas quedaron desmadejadas en el suelo.

—¡Lleváoslos! ¡Lleváoslos de aquí! —resollé enajenada, en una mezcla de francés y castellano.

Miré a Beatriz para ver si eso la satisfacía. Si con la devolución de lo que era suyo, se desvanecía en la bruma de la mañana. Pero ella permaneció allí, inmóvil, a los pies de mi cama, contemplando a las doncellas enrollar los pesados tapices y llevárselos. Y cuando estas desaparecieron y los tapices yacieron de nuevo en los aposentos de la difunta duquesa, Beatriz tampoco me abandonó.

Permanecí ese día en cama, resguardada hasta la barbilla bajo las sábanas de seda, mirando de frente el turbio y mortecino rostro de Beatriz, que seguía en el mismo lugar en el que había aparecido. Pedí que trasladaran la talla de la Virgen y el Niño cerca de mí para

sentirme protegida por Dios Todopoderoso y su madre, y me aferré a mi misal, que leí con ansias.

No le hablé.

No le lloré.

No le supliqué al espectro que se fuera y retornara al mundo de los muertos, donde pertenecía.

Temía dirigirme a ella y, sobre todo, temía que me respondiera. Que abriera la boca y de esta salieran sapos y culebras. Que emergiera una voz cavernosa, infernal, de ultratumba.

Por recomendación de su servidora Lucía, mi suegra se mantuvo lejos del ala oeste del castillo. No fuera que se tratase de una enfermedad infecciosa y contrajera un mal que la llevara directa a la tumba.

Así pues, mi única compañía fueron mis doncellas, la fe y Beatriz.

Al anochecer, mi esposo regresó a mis aposentos personales. Entró como si las disputas de la noche anterior no hubieran ocurrido y se encontró con los candiles prendidos, las paredes desnudas y a su mujer en el lecho, aún despierta y con el misal entre las manos. A Beatriz no la vio. Y yo decidí no pronunciar su nombre ni comentar que ella estaba ahí, de cuerpo presente. Ya no sabía si la había invocado él con solo mentarla o la había invocado yo al adueñarme de sus pertenencias.

Don Pedro de Lara se desprendió de los ropajes y se internó entre las sábanas; ya acomodado, me dio un beso en la sien.

—Me han dicho que estabais indispuesta.

Yo asentí.

—¿Os encontráis mejor?

No podía apartar los ojos del fantasma de Beatriz, que no había parpadeado ni cuando mi marido traspasó el umbral de la puerta. Tenía la vista clavada en mí. Solo en mí.

—Mathilde —me llamó—. Mathilde.

Me obligué a mirarle. Don Pedro me observaba curioso, tratando de descifrar mi dolencia o, quizá, el motivo de mi ausencia. Tenía el

ceño fruncido y una dulce sonrisa que destilaba ternura y preocupación. La suya era una belleza inmutable; al lado de Beatriz, resultaban la imagen idílica del matrimonio primigenio. Adán y Eva. Al fin y al cabo, ella siempre sería su primera costilla.

—¿Os encontráis mejor? —preguntó otra vez—. Vuestras doncellas no han querido decirme qué os aqueja, y a las mías parece que les han cortado la lengua. Y eso es meritorio. —Rio—. A las mujeres les gustan demasiado los rumores y raro es el día en que no andan entre habladurías.

Me esforcé en sonreír.

—Descuidad, mi señor. —Le besé los labios y le acaricié la mejilla —. Solo es el cansancio de estos últimos días y un ligero dolor de cabeza que se me pasará en cuanto consiga dormir un poco.

—¿Estáis segura? —Enarcó una ceja.

—Por supuesto.

Me examinó en silencio, atento a un posible cambio de parecer. Al no darse, se arrimó a mí y me agarró por la cintura, recortando la distancia que nos separaba y dejando solo unas pulgadas entre nuestras bocas. Su cálido aliento me acarició la nariz.

—Es mi última noche en Valdívar —murmuró con la lujuria hirviéndole en la piel, erizándome el vello de la nuca—. Me niego a partir sin el recuerdo de vuestros besos, esposa mía. Así que dadme algo a lo que aferrarme antes de la batalla, cuando mi valor flaquee y las oraciones me sepan a poco.

Eché un vistazo hacia los pies de la cama. Beatriz continuaba allí, una efigie marmórea que no movía ni las pupilas.

Don Pedro me agarró el rostro con suavidad, trayéndome de vuelta a la privacidad de nuestras sábanas. Me besó lentamente para asegurarse de que encendía la pasión que habitaba en mí y me susurró lascivia y amor a partes iguales.

—Os amo. Os amo con toda mi alma y todo mi corazón —repetía —. Os amo tanto que temo volverme loco.

Qué difícil era resistirse a esas palabras melifluas que me calaban hasta los huesos y me derretían.

—Los próximos días sin vos se me harán eternos… —decía y me besaba—. Os extrañaré cada minuto y cada segundo. Seréis mi

primer pensamiento al despertar y el último al acostarme.

—Juradlo —le pedí—. Juradlo por Dios y la Virgen.

Él me miró con la profundidad del azul de las vidrieras de la iglesia de Saint-Denis en sus resplandecientes ojos.

—Os lo juro por Dios y la Virgen.

Cuando nuestros cuerpos se unieron, fue una guerra encarnizada de besos y mordiscos, risas y gemidos guturales que podrían habérselos arrancado a los pecadores torturados del infierno. No obstante, la devoción desenfrenada nos llevó a tocar el cielo con las manos.

—Os amo como no he amado a nadie —confesó entre jadeos. La ancha sonrisa escindida por aquella cicatriz aumentaba su atractivo.

—¿Ni siquiera a Beatriz? —me atreví a preguntar, con parte de la atención puesta sobre el fantasma que no se inmutaba.

—Ni siquiera a ella —respondió, sin osar pronunciar su nombre.

Con las fuerzas extintas debido al clímax recién alcanzado, me acurruqué a su lado y aspiré el sudor almizcleño que lo empapaba con la esperanza de que apaciguara el olor a podredumbre y agua de mayo que aún flotaba en la alcoba. Cerré los párpados y hundí la cara en su pecho, me aferré a él.

Me convencí de que a la mañana siguiente Beatriz no estaría allí, de que su espectro se habría marchado. De que nuestro amor le habría ganado.

15

Alianza

27 de agosto de 1275

Don Pedro de Lara y sus huestes partían al alba, con los rayos del sol dibujando un paisaje dorado que en breves se tornaría llamas incandescentes por el calor veraniego. La guerra es de una crudeza inefable, así que, sabiendo cuándo los hombres marchaban, pero no cuándo regresarían ni las condiciones en las que lo harían, los habitantes del castillo salimos a despedirlos al patio.

Por primera vez, el espíritu de Beatriz abandonó mis aposentos. Por desgracia, lo hizo para venir conmigo. Me siguió por los pasillos y recovecos, cruzó galerías y descendió escaleras, a la zaga de mi séquito de doncellas. Aunque sus pasos no se oían, el molesto zumbido de las abejas la delataba; no tenía que girarme para asegurarme de que estaba ahí.

Cuando llegamos al exterior, permaneció dentro del castillo, en el umbral del portalón que daba al patio de armas, desde donde se apreciaba la hilera de caballeros y ricohombres armados que se aupaban sobre sus cabalgaduras.

Quizá no podía traspasar esa linde. Quizá estaba atada a los muros del que había sido su hogar. Durante unos segundos me paré a observarla. Ahí, en la soledad y oscuridad de ese rincón, parecía más que nunca un alma atormentada. Casi daba la sensación de que rompería a llorar y que su grito desconsolado rasgaría el cielo por la mitad.

—Gracias a Dios que ya os encontráis bien —dijo mi suegra, con una sonrisa que le arrugaba el rostro.

Y con ello, desperté de mi letargo.

—Gracias a Dios.

Doña Inés Pérez de Lara había entrelazado su brazo al mío, buscando las fuerzas para sobrevivir al duro trance de dejar marchar a su hijo hacia un funesto destino. Yo también necesitaba una buena dosis de fortaleza y ánimo, pues me perturbaba la salvaje idea de perder a mi marido en el campo de batalla, de que me lo devolvieran con los párpados cerrados y sin hálito alguno, con las heridas ya limpias y el cuerpo amortajado, de que solo me quedara vestir el luto y darles la vuelta a los escudos de armas. Llorar la honda pena.

No paraba de pensar en sus advertencias acerca del infante don Sancho. Y ya no sabía qué me preocupaba más, si la lealtad que este exigía o esos moros del otro lado del estrecho que arrasaban con nuestras tierras. ¿Quién lo derribaría del caballo, el infante o el infiel? ¿Quién le daría el golpe de gracia? ¿Quién le haría rendir el alma?

—¿Qué era lo que teníais, hija mía? —me preguntó doña Inés. Se le notaba la angustia en la voz y la necesidad de entretenerse con lo que fuera para no atender a los preparativos de la partida, que comenzaban a tocar a su fin.

—Un ligero malestar, mi señora. Solo eso.

Lucía me miró desde su puesto de guía y confidente, sin soltar la mano de su señora.

—Qué dolencia tan especial y fácil de sanar. Es una suerte que haya remitido y estéis con nosotras despidiéndoos de los hombres —comentó con acidez. Tenía una sonrisa de satisfacción en la cara que pedía que se la borraran de un bofetón.

Cerré las manos para evitar que volaran hacia ella, aunque de buena gana me habría gustado cruzársela y dejarle un verdugón que evidenciara su vergüenza ante el resto de la servidumbre. Así aprendería y los demás se abstendrían de posibles afrentas.

Eché un vistazo a mis espaldas. Beatriz seguía allí, a las puertas del castillo, sin moverse ni pestañear. Tragué saliva y miré al frente,

intenté olvidarme de su presencia y deshacerme de ese aguijonazo que sentía en la nuca.

Lucía enarcó una ceja y la sonrisa se le curvó hacia un lado, grotesca y cínica.

Lo sabía.

Esa horrible mujer sabía que mi indisposición no había sido otra cosa que el fantasma de doña Beatriz de Aguilar. Estaba segura de que se lo habían contado las sirvientas castellanas que se habían burlado de mí y que la razón por la que había mantenido a mi suegra lejos de mi alcoba no era el miedo a que contrajera una enfermedad, sino a que ella también pudiera ver a la antigua duquesa de Valdívar. O, más bien, notarla.

No tuve tiempo de envenenarme con sospechas. Las huestes estaban listas para partir y don Pedro de Lara se aproximó. Primero, besó a su madre en la frente y le prometió que regresaría, como tantas veces habían hecho su padre y el padre de su padre.

—No lloréis, madre —le pidió—, que os dejo en las mejores manos.

Ella asintió, lo abrazó un buen rato y se enjugó las lágrimas con el pañuelo bordado que le dio su fiel Lucía, quien también se mostraba terriblemente apenada.

Cuando se dirigió hacia mí, don Pedro portaba esa genuina y deslumbrante sonrisa que me había conquistado el primer día. De entre los pliegues de sus ropajes, sacó una joya rutilante que me dejó la boca seca y los ojos empañados. Era un anillo de oro con flores grabadas en el exterior, una hermosísima alianza confeccionada por el mejor orfebre. A doña Anne de Albret le habría complacido por su finura. A mi hermana Aurore le habría dado un ataque de celos.

—Una humilde prueba de mi amor. —Deslizó el anillo por mi dedo anular.

En la parte interna, ahí donde me acariciaba la piel y la carne, en la intimidad, en lo secreto, en lo escondido, había una inscripción en latín: «Nací para serviros».

Don Pedro de Lara había cogido mi corazón entre sus manos y desde entonces era su legítimo dueño, solo a él le pertenecía. Allá a

donde fuera, iría con él.

—Lo encargué antes de viajar a Nailloux y no veía el momento de dároslo.

—Supongo que el momento es este. Un poco deprimente para mi gusto, si os soy sincera —dije examinando la marea de rostros aciagos que se congregaba en mi derredor.

Él lanzó una sonora carcajada y se rascó la barba.

—Desde luego, aquí no hay el júbilo de unas grandes nupcias. —Aquella vez, ambos reímos—. Mas, no os preocupéis. El rey don Alfonso viene de camino y, conociendo su astucia, solucionará esta contienda en poco tiempo. Mientras, confiad en Dios, en estos buenos hombres y en el infante don Sancho, que es buen estratega y mejor guerrero.

—Rezaré por vos y por todos los buenos cristianos que os siguen, pero no me pidáis que fíe de quien no conozco y me habéis hablado como peligroso.

Don Pedro emitió un suspiro en el que se acusaba la diversión.

—Ay, Mathilde… Vamos, vamos… Volveremos a vernos antes de que os deis cuenta. Si las mujeres estáis deseando que desaparezcamos para tener unos días de paz y dedicaros al bordado y a esas tareas vuestras que tanto os placen.

Mi sonrisa se desquebrajó y él lo notó.

—Expulsaremos a los infieles, don Alfonso pactará con el sultán de Granada, la guerra acabará y yo me reuniré con el rey para que nos permita pasar por la iglesia, aunque sea en estas tristes circunstancias y con una celebración más humilde de la que merecéis. ¿Eso os complacerá?

Cogí sus manos y le besé los nudillos.

—Lo hará —respondí henchida de amor.

—A Dios gracias —exclamó entre risas.

—No olvidéis escribirme.

—Cuidaos, mi amada y bella esposa, y cuidad de mi honorable madre, a vos os la encomiendo. —En un mejorado francés, dijo a mis criadas—: Procurad que cuando vuelva, me encuentre a la señora mejor que cuando me fui.

—Sí, mi señor —canturrearon las jóvenes.

Tomó mi rostro y me besó la frente. Cerré los ojos unos instantes para regodearme en la santidad de ese casto beso que habría deseado en los labios. Al abrirlos, una figura femenina se perfilaba detrás de mi esposo.

Beatriz nos observaba con esas facciones emaciadas; el cabello largo, mecido por la suave brisa de la mañana, la dotaba de un aspecto aún más terrorífico. El susto me extirpó la respiración y un sudor frío me resbaló por la columna.

Don Pedro de Lara no reparó en ella. La traspasó y enfiló hacia su caballo, ensillado por los mozos de cuadras.

El espíritu errante se acercó tanto a mí que el aroma a tierra húmeda y podredumbre me provocó náuseas y el zumbido de las abejas me embotó la mente. Era la primera vez que se atrevía a sortear la distancia que nos separaba. Casi sentía la caricia de sus guedejas en el rostro, su frío aliento envolviéndome.

Un instante después, cuando mi marido estaba a punto de montar y tomar las riendas, el miedo me congeló las entrañas. No era el miedo a los moros ni a la guerra ni a las argucias políticas de don Sancho. Ni siquiera a la viudedad. Era, sin lugar a dudas, el miedo visceral a verme acompañada por doña Beatriz de Aguilar hasta el fin de mis días.

Respondiendo a un instinto animal, me abalancé hacia don Pedro.

—Llevadme con vos, os lo suplico. —Mi grito sonó desesperado.

Don Pedro me contempló, atónito, y me contuvo entre sus brazos, contra los que había ido a chocar.

—No digáis necedades. No sabéis el peligro que aguarda en la frontera.

—No me acercaré al campo de batalla, os lo juro, pero dejadme ir con vos. Me aposentaré en cualquier villa que consideréis segura. Os esperaré allí hasta que la situación se calme y las hostilidades cesen. Vos mismo habéis dicho que no será mucho tiempo.

—Lo que me pedís es una auténtica locura. Una barbaridad. Ningún hombre de razón aceptaría.

—Os lo ruego, esposo, dejadme ir.

—De ninguna manera. Le prometí a vuestro padre manteneros a salvo.

—Cumpliréis mejor vuestra palabra cuanto más cerca me tengáis.

Don Pedro soltó una carcajada preñada de sarcasmo. En aquellos momentos, yo era completamente ajena al pacto que habían firmado mi padre y mi marido de que si los moros traspasaban la frontera y se convertían en una amenaza real para la Corona de Castilla, él había de devolverme a Nailloux. Porque Antoine Leblond prefería la muerte a que su hija bastarda cayera en manos de esos salvajes muslimes.

—¡Eso es ridículo, Mathilde! Por Dios bendito, ¿acaso habéis perdido el juicio?

Todos los presentes nos observaban: caballeros, escuderos, ricohombres, vasallos, deudos, siervos… Hasta los animales mostraban su incomodidad mediante relinchos. Pero a mí únicamente me escocía la mirada de Beatriz, que eran unos dedos hundiéndose en la llaga.

—Os lo suplico como Rut suplicó a su suegra.

Me postré ante él.

Los ojos de mi esposo se abrieron desorbitados, su mano se cerró en torno a mi antebrazo cual cepo y tironeó con fuerza para ponerme en pie.

—Levantaos de inmediato —gruñó—. ¡Levantaos!

Yo obedecí.

—No insistáis en que os deje o en que deje de seguiros, porque adonde vos vayáis, iré yo, y donde vos moréis, moraré. Vuestro pueblo será mi pueblo y vuestro Dios mi Dios.

Me aferró con violencia, y su rabia llegó a mis extremidades en una oleada de dolor y pánico. Me zarandeó una y otra vez mientras decía:

—Conteneos. Estáis dando un espectáculo lamentable.

Clémence y Margot se adelantaron para ocuparse de mí. Me asieron por el talle entre las dos y me devolvieron a la marea de habitantes del castillo, que, demudados, asistían a aquel deleznable teatrillo. A buen seguro, las chismosas criadas irían esparciendo el rumor de lo acontecido: la nueva duquesa de Valdívar se había tirado a los pies de su marido en mitad del patio de armas para suplicarle que la llevara a la batalla, igual que una niña caprichosa.

Muchos excusarían mi comportamiento aludiendo a las locuras del amor. Y otros, a mi extranjería.

Alcé el rostro en un gesto de orgullo más propio de doña Anne de Albret que mío. A mi diestra, mi suegra mantenía la compostura, y más allá de ella, Lucía exhibía una mueca que, a todas luces, era una sonrisa reprimida.

Desde allí, vi marcharse a mi esposo, con el frío de la alianza en el dedo y el espíritu de Beatriz respirándome en la nuca.

16

Quien a hierro mata, a hierro muere

A la mañana siguiente, mi rutina se vio aún más trastocada cuando Pía me despertó en lugar de mis doncellas. La reconocí enseguida: era la que me había narrado la historia representada en los tapices de doña Beatriz de Aguilar que había colgado en mis aposentos.

Sorprendida por la ausencia de alboroto femenino en mi alcoba —que solía estar abarrotada por criadas castellanas y francesas—, le pregunté por Margot y Clémence. Así fue como me enteré de que no hallaría a ni una sola de mis doncellas y criadas en el castillo y tampoco al intérprete. Inés Pérez de Lara los había devuelto a Francia recién había amanecido.

Me levanté de la cama entre sofocada y airada. Me cubrí de malas maneras con un chal y me calcé. Pía intentó detenerme, me suplicó que la dejara acicalarme, peinarme y colocarme la toca. No se lo permití. Salí de mi alcoba casi en ropa interior, con las dos largas trenzas rubias cayendo sobre mi espalda cual carne embutida. La joven sirvienta me perseguía jadeando por los pasillos y, por supuesto, el espíritu de Beatriz cerraba la comitiva unos pasos por detrás.

—Tengo que hablar con doña Inés —anuncié nada más llegar a las puertas de los aposentos personales de mi suegra.

Uno de los guardias entró para comunicar la petición. Un minuto más tarde, la que salía por la puerta no era doña Inés Pérez de Lara, sino su fiel criada Lucía, que se secaba las manos en el mandil que vestía encima de su atuendo servil. La mujer se recolocó los mechones que se le escapaban de la cofia y, tras carraspear, dijo:

—En estos momentos mi señora no está disponible. No obstante, le daré cualquier recado que tengáis para ella.

Parecía que se había aprendido la cantinela de memoria, y eso me molestó aún más.

—No —zanjé con autoridad—. No lo habéis entendido. He dicho que tengo que hablar con doña Inés, así que, a no ser que esté rezando fervientemente por el alma de su hijo, mi esposo, no hay excusa para que se niegue a recibirme. —Me agarré el bajo de la camisa para no tropezar e hice el amago de esquivarla—. Apartaos.

Los guardias no pusieron objeción alguna; en cambio, Lucía no se movió de la puerta. Su cuerpo rollizo me impedía el paso.

—Señora —dijo con una paciencia mal disimulada—, doña Inés hace mucho que es de naturaleza frágil. Una semana al mes suele enfermar por las muchas labores que recaen sobre sus hombros y pasa varios días afectada en cama. Por eso no puede atenderos. En cuanto se recupere, hablará con vos.

Aquello no era más que un truco, estaba segura. Otra de las artimañas de la descarada Lucía. Quería alejarme de mi suegra todo lo posible.

—Entonces dejadme pasar, yo me encargaré de sus cuidados. Así lo habría querido mi esposo —rematé con una sonrisa glacial.

—No es oportuno.

Un espeso silencio se instaló entre ambas. Estábamos enzarzadas en un duelo de miradas en medio del pasillo, con la única compañía del fantasma de Beatriz, Pía y los guardias, que nos observaban con la discreción curiosa de quienes saben que pronto se armará una trifulca.

Avancé un poco, dispuesta a enfrentarme a ella. Esperaba que la escasa distancia y la dureza de mi voz la hicieran flaquear, ponerse nerviosa, derrumbarse, obedecerme. Quería hacerla temblar como doña Anne de Albret me había hecho temblar a mí mucho tiempo atrás.

—No creáis que no sé lo que hacéis. Lo que pretendéis —espeté amenazante.

Ella se encogió de hombros con una inocencia impostada.

—No sé a qué os referís.

—Lo sabéis muy bien. Habéis sido vos, ¿no?

—¿Yo?

—Sí, vos. La artífice de todo esto.

Beatriz estaba tan cerca, a tan solo unas pulgadas, que su presencia me alteraba hasta lo indecible y su hedor me manchaba la piel limpia. Nuestras fragancias se confundían y, por unos instantes, las palabras se me enredaron en la lengua.

¿De qué iba a señalar a esa mujer? ¿De haber confabulado con las criadas castellanas para que yo eligiera los tapices de Beatriz para mi alcoba? ¿De haber alejado a doña Inés Pérez de Lara de mi lado para garantizar que esta no me consolara y así advirtiera el espíritu de Beatriz? ¿De arrebatarme a mi cohorte de damas y criadas? ¿De volverme loca?

Todas mis acusaciones carecían de fundamento. Y, sin embargo, todas ellas parecían llevar el nombre de Lucía. Luminoso. Sibilino. Inquietante.

—¿Qué le habéis dicho a doña Inés de mi séquito de criadas y doncellas para que las haya enviado de vuelta a Nailloux? —la azucé —. ¿Qué le habéis dicho de mi intérprete?

Ella puso los brazos en jarra.

—¿Por qué habría de haberle dicho nada, señora mía?

—Porque hay más oscuridad que luz en vos. No he necesitado más que una semana para reparar en ello.

—Mi señora doña Inés es mujer de fuertes convicciones, no se deja manipular con facilidad. Ella toma sus propias decisiones.

—Decisiones a las que vos, seguro, la empujáis con vuestra lengua viperina.

—Me atribuís más poder del que me corresponde. —Rio—. Os lo agradezco sobremanera.

Aquello la divertía. Se le habían formado unas pequeñas arrugas en torno a las comisuras de los labios y a duras penas reprimía la jocosidad y dicha que despedía su mirada.

—A mí no me engañáis. —Di un paso más hacia ella—. Sois sus ojos, pero también sus oídos. A saber qué le susurráis cuando nadie os ve.

—Solo verdades. Verdades que muchos se niegan a atender y aceptar.

—Dudo que vuestras verdades sean universales.

—Puede que el problema sea que para vos son invisibles.

Las ansias de abofetearla me quemaban en la palma de las manos.

—Me habéis dejado sola en este castillo. —Tuve que hacer un gran esfuerzo para que la voz no me traicionara y delatara mi desasosiego.

—No creo que estéis sola, señora mía. ¿O me equivoco?

La saliva se me hizo una balsa amarga en la boca. El corazón saltó un par de latidos. ¿A qué se refería? ¿A Beatriz? ¿Acaso ella también la veía, pero simulaba que no? ¿O es que se reía de mis alucinaciones y me tildaba de enajenada? No tuve oportunidad de cerciorarme.

—Las criadas se quejaban de que erais demasiado severa con ellas y demasiado permisiva y benévola con las francesas que trajisteis —arremetió Lucía—. De que su jornal era inferior al de las otras y de que estas, con la excusa de las lecciones de castellano con el intérprete, aprovechaban para perder el tiempo en menudencias y devaneos y escaquearse del duro trabajo. —Alzó la ceja y sonrió, retándome a rebatir sus argumentos.

Callé.

—Las castellanas os oreaban las sábanas, os vestían la cama, os barrían, limpiaban y ordenaban la alcoba. Las francesas, en cambio, os aseaban y acicalaban. No puede ser, señora mía, tamaña injusticia. Que las más hacendosas sean regañadas y las holgazanas, premiadas.

—Así que, además de irrespetuosas, también son envidiosas. Qué buen fruto da esta tierra…

—Lo que desde luego no son es vulgares barraganas —escupió con repugnancia—. Ninguna de nuestras mujeres ha corrido a encamarse con ese erudito que se paseaba por aquí con aires de noble, cálamo en mano, hablando en distintos idiomas. No se puede decir lo mismo de las descaradas de vuestras francesas, que bien pronto se le han abierto de piernas.

—Eso es mentira —gruñí, esgrimiendo el dedo índice frente a sus narices.

Lucía no se amilanó. Dio un paso hacia delante y, con tal de no colisionar, fui yo quien reculó. Ella tomó mi retroceso como signo de debilidad.

—¡Ja! Si no os han llegado los rumores es porque no habéis estado atenta o no habéis querido escucharlos. Todos murmuraban que vuestro intérprete enseñaba más pecado que castellano y que la pluma que mojaba en el tintero era más bien otra.

Solo pensaba en que si se atrevía a acusarme de yuntar con mi intérprete, de serle infiel a mi marido, habría firmado su sentencia. La osadía le valdría el despido y ni doña Inés Pérez de Lara podría impedirlo: la echaría a patadas del castillo y de mis tierras, aunque tuviera que comprarle unos ojos nuevos a mi suegra. Pero Lucía era demasiado inteligente y sabía que había fronteras que no debía traspasar, así que jamás lo insinuó.

—Viles falacias que han debido inventarse vuestras envidiosas criadas —espeté.

—La servidumbre de este castillo es tratada con equidad. Eso es lo que siempre ha defendido mi señora doña Inés y por ello sigue velando. No dejará que rompáis el orden que tanto le ha costado mantener. Hasta doña Beatriz entendía eso.

El espíritu no se inmutó.

—Yo no soy Beatriz. Yo elijo a mis favoritas y les asigno sus tareas. ¡Os recuerdo que soy la señora de esta casa y la señora de estas tierras! —La garganta me dolía del grito casi tanto como del llanto reprimido.

—La última palabra es de doña Inés Pérez de Lara, bien lo sabéis. Si ella ha considerado oportuno despachar a las francesas y a ese fornicador, que así sea. Que vuelvan a su lugar de origen, ya sea Sodoma y Gomorra o la mismísima torre de Babel.

—Sois peor que una asquerosa y repugnante serpiente —dije en francés.

Dando por zanjada la disputa, decidí retirarme. Agarré de nuevo las orillas de mi camisa y, con toda la dignidad que me quedaba tras haber perdido la batalla con una simple criada, enfilé el pasillo.

No había dado ni cuatro pasos cuando la oí decir:

—Una lástima que vuestro intérprete ya no esté aquí para traduciros. Me temo que tendréis que afanaros en aprender el castellano para así agraviarme.

Di media vuelta y con un par de zancadas me posicioné frente a ella. Me acerqué hasta que nuestras narices se rozaron y pude respirar su aliento venenoso.

—Esto sí sé decirlo en vuestro idioma: perra.

Lucía no agachó la cabeza.

—Al menos yo no soy una bastarda —contraatacó.

Era el momento. Podía golpearla y desquitarme por ese insulto y otros tantos recibidos. Cobrarme justicia por tales impertinencias. Restaurar mi dignidad. Hacerme valer y respetar como señora de esa casa y duquesa de Valdívar. Las manos me temblaban de solo pensarlo y ella, creyendo que la bofetada llegaría más pronto que tarde, alzó la cabeza. Expuso su rostro, su mejilla.

No lo hice. Me convencí de que no debía rebajarme a su nivel.

Hacía muchos años que bastarda solo era una condición intrínseca en mi persona, un hecho real e incuestionable que había asumido y que me hacía ser yo. Mathilde Leblond, hija de Antoine Leblond. Bastarda. Pero bastarda reconocida, al fin y al cabo.

Si cedía a sus provocaciones, le estaría entregando el poder sobre mi naturaleza. El poder de utilizar mi condición como acero mellado y herirme con él. Los tiempos en los que aquello era un oprobio empleado para sacarme las vergüenzas y ridiculizarme ante otros nobles de alta alcurnia habían terminado. Ella no podía resucitarlos. No, si yo no la dejaba.

Tres días tardó doña Inés Pérez de Lara en abandonar sus aposentos y volver a hacer vida común con el resto de los habitantes del castillo. Por el aspecto con el que reapareció, nadie podía poner en duda que su ausencia se había debido al cansancio o a una inesperada convalecencia. Ni siquiera yo.

La mujer presentaba unas ojeras amoratadas, fruto del llanto o la excesiva preocupación, del insomnio que arremete contra las madres cuando sus hijos están en peligro. Tenía la piel cetrina y los pómulos aún más marcados, y la arruga, que dividía su entrecejo y le daba apariencia de decepción constante o confusión, se había hecho más profunda. No era tan anciana, su cuerpo aún era ágil y fuerte y su espalda, recta; las carnes flácidas le caían más por la delgadez que por otra cuestión. Lo que la avejentaba era la ceguera, que le había arrebatado posibilidades y jovialidad. Y también la negrura del luto. Por eso precisamente me sorprendió encontrarla en dicho estado. Como si hubiera sorteado una enfermedad que la hubiera postrado en cama durante meses.

Le concedí una jornada entera de tranquilidad. La abracé por su regreso, la cuidé y atendí, paseamos juntas por los jardines y comimos mientras hablamos de esto y aquello. Ninguna mencionó mi disputa con Lucía, tampoco la guerra fronteriza contra los moros o la marcha de mi comitiva de criadas, pese a que eran problemas que nos sobrevolaban.

Al quinto día, la abordé con el espíritu de Beatriz a tan solo unos pasos de nosotras. Ya tenía la certeza de que doña Inés Pérez de Lara no veía a Beatriz, del mismo modo que no podía ver el paisaje agreste que nos rodeaba. De hecho, ni siquiera era capaz de percibirla mediante alguno de sus otros sentidos, mucho más agudizados.

Estábamos sentadas en uno de los bancos de piedra del jardín, cobijadas por un gigantesco árbol. Doña Inés disfrutaba de los cálidos rayos del sol con los párpados cerrados y la cara vuelta hacia él, sumida en un silencio profundo.

—Mi intérprete ya no está, señora mía.

—Es mejor así —dijo sin abrir los ojos—. No podéis depender de las traducciones y palabras de otro. Cualquiera podría mentiros, engañaros, enredaros y utilizaros para sus propios y egoístas fines.

Doña Inés consideró que había tenido suficiente y, con el rostro templado y coloreado, se resguardó bajo la sombra del árbol. Al igual que su hija, estaba obsesionada con la palidez de la tez, una cuestión harto complicada proviniendo de un reino donde imperaban

el sol continuo y las fuertes temperaturas. No obstante, lo que doña Mencía de Lara solucionaba con cosméticos y ungüentos, doña Inés lo hacía enclaustrándose. Solo cada tanto se concedía a sí misma tostarse un poco.

—No podéis permitiros tal grado de dependencia. Y menos de un hombre —continuó—. Tenéis que confiar en vuestras habilidades, en vuestros propios oídos. Además, no lo necesitáis. Sois una mujer despierta, de gran astucia e intelecto. Aún se os escapan algunas palabras y os cuestan ciertas frases, pero entendéis y habláis castellano. No os subestiméis.

—Una pena que ese acento sea imborrable —intervino Lucía, que escanciaba agua fresca.

—Mi acento francés no es ningún pecado —le reproché con dureza mientras aceptaba la copa que me tendía.

Nuestras miradas se encontraron y, durante unos instantes, la llama del conflicto se reavivó.

—Por supuesto que no, hija mía —exclamó indignada doña Inés, quien me dio un par de palmaditas en la mano—. ¡Lucía, por Dios! Qué cosas decís.

La criada aceptó la reprimenda con un gesto torcido.

—Ya sabéis cómo es la servidumbre… —Suspiró—. Tiene la gracia del pueblo llano, pero también la insolencia. Quiero pensar que es parte de su encanto.

Lucía se me antojaba tan poco encantadora como un lobo con las fauces abiertas, pero no tenía intención alguna de confesárselo a mi suegra. No mientras ella siguiera gozando de su favor y protección. Doña Inés dispensó a su leal sirvienta con un gesto y se volvió hacia mí. Entrelazó sus dedos con los míos y clavó sus ojos azules y ciegos en mí.

—Lo cierto es que ya sois prácticamente una de nosotras. Una castellana más. Podéis valeros por vos misma y, si no, siempre me tendréis a mí. Siempre —insistió.

—Os lo agradezco, señora mía. Pero ¿qué hay de mis criadas y doncellas?

Doña Inés estaba bebiendo un poco de agua y, abrumada por el interrogatorio, casi se atragantó. Tuvo que toser un par de veces

antes de preguntar:

—¿Qué ocurre con ellas?

—Que no están, señora mía. Que también han marchado rumbo a Nailloux.

—¡Ah! Esas criadas y doncellas… También es mejor así. Con ellas aquí os estabais anclando al pasado, a Francia, a una vida que ya no es vuestra. No es bueno, hija mía, que os aferréis a lo que fuisteis y ya no sois. Porque ya no sois francesa. No sois una Leblond más que en el apellido. —Me acarició la mejilla y esbozó una dulce y orgullosa sonrisa—. Ahora sois una Lara, la esposa de don Pedro de Lara. La señora de esta casa y estas tierras, la duquesa de Valdívar. Como tal, habéis de rodearos de otras compañías.

Lo entendía. A esa edad yo ya sabía mucho sobre desprenderme de vidas pasadas, de mudar la piel cual serpiente y revestirme con una nueva, pero eso no lo hacía menos doloroso. Sin mis francesas allí, me sentía aún más forastera.

—Todas las mujeres que se asientan en reinos extranjeros llevan consigo a sus leales.

—Aquí también encontraréis lealtad —repuso doña Inés.

—Estoy segura. Aun así, las reinas mantienen a su propio séquito.

Doña Inés dejó escapar una risita.

—Pero vos no sois la reina, ¿verdad?

Viniendo de ella nada resultaba ofensivo y, sin embargo, sus palabras fueron dardos en mi malherido orgullo. «No os creáis más de lo que sois», parecía decir. Entreabrí los labios, dispuesta a defenderme, cuando reparé en que el espíritu de Beatriz me observaba con una mirada afligida, y al reflejarme en su penuria, mis fuerzas para el combate se disiparon.

—No —bisbiseé con la cabeza gacha.

El abatimiento de mi voz debió de alertar a mi suegra, pues su rostro se transformó en la viva imagen de la preocupación.

—Oh, hija mía… Lamento haberos importunado. No estaba en mi voluntad dañaros o haceros sentir sola con mis actos. Mi única intención es ayudaros, protegeros. Solo quiero lo mejor para vos, lo mejor para mi hijo.

Asentí, con las lágrimas a punto de aflorar.

—Lo sé, mi señora. Lo sé. Descuidad.

—¿A qué viene entonces tanta tristeza?

—Es que nadie me había avisado de esta decisión. Ni siquiera he tenido tiempo para despedirme de Margot y Clémence, mis doncellas, ni del resto de criadas. De haber sabido que regresarían a Nailloux, les habría dado una carta para padre y doña Anne.

Doña Inés chasqueó la lengua.

—Oh, no lo pensé, hija mía, no lo pensé. Entre la partida de mi hijo y vuestro malestar… Temía que vuestra indisposición fuera algo más grave y que tuviéramos que llamar al médico o al cirujano. Reconozco que desde que murieron mi esposo y doña Beatriz de Aguilar, incluso la más nimia indisposición me provoca la peor de las pesadillas. Me aterra perder a alguien más.

Así sus manos con fuerza.

—A mí no me perderéis —le prometí.

Miré al fantasma de Beatriz. Me anclé en la profundidad de esos ojos oscuros y mortecinos, y le juré que yo no me marcharía tan fácilmente de ese castillo, de Valdívar, del ducado. Por mucho que me atosigara y acosara con su maldita presencia, no renunciaría a mi nueva familia. A mi suegra. A mi amado marido. Me quedaría allí y cuidaría de todo lo que ella había abandonado. Si lo que pretendía era incomodarme, hacerme huir, tendría que esforzarse más.

Doña Inés tenía la faz congestionada. Tan afectada estaba que le temblaban los dedos y se cubrió los labios en un vano intento de no romper a sollozar.

—Oh, disculpadme, hija mía. Disculpadme, os lo ruego —gimoteó —. Lo siento en lo más profundo de mi alma. Pensé que no debía preocuparos con nada más. Ya estabais sufriendo bastante por lo de Pedro y creí que quizá vuestra afección era debido a la preñez. Lo último que aconsejan para las embarazadas son sobresaltos y cuitas, y una decisión así, la de mandar de regreso a vuestro séquito, podría haberos apenado en exceso.

Agachó la cabeza y se sorbió la nariz. Le pidió un pañuelo con urgencia a Lucía y, luego, se secó las lágrimas que le rodaban por las ahuecadas mejillas. Los estertores eran una mala contención de

su abrupto llanto. Daba la impresión de ser la Virgen María arrodillada ante el cuerpo torturado de su sacro hijo.

—Tendría que habéroslo consultado.

—Ya está hecho —la consolé—. No hemos de darle más importancia.

—Oh, no, no, no. Hemos de dársela, hija mía. Esto demuestra que ya estoy demasiado vieja para tomar decisiones, que no discierno bien. Mis facultades han mermado, de ahí mis muchos errores.

Lucía tenía razón. Doña Inés Pérez de Lara era de naturaleza frágil; las obligaciones, el duelo y la avanzada edad la habían golpeado hasta llenarla de fisuras por todas partes. Señalarle el daño que me había hecho al despedir a mis doncellas la había agrietado todavía más. La culpabilidad empezó a arrastrarme a un terreno pantanoso.

—Pero vos lo solucionaréis, ¿verdad? Lo solucionaréis. —Se aferró a mis manos con desesperación y su perfume de clavelinas se enredó con el hedor a podredumbre de Beatriz, creando una mezcla difícil de soportar—. Decidme que lo solucionaréis, hija mía.

—Lo solucionaré.

Para poner fin al flagelo, le hablé largo y tendido de lo mucho que me agradaba Pía, mi nueva criada y doncella personal. Aquello la satisfizo en gran medida y borró de un plumazo sus tribulaciones. Era una suerte que me gustara aquella jovencita, porque con ella habría de bastarme, pues, como doña Inés me dijo, la guerra podía recrudecerse, en cuyo caso todos habríamos de contribuir. Para ganar a los moros hacía falta gran sacrificio. Hombres y oro. Nuestros hombres y nuestro oro.

No podíamos pedirle al común que se quitara el pan de la boca y enviara a sus hijos a la frontera y no hacerlo nosotros. Debíamos dar ejemplo. Por eso, teníamos que abrazar la escasez, la modestia y el recogimiento, y prescindir de gastos banales, como un enorme séquito de criadas, y dedicarnos más a la oración. Al menos hasta que el rey don Alfonso pisara tierras castellanas y resolviera el conflicto con la diplomacia o el acero heredado de su padre.

—¿Creéis que podréis apañaros únicamente con Pía?

Temía decepcionar a doña Inés y, por encima de ello, temía decepcionar a Dios, nuestro Señor. Había pasado buena parte de mi vida sin atenciones, valiéndome por mí misma, así que esperaba que el lecho de plumas en el que había descansado hasta entonces no me hubiera maleado.

—No veo por qué no. —Sonreí.

Doña Inés Pérez de Lara esbozó una deslumbrante sonrisa.

—Sois una gran mujer, Mathilde, hija mía. Vos sí. —Me obsequió con un afectuoso beso—. Vos entendéis que la vanidad y la ostentación no son de buenas cristianas. ¡Qué acertado estuvo el Altísimo al enhebrar vuestro destino con el de mi hijo! Cuando me marche de este mundo, quedaré en paz. Valdívar se halla en buenas manos.

17

Mi querida amiga, mi bienamada hermana

Las semanas se hicieron dolorosamente interminables. El empalagoso e insoportable calor nos encerraba en el interior del castillo junto al atormentado espíritu de Beatriz, que vagaba detrás de mí cual dama de compañía. No hablaba. No gruñía. No era persona ni perro. Aun así, parecía más leal que ambos, pues allí donde iba yo, iba ella.

No tardé en hastiarme de deberes y obligaciones, que eran lo único en lo que se basaban mis jornadas. Doña Inés Pérez de Lara no jugaba al ajedrez ni al alquerque o las damas, su ceguera se lo impedía. Intenté enseñarle a Pía, pero los juegos de estrategia le quedaban grandes, así que la diversión se limitaba al rezo, la misa, el bordado, la lectura y los paseos entre los altos y gruesos muros del castillo, que empezaban a convertirse en una horrible prisión.

Esperar noticias de don Pedro aumentaba dicha sensación de ahogo, y la persecución a la que me sometía la penosa Beatriz socavaba mi paciencia casi tanto como me estremecía. A menudo me descubría corriendo por los pasillos, con Pía a la zaga, en un vano intento de torcer en una esquina y perder al espíritu, lo que me otorgaría al menos unos minutos de descanso. Nunca lo logré. Beatriz había vivido allí. Había sido señora de ese castillo y duquesa de Valdívar. No había quien la engañara con tontas triquiñuelas.

Así, me lanzaba a buscar cualquier actividad que me permitiera escapar de mis tribulaciones. Cada día me dirigía a las caballerizas y trataba de que alguno de los mozos de cuadras me ensillara un alazán para salir a galopar un rato. Los muchachos dejaban sus

quehaceres nada más yo entraba, me observaban deambular por los establos, acariciar a los caballos y darles alguna que otra manzana que me llevaba de las cocinas. Pero ahí terminaba mi aventura. Siempre recibía la misma respuesta.

—Lo lamentamos, mi señora. El duque nos lo ha prohibido expresamente.

—¿Acaso no puedo cabalgar?

Ellos negaban, cabizbajos, temerosos de una reprimenda. Circulaba una miríada de rumores por nuestro hogar: mi disputa con Lucía, el repentino despido de mi séquito de damas y criadas, mi trato de favor a las francesas y las quejas de las castellanas, que me tachaban de injusta, malhumorada y hasta de loca. Aunque supongo que, más que mi descontento, temían el de mi esposo y las consecuencias de este.

—Don Pedro de Lara nos ha hecho jurar que no le daremos ninguna montura, ni la de la yegua más mansa.

—No me alejaré. Lo prometo —decía poniéndome la mano en el pecho para darle mayor énfasis al juramento, pero de nada servía.

—No podemos, mi señora.

—¿Y si voy acompañada de uno de vosotros? ¿Y si me escoltan para mayor seguridad?

—Lo sentimos, mi señora.

—¿Y si solo doy vueltas a uno de los patios del castillo? ¡Por Dios, necesito aire!

Entonces los mozos se miraban, inquietos y vacilantes, a la espera de que uno de ellos tomara una decisión. A mí me brillaban los ojos de pura esperanza. Por desgracia, el caballerizo mayor siempre aparecía justo cuando estaban a punto de ceder a mis presiones y los echaba de allí, apremiándoles a regresar al trabajo. El hombre se disculpaba una y otra vez, y me repetía lo que yo ya sabía. Que mi marido había dejado unas órdenes muy claras. No podían darme una cabalgadura ni aunque quisieran y no podían fingir que no me veían si yo ensillaba mi propio corcel y me montaba en él.

—Así que, señora mía, os lo suplico. Hacednos el favor, no nos pongáis en semejante tesitura y evitadnos un disgusto con nuestro señor don Pedro.

Ver al caballerizo mayor, un hombre de músculos trabajados y cabeza enorme, rogar por que me comportara era algo insólito. Podía haber rehusado escuchar sus ruegos, no haberme apiadado de aquellos hombres serviles que cumplían con el mandato de su señor y haberles ordenado que sacaran uno de los caballos y lo prepararan para mí. Podía haberles gritado hasta desgañitarme y haberles recordado que, en ausencia de don Pedro de Lara, mis palabras eran ley. No en vano yo era la señora de la casa. Sin embargo, realmente lamentaban no poder complacerme. Se apreciaba en la forma en la que hablaban y se excusaban, en cómo se estrujaban las manos y les temblaba la mandíbula, no por miedo a desobedecerme y que eso conllevara un escarmiento físico. Se compadecían de mí.

Con tal de no acrecentar su incomodidad, me resignaba y, al día siguiente, lo volvía a intentar.

Por las noches rezaba postrada en el reclinatorio de la sala anexa a mi alcoba, que hacía las veces de antecámara. Lo hacía con los ojos cerrados y los dedos entrelazados, hambrienta de fe y sedienta de milagros. Pedía por mi marido y por su difunta esposa Beatriz. Por que Dios protegiera al primero y se llevara a la segunda al cielo o al infierno, donde le correspondiera según sus actos, para así, por fin, dejar de verla.

Cuando las cabezadas a causa del sueño interrumpían la oración, me levantaba haciendo un soberano esfuerzo, llamaba a Pía y, somnolienta, con las rodillas en carne viva y los pies plomizos, me arrastraba hasta el lecho apoyándome en ella. Los párpados caídos no me dejaban vislumbrar más que las sombras danzantes de la luz de los candiles y la fría piedra del suelo. Sin embargo, aunque no atisbaba el fantasma de Beatriz, sí que lo sentía. El zumbido de las abejas. El olor a podrido, a humedad, a esa maldita fragancia de agua de mayo…

La había retado hacía semanas en el jardín, agarrada a la mano de doña Inés mientras le ofrecía un vacuo consuelo. La había mirado a los ojos y Beatriz no había ni parpadeado, como si el miedo que

cualquiera pudiera inspirarle quedara muy lejos y los fracasos y las victorias ya no tuvieran cabida en ella.

Desde entonces estábamos en guerra. Ella luchaba por atormentarme, yo luchaba por expulsarla de mi hogar a través de la indiferencia, la solemnidad y la fe.

Todas las noches rezaba y todas las mañanas me encontraba con que Dios no había atendido a mis plegarias. Doña Beatriz de Aguilar seguía ahí, a las faldas de mi cama, con el mismo cabello sedoso cayéndole cual cascada por la espalda, los huesos marcados y las joyas rutilantes manchadas de barro. La sangre le goteaba de alguna parte, dejando huellas carmesíes que yo pisaba. Nuestras huellas se confundían y se desperdigaban, aunque nadie veía la sangre.

Finalmente, después de tantísimas oraciones y lágrimas vertidas, tras quince días de angustia y silencio, de no saber e imaginar lo peor, Dios me concedió noticias de mi marido.

> Mi amada Mathilde:
>
> Hemos llegado a la frontera y esta es la primera carta que os escribo. Espero que os transmita algo de consuelo y que sirva para aliviar vuestras preocupaciones y las de mi querida madre. Leédsela en voz alta para practicar castellano. O que os la lea el intérprete si se os resiste la letra, por la cual ya me disculpo. No es mi mejor caligrafía, pero es que me apremia la urgencia.
>
> El camino ha sido largo y la mayor dificultad la ha presentado el calor, fuente de agotamiento continuo para mí y las tropas. Las marchas han sido lentas y los parones más abundantes de lo que nos hubiera gustado. Gracias a Dios, no ha caído ningún hombre todavía, ni de enfermedad ni de cansancio. Con eso nos damos por satisfechos, pues la tragedia de la pérdida de don Fernando de la Cerda es un espectro del que no logramos deshacernos.
>
> Las villas y ciudades por las que hemos pasado nos han acogido de buen grado, como acogieron a los que nos precedieron. Hicimos un alto en Villa Real, pese a que los hombres rilaban de miedo pensando que la afección de don Fernando podía estar al acecho, flotando en el aire. Naderías. Ya os he dicho que nadie ha caído preso de ninguna enfermedad. Aun así, pernoctar allí fue una cosa por la que hube de batallar. Finalmente lo conseguí aludiendo a que debíamos hacer honor al difunto infante.
>
> Necesitaba ver con mis propios ojos el lugar donde don Fernando había expirado, y ahora que lo he visto, me cuesta aún más creer que ya no está entre nosotros. Sé que diréis que se encuentra con nuestro Señor, pero yo

solo puedo pensar en su juventud y vigor, en su astucia, en sus ganas de vivir, en el magnífico monarca que habría sido. En todo lo que es probable que hayamos perdido.

Disculpadme, no estaba en mi voluntad hablaros de política. Juro no hacerlo más. Supongo que extraño recostarme en vuestro regazo y deshilvanar mis pensamientos para que vos hagáis con ellos un ovillo y me libréis de las tribulaciones. Ya veis, ahora más que nunca, me hacéis gran falta, Mathilde.

Sobre la situación en la frontera poco puedo comentaros, pues acabamos de arribar. Recién descabalgado, he pedido pergamino, cálamo y tinta. «La devoción de un marido», he bramado en voz alta, y hasta don Sancho se ha reído. Ha fingido entenderlo cuando, en realidad, el infante aún no ha matrimoniado, y hasta que no te unes a una mujer en cuerpo y alma, nada sabes del amor. Supongo que él cree que sí, que lo sabe. Irónico, ¿verdad?

De momento, nos hemos afincado en una villa fronteriza. Hemos distribuido a los hombres casa por casa, pero no es suficiente y solo es una solución temporal. Hay demasiados hombres bajo un mismo techo, uno bajo el que también habitan mujeres jóvenes y niñas. Es un peligro. No puedes exhibir carne jugosa ante tantos muertos de hambre y esperar que a ninguno le dé por hincarle el diente. Por si os preocupan estas últimas líneas, perded cuidado. Sabed que a mí no hay hembra que me levante el apetito más que vos, amada mía.

Así pues, lo más seguro es que no tardemos en montar un campamento para alojar a las mesnadas o en retirarnos al castillo de alguna orden militar cercana, si es que es posible. Todavía estamos planeando qué medidas tomar.

No me escribáis. No sé cuándo ni cuánto avanzaremos, tampoco hacia dónde.

Dios os salve, Mathilde.

Cuidad de mi madre y cuidad de vuestro honrado y amable corazón, en el que tanto pienso.

Os amo más que ayer, pero menos que mañana.

Vuestro leal y servil esposo,
DON PEDRO DE LARA, DUQUE DE VALDÍVAR

A un par de días de la carta, como si hubiera sido convocada por el instinto fraternal, llegó la señora de Cigales, doña Mencía de Lara, para asegurarse de que su nueva hermana —así me llamaba— se había instalado correctamente y se había habituado a la rutina de aquel castillo que por más de tres lustros había sido su hogar.

Durante una semana se quedó en Valdívar con nosotras, amenizándonos la vida y distrayéndonos a ratos de la batalla contra los moros que se libraba en el sur del territorio. El primer día nos contó que los deudos de su esposo, don Ramiro Fernández de Castro, habían acudido a la frontera junto con sus huestes, bien provistos de víveres y armamento, y que auguraban una victoria temprana.

—Para antes de Natividad todo esto habrá acabado —dijo doña Mencía de Lara, que se mostraba igual de optimista y entusiasta—. Ya veréis. Los benimerines se habrán embarcado en sus navíos de vuelta al otro lado del estrecho y el sultán de Granada vendrá arrastrándose y suplicando perdón, y se ofrecerá a pagar aún más parias.

—¿Cómo estáis tan segura, hija mía? —le preguntó doña Inés—. La guerra no es cosa de un día.

—¿Acaso no llevamos ya más de un día, madre? Los moros dieron muerte a nuestro tío, el adelantado mayor, y a otros tantos hombres buenos, y entendemos que así es la guerra, cruenta e injusta. Pero también mataron vilmente al arzobispo de Toledo, hijo del rey de Aragón, y eso va a condenarlos. Ningún monarca perdona el ensañamiento con uno de sus vástagos. Lo degollaron, madre. Lo degollaron y le cortaron la mano, y el señor de Vizcaya tuvo que pedir que le devolvieran los restos para que el rey don Jaime pudiera enterrar el cadáver.

A mí me dieron ganas de taparme los oídos, de levantarme de la silla e irme a otra alcoba, donde no oyera las atrocidades de la guerra. No soportaba más descripciones de campos regados de sangre y hombres moribundos que vomitaban las vísceras.

—Qué agonía debe estar padeciendo la reina doña Violante —se lamentó mi suegra—. Primero, su hermano, el arzobispo de Toledo, es decapitado por esos moros. Luego, su querido primogénito fallece en Villa Real y no llega ni a la batalla…

—Esto está ganado —se jactó doña Mencía—, más que ganado. Tenemos a Dios de nuestra parte. Lo único que me apena es que, para cuando llegue mi esposo a la frontera, todo el trabajo ya estará hecho. Una lástima, con lo que le place una buena contienda. No

habrá quien aguante sus remordimientos por haberse decidido a acompañar al rey Alfonso hasta el Imperio.

—De todas maneras, os recomiendo que no gastéis dinero en exceso, hija mía, y menos en frivolidades. Puede que vuestro pronóstico sea erróneo y tengamos que destinar mucho oro a esta empresa.

Se refería al emplasto que doña Mencía portaba en el rostro, a esa capa blanquecina de cosmético que pretendía palidecer su tez y volverla nacarada, pero que daba la sensación de ser una gruesa máscara que se desquebrajaba con cada movimiento facial.

—Debemos ser precavidas.

—Siempre lo somos, no os apuréis.

La primera vez que doña Mencía y yo nos vimos, su esposo expresó una honda preocupación por el avance de los benimerines, lo que terminó en una acalorada disputa con mi amado padre.

—¿Qué ha cambiado? —quise saber—. ¿Qué ha cambiado para que esta guerra esté por finalizar?

Mi nueva hermana me miraba con el presagio de la victoria en sus pupilas.

—El infante don Sancho. —Sonrió al nombrarlo—. Pocos hombres hay de esa bravura.

Parecía que nuestro éxito en campaña dependía solo de él.

Al cabo de unos días, acusando mi tedio prolongado y las ansias que me carcomían mientras esperaba nuevas noticias de mi marido, doña Mencía me propuso hacer un pequeño viaje. Yo acepté enseguida, deseosa de comprobar si el espíritu de Beatriz podía seguirme más allá del limes de nuestro ducado. Así pues, dispusimos su equipaje y el mío, el pequeño séquito de damas y criadas que ella había traído consigo y mi leal Pía, y pusimos rumbo al castillo que don Pedro de Lara me regalara como arras con motivo de nuestro contrato matrimonial.

Doña Mencía casi había gritado de disgusto al enterarse de que aún no lo había visitado. Estaba convencida de que su hermano me

habría llevado durante nuestra breve estancia en Valdívar, pero lo cierto es que los preparativos para su partida nos habían robado mucho tiempo.

—¡¿Cómo es posible?! —exclamó—. ¡Si es vuestro! Tenéis que conocerlo. Además, los castillos que se nos entregan son una salvación para nosotras, las mujeres. Nos retiramos a ellos una buena temporada cuando necesitamos descansar, alejarnos del bullicio de la corte o estamos hartas de los maridos.

Para mí, que anhelaba a cada minuto el regreso de don Pedro, no existía esa posibilidad de hartazgo. Mucho menos de renuncia. De haber podido, lo habría seguido a la batalla, incluso si el espíritu de Beatriz no me acechara. Por él habría descendido hasta los mismísimos infiernos, como hizo Orfeo para recuperar a Eurídice. Yo no habría mirado atrás. Habría proseguido el camino hasta bañarnos con la luz del sol. Lo habría traído de vuelta, sin fallar. Porque igual que la inscripción de mi alianza, había nacido para servirle.

El castillo se ubicaba en una villa al noroeste de nuestro ducado. Se trataba de una pequeña residencia fortificada en la que habitaba una servidumbre algo escasa pero eficaz. Los criados mantenían los jardines bien cuidados y el espacio inmaculado, pese a que hacía mucho que por allí no pasaba nadie.

Su interior estaba ricamente ornamentado. En él se apreciaba el exquisito gusto de una gran dama, que había optado por recubrir las paredes de hermosos tapices y llenar las estancias de muebles y del lujo del oro y la plata en miles de enseres. La heráldica de los Lara —compuesta por dos calderas de sable— yacía en la vajilla junto al escudo de armas de los Aguilar —representada por un águila—. Bajo estos, se enredaban las iniciales P. L. y B. A.

Don Pedro de Lara y doña Beatriz de Aguilar.

Me sorprendió no haberlo descubierto nada más descender del carruaje y posar un pie en el castillo. Quizá me había acostumbrado tanto al aroma que ya no identificaba de dónde procedía, quizá se me había atrofiado el olfato, porque allí todo olía a agua de mayo y no se debía al espectro de Beatriz. La fragancia impregnaba cada rincón.

Aquel lugar había sido su residencia y yo me había apoderado de ella por casamiento. Sus arras, mis arras. Su esposo, mi esposo.

Un dulzor pegajoso se me aposentó en la boca y me templó la lengua. Volví la vista hacia el demacrado espíritu que me acosaba. Beatriz pisaba la delicada alfombra que un día había comprado y que en esos instantes manchaba con su propia sangre. Un escalofrío me recorrió la columna.

—¿Sabéis por qué vuestro hermano me prohíbe montar a caballo?

Doña Mencía de Lara me echó un ligero vistazo. Ella tampoco era capaz de ver al espíritu que me acompañaba. Contra todo pronóstico, Beatriz no estaba ligada ni al castillo ni a Valdívar. Solo a mí, por lo que había traspasado sin mayor problema el límite de nuestro ducado.

—Supongo que es por Beatriz —dijo al tiempo que tomaba asiento y pedía que nos escanciaran vino—. El miedo le habrá agarrado fuerte.

—¿Murió de una caída? —pregunté mientras nos entregaban el refrigerio.

—No. —Bebió un sorbo—. No lo sabemos, aunque presuponemos que fue así.

—¿Qué dijo el físico?

La de Cigales compuso una expresión de extrañeza. Dejó la copa sobre la mesa que había entre nosotras y se arrellanó en la silla de cadera, colocando las manos entrelazadas sobre su regazo. Yo ni siquiera había probado el vino. Ya notaba los sentidos demasiado embotados y la mente aletargada como para adormecerlos del todo.

—No hubo ningún físico, mi querida Mathilde. ¿No os ha contado nada mi hermano?

Negué y ella exhaló un hondo suspiro. Al pellizcarse el puente de la nariz, se hicieron patentes los gestos comunes entre ellos, la herencia indeleble de los Lara.

—Este hombre… —gruñó suavemente—. Siempre poniéndomelo tan difícil.

Soltó un último suspiro, cargado del típico cansancio fraternal. La intriga me roía el estómago.

—Nunca hallamos el cuerpo de doña Beatriz de Aguilar. Salió una tarde a galopar, era una excelente jinete, pero algo debió de ocurrirle. Quizá se perdió en la inmensidad del bosque y no supo encontrar el camino de vuelta a casa. Quizá se le echó la noche encima y se extravió. O quizá se cayó del caballo y quedó malherida. No lo sabemos.

—¿Por qué en el bosque?

Doña Mencía se encogió de hombros.

—Siempre se dirigía hacia allí. No es un mal sitio para pasear, pero hay que conocerlo bien.

Beatriz se había situado entre nosotras. No nos miraba, tenía la vista clavada en un punto indefinido de la estancia, e incluso así atendía a la conversación. Nos oía. Era evidente. Sus ojos se habían aguado a causa de la inminente tragedia.

—La buscamos por todas partes. No quedó ni un hogar de Valdívar sin remover, rastrillamos los pajares, vaciamos las cochiqueras, abrimos los arcones y los establos de cada granja, registramos parcelas y cultivos y nos internamos en el bosque una y otra vez. Don Pedro estuvo a punto de talar todos los árboles, de meterle fuego a la tierra. Lo habría hecho de ser preciso. Estaba enajenado, roto de dolor. Nunca lo había visto así.

Podía imaginármelo. Aquellas palabras reflejaban muy bien el carácter indómito de mi marido y la visceralidad con la que amaba.

—Dimos aviso a nuestro señor el rey don Alfonso, y nos prestó hombres para continuar con la búsqueda. Nosotros mismos nos desplazamos desde Cigales para ayudar, pero no fue suficiente. Ni siquiera con los Aguilar aquí encontramos rastro alguno de doña Beatriz. —Se mojó los labios antes de proseguir, turbada por los recuerdos—. Parecía que se la había tragado la tierra, que se la había llevado el diablo.

En realidad sí que parecía que se la había llevado el diablo, que la había arrastrado al infierno para martirizarla. Aunque lo extraño era que su martirio consistiera en permanecer conmigo en el mundo terrenal.

Si me fijaba, Beatriz presentaba suciedad por doquier. Llevaba barro incrustado bajo las uñas de las manos y tenía manchadas las

alhajas y las orillas del atuendo, por donde chorreaba un reguero de sangre. Múltiples heridas y rasguños le surcaban la piel visible, y unos ramajes, que antes no había percibido, sobresalían entre las guedejas de su cabello. Todo aquello explicaba la humedad, mugre y podredumbre que exudaba su espíritu. Era como un cadáver desenterrado de las profundidades del bosque.

—A los seis meses entendimos que no había esperanzas. —La voz de doña Mencía se quebraba—. Era casi imposible que Beatriz hubiera sobrevivido. No íbamos a encontrarla, ya había pasado mucho tiempo y probablemente habría servido de alimento a las bestias. Llegamos a la conclusión de que era mejor así, de que al menos no tendríamos que enfrentarnos a su cuerpo corrupto, que hubiera sido una imagen difícil de olvidar. Aceptamos que ya no estaba con nosotros, sino con Dios. La lloramos y homenajeamos como pudimos, y procuramos continuar con nuestra vida.

La boca se me había secado y la garganta era de la aspereza de una lija. En un vano intento, vacié de un trago la copa de vino. Aquello solo consiguió subirme los colores. Doña Mencía me dedicó una sonrisa plagada de ternura y lástima.

—Bebed tranquila, hermana mía. Esto solo se digiere con alcohol. Creedme, en aquellos tiempos todos bebimos demasiado.

Se enjugó la lágrima que se le había escapado y, con un chasquido de dedos, pidió un poco más de vino.

—¿Vuestra madre os contaba de niña esos cuentos que advierten sobre los peligros que entrañan los bosques?

Asentí, conmovida por la alusión a mi madre.

—Continuamente. Decía que eran oscuros y que en su interior solo albergaban maldad, que en ellos moraban fieras y animales de rapiña, malhechores.

—Pues ahora ya sabéis que son ciertos. Mi hermano no va a dejaros montar a caballo ni que rocéis las inmediaciones de ese maldito lugar.

—No soy un pajarillo al que enjaular. No puede encerrarme.

—Lo hará si eso os mantiene a salvo.

—Se le olvida entonces que los planes de Dios son los que son y que, cuando Él me reclame, yo tendré que acudir a su encuentro, sin

importar si me hallo en el bosque o en mitad de un fastuoso banquete, porque, dispuesta nuestra hora, no nos queda más que partir. Nadie puede truncar los designios divinos.

—Os recomiendo que obedezcáis, Mathilde, es capaz de ataros a la cama con tal de que no se vuelva a repetir la misma historia. No soportaría perder otro amor. A otra esposa.

Miré al fantasma de Beatriz. Unos lagrimones ardientes le caían por el rostro, dejando un surco de mugre en sus macilentas mejillas.

18

Nuevas

En los meses venideros continuaron llegando noticias esporádicas de mi marido. Las traía siempre el mismo mensajero, un muchacho rubio e imberbe que cruzaba desde la frontera hasta los señoríos nobiliarios, en los que aguardábamos impacientes las esposas de los grandes hombres. Era veloz y sigiloso, dormía poco, cabalgaba mucho y tomaba rutas difíciles de rastrear, escondiéndose entre los bosques por si los moros estaban al acecho. Cuando aparecía estaba tan cansado, y nosotras tan ansiosas por leer las nuevas, que le arrebatábamos la carta y él corría a las cocinas a que lo atendieran con ricas viandas y un buen vino. Echaba un día en Valdívar para reponerse y luego partía nuevamente.

A veces, nos entregaba dos misivas unidas por un cordel, escritas en jornadas diferentes, ni siquiera cercanas en el tiempo; en ellas se nos relataban acontecimientos bélicos de inevitable crueldad. Entonces, las doncellas y siervas se tapaban los oídos y chillaban de angustia. Mi suegra rompía a llorar silente y yo la consolaba con palabras de aliento, embridando la pena de la que también adolecía, pero que me negaba a dejar salir mientras ella me necesitara. Porque doña Inés Pérez de Lara trataba de aparentar fortaleza, la seguridad de la que se revisten las madres para tranquilizar a su progenie; sin embargo, con cada noticia se fragmentaba en miles de pedazos. La vivacidad que yo anhelaba aportarle mermaba frente a todas esas agonías que había ido acumulando en el transcurrir de los años y que no cesaban.

No todo lo que se nos contaba era muerte y desolación, la política y la añoranza se entremezclaban en las cartas, y yo me aferraba a esto último. Me acercaba los pergaminos a la nariz para ver si podía captar una pizca del aroma almizcleño de don Pedro, los guardaba en una bonita arqueta de mi alcoba personal y los leía una y otra vez hasta memorizar sus palabras, como si así la distancia se acortara y fuera él mismo quien me hablara.

Mi muy amada Mathilde:

Nunca pensé que vería el infierno cara a cara, al menos no mientras viviera, pero heme aquí. No puedo parar de recordar el día de nuestra despedida, cuando os lanzasteis a mis pies para suplicarme que os llevara conmigo. Qué bien hice en no ceder. No sabéis cuantísimo sufrimiento os he ahorrado. Os considero una mujer de gran valor, afectuosa, devota, inteligente y piadosa, mas sabed que todas vuestras virtudes se os habrían quedado cortas en un sitio como este, incluso si os hubiera aposentado en un lugar seguro, lejos de donde batallamos. De ver esto, habríais perdido vuestra candidez y yo jamás me lo habría perdonado. A esto no habríamos sobrevivido ninguno.

Aquí prevalece la brutalidad y la peligrosidad es extrema. No solo para las huestes, sino para todos los que habitan en las villas fronterizas. No podéis ni imaginar el miedo y la desesperación que se han apoderado de las gentes. ¿Sabéis eso de que los carniceros son percibidos como hombres crueles y sanguinarios, pues despiezan y matan sin piedad? Estos muslimes son aún peor.

Los benimerines y ese maldito de Abu Yusuf son una plaga infame, una inundación, una nube de langostas. No han pasado junto a un árbol sin talarlo ni ante una aldea sin arrasarla, no han dejado un rebaño sin robar ni mieses sin incendiar. En su avance han cometido atrocidades que nos hacen querer arrancarnos los ojos. Han matado y mutilado a innumerables cristianos, gentes de bien que nada malo han hecho más que trabajar estas tierras desde que se asentaran aquí en época del rey don Fernando, padre de nuestro señor don Alfonso. Han quemado sembrados y destruido alquerías y propiedades enteras hasta asolar Córdoba, Úbeda, Baeza y sus alrededores. Los campos parecen iluminados por el alba, pero solo es el fuego.

Cada vez que toman una fortaleza, se apoderan de todo lo que hay en ella y se llenan las manos de botines manchados con sangre de inocentes. Hacen cautivos a hombres, mujeres, niños y ancianos por igual, y luego los esclavizan. Por si fuera poco, roban rebaños enteros, víveres, vestidos, armas y otros pertrechos que usan para combatirnos y resistir. Algunos dicen que lo que han reunido podría llenar valles y montes, que sería imposible de contabilizar. Así de devastada está nuestra frontera.

Todos los días rezamos al Altísimo para que nos dé fuerza y valor, para que incline la balanza a nuestro favor y en la próxima contienda venzamos al enemigo. El infante don Sancho grita que esto lo ganaremos por la gloria de Dios y de Castilla. Yo creo, amada mía, que tarde o temprano nos haremos con la victoria; si no es mediante el acero, será mediante un pacto.

Como sé que estas nuevas os habrán apenado, os ruego que hagáis algo por mí. Orad, orad por mí y por estos buenos hombres. Cuidad de mi madre y manteneos alegre.

Dios os salve, amada mía.

Vuestro leal y servil esposo,
DON PEDRO DE LARA, DUQUE DE VALDÍVAR

Mi muy amada Mathilde:

Es noche cerrada y la lumbre empieza a menguar, por lo que a duras penas veo si lo que os escribo tiene algún sentido. Espero que sí, porque en mi mente, al menos, las palabras se presentan claras e inequívocas. Lamento si esta carta no es excesivamente extensa, pero arrastro un gran cansancio y los ojos se me cierran solos, así que voy a arañarle unos últimos momentos al sueño para informaros de lo que aquí acontece.

Mis heridas curan bien, no os preocupéis. El ánimo entre los hombres aún no ha decaído, gracias a Dios, y de Valdívar no hemos perdido a casi nadie. El infante don Sancho cabalga y combate con una ferocidad gloriosa. Lidera como lo haría un rey; de hecho, creo que son precisamente sus aspiraciones al trono lo que lo mantienen en ese estado de absoluta vigilia. Defiende la frontera con uñas y dientes, casi parece que en cualquier instante le nacerán colmillos y zarpas, que mostrará su verdadera naturaleza y se lanzará a descuartizar moros. Ya os dije que trataría de hacer méritos en la batalla.

Por si os lo estabais preguntando, fue un infiel quien me infligió las heridas. Ya está muerto.

Dios os salve, Mathilde.

Vuestro leal y servil esposo que tanto os ama,
DON PEDRO DE LARA, DUQUE DE VALDÍVAR

Mi muy amada Mathilde:

Me complazco pensando en vos, pero el gozo me dura poco. La intimidad escasea y ya no sé qué anhelo más, si vuestra hermosa voz, que siempre aporta consuelo, o la suavidad y tibieza de vuestro cuerpo. Cuento los días para volver a veros, besaros y deleitarme con los deberes maritales.

Espero que tengáis de mí el mismo deseo que tengo yo de vos.

Dios os salve, Mathilde.

Vuestro ferviente y leal esposo,
DON PEDRO DE LARA, DUQUE DE VALDÍVAR

Mi muy amada Mathilde:

Espero que la vida en Valdívar esté siendo plácida y plena pese a que yo os falte. Creedme, nada me agradaría más que volver a casa y solazarme con vuestra mera presencia. Os extraño. Os deseo. Y rezo cada día para que nuestra separación no os esté dañando tanto como a mí y se os esté haciendo leve. No dejéis que esto os quiebre el ánimo.

De momento, tenemos bien controlada la defensa terrestre. Los maestros de Calatrava y Uclés continúan ocupándose del reino de Jaén, Lope Díaz de Haro se halla en Écija y los hombres del linaje de los Castro, Fernán Ruiz de Castro y Esteban Fernández de Castro, deudos del esposo de mi querida hermana, don Ramiro Fernández de Castro, combaten en Córdoba.

Pero, si os soy sincero, nos inquieta el mar y lo que por allí pueda venir: navíos cargados de moros que arriben a nuestras costas y ofrezcan ayuda al sultán de Granada y a Abu Yusuf y sus benimerines. Dado que Algeciras y Tarifa están bajo su control, les sería tremendamente fácil recibir a sus compañeros y hostigarnos aún más. Para impedir esto, el infante don Sancho planea mandar una flota a proteger el estrecho. Si llegan víveres y armas, los interceptaremos. Si intentan llegar más muslimes, los ahogaremos en el mar. Con esta nueva medida, quizá podamos remediar el recrudecimiento del conflicto.

Hasta que nuestro señor don Alfonso regrese a Castilla o los moros caigan, seguiremos luchando. Hasta que las fuerzas aguanten.

Dios me llevará a vuestros brazos muy pronto, Mathilde. Mientras tanto, cuidaos.

Mi corazón os anhela.

Vuestro leal y amante esposo,
DON PEDRO DE LARA, DUQUE DE VALDÍVAR

Mi muy amada Mathilde:

Añoro las semanas en Nailloux, que ahora se me antojan tan eternas como lejanas. Cómo desearía regresar a ellas, detener el tiempo en esos precisos instantes para quedarnos a vivir ahí, entre el cortejo y el matrimonio, entre el anhelo y la satisfacción, en esos momentos de dicha prolongada.

Como veis, me ha arrollado la nostalgia, una enfermedad infecciosa que aquí se extiende con suma celeridad. En cuanto uno la padece y lo dice en

voz alta, todos se levantan contagiados a la mañana siguiente. Ninguno llora o gimotea, pero los ojos no mienten. Los hombres despiertan con languidez, les pesan los músculos, y no es por la espada o los trotes de la batalla. Así que, para no turbar a nadie, es mejor callar y sufrir en silencio. Yo, para no rumiarlo demasiado y abrirme heridas en el alma, os lo dejo por escrito.

Tendríamos que habernos conocido antes, así habríamos gozado de más tiempo. Se nos ha concedido uno muy escaso para lo mucho que nos amamos y necesitamos, y esa injusticia me está matando. Dios me permita volver pronto a veros, pues vuestra ausencia duele más que el mordisco de una espada.

Cuidaos.

Vuestro gentil esposo,
DON PEDRO DE LARA, DUQUE DE VALDÍVAR

Mi muy amada Mathilde:

Esta breve misiva es para comunicaros que sigo vivo. Yo y los míos. Las heridas han sanado, pero otras nuevas han aparecido, así que estamos todos llenos de vendajes, rasguños y sangre reseca. Por fortuna, no siempre es nuestra. Mucha de la que nos baña pertenece a los moros que hemos abatido, así que la vestimos con el orgullo del vencedor.

Me temo que voy a tardar un tiempo en retomar las lecturas de las campañas bélicas de Julio César. Siempre lo digo, no es lo mismo leer las contiendas de un grande que vivirlas. Quiero creer que hallaremos paz en cuanto esto termine, y que nuestros nombres quedarán grabados para la posteridad, que nuestro linaje se engrandecerá, que dejaremos marca en la historia de Castilla.

Empiezan a escasear la tinta y el pergamino, mi querida esposa, pero intentaré seguir escribiéndoos.

Salvaguardaos.

Mi amor por vos es inmenso.

Vuestro esposo, que tanto os piensa,
DON PEDRO DE LARA, DUQUE DE VALDÍVAR

Mi muy amada Mathilde:

Ya no sé de dónde procede el peligro, si de esa horda de infieles que quieren hacerse con nuestras tierras y aúllan para atemorizarnos o de quienes empuñan los aceros afilados que duermen a mi lado.

El infante exige mi lealtad más que nunca y yo intento sortear este dilema recordándole que su padre, el rey, se halla en camino y que nadie más que él

decidirá el destino de nuestro reino. Pero él no desiste. Me promete mercedes y encumbrarme aún más, hacerme el mayor hombre del reino, aunque tengo entendido que eso mismo ha jurado concederle al señor de Vizcaya, don Lope Díaz de Haro, quien defiende su causa a sangre, si es preciso.

Sancho ya se hace llamar hijo mayor, heredero del rey don Alfonso, y eso que no hace tanto que su hermano ha fallecido. Todos seguimos de luto.

No le contéis nada a mi querida madre, no vaya a caer enferma a causa de la preocupación y tenga yo que regresar a Valdívar para darle cristiana sepultura antes de finalizar la guerra.

Dios os salve, esposa mía.

Os ama vuestro leal y batallador esposo,
DON PEDRO DE LARA, DUQUE DE VALDÍVAR

19

Ya no estáis en Francia

Principios de noviembre de 1275

El castillo se había llenado de trapos amarillos. Estaban por las grandes estancias, por las cocinas y los establos, por los patios, la halconería y la armería. En las estancias se utilizaban para retirar el polvo. En los establos, para que el caballerizo mayor y los mozos se asearan tras una dura jornada de trabajo. En la armería, para abrillantar las armas. En los patios, simplemente rondaban. Y en la halconería, jamás lo averigüé.

Reparé en ellos por vez primera en las cocinas, al acudir a hablar con el despensero, un hombre entrado en años que se encargaba de la compra de alimentos, la guarda de la despensa y la repartición de las raciones del personal. Estábamos ahí, junto al cocinero, hablando sobre los servicios de las próximas comidas de la semana, cuando vi a una muchacha frotar la mesa con fruición con uno de esos paños amarillos. En la otra esquina, una mujer hacía lo mismo con el poyo auxiliar. Se los señalé a Pía, quien los observó con atención, curiosa.

—¿De dónde han salido estas nuevas pañoletas? —le pregunté a la joven moza de cocina, a sabiendas de que no estábamos gastando dinero en ciertos menesteres.

Esta se encogió de hombros.

—Ni idea, mi señora. Nos las trajeron hace algunas semanas y desde entonces no han parado de llegar.

—Son antiguas camisas, mi señora —dijo una mujer afanada en el fuego donde guisaba—. Lucía comentó que se le habían quedado

ásperas a doña Inés y, para no desaprovecharlas, se han hecho trapos y se han ido repartiendo. Una pena, porque en realidad yo creo que aún se podían usar.

Pía me miró alarmada.

—¿Antiguas camisas?

Cogí una de ellas y la examiné. Tenía la textura del ranzal, el lino más fino, y el color azafrán desvaído de tanto restregar y someterlo al jabón. Otra estaba hecha de algodón y aún contaba con uno de los cordones con los que se anudaba el escote. Otra poseía los resquicios de un rico bordado; por su longitud, debía haber sido una manga. Todas aquellas telas desgarradas y manchadas de salpicones eran retazos de las camisas que yo había vestido y traído desde Nailloux. Eran inconfundibles, y no por los tejidos, sino por el amarillo que tan de moda se había puesto en Francia y que en Castilla desentonaba.

Me quedé paralizada, como si hubiera recibido un duro golpe y no hubiera tenido tiempo de asimilar ni el daño ni el escozor. Lo cierto es que una bofetada me habría dolido menos.

Con los paños ambarinos todavía en las manos, recordé el nombre que había pronunciado la cocinera. Lucía. El golpe fue aún peor, más certero y humillante.

Aquella mujer engreída había violado mi privacidad. Se había colado en mi alcoba y había rebuscado en mis arcones, entre mis pertenencias personales, allí donde guardaba las ropas interiores y los paños del sangrado mensual. Sus sucias manos habían toqueteado mi intimidad. Y a saber qué le habría dicho a mi suegra para confundirla y que esta creyera que había de tirar o despedazar esas camisas impecables, pues doña Anne de Albret, recelosa de las habladurías, me había hecho todo un ajuar y un guardarropa nuevo antes de mi casamiento.

Avisé a las muchachas de que me quedaría con esos trapos añejos y me lancé rauda en busca de mi suegra. Por la hora que era, debía estar en uno de los salones escuchando a alguna de sus doncellas leer pasajes de las Sagradas Escrituras. Daba por sentado que allí estaría Lucía.

Me negaba a enfrentarme a ella a solas, ya había demostrado que tenía la lengua demasiado afilada y que le gustaba enzarzarse en juegos peligrosos, mentía más que hablaba y no le importaba incurrir en dicho pecado. Si la acusaba de haber entrado en mis aposentos y haberme robado, se echaría a reír a carcajadas. Lo negaría. Lo mejor que podía hacer era atraparla en sus tejemanejes frente a doña Inés Pérez de Lara, a quien envenenaba en secreto.

Porque hasta entonces, Lucía había destruido mis camisas y logrado que doña Inés expulsara a mi séquito de damas. Me había declarado la guerra. Así que yo trataría de destruir la confianza que mi suegra había depositado en ella. Le arrancaría la tela con la que Lucía le había tapado los ojos para que no viera sus viles embustes.

—No sé cómo no me había percatado, mi señora —dijo Pía, que caminaba apresurada a mi lado, agarrándose las faldas para no tropezar—. No sé cómo ha pasado. Pensé que las camisas aún estarían sucias, que las tendría la lavandera… Perdonadme. Ha sido un error. Un error terrible que no volverá a repetirse.

—Desde luego, porque no me deben quedar más camisas para que hagan trapos.

—Lo lamento tantísimo, mi señora Mathilde. Jamás hubiera imaginado que…

—Nadie podría haberlo imaginado y nadie podría haberlo evitado —dije con ánimo de zanjar aquella letanía de disculpas.

Con Margot y Clémence jamás habría sucedido algo así, pero ellas estaban muy lejos, en Francia. Solo contaba con Pía para que me lavara y vistiera, me peinara y acicalara, me preparara el baño, me barriera la alcoba, me cambiara las ropas de cama y cuidara de mis efectos personales. Aquello era demasiado para una persona. La pobre cargaba con los deberes de casi cinco muchachas sobre sus hombros. ¿Qué más le iba a pedir?

—Bueno, si hubiera estado más pendiente de los ropajes que salen y entran… —resollaba intentando seguirme el paso, cada vez más acelerado.

Me detuve enseguida y la miré a los ojos. Era tan buena y servicial, con esas mejillas rellenas y esa nariz respingona, que, incluso con los dientes torcidos, me parecía bonita.

—Pía, por Dios, ¿qué creéis que deberíais haber hecho? ¿Apostaros frente a mis arcones cual perro guardián?

Ella esbozó una media sonrisa.

—Estáis libre de culpa, así que no os fustiguéis por un delito que no habéis cometido.

Tal y como había sospechado, doña Inés Pérez de Lara se encontraba en el salón, en una silla arrimada a una de las ventanas, pero resguardada del implacable sol. A su lado estaba Lucía, de pie. Entré provocando cierto estruendo y dejé abiertas las puertas de par en par; la doncella que leía no cesó en su tarea. Mi suegra, no obstante, se sobresaltó y Lucía le susurró unas palabras al oído que yo interpreté como el anuncio de mi llegada. Probablemente, no mencionó que me seguían Pía y el espíritu errante de Beatriz, al que nadie veía.

Doña Inés me saludó y me invitó a sentarme a disfrutar de la lectura. La besé en la mejilla y rehusé tomar asiento. Me quedé allí, también de pie, con los brazos en jarra y los trapos amarillos arrugados en una mano. Cuando le pregunté sobre las camisas convertidas en harapos, se le formó una pronunciada arruga en el ceño. De inmediato, Lucía se estiró de una manera poco sutil, intentando esconder su incomodidad.

Mi suegra dispensó a su séquito de doncellas, el cual se retiró, y así, sin más, la lectura tocó su fin. Solo quedamos nosotras, nuestras fieles criadas y el espectro de Beatriz, que observaba la escena sin parpadear.

—Ah, sí, tenía algunas prendas ya muy desgastadas. Al principio, pensé en cedérselas a la servidumbre, como tengo por costumbre, pero me dio la sensación de que estaban a punto de deshilacharse. Ni siquiera sé cómo no me di cuenta del deterioro poniéndomelas día a día.

Empujé la rabia garganta abajo antes de decir:

—Temo comunicaros, mi señora, que las camisas que se han hecho jirones eran mías. Camisas amarillas, teñidas de azafrán, la última moda en Francia. —Hice una bola con los trapos y se los lancé a Lucía, a quien le rebotó en el pecho y le cayeron en las manos.

Ladina como era, no agachó la cabeza, no mostró ni ápice de pudor.

—No —titubeó doña Inés, cuyo rostro se contrajo, sus labios se entreabrieron y el desconcierto le nubló la azulada mirada—. No puede ser, hija mía. Si estaban en mi alcoba, al fondo de mis baúles, junto a un montón de vestiduras que hace mucho que no utilizo y que tenía que distribuir entre los siervos del castillo. Es una labor que llevaba posponiendo desde hace un tiempo. ¿Cómo es posible?

Enarqué una ceja y clavé los ojos en Lucía, quien esgrimía una sonrisa cortante.

—Sí. ¿Cómo es posible, Lucía? —pregunté.

Doña Inés volvió la cara hacia ella, como mirándola con curiosidad, mas sin juicio. Esperaba una respuesta que le satisficiera.

—Habrá sido una confusión, mi señora. O un error. Puede que la lavandera haya estropeado las camisas de nuestra señora Mathilde al dejarlas demasiado tiempo en agua y jabón. Puede que las haya roto de tanto frotar.

—¿Solo las mías? —espeté.

Lucía dejó caer las pañoletas sucias al suelo.

—Eso parece. Puede que la mujer no haya querido contarlo por miedo a una dura reprimenda. —Y entonces se agachó para murmurarle a doña Inés en un gesto confidencial que para nada lo era—: Ya sabéis, mi señora, que algunas criadas y sirvientas temen su temperamento francés.

—Mi temperamento francés es lo que menos deberíais temer —gruñí, dando un paso hacia delante.

—Hay tantísimas vestiduras en este castillo, tantísima ropa que lavar —prosiguió Lucía, todavía acuclillada junto a su señora, endulzándole los oídos—. La de vos y doña Mathilde, la de los oficiales que aquí trabajan, la de las doncellas, criadas, criados… No es de extrañar que alguien se haya confundido y haya colocado las camisas de doña Mathilde donde no debía, y se ve que yo no me he percatado.

Mi suegra asentía una y otra vez, hechizada por sus palabras melifluas. Creía con absoluta convicción lo que Lucía le contaba, que todo se debía a una simple y absurda equivocación.

—¿No os habéis percatado de que todas eran prendas mías? —escupí.

Lucía se levantó y compuso una mueca de aflicción.

—No soy yo, mi señora, la que se ocupa de la guarda de vuestra ropa. —Echó un vistazo a Pía, quien palideció del disgusto.

De nuevo sentía la picazón en la palma de la mano que me impelía a cruzarle el rostro. Que le extirpara la sinvergonzonería de un golpe. Apreté los puños y me clavé las uñas. Antes de que pudiera contestar a su insolencia, doña Inés me tendió el brazo, con los dedos estirados en busca de los míos. Los tomé y me arrodillé para estar a su altura, y ella posó su mano sobre mis mejillas y sonrió con dulzura.

—Se os proveerá de nuevas camisas, hija mía. Descuidad. Camisas blancas con hilos de oro y plata. Camisas margomadas. Que para algo ya no estáis en Francia. Lucía os las llevará a vuestra alcoba. ¿Verdad, Lucía? —pronunció aquello con tal dureza que, por primera vez, la criada se mordió la lengua y el orgullo. Doña Inés le había lanzado una mirada recriminatoria, gélida.

—Por supuesto, mi señora —balbuceó obediente, con la cabeza gacha.

No pude evitar que se me elevaran las comisuras. Doña Anne de Albret decía que a base de palos aprende el perro. A aquella fiera disfrazada de sirvienta tendría que darle más de uno.

—Por desgracia, no podemos encargaros camisas nuevas. Las costureras tardarían demasiado y este asunto es urgente. Además, hemos recortado gastos. Tendrán que bastaros algunas de las camisas de doña Beatriz de Aguilar. La mayoría de ellas ni siquiera han sido usadas. Tenía demasiados ropajes intactos, sin estrenar. Aún guardamos muchos de ellos.

Espantada, retiré las manos y los dedos de mi suegra quedaron desmadejados. Me puse en pie y clavé la vista en el fantasma de Beatriz, que se hallaba a tan solo unos pasos de mí. No importaba cuánto la ignorara, siempre estaba ahí, persiguiéndome. Era una sombra alargada de la que no podía librarme. Una sombra que me hacía noche.

—No llevaré las vestiduras de Beatriz.

Doña Inés chasqueó la lengua, una oleada de cansancio se apoderó de ella.

—Hija mía, el dinero es un bien del que hemos de cuidar. Son tiempos difíciles, tiempos de carestía. Estamos en guerra.

—La guerra no cesará porque yo renuncie a mis camisas.

—Cierto, mas hablad con el administrador y veréis que recibiréis esta misma respuesta. No podemos gastar dinero en banalidades.

—Vestir no es algo banal. Vos misma lo habéis dicho, es urgente. De necesidad.

No. No iba a llevar las exquisitas camisas de doña Beatriz de Aguilar. Ya había colgado sus tapices en mis aposentos. Ya había catado al que fue su marido y este me había llamado por su nombre. Desde entonces no paraba de verla delante de mí. No paraba de oler a ella, a podredumbre y agua de mayo, y la boca me sabía a melaza. Prefería ir desnuda que portar sus vestiduras.

—Mathilde, hija mía —rogó mi suegra—. Os hemos encargado unos carísimos tapices y no hemos mirado el dinero. Cuando os confeccionen vuestro vestido de nupcias, no miraré el dinero. No repararé en gastos en las celebraciones y el banquete. Lo juro ante Dios, nuestro Señor.

—Traje telas suficientes para hacer vestidos y otros ropajes. Las utilizaremos para las camisas.

—Aun así habrá que costear la habilidad y las manos que os las hagan.

No podía. No. Si me ponía esas camisas, no me desprendería jamás del aroma de Beatriz, por mucho que me restregase en cada baño. Tendría que lijarme la piel, arrancármela a tiras. Acabaría vomitando.

—No será tan costoso. Son solo unas camisas.

—Y luego llegarán otras cosas que tampoco nos parecerán tan costosas, pero todo lo es en tiempos de escasez. Mathilde —susurró —, estamos en guerra, la gente se muere desangrada en la frontera. Los hombres que no caigan en batalla regresarán lisiados e incapacitados, mutilados, no podrán ejercer sus oficios y tendrán que darse a la mendicidad. Nadie puede vivir eternamente de la

caridad ajena y a nadie le gusta vivir de la caridad ajena; es denigrante. Ya lo hemos hablado, hemos de practicar la privación.

—Venderé mis joyas, si es menester, para mantener el ducado y a sus gentes —repuse.

—Solo recurriremos a eso en caso de absoluta necesidad, porque no se trata de vender lo que tenemos. Se trata de no derrochar, de no gastar.

Casi no podía apartar la vista de Beatriz y sus ropajes mancillados de desolación. De imaginarme con ellos, un nudo me constreñía el esófago.

—Se vienen malos momentos, Mathilde. Malos momentos para todos, incluso para la Corona, que habrá de presenciar a miles de familias sin nada que llevarse a la boca, a ancianos y niños enfermos. Muchos morirán de hambre —insistió doña Inés—. Y Valdívar no será una excepción. Vos sois la señora de estas tierras y debéis salvaguardar a sus gentes de ese cruel destino.

Pensé en mi infancia. Yo sabía lo que era el rugido del estómago por las noches, la imposibilidad de dormir por ese roer en las entrañas. Y encima descubrir, a la mañana siguiente, que los mendrugos de pan han endurecido. El hambre es una cosa horrible. Te quita las ganas de vivir, te carcome la esperanza.

Visualicé a todas esas familias humildes, familias de muchos hijos viviendo bajo el mismo techo, hacinados en un hogar de una sola habitación, donde lo mismo se jugaba que se cocinaba, donde lo mismo se dormía que se comía. Los visualicé con los huesos marcados y las manos extendidas, pidiendo limosnas mientras yo vestía unas deslumbrantes camisas de oro y plata, y mis joyas destellaban frente a su suciedad. La culpabilidad me pellizcó el pecho y una balsa de bilis se me instaló en la garganta, llamando a las náuseas.

Qué egoísta había sido. Qué avariciosa. Qué mezquina. Qué ingrata. ¿En qué monstruo impío y sin sentimientos me había convertido? ¿Acaso Jesús no había expulsado a los mercaderes del templo? ¿Acaso no auxiliaba a pobres y menesterosos, a leprosos, mundarias y tullidos, a los que eran observados con miedo, desprecio e inquina? ¿Acaso Él no condenaba la usura y abogaba por

la humildad y la carestía? ¿Qué hacía entonces yo abrazando pecados en los que jamás había incurrido?

La vergüenza me tiñó las mejillas del color de la grana y no pude más que agradecer que ni doña Anne de Albret ni mi progenitora hubieran presenciado aquel comportamiento deleznable tan impropio de mí. Haber elegido el boato por encima de mis gentes, de su sufrimiento…

¿Cómo iba a abocar a nadie a negarle el pan a sus hijos? ¿Cómo iba a renegar de mi propio pasado de niña hambrienta y madre repudiada, de niña huérfana al borde de la calle o la prostitución? La misericordia de mi amable vecina me había salvado y, en ese momento, Dios me ofrecía la misma posibilidad. La de salvar a otros.

Doña Inés se apoyó en su fiel Lucía y vino en mi busca. Me agarró de los antebrazos, temblorosa, y se acercó hasta que nuestras narices casi se rozaron. Sus ojos ciegos estaban posados en mí, empañados.

—El sacrificio que hoy haremos nos será recompensado mañana. —Le rilaba la voz—. Cuando la guerra contra los moros finalice, podremos hacer frente a las adversidades que se nos presenten porque estaremos preparadas. Podremos ofrecer a nuestro pueblo el dinero ahorrado para que así sobreviva, para que salga adelante. Vos sois una buena mujer, una mujer dadivosa, Mathilde, y sé que haréis lo correcto.

La visión se me nubló a causa de las lágrimas. Más allá de la figura de mi suegra, estaba Beatriz, con sus heridas y sus rasguños y ese charco de sangre. Parecía querer decir algo, pero los labios no se le despegaban. Me dieron aún más ganas de llorar.

—Haré lo correcto, mi señora —dije, sosteniendo a doña Inés por los codos—. Cumpliré con mis obligaciones como duquesa de Valdívar.

Quizá, durante unos instantes, me vencieran la soberbia y el miedo, pero, finalmente, la memoria de mi madre prevaleció. La bondad por encima de todo.

Para cuando el otoño tomó por completo Castilla y las hojas de los árboles se tornaron de un marrón terroso y un naranja oscuro, doña Inés Pérez de Lara me convenció de que me desposeyera de todo lo que fuera francés. «Ya no estáis en Francia —me decía—. Ahora sois de aquí y las gentes han de veros como una castellana más. Debéis adoptar nuestras costumbres, así como habéis adoptado nuestra lengua». Y yo acepté.

Acepté por mi marido, por el cariño que tenía a su madre y porque, en aquellos meses en que don Pedro no estaba, ella sufría sobremanera, en especial con cada misiva que llegaba relatando los horrores de la contienda. Eso y las disputas que había tenido con su criada Lucía —las cuales no menguaban— eran motivos suficientes para tratar de complacerla de algún modo. Doña Inés no merecía más preocupaciones ni quebraderos de cabeza, no después de tantos padecimientos. No en esos momentos en los que su hijo combatía en la frontera y podía vestirnos de negro en cualquier instante.

Así que, poco a poco, fueron desapareciendo las indumentarias que me ataban a mis deudos, al linaje Leblond y al que había sido mi reino, y fueron sustituidas por las que antaño pertenecieron a la difunta Beatriz de Aguilar. Mis arcones se convirtieron en una puerta entre el pasado y el presente, el punto de unión de nuestras personas. Cada vez me costaba más reconocerme en la superficie pulida de los espejos, que me devolvían una efigie que se parecía a mí y, al mismo tiempo, a una mujer que yacía muerta desde hacía año y medio. Había mudado la piel y me habían revestido con otra, casi a la fuerza.

Todo olía a ella: las camisas, las sayas, los pellotes. Hasta las cofias y las tocas. Por extensión, también mi lecho, mis sábanas, mis joyas, mis peines, los lienzos con los que me secaba, mi alcoba y yo por entero. Si alguna vez había creído odiar el agua de mayo, me equivocaba. No tenía ni idea de hasta qué punto la aborrecería. Tampoco alcanzaba a comprender por qué esa mujer de una belleza cegadora se había embadurnado asiduamente en agua de mayo, si esta servía para estirar la piel de los pechos y la cara. ¿Para qué si

ella tenía una tez inmaculada, prístina, de la perfección del alabastro? O, al menos, hasta su trágica muerte.

La animadversión de doña Inés hacia emplastos y cosméticos se agravó aún más, y para mediados de noviembre ordenó rebajar los gastos concernientes a ello. Aludió a la necesidad de ahorrar, pero lo cierto es que una mañana me había acariciado el rostro y fingió que a los dedos se le había adherido una sustancia untuosa. Así que, durante largo rato, se dedicó a advertirme sobre los males de la vanidad, los peligros de la frivolidad y el castigo de quienes solo atienden a la belleza.

Doña Inés sabía que, aunque yo no empleaba afeites nuevos, sí que había empezado a maquillarme un poco más. Su leal Lucía le describía con todo detalle lo que sus ojos recogían, y hacía semanas que se había fijado en que me coloreaba las mejillas de un rosa intenso y que procuraba tapar las ojeras de las noches de insomnio.

—No hay que excederse en ungüentos y adornos, hija mía. El demonio nos ronda —me avisó mi suegra.

Podría haber inventado cualquier pretexto, mas habría sido en vano. No podía excusarme en que era para complacer a mi marido —que habría sido el único aceptable—, dado que no se hallaba en el hogar. Por si los fuegos del infierno o la mala reputación no me amilanaban, me recordó que una cara lavada era símbolo de claridad y pureza, y que con ella demostraría mis penurias al pueblo, que ansiaba ver reflejadas sus cuitas en sus señores para así sentirse más cercano a ellos.

—Que no puedan acusarnos de derroche o despreocupaciones. Que no se piensen que no sufrimos con lo que está pasando —dijo solemne doña Inés—. Sacrificamos la belleza en un gesto de humildad, para que Dios traiga de vuelta a nuestros hombres, que lo sepan todos y que todos lo vean.

Así, los recipientes de ungüentos, perfumes y cosméticos fueron cubriéndose de polvo y olvido.

20

Excrementos y un balde de agua

Diciembre de 1275

Me encontré a mi suegra acuclillada, con el ceño fruncido y los ojos fijos en la puerta encajada. Se había arremangado las orillas de los ropajes, que, debido a su posición inclinada, le pendían por delante con mayor holgura. Para que no perdiera el equilibrio, Lucía y otra de sus habituales sirvientas la sostenían con firmeza, cada una de una mano.

Al verla, proferí un sonido de sorpresa. Era la primera vez que nos hallábamos en esa situación. Agaché la cabeza a modo de disculpas y dije:

—Lo lamento, mi señora. Regresaré luego.

Pía, que venía conmigo, ni siquiera se asomó, se quedó fuera, en la seguridad del pasillo. Yo la envidié. Aquella era una imagen que desearía haberme ahorrado; por desgracia, se me grabaría para siempre en la memoria.

—¿Es Mathilde? —quiso saber doña Inés.

Pese a que los años de ceguera la habían dotado de un finísimo oído, capaz de reconocernos a todos con el simple murmullo de nuestra respiración o el eco de nuestros pasos, a doña Inés le gustaba preguntar y recibir confirmación.

—Es doña Mathilde —corroboró la fiel Lucía, que apretaba los esqueléticos dedos de su señora.

Doña Inés esbozó una sonrisa.

—Pasad, hija mía. Pasad.

Todavía aferrada a la puerta, miré en derredor. Allí había más personas de las que cabría esperar. El séquito de doncellas de doña Inés se había congregado en la sala y, dispuesto en semicírculo, aguardaba a que ella finalizara con su tarea. Para entretenerla hablaban de cotilleos cortesanos y del avance de la guerra. Eso último me hacía preguntarme si, en vez de ayudarla, más bien no la estreñiría.

Estaba a punto de rehusar la invitación cuando mi suegra insistió, recurriendo a ese poder suyo de persuasión. Enseguida supe que no tenía alternativa. No me quedaba otra que acompañarla, así que Pía y yo entramos, y el espíritu de Beatriz nos siguió, silente y apesadumbrado.

Disponíamos de varias letrinas en el castillo. La servidumbre acudía a unas tan estrechas que el hedor se condensaba entre los muros y la nariz casi rozaba la puerta. Aquella, en cambio, era la más espaciosa por ser de uso exclusivo para los Lara y sus ilustres invitados, aunque para las noches teníamos bacinillas en los aposentos, que se descargaban cada mañana. No obstante, y a pesar de las grandes dimensiones de la estancia, el ventanuco por el que escapaban los malos olores y el agujero del suelo por el que se evacuaba, el fuerte hedor a excrementos no se disipaba.

Me coloqué a un lado y posé la mirada lejos de mi suegra y sus intimidades. Sin embargo, por mucho que tratara de ignorar lo que acontecía, no podía cerrar los oídos ni apagar el olfato. Los sentidos me traicionaban y yo arrugaba la nariz con cada ventosidad y apretaba los dientes con los gruñidos de esfuerzo de doña Inés.

Durante unos minutos que se me antojaron eternos, participé en la conversación. Mi suegra, aún concentrada en sus intestinos, también seguía el ritmo de la charla. A veces, incluso se dirigía a mí y requería mi opinión sobre un tema u otro, algo que me incomodaba todavía más. Yo me deshacía en sonrisas y asentimientos, y fingía una naturalidad que no lograba adoptar como propia. Todas las presentes notaban la tirantez de mis músculos, puede que hasta doña Inés lo hiciera. Lucía seguro que sí; por el rabillo del ojo atisbaba la mueca de placer que le suscitaba mi malestar. Se divertía.

Finalmente, doña Inés Pérez de Lara emitió un último gemido y el sonido de los excrementos al caer anunció que había terminado. Su semblante se relajó y yo no pude evitar exhalar un pequeño suspiro de alivio. Solo quedaba que le limpiaran las posaderas y que ella nos dispensara. Entonces huiríamos a todo correr. No pretendía volver a las letrinas hasta que se hubieran oreado bien y no estuvieran tan concurridas.

Lucía se arrodilló y sumergió unos lienzos en agua tibia. Doña Inés, que todavía tenía las vestiduras arremangadas, la detuvo.

—Prefiero a Mathilde.

Las doncellas me observaron, con los ojos abiertos y expectantes y las respiraciones contenidas. Pero allí a la única a la que le faltaba el aliento era a mí.

—Mi señora… —se quejó Lucía, que no soltaba los paños húmedos.

—Prefiero a Mathilde —reiteró con seriedad—. Vos sois una buena mujer, pero ella tiene unas manos suaves y cálidas, y unos dedos alargados que son perfectos para el bordado y otros tantos menesteres, según dice mi bienamado hijo.

Lucía arrugó los lienzos de pura furia y me lanzó una mirada vengativa. Era como si me culpara de que su señora la hubiera apartado de una tarea de lo más honorífica y la hubiera relegado al escalafón más bajo de los criados cuando, en realidad, era una labor desafortunada, servil y asquerosa.

Pero incluso si se trataba de un castigo para la engreída Lucía, no podía contarlo cual victoria. Me costaba creer que mi suegra estuviera pidiéndome que le limpiara los posibles restos de excrementos del trasero, y que lo hiciera con esa delicadeza que me impedía negarme a ello. Porque ¿cómo iba a negarme? Y al mismo tiempo, ¿cómo no hacerlo? Jamás nadie me había rogado algo semejante. Nadie. Ni mi madre en el lecho de muerte ni doña Anne de Albret en sus momentos de mayor recelo y despecho frente a la llegada de una niña bastarda.

—Mathilde, ¿os pido demasiado, hija mía?

Doña Inés me dedicó la mejor de sus tiernas sonrisas y yo balbuceé unas palabras que no llegaron a emerger de mi garganta.

La lengua se me había secado por completo. Un silencio opresivo se había instaurado en las letrinas.

—Yo…, yo…

—No era mi intención importunaros, hija mía. Descuidad. —Se apresuró a decir mi suegra. La sonrisa se le había desintegrado—. Es que es un asunto delicado y solo permito que Lucía me toque en las zonas pudendas. Pero ya sabéis que, a causa del trabajo, el servicio suele tener las manos callosas y agrietadas, y a veces es como si te pasaran algo rasposo por ahí. Además, cada vez que se agacha, a Lucía le supone un abismo el levantarse. Debe ser por las carnes rollizas —comentó sin maldad—. Por eso me preguntaba…

Me mordí el labio inferior y, nerviosa, miré a Pía, que se frotaba el mandil con visible angustia, y al resto de las doncellas. No distinguí sonrisas de regocijo, sino más bien un azoramiento brutal que les hacía desviar los ojos a cualquier otra parte y mantener la boca cerrada.

—En fin, sois la única en la que confío, sois una hija para mí. De estar aquí Mencía, se lo habría pedido a ella.

No sabía cómo escapar de aquella terrible situación. Me habían encerrado en una jaula y en unos instantes me hallaría con unos paños húmedos entre las manos, contemplando bien de cerca las flácidas posaderas de mi suegra. Olería sus heces del mismo modo que olía el agua de mayo que impregnaba mis camisas, mis ropajes, mi toca…

—Cuando quedé ciega, doña Beatriz de Aguilar se encargó de mis cuidados. Se entregó a mí como lo haría una hija con su madre —confesó con cierto pesar—. Ella misma me vistió, me alimentó, veló por mis sueños y me aseó día y noche. No me abandonó hasta que me recuperé del duro golpe y acepté mi nuevo estado. Me acompañó durante mi triste convalecencia. No sé qué habría hecho sin ella.

Me fijé en el espíritu de Beatriz, inerte, imperturbable. Sus pupilas ónices parecían retarme. «¿Qué haréis? ¿Qué haréis para complacer a doña Inés Pérez de Lara, para mantener el amor de don Pedro? ¿Qué estáis dispuesta a hacer para ocupar mi puesto, para que os

amen tanto como a mí, más que a mí? ¿Hasta dónde estáis dispuesta a llegar?», me insinuaban.

—Yo os limpiaré, mi señora —cedí.

Tomé los lienzos y me arrodillé detrás de ella. Aguantando la respiración y dominando mi maltrecho orgullo, cumplí con la desagradable tarea.

Solo podía pensar en lo indignante que habría sido para padre y doña Anne de Albret verme así. Él habría montado en cólera. Ella habría puesto el grito en el cielo y se habría lanzado contra mi suegra en una pelea encarnizada de uñas y dientes. Le habría recriminado que ella también me había acogido cual hija y que jamás me había pedido algo así. Porque a las hijas no se les exigen esos sacrificios. Y que si carecía de criadas, que rascara en su limosnero y contratara a otra, a una de manos suaves y aterciopeladas para que le enjuagara las nalgas.

Al erguirme, ninguna de las mujeres osaba mirarme a la cara. Pía estaba cerca de derrumbarse y echarse a llorar. A Beatriz se le había ensombrecido aún más la faz. Ya no había atisbo de desafío en sus ojos.

—Os lo agradezco en el alma, hija mía. —Doña Inés me besó la mejilla.

Nunca antes me habían sometido a tal humillación.

—¡¿Qué es lo que queréis?! ¡¿Qué buscáis de mí?! —le grité a Beatriz.

Tras mi denigración, me había lavado las manos y había echado a correr. De vuelta en la privacidad de la alcoba, me enfrenté a aquel pálido espectro con una ferocidad y una desesperación que me eran completamente ajenas.

Arremetía contra él a base de insultos y provocaciones. Me acercaba hasta que el tufo a agua de mayo me mareaba y el instinto de supervivencia me obligaba a recular. Porque doña Beatriz de Aguilar no se movía ni hablaba; por no hacer, ni respiraba. Estaba tan muerta que, aunque a veces luciera viva, daba auténtico pavor

encararse a ella. Quién sabía si en cualquier momento podía despertar de su triste letargo y agarrarme del cuello. Abrir la boca y vomitar el lodo empantanado del bosque en el que había desaparecido. Asirme de los pies y arrastrarme al infierno. Llevarme con ella.

Y, sin embargo, pese al riesgo, no podía parar. Volqué sobre ella mi frustración, la rabia contenida y silenciada, la penuria de mi soledad y de las injusticias, las derrotas de mis batallas contra la pérfida Lucía. Pero no hallé satisfacción. Tampoco sosiego. Cada palabra pronunciada me abría una nueva herida.

—¿Por qué me atormentáis? ¿Es que acaso os manda Dios para ponerme a prueba? ¿O es el demonio quien os envía para hacerme caer en la locura?

Beatriz no respondía y Pía me contemplaba, frenética y errática, presa de miles de desvaríos. Todo lo que ella veía era a su señora enajenada, gritándole a una ventana, a una pared de piedra, a la más absoluta nada. Cualquier otra me habría refrenado o habría huido de los aposentos, asustada, pero ella no. Ella no trató de sofocar mi ataque de histeria, quizá porque sabía que tenía que expulsar el trauma recién vivido, exorcizar las afrentas recibidas, que se me habían clavado cual dagas en el corazón.

—¡Decid algo! —bramé al espíritu—. ¡Decid algo antes de que el diablo os reclame nuevamente! ¡Para algo estáis aquí acechándome! ¡Hablad!

El silencio era su única respuesta y eso me enervaba. Era el combustible de una ira que crecía y crecía, de un fuego que me ardía por dentro y amenazaba con calcinar todo lo que me rodeaba.

—¡Hablad ahora!

Y, de nuevo, nada. Los labios de Beatriz seguían cosidos y su mirada opaca, un pozo sin fondo repleto de agua estancada, reflejaba mi propia figura: una caricatura grotesca, un rostro contraído, furibundo, a punto de estallar. No me identificaba con la imagen que me devolvía. No era yo. ¿O sí lo era?

Un chillido agónico me brotó de la garganta, un aullido animal que hizo que Pía se encogiera y se tapara los oídos.

—¡¿Qué es lo que queréis?! ¡¿Queréis vuestra toca?!

Me arranqué de cuajo el velo, llevándome algunos mechones rubios, y lo tiré a sus pies mojados de sangre. Beatriz no reaccionó.

—¿Vuestros ropajes? ¿Es eso lo que andáis buscando?

Con premura y violencia, me despojé de las vestiduras hasta quedar en ropa interior. El frío helado de la alcoba ni siquiera me molestó, ardía de vesania. Entonces reparé en la camisa que me cubría y ocultaba mi desnudez. Me la saqué enseguida, asqueada por el olor que me impregnaba la piel.

—¡Aquí tenéis vuestra maldita camisa! —Se la arrojé—. ¡Ya no tengo nada! ¡No tengo nada más que daros!

Su mutismo me resultaba devastador. Me revolvía por dentro. Así que, decidida a arrancarle la verdad o a condenarme a mí misma al ardiente infierno, agarré un balde de agua que yacía en un rincón de la estancia y se lo lancé. Quería inundarla. Ahogarla. Torturarla del mismo modo que ella a mí. Someterla a la peor de las ordalías. Pero Beatriz ya no tenía pulmones para que se le encharcaran ni bocanadas de aire que tomar.

El agua cayó cual cascada, sin hallar obstáculo alguno, y atravesó su fantasma, que no se inmutó. En el suelo se formó un inmenso charco que empapó los ropajes de los que yo me había deshecho. Y entre el agua y las prendas, el reguero de sangre que rezumaba ella.

Chillé. Chillé de rabia. De dolor. De la vergüenza que me manchaba las manos con las que limpiara a doña Inés Pérez de Lara. Chillé hasta quedarme sin fuerzas, sin ganas, con las cuerdas vocales lijadas. Escruté a Beatriz con la mirada incendiada y el corazón devastado. Su belleza se mantenía inalterable. E igual que el incrédulo Tomás hundió el dedo en las llagas de Jesús para probar que era él, yo me acerqué hasta inhalar su hálito y hundí mis dedos en su supuesta carne blanda para así descubrir que no había nada. Solo aire.

Fue entonces cuando caí de rodillas y rompí a llorar.

—Ay, Pía… Sois mi única amiga —sollocé, abrazada a mi criada, que rauda había venido a consolarme.

Ella me acariciaba el cabello enmarañado y me arrullaba entre sus brazos.

—Haréis más amigas, mi señora. Aún es pronto. No os dejéis avasallar por las circunstancias.

—No. No. Estoy sola y me siento terriblemente sola.

Nunca antes lo había dicho en voz alta, y lo cierto es que sonaba penoso. Había pasado parte de mis últimos años anhelando el matrimonio, deseando que comenzara la vida de casada, y en esos momentos, esa vida me repelía. Nadie me había contado que en un matrimonio cabían tres y que uno de esos tres podía llevar camino de dos años fallecido.

—No estáis sola. Mi señor don Pedro regresará de la frontera y, cuando menos os lo esperéis, tendréis hijos, muchos hijos de los que ocuparos, a los que amar. Y de mientras, yo estaré aquí, con vos.

—Me estoy volviendo loca.

—No estáis loca.

—Eso solo lo decís por fidelidad.

—Os equivocáis.

Pía me agarró de los hombros y me separó de ella. Con las mangas de su camisa me enjugó las lágrimas.

—Os lo digo como amiga. Si estuvierais loca, os diría que estáis loca. Y si fuerais engreída y vanidosa, creedme que os lo diría también, si es que me lo permitís, mi señora. —Yo asentí—. ¿Veis? —Sonrió—. Estáis más que cuerda.

—Vos estuvisteis allí la primera vez que vi el espíritu de Beatriz —dije con la garganta lijada por el llanto—. Estuvisteis allí cuando salté de la cama y tiré de los tapices para descolgarlos y os ordené que os los llevarais.

Ella cabeceó, la sonrisa intacta en sus labios. No había un ápice de juicio en esos ojos llenos de bondad.

—Ninguna mujer querría los tapices de otra ni las camisas de otra, ni las tocas y vestiduras de otra. Sois la segunda esposa, y si yo tuviera que vivir bajo la implacable sombra de doña Beatriz de Aguilar, ya me habría arrojado desde las alturas.

—¿Vos me creéis?

—Yo no la veo, mi señora. No veo a nadie en esta alcoba más que a vos y a mí. Pero sí, os creo. Aquí huele extraño, a una mezcla repugnante entre lodo y algo podrido.

—Y agua de mayo.

—Y agua de mayo, en efecto. Así que sí, os creo. Como creo que es invierno y que los cielos se nublan y las lluvias arrecian, aunque yo no comprenda muy bien la razón de ello.

Había cesado en la llantina. No sabía muy bien en qué momento, pero lo había hecho.

—Sois una muy buena amiga —dije.

—Y vos sois una buena mujer, mi señora. Solo tenéis que recordarlo y aferraros a ello.

Pía alargó la mano para capturar las pieles que reposaban sobre mi cama y me tapó con ellas. Yo había olvidado mi desnudez. El enojo se había desvanecido, dejándome los vellos erizados y unos ligeros temblores. Me acurruqué en la calidez de las mantas y ella volvió a abrazarme.

—¿Conocisteis a doña Beatriz? —Pía asintió—. ¿Cómo era?

Resopló, haciendo memoria, como si describir a la antigua duquesa de Valdívar fuera una tarea harto complicada.

—Más bonita que una primavera, aunque supongo que eso vos ya lo sabéis.

Lo era. Pero el fango del bosque, los ramajes y hojas, las magulladuras y heridas que le surcaban el rostro componían una primavera ya marchita.

—Doña Beatriz estaba llena de vida, de arrojo, de pasión —prosiguió—. Era mujer de convicciones fuertes, de naturaleza indómita, y eso le acarreaba innumerables problemas.

—¿Con doña Inés?

—Y con todo el mundo. A los hombres no les agradan las mujeres que tienen voz, que se hacen escuchar. Pero sí, doña Beatriz mandaba en este castillo y en estas tierras, no solo en ausencia de su esposo, y doña Inés Pérez de Lara no terminaba de acostumbrarse. Se enfrentaban a menudo. Aun así, la señora la amaba como a su propia hija. Y quizá tenga sentido, porque las madres y las hijas discuten constantemente, ¿no?

Yo no recordaba una disputa con mi progenitora, pero asentí.

—Doña Inés perdió parte de su carácter tras el fallecimiento de doña Beatriz. Se amansó. Se quedó desolada. Casi no parecía ella.

—Vaya…

—Podéis hacerlo, mi señora. Podéis con esto. —Me agarró de las manos y sonrió, y sus mejillas regordetas se elevaron cual manzanas —. Sois la duquesa de Valdívar. Solo tenéis que asumir el mando y no permitir que os cuestionen.

Era mucho más fácil decirlo que hacerlo.

Pía me convenció de que para disipar la aflicción lo mejor era un baño caliente, así que ignoró el desastre que yo había causado, entre ropajes desperdigados y agua derramada, y me preparó uno. Me levantó y me llevó hasta el barreño. Y cuando ya estuve sumergida hasta la barbilla, con la larga cabellera mojada y los músculos descongestionados, sacó un botecito de su mandil.

—Os he traído esto, un nuevo aceite de lavanda. Me ha costado todo el jornal, pero ha merecido la pena. Huele de maravilla y así nos desharemos del agua de mayo.

Me impactó que hubiera hecho caso omiso de las órdenes de mi suegra de no gastar dinero en cosméticos y afeites. Aún más que fuera su exiguo salario el que destinara a ello. Quise llamarla incauta, mas era un gesto tan hermoso que no deseaba empañarlo.

—Esto será un secreto entre nosotras, doña Inés no debe enterarse —susurró, y vertió parte del contenido en el agua, aromatizándola por completo y preñando la estancia de su dulce y relajante perfume.

—No quiero volver a limpiarle las nalgas —gimoteé.

—No tenéis por qué hacerlo. Si vuelve a sugerirlo, seré yo quien lo haga.

Me agarré al borde del barreño y la miré a los ojos, con las ascuas de la furia todavía crepitando en mi interior.

—No. Vos no —dije impelida por un instinto de protección salvaje.

—No. Vos no —repitió ella—. Que sois la duquesa, no lo olvidéis. Vos, jamás.

Pía poseía infinidad de virtudes, era más que una muchacha fiel, diligente y servicial. Tenía por costumbre no herir a los demás, pensar antes de hablar, evitar reaccionar si eso conllevaba más problemas que soluciones. La discreción era su mayor arma. Habría sido una grandísima dama de no ser porque Dios le había concedido

el nacimiento de los pobres. Y como existía el orden y todos teníamos una misión en este mundo, Pía entendía su posición y no se obsesionaba con escapar de ella.

Por eso mismo, siempre que yo le recordaba lo buena amiga que era, ella sonreía. Su gentileza le impedía decirme que, en realidad, no había unión que nos atara más que la de una señora y su criada o doncella. Puede que ella fuera mi amiga, pero yo no era la suya. No éramos iguales. Nunca lo seríamos, aunque proviniéramos de idéntica cuna.

E incluso así, cada vez que la veía, me sentía un poco más respaldada. Y aquello era lo más cercano a sentirse en casa.

21

El reencuentro

Enero de 1276

En contra del pronóstico de doña Mencía de Lara y la parentela de su esposo, la guerra no tocó a su fin, pese a los esfuerzos de nuestros buenos hombres y la célebre bravura del infante don Sancho. Pasó la Natividad y los moros continuaron con su ofensiva, sembrando el terror y creando el caos en la frontera. Entramos en el nuevo año y siguieron resistiendo, saqueando, matando, robando, tornando el sur un auténtico infierno.

Sin embargo, 1276 no solo trajo desolación y muerte, también trajo novedades que cambiarían para siempre el curso de la guerra.

En su regreso hacia Castilla, el rey Alfonso atravesó el reino de Valencia, Cuenca y otras tantas ciudades y villas. En Alcalá de Henares recibió la noticia de que su hijo, el infante don Sancho, lideraba las mesnadas contra los infieles, cobrándose grandes éxitos y poniendo a buen recaudo la seguridad del reino. Aquello debió sosegarle, pues, en vez de asentarse en Toledo o Segovia, se alojó en la cercana Camarena. Desde allí mandó cartas y convocó a sus más leales hombres para comentar los delicados asuntos de Estado.

Así fue como mi marido volvió a casa.

Al igual que la primera vez que lo viera, antes siquiera de que nuestros caminos se cruzaran, yo ya estaba esperándole. Paseaba por el adarve, con la vista clavada en el horizonte para capturar el

momento exacto en el que él y sus tropas aparecieran, cuando lo divisé a lo lejos. Su figura se dibujó entre almenas y merlones, una mancha minúscula que desentonaba en el austero paisaje invernal. La heráldica de los Lara lo precedía, las calderas de sable bailaban en el pendón como en los estandartes de las torres de nuestro castillo.

—¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí! —le grité a Pía, que caminaba a mi lado, y eché a correr, deseosa de recibirle, trastabillando con mis pies.

Me negaba a quedarme en un rincón con las manos entrelazadas y una estúpida sonrisa en los labios, escondiendo los sentimientos de alivio y dicha, en especial cuando podía haber regresado envuelto en un sudario, con las carnes cosidas y el pecho vacío. En cuanto hubo descabalgado en el patio y los mozos de cuadras apartaron al animal, abandoné el lugar que me correspondía junto a mi suegra y me lancé a los brazos de don Pedro.

No me importaron el decoro, la compostura ni los buenos modales que había de preservar. A él tampoco, porque al impactar contra su robusto cuerpo, me acogió de buena gana. Me estrechó con fuerza, con la risa brotándole de la garganta, y me besó la coronilla cubierta por la toca.

Me aferré a él, temiendo que solo fuera una alucinación, una prueba más de Dios Todopoderoso, una trampa del diablo u otro juego de mi depauperada mente. Necesitaba comprobar que era real. Que estaba ahí, conmigo, en Valdívar. Con los párpados todavía cerrados y las lágrimas a punto de aflorar, aspiré la polvareda del camino impregnada en su piel, el aroma a almizcle tan característico suyo. Y no fue hasta que me hube embriagado de su esencia cuando le agarré de las manos y le besé los nudillos uno por uno.

—A Dios gracia. A Dios gracia —murmuraba en cada beso, incapaz de dejar de tocarle por si se rompía el hechizo y descubría que todo era un mal sueño.

Don Pedro no paraba de reír con esas carcajadas atronadoras, y el sonido de su voz me hizo derramar la primera lágrima, que él capturó con el pulgar. Me sostuvo el rostro entre las manos y susurró:

—Os prometí que volvería y yo jamás jamás falto a mi palabra.

—Pero dudé.

—¿De mí? —Se le curvaron las cejas en un gesto de decepción.

Veía claramente sus rasgos a pesar de la neblina acuosa que me inundaba los ojos, del mismo modo que atisbaba el espíritu de Beatriz detrás de él, observándonos. Negué.

—De la bondad humana. Vuestras cartas me sobrecogían.

—Mi Mathilde… —Chasqueó la lengua y volvió a arrimarme a su pecho—. Perdonadme, pues, por ellas. Lo que menos quería era preocuparos, pero os extrañaba tanto que no escribiros se me antojaba un castigo demasiado cruel, para vos y para mí. Y no soy esa clase de hombre.

—¿Qué clase de hombre?

—El que castiga con el silencio o la indiferencia a su amada o el que puede vivir sin ella. Vamos, vamos, no lloréis más. —Me secó el reguero salado que se me había deslizado por las mejillas, tiñéndomelas de granate—. Todo ha salido bien. Dios me ha traído de vuelta hasta vos.

Asentí, con la barbilla temblando a causa del llanto silencioso.

Quería creer que su regreso transformaría la patética vida que había llevado hasta ese momento: la carestía, los comportamientos desdeñosos de Lucía, la imparcialidad de doña Inés con respecto a esta y las actitudes opresivas e injuriosas que yo recibía por parte de la servidumbre, envenenada por la impía criada. Esperaba que él jamás vislumbrara mi decadencia o la soledad a la que me habían abocado, como tampoco al fantasma errante que me acosaba.

Don Pedro puso una mano en mi espalda y me llevó hasta la comitiva. Cuando pasamos por al lado de su madre, pensé que se detendría, que la besaría en la mejilla y le diría cuánto la había añorado, y que se aseguraría, como buen hijo que era, de que se hallaba bien de salud. Entonces ella le daría un beso y una palmadita en la cara, y le diría: «Bienvenido a casa, hijo mío».

Pero me equivoqué.

La necesidad del hombre ganó a la del hijo. Don Pedro venía de la guerra, de contemplar atrocidades que jamás se borran de la memoria, de cometer brutalidades que le pesarían para siempre en

el alma, aunque las hubiera hecho en nombre de Dios, de la Corona y de su señor don Alfonso. Y un hombre que viene de la guerra ha de reposar junto a su mujer.

Así que se acercó a su madre, la obsequió con un gentil beso en la frente y no se paró a musitar ni una palabra. Sonrió a los presentes para agradecerles la humilde recepción y se internó conmigo en la privacidad del castillo. Unos pasos por detrás de nosotros, venía Beatriz.

Nada más cerrar la puerta de mis aposentos, nos abalanzamos el uno sobre el otro, presos de un hambre voraz. Él se quitó la garnacha que lo protegiera del frío y la lluvia y la arrojó a los pies del jergón. Entre besos desesperados, lo ayudé a deshacerse de las vestiduras hasta que solo lo cubrió la camisa, y él hizo lo propio. Me quitó el velo, luego el prendedero, la barbeta y la cofia de red, y hundió los dedos en mis cabellos rubios, por fin liberados.

—Cuantísimo os he añorado —musitó, olisqueándome las guedejas, escondiendo el rostro entre ellas.

Sometidos al más puro deseo, chocamos contra el mobiliario y caímos sobre el colchón.

—Estáis diferente.

Me miraba con esos ojos radiantes mientras me acariciaba la mejilla con suavidad, reconociendo los rasgos que hacía meses que no veía.

—Estoy como siempre —alegué.

—No. No. Definitivamente, hay algo distinto en vos.

Quizá fueran las ojeras amoratadas que ya no borraba ningún cosmético o la palidez acentuada desde que no usaba emplastos para la tez. Debía llevar la preocupación grabada en el semblante, del mismo modo que él llevaba la supervivencia de la batalla. Sus facciones se habían endurecido sobremanera. A la cicatriz que le cruzaba la cara se le habían añadido otras más pequeñas, y nuevas arrugas se le concentraban en la frente y en las comisuras de la boca. Pese a ello, su atractivo no disminuía. Me hacía salivar.

Don Pedro me examinó de arriba abajo, tumbado sobre mí, apoyado en sus fuertes codos.

—¿Y vuestras camisas amarillas? —preguntó al reparar en la fina prenda blanca que tapaba mi desnudez.

—Hubo un pequeño incidente con ellas.

No quería pensar en eso. No podía pensar en eso como no podía ni quería girarme y ver el rostro ceniciento de Beatriz, que se hallaba a los pies de la cama. Si lo hacía, me echaría a llorar sobre su pecho y ya no pararía hasta la mañana siguiente.

Lo besé de nuevo, tratando de acallarlo, y aquello fue peor que echarle leña a un incendio. De repente, al degustar el sabor de mi boca, lo invadió un ansia nunca vista. Don Pedro había recordado que llevaba meses sin probar bocado y que, ante él, tenía un suculento banquete.

Se desposeyó de la camisa y, aunque las prisas lo volvían algo torpe, me arrebató la mía. Necesitaba el contacto íntimo de la piel, asegurarse de que mi cuerpo aún respondía a él, que la conexión entre ambos seguía ahí, intacta. Y lo estaba. Porque hay cosas que jamás cambian. Tal vez la distancia nos hubiera hecho menos pacientes y más feroces, pero no había mermado un ápice la pasión que sentíamos, mucho menos el gozo.

Cada uno de sus besos y mordiscos me estremecían. Con cada roce se me encogían los dedos de los pies. La carne me abrasaba, me quemaba por dentro. Me derretía. El mundo entero se reducía a él. A mí. A nosotros. A la creación de Dios. A su bendita labor divina.

—Me gustan las camisas margomadas —me dijo tras varios asaltos carnales.

Estaba tendido, con un brazo por detrás de la cabeza a modo de cojín y otro que me envolvía los hombros, acariciándome la piel pegajosa y brillante de sudor. Yo me había recostado sobre su pecho y clavaba la mirada en su apuesto rostro, mas nunca en Beatriz. No estaba dispuesta a permitir que nos estropeara el momento. Bastante tenía con no poder quitármela de encima ni cuando yuntábamos en el lecho.

—Es un honor para mí que las hayáis adoptado en vuestro guardarropa. Aunque reconozco que esas camisas amarillas con las que os encontré vagando aquella noche por el castillo de vuestra parentela me conquistaron. Decidme, ¿cuál ha sido el incidente?

—Alguien las tomó por prendas antiguas y raídas, y las hizo trapos. —Intenté sonar despreocupada.

—Eso no suena a un pequeño incidente, Mathilde.

—Supongo que fue un error.

Pero él no estaba convencido. Había fruncido el ceño y sus ojos se habían empequeñecido.

—Contadme cómo ha ido todo durante mi ausencia. ¿Algún problema más que deba saber?

Pensé en mi séquito de doncellas, en mi intérprete, en los ropajes de Beatriz en mis arcones, en la escasez de cosméticos en mi tocador, en mis rodillas desolladas de tanto orar en el reclinatorio y en mis manos ultrajadas por los excrementos de doña Inés Pérez de Lara. ¿Debía contarle todo aquello? ¿Los insultos y desprecios con los que había lidiado poniendo una sonrisa? ¿Las noches en las que me había acostado rezando y llorando, desesperada por que él regresara y el espíritu de su difunta esposa me abandonara?

Reuní el coraje que me quedaba y miré a Beatriz, que desde las faldas de la cama nos velaba. Lucía apesadumbrada, más esquelética que nunca, más difunta que la primera vez que se me apareció. La podredumbre se había extendido por su cadáver putrefacto y yo, acostumbrada a verla a diario, no había reparado en ello. Pero ahí estaba. El bosque la devoraba poco a poco.

No. Definitivamente, no podía hacerlo partícipe de todas aquellas desavenencias internas. No cuando acababa de regresar de la batalla y todavía llevaba los costurones tiernos y la semblanza de la muerte. ¿Qué tipo de esposa sería si a sus tribulaciones añadía las mías, si lo cargaba con menudencias cortesanas y le terminaba de arrebatar el sueño, que ya le era esquivo?

Me sacudí los pensamientos de encima y fingí una sonrisa para mi marido.

—Todo ha ido bien, más allá de las largas noches frías sin vos.

—Descuidad, ya no habrá más de esas. Ahora me tenéis aquí.

Me acercó más a él y enredó sus piernas con las mías. Su mano se deslizó desde mi cuello hasta mi nuca, un roce leve que me congeló la respiración y prendió una llama en mi bajo vientre. Casi me hizo ronronear. Le eché los brazos por los hombros para aproximarme y

nuestras narices se tocaron. Contemplé la cicatriz que le surcaba la faz y no pude evitar humedecerme los labios. Su belleza me dejaba la boca árida, la garganta en carne viva.

—¿Habéis cuidado de madre?

Aquella pregunta apagó cualquier asomo de deseo. Tuve que carraspear antes de responder.

—Todo lo que he podido y ella me ha permitido.

—A madre nunca le ha gustado que la mimen en demasía, al menos no en lo que a gestos cariñosos se refiere. Tiene un carácter abnegado y la dependencia siempre le ha parecido síntoma de debilidad, incluso cuando no lo es. Tenedle paciencia, esposa mía, os adora.

Cabeceé y omití los confusos sentimientos que me despertaba doña Inés.

Pensé que quizá, con algo de suerte, mi esposo jamás se enteraría de la humillación a la que me había sometido su querida madre, pues los rumores se habían ido sofocando con el transcurrir del tiempo y las risitas a mi alrededor se habían extinguido. Después de todo, tampoco había llegado a enterarse de mi ataque de histeria cuando vi a Beatriz por primera vez. ¿Por qué iba a ser aquello diferente?

—Y ahora… —susurró en mi oído, atrapando con los dientes el lóbulo de mi oreja y provocándome un escalofrío—. Vayamos a lo verdaderamente importante. Contadme cuánto me habéis extrañado.

Rompí a reír.

—Vos lo que queréis es inflaros como un pavo. Sois un hombre orgulloso, esposo mío.

—¿No es acaso lo que quiere todo hombre? —Enarcó una ceja y esbozó esa sonrisa aviesa y cautivadora que le arrebataría el aliento a cualquier dama.

—No conozco a tantos hombres.

—¡Ni que yo me entere! Aunque eso va a cambiar.

Me incorporé casi de un salto, extrañada, y recuperé las sábanas enrolladas al final del jergón para taparme con ellas. El ímpetu con el que habíamos irrumpido en la alcoba había impedido que la

servidumbre encendiera el fuego y, desde que la lujuria se aplacara, el frío se me estaba enroscando en los huesos.

—¿Qué queréis decir con eso?

—El rey don Alfonso exige que me presente en Camarena y he pensado que podíais venir conmigo. Es un buen momento para que os conozca la familia real y toda la nobleza, y así podríais ir habituándoos a la vida en la corte.

—¿Acudirá también vuestra hermana?

Asintió.

—Todos los grandes caballeros han de personarse ante el rey, incluso su hijo don Sancho, aunque todavía permanece en la frontera, conteniendo el avance de los benimerines. Tendremos que esperarle.

Pero yo ya no escuchaba nada acerca de la guerra; el nombre del infante había reclamado mi atención al completo.

—No quiero conocer a don Sancho —aduje.

—Mathilde… Es el infante.

—Vuestra carta me alarmó. Parecíais en peligro, hablabais de los moros y de espadas amigas, de don Sancho y de mercedes y lealtad no correspondida, y de otro caballero que ni recuerdo.

—El señor de Vizcaya, don Lope Díaz de Haro —murmuró—. Sí… Él también viene.

—¿Sabéis el miedo que pasé? —espeté, temblando al revivir aquellos duros momentos—. Me temía lo peor… Y vuestra siguiente carta tardó demasiado en llegar. Si vos no podéis fiaros de don Sancho, ¿para qué voy a querer conocerlo? No puedo darle mi confianza a aquel que atentaría contra vuestra vida solo por no apoyarle en sus pretensiones al trono. Me lo habéis dejado bien claro.

Don Pedro exhaló un suspiro pesaroso, se recostó sobre los almohadones y se pinzó el puente de la nariz. Las sábanas solo le cubrían hasta la cintura, dejando al descubierto su pecho enmarañado de rajas y heridas. Yo había acariciado cada una de ellas, las había besado como si mi saliva acelerara su curación o promoviera un terrible castigo a quienes las habían ocasionado.

Me quejaba del temor de aquellos meses, pero ¿qué había del suyo? ¿De todo el miedo que había afrontado y engullido? Él se había enfrentado a un riesgo crudo y real, yo a una criada con ansias de medrar y a un espíritu maldito. A su lado, mis cuitas eran las de una niña pequeña a la que la atormentan las sombras de la noche.

—Que no me fíe de Sancho no significa que le gire la cara. No puedo desairarlo y vos tampoco. No nos conviene, y más en estos momentos.

—No he dicho que vaya a hacerlo. Me postraré ante él y le besaré la mano si es menester, bien lo sabéis. Haré lo que necesitéis, lo que me ordenéis, pues para algo soy vuestra mujer. —Toqueteé el anillo de oro que me había regalado—. Nací para serviros. Pero no está en mi ánimo agradarle, así que no pretendáis que me deshaga en alabanzas hacia su persona.

De repente, mis reticencias hacia el infante parecían divertir muchísimo a mi marido, que intentaba ocultar la sonrisa con escaso éxito, lo cual me enervaba.

—Estoy deseosa de que termine esta crisis sucesoria. Son demasiados frentes abiertos. Los benimerines, el sultán de Granada, don Sancho y ahora ese tal Lope Díaz de Haro… Podrían irse todos al mismísimo infierno —mascullé.

Aquello desató sus carcajadas reprimidas. Le llevó un buen rato serenarse, pese a mis miradas de indignación.

—Vos no debéis preocuparos de la política, solo de gustarle a nuestro señor don Alfonso, a quien he de persuadir para que apremie nuestro paso por el altar. —Me pellizcó la mejilla—. Recordáis eso, ¿verdad?

—Estamos en guerra. —Fue como si doña Inés hablara a través de mí.

Me agarró de la barbilla, obligándome a mirarlo a esos ojos azules y centelleantes.

—La guerra acabará, más pronto que tarde. —Resoplé y él rio de nuevo—. ¿Sabéis qué? Cuando estaba ahí, en la frontera, a menudo me despertaba por las noches sudando, paralizado, con el corazón agitado y, por qué no decirlo, tremendamente asustado.

Supuse que se debía a los horrores que había experimentado en el campo de batalla, a la sangre que le teñiría la espada y las manos, a las heridas que le habían infligido y a las que él había provocado, haciendo que muchos rindieran el alma. Debía de cargar centenares de muertes sobre su conciencia.

—Soñaba que cabalgaba hasta casa y que me encontraba a mi madre llorando, desmadejada sobre una tumba. Al acercarme, ahí estaba vuestro nombre, en la fría piedra. Habíais caído enferma, una fiebre os había arrancado de mi lado sin que yo estuviera presente, sin que lo supiera. Y ya se os había dado cristiana sepultura, así que llegaba tarde. Siempre tarde. Demasiado tarde —gruñó y se revolvió la melena, que le lamía los hombros—. No había podido veros una última vez.

Allí, semidesnudo, sentado sobre sus rodillas y con la cabeza gacha, era la vívida imagen de un martirio. Ni san Sebastián, asaeteado hasta el fallecimiento, había sufrido tanto. Pero su hermana, doña Mencía de Lara, ya me había avisado. Don Pedro haría todo lo posible para evitar que la historia se repitiera, que me fuera al igual que doña Beatriz de Aguilar, un suceso que lo atormentaba hasta lo indecible.

Eché un ligero vistazo al fantasma de su difunta esposa. Bella y etérea, tenebrosa y macabra. Una vida cercenada, un destino truncado y una oportunidad para mí.

Tomé a don Pedro de la mandíbula y clavé mis pupilas en las suyas.

—Yo nunca, nunca… Nunca os dejaré, esposo mío. Ya os lo dije. Adonde vayáis, iré yo; donde moréis, moraré yo. Vuestro pueblo será mi pueblo y vuestro Dios, mi Dios. Os lo juro.

TERCERA PARTE

La mujer que hiciese el adulterio, aunque le fuese probado en juicio, debe ser castigada y herida públicamente con azotes.

Partidas

22

La Casa del Rey

Camarena estaba a casi siete leguas de Toledo y a unas seis de Valdívar, por lo que el viaje no fue arduo más que para los animales, que tiraban del equipaje. Mi leal Pía y un par de hombres, encargados de la alcoba de mi esposo, componían todo nuestro pequeño y humilde séquito. Hacía años, el rey Alfonso había pedido a los nobles que comieran y bebieran con mesura en la corte para evitar grandes gastos. Finalmente —harto del sobrecoste de mantener a tantos en su residencia palatina—, ordenó que solo se acudiera cuando él mandase y que se llevara un servicio de diez personas a lo sumo, que cada uno sufragaría con su dinero.

Debido a eso, al corto trayecto y a los achaques de la edad, don Pedro había dejado a su madre en el ducado a cargo del castillo y las tierras. «Alguien deberá gobernar esto en nuestra ausencia», había dicho, y doña Inés aceptó, a pesar de que exudaba ganas de reunirse con las otras grandes damas.

Prescindir de doña Inés Pérez de Lara significaba prescindir de Lucía, lo cual agradecía. Lo que menos necesitaba en esos momentos era una sirvienta engreída y respondona que soliviantara al personal en mi contra, especialmente en el delicado entorno de la realeza. Eso sí, de la que no pude desprenderme fue de la difunta Beatriz de Aguilar, un recordatorio perenne de los miedos de mi marido y de mi puesto de segunda esposa.

Llegamos a Camarena cerca del mediodía, a mediados de enero. No fuimos los últimos pero tampoco los primeros. El castillo ya había sido tomado por muchos de sus honorables invitados, y eso que no

poseía las grandes dimensiones de otras fortalezas y alcázares en los que don Alfonso solía asentarse junto con su corte. Descargadas nuestras pertenencias, nos instalaron en diferentes alcobas, y antes siquiera de poder preguntarle a mi marido qué sucedería a continuación, cómo debía proceder o qué se esperaba de mí, unos hombres anunciaron que el rey requería su presencia. Diligente como era, don Pedro se aprestó a acompañarlos. Me dio un casto beso en la frente y me animó a que conociera el castillo y me arrimara a las grandes señoras; dicho lo cual, desapareció.

Ya a solas, Pía me vistió con un rico atuendo de piel de marta cibelina e hilos entorchados de oro y plata. Me maquilló mejillas y labios hasta tornarlos rosados, me alcoholó los ojos y me perfumó, lejos de la modestia que exigía mi suegra. Al cuello, me colocó un colgante con un granate del tamaño de un huevo de codorniz, a juego con unos pesados pendientes y la alianza matrimonial.

Los ropajes ajenos y el espíritu de Beatriz, asomado por encima de mi hombro al igual que la madre que da su consentimiento, me dificultaban reconocerme en la superficie pulida del espejo. Aun así, con la mirada perfilada de un negro azabache y el rubor pintándome el rostro, sentí haber recuperado una parte de mí misma, aunque fuera ínfima. Pensé que doña Anne de Albret habría estado orgullosa, aquello era una conquista y sus enseñanzas no habían sido del todo inútiles.

Con un pellizco en el estómago, hice lo que mi marido me había aconsejado: salir a entablar nuevas relaciones de amistad.

La corte era bulliciosa, más de lo que hubiera esperado dadas las circunstancias; en ella se congregaban centenares y centenares de personas. Por un lado, estaban los que deseaban conseguir algo del rey —nobles, caballeros, obispos, frailes y abades, maestres de órdenes militares, burgueses de villas, embajadores de otros reinos —, ya fuera en oro, tierras o títulos. Por otro, los que detentaban cargos de suma relevancia y estaban al servicio del monarca. Algunos eran la pura encarnación del deber, la diligencia, el buen

hacer, la fidelidad y el rancio abolengo. Era fácil distinguir esto último, puesto que los oficiales que provenían de linaje nobiliario alzaban el mentón con un deje de orgullo y desprecio, al contrario que los más humildes, que ejercían trabajos de servidumbre y practicaban el arte del esfuerzo. El de los cotilleos estaba al alcance de cualquiera.

El funcionamiento del castillo dependía de un sinfín de personas que iban a la carrera por los patios, los pasillos, los salones y hasta las mismísimas escaleras, a riesgo de caerse. Al cuidado de los aposentos del rey don Alfonso estaba el camarero mayor, que tenía a su disposición diferentes subalternos, pues el ajuar, la cama y los documentos reales no podía llevarlos una única persona. El repostero mayor se encargaba del depósito de las arcas personales y el resto de las tareas se dividía entre el repostero de cama, el de mesa, el de la plata…

Solo en la capilla real ya se contaba con el sacristán mayor y el teniente de este, el predicador, los capellanes de altar y los honoríficos, el maestre de música, el limosnero, los clérigos de capilla, el repostero de estrados y el capellán mayor, que hacía de confesor privado de la familia real.

En las cocinas tampoco se quedaban atrás. Había un cocinero mayor que dirigía las labores culinarias y hacía las salvas para evitar un posible envenenamiento. Bajo sus órdenes estaban los porteros, marmitones, alenteros y mozos de cocina. También estaban el despensero mayor, el veedor, los despenseros menores y los mozos de despensa. Todos hombres. El copero mayor se ocupaba de los servicios de mesa, copa, botillería y refrigerios, tanto de vino como de agua. El oficial de escudilla llevaba y traía exclusivamente guisos y el oficial de cuchillo cortaba la carne servida a nuestro señor don Alfonso.

Para velar por la salud de este había un físico de renombre, quien se apoyaba en un boticario para la elaboración de fármacos, ungüentos y cataplasmas; en un sangrador que, a veces, actuaba de barbero; en un limpiador de dientes, un cirujano y un maestro de quebraduras, que recomponía huesos y roturas varias.

La guarda del monarca recaía en otros tantos hombres valientes: el alférez mayor, el guarda mayor, la caballería pesada, los escuderos de a pie y caballo, los donceles, el ballestero mayor, los maceros y los monteros de Espinosa y Babia, que se apostaban en la cámara real cada noche.

No faltaban tampoco el halconero, que supervisaba las aves de cetrería; el montero mayor, que auxiliaba al rey durante las cacerías y organizaba batidas; el caballerizo mayor, los mozos de cuadra y de perros, los acemileros; además del aposentador mayor y el oficial de maleta, que lo acompañaban durante sus viajes.

Solo para alimentar al servicio eran necesarios unos doscientos mil maravedíes al mes.

A instancias del rey, acudían a la corte los nobles y sus esposas, amén del séquito que habían traído consigo. El resultado era un hervidero de personas y personalidades, un jaleo que zumbaba en los oídos y atribulaba a quienes no estaban habituados a tal escándalo. Yo, que solo había pisado la corte del rey francés una vez en mi vida, estaba anonadada ante el griterío que imperaba y el desfile de lujo y ostentación. Porque, si bien los criados de menor categoría portaban vestiduras más sobrias, mandiles y otros enseres, ciertos oficiales palatinos se engalanaban para así destacar.

Siguiendo el jolgorio generalizado y las instrucciones de uno de los porteros, Pía y yo fuimos a parar a un amplio salón en el que, a juzgar por la ornamentación, se celebraban las recepciones y se recibían embajadas. El suelo alfombrado llevaba hasta una tarima en la que se alzaban los sitiales —exquisitamente tallados— del monarca y su consorte. La escena estaba enmarcada por un hermoso dosel de color gules e iluminada por un gran número de candiles, cuya luz dorada incidía sobre los escudos de armas grabados en los muros. Los hilos de oro que componían los fabulosos tapices centelleaban y el brillo de la corte resultaba cegador.

La estancia estaba repleta por un enjambre de mujeres que presumía de sus ropajes, sus guirnaldas, sus tocas blancas y sus frontaleras de gemas preciosas. Las doncellas virtuosas se reunían en un extremo, las señoras de gran alcurnia en el otro. Doña

Violante de Aragón sobresalía por la negrura de sus ropajes y el gesto adusto. A su alrededor, se había formado un corrillo de damas que buscaba granjearse su confianza o aliviarle el duelo, puede que ambas cosas. La reina parecía hastiada.

—Habrá que hacerse hueco entre tanta aduladora.

Hacía meses que no escuchaba aquella voz y, en mitad de la marejada de desconocidas, se me antojó una auténtica delicia. Doña Mencía de Lara siempre llegaba en el momento oportuno, ya fuera para rescatarme de una vida en el convento, del hastío de la cotidianidad o de la soledad de la corte. Me giré y me la encontré alisándose las arrugas de sus vestiduras, con una brillante sonrisa y la expresión congelada bajo el copioso maquillaje.

—Oh, gracias a Dios —exclamé, presa de la alegría.

—Hemos llegado hace un par de minutos y mi marido ya se ha ido corriendo en busca de nuestro señor don Alfonso. Para que luego digan sobre los apetitos de los hombres por las barraganas… No hay mayor rival para una esposa que un rey. —Me guiñó un ojo—. Os aviso de que aquí vamos a pasar mucho tiempo abandonadas.

—Supongo que la política siempre gana al amor.

Doña Mencía se agarró a mi brazo.

—Tampoco voy yo a competir contra eso. A veces, una necesita un respiro y vos, hermana mía, tenéis cara de necesitar un poco de vino.

—No diré que no a eso.

La de Cigales hizo un gesto y el copero nos escanció un vino rojo, intenso y viejo, con un regusto a madera que te arañaba la garganta y te obligaba a paladear. Los ojos se me fueron a los apetitosos pastelitos de hojaldre y miel que pululaban en las manos de las damas, que se decantaban más por los dulces —turrón y fruta escarchada— que por la fruta de temporada y el delicioso queso que acompañaba al pan blanco.

—¿Cómo es que lleváis este atuendo? —Señaló mi exquisita indumentaria.

—Es de doña Beatriz de Aguilar. —Ya no vacilaba al pronunciar su nombre.

Mi cuñada hizo un ruido de asentimiento y dio un sorbo.

—Ya lo sé. Primero me ha parecido demasiado castellano para nuestra querida Mathilde y luego lo he reconocido. Le valió una buena disputa con madre.

Enarqué una ceja y me asaltaron unas increíbles ganas de reír a carcajadas. Estaba tan lejos de la influencia de doña Inés Pérez de Lara que la mano de hierro con la que gobernaba Valdívar de repente me parecía más absurda que terrorífica.

—¿El reino se hallaba en guerra y no había dinero suficiente para cuando lo encargó? —La mordacidad me serpenteaba en la lengua —. ¿O es que la marta cibelina es signo de vanidad?

Doña Mencía no se indignó por mi comentario. Conocía a su madre, había vivido bajo su techo y la había sufrido también. Desde que se casara y trasladara a Cigales, solo trataba con ella de visita en visita, por lo que había aprendido a tolerar lo que esta tenía que decirle, sin dejar que sus opiniones la dañaran. Una lección que debía aplicarme si deseaba mejorar nuestra convivencia.

—Oh, no. Fue uno de los muchos regalos de su hermano, Juan de Aguilar. Creo recordar que le costó unos ciento cincuenta maravedíes, todo un lujo.

—Debía apreciarla muchísimo para hacerle tantísimos presentes. Los tapices de su alcoba, estos ropajes…

—Nunca un hermano amó así a su hermana. —Una suerte de anhelo le empañó la voz.

Miré al espíritu de Beatriz, que, entre ese montón de mujeres estridentes, lucía aún más mustia y lánguida. No hacía tanto ella había pertenecido a ese mundo, se había codeado con esas mujeres estridentes, había reído y cuchicheado con ellas, había compartido sus sueños y frustraciones. Y, sin embargo, en esos instantes, apenas un alma la nombraba. Era como si la hubieran borrado de sus memorias, como si la pena y la piedad solo tuvieran un cauce y este debiera discurrir hacia la reina Violante, que había perdido a su primogénito. Solo ella recibía sus atenciones, lamentos y lágrimas. Nada quedaba para Beatriz.

Doña Mencía examinó su derredor, fijándose en los atavíos resplandecientes y las alhajas que emitían destellos.

—Habéis hecho bien en ponéroslo hoy. —Asintió convencida.

Mi hermana Aurore habría opinado que la corte castellana palidecía frente a la francesa, que el lujo de los reyes Luis IX y Felipe III era superior, y habría estado en lo cierto. Nosotros ganábamos en cuanto a pompa y boato.

—¿Cuánto es demasiado? —quise saber.

—Bueno, el escribano de nuestro señor don Alfonso cobra unos noventa maravedíes al mes, así que vuestros ropajes son dos jornales suyos. ¿Qué os parece?

—Que menos mal que no es solo una camisola.

Ella se echó a reír.

—Eso mismo habría dicho doña Beatriz —comentó resuelta.

Sus palabras me aguijonearon. ¿Había alguna semejanza entre nosotras? Desvié la mirada hacia el espectro y creí apreciar en él una esquiva sonrisa.

Enganchada a mi brazo, la de Cigales me paseó por la amplísima estancia, susurrándome al oído el nombre de las damas presentes. Con sutileza y un ligero movimiento de cabeza, me las señalaba y me desgranaba sus vidas, me informaba de los rumores que circulaban en torno a ellas y a sus deudos, y me aconsejaba sobre unas y otras según sus carencias y virtudes.

—Y esa que viene hacia aquí es doña Blanca de Francia —me murmuró, dándome un codazo que me estiró hasta el cuello.

Había estado tan concentrada reteniendo datos sobre potenciales futuras amistades que no me había percatado de que una figura femenina se nos acercaba. En realidad, la habría reconocido incluso sin que mencionaran su nombre. Esa tez nívea como la nata batida, esa nariz pequeña de origen Capeto, esos ojos sesgados y esa toca que ocultaba un cabello rubio la hacían resaltar. Doña Blanca de Francia caminaba con lentitud y seguridad, la de quien se sabe respaldada por un linaje de poder y gloria.

—Doña Mathilde Leblond, supongo —me saludó.

Muda y azorada, me postré ante ella.

—Lamento profundamente vuestra pérdida, mi señora —dije en francés.

Su dulce sonrisa se rompió al instante y los ojos se le empañaron. Tragó saliva y, con la voz entrecortada, dijo:

—Y yo vuestro destierro.

Doña Blanca de Francia, hija de rey, hermana de rey y posiblemente madre de rey, se echó a mis brazos, y yo no pude más que acogerla como a una hermana. Y es que cuando dos personas se encuentran en un reino desconocido, lejos de su verdadero hogar, se fragua un vínculo inquebrantable. Más cuando son mujeres, abandonadas a su suerte por causa del matrimonio.

La princesa viuda se disculpó ante mi cuñada por el exceso de afecto, argumentó que no recibía visitas francesas a menudo y que mi llegada la había ilusionado en gran medida. Le pidió que me dispensara, pues quería arrebatarme de su lado durante un rato para así hablar, y Mencía no pudo negarse.

De cerca, doña Blanca de Francia impresionaba. Tenía un cuello fino y largo, y desprendía una fragancia que me retrotraía a la niñez. No se trataba de un aroma floral, producto de algún perfume caro, sino de un olor dulzón, como la miel que bañaba los pasteles que horneaban en las cocinas del castillo de Nailloux y que lo más probable era que hubieran copiado de la residencia del monarca.

—Os recuerdo. Os vi una vez en la corte, hace muchos años, cuando mi padre, el rey Luis, aún vivía y mi hermano no se había sentado en el trono. Qué tiempos aquellos… —Suspiró melancólica —. Habéis cambiado desde entonces.

—Vos también.

Jamás olvidaría la primera vez que pisé la corte. Padre aguardó a que aprendiese protocolo para llevarme y, una vez allí, la mayor parte del tiempo lo pasé cabizbaja, avergonzada de mi bastardía y envidiosa de la naturalidad con la que se desenvolvía mi hermana Aurore. Lo que me sorprendía es que alguien como Blanca de Francia, una princesa, hubiera reparado en mí.

—No iréis a decirme que el luto me sienta bien, ¿verdad? —Esbozó una media sonrisa.

—No, mi señora. No me atrevería —repuse espantada—. Os dije que lamento hondamente vuestra pena; la lamento como si fuera mía.

Ella asintió conmovida.

—Así somos los franceses, todo corazón.

—Y los castellanos todo bravura.

—Se nota que ya lleváis algún tiempo aquí. —Se dio un par de golpecitos en la barbilla.

Se refería al habla. Pasar tanto tiempo en Castilla había hecho que mudara la piel. Ya no necesitaba de intérprete, aunque algunas palabras todavía se me resistieran. Mi lengua, la de mi padre y mi madre, la del linaje Leblond, había quedado relegada a mi mente. Era el idioma del silencio, de los miedos, de las pesadillas y las elucubraciones. El idioma de mi conciencia. Ya solo lo hablaba con ella.

—No dejéis que os quiten eso, Mathilde. —Fue más una petición que una sugerencia.

—¿Vos practicáis el francés?

Cabeceó.

—A diario.

Tenía sentido. Estaba rodeada por doncellas de compañía francesas que habían viajado con ella a Castilla hacía seis años, cuando matrimonió con el infante Fernando de la Cerda. Desde entonces no se habían separado de su lado, eran su muro de contención, el lazo que la ataba a las tierras de su dinastía.

—¿También con vuestros hijos? —pregunté, sin poder ocultar el asombro.

—No querría que olvidaran el linaje Capeto. Es peligroso distanciarse de las raíces, ¿sabéis? —Me señaló hacia el tumulto congregado en torno a la reina—. ¿Habéis conocido a doña Violante de Aragón?

La observé desde allí, pálida, ojeriza, con la boca contraída en una fina línea que clamaba disgusto. Era evidente que no quería estar en aquel lugar, casi sirviendo de distracción a doncellas y grandes señoras, como un juglar o un bufón.

—No he tenido el agradable placer. Ha sido acaparada por el resto de las damas.

—Os la presentaré más tarde, cuando no esté siendo devorada por aves de carroña. —Y añadió en un susurro—: Es el precio de ser reina.

—Puede que las aves migren pronto hacia estos lares, mi señora. Al fin y al cabo, estáis destinada a ser reina.

Sus ojos se entornaron.

—Eso aún está por verse. Todavía hay mucho por decidir.

Los vástagos de Blanca de Francia no residían en la corte. Don Fernando de la Cerda había sido hábil incluso en su lecho de muerte y, viéndose próximo a él, había encomendado la crianza de sus dos hijos a don Juan Núñez de Lara, señor de Albarracín y primo de mi esposo, pero sobre todo hombre de su confianza. Ella, como madre, admitía que había sido una gran idea, pues así quedaban bien salvaguardados, lejos de las garras del infante don Sancho y sus aliados. Pero eso no había evitado que llorase al entregarlos.

—Cuanto más lejos de mi cuñado Sancho, mejor —me dijo—. Siempre ha sido algo irascible y volátil, y de esos hombres hay que cuidarse. Son capaces de cualquier cosa y una nunca sabe por dónde van a salir.

Hablaba de asesinato, puede que de regicidio, y lo hacía sin descender la voz ni volverla un murmullo. No había vergüenza en ella.

—Quiero creer que las ambiciones tienen un límite y que ese límite es herir a un niño, a tu propio sobrino, hijo de tu difunto hermano, sangre de tu sangre.

—Ah, pero también hay sangre de los Capeto en sus venas. —Sonrió orgullosa—. El poder no conoce de límites. Por conocer, no conoce ni de misericordia. Continuamente, enfrenta a hermanos contra hermanos, como a los hijos de Fernando I de León, que se mataron entre ellos por hacerse con el control de los reinos. Y siendo eso así, ¿qué les espera a mis hijos?

Blanca de Francia estaba sola, tan sola como yo, y quizá por eso nos arrimábamos la una a la otra. Éramos compañía, recuerdos y una chispa de esperanza que nos convenía mantener alimentada.

—Tener un hijo es una preocupación para toda la vida. No lo pensamos al quedar encinta, solo nos aferramos a la idea de que el futuro de nuestros reinos, ducados, condados y señoríos se gesta en nuestras entrañas. Cumplimos con nuestro deber. —Se acarició el vientre, que ya no albergaría el fruto de su esposo—. Pero traer un

niño a este mundo es una preocupación hasta el día de tu muerte. Todos tus pensamientos son para él, todos tus desvelos son por su causa. Y la causa de mi querido hijo Alfonso…

Esa era la razón de que ella estuviera en Camarena; buscaba influenciar a don Alfonso y doña Violante en favor de sus pequeños, que se hallaban lejos, resguardados de las intrigas cortesanas y los afilados cuchillos. Doña Blanca de Francia iba a combatir por el derecho al trono de su primogénito hasta el último aliento, y lo haría con todas las armas que tenía a su disposición. Incluida yo.

—Dios ha escuchado mis plegarias, necesitaba una aliada en Castilla. —Me sonrió—. Me alegro de que estéis aquí, Mathilde Leblond. Ahora somos hermanas.

23

Levantando a los muertos

Mi cuñada tenía razón. En la corte, los maridos nos abandonaban para dedicarse por entero a su señor don Alfonso. Confiaban en que nosotras nos entretuviéramos con cotilleos, juegos, lecturas, paseos, misas diarias y la compañía de la reina doña Violante, a la que se nos exigía perseguir de aquí para allá y admirar cual animal exótico.

Era como la azorafa, la cebra y el cocodrilo que el sultán de Egipto, Baybar I, había regalado al rey Alfonso. Solo que ella estaba en Camarena, enclaustrada en un castillo con el hondo pesar de la pérdida, y las bestias permanecían en el alcázar de Sevilla, enjauladas entre barrotes, arrancadas de su lugar de origen y alimentadas por manos temerosas. Y, sin embargo, todas ellas, fieras y mujer, estaban sometidas a miradas curiosas.

Violante de Aragón rozaba los cuarenta y, al igual que las reinas que la precedieron, poseía unos ademanes delicados y una voz autoritaria, que únicamente se doblegaba frente a su marido. Había sido muy fecunda en cuanto a hijos. Por desgracia, el fallecimiento de su primogénito varón le había horadado el ánimo, y quien antes había sido una mujer de gran energía se había convertido en un alma lánguida y enlutada que prefería no hablar en público.

—Aunque la veáis callada y distante, es solo en apariencia. Por dentro, su mente se mueve con toda celeridad. Es muy aguda y de convicciones fuertes, una auténtica luchadora. Os sorprendería —me advirtió Blanca de Francia.

A mí me parecía parca en palabras; no obstante, creía vislumbrar lo que mi nueva amiga apuntaba. Violante de Aragón tenía los ojos

caídos y unas ojeras imborrables, e incluso así sus pupilas resplandecían con el brillo de la astucia.

Al rey don Alfonso lo conocí en la velada del primer día, que él mismo catalogó de humilde bienvenida para sus leales, pese a que de humilde no tenía nada. Mi esposo me había agarrado del codo y me había arrastrado hasta él. «Mi mujer, doña Mathilde Leblond, hija del conde de Nailloux, don Antoine Leblond», me había presentado. Sin atreverme a mirarle, me postré ante él. Don Pedro había escogido mis vestiduras, las mejores de todo el guardarropa para así causarle buena impresión. Pero don Alfonso ni siquiera se fijó en mis ropajes o en mis joyas rutilantes. Me echó un vistazo desde la toca hasta los chapines y sonrió, complacido.

—Enhorabuena por el feliz enlace, mi querido don Pedro. —Le palmeó el brazo con júbilo—. Joven y bella, una buena decisión.

—Gracias, mi señor.

—Veréis que pronto os sonríe la buena ventura y llenáis Valdívar de vástagos. Esta os dará lo que no pudo daros doña Beatriz de Aguilar, que en paz descanse.

Sentí pena por el fantasma que estaba a mi lado, inmóvil, indolente ante aquel oprobio. Beatriz, quien, yo estaba segura, había tenido infinidad de virtudes —y quizá algunas faltas, como le gustaba insinuar a mi suegra—, siempre sería recordada por ser mujer yerma. Nada más.

En esos instantes me di cuenta de que mi marido no le había hablado al rey de que estábamos a expensas de su beneplácito para pasar por el altar. Lo que nos unía no era más que el matrimonio de palabra, que, aunque válido y consumado carnalmente, pecaba de pobre. Cuando le pregunté por ello, me dijo que todavía no había visto la oportunidad, que don Alfonso estaba demasiado ocupado entre los benimerines, las bajas de las huestes, el destrozo de la frontera, la sublevación del sultán de Granada y el infortunio de su hijo, al que habían enterrado en el monasterio de las Huelgas, en Burgos.

—Descuidad, aún quedan muchas semanas por delante en la corte. Encontraré el momento para tratar con mi señor el tema de las nupcias, mas no ahora, Mathilde. Antes hemos de solucionar los

problemas que nos acucian. Para eso hemos sido llamados. Cada cosa a su tiempo.

Y yo no replicaba, a sabiendas de que era mejor así. Me dediqué a hacer lo que hace toda buena esposa: aguardar con paciencia.

Desde entonces, únicamente coincidía con don Alfonso en los banquetes nocturnos, pues el rey pasaba el resto de la jornada encerrado en su despacho o en su alcoba, rodeado por sus hombres de confianza. Durante las veladas, fingía una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir. Era obvio por sus gestos, que solo los más cercanos y observadores adivinaban que eran falsos. Sonreía con tirantez, reía con una satisfacción hueca y se aferraba a su esposa con una necesidad que daba miedo. Doña Violante aguantaba los apretones con entereza, como si la carne se le hubiera adaptado a la presión de su mano.

Puede que fueran todas esas cuitas que don Pedro había enumerado, puede que fueran los estragos de un reinado cuyo esplendor se iba apagando o puede que fuera la edad. Don Alfonso tenía cincuenta y cuatro años, catorce más que su mujer. Si a ella la había golpeado la tragedia, a él se le habían echado encima las obligaciones del gobierno y la crisis sucesoria que se batía sobre su cabeza. Las canas le veteaban el cabello y las arrugas se le hundían en la faz, dándole un aspecto torturado que no encajaba con la robustez de su cuerpo.

Cada noche, al reposar en el lecho, mi marido se negaba a compartir información conmigo. Nunca me aclaraba cómo discurrían las reuniones, qué medidas se ponían sobre la mesa, qué discusiones prosperaban y quiénes defendían una u otra medida o a uno u otro heredero. Llegaba agotado, con dolores en las sienes, y, después de poseerme varias veces y esparcir su semilla, se echaba a dormir.

—Sois el remedio más eficaz contra esta terrible enfermedad —me decía entre besos y caricias, acercándome a su tibio cuerpo.

—No es una enfermedad lo que os aqueja, esposo mío, es la carga de la política. Quizá deberíais compartirla con alguien.

Aun así, por mucho que lo intentara, don Pedro no se rendía ante mis torpes trucos. Las ganas que había experimentado durante su

larga estancia en la frontera de recostarse en mi regazo y deshilvanar sus angustias se habían sofocado. Los asuntos de Estado volvían a quedarme vetados. Lo que sí le gustaba recordarme era que nuestro señor don Alfonso era un hombre sabio que pronto solventaría los problemas que nos mortificaban. Pondría paz en el seno de su familia, se decantaría por un heredero que jurarían en las Cortes, expulsaría a los benimerines y sometería al granadino, que nuevamente prometería vasallaje, y entonces se dedicaría a lo que más amaba, su labor cultural.

A menudo me preguntaba si ese intelectualismo que tanto placía al rey no le valdría para librarme de la presencia de Beatriz, cuyo tufo a podredumbre empezaba a superponerse al agua de mayo. A veces me parecía que el zumbido de las abejas aumentaba al ritmo de su putrefacción. Había aprendido a soportar ambos martirios del mismo modo que había aprendido a tolerar su cercanía y el juicio en su mirada, ora triste, ora vacua.

Abocadas a la compañía femenina, doña Blanca de Francia fue sustituyendo a mi cuñada como confidente y la de Cigales no reclamó su puesto por motivos evidentes. Nadie puede pretender enfrentarse a una futura reina. Así pues, paseábamos día sí, día también, agarradas del brazo y escoltadas por la fallecida Beatriz. Si alguien hubiera podido verla, le habríamos parecido una hidra de tres cabezas de tan juntas que solíamos ir.

La princesa viuda necesitaba hablar con alguien sobre Francia, su infancia, sus deudos —a los que añoraba hasta lo indecible—, sus hijos y su marido, sobre la soledad desde que ellos ya no estaban y la asfixia que le provocaban los muros del castillo, en los que se sentía aprisionada. No me extrañaba su agobio en absoluto, yo también lo había padecido en Valdívar. Además, éramos demasiadas personas congregadas ahí dentro, no había lugar que diera cabida a tanto ego e intrigas palaciegas. Todo el mundo conspiraba en su propio beneficio. Por eso, doña Blanca recurría a mí, creía que ninguna otra la comprendería como yo.

—¿No os amaba vuestro padre? —preguntó la princesa viuda.

La miré extrañada. Ese día me había invitado a jugar al ajedrez en el salón de sus aposentos personales, donde junto al fuego echábamos las tardes entre confidencias, dulces y vino. Sus doncellas y mi leal Pía se afanaban en el bordado, y el espectro de Beatriz tomaba asiento a nuestro lado en una silla de cadera, desde la que contemplaba el avance de la partida.

—Me adoraba —afirmé. Siempre que pensaba en él, me embargaba la nostalgia.

—¿Os adoraba y os casó con don Pedro de Lara?

—Soy bastarda. Había otras opciones como el duque de Chisseaux…

Blanca de Francia hizo un gesto vulgar, evidenciando lo repugnante que se le antojaba aquel hombre escuálido y con signos de malformación, y yo solté una carcajada.

—Pero, según ellos, esta fue la mejor.

—Cualquier hombre es mejor que un Lara.

—A vuestros hijos los salvaguarda el señor de Albarracín, Juan Núñez de Lara —le recordé—. ¿Acaso no os fiais de él por pertenecer a los Lara?

De repente, la conversación cobró un cariz solemne. Blanca de Francia dejó reposar la figurita de cristal, finamente tallada, sobre la mesa y me miró. Mi estómago se tornó un amasijo de nervios.

—Fío de él y de su palabra. De no ser así, jamás habría dejado a mis hijos bajo su cuidado, por mucho que hubiera insistido mi marido. No obstante, no es lo mismo tener el apoyo táctico de un Lara que casarse con un Lara.

No supe qué decir, tampoco sabía hacia dónde se dirigía con ese comentario sibilino tan impropio de ella. En un lugar como la corte, en el que las damas se acercaban las unas a las otras con una actitud calculada e intenciones deshonestas, la princesa viuda sobresalía por su franqueza.

—Si es por vuestro hijo, debéis saber que mi esposo no olvida a don Fernando de la Cerda. Es más, no comulga con las aspiraciones del infante Sancho ni con su manera de proceder.

Pero no era por eso.

—Soy consciente de que don Pedro de Lara, pese a su linaje, es un hombre en el que puedo confiar para defender los derechos de mi hijo al trono. No os hablaba como reina o madre, solo como amiga.

Aquello me inquietó todavía más. Ansiosa, toqueteé la alianza de oro de mi dedo; la inscripción me acariciaba con sutileza la piel nívea y, a veces, deseaba que las palabras se me quedaran grabadas en ella.

—Amo a don Pedro con todo mi corazón y él ha demostrado en innumerables ocasiones lo mucho que me ama a mí —dije sin apartar la mirada del anillo.

Decidí omitir que ese amor también estaba teñido del miedo a la muerte y se reforzaba con prohibiciones absurdas que me enclaustraban en el castillo de Valdívar. Mas Blanca, hecha al matrimonio y a sus múltiples desavenencias, debió percibir un ápice de mi inseguridad, pues cruzó el tablero de escaques y me agarró de la mano. Al elevar el rostro, vi que sonreía con sinceridad y dulzura.

—Eso no es algo con lo que cuenten todos los matrimonios. Aprovechadlo. Disfrutadlo. Si yo pudiera regresar atrás en el tiempo, de buena gana lo haría.

En su semblante se pintaron mil y una emociones, todas empañadas por la penuria del duelo. A mí no me apetecía escarbar demasiado en mis propios sentimientos. Había pasado meses sin mi esposo a causa de la lucha contra los salvajes moros y, al regresar, habíamos ido a Camarena, donde lo acaparaban el rey, los nobles y los asuntos de Estado. A ratos me daba la impresión de que estábamos tan separados como cuando se hallaba en la frontera o preparaba las huestes para partir hacia allí. Extrañaba la hermosa época del cortejo. Ya no me leía ningún libro de esos grandes autores grecolatinos a los que admiraba y tampoco se deshacía en caricias, lisonjas y arrumacos.

Mi amiga, en cambio, ardía en deseos por recuperar la figura de su valiente marido, aunque fuera en palabras, así que, con la partida de ajedrez abandonada en la mesa, con los dedos entrelazados a los suyos, me limité a escucharla rememorar su delicioso pasado.

Corría el año 1266 cuando el rey don Alfonso mandó recado a Luis IX de Francia. Ambos monarcas buscaban entablar buenas relaciones y para ello concertaron el matrimonio entre sus hijos, el infante Fernando de la Cerda y la princesa Blanca. En mayo, una delegación castellana se presentó en el reino transpirenaico. Estaba liderada por el obispo de Cádiz —fray Juan Martínez— y el portero mayor imperial —don Enrique el Toscano—, a quienes se les había encargado las negociaciones de los esponsales, cuyas capitulaciones no se firmaron hasta el 28 de septiembre.

Debido al grado de consanguineidad entre los cónyugues, el papa Clemente IV hubo de emitir una dispensa. Sin embargo, las nupcias aún habrían de aplazarse un poco más, pues el infante era demasiado joven. Tres años después, el 13 de julio de 1269, se ofició la unión en Toledo. Blanca no estuvo presente, por lo que el consentimiento expreso hubo de darlo el maestre Guillermo de Châtelleraut, que actuaba en su representación. Unos días más tarde, Fernando de la Cerda mandó a dos de sus hombres —Fernán García, arcediano de Niebla, y el caballero García Jofré— a por su nueva esposa, a quien debían escoltar hasta Castilla.

Doña Blanca arribó a finales de noviembre y los desposorios se celebraron oficialmente el día 30 de ese mismo mes, en Burgos, una de las residencias favoritas del monarca. Para entonces, Fernando tenía catorce años y Blanca, diecisiete. Era la primera vez que se veían en persona y a duras penas pudieron intercambiar un par de palabras. El novio era la viva imagen de su excelso progenitor; la novia, la pureza y donosura encarnadas.

Nadie quiso perderse aquello. Acudió la flor y nata de Castilla, Toledo, León, Galicia, Sevilla, Córdoba, Jaén, Murcia y el Algarve, buena parte de Francia y, por supuesto, de Aragón, pues el infante provenía por línea materna de allí. Los festejos duraron varias jornadas, hubo poesía, cantos, teatrillos, música, danza y espléndidos banquetes en los que el vino fue el protagonista. Para hacerlo aún más memorable, don Alfonso armó caballero a su hijo Fernando y al príncipe Eduardo de Inglaterra. A su vez, don Fernando de la Cerda armó a otros hombres de gran valía, entre

ellos a sus hermanos menores —Juan y Pedro— y a Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya.

—¿No invistió a su hermano don Sancho? —No pude evitar interrumpir el relato de mi amiga.

Ella chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Sancho nunca se presentó.

—¿No fue a la boda de su propio hermano?

—Fernando debía armarle caballero ese día, junto a los infantes Juan y Pedro, pero Sancho no quiso venir, se fue con su tío don Pedro de Aragón. No mandó ni regalo ni felicitaciones por nuestra unión y nunca me pareció que aquel desaire le pesara sobre la conciencia.

—¿Estaban enfrentados desde niños?

—Ni mucho menos, pero Sancho siempre ha sido un poco irascible. La reina Violante y yo hemos hablado en infinidad de ocasiones sobre su ausencia en nuestras nupcias, y ella sostiene que lo más probable es que su padre, el rey Jaime de Aragón, le recomendara no acudir. La relación entre abuelo y nieto siempre ha sido muy estrecha. De hecho, hay quienes dicen que Sancho bascula más hacia Aragón que hacia Castilla.

Mi inexperiencia en el campo de la política me impedía comprender, en su totalidad, las implicaciones de aquello que Blanca me contaba. Sin embargo, sí que atinaba a sospechar su largo alcance.

—Sancho sabía el honor que se le otorgaría ese día —prosiguió—. Puede que buscara ayuda en el rey don Jaime y que este le aconsejara que solo se dejara armar caballero por su padre, el rey don Alfonso, lo que habría sido una muestra de reconocimiento imposible de ignorar. O bien que esperara a hacerlo él mismo, al igual que su padre cuando se coronó monarca.

Los ojos se me nublaron.

—¿Estáis sugiriendo que don Sancho se reservó para sí el derecho a investirse porque albergaba la esperanza de gobernar algún día?

Durante unos instantes, Blanca de Francia guardó un silencio sepulcral que lo dijo todo. Ahí supe que había acertado. Blanca y sus aliados creían que el infante Sancho habría podido jugar un papel

fundamental en la muerte de don Fernando, que siempre había sido fuerte, robusto, saludable. ¿Qué clase de enfermedad se lleva a alguien así, tocado por Dios y con toda la vida por delante? Un hombre de esas características solo perece si le muerde el acero de una espada o ingiere un tóxico desconocido, uno que produzca calentura y alucinaciones similares a las de una terrible afección.

Pero eso habría significado que Sancho era algo más que un infante irascible, más que un postulante al trono dispuesto a barrer a sus pequeños sobrinos. Significaba que era un joven calculador que, alentado por su anciano abuelo, había urdido un plan para asestarle una puñalada traicionera a su propio hermano y así proclamarse heredero de Castilla. Y eso… Eso era otro cantar.

Yo, que amaba a Aurore y Léonie con cada pizca de mi ser, no llegaba a imaginar que alguien pudiera cometer un acto tan atroz. Ni siquiera contemplaba que alguien rechazara a su hermano, no fuera partícipe en sus esponsales o lo agraviara y no se arrepintiera de ello. Más aún cuando los huesos de este reposan en un sepulcro. No hay nada que nos someta más a la culpabilidad que el repentino fallecimiento de un ser querido.

Aunque ¿de qué me sorprendía? Lo nuestro no era lo habitual. El cariño fraternal que nos profesábamos era factible porque ninguna éramos varones y yo, como bastarda, no entrañaba peligro. ¿Acaso la felonía, la rebelión y la sangre no era la historia de todo rey, las bases sobre las que se sustentaba todo gobierno? Blanca de Francia ya me había contado lo ocurrido con Fernando I de León, quien había dividido el territorio entre sus hijos. La gran Castilla para el primogénito, Sancho; el reino de León para el segundo varón, Alfonso, y el reino de Galicia para el pequeño García. Aquella medida cautelosa, que trataba de evitar un conflicto armado y fratricida, caldeó aún más los ánimos. Deseosos de hacerse con las tierras de los otros, la guerra estalló y no cesó hasta que solo quedó uno. García falleció siendo prisionero de su hermano Alfonso y Sancho cayó de la forma más indecente y deshonrosa posible, acuchillado mientras aliviaba el vientre.

¿Por qué no iba el infante don Sancho a haber acelerado el encuentro de su hermano Fernando con Dios con todo lo que podía

ganar con ello? ¿Por qué no hacerlo cuando su padre no estaba presente, los moros invadían la frontera, el sultán de Granada se sublevaba y el reino pasaba miedo? En unas circunstancias tan desesperadas, ¿quién habría sospechado de él, quién lo habría culpado?

24

La maldición de un linaje

—¿Por qué cualquier hombre es mejor que un Lara? —pregunté a media voz.

Blanca de Francia parpadeó un par de veces, como queriendo averiguar cuánto ignoraba sobre el linaje de mi esposo. Por unos momentos, se acobardó y rehusó responder. No deseaba dañarme. Tuve que insistir y prometerle que no lo haría, porque lo cierto es que, incluso con las malvadas tretas de Sancho revoloteando en mi cabeza, no podía dejar de pensar en lo que la princesa viuda había insinuado sobre mi casamiento.

—Los Lara están malditos, o eso dicen. Ninguno de ellos será dichoso en su matrimonio, ninguno hallará el amor.

Una agria balsa de saliva se me aposentó en la boca y amenazó con hacerme vomitar. Desvié la mirada hacia Beatriz, ubicada a mi derecha. La depauperación de su angelical rostro me insufló una buena dosis de valor y terminó por alejar las náuseas y retener la comida en mi estómago.

—Eso es imposible —murmuré—. Don Pedro y yo…

Callé. De repente, el recuerdo de nuestras discrepancias, la furia contenida en sus puños, los gritos que me habían asustado hasta encogerme, las faltas de las que me había acusado y sus descaradas advertencias me silenciaron.

—Mi suegra doña Inés… —Volví a intentarlo.

Blanca de Francia soltó una carcajada.

—¿Doña Inés Pérez de Lara? No iríais a ponerla de ejemplo, ¿no?

—Habla con absoluta devoción de su marido.

—Lo cual es sorprendente —bufó.

—Todavía lleva el luto.

—Lo cual es aún más sorprendente. ¿Habéis oído lo del papa Gregorio IX y la bula que iba a expedir para derogar su matrimonio?

Asentí y ella examinó en derredor para asegurarse de que las doncellas estaban distraídas con el bordado y no atentas a nuestra conversación. Se acercó, cubriendo con su cuerpo el damero vacío; las piezas de cristal yacían a nuestra diestra y siniestra, eliminadas hacía rato.

—Su Santidad estaba por firmarla, pero llegó tarde —susurró.

—¿Por la consanguineidad?

—Eran primos, mas no como Fernando y yo. De hecho, eran más que primos, habían crecido juntos; eso te hace casi hermano. Pero no, no solo por eso. A doña Inés Pérez de Lara la casaron con diez años y eso está prohibido. No puede casarse a una niña menor de doce, el enlace era ilegal.

—¿Entonces?

Ella regresó a su asiento y se encogió de hombros.

—Ya os lo he dicho, querida Mathilde. Su Santidad llegó tarde, demasiado tarde. Es lógico, estas cosas llevan tiempo. Doña Inés ya había cumplido los doce, había sangrado, o eso dijeron, y consumaron la unión. Poco había que hacer al respecto.

—Eso no es lo que ella cuenta.

Blanca de Francia elevó una ceja y esbozó una media sonrisa cargada de sorna.

—Doña Inés nunca cuenta lo que realmente es.

Acababa de llamar mentirosa a mi suegra, a aquella dama de nobilísima cuna que se vanagloriaba de ser una mujer virtuosa a la que nadie podía sacarle ningún defecto, pues había sido educada para encajar en el perfecto molde de lo que habíamos de ser. Una buena mujer. Una buena mujer cristiana. Una gran señora. La mentira era un pecado que no casaba con ella.

—Habla de su marido con una ternura y una añoranza que es imposible que no se hubieran amado —la defendí.

—Yo no he dicho que no lo quisiera —apuntó—. He dicho que ningún Lara sería dichoso en su matrimonio, y doña Inés no fue una

excepción. Es fama que don Alonso González de Lara no le era fiel; se encamaba con muchísimas féminas, algunas humildes y otras de bajos fondos. A una incluso la dejó encinta.

Abrí los ojos, impactada por las nuevas. Ni mi marido ni mi cuñada habían mencionado a un hermano o hermana nacida fuera del matrimonio, aunque igual no sabían de su existencia. Puede que esto fuera un secreto que doña Inés hubiera guardado durante años y que una criada, al descubrirlo, hubiese confiado a otra, y esta a otra, y esta a otra, y así hasta llegar a Blanca de Francia. Es más, puede que ni la propia doña Inés supiera de ese vástago y, en realidad, el secreto perteneciera a su difunto esposo don Alonso.

—¿Entonces no soy la única bastarda en la familia?

—Lo sois.

—¿Murió la criatura?

—El niño nunca llegó a nacer.

Un sudor frío me recorrió la espalda. La princesa viuda se humedeció los labios y bebió un sorbo de vino que ansiaba solo para contar con un par de segundos y hallar las palabras exactas para no herirme.

—A la madre la asaltaron unos malhechores y la dejaron desangrarse cerca del río. La encontraron en unas condiciones que harían vomitar incluso al estómago más fuerte.

Hice un soberano esfuerzo para no soltar un aspaviento y cubrirme la boca, pese a que el miedo se me había alojado entre las costillas y mis sentidos me pedían salir huyendo. De nuevo, captaba el sabor agrio de la bilis en mi lengua.

—Dios bendito… —gimoteé.

—Algunos afirmaban que habían sido un par de ladrones, y, a decir verdad, es lo más lógico. La maldad campa a sus anchas cuando el sol se oculta, el diablo hace de las suyas y las mujeres somos un objetivo tan suculento como fácil. Pero esta joven era lavandera, ¿qué iban a robarle, el jabón con el que restregaba los ropajes? No parecía poseer nada más de valor que el hijo que llevaba en el vientre.

La noticia me empapó al igual que el agua de lluvia. Primero, había sido aquella desconocida cuyo cuerpo había sido ultrajado por

unos ladrones o matarifes. Luego, doña Beatriz de Aguilar, que todavía seguía escondida en algún lugar remoto del bosque. ¿Quién sería la próxima? Nerviosa, miré hacia mi izquierda. Pía y el resto de las doncellas chismorreaban entre carcajadas, con las laboriosas agujas hundiéndose en la tela de paño. A mi derecha, el fuego crepitante que atemperaba la alcoba y el espíritu de Beatriz, silente.

Deseé poder tocarla, agarrarla, zarandearla, acercarme hasta inhalar su pútrido aliento y preguntarle si los rumores eran ciertos. ¿Existía una maldición, era hereditaria? ¿Había sido su desdicha fruto de esta? ¿Por eso había acabado en el bosque, a merced de las alimañas, semienterrada en el lodo, el musgo y la hierba salvaje? ¿Por eso seguía aquí, anclada al mundo de los vivos, persiguiéndome y acosándome, haciéndome la vida imposible? ¿Debíamos don Pedro y yo sufrirla también, transmitirla a nuestros descendientes? ¿Sería yo una víctima más? ¿Terminaría yo tan muerta como ella y la barragana de don Alonso González de Lara? ¿O lo haría mi hija? Una mujer muerta por cada generación.

Tenía muchas preguntas y ninguna respuesta. Beatriz estaba muda, la muerte le había cosido los labios, y Blanca de Francia no sabía a causa de qué los Lara padecían ese mal augurio. Quizá su origen se remontara a siglos atrás, a una desavenencia entre nobles de distintos linajes o a una mala mujer que, despechada, quisiera su caída en desgracia. De esas siempre hay muchas, porque somos necias, tontas y estúpidas, y nos creemos lo que dicen los hombres hasta que se nos meten entre las piernas y luego nos abandonan. Y entonces una enfurece y se vuelve loca, loca de dolor, de amor y de rabia, y para no arrancarse la cabellera y arañarse el rostro, casi que prefiere maldecir al que la ha engañado. Y a decir verdad, también hay muchos hombres que merecen ser malditos.

No sabía qué me había alterado más, si la muerte de aquella joven y su hijo nonato, el adulterio de mi suegro o la maldición de los Lara, que me estrangulaba como una soga al cuello. Los dedos me rilaban a causa del miedo, el corazón me retumbaba en los oídos, sentía que me faltaba el aire en los pulmones y tenía el estómago revuelto. El cuerpo me pedía a gritos vomitar, purgarme entera. Quería acurrucarme en mi jergón, cubrirme bajo capas y capas de colchas y

resguardarme ahí, cerca del fuego. Un helor indescriptible me había calado hasta los huesos.

—¿Cómo sabéis vos todo esto?

Blanca de Francia escanció un poco de vino y me lo ofreció. Aquello me recordó al gesto que había tenido conmigo mi cuñada cuando me reveló lo acontecido con Beatriz de Aguilar. Bebí.

—Llevo seis años en esta corte, Mathilde. A la gente le gusta cotillear sobre las intimidades de quienes no pueden oírles, y lo que no te lo cuenta una, te lo cuenta otra. Hay escándalos que no se olvidan ni habiendo pasado tres décadas. Por eso hay que ser cuidadosa con lo que se hace y no compartir los secretos con cualquiera. —Alargó la mano y nuestros dedos se entrelazaron—. Vuestros secretos están a salvo conmigo. Conmigo y con la reina Violante.

—¿Fue ella la que os contó lo de doña Inés?

—La reina no se rebaja a algo así. Cuando hay una recién llegada, las nobles prácticamente se baten en duelo para ver quién la atrapa antes, la integra en su círculo íntimo de amistades y la informa de los rumores más inquietantes.

—Deben tenerle mucha inquina a doña Inés Pérez de Lara para sacar a relucir tamañas desgracias —escupí con un rencor que me sorprendió.

Sí. Mi suegra era estricta en el hogar y el gobierno de sus propiedades, y sí, me había arrebatado parte de mi identidad y mi dignidad, pero seguía siendo mi suegra, una mujer vapuleada por la vida, ciega y viuda, vulnerable a las lenguas viperinas de la corte y controlada por una vil sirvienta. Aquello ya era castigo suficiente. Me parecía cruel y mezquino airear así los infortunios de alguien, en especial los maritales, que eran harto delicados por incluir no solo a marido y mujer, sino también a sendas familias. ¿Nadie pensaba en el honor de la fémina, en la humillación que esto le suponía, en el sufrimiento de los hijos o en el posible conflicto que podía generarse por los bienes? No, por supuesto que no. A la gente le encantaba despellejar a los demás, cebarse con ellos y dejar los restos.

—Todo lo que se intenta ocultar acaba descubriéndose. No os preocupéis demasiado por los rumores de antaño, mi querida

Mathilde —me aconsejó—. Don Alonso González de Lara falleció hace mucho, el adulterio es común en los hombres y doña Inés es ahora una viuda de lo más respetable.

—Las maledicencias que se viertan sobre ella y su linaje también me salpican a mí. Soy como su hija.

—Pero no sois su hija. —Y repitió con voz contundente y en un francés delicioso—: Vos no sois su hija.

Los labios se me curvaron hacia arriba.

No. No era su hija, por mucho que ella se empeñara en nombrarme así. Con todo, la compasión me inundaba cada vez que pensaba en la avejentada y frágil doña Inés Pérez de Lara, ciega y manipulada, entregada de niña a un pariente cercano y hecha a su medida solo para que él, amante de los placeres, frecuentara a otras. ¿Era una mentirosa por no haberme narrado su historia real o simplemente procuraba ocultar un sufrimiento que la había abierto en canal?

—Quizá la maldición sea solo eso, un rumor sin fundamento como otros tantos. —Blanca de Francia me dio un pequeño apretón.

No me atreví a confesarle que el espíritu de doña Beatriz de Aguilar estaba allí entre nosotras, y que este era la prueba viviente de la maldición de los Lara. En su lugar, compuse una sonrisa que no engañó a mi amiga y dije:

—Seguro que sí.

Desde el otro lado, Pía me observaba con una expresión inquietante en el rostro. Tenía los labios en un mohín y los dedos apretados sobre el paño, creando infinidad de arrugas en el bordado que, hasta entonces, había quedado precioso. Supe enseguida que nos había oído, que conocía la maldición y que, al igual que yo, creía firmemente que la presencia de Beatriz estaba relacionada con esta.

A mi derecha, Beatriz me contemplaba con esos bellos ojos oscuros que se asemejaban a un pozo sin fondo. De repente, sin apartar la vista de mí, alargó la mano y señaló una de las figuras del ajedrez de cristal de roca. Una repentina ráfaga de aire se coló por la ventana y, enroscada en el dedo mortífero del espectro, golpeó el rey, que cayó de costado y rodó por la mesa hasta acabar en mi regazo.

Era la primera vez que hacía algo así, que se comunicaba conmigo. Aquel inesperado movimiento me arrancó de cuajo la respiración.

Unos días después descubriríamos que la guerra contra los benimerines había tocado su fin.

Habíamos ganado.

25

El fin de una era

Principios de febrero de 1276

El infante don Sancho había mandado una misiva firmada y sellada en la que anunciaba que los benimerines se habían replegado hacia las costas y que allí, encajonados, habían iniciado los preparativos para su marcha. Él, negándose a abandonar la frontera, había aguardado junto a sus mesnadas para asegurarse de que, en efecto, las naves se fletaban y el horizonte se cuajaba de barcos enemigos que cruzaban el estrecho.

Beatriz me lo había advertido con esa pieza de cristal resplandeciente que representaba un monarca y se deslizaba por el tablero.

Abu Yusuf, líder de los benimerines, había firmado una tregua.

Habíamos vencido.

Desde ese momento, y ante la atenta mirada de Pía, traté de volver a comunicarme con ella. Cada día disponía el ajedrez y le preguntaba por todo un poco. Por su muerte. Por la ubicación exacta de su cuerpo. Por nuestro marido, don Pedro de Lara. Por la maldición de su familia. Por la muchacha asesinada y su hijo nonato. Por el futuro. Por el pasado. Por el linaje. Siempre en vano. Beatriz no respondía, no se movía un ápice, tan solo me miraba a los ojos y rebuscaba en mi interior. Me desnudaba el alma. Entonces la lengua me pesaba y la boca se me llenaba de ese regusto dulzón que no se iba ni bebiendo vino ni masticando un mondadientes perfumado.

Me pasaba las horas muertas en mis aposentos ante el tablero, en silencio, a la espera de que, por iniciativa propia o necesidad, Beatriz señalara una pieza y me desvelara algo nuevo. Pero eso tampoco sucedía.

—Puede que ya no tenga nada más que contaros, mi señora —me dijo Pía tras innumerables fracasos.

—Eso es imposible. Si fuera así, Dios, nuestro Señor, ya la habría acogido en su seno, y, sin embargo, aquí está. Aquí sigue —respondí.

Qué equivocada había estado los primeros meses en los que pensé que doña Beatriz de Aguilar era una prueba del diablo, un arrebato de locura o unos celos enfermizos que me habían hecho perder el juicio. La realidad era bien distinta. El espíritu no tenía intención de infundirme miedo, provocar mi huida o deteriorar mi matrimonio, aunque en cierto modo lo hiciera al ser un espejo en el que compararme y una compañía constante, incluso en el lecho.

Más que nunca, estaba convencida de que Beatriz no descansaba en paz debido a su fallecimiento, al cuerpo corrupto que se hallaba en las entrañas musgosas del bosque de Valdívar y era devorado por bestias y alimañas. Por eso actuaba como heraldo. Pero ¿como heraldo de qué? Era eso lo que se me escapaba.

Se me ocurrían infinidad de posibilidades, a cada cual peor, porque además, según Pía, el rey no tenía por qué aludir a la victoria que don Sancho se había cobrado contra los moros. Aquella pieza podía representar otras muchas cosas, y ninguna de ellas era buena. Que una contienda bélica estaba a punto de comenzar, una que tomara lugar en la corte y que respondía a las pretensiones al trono. Que la ambición de don Sancho hubiera derramado la sangre de su hermano Fernando, o que fuera a verter la del rey don Alfonso, la de los hijos de Blanca de Francia o la de mi esposo…

Dios o Beatriz de Aguilar nos lo dirían.

Mientras yo trataba de arrancarle palabras a esa alma errante, las batallas políticas se recrudecían en el despacho de nuestro señor

don Alfonso.

La victoria frente a los benimerines le había granjeado a Sancho el apoyo de un buen sector de la población y la nobleza. Quienes habían padecido el hostigamiento de los moros le estaban profundamente agradecidos; tras meses de ataques, saqueos, secuestros y calamidades, por fin volvían a respirar con tranquilidad. Poco a poco, el sur se recuperaba, las familias regresaban a sus tierras y a sus hogares, reconstruían lo derruido, buscaban a sus deudos, compraban nuevo ganado que criar y cuidaban de los cultivos arrasados. Para ellos, el infante era luz, esperanza. La promesa de un futuro mejor.

Quienes habían combatido a su lado no hacían más que alabarle. Decían que era un hombre de gran bravura, mente despierta e inestimable valía que luchaba con la fuerza de un toro y el corazón puesto en Dios y en Castilla, y que por eso era invencible. Había causado muchísimas bajas entre las filas enemigas, había sido un buen estratega al dividir los frentes por mar y tierra y armar a Sevilla con una flota, para así controlar el estrecho y que no llegaran refuerzos ni víveres. También había demostrado su potencial como guardián de los reinos al defender la frontera tras el repentino y triste fallecimiento de su hermano don Fernando de la Cerda. Otros se habrían echado a llorar, encaramados al luto. Él, sin embargo, no lo había dudado. Se había armado hasta los dientes y había convocado a las mesnadas, y no reculó ni cuando contempló el número de infieles que se abatían sobre él.

Algunos afirmaban que era imposible que no se hubiera proclamado con la victoria. Sancho lo llevaba en la sangre. Era nieto de don Fernando III, al que llamaban el Santo, que había arrancado Córdoba, Jaén y Sevilla de manos de los muslimes. Y era nieto de don Jaime I de Aragón, al que apodaban el Conquistador por haber hecho lo propio con Valencia, Mallorca y las islas de Menorca, Ibiza y Formentera. Lo único que lo alejaba del trono era la ley que su bienamado padre había mandado redactar y poner en vigor.

A don Alfonso se le conocía por ser un rey amante de la cultura y las ciencias. Desde bien temprano se había interesado por materias muy diversas: historia, política, poesía, astronomía… Había apostado

por la enseñanza y había favorecido traducciones al castellano de libros árabes, hebreos y latinos, para lo cual se había rodeado de sabios de renombre, ocupados de esta tarea y la redacción de otras obras que él consideraba esenciales. En su afán de conocimiento, se había dedicado también a la revisión del pasado a través de las crónicas y la legislación vigente. Así había nacido el *Libro de las leyes*, un nuevo corpus jurídico que establecía que si el heredero al trono moría con descendencia, eran los hijos de este los que accederían al gobierno, y no el segundogénito, como se había tenido por tradición en Castilla.

—Don Sancho viene de camino —me informó mi esposo una mañana de febrero.

El sol entraba a raudales por el ventanuco e incidía en mis párpados entornados, dibujando una franja dorada en la cama, en la que todavía yacía. Me llevé la mano a la frente para hacer sombra y así contemplarlo. Don Pedro tenía el pelo revuelto, el cansancio impreso en el rostro y una barba que pedía a gritos un buen afeitado. Se había deshecho de la camisa que usaba de ropa interior y, mientras se vestía, mordisqueaba una manzana de la bandeja que habían dejado en mis aposentos para la remenja.

—Qué poco ha durado la dicha en estos lares…

Él resopló.

—No podéis ni imaginároslo. Con los benimerines de vuelta en el mar y don Sancho pululando por la corte, nuestro señor don Alfonso va a tener que tomar una decisión con respecto a la sucesión al trono.

—Bueno, la ley es la ley, ¿no? Ya lo dice el libro, han de gobernar los hijos de don Fernando de la Cerda y Blanca de Francia.

Con la camisa margomada ya puesta, se quitó la fruta de la boca. Un hilillo de jugo pegajoso le salpicaba la barba.

—¿Cómo sabéis vos acerca del *Libro de las leyes* de don Alfonso?

Los ojos cerúleos le destellaron y los labios se le torcieron en una sonrisa pícara. Estaba desafiándome. Quería saber quién era la persona que me introducía en la política del reino en contra de su voluntad. O más bien quería ratificar que era la princesa viuda.

Aún desnuda, me estiré cual gato, liberando mis blancos senos. Su mirada se recondujo hacia ellos y el hambre le inundó las pupilas. Doña Anne de Albret me había advertido de que, si una sabía usar sus encantos femeninos, podía conseguir muchas cosas de su esposo. Lo más importante era mantenerlo satisfecho en el lecho, con el estómago lleno y convencido de que era él quien realmente gobernaba el hogar. Con docilidad, palabras suaves, arrumacos y susurros, cualquier hombre mudaba de opinión. Solo había que ser inteligente y resuelta.

—Me lo ha contado doña Blanca, por supuesto. —Sonreí con inocencia—. Está preocupada por sus hijos.

—Más lo va a estar en cuanto lleguen Sancho y el buitre de don Lope Díaz de Haro —dijo, aún con la vista clavada en la curva de mis senos, en los cabellos rubios y ensortijados que se me desparramaban cual cascada.

Enarqué una ceja.

—Ah… Que su perrito faldero también viene.

El sarcasmo rompió el encanto de la seducción y don Pedro se echó a reír. Dejó la manzana encima de la mesa y se acercó para besarme. El colchón se hundió bajo su peso y su cuerpo me cubrió por completo, prendiendo en mí un deseo incandescente. Quería agarrarle de los hilos de oro de la camisa y retenerlo a mi lado, morderle la boca, aspirar su fragancia, enredarme con él entre las sábanas.

—Os habéis vuelto tremendamente divertida.

—Yo creo que siempre lo he sido —me jacté.

Una risa silenciosa se le escapó por la nariz y entonces se apartó.

—Pues será entonces que Blanca de Francia está sacando ese lado que me había pasado inadvertido —terció mientras se dirigía hacia el espejo.

Mi intento de persuasión se frustró en cuanto se colocó las vestiduras. Habiendo fracasado en tentarle con la debilidad de la carne, no valía la pena demorar más el asunto que nos atañía. Salí de la calidez del lecho con la piel erizada y me enfundé la camisa, que me llegaba hasta los tobillos. A continuación, me envolví en un chal de lana y miré hacia el lar, donde las últimas ascuas

comenzaban a extinguirse. Debía pedirle a Pía que avivara el fuego antes de bañarme y acicalarme.

—Sancho exigirá vuestra lealtad, ¿verdad? Por eso estáis tan arisco estos últimos días. Apenas habéis venido a dormir conmigo. He notado mucho vuestra ausencia. —Me senté en una silla y me refugié en la tibieza de mi abrigo.

—Tenía muchas preocupaciones en la mente y no he parado de dar vueltas en la cama —respondió él peinándose la barba—. Quería ahorraros tanto movimiento e insomnio.

—Tampoco habéis celebrado el final de la contienda contra los moros, y eso que detestáis la guerra.

—El rey no va a ser el único que tenga que tomar una decisión.

Examiné la bandeja de frutas y queso que reposaba sobre la mesa; la manzana a medio morder seguía ahí junto con los restos del vino de la noche anterior. Escancié un poco en mi copa y bebí. A veces, buscaba el valor en el alcohol, como cuando me enteré de la maldición de los Lara o de la desdicha de Beatriz; otras, en el fantasma de esta, que actuaba de escudera, siempre a mi lado, incluso en los peores momentos.

—Vuestro primo Juan Núñez de Lara protege a los pequeños infantes y vos guardáis buen recuerdo de don Fernando de la Cerda. No sé qué decisión tenéis que tomar. Está clara vuestra lealtad.

—Mi lealtad es para con el rey don Alfonso.

—Sí, pero nuestro señor don Alfonso no está en sus mejores momentos, ¿no? Desde que le dio aquel caballo una coz en la cabeza, no ha vuelto a ser el mismo. No termina de reponerse, pierde los nervios a menudo y se le olvidan cosas…

Don Pedro se retiró del espejo y me miró.

—Yo sí que voy a perder los nervios —me amenazó—. ¿Eso también os lo ha contado Blanca de Francia?

Asentí, alzando levemente el mentón y removiendo la copa.

—Yo de vosotras tendría mucho cuidado con lo que habláis. Los cotilleos son un arma de doble filo y un pasatiempo deleznable para mujeres tan nobles. Dejad los rumores a la servidumbre y al común, a ellos no les pesan tanto esas horribles faltas.

Me mordí la lengua para no decirle que los cotilleos eran la única vía de comunicación que poseíamos las mujeres. Callarnos era abocarnos a la ignorancia, impedir que nos alertáramos unas a otras cuando el peligro acechaba.

—Debo ser leal a don Alfonso. Si escoge a Sancho como heredero, tendré que aceptarlo, aunque no sea de mi agrado. No puedo permitirme rechazar al infante.

—Era un riesgo para vos durante la guerra contra los moros, os recuerdo que temíais que atentara contra vuestra vida.

—Lo será aún más si reniego de él ahora y accede al trono en unos años. Eso nos traería consecuencias nefastas, Sancho no olvida fácilmente las afrentas. Quizá, lo más recomendable sea que continúe escuchando sus propuestas y dilate mi toma de decisiones.

—¿Optáis por la neutralidad? —pregunté asqueada.

—Por la seguridad de nuestra familia —me corrigió con dureza—. Seremos prudentes hasta que don Alfonso concluya quién lo sucederá o esto acabe en una estúpida guerra en la que no nos quede otra que tomar las armas.

—¿Y por quién las tomaréis?

Don Pedro de Lara no vaciló ni un instante.

—Por el que vaya a proclamarse vencedor.

No podía creer lo que escuchaban mis oídos. Hacía unos días le había jurado a Blanca de Francia que mi marido y yo formábamos parte de sus fieles defensores. Él, por sus buenas relaciones con el infante don Fernando; yo, por mis raíces francesas. Ambos, por el sentimiento de justicia. Y, sin embargo, en ese instante, él confesaba que pretendía vender su apoyo al mejor postor.

Me puse en pie de un salto. La indignación me arañaba por dentro, luchaba por emerger, ladrar y asestar bocados.

—Sancho no puede gobernar.

—Mathilde…

Fue un primer aviso. Mi nombre sonó lento, empalagoso, teñido de una oscuridad aterradora. En otras circunstancias habría agachado la cabeza y guardado silencio, me habría arrepentido por cuestionarle, habría suplicado su perdón, pero el aroma a agua de

mayo que desprendía el espectro de Beatriz me confería una ferocidad que no reconocía en mí.

—¡Está escrito! ¡Es la ley! —Golpeé la mesa con la copa y los gritos me nacieron del pecho, del estómago, de la garganta, de la furia glacial que siempre había pertenecido a doña Anne—. ¡Un rey no puede faltar a la ley! ¡No puede faltar a su palabra!

—¡El rey es la ley! —aulló y las manos le temblaron—. Don Alfonso hará lo que considere y nosotros lo acataremos sin rechistar.

Me crucé de brazos y bufé. Era ridículo. Lo que estaba escrito, lo que ya estaba legislado, debía acatarse, debía perdurar así como los mandamientos en las lajas de piedra que Dios entregó a Moisés. Si el rey no cumplía con su propia palabra, ¿por qué iban a hacerlo los demás?

—Así que, si don Alfonso lo dispone, olvidaréis a don Fernando y a los infantes de la Cerda. Traicionaréis a vuestra propia familia, a vuestro primo, que es sangre de vuestra sangre, y respaldaréis a un hombre que ni ha llorado a su hermano ni ha dudado en hostigar a quien se le cruzase en su camino al trono.

Me cuidé de no mencionar las sospechas de doña Blanca sobre Sancho y la muerte de su esposo.

Los ojos de mi marido se convirtieron en dos ranuras centelleantes y de inmediato supe que había pisado terreno pantanoso. Don Pedro apretó los puños, embridando la ira que lo carcomía, y se aproximó hacia mí con una lentitud aterradora que lo hacía más siniestro de lo que era, con esa espalda ancha y esos hombros fuertes, y esa altura que me obligaba a estirar el cuello y mirar hacia arriba. Le rechinaban los dientes y tenía los músculos contraídos, tan tensos que se le notaban las venas de la frente. Ahí estaba de nuevo, la otra cara de la moneda, el Uther Pendragón que sustituía a mi amado y afectuoso Gorlois. El miedo se me enredó en el bajo vientre y empezó a descomponérseme la vejiga.

—No voy a tratar más temas políticos con vos porque vos no sabéis nada, pero nada, de política —gruñó, con el dedo acusador danzando frente a mi rostro.

Podría haberme atizado en la nariz y habérmela roto, haberme dejado sangrando en la alcoba, aferrada a un paño, al chal que me

cubría, a las faldas de Pía mientras lloraba. Pero no lo hizo. Sus palabras laceraban más que una bofetada en la mejilla o un golpe bien dado, que me habría marcado durante días y habría levantado cuchicheos a nuestro derredor.

—No dejéis que vuestra ascendencia francesa os nuble el entendimiento, esposa mía —me apercibió—. Estáis en Castilla y vuestro señor es don Alfonso, no Felipe. Si el rey escoge a Sancho, nosotros escogeremos a Sancho. No nos conviene caer en desgracia.

Iba a callarme, pero la injusticia me ardía y las palabras me subieron por el esófago como si fueran vómito.

—Al menos a esos pobres niños aún les queda el respaldo de su abuela. La reina Violante velará por ellos.

Su semblante se ablandó y adoptó la expresión del que se compadece de alguien que no entiende nada. Ese alguien era yo. Mathilde Leblond, demasiado extranjera para captar todos los matices de las palabras, demasiado ignorante para comprender la política de los reinos de Castilla y León, demasiado bastarda para implicarse, demasiado francesa para entrometerse.

—Yo no he dicho que no tengan el mío. No os equivoquéis.

Mi marido se alisó los ropajes y enfiló hacia la puerta. Antes de irse, con un pie ya bajo el umbral, se giró.

—No creáis que soy un necio y no me doy cuenta de que lleváis días tratando de sonsacarme nuevas acerca de este asunto tan delicado. Juré a vuestro padre que nunca os dañaría y me ceñiré a ello. Pero si insistís en sacarme las garras, os juro que yo mismo os llevaré hasta el castillo que os entregué como arras y os encerraré bajo llave hasta que el destino de estos reinos se decida. Y eso puede llevar mucho mucho tiempo.

El portazo con el que cerró me retumbó en los oídos.

Durante unos segundos, contemplé la puerta por la que había desaparecido. Me pregunté si la maldición de los Lara no estaría causando ya estragos en nuestro matrimonio. Pero entonces la familia real también debía estar sujeta a una, porque la reina Violante no se sobreponía a la muerte de su hijo, el infante Sancho se negaba a ceder el trono a sus sobrinos y el rey Alfonso… Bueno, de todos era sabido que, si el rey Alfonso tomaba partido por su

segundogénito, la relación con doña Violante de Aragón se resentiría.

Allí, en la corte, todos los matrimonios parecían estar muy cerca de desquebrajarse.

El frío de la alcoba me trajo de vuelta a la realidad. El espíritu de Beatriz me observaba, lánguido, con una penuria casi tangible. Me limité a dedicarle una sonrisa de consuelo.

26

El Bravo

12 de febrero de 1276

Sancho llegó a la semana siguiente y el pueblo lo aclamó con ansias, lo roció de flores y halagos, de gritos histéricos y aplausos de bienvenida. La algarabía era tal que incluso dentro de los gruesos muros del castillo se oía la lluvia de vítores que tomaba las calles a su paso. Había encandilado a mujeres y niños, se había ganado el respeto y la aprobación de los varones. De la noche a la mañana, el infante era uno de los miembros más queridos de la Corona. Había sustituido a su hermano en el corazón de las gentes y esperaba poder hacerlo en el trono.

Don Alfonso —obcecado en celebrar el regreso de su vástago y la victoria contra los benimerines— había organizado varios banquetes, una batida de cacería, unos juegos de tiro con arco y veladas de música y danza. Aunque, en realidad, su intención era eliminar las habladurías acerca de la fractura de la familia real.

A la llamada de los festejos acudieron las familias nobiliarias que faltaban. Pese a su luto impenitente, doña Inés Pérez de Lara se negaba a perderse cualquier acontecimiento social, así que se personó en Camarena acompañada por la taimada Lucía en cuanto se anunciaron los fastos.

La pequeña cuota de libertad de la que había gozado durante su ausencia pronto se me escapó de entre los dedos. Doña Inés requería de mí constantemente, gustaba de tenerme a su lado mientras paseaba, conversaba o comía con sus amistades, esas que

décadas atrás esparcieron rumores sobre el adulterio de su marido y la barragana embarazada. Me entristecía ver la relación que simulaban tener. Se reían juntas, criticaban y cuchicheaban. Se preguntaban por sus esposos e hijos con aparente preocupación, por las sirvientas y doncellas, por las últimas noticias insidiosas que habían oído en boca de criadas u otras grandes señoras. Se quejaban de que sus ropajes no eran lo bastante lujosos y de que los maridos hacía tiempo que no las sorprendían con joyas nuevas o algún otro presente de valor. El vínculo que las ataba se basaba en el estatus, no en la sinceridad. No había afecto ni confianza, solo el interés y la cotidianidad, la afabilidad de quien sonríe a alguien a quien lleva viendo desde siempre. Eso era todo lo que conocían.

Me imaginaba a esas damas de alcurnia burlándose de mi suegra y sus desgracias maritales, y algo se me contraía en el pecho. La lástima me arrasaba y un instinto feroz de protección se despertaba en mí. Doña Inés era débil frente a ellas, una presa a la que hincarle el diente con facilidad. Carecía de vista y, en buena parte, de malicia. Así que, desde que llegara a Camarena, no me separaba de su lado, pese a que me recriminara que mi acento francés se hubiera fortalecido y eso supusiera frecuentar menos a Blanca de Francia y tragar con los desprecios de Lucía.

Al ya no haber guerra a la que atenernos, doña Inés no volvió a mencionar que debíamos vestir con austeridad y prescindir de afeites y cosméticos. La corte, plagada de oro, gemas preciosas, pompa y boato, invitaba al exceso y al esplendor, más en momentos de alborozo. Casi parecía que había una competición silenciosa para ver quién era la fémina más distinguida.

—Poneos los rubíes —me aconsejó mi suegra para el primer banquete—, os sentarán bien con vuestra piel lechosa. Y no os pongáis la impla, mejor una toca orellada.

Pía me colocó las joyas y me cambió la seda traslúcida, que dejaba entrever mis guedejas del color del trigo, por una de esas tocas tan populares en Castilla y que eran de origen muslime. Lucía, que no se separaba de doña Inés, asentía con cada decisión que su señora tomaba. Me examinaba con altivez, de arriba abajo, y torcía el gesto cuando algo no le agradaba.

—Una pena que tenga el cabello tan rubio y la tez tan pálida —rumió—. El oropel de las tocas sobresale más en mujeres morenas, ¿no creéis, mi señora? En doña Beatriz de Aguilar resaltaban mucho.

Me habría encantado recordarles que a Beatriz, con esa belleza suya, le habría resaltado incluso un saco de arpillera en el que almacenar las fanegas de harina. En su lugar, eché un vistazo al espíritu que había a mi derecha, inamovible, y sonreí.

En algún momento, no sabía muy bien cuándo, Beatriz se había convertido en una suerte de sostén. Mirarla alimentaba mi coraje, me insuflaba ánimo, me ayudaba a no desfallecer. Probablemente, se debiera a su presencia constante, a esa forma tan peculiar de perseguirme que la asemejaba a una sombra. No es que fuéramos amigas, pero, desde luego, tampoco éramos ya Lea y Raquel rivalizando por darle vástagos a Jacob.

—Pía, traedle un limosnero —exigió doña Inés.

Lucía sugirió que fuera uno de seda e hilos de oro que tenía puntadas divididas y de espina de pescado. Todas sabíamos a cuál se refería. Yo me dejé hacer sin oponer resistencia y me vistieron al igual que a una niña pequeña que carece de opinión. Cuando mi suegra se hubo marchado en busca de sus excelsas amistades y me observé en el espejo, decidí que no me dejaría domeñar otra vez. No hasta el punto de perder mi voz y mi identidad.

Doña Inés me había instado a desposeerme de muchas de mis prendas; sin embargo, yo había salvado alguna que otra cosa de la purga, entre ellas, una guirnalda de oro con rubíes, topacios y perlas. Las *guirlands*, como nosotros las llamábamos, eran un tocado característico de Francia que había traspasado la frontera y se había instaurado en el reino de Inglaterra y hasta en Cataluña, donde se la conocía como *garlanda*. Castilla, en cambio, se negaba a acogerla en su guardarropa.

No había mejor momento que ese —el banquete de celebración de don Sancho— para llevarla con la toca orellada. La guirnalda sería mi símbolo en la corte, y con ella reivindicaría que mi acento y mi cuna eran transpirenaicos, por mucho que hubiera matrimoniado con un Lara, y que mi lealtad estaba con Blanca de Francia y sus hijos.

Las puertas del salón estaban abiertas y custodiadas por un portero. No obstante, desde el pasillo se alcanzaba a ver el interior, que había sido adornado para la ocasión con doseles de terciopelo gules, candiles dorados que resplandecían y unas larguísimas mesas dispuestas en forma de u. Las paredes estaban cubiertas por tapices, y en los manteles de seda, en la vajilla de oro y otros enseres se habían grabado escudos de armas de los reinos de Castilla y León. Los oficiales ya habían colocado el pan y el vino, los coperos se habían apostado en los extremos de la estancia para escanciar alcohol y agua, y los manjares no tardarían en llegar. Decían que la reina Violante había sido muy estricta con respecto a los servicios de comida, cada uno más majestuoso y selecto que el anterior.

Para aligerar la espera, algunos se asomaban a la puerta y escrudiñaban la escena montada con sumo cuidado; otros, menos curiosos, nos entreteníamos departiendo en pequeños grupos. Las mujeres solíamos dividirnos en corrillos y yo, por supuesto, había sido capturada por mi suegra, mi cuñada Mencía y sus aliadas. Estas últimas ni siquiera habían hecho el amago de disimular su juicio al verme aparecer con la guirnalda sobre la cabeza. Y a pesar de que no creo que entendieran mi mensaje político ni mi intento de rebeldía, doña Inés sí que debió de imaginárselo.

Mi marido, que hasta ese instante había estado enfrascado en una discusión con Lope Díaz de Haro, vino hacia nosotras en cuanto me avistó entre el enjambre de féminas que aguardaba a los pies de la escalera. Lo hizo con calma, con la espalda recta y las manos a los lados del cuerpo, pero, al llegar y saludar a las damas cortésmente, me clavó las uñas en el brazo, reclamándome como suya. La presión de su agarre fue tal que me costó no soltar un quejido de dolor.

Sorprendida por aquel acto de violencia, me giré hacia él. Fue entonces cuando reparé en la furia que subyacía en su gélida mirada. Siempre se le había dado muy bien mantener la compostura en público, esos iris de lapislázuli y esa ancha sonrisa podían ocultar cualquier cosa. Por eso, su rostro se mostraba ufano por encima de la rabia y ninguna de las grandes señoras se percató de su actitud, ni siquiera mi suegra o mi cuñada.

Don Pedro se disculpó ante ellas y me arrastró hasta un rincón apartado, casi trastabillando. Sospeché que había reparado en las connotaciones políticas de mi tocado y que eso lo había irritado. Pero me equivocaba. Para él había algo peor que esa *guirland* de oro que proclamaba a los cuatro vientos mi adhesión a la causa francesa.

—¿A quién vais a darle dinero para que llevéis eso? —Sus ojos se desviaron hacia mi mano, de la que colgaba un pequeño limosnero.

La delicada pieza de seda había sido confeccionada con hilos de oro y las puntadas, que alternaban largas y cortas, reproducían dos escenas bien conocidas. En el anverso, Píramo y Tisbe se enamoraban a través de una minúscula grieta que separaba sus hogares. En el reverso, Píramo hallaba las huellas de una leona y el velo de su amada ensangrentado. La había perdido para siempre.

—A nadie —balbuceé, previendo la tormenta que se desataba en su interior.

—¿A nadie?

Negué, con los labios arrugados y un ligero temblor.

—Entonces será mejor que prescindáis de él esta noche y lo dejéis en vuestros aposentos —me bisbiseó al oído.

No articulé una palabra, tampoco traté de escapar. Estaba encarcelada entre su fornido cuerpo y la pared, entre la calidez furibunda que exudaba y el espíritu demacrado de Beatriz, que parecía rilar. En esa ocasión, ni el aroma a agua de mayo me infundía valor.

Allí, cercados por duques, condes, vizcondes y señores, con el rey y su familia a punto de llegar, no podía hacer nada más que callar y acatar sus órdenes. Los reproches y enfrentamientos habían de reservarse para la intimidad de la alcoba, pues cualquier comportamiento percibido de insolente me habría condenado a la vergüenza y a un duro castigo. No importaba que don Pedro hubiera jurado no dañarme. El deber de un marido es contener a su mujer, ser firme, obligarla a andar por el camino de la obediencia y la rectitud. Y si para ello tenía que corregirla mediante golpes, que así fuera. Las esposas rebeldes siempre han de recibir su merecido.

—No quiero que llevéis nada que no os pertenezca. Y esto no os pertenece. —Me arrebató el bolsito.

Alcé la barbilla con la poca dignidad que me quedaba y fijé la vista en el otro extremo del pasillo, donde se congregaban las grandes señoras. Doña Mencía no apartaba la mirada de nosotros. A su diestra, Lucía le susurraba lo que ocurría a doña Inés, cuyo semblante se volvía sombrío. El de la criada se desfiguraba en una sonrisa de satisfacción.

—Os vuelvo a repetir lo mismo que tiempo atrás —continuó mi marido—. Pedidme lo que sea que ansiéis o necesitéis, del hogar o del guardarropa, y yo os lo daré. Lo único que os exijo, a cambio, es que tengáis paciencia. No podéis encapricharos de todo lo que veáis a vuestro alrededor.

Una vez más, me reducía a una jovencita vanidosa y tornadiza que no tolera un no por respuesta.

—Solo es un limosnero… —murmuré.

Don Pedro me sacudió con rapidez, arrimándome más a él. Mi espalda casi impactó contra el muro y tuve que agarrarme a su brazo para no caer.

—Y lo otro solo eran tapices, ¿recordáis? —gruñó.

A la mañana siguiente, mi cuñada me explicaría que aquel había sido un presente de don Pedro a Beatriz por su primer año de casados. Por entonces, nadie había sospechado que la historia de Píramo y Tisbe podía ser un mal augurio, un incentivo para la maldición que acechaba a los Lara. No. Mi marido había contemplado la imagen de los enamorados y se había reconocido en el candor de sus miradas, en el anhelo y el deseo todavía prohibidos, y, aunque el reverso hablaba de sufrimiento y muerte, él solo había pensado en que la locura de Píramo era, posiblemente, la que lo doblaría a él en la senectud cuando enterrara a su bienamada esposa, compañera de toda una vida y madre de sus hijos.

A Mencía de Lara le había extrañado verme con el limosnero; sin embargo, no me había dicho nada. Hacía casi dos años que Beatriz de Aguilar había desaparecido sin dejar rastro y creía que, con nuestro prometedor y dulce matrimonio, su hermano ya había superado, si no el trauma, la penuria del luto.

Por fortuna, el banquete discurrió sin incidentes. Don Alfonso y doña Violante de Aragón tomaron asiento en la mesa principal. Al lado de la reina se sucedían su hija Berenguela y doña Blanca de Francia. Al lado del rey, don Sancho y los infantes Pedro, Juan y Jaime. Doña Beatriz de Castilla, desposada con el marqués Guillermo VII de Montferrato, también se hallaba presente. Los únicos que faltaban eran doña Constanza, que, habiendo vivido tantos años en el monasterio de las Huelgas, debido al afán de su padre por asentarse allí, había acabado tomando los hábitos, y Fernando de la Cerda y Leonor, ambos fallecidos.

Pese al aura de festejos, la familia real lucía funesta y lúgubre, todos vestidos de un negro hiedra. La sensación de unidad brillaba por su ausencia y los esfuerzos del rey por aparentar eran en balde. Berenguela y Blanca de Francia solo hablaban con la reina Violante, quien apenas comía. Más bien miraba distraída su copa y estiraba las comisuras como si quisiera componer una sonrisa que se quedaba en nada. Cuando extendía la mano y la manga de sus ropajes dejaba entrever la muñeca, asomaba una marca entre violácea y verdosa, la estampa de unos dedos vigorosos que se habían ceñido a ella, del mismo modo que los de mi marido se habían ceñido a mi brazo unos momentos antes.

Don Alfonso imponía su criterio con dureza. Violante intentaba ocultarlo y Blanca de Francia decía que se debía a los accesos de ira que, a veces, lo dominaban. Desde la coz del caballo, la paciencia se le agotaba con rapidez, y desde que su esposa le pedía que no relegara a sus nietos, esta escaseaba todavía más. ¿Cómo podía ella pensar que él, rey pero también padre, olvidaba que esos niños eran el legado de su amado Fernando, el que debía haber sido su heredero? ¿Cómo podía él creer que ella, más madre que reina, no se daba cuenta de que la Corona necesitaba de un hombre fuerte y que Sancho lucharía por hacerse con el gobierno a fuego y sangre?

En todos los matrimonios existían desavenencias saldadas con gritos y golpes, incluso en los de regia estirpe.

Se sirvieron guisos y asados de carnero, cabrito y cerdo; arenques fritos, congrios y lampreas; empanadas de pescado y carne, fruta de temporada, queso, pan blanco y dulces variados, y el mejor de los

vinos corrió de mesa en mesa. Hubo risas, música y poesía interpretada por trovadores de voz melodiosa, que cantaron grandes gestas dignas de añadir a una crónica. Y cuando los asistentes se levantaron —para conversar de asuntos políticos, bailar o retirarse y descansar—, el salón se transformó en un auténtico caos.

El ambiente, que ya resultaba irrespirable a causa del sudor, los perfumes, las viandas y el alcohol, se espesó todavía más. De repente, las carcajadas estridentes me perforaron los oídos y el alboroto se me antojó molesto e innecesario. Aludiendo a un repentino dolor de cabeza, me escabullí con sigilo y salí al pasillo. Por desgracia, allí también se habían exiliado infinidad de personas, muchas de las cuales lamentaban el declive de la corte, que había gozado de mayor esplendor antes de las estrictas restricciones de don Alfonso.

Yo, que había experimentado la verdadera opulencia en la corte de los Capeto, agradecía no tener que vivir lo mismo en Castilla. Ya estaba lo suficientemente agobiada con el silencio al que me había sometido mi esposo, que escocía aún más frente al jolgorio del salón. Me apoyé en una pared y contemplé, devastada, mi mano lánguida sobre la falda de las vestiduras, sin limosnero al que aferrarse. Los ojos de Beatriz se dirigieron al mismo lugar.

¿Sabían sus padres de la maldición de los Lara cuando la prometieron con don Pedro? ¿No les supuso un impedimento? ¿Lo sabía, si acaso, ella, que habría oído los rumores sobre el adulterio de don Alonso González de Lara y el triste asesinato de su barragana? ¿No se asustó? ¿Trató de luchar contra ese mal augurio y hallar la felicidad o aceptó la inevitabilidad de este?

—Así que vos sois la nueva duquesa de Valdívar —dijo una voz masculina, cortando mis reflexiones.

Jamás habría esperado que fuera el infante don Sancho, que se alzaba orgulloso y exhibía una sonrisa que, aunque pretendía ser afable, lucía sibilina. Bajé la vista y me postré ante él.

—Para serviros, mi señor.

Sancho tenía diecisiete años, una altura considerable y una estructura ósea que competía con la de su padre en sus mejores tiempos. Su cabello oscuro crecía prolijo y sus ojos, de idéntico color,

penetrantes e intensos, le conferían una apariencia madura que se habría incrementado de no ser por su escaso vello facial. El luto no le favorecía y tampoco lo llevaba con gusto, era evidente que estaba deseando desterrar el negro. También era indudablemente soberbio, algo que se notaba en su porte y en las miradas que lanzaba como si los reinos ya le pertenecieran. Exudaba seguridad, decisión y experiencia, una experiencia que se le había grabado en las facciones junto con el triunfo y el desgaste de la batalla. Cualquiera lo habría apodado el Bravo incluso sin haberlo visto guerrear.

—Ansiaba conoceros. Vuestro marido, don Pedro de Lara, habla tanto de vos que es difícil no sentir curiosidad por la mujer que le ha robado el corazón.

Quise fingir sorpresa, pero ya había adivinado su estrategia.

—¿Y qué dice mi marido? Si es que una esposa puede saberlo.

—Cosas buenas, mi señora, os lo juro. —Se llevó una mano al pecho—. Durante nuestra estancia en la frontera no paraba de nombraros y de ensalzar vuestra belleza. Una lástima que se le olvidara mencionar que es una belleza etérea, digna de inmortalizar.

Reprimí una risotada cargada de cinismo.

—Lamento confesaros que soy bastante tangible —espeté.

—Solo para uno, ¿no es cierto?

Aquella era la treta más antigua: endulzar los oídos de las mujeres con palabras melifluas para granjearse su confianza o, lo que es peor, su afecto y devoción. Había que ser muy canalla y desvergonzado para creer que podía engatusarme con semejantes simplezas mientras asediaba a mi marido y urdía cómo deshacerse de los hijos de mi amiga Blanca de Francia.

«Oh, no, señor mío. Habéis dado con una mujer ya curtida en el amor», me habría gustado decirle. «No tenéis oportunidad alguna conmigo. No soy una de esas doncellas que aspiran a que el heredero al trono se fije en ellas y las mantenga de barraganas».

No fue menester. Sancho, que además de bravo era sagaz, se percató de que sus lisonjas no resultaban, de que no me había sonrojado un ápice y de que tampoco había sonreído o agachado la mirada con recato. Pero, nada acostumbrado al rechazo, lo intentó una vez más.

—Llegaron cartas de vuestro honorable padre, don Antoine Leblond, buscándoos pretendientes entre las familias reales. Mi progenitor declinó la oferta. —Chasqueó la lengua con fastidio—. Un error grandísimo.

—No estaba en los designios de Dios —tercié con absoluta despreocupación.

—Dios no tenía poder sobre esta cuestión. No estaba en los designios del rey de Castilla.

Enarqué las cejas.

—Supongo que vuestro padre también responde ante el Altísimo.

—Supongo que sí, pero eso no quita que ahora se me antoje un error aún mayor. La belleza, al fin y al cabo, es cosa de años, la inteligencia no.

—¿Qué os lleva a pensar que soy inteligente, señor mío? ¿Mi marido también halagó mi agilidad mental durante vuestros meses en el sur?

—Lo hizo, no os quepa duda, mas no habría hecho falta. Sois muy aguda y vuestras respuestas os delatan.

Una media sonrisa se abrió paso en su faz, divertida, aviesa, casi lasciva. Comprendí por qué se sentía superior al resto. No era solo por su origen real; Sancho había sido dotado de un magnetismo que atraía a las féminas, semejante a la luz del candil en torno a la que pululan los insectos. Quien se acercara demasiado a él, ardería hasta quedar reducido a cenizas. Era el sol que calentó la cera de las alas de Ícaro, precipitando su caída.

—Los hay que con la edad se vuelven necios.

—Pero no es lo común —apuntó—. El que es necio muere necio, y el que es sabio muere sabio.

Entorné los párpados y me enderecé, buscando entre el tumulto a quien me ofreciera refugio. Doña Blanca de Francia seguía atrapada entre la reina y su cuñada, la señora de Cigales acompañaba a su marido, mi suegra había regresado a su alcoba y de mi esposo no hallé rastro. Debía de estar todavía en el salón, hablando con el rey Alfonso o con ese malnacido de Lope Díaz de Haro. Así que estaba sola, a merced del infante y su cortejo, que me incomodaba y enervaba. De no ser una afrenta, lo habría abandonado allí mismo.

Justo entonces, Sancho se colocó a mi diestra, reduciendo la distancia entre nosotros, y yo me aparté un poco con el fin de que no hubiera confusiones y alguien creyera que se deshacía en deshonrosos deleites conmigo. Era mejor evitar maledicencias; si no, la que saldría perdiendo sería yo.

—Habrá muchas mujeres hermosas e inteligentes en estas tierras —comenté con la vista fija en la noble multitud.

—Las hay, pero son castellanas. Nada nuevo bajo el sol.

—Siempre os quedan los reinos vecinos: León, Sevilla, Jaén, Córdoba, Aragón… Buscad y hallaréis, o eso decía mi madre.

Don Sancho hizo una mueca.

—¿Qué tal esa de ahí? —Le indiqué una dama cuyo nombre no recordaba.

—Casada.

Cierto. Había ignorado que llevaba toca con la esperanza de desviar su atención hacia otra fémina y así huir. Al fin y al cabo, príncipes y reyes no suelen preocuparse por minucias como el matrimonio de una mujer bella a la hora de deslizarse en el lecho de esta.

—¿Y esa de ahí?

Resopló.

—Casada y estéril. Ningún hombre merece eso.

El insulto me dolió como si yo fuera Beatriz de Aguilar y no hubiera logrado concebir una criatura. Quizá porque, pese a las muchas veces que don Pedro y yo yuntábamos, sedientos de pasión y ebrios de lujuria, todavía no había signos de preñez. El fantasma no se inmutó, pero yo tuve que guardarme muy al fondo las repentinas ganas de escupirle a los pies y marcharme.

—¿Y esa? —probé una vez más, procurando suavizar el tono arisco de mi voz.

Sancho le echó una fugaz mirada a la jovencita de larga cabellera azabache, se cruzó de brazos y asintió complacido.

—María de Molina, hija de don Alfonso de Molina y su tercera esposa, Mayor Alfonso de Meneses. Es mi tía en segundo grado, su padre es infante de León. —Se echó a reír—. Como veis, es difícil no contraer matrimonio con un pariente.

La doncella tenía una frente amplia y unos labios delgadísimos, tiernos y púberes, igual que su cuerpo poco maduro. De repente me pareció una salvajada entregarla a un hombre de su naturaleza, que enseguida la destruiría y le pudriría su cándida alma. Ojalá la reservaran para un caballero amoroso.

—Es bella, aunque quizá demasiado pequeña para vos.

—Creo que tiene doce años, una edad más que aceptable.

La idea de que le pusiera un dedo encima a aquella chiquilla que me recordaba a mi hermana Léonie me repugnó.

—¿Por eso rechazasteis a doña Guillerma de Moncada, señor mío? ¿Fue por la edad, por la parentela en común, por la esterilidad o por su fealdad? —Pronuncié aquella última palabra con un desprecio estremecedor y su rostro se demudó.

Blanca de Francia me había contado la historia del que debía haber sido el primer matrimonio de Sancho, pintándome un retrato aborrecible de este. Un retrato que se tornaba cada vez más veraz debido a sus repulsivos y vanos intentos de galanteo.

No había transcurrido ni un año desde los esponsales de Fernando de la Cerda cuando el rey Alfonso ya estaba pactando las nupcias de su segundo hijo. Pretendía casarlo con Guillerma de Moncada, hija de Gastón VII, vizconde de Bearne. Las causas, por supuesto, eran políticas y estratégicas: el vizconde gozaba de gran influencia en la corte aragonesa y dotaba a su hija de una buena suma de dinero, amén de algunas baronías en Moncada y Castellvell, y otros bienes en los reinos de Mallorca y Aragón. Este matrimonio, además, permitía que Alfonso ocupara una posición ventajosa en su conflicto contra Inglaterra por el territorio de la Gascuña.

Con mucho que ganar y poco que perder, Sancho y Guillerma fueron casados por poderes. Sin embargo, al igual que había sucedido con su hermano, el infante era demasiado pequeño para consumar la unión. Lo correcto hubiera sido que, alcanzada la edad requerida, el enlace se formalizara, pero eso jamás sucedió. Llegado el momento, Sancho rehusó a Guillerma. La llamó fea y mujer de mal carácter y dijo que prefería acostarse con una yegua antes que con alguien así. La despreció, la insultó, la agravió y la abandonó con la mácula de la vergüenza y la imposibilidad de olvidar un

rechazo de tales dimensiones. Luego se vanaglorió de ello, lo convirtió en una hazaña de la que presumir. Les contó a todos que Guillerma de Moncada era poco agraciada e insoportable y que ningún varón aceptaría, ni siquiera borracho, desposarla. Ese era el hombre que quería gobernar Castilla, un hombre infame y mezquino.

Sancho quedó petrificado ante la mención de aquel acontecimiento. Ya no había diversión en sus pupilas, tampoco orgullo o vanagloria. El ceño fruncido y los labios arrugados lo aproximaban aún más a su progenitor. Era su viva imagen.

En aquellos extensos segundos de absoluto silencio que se sucedieron, temí haber cometido un grandísimo error. Puede que hubiera pecado de insolente y el infante estuviera valorando un castigo a la altura de las circunstancias.

—No —zanjó—. La rechacé por estúpida. Odio a las mujeres cortas de entendederas y odio aún más a las que fingen serlo. Así que me niego a matrimoniar con una de dicha índole.

Su sinceridad me desarmó por completo.

—¿Consideráis inteligente a mi madre, la reina? —preguntó.

—Por supuesto, mi señor.

—¿Pues por qué habría yo de conformarme con menos? Si voy a desposar a una mujer y a concederle el título de reina consorte, qué mínimo que esté a la altura de doña Violante de Aragón.

No tuve tiempo de elaborar una respuesta. Únicamente podía pensar en que don Sancho ya se había dado por vencedor en la contienda al trono.

La noche se nos había echado encima con su oscuro manto y apenas nos habíamos percatado; en mitad del pasillo no había ventanas y saeteras desde las que divisar el cielo estrellado. No obstante, debíamos de haber alcanzado el conticinio, ya que muchos de los presentes se habían retirado a sus aposentos y el salón y sus inmediaciones habían ido desahogándose de tanta multitud. Poco a poco, el silencio nocturno le ganaba al jolgorio.

—Ha sido un placer departir con vos, doña Mathilde Leblond, pese a que me hayáis rehuido e intentado casar con una noble dama, actuando de alcahueta. Supongo que os veré en la cacería y en los juegos. —Asentí, y él se acercó para susurrarme al oído—: Es una

lástima que no hayamos organizado una justa, me habría congratulado pedir vuestro favor.

Sus nudillos rozaron los míos y su cálido aliento me acarició la piel desnuda del cuello, arrancándome un estremecimiento.

—Habría sido un honor, señor mío —mentí y, agarrando la orilla de mi atuendo, me incliné—. Que Dios os bendiga.

El infante había optado por un juego sumamente arriesgado. Quería alimentar mi vanidad, ablandarme, conquistarme, doblegarme haciendo uso de los deleites amorosos propios de la corte. De ahí las lisonjas, la sonrisa preñada de orgullo, el aleteo de sus pestañas y la búsqueda de intimidad. Pretendía engatusarme para así contarme entre sus apoyos y utilizarme para ganar el favor de don Pedro, porque sabía que las mujeres dejábamos que nuestros esposos creyeran que lo controlaban todo mientras nosotras, en realidad, manejábamos su voluntad y su mente.

Don Sancho esperaba que fuera su caballo de Troya, que desde dentro convenciera a mi marido de que se uniera a su facción. Lo que parecía ignorar era que no se podía confiar en aquellos que se ocultaban en el interior de un animal de madera para luego salir y meterle fuego a una ciudad entera.

27

Por el bien de las mujeres

Nuestra naturaleza femenina nos impidió participar en la cacería y otros divertimentos preparados por y para los hombres. Sin embargo, ahí estuvimos. Acompañamos y miramos, aplaudimos y sonreímos, mas no cabalgamos tras un feroz animal para abatirlo ni tensamos el arco y disparamos saetas hasta dar en la diana. Nos limitamos a estar, como de costumbre.

Pese a ello, fueron días placenteros y distendidos, de mucho entretenimiento. Blanca de Francia y yo nos perseguimos, siempre en busca de un instante de privacidad en el que intercambiar impresiones, lejos de ojos y oídos indiscretos. Cualquier rincón en el que reunirnos a solas era propicio para compartir nuevas sobre don Sancho.

El infante me capturó cuantas veces pudo en aquella semana de festejos. Lo hizo en los pasillos, mientras yo trataba de apartarme de los nobles y su griterío; en los jardines por los que paseaba con mi suegra, mi cuñada y otras grandes señoras de renombre; en las misas, en las que oraba silente por mi matrimonio, el alma de Beatriz de Aguilar y la bendición de Dios. Me acorraló en cada uno de los recodos en los que me escondí y me dio la sensación de que, nuevamente, debía jugar a despistar a un depredador voraz que no me perdía el rastro, igual que el fantasma de mi predecesora.

Durante los banquetes no despegó los ojos de mí, a pesar de que me hallaba en una posición muy vulnerable, sentada entre mi amado esposo y su honorable madre. De hecho, aquello parecía generarle una suerte de satisfacción, pues se acomodaba en su sitial para

contemplar todos mis movimientos y regodearse en ellos. Si parlamentaba con su padre, me miraba. Si se llevaba la copa a los labios y se relamía, me miraba. Si degustaba las viandas y se chupaba los dedos bañados en el jugo de las salsas de las reses, lo hacía con un gesto que rayaba en el libertinaje. Incluso si se reía a carcajadas limpias por una chanza, picoteaba de uno u otro manjar, palmeaba a sus hermanos pequeños para animarlos o conversaba con quien se le acercara, me miraba. Me miraba de soslayo o fijamente hasta que yo agachaba la cabeza y fingía que no me había percatado ello. Con sus pupilas clavadas, me sentía desnuda, expuesta, y las mejillas se me teñían del color de la grana.

Cuando los trovadores nos obsequiaban con sus cánticos y poemas amorosos, me observaba con una sonrisa que asomaba por encima de la copa, mitad triunfal, mitad embaucadora. Se le rajaban los labios al oír aquellas historias de amores imposibles, en las que valerosos caballeros caían rendidos a los pies de una dama que no podían tener, una mujer superior a ellos o ya casada.

«Me va el corazón en vos», entonaban los hombres llegados de la Provenza. «Os ruego que por el buen amor que hay entre vos y yo, os acordéis de mí», cantaban los segreres gallegos. «Sois como un suave calor», declamaban. «No me faltó el deseo ni un solo instante desde que me quisisteis que os tuviera por cortés amante», repetía uno los versos de Tibors de Sarenom. «Tanta ansia tengo de trabajaros la lana», recitaba un oriundo de Barcelona. A él le relampagueaban los ojos, se le hacía la boca agua, entretanto yo reprimía el ansia por levantarme y ocultarme detrás de un grueso tapiz. Porque una cosa era embeberse de una mujer casada mientras unos juglares exponían poemas amorosos y otra, hacerlo con poemas libidinosos.

La sensación de ser un animalillo en peligro se acrecentó con los torneos de tiro con arco. El infante era ducho y donde posaba el ojo, impactaba la flecha, y su mirada descansaba en mí cada vez que se alejaba el arma del rostro y celebraba sus aciertos.

Blanca de Francia no se mostró inquieta, nada le sorprendió. Conociendo como conocía a Sancho, ya había previsto su estrategia.

—Sancho os desea —me aseguró—. En primer lugar, porque los hombres anhelan aquello que no pueden tener. Las mujeres de otros señores se les hacen exquisitas simplemente por no ser las suyas; de poseerlas, no les prestarían más atención que a un perro pulgoso. En segundo, porque sois la esposa de don Pedro de Lara. Si os reclama y vuestro marido no lo apoya en sus pretensiones al trono, seríais un premio aún mayor para él. Se habría hecho con la mujer de su enemigo.

—Mi marido no es su enemigo —apunté—. Es absurdo que lo perciba como tal. No es él quien se postula como posible heredero a la Corona.

—Ciertamente —admitió—, pero los reyes tienen una visión muy particular de la lealtad, mi querida amiga. Si no estáis con ellos, estáis contra ellos, y eso os convierte en su enemigo. Además, Sancho tenía razón cuando os dijo que no hay nada nuevo bajo el sol. Los hombres desean doncellas rubias, de piel cuajada y labios mullidos y rosados. Y aquí, eso escasea.

A excepción de doña Inés Pérez de Lara, la mayoría de las damas estaban obsesionadas con encajar en un molde que no era el suyo para así satisfacer a los maridos. Para ello, se teñían los cabellos y se aclaraban la piel con mil y un emplastos, pero el tiempo era inexorable y Dios reivindicaba su creación. Los cabellos les volvían a nacer oscuros, morenos, castaños, como mucho, pajizos, y la piel se les pelaba para recuperar su tono real.

En la última velada de celebración, Sancho me atrapó en uno de los pasajes en dirección a mis aposentos personales. Era noche cerrada, la música todavía reinaba en el salón y las doncellas bailaban, intercambiándose las parejas masculinas al son de los instrumentos de un cuarteto de músicos moros. Las risas resonaban por el castillo y un aura de ebriedad sobrevolaba el ambiente, embriagando a los habitantes y llevándolos a un estado de desinhibición que nada casaba con la mesura y que cualquier clérigo habría aborrecido. En vez de permanecer allí, entre brindis y carcajadas, para congraciarse con alguna noble señora, el infante había optado por emboscarme cual malhechor.

Arropado por el anonimato que conceden las tinieblas, me salió al paso. El pasillo era angosto y su cuerpo grande, por lo que, si alguien nos hubiera encontrado, habría creído que nuestra cercanía se debía a la falta de espacio y no a que don Sancho de Castilla me proponía al oído una fugaz escapada a Toledo. Según él, una mujer de mi intelecto apreciaría en gran medida la importante labor cultural que allí se estaba llevando a cabo, pues buenos hombres de letras traducían obras clásicas al castellano y escribían otras tantas bajo el mecenazgo de su señor don Alfonso.

—No se lo digáis a vuestro marido —me rogó, ignorando a Pía, que se había quedado lívida ante la indecente propuesta—. Será nuestro secreto.

Lo que me pedía era escandaloso e imposible.

—No puedo huir de él durante un día entero, mi señor. En algún momento me requerirá y entonces ¿qué le diremos, que he abandonado el castillo del rey don Alfonso con otro varón sin haber recibido su consentimiento o habérselo mencionado siquiera?

—No es que yo sea cualquier varón. Soy el heredero al trono y, por tanto, su señor. Mis deseos prevalecen sobre los suyos.

—Seguís siendo un varón y yo, una mujer casada —le recordé.

—Yo mismo me encargaré de que esté ocupado durante toda la jornada. Perded cuidado. No tendrá tiempo ni de pensar en vos.

—¿Y lo haréis vos o vuestro leal Lope Díaz de Haro?

—¿Acaso importa? —Sonrió divertido, y la luz de los candiles perfiló sus facciones, cubriéndolas de un dorado cegador.

Solo una mujer sin honra, con un marido nada posesivo y demandante, o muy bien salvaguardada como para que las habladurías no la dañaran, habría aceptado. Dudaba de que la paciencia de mi esposo resistiera un acto de tamaña desobediencia. Don Pedro de Lara era infinitamente bondadoso; sin embargo, ya podía rezar para que la vesania no lo consumiera si se enteraba de que me había aventurado a cabalgar hasta Toledo. Lo más probable es que faltara a su promesa y me apaleara hasta dejarme surcada de moratones. O peor, que me encerrara bajo llave en el castillo de arras con la única compañía de Beatriz y unos sirvientes que

tendrían prohibido dirigirme la palabra. Allí sí que me volvería completamente loca.

—Una buena mujer ha de saber cuál es su lugar, y el mío está junto a don Pedro y mi suegra, que tanto me necesita —atajé, alzando el mentón en un gesto de profunda dignidad.

Me moví hacia la derecha para sortearle y proseguir con mi camino, pero Sancho fue más veloz y atrapó mi mano antes de que pasara de largo, deteniéndome de inmediato. Sus dedos se entrelazaron con los míos y se me cortó la respiración de cuajo.

—Os esperaré dentro de una semana en los establos, listo para partir.

—Y no me hallaréis —le advertí.

—Buscaré y os hallaré. ¿No era eso lo que decía vuestra madre? —De nuevo, esa sonrisa en su faz, ese brillo victorioso en sus pupilas.

No habría podido asegurar cuál de las tres estaba más angustiada y perturbada, si Pía, que se sentía inmersa en una conjura de la que no estaba enterada; el fantasma de Beatriz de Aguilar, cada vez más marchito, o yo.

Blanca de Francia intentó persuadirme para que acudiera al encuentro con Sancho. Creía que, dado que se había encaprichado de mí y quería utilizarme a su favor, nosotras podíamos hacer lo mismo con él. Haciendo uso de mi encanto y esa belleza transpirenaica que lo había encandilado, lo engatusaría. Dejaría que me cortejara y, en unas pocas semanas, ya me habría ganado su entera confianza y podría reunir retazos de información que, junto con los recogidos por ella y la reina Violante, pondríamos en común. De esta manera, confeccionaríamos un mapa de sus próximos movimientos en la lucha por la corona.

Yo dudaba mucho de que el infante me revelara algo. Era un hombre inteligente y perspicaz y, aunque a menudo se dejaba vencer por sus instintos primarios, parecía bastante cauto en cuanto a política. Su abuelo materno, el rey don Jaime de Aragón, lo había

instruido muy bien y Sancho no daba un paso en falso, como una buena hilandera no da puntada sin hilo. Además, no le era ajena mi amistad con Blanca de Francia. No bajaría la guardia y no me dejaría entrar fácilmente en su corazón.

—El amor es mucho más poderoso que la amistad, o eso piensan los hombres, al menos entre nosotras, las féminas. Tendréis que procurar que crea que os habéis enamorado perdidamente y que haríais cualquier cosa por él, por su causa. Así, no sospechará de vuestras intenciones.

La ansiedad había empezado a enroscárseme en los órganos internos, constriñéndolos, y me generaba unas náuseas que me impedían probar bocado y me dificultaban respirar con normalidad. Notaba un yunque hundiéndome los pulmones, aplastándolos.

—No —jadeé, antes de llevarme las manos al pecho, donde percibía un aguijonazo intermitente—. No puedo.

—Sí podéis.

—No —repetí, visiblemente angustiada y con el corazón acelerado —. No, de veras que no. Puedo batallar contra la terquedad de mi esposo día y noche y hacer frente a sus amenazas, puedo aludir a su amistad con don Fernando de la Cerda, que en paz descanse, y convencerle de que continúe apoyando a vuestros hijos, pero confraternizar con el infante a espaldas de él es demasiado arriesgado.

—Lo sé. Sé que lo que os pido es un enorme sacrificio, pero también sé que arrimaros a Sancho es una oportunidad única que nos permitirá robarle aliados y mermar sus posibilidades de ascenso.

Blanca había alcanzado tal nivel de desesperación que, abandonadas a nuestra suerte allí en la corte y con nuestros verdaderos valedores tan lejos, no le quedaba otra que depositar todas sus esperanzas en mí y en la reina. Vertía sus oraciones sobre nosotras como los fervientes en la Santísima Trinidad, sin reparar en que el coste que pagábamos era sumamente elevado. A doña Violante había que aplicarle ungüentos para que no se le vislumbraran las marcas de su marido y yo no tardaría en tener que pedirle la receta. No por don Pedro, sino por el infante, que siempre había sido voluble y pendenciero.

—Sancho ya era un peligro para mi marido durante la guerra contra los benimerines. No fueron pocas las cartas que me mandó manifestando sus sospechas de que pudiera estar gestándose una traición entre las huestes para acabar con la vida de los detractores del infante. Y si un hombre es capaz de acabar con otro en mitad de una lucha así, aprovechando el desorden y el caos, ¿qué no me hará a mí? ¿Qué no nos hará a nosotras si ha empujado a su propio hermano a la muerte?

Me levanté, presa del pánico, y comencé a dar vueltas en la alcoba. Con un nudo que me oprimía la garganta, caminaba cual animal enjaulado, con pasos ligeros y refregándome las manos, bañadas en un frío sudor que me recordaba a la sangre de los infieles en la espada de don Sancho.

—Mathilde —me llamó mi amiga.

No la oía.

Mi mente divagaba en torno al resplandeciente acero que, en ocasiones, colgaba del cinto del infante, en las puntas de las saetas clavadas en el círculo central de las dianas, en esa agilidad monstruosa que poseía para rebanar cuellos y abrir estómagos que vomitaran vísceras. ¿Qué destino nos depararía si Sancho de Castilla averiguaba que estábamos jugando con él en una doble partida? ¿Qué castigo sufriríamos? ¿Nos encerraría para siempre en una torre o en una celda maloliente en la que contraeríamos una enfermedad y pereceríamos? ¿Qué sería de mi esposo, que, prudente, había optado por guardar silencio hasta que la cuestión sucesoria se solventara? ¿Lo tomaría a él también por traidor? ¿Le arrebataría su título, sus tierras y sus bienes? ¿Lo encarcelaría o lo mataría? ¿Y si era yo la maldición de los Lara? ¿Y si mis actuaciones nos llevaban a la ruina?

—Mathilde.

Blanca de Francia me interceptó. Me aferró los hombros y fijó en mí su compasiva mirada.

—Vos y yo vamos a morir aquí. Vamos a morir en Castilla.

La brutalidad con la que lo dijo me golpeó con dureza, haciendo que las piernas me flaquearan y mi ánimo se agrietara. Hasta entonces había pensado que en esas áridas tierras sería feliz, pues

contraería matrimonio, quedaría encinta, daría a luz y criaría a mis hijos hasta verlos madurar y convertirse en buenas damas y galantes caballeros. Mas no había pensado que, cuando mis obligaciones de mujer hubieran culminado, mis huesos serían enterrados allí. Lejos de la fosa común en la que yacía mi madre, de los restos de mis hermanas Léonie y Aurore, de los sudarios de don Antoine Leblond y su doña Anne de Albret. Nunca en casa.

—Jamás regresaremos a Francia, así que solo tenemos dos opciones: vivir y morir sometidas y olvidadas en esta tierra extraña, bajo la sombra de un hombre feroz, o vivir y morir habiendo cambiado el rumbo de Castilla. Podemos transformar esto en un lugar mejor, un lugar que se parezca más a Francia, que sintamos como…

—Como nuestro hogar —acoté.

Ella sonrió con esa dulzura y pureza intrínseca en su nombre.

—Podemos hacer mucho más de lo que algunos hombres creen, mucho más de a lo que se nos ha relegado, y todo empieza por mi hijo Alfonso de la Cerda, el verdadero heredero al trono.

Teníamos que conseguir que el rey designara a su nieto como próximo monarca y que lo hiciera jurar en las Cortes. Así, Sancho tendría que proclamar la guerra y desafiar públicamente a su padre para hacerse con el poder. Y si don Alfonso fallecía antes de que el pequeño alcanzara la mayoría de edad, Blanca de Francia sería nombrada regente y se haría cargo del gobierno, al igual que había sucedido en el reino de Navarra.

La princesa viuda enumeró todo lo que haríamos juntas cuando llegaran esos momentos de gloria y paz. Habló de construir nuevos conventos, de propiciar aún más la peregrinación a Santiago, de impulsar otras para visitar las reliquias de vírgenes mártires, caídas hacía siglos bajo el yugo de los musulmanes. De recuperar el esplendor de la corte y asemejarla a la de los Capeto, de mantener e incentivar los vínculos con otras fuerzas políticas extranjeras. Las embajadas que años atrás recibiera don Alfonso de la emperatriz de Constantinopla, María de Brienne, y del sultán de Egipto, Baybar I, palidecerían en comparación con las que llegarían.

—Le arrebataremos a Sancho los nobles que estén dudosos, compraremos voluntades, aunaremos adeptos y haremos de mi querido esposo don Fernando el estandarte de esta lucha. Y si nada de eso funciona, mandaré recado a mi hermano, el rey de Francia, para que interceda por mí y su sobrino.

A una distancia ínfima, los ojos acuosos y vacíos de Beatriz me examinaban. Casi podía divisar su dedo índice señalando la figura cristalina del pequeño rey en el tablero de ajedrez, aquella tarde que ya parecía remota. Era eso a lo que se refería, a la guerra que estaba por iniciarse. Al rey que iba a coronarse. Estaba segura.

—Vais a crear un conflicto bélico entre los reinos —le advertí.

—No si vencemos. Y hemos de vencer, hermana mía, hemos de vencer. Pero para eso, doña Violante y yo os necesitamos.

Blanca de Francia me tomó de las manos con una fuerza inusitada, que provenía de la confianza en sí misma y la fe en aquella empresa.

—Los hombres se desploman tras el coito, se les suelta la lengua y confiesan multitud de pecados y aspiraciones, hasta los sueños de su más tierna infancia. Aprovechad esos momentos con Sancho. Estará tan exhausto que no se le ocurrirá que lo engañáis, que sois un arma contra él y no contra vuestro marido.

Qué ilusa e inocente había sido al creer que embaucar al infante únicamente conllevaría pasear con él por Toledo, reunirnos entre el espesor de los jardines y las tinieblas de la noche, sonreírle con timidez y dejarme acariciar por esos dedos manchados de sangre. Todo aquello se me antojaba harto sencillo, porque lo cierto es que en realidad lo era. Lo era porque aún no sabía que para arrancarle información tendría que desvestirme y meterme en su lecho, cederle el control sobre mi cuerpo. Un pellizco de ansiedad me estrujó de nuevo el pecho, privándome de la siguiente bocanada de aire.

—Encontraremos otra forma —musité.

—No hay otra forma, Mathilde, hermana mía. Os juro que nuestros sacrificios no serán en balde.

Un estruendo metálico nos sobresaltó y enmudeció en el acto, mutilando nuestra conversación. Pía había entrado en la alcoba con una bandeja de plata, y dos copas se habían precipitado al frío suelo

de piedra; por fortuna, todavía sostenía la jarra repleta de vino que llevaba en la otra mano.

Rauda, y temerosa de que alguien más nos hubiera oído, me lancé a cerrar la puerta con llave.

—Mis señoras han perdido el juicio —murmuró, mirándonos a una y a la otra.

Meses atrás, cuando estaba enclaustrada en el castillo de Valdívar, Pía me prometió que me avisaría en el momento en que hubiera enloquecido. Y ahí estaba, observándome con la mandíbula temblorosa y la absoluta certeza de que ya lo había hecho. El alma se me cayó a los pies.

—El adulterio está penado —comentó, juzgándonos a ambas—. La mujer que sea infiel será castigada con azotes delante de todos.

—Y será encerrada en un monasterio de dueñas, perderá su dote y sus arras le serán devueltas a su marido. Pero para que eso suceda, él debe hallarla con otro hombre —agregó Blanca—. Y aun así, puede perdonarla en un plazo de dos años.

Pía soltó la jarra y la bandeja en la mesa con un golpe sordo, desposeída de sus modales a causa de la indignación. Jamás la había visto así, tan llena de rabia, tan feroz. Ni el incidente con doña Inés Pérez de Lara la había enfurecido de esa manera. Era enternecedor.

—No lo hará —ladró.

—De tratarse de un hombre vil, don Pedro de Lara podría matarlo sin pena alguna. No obstante, siendo don Sancho de Castilla, a quien debe guardar y hacer reverencia por ser su señor, solo podría acusarlo ante un juez. Y dudo que un juez lo condenara.

—¡A quien va a matar es a ella! No la va a llevar ni a juicio, mi señora.

—No podría.

—¡No! —bramó Pía—. Os confundís. No debería, pero como poder, un hombre puede hacer siempre lo que se le antoje. ¿O es que los maridos no han hecho gran daño a las esposas hasta dejarlas malheridas por mucho menos?

Una corriente de aire penetró a través de la ventana, haciendo bailar el fuego de la chimenea, y se coló con su helor entre los

pliegues de nuestros ropajes para instalar un silencio sepulcral en la estancia, solo paliado por el zumbido de las abejas de en torno a Beatriz. Los cabellos bruñidos del espectro se mecieron con la suave brisa y esparcieron su aroma a barro, carne en descomposición y agua de mayo.

—Mi señor la va a matar, doña Mathilde. La va a matar si se entera.

Por primera vez, la posibilidad de sucumbir ante mi marido me inquietó. ¿Y si descubría que Sancho me había tomado de concubina? ¿Y si me apaleaba, me envenenaba, me estrangulaba o me clavaba un puñal porque más valía muerta que con otro? Hacía tiempo que me lo había advertido, tanto que ya casi se me había olvidado. Yo era suya, de su propiedad, y no quería imaginarme en brazos de un hombre que no fuera él.

—Yo os protegeré, hermana mía, os lo juro por Dios y la Virgen —dijo la princesa viuda, atisbando mi inseguridad.

—¡¿Sí?! ¡¿Qué haréis?! —Pía se interpuso entre nosotras—. ¡¿Os abalanzaréis contra mi señor don Pedro para recibir sus golpes?! ¡¿Os enfrentaréis vos a la paliza y a los tajos de su espada?!

Blanca de Francia no respondió. Ya estaba harta de lidiar con aquella sirvienta que se comportaba como una perra rabiosa.

—Os acogeré en la corte como una de mis damas de compañía. Tendréis mi favor hasta el día en que Dios me llame y, cuando me reúna con Él y con mi esposo, seguiréis gozando de este, pues os dejaré bien dotada, sin la necesidad de que tengáis que recurrir a don Pedro de Lara o a pariente varón alguno. Os protegeré como se protege a la familia.

Y, sin embargo, yo quería algo más.

Desde que nombráramos la muerte, yo no había apartado la vista del fantasma errante de Beatriz, de los rasguños que moteaban su tersa piel, del charco de sangre que se le escurría por entre las piernas y le tiznaba la orilla de su camisa y su brial. Poco a poco asimilaba la apariencia de un esqueleto blanqueado por los rayos del sol.

—Os entregaré mis servicios en cuerpo y alma a cambio de una simple petición —acepté finalmente.

—Mi señora, no…

Hice caso omiso de las súplicas de mi pobre y leal Pía, que de rodillas se había aferrado a las vestiduras.

—Que se encuentren los restos de doña Beatriz de Aguilar y se les dé cristiana sepultura. No puedo vivir sabiendo que está en alguna parte, perdida.

Blanca asintió.

—Sea. Yo misma removeré la tierra y me mancharé las manos si es preciso, hermana mía. Encontraremos a Beatriz de Aguilar, la velaremos, la enterraremos y destinaré dinero a la iglesia para que se rece por ella y se emplee en diversas obras pías en su honor. No caerá en el olvido.

28

Toledo

El plazo se cumplió y yo jamás aparecí en las cuadras para reunirme con Sancho. Sin embargo, Dios o el rey confabularon a su favor y la corte al completo se trasladó de Camarena a Toledo.

Las obligaciones de don Alfonso lo llevaban a recorrer todos los reinos que estaban bajo su poder y a asentarse largo tiempo en sus favoritos; los alcázares de Sevilla y Segovia y el monasterio de las Huelgas, en Burgos, eran sus residencias predilectas. Así pues, aquel peregrinaje no fue una excepción. El monarca quiso partir, y un enorme cortejo de sirvientes, oficiales y grandes señores a caballo, junto con sus familias y pertenencias personales, se arrastró siguiéndole los pasos, al igual que el pueblo judío detrás de Moisés.

Sancho se volvió aún más insistente desde que llegáramos a Toledo. Me emboscaba donde podía y sus proposiciones variaban según lo atrevida e incómoda que fuera la situación. Si nos encontrábamos a solas en un pasillo, me susurraba que nos viéramos en los jardines del castillo. Si nos hallábamos en mitad de un banquete, rodeados de nobles, pasaba por mi lado, rozaba mi mano con cautela y depositaba en mis dedos una pequeña nota en la que me sugería visitar su alcoba esa misma noche. Si coincidíamos en mitad de un baile, me escogía de pareja en todas las vueltas. Si mi marido estaba presente, le urgía el ansia de escapar conmigo y así me lo hacía saber. Cuantas más oportunidades había de que alguien se fijara en su inclinación por mí y don Pedro de Lara ardiera de ira, más se envalentonaba, a sabiendas de que no recibiría reproche alguno. Tal y como había

predicho la princesa viuda, de no conseguir el respaldo de mi marido, Sancho se daría por satisfecho igualmente con haberme tenido entre sus sábanas.

Presa de la ansiedad, Blanca de Francia también comenzó a apremiarme. A los pocos días de habernos acomodado en Toledo, don Alfonso convocó en asamblea a sus leales. El tema que tratar fue, una vez más, la sucesión al trono. Ninguna fuimos invitada, aunque doña Violante logró retales de información a través de las quejas de su marido, la servidumbre, que le prestaba sus oídos, y otros deudos con los que estaba congraciada.

Las noticias no fueron halagüeñas. Los apoyos a Sancho crecían con suma celeridad. Había muy pocos partidarios de los infantes de la Cerda, y era lógico, pues aún eran niños. El primogénito tenía cinco años y su hermano, solo uno. Además, de todos era bien sabido que el rey peinaba canas y hacía años que adolecía de una frágil salud. Puede que su fallecimiento aún tardara, pero lo más probable es que, cuando llegara, ninguno de los hijos de Blanca de Francia hubiera alcanzado la edad pertinente para gobernar. Por supuesto, nadie consideraba idóneo que la princesa viuda ejerciera de regente durante tanto tiempo, mucho menos teniendo la posibilidad de gozar de un monarca con méritos en la batalla.

El señor de Vizcaya, don Lope Díaz de Haro, defendió con dichos argumentos la causa de Sancho, y quienes aludieron a que el *Libro de las leyes* dictaminaba que la corona debía recaer en los pequeños infantes encontraron muchas objeciones. Entre ellas, la de don Manuel, hermano del rey Alfonso.

—Señor mío, el árbol de los reyes no se pierde por postura ni se deshereda al que viene por natura —dijo—. Si el primogénito varón fallece, debe continuar con la estirpe el que posee los derechos de nacimiento. Porque os recuerdo que hay tres cosas inamovibles: la ley, el rey y el reino, y cualquiera que busque dañar una de estas no debe ser escuchado ni tenido en cuenta.

Los detractores de Sancho protestaron, esgrimieron que, pese a ser hombre valiente y de éxitos en campañas militares, la actitud del infante no era acorde a la de un rey. Le sobraban soberbia, egoísmo y avaricia, todos rasgos detestables. El rechazo a Guillerma de

Moncada había generado tensión con el vizconde de Bearne y, por si fuera poco, todavía no había decidido con quién matrimoniar.

—Esto nos condenará a una guerra con Francia —advirtió uno.

—Nuestro señor, el rey Alfonso, no firmó ninguna cláusula en las capitulaciones matrimoniales de su hijo con doña Blanca que lo obligara a proteger los derechos de sus nietos —comentó otro.

—Pero actuar en contra de estos repercutirá en nuestras relaciones con el rey Felipe, y ya están bastante deterioradas debido a la sucesión de Navarra.

—No incumplimos pacto con él ni con sus deudos.

—Si esperáis que el rey de Francia se quede sentado mientras observa cómo su hermana es apartada y sus sobrinos relegados es que sabéis muy poco de política, señor mío.

—Si Felipe desea entrar en guerra, que lo haga y asuma sus consecuencias.

Nobles, caballeros, clérigos, alcaldes, ricohombres y otros hombres buenos de la corte se enzarzaron en una disputa que se alargó durante varias jornadas. Mi marido guardó silencio en todo momento y reservó sus consejos para cuando don Alfonso los requirió, siempre en privado.

—La decisión es solo vuestra, mi señor —le dijo en varias ocasiones—. Son vuestros reinos y es vuestro legado. A nadie más que a vos le corresponde alzar la voz.

Después de aquello, y atendiendo a la urgencia de mi amiga Blanca, acepté uno de los múltiples ofrecimientos de don Sancho. Iríamos a visitar la escuela de traductores, en la que grandes sabios confeccionaban nuevas obras y traducían otras antiguas al castellano, revistiendo con ropajes nuevos el conocimiento de antaño.

Para ello debí librarme primero de mi suegra y mi cuñada, con las que pasaba la mayor parte de las mañanas y tardes, salvo aquellos ratos en los que las despistaba y me refugiaba en algún lugar recóndito para conversar con la princesa viuda y la reina Violante, o las ocasiones en que ellas se imponían y reclamaban mi compañía, algo a lo que nadie podía negarse.

Con doña Inés fue sencillo. Una vez al mes desfallecía de puro cansancio y guardaba cama. Le dolían la cabeza y las articulaciones, sufría de febrícula y los ojos le punzaban incluso al cerrarlos, lo que el físico achacaba a su ceguera. Dios quiso que justo cayera convaleciente el día requerido. En cambio, con Mencía de Lara, señora de Cigales, recurrimos a una práctica deleznable. Una de las criadas de doña Blanca dio con un boticario que, por una buena cantidad de maravedíes, le vendió un bebedizo que provocaba una ligera indisposición estomacal. Mi pobre cuñada no pudo ni acordarse de mí de tan ocupada que estuvo en las letrinas, sometida por unos terribles retortijones.

Del resto se encargó don Sancho. Yo solo hube de personarme en los establos del castillo a la hora acordada, donde un par de sus hombres fingían afanarse en el cuidado de los caballos cual mozos de cuadras. Para entonces, él ya estaba allí, con las monturas listas y una sonrisa lobuna en los labios que delataba cuánto se regodeaba en su victoria. Había luchado durante semanas por arrancarme de los brazos de don Pedro de Lara y lo había conseguido.

Por fin, tenía su premio.

Principios de marzo de 1276

A pesar de las suaves temperaturas, me escondí bajo una garnacha con capucha, ocultando así mi identidad. No llevé joyas ni alhajas que me identificaran y, durante todo el camino, traté de no alzar la cabeza para no mirar a los ojos a quienes nos cruzábamos, no fuera que mi rostro se les quedara grabado en la memoria. Quería pasar inadvertida hasta que llegáramos a la privacidad de la escuela de traductores, pero el infante no parecía dispuesto a ello. Incluso con el luto de sus ropajes, su origen real era patente y, al atravesar la ciudad, las gentes se giraban, curiosas, a contemplarlo y vitorearlo, encantadas de que el salvador de los reinos, el heredero, estuviera allí entre ellos. Recorrimos las callejuelas perseguidos por sus

habitantes, hombres, mujeres y niños que nos aclamaban al paso, mientras que entre nosotros reinaba un profundo mutismo.

El nerviosismo se adueñó de mí en cuanto elevé la vista y me percaté de que habíamos cabalgado largo trecho. Habíamos dejado atrás las murallas de Toledo y estábamos a punto de internarnos en las tierras del alfoz, donde se sucedían miles de leguas con parcelas repartidas, cinturones de huertas que abastecían la ciudad y un amplio espacio inculto que los vecinos aprovechaban para recoger leña y frutos y llevar el ganado a pastar. Mucho más allá, se desperdigaban pequeñas villas y aldeas imposibles de divisar.

Amusgué los ojos y examiné la inmensa explanada glauca que nos rodeaba. La templada y primaveral brisa mecía los árboles de frondosas copas, y los pétalos de las flores, que comenzaban a brotar tímidamente, salpicaban el paisaje de vivos y vibrantes colores. Entre algunas se atisbaban los primeros animalillos: liebres y conejos que, ya despiertos de su letargo hibernal, emergían de las madrigueras en busca de alimento. Los pájaros trinaban y el aroma a vegetación me inundaba las fosas nasales.

Si hubiera sido capaz de refrenar mi mente, me habría regocijado en esos instantes de libertad que tanto había añorado, pero mis pensamientos llevaban rato enredados unos con otros y la angustia echaba raíces en mi pecho. ¿Dónde estaba la escuela de traductores? ¿No se suponía que se emplazaba en Toledo? ¿O es que se encontraba extramuros, como uno de esos monasterios erigidos en lugares inhóspitos, engullidos por la vastedad del bosque? Quizá los hombres de letras necesitaban de luz solar, aire puro, silencio y paz para dedicarse por entero a su encomiable labor. ¿No era eso lo que hacían los monjes copistas en sus *scriptoria*? Puede que ellos también llevaran una vida de *ora et labora*.

No obstante, a medida que continuamos, el usual sabor dulzón que me llenaba la boca en presencia del espíritu de Beatriz se tornó ferroso y la angustia mutó en ansiedad. Miré de reojo a Sancho, que cabalgaba con el semblante relajado y las pupilas brillantes, y mi miedo se incrementó. Imaginé todas las razones por las que podía haberme conducido hasta ese remoto paraje en el que solo estábamos él y yo y aquellos dos hombres armados.

Quería secuestrarme. O no. Quería castigar a mi marido por su neutralidad, por no concederle su apoyo, y pretendía hacerlo a través de mí. Se ensañaría conmigo. Me bajaría de la montura y me desnudaría con brutalidad. Me violaría delante de sus hombres, que se reirían de mis patadas, de mis aullidos de socorro, de mis ansias de sobrevivir, de mis lágrimas. Me golpearía para que me callara, me sometería y, cuando viera satisfecho su revanchismo —porque quienes fuerzan a las mujeres nunca lo hacen por deseo o lujuria, sino por el placer de someter a quienes creen inferiores, por ejercer su poder—, les cedería el turno a ellos. Acabaría humillada y majada.

O puede que no. Tal vez quisiera mandar una advertencia a la reina Violante y a Blanca de Francia, hacerles saber que había descubierto sus planes. Lo pagaría conmigo, ya que ellas eran intocables. Me daría muerte allí mismo. Me agarraría del cuello con sus suaves manos y me asfixiaría hasta que dejara de suplicar piedad. Me apalearía hasta que me desgañitara y me rajaría la garganta. Me clavaría el acero de su espada en el estómago y me dejaría allí para que las alimañas se dieran un festín con mis restos, para que algún morador me encontrara, mitad huesos, mitad carne deshilachada.

O no.

—Pensé que preferiríais cabalgar antes que encerraros a contemplar manuscritos —comentó don Sancho al reparar en mi inquietud.

Carraspeé un poco para recuperar la voz adormecida y me erguí aún más, simulando disfrutar de aquel agradable paseo. No pude engañarle. Tenía los nudillos blancos de tanto apretar las riendas y me había mordisqueado los carrillos internos hasta probar mi propia sangre. Sancho debía de haber olido mi miedo, cual cazador experto.

—¿A qué se debe ese cambio de parecer, mi señor? ¿Acaso ya no me consideráis tan intelectual como antes?

—El día de la cacería le pregunté a don Pedro de Lara cuál era el motivo de que os desplazarais a todas partes en carruaje. Os había visto caminar y danzar en innumerables ocasiones, así que era

evidente que no teníais una malformación en las piernas o en las caderas que os impidiera montar a caballo.

—No la tengo.

—A la vista está, señora mía —dijo, echándome un ligero vistazo y torciendo la sonrisa—. Vuestro marido respondió que erais mujer prudente y casta, que gustabais de ir a cubierto y que solo confiaba en vos y en esa recia criada para tratar a su honorable madre, doña Inés. Enseguida entendí que era una excusa. Simplemente, no le agrada que lo hagáis. Por eso estamos aquí, para que, si os place, cabalguéis.

Llevaba mucho tiempo sin montar, sin sentir el roce del viento en el rostro con el galopar, sin apreciar esa sensación de velocidad y libertad. Desde que me casara, mi interacción con los caballos se había reducido a acariciarlos en las cuadras y a observarlos trotar por el patio de armas o tirar de los carruajes. Un entretenimiento nimio y patético que jamás habría satisfecho ni al alma más lánguida y pobre.

A mi padre, que era el responsable de mi amor por aquellos fieles animales, le habría horrorizado. Cabalgar fue una de las primeras cosas que me enseñó, una actividad a través de la cual me colmó del aprecio que no podía mostrarme en público y con la que logró ganarse mi afecto y confianza. Primero, como conde. Luego, como hombre. Finalmente, como progenitor.

—Quizá hubiera sido mejor conocer a esos hombres de letras —murmuré, consciente de que don Sancho me había regalado una mañana repleta de posibilidades solo para que, posteriormente, me las arrebatasen otra vez. Y una sobrelleva mejor las prohibiciones cuando se acostumbra a las privaciones.

—Todavía podemos hacerlo.

Sancho hizo una seña para que diéramos la vuelta y regresáramos a la ciudad.

La idea de retornar tan pronto y encerrarme, una vez más, entre cuatro gruesas paredes recubiertas de tapices y oro me abrumó. Estaba harta de atisbar el exterior desde el adarve, los ventanucos y las saeteras. El pánico que me congeló las entrañas debió delatarme, porque Sancho rompió a reír.

—Eso creía —dijo y, dándole con los talones al equino, lo recondujo.

En la ciudad, los guardias habían estado mucho más cerca de nosotros, preparados para interceder ante cualquier muestra de peligro. Sin embargo, allí, rodeados de naturaleza virgen, sus figuras apenas se distinguían, recortadas entre la vegetación.

—Os concedo tres preguntas.

Observé a don Sancho. Los rayos de sol incidían sobre su cabello y le arrancaban algunas vetas castañas similares a la madera, dibujándole una línea luminosa en la mandíbula barbilampiña.

—¿Sobre qué? —espeté más abrupta de lo que pretendía.

—Esa es vuestra decisión.

—¿Y a cambio de qué?

—Otras tres preguntas para vos.

Contuve la carcajada que me picaba en la garganta. Un juego. Otro más.

—No sabría qué preguntaros ni sabría qué contestaros, mi señor.

Él rio y un par de pajarillos alzaron el vuelo, espantados, para posarse en la rama de uno de los árboles más próximos.

—Mentís terriblemente mal, algo que jamás habría imaginado viniendo de una mujer. Es una suerte que me haya ocupado yo de ocultarle nuestro encuentro al duque. ¿Queréis que os narre los sucesos de la guerra contra los benimerines, cómo combatieron las huestes y vuestro honorable esposo, cómo nos libramos de esos infieles?

—A las mujeres no nos interesa la guerra, mi señor.

Sancho exhaló un bufido sarcástico.

—Naderías. La guerra es política y a vos os interesa la política. Os he visto pasear con mi madre y Blanca de Francia, y pocas mujeres son tan duchas como ellas en estos temas.

Había olvidado cuánto aborrecía a las féminas que fingían ignorancia. Tiré con suavidad de las riendas y el caballo se detuvo en un pequeño claro; el suyo hizo lo propio. Me acomodé en la montura y le miré a los ojos. No valía de nada aparentar necedad o inocencia.

—Así que creéis que nosotras, las mujeres, conspiramos contra vos y por eso me ofrecéis hablar de cuestiones de Estado. ¿Me equivoco? —Enarqué una ceja.

La sonrisa se le borró de inmediato. No esperaba que yo verbalizara sus sospechas con tantísimo descaro, sin preocuparme por convencerle de que no había intriga alguna. Aun así, me respondió con la misma moneda.

—Sé que mi madre no me favorece en la sucesión al trono. Mi madre. Mi propia madre —reiteró, tan dolido que la voz se le quebró al pronunciar las siguientes palabras—, que es la mujer de mi vida. La mujer a la que más he amado y amo. ¿Sabéis lo que es eso?

Negué.

Madre había fallecido tan pronto que yo no había tenido la oportunidad de conocerla como mujer. Para mí solo había sido eso, una madre, un escudo tras el que guarecerme, unas manos que prodigaban consuelo, que traían alimento a casa y que me curaban las heridas producidas por tontas caídas. Nunca había sido un individuo, con sus miedos, sus deseos, sus virtudes y faltas, sus intereses y contradicciones. Había empezado a vislumbrar esa faceta suya una vez que ya hubo abandonado este mundo, cuando yo adquirí cierta madurez y fui consciente de mi condición de bastarda y lo que eso implicaba. Comprendí que mi madre había sido también mujer. Una mujer enamorada que había sufrido innumerables reveses y que se había levantado… hasta que ya no pudo hacerlo más.

—Aunque mi madre murió hace mucho, la sigo amando como si todavía estuviera aquí —revelé casi sin percatarme, engullida por los recuerdos—. A veces, incluso la veo en sueños. El día en que don Pedro de Lara y yo matrimoniamos de palabra, creí que estaba allí de verdad, entre la pequeña cohorte de invitados. Pero cuando giré el rostro para mirarla, me encontré la nada y la añoré más que nunca.

Sancho acercó su caballo al mío y alargó la mano para capturar la única lágrima que había escapado de mis ojos. Sus iris marrones reflejaban una lástima inmensa que nunca creí que fuera capaz de sentir. Algunos decían que carecía de emociones, más allá de las

despreciables de las que hacía gala, pero eran falacias. Bajo ese montón de soberbia y orgullo, había un corazón que padecía. El infante se apiadaba de mí, como yo de él.

—Imaginadlo entonces. Imaginad que la mujer que os ha parido, amado y defendido hasta lo inconfesable de repente os da la espalda, reniega de vos.

Su rostro compungido hablaba por sí solo.

—Puede que aún esté demasiado aturdida por el fallecimiento de vuestro hermano —mentí, todavía con la garganta aprisionada por el peso de mi pérdida.

Él chasqueó la lengua.

—No. No es por eso y ambos lo sabemos. Quiero demostrarle que soy digno de la corona, señora mía.

—Pensé que me utilizabais para ganaros el apoyo de mi marido y resulta que estaba equivocada, que el que queréis es el de doña Violante.

—Quiero el de ambos —atajó—. Os hablaré con absoluta franqueza. Me placería en gran medida obtener el respaldo de los Lara, mas no lo necesito. No necesito al duque de Valdívar ni al señor de Albarracín ni al de Estella ni a ningún miembro de su linaje. Tengo partidarios suficientes, la mayoría de la nobleza y el común.

Ahí estaba otra vez esa arrogancia que le ganaba detractores.

—¿Y necesitáis el de vuestra madre?

—Un niño siempre necesita a su madre. —La ternura con la que lo dijo me reblandeció hasta los huesos, que se tornaron cal.

Sancho de Castilla había nacido tres años después de su hermano don Fernando. Con él había compartido juegos, ropajes, alcoba, miedos, regañinas y a su ayo de confianza, Jofré de Loaysa, quien también había tutelado a doña Violante de cría. Sin embargo, los niños estaban destinados a porvenires muy distintos y, pronto, sus caminos se bifurcaron entre cargas, deberes y títulos.

Don Alfonso se ocupó mayormente de su primogénito, al que ya había designado heredero. Lo instruyó con la rigidez con la que lo habría hecho su padre, el rey Santo, volcando en él sus ambiciones y deseos, y moldeándolo para un futuro brillante, lo que lo dejó ciego en cuanto a sus otros vástagos. A Sancho, que era el quinto de la

progenie, le quedaron las migajas de la atención paternal. Así pues, creció con la salvaguarda, el interés y el cariño de su amorosa madre, que, temiendo que unos posibles celos fragmentaran la relación entre sus hijos, se desvivió por él. Doña Violante le dedicó tiempo y cuidados, lo crio bajo influencia aragonesa e hizo de sus tradiciones, costumbres y pasado un cálido abrigo.

—¿Alguna vez habéis sentido que vuestro padre os quería de menos? —me preguntó tras haber diseccionado para mí sus años inocentes—. Porque yo sí. No creo que nuestro señor don Alfonso nos haya amado ni a mí ni a nadie ni la mitad que a Fernando. Vivir bajo la sombra de un hermano es una sensación terrible.

Acerqué mi montura para tenderle la mano y ofrecerle un nimio consuelo.

—Cuando eres una bastarda, te acostumbras a las sombras. Son un buen refugio, un lugar seguro. Ahí nadie os ve, nadie se fija en vos.

—Quizá debamos encontrarnos más entre las sombras. —De nuevo esa sonrisa torcida suya que buscaba encandilarme.

Me reí y me cuidé de señalarle que, como heredero al trono, no pertenecía a ese lugar de oscuridad. Ya nunca podría camuflarse entre las tinieblas del anonimato, porque la corona tiene un precio y él, al igual que los que lo precedieron, había de pagarlo.

—¿Cuál es vuestra primera pregunta, señora mía? —preguntó retomando el juego.

—Ahora que habéis expulsado a los benimerines, ¿qué sucederá con el sultán de Granada?

Sancho había adivinado que mis cuestiones rondarían el gobierno y en su expresión vislumbré un halo de satisfacción.

—Eso es lo que hemos estado tratando durante estas semanas en Camarena, aunque no lo creáis. ¿Sabéis lo que son los arráeces? —Negué y él soltó un soplido preñado de indignación—. Por Dios bendito. ¿De qué habláis con vuestro esposo?

—De infinidad de cosas.

—Permitidme que lo dude, señora. Es evidente que el duque no solo teme a los caballos, sino también a vuestro intelecto y a lo que hagáis con él.

Sancho me explicó que los arráeces eran una suerte de caudillos militares que actuaban de gobernadores en ciertas villas, plazas y ciudades. Hacía años, el linaje de los Banu Asqilula —uno de los más importantes— había tenido el control de los ejércitos nazaríes debido a su proximidad con los gobernantes. Sin embargo, una primera oleada de benimerines, que había arribado a las costas para ayudar en las revueltas mudéjares contra Castilla, se congració con el sultán Muhammad I y les arrebató buena parte de su poder. Desde entonces, el rey don Alfonso protegía a los Banu Asqilula, señores de Málaga, Comares y Guadix, y no precisamente porque simpatizara con ellos, sino porque le eran provechosos frente a Granada, ya que la rebeldía de estos arráeces había generado luchas intestinas en el seno del sultanato.

Muhammad I trató de pactar en varias ocasiones, y sin éxito alguno, con don Alfonso, en un vano intento de que este desamparara a los Banu Asqilula. Mas el monarca no estaba dispuesto a desprenderse de los arráeces, que le eran favorables en esta situación de guerra y tregua entre Castilla y Granada. Aún más cuando la nobleza levantisca se acogió a la ira enconada del sultán nazarí para dar rienda suelta a sus frustraciones contra él.

Así pues, hastiado de negociaciones, sometido al pago de parias y sintiéndose vilmente engañado, en un momento de desesperación, el sultán Muhammad II hizo de sus amenazas una temible realidad, y el rey Alfonso, que las había considerado una chufa, se encontró con los benimerines nuevamente cruzando el estrecho.

—De momento, hemos firmado una tregua con el sultán Muhammad II —me informó Sancho—. Ahora habrá que esperar a ver si se atiene a ella, pues los granadinos son revoltosos y aprovechan la más mínima oportunidad para levantarse.

—¿Y cuando la tregua expire?

El infante se encogió de hombros.

—Dios proveerá.

—Así que no lo sabéis… —insinué.

—Sé que mi abuelo, don Fernando, le recomendó a mi honorable padre proseguir afianzando su poder en el sur y sé que en sus primeros años de reinado así lo hizo. Tomó Tejada, Jerez, Niebla,

territorios que pertenecían a los moros y que ahora son nuestros. No tardará en hacerse con Granada. Desbaratará su política interna, exprimirá a Muhammad II y recuperará lo que por derecho es nuestro.

—Y si no lo logra, vos continuaréis con esta empresa, ¿me equivoco?

Una afilada sonrisa se abrió paso en su apuesta faz.

—Y avanzaré hacia Ceuta, un objetivo que todavía se nos resiste. —Unos segundos después, me miró y dijo—: La segunda pregunta.

—¿Seguiréis con la corriente sapiencial de vuestro padre o la dejaréis morir en pro de las armas?

Las gentes —nobles, ricohombres y común— admiraban y temían a partes iguales su belicosidad, en especial doña Violante, quien creía que, si Sancho se hacía con el poder, se dejaría vencer por ese carácter impetuoso y haría sangrar a los reinos solo para alimentar su gloria.

—Mantendré la escuela de traductores de Toledo, proseguiré con la financiación de nuestro señor don Alfonso, aunque reconozco que es un buen caudal de dinero que quizá en tiempos de guerra haya que recortar. No obstante, toda obra que quede sin culminar tras su fallecimiento será finiquitada bajo mi reinado, pues así lo querría él y así lo quiero yo.

Con un ánimo desbordante, me habló sobre todos esos libros que pretendía traducir, aquellos en los que su padre no había reparado o de los que había prescindido con el fin de impulsar la creación de otros. Auguraba, además, y con muy buen tino, que habría de reescribir la crónica terminada hacía dos años, pues solo había llegado hasta el reinado de Alfonso VIII de Castilla, pese a que, en principio, debía abarcar hasta Fernando III el Santo. O así lo había dispuesto don Alfonso.

—Nadie mejor que yo para escribir sobre mis ancestros —se jactó —. Así podré narrar también el gran gobierno de mi padre, el rey Alfonso, y culminar con el mío propio. ¡Imagináoslo! Toda la historia de estas tierras, desde épocas remotas, encerrada en un único tomo y concluida con los tres últimos grandes monarcas. Mi abuelo don Fernando, mi padre y yo.

Lo que verdaderamente le preocupaba era que alguien confundiera los hechos a mala fe e insinuara que los infantes de la Cerda eran los legítimos herederos al trono y no él. Las palabras se las lleva el viento siempre que sean pronunciadas, mas cuando son escritas, la letra pesa, prevalece, se torna inmortal. Por encima de todas las cosas, Sancho no quería fama de usurpador.

—Y la tercera pregunta —me exigió.

Una me quemaba la lengua desde que arribáramos a Camarena.

—¿Por qué no han acudido a la corte los Aguilar?

De repente, Sancho de Castilla enmudeció y el espíritu de Beatriz nos abrazó con su aliento putrefacto.

—Quizá eso sea algo que deba contaros vuestro esposo.

Me sorprendió haber hallado un límite que no se atrevía a traspasar. Al contrario que otros hombres, no era cortejar a una mujer casada o retozar con ella en el lecho, sino introducirse en secretos familiares que no le concernían.

—Los Aguilar intentan no coincidir con los Lara, en particular con el duque de Valdívar —confesó al final—. Todavía lo culpan de la trágica muerte de doña Beatriz y ninguno se ha repuesto de ella. Es mejor así, creedme. Tenerlos sentados en la misma mesa era una catástrofe para el rey, los presentes y la política de los reinos. Los consejos se convertían en una batalla campal, predominaba un aura de incomodidad imposible de aliviar, había miradas frías, reproches, acusaciones nada veladas, gruñidos, golpes en la mesa y amenazas. Desde entonces se evitan.

—¿Por petición de nuestro señor don Alfonso?

Sancho asintió.

—Por petición expresa del rey y porque el padre de doña Beatriz empezaba a hundirse en la miseria del duelo y sabía que sus hijos varones, en cambio, todavía estaban enardecidos por la rabia, dispuestos a cobrarse la muerte de su amada hermana. Seguir asistiendo a las asambleas o a la corte era echar de comer a las fieras; producía más mal que bien y se temía que la cosa acabara con don Pedro acuchillado a traición, así que se retiraron. Solo acuden cuando mi padre lo ordena o a causa de fuerza mayor.

—Eso explica que no los haya conocido aún —musité, con la vista fija en el espectro, que se hallaba detrás del infante.

La degradación de Beatriz se hacía más patente y desagradable en aquel bucólico paisaje, pues mientras la primavera estallaba en colores, ella se marchitaba.

—Puede que no lo hagáis hasta el fallecimiento del rey y mi coronación.

Fruncí el ceño, inquieta.

—¿No participaron en la lucha contra los benimerines?

No recordaba que mi esposo los hubiera nombrado en sus cartas, y eso que en ellas habían aparecido muchas referencias al infante don Sancho, al señor de Vizcaya y a otros tantos nobles partidarios de la causa.

—Solo el hermano mayor, a quien, por precaución, asentamos con sus mesnadas lejos de vuestro marido. A la madre de Beatriz se la llevó la melancolía poco después de dar por muerta a su hija, y el padre parece que está a punto de expirar a causa de una enfermedad. En tales circunstancias no podía ponerse al frente de las huestes, así que mi hermano Fernando le concedió una excedencia, que luego yo ratifiqué a cambio de que enviara a sus hombres bajo el liderazgo de su primogénito, don Enrique.

—¿Y el otro hermano, don Juan de Aguilar?

Sancho resopló y se alborotó el cabello.

—A ese no lo hubiera llamado ni aunque nos hubieran invadido centenares de miles de moros y tuviéramos que proteger el último bastión de la cristiandad, mi señora. Don Juan tiene fuego en los ojos y en las venas, está cocinado en la vesania y el sufrimiento de la pérdida, se le ha calcinado el alma. Más de una vez hubo que frenarlo entre varios porque se tiraba encima del duque de Valdívar para estrangularlo con sus propias manos. No. —Cabeceó—. Si llega a acudir a la frontera, llevaríais viuda meses.

Aquella certeza de muerte me persiguió durante todo el día como el fantasma de Beatriz, que no se había inmutado siquiera ante la mención de sus más queridos deudos. Su madre, que estaba con Dios; su padre, que ya pisaba la linde, y sus hermanos, uno

resignado a vivir con su ausencia y el otro anhelando atravesar con su espada a quien consideraba culpable de su dolor.

¿Cómo iba yo a sentenciar la locura de don Juan de Aguilar cuando habría incurrido en lo mismo si Aurore o Léonie faltaran de este mundo en tan extrañas circunstancias? Habría dado caza a quien fuera que me las arrebatara, al igual que una bestia salvaje e indómita, sedienta de sangre y venganza.

Las palabras de mi cuñada Mencía de Lara resurgieron en mi mente. «Nunca un hermano amó así a su hermana».

Al regresar al castillo, nos detuvimos en los establos, donde descabalgamos y dejamos descansar a los animales, exhaustos de soportar el largo camino y nuestras palabras tediosas y sibilinas. Todavía no habíamos salido de aquel recinto de sombras abigarradas, aire viciado y olor a heno y heces de caballo cuando el infante aprovechó para hacer sus tres preguntas.

Se acercó a mí hasta que no hubo más que un par de pulgadas entre nuestros rostros y entonces entrelazó sus dedos con los míos.

—¿Amáis a vuestro esposo?

La respuesta fue fácil.

—Sí.

Sancho se relamió y, con la mirada encendida, contempló mis labios sonrosados. Se le notaban las ganas incluso en la más absoluta oscuridad.

—¿Sentís esa sed impetuosa que os arde en la garganta con tan solo vernos? No se me apacigua con nada, tengo la boca seca y empantanada de deseo. Os juro que bebo y bebo, de esto y de aquello, pero no se me aplaca.

—La sed se calma con agua, señor mío.

—No siempre. Y no toda.

—Los aljibes están llenos, podéis probar a hundiros en ellos y dar una bocanada. Estoy segura de que así desaparecerá.

Sancho rio y, antes de dejarme marchar rumbo a mis aposentos, formuló la última.

—Mi señora Mathilde, ¿intercederéis por mí ante mi madre? ¿La persuadiréis para que me respalde en mis pretensiones al trono? Porque si es así, os ruego que lo hagáis rauda. Su oposición le está costando demasiado caro y no me agradaría nada tener que entrometerme en su vida marital y romperle las manos al rey con el golpe de una maza.

Aterrorizada, examiné en derredor por si alguien había oído tamaña salvajada. No había nadie, solo nosotros y ese puñado de alazanes de ojos castaños y espesas pestañas, que mascaban ramajes amarillentos.

—Lo que decís es traición, mi señor —le advertí—. ¿Cómo osáis?

—No para mí, que soy el heredero y el hijo de una mujer hostigada.

Si doña Violante supiera que su hijo estaba dispuesto a cometer un regicidio y condenar su alma con tal de defenderla y librarla de esas malas palizas, tal vez llegara a ofrecerle unos resquicios de apoyo. Pero conociendo a la reina y la convicción con la que auguraba el futuro de Sancho, de enterarse de esas amenazas diría que este no buscaba garantizar su bienestar, sino enterrar al rey para poder ocupar su lugar.

29

Penitenciagite

Mi marido no creía en el pecado de la lujuria mientras el amor nos fuera placentero a ambos y nos entregáramos a él voluntariamente. Sin embargo, me habría condenado al fuego eterno del infierno de haber sabido que otro hombre me reclamaba en el lecho.

Hubieron de pasar la Cuaresma y las fiestas religiosas para que Sancho de Castilla mandara recado a Pía y esta me despertara en pleno conticinio para comunicarme que había sido llamada a su alcoba. Podría haberme negado, dado media vuelta y continuado durmiendo, pero lo más probable es que Sancho se hubiera sentido rechazado. Y los hombres no son buenos amigos del rechazo. A duras penas había soportado la hambruna durante la vigilia, comiendo pescado y clavando sus ojos relampagueantes en mí, a sabiendas de que en aquellos instantes le estaba tan vetada como la carne. Negarme solo habría servido para que acudiera él mismo a mis aposentos personales y se deslizara entre mis sábanas. Entonces no hubiera importado mi apetencia o disposición. Cuando un miembro de la familia real te requiere, no hay nada que puedas hacer más allá de asentir y cumplir con tus obligaciones. Así que eso fue lo que hice.

Esa noche, con la luz de la luna derramada sobre la cama y abrillantando el espíritu de Beatriz, Pía me deshizo las trenzas y me peinó los largos cabellos rubios. Me acicaló con algunos ungüentos y me aplicó perfume en el cuello, en el inicio de los senos, en la cara interna de las muñecas y en el ombligo. Cambió mi camisa blanca y

vaporosa por una nueva que todavía olía a jabón y me cubrió con un chal por si nos encontrábamos con algún sirviente.

Descalzas y con los dedos entrelazados, caminamos en la más absoluta oscuridad. Para cuando torcimos un pasillo y divisamos la puerta de los aposentos de don Sancho, iluminada por un candil y custodiada por guardias de su confianza, Pía me detuvo.

—Todavía estáis a tiempo, mi señora —me dijo, con las cejas muy juntas, signo inequívoco de su angustia—. Podemos regresar a la alcoba o refugiarnos en la de mi señor don Pedro. Si el infante os manda a buscar, le explicaremos que esta noche estáis ocupada con vuestro marido.

—¿Y mañana qué excusa utilizaremos? ¿La misma? —susurré, aunque desde allí los guardias no podían oírnos.

Ella se encogió de hombros.

—¿Por qué no? A nadie le extrañaría, se rumorea que don Pedro de Lara es hombre pasional.

Esbocé una sonrisa afectuosa y le di un beso en la mejilla. Era más fácil que recordarle que le había dado mi palabra a doña Blanca de Francia y que mi lealtad era para con ella y sus vástagos. Todas estábamos haciendo grandes sacrificios por la causa de esos niños, por el bien de los reinos, y yo no podía fallar. No podía defraudar a doña Violante y a doña Blanca, no cuando una resistía frente a los ataques de su marido, que le moteaba la piel con cada palabra y golpe, y la otra compraba voluntades con joyas preciadas y posesiones.

—¿Y si le dijéramos a nuestro señor que el infante se ha prendado de vos y que os persigue, insistiendo e insistiendo en que os rindáis y os entreguéis a él? Él podría defenderos.

Ambas sabíamos que eso sería un error, pues los conduciría a un enfrentamiento en el que don Pedro de Lara no tendría oportunidad alguna; como bien había mencionado la princesa viuda, Sancho de Castilla era su señor y a él debía obediencia.

—Aguardadme aquí. Con suerte, no tardaré.

Pía asintió e hizo acopio de todas sus fuerzas para no traspasar el umbral de la cámara del infante conmigo.

Sancho me esperaba dentro, ataviado con una camisa blanca y margomada de hilos de oro, la misma que su padre había prohibido vestir a la nobleza hacía décadas y que, en contra de las restricciones suntuarias, se seguía portando. En la mano llevaba una copa de vino y en la mesa descansaba una bandeja con una jarra y otra copa más. Las viandas eran frugales: pan, queso y peras desgajadas que mostraban un interior níveo y arenoso. El infante no exhibía síntomas de nerviosismo, no debía ser la primera vez que solicitaba a una mujer —doncella o casada— en su alcoba. Yo, en cambio, desprendía el miedo de un animalillo depredado.

Traté de adueñarme de una seguridad que estaba muy lejos de sentir y simulé que aquella reunión no había sido una imposición, sino la elección de una mujer libre que se ha enamorado de un gallardo caballero. Por desgracia, el ligero temblor de mis manos me delataba y hube de ocultarlas detrás de la espalda.

Durante todo el trayecto hacia allí me había repetido que sería algo fugaz y que, a juzgar por las experiencias con mi marido, lo disfrutaría. Sancho era apuesto, con ese cabello oscuro que le lamía los hombros, esas facciones que se iban perfilando con la edad y esa sonrisa ladina que albergaba cierta aura de peligrosidad que a muchas féminas encandilaba. ¿Por qué iba a resultarme una tragedia yacer con él? ¿Por qué no sucumbir a un placer que seguro que me proporcionaría con sus suaves manos y su cálido aliento? Así, si mis obligaciones no se desligaban del gozo, no incurriría en pecado. Sin embargo, ninguno de esos pensamientos terminó de ofrecerme sosiego.

Para paliar mi vacilación, Sancho se sentó en el jergón y me invitó a beber con él. Durante un buen rato estuvimos así, conversando a media voz —ambos con las camisas de noche— y tomando a sorbos aquel exquisito vino que casi nos raspaba la garganta. No tenía claro si prefería yacer directamente o seguir con ese espectáculo que aparentaba una velada y alargaba esos minutos previos, cargados de una tensión palpitante y una incertidumbre que me daban ganas de vomitar.

El infante no se aproximó ni una pulgada hasta que confirmó que había dejado de rilar y, con mi congoja supuestamente ya extinta, se

lanzó a besarme. La copa de vino resbaló de su mano y se precipitó al suelo, manchando de rojo sangre la delicada alfombra hasta crear un charco a los pies del espíritu de Beatriz.

Por primera vez, un hombre que no era mi marido me poseyó y, por primera vez, me sentí aprisionada bajo el peso de un cuerpo sudoroso, que me constreñía las costillas y los pulmones. Tuve que girar el rostro hacia un lado para librarme de la pegajosidad de su piel, del vaivén de su melena que se me adhería a la faz y se me metía en la boca. Necesitaba una bocanada de aire.

Cerré los párpados y convoqué la silueta de don Pedro: los contornos afilados de su cara, más abruptos y marcados desde la última batalla; el azul de las vidrieras de Saint-Denis en sus ojos; los labios sajados por esa cicatriz y la espesa barba. Pero mis actos se me antojaban tan abominables que preferí habitar la realidad antes que una mentira que me habría quebrado por completo.

Fijé la mirada en Beatriz y conté las embestidas, tal y como me había enseñado doña Anne de Albret.

Una.

Dos.

Tres.

Recé por que culminara pronto.

Cuatro.

Cinco.

Seis.

Noté un resquemor, una punzada en las piernas contraídas; Sancho me había dispuesto así para facilitarle las acometidas. Se alzaba sobre mí igual que un animal y jadeaba y bufaba exactamente como uno.

Siete.

Ocho.

Nueve.

Los gruñidos guturales se acompasaban con el ritmo, procurándome pequeños golpecitos en la cabeza, que impactaba contra el cabecero de la cama. Los cojines no servían de mucho.

Diez.

Once.

Doce.

Unas marcas violáceas nacerían en mis muslos, aterciopelados y lechosos, debido a la fuerza de su agarre. Sancho estampaba sus dedos en mi carne como si vertiera lacre sobre una misiva y hundiera el sello en la cera caliente, realzando la fortaleza de su nombre, reclamando lo que por derecho le pertenecía.

Trece.

Catorce.

Quince.

¿Cuánto más tardaría?

Dieciséis.

Diecisiete.

Dieciocho.

Perdí la cuenta. La efigie de Beatriz comenzó a tornarse borrosa por el cúmulo de lágrimas, casi parecía que ella también estuviera a punto de echarse a llorar al contemplar aquella imagen tan descorazonadora y bestial. Quise liberar el brazo, alargar la mano, rozar la suya, decirle que este pequeño dolor pasaría, porque todo pasa en esta vida. Sin embargo, tocar a Beatriz de Aguilar era como querer tocar a Dios. Por mucho que me acercara, jamás lo lograría. Siempre habría algo que nos separaría a la una de la otra. La única vía para alcanzarla sería la muerte.

Me habitué a visitar a Sancho cada dos noches, y con ello, el estómago se me asentó y dejé de vomitar al regresar a mis aposentos personales.

El infante era divertido y sarcástico, hablaba conmigo de política y siempre me invitaba a opinar sobre cuestiones de Estado, lo que me hacía sentir valorada. De la volatilidad de la que me habían advertido doña Blanca y doña Violante, que como madre era quien mejor lo conocía, no hallé rastro. Y puede que supiera mucho sobre el arte de la seducción, que le había sido dado junto con otras tantas virtudes de las que se vanagloriaba, pero nada conocía sobre complacer a una mujer en el lecho, y eso era fruto de su juventud o su soberbia.

Besaba con premura y desesperación, y enseguida estaba dentro de mí. La mayoría de las veces no se molestaba en desvestirme ni en desvestirse, simplemente me arremangaba los bajos de la camisa y él hacía lo propio. No quería regodearse en la sensualidad, solo deleitarse en el estallido de placer que él mismo se procuraba tras una carga de embistes feroces que recordaban a un toro bravo. El acto de la coyunda no le era más que una conquista territorial.

Pobre de su futura esposa, fuera quien fuese.

Después de nuestros encuentros, me deshacía de la camisa bañada en sudor y Pía me lavaba de arriba abajo. El resto de la noche la pasaba rezando, rogando clemencia a Dios e implorando perdón por mis viles pecados. Pía permanecía a mi lado de mientras, fiel creyente de que sus oraciones se unirían a las mías. Ambas suponíamos que la fijación de Sancho por mí se extinguiría más pronto que tarde. Al fin y al cabo, los deseos de los hombres son efímeros y los caprichos de un infante, volubles. Pero cuando el rey don Alfonso volvió a ordenar el traslado de la corte —esta vez de Toledo a Burgos—, reparamos en que habíamos pisado tres lugares diferentes y la hambruna de Sancho no había mermado un ápice. Incluso instalados en el monasterio de Santa María la Real de las Huelgas, se dejaba vencer por la lascivia.

Afortunadamente, las continuas discusiones sobre la política de los reinos, previas y posteriores al encamamiento, me permitieron obtener gotas de información hasta casi llenar un balde.

Principios de mayo de 1276

Hacía una centuria que el rey Alfonso VIII de Castilla y su esposa, doña Leonor de Inglaterra, de la dinastía de los Plantagenet, habían fundado aquel monasterio en Burgos, que pertenecía a la santa Orden del Císter y se acogía a las reglas benedictinas con estricta devoción. Desde el inicio había estado regentado por mujeres piadosas, las primeras llegadas desde el monasterio de Santa María de la Caridad, en Navarra. Y desde el inicio había sido concebido

para salvaguardar los cuerpos de los miembros reales de la Corona de Castilla, por lo que no eran pocos los que allí descansaban.

El infante don Fernando de la Cerda reposaba junto a sus predecesores, enterrado en un ataúd de madera con ricas telas de oro y engullido por un hermosísimo sepulcro que le otorgaba en la muerte toda la dignidad que había recibido en vida. Hecha en piedra, la sepultura había sido adornada con medallones cuartelados de las armas de Castilla y de León, todo coloreado de gules, oro y azur, incluida la techumbre a dos aguas. En el espacio restante que dejaban las heráldicas, se observaba el escudo del reino de Aragón, conmemorando así su ascendencia materna.

Donde los muertos, reinaba un silencio espectral que daba reparo romper y se respiraba una paz envidiable de no ser por el ambiente manchado del sufrimiento de la pérdida. Por eso, cuando nos reuníamos en torno al difunto infante, las mujeres hablábamos en un murmullo. Algunos habrían dicho que era por respeto, otros, por la intriga cortesana que entretejíamos con nuestros dedos huesudos, tan acostumbrados a aguja e hilo.

—Sancho pretende persuadir a nuestro señor don Alfonso de que modifique el *Libro de las leyes* y la edad mínima para gobernar descienda de veinte a diecisiete años —susurré.

Blanca de Francia soltó una carcajada preñada de cinismo que resonó en el eco de las paredes desnudas.

—¿Acaso no es consciente de que eso también redunda en favor de mis hijos?

—Si el rey muriera en este mismo instante, Sancho accedería al gobierno sin necesidad de regencia alguna —comentó doña Violante —. No me necesitaría, y me temo que los reinos lo aprobarían de buen grado y la Corona de Aragón lo apoyaría.

—Pero si el rey muriera dentro de doce años, mi hijo, el hijo de don Fernando, también podría hacerse con el trono. ¿Qué argumentos utilizarían entonces en su contra?

—La tradición —respondí—, como vienen haciendo hasta ahora.

—¡Al diablo con la tradición! —gruñó la francesa, mancillando la sacralidad del monasterio y el reposo de reyes, reinas y príncipes.

No nos miramos. Nos quedamos allí con la quietud propia de una estatua pétrea, las manos entrelazadas en los regazos y la vista anclada en el sepulcro del infante don Fernando. Todas engalanadas de negro, lucíamos plañideras a excepción de Beatriz, que paseaba por entre los huesos de los monarcas con una familiaridad que me erizaba el vello de la nuca.

Doña Violante hizo un sonidito de desgrado con la lengua.

—Seamos honestas y realistas, mi querida Blanca, los niños son muy pequeños todavía y mi marido, don Alfonso, ya no está en sus mejores tiempos. Hay más probabilidades de que fallezca antes de que cumplan la edad pertinente que de que lo haga cuando uno de ellos pueda hacerse cargo del gobierno. Es un hecho.

—Y si no, don Sancho el Bravo, hijo mayor y heredero del rey don Alfonso, se ocupará de ello.

A la reina y a mí no nos pasó desapercibida la insinuación. Sin embargo, después de aquellas semanas de entrega carnal y conversaciones políticas con el infante, yo ya no lo veía de la misma manera. La crueldad con la que me habían dibujado su retrato había ido perdiendo color, los matices se habían degradado, empezaba a haber más luces que sombras. Estaba segura de que Sancho de Castilla no había cometido fratricidio.

—¿Qué opináis vos, hermana mía? —me preguntó de repente Blanca de Francia.

—Sancho presume de que las Cortes han sido profundamente satisfactorias —dije.

La princesa viuda emitió un suspiro y se restregó el rostro, presa de la frustración.

—Malditos sean todos esos felones que juraron fidelidad a mi marido y ahora escupen sobre su tumba.

A finales de abril, don Alfonso había convocado Cortes en Burgos para discutir el tema de la sucesión al trono, de ahí que nos hubiéramos trasladado y asentado en el monasterio de las Huelgas. Nuevamente, la nobleza y los concejos se habían pronunciado a favor del infante aludiendo a su capacidad resolutiva frente a los benimerines. Casi podía decirse que expulsar a los infieles nos había

condenado al mandato de don Sancho. Lo cual nos colocaba en una desagradable situación.

Burgos era cabeza de Castilla. Allí había sido armado caballero el rey Santo y había contraído nupcias con Beatriz de Suabia, había sido jurado don Alfonso como heredero de su padre, había nacido la princesa doña Beatriz, se habían celebrado los esponsales del infante Fernando de la Cerda y Blanca de Francia, y había tomado los hábitos la princesa Constanza. Lo que Burgos jurase en sus Cortes, lo haría el resto de los reinos, villas y aldeas.

—Creo que Sancho busca derribar los últimos reductos de apoyo a los infantes de la Cerda, y con la modificación del *Libro de las leyes* nos deja un poco más aisladas y con menos argumentos con los que batallar —expuse.

Todavía no les había confesado que don Sancho ansiaba el respaldo de su bienamada madre. En realidad, había decidido no hacerlo. Era plenamente consciente de que la reina Violante no mudaría su opinión, pues vislumbraba la futura y más que posible degradación de su hijo como monarca y trataba de salvarlo a él y a los reinos de un aciago destino.

—¿Podéis convencer a vuestro marido de que no toque ni una sola ley de ese libro? —le preguntó Blanca a su suegra.

Doña Violante se recogió las mangas de las vestiduras para mostrarnos los últimos excesos de ira del rey. Tenía los brazos cuajados de golpes que oscilaban de un morado intenso a un verdoso amarillento. Blanca de Francia abrió los ojos en un gesto más de terror que de asombro. A mí me costó retener las lágrimas, que pugnaban por brotar de mis ojos.

—Decídmelo vos, mi querida Blanca. ¿Creéis que puedo? —Señaló uno de los verdugones—. Esto es del otro día, de cuando le amenacé con retornar a Aragón junto a mi padre, el rey Jaime, en caso de que designara heredero a Sancho. Por supuesto, se rio y luego montó en cólera. Sabía que era una burda farsa, que mi honorable progenitor no me dejaría regresar y, mucho menos, me daría cobijo de mi propio esposo. Aunque puede que mi hermano Pedro sí me ampare.

La reina contempló el semblante cetrino de su nuera y se corrigió.

—Nos ampare.

A donde fuera doña Violante, irían Blanca y sus hijos, en un intento desesperado de preservar el cariño de una familia destruida por la ambición. Y es que el poder es así de inestable, así de peligroso. Requiere de innumerables exigencias y sacrificios que acaban horadando incluso al hombre más sensato y bueno, y repercuten en su humilde esposa, que siempre será castigada, silenciada y domeñada.

Blanca de Francia le besó los nudillos de la mano a su suegra, que portaba un anillo de oro cobrizo con un granate, idéntico a aquel con el que habían enterrado a su primogénito.

—Lo lamento tanto, mi señora.

La reina le dio un par de palmaditas en la mejilla y la miró con compasión. No pude evitar comparar su relación con la mía con doña Inés Pérez de Lara, que a veces se asemejaba y otras estaba a leguas de distancia.

—No consigo aunar voluntades suficientes. He prometido tierras, cargos, títulos y mercedes, me he desposeído de mis mejores joyas y me he desprendido del oro. Solo me falta arrancarme la piel a tiras y regalársela a quien la desee.

—Dios me perdone por lo que voy a decir —la reina se santiguó—, pero deberíais empezar a enviar cartas a vuestro querido hermano, pues me temo que, en caso contrario, no habrá forma de revertir esta lucha.

La princesa viuda asintió, consciente de que había llegado la hora de emplear su último recurso.

—Deberá hacerlo Mathilde. Sé que están atentos a mi correspondencia; cualquier misiva que sale de mis aposentos, incluso camuflada, es abierta y leída. No podré advertir a mi hermano de lo que se avecina ni pedirle que interceda por mí y sus sobrinos.

La noticia se me alojó en la garganta, trayendo consigo un sabor amargo.

—¿Queréis que le escriba al rey Felipe o queréis escribir vos y que la carta vaya a mi nombre?

Una cosa era arrancarle información a don Sancho a través de mi cuerpo y sumisión y otra pedir auxilio al rey de Francia, lo que dejaría por escrito nuestra desobediencia a don Alfonso y su hijo. Si nos atrapaban, ¿cuál sería nuestro castigo? ¿Cuál sería nuestra penitencia?

—No podemos dirigirnos directamente a él. Tendrá que ser a alguien de vuestra plena confianza, alguien que entienda de política y pueda acceder a mi hermano para explicarle lo urgente que es su intervención. Habrá que redactarla con sutileza, no vaya a ser que también registren vuestras misivas. ¿Qué tal vuestro padre?

Negué. Padre jamás entendería mi implicación en aquella conspiración; es más, la aborrecería, se avergonzaría y me culparía de ocupar un lugar que no me pertenecía. Porque, en el fondo, yo no debería haber estado inmersa en ese entramado político. Yo no era nadie. Solo una simple bastarda.

—¿A quién entonces?

—A doña Anne de Albret o a mi hermana Aurore, que está casada con el duque de Arvieu. De hecho… —Lo pensé unos segundos y una sonrisa sibilina se abrió paso en mi rostro—. Será mejor recurrir a mi hermana. Podemos contactar con ella sin necesidad de ocultar u obviar información.

—Lope Díaz de Haro podría interceptar vuestra correspondencia y hacerla trizas —me apercibió doña Blanca—. O peor aún, avisar a don Sancho.

—Que lo haga. No será capaz de leer absolutamente nada que nos incrimine.

De pequeñas, mis hermanas y yo nos entreteníamos escribiendo mensajes secretos, cartas de amor que nos mandábamos las unas a las otras fingiendo que provenían del apuesto caballero Lanzarote o el mismísimo rey Arturo.

Para ello, mojábamos el cálamo en jugo de limón y redactábamos la misiva, que dejábamos secar al sol del verano. Así, la tinta se volvía invisible. Para leerla, acercábamos la pasta de papel a la titilante llama de un candil o una vela. El calor y la luz desentrañaban el misterio, tornaban legibles las palabras ocultas.

Debía hacerse siempre igual y nunca con un pergamino, pues la piel de animal era mucho más gruesa y no resultaba.

Aquel inocente juego de niñas fue el método que utilizamos.

30

Sangre o bendición

—No habéis sangrado, mi señora. —Pía fue la primera en percatarse de que las sábanas y la camisa de noche estaban completamente límpidas.

En un ataque de histeria que hacía mucho que no padecía, me abalancé sobre la cama y revolví toda la ropa que la vestía. Errática, y con la firme certeza de que aún no había transcurrido el tiempo suficiente o que había sido un simple error de cálculo, lancé almohadones, sábanas, cojines y mantas, que quedaron desperdigados por la estancia. Busqué y busqué, con la negativa en los labios y el miedo enroscado en mis órganos, pero no encontré esa mancha rojiza y parduzca que anuncia la sangre de cada luna llena. Pía estaba en lo cierto, ya hacía semanas que había pasado la luna llena.

Apesadumbrada, me senté en el jergón desnudo y me cubrí el rostro con las manos. Traté de convocar las lágrimas que me ardían en los ojos, mas, por algún extraño motivo, no logré que cayeran y me limpiaran de aquel terrible pecado. Todo lo que salía de mi cuerpo eran jadeos, profundas respiraciones que no terminaban de llenarme los pulmones de aire. Sentía que me ahogaba.

—Estoy encinta —bisbiseé.

Nunca había imaginado que recibiría así la buena nueva. Se suponía que la llegada del primogénito se celebraba con regocijo y alborozo; sin embargo, la perspectiva de un embarazo me provocaba de todo menos alegría.

—Aún es pronto para afirmarlo, mi señora. Mientras tanto, guardaremos el secreto.

Asentí, todavía cabizbaja, intentando calmar los latidos de mi corazón y la ansiedad que me invadía.

—No le contaremos nuestras sospechas a doña Blanca de Francia y a la reina doña Violante. Y, desde luego, no se lo diremos a nuestro señor don Pedro hasta que os haya revisado un físico —prosiguió Pía.

Otra cosa más que ocultar a mi marido. La política. Los encuentros clandestinos con don Sancho. Mi connivencia con la reina y la princesa viuda. Y esto. Un niño en camino que podía ser de la estirpe de los Lara o no. Solo Dios lo sabía.

Eso acrecentó aún más mis ganas de llorar. ¿Qué era preferible? ¿Que lo fuera y estuviera abocado a portar la maldición de los Lara, a no hallar el amor, a vivir con la miseria de un casamiento funesto? O ¿que no lo fuera y su destino se entremezclara con el de la realeza?

Eso último corrompería mi matrimonio con don Pedro y lo reduciría a ruinas. No habría nada que pudiéramos levantar sobre los escombros del adulterio, porque el amor no es tan fuerte como para erigir sobre cimientos ya demolidos. Sin su afecto, sin su devoción, sin su mirada cerúlea, no me quedaría nada. Absolutamente nada. Mis amistades en la corte también me darían la espalda, y no por la deshonra de un bastardo, que de esos siempre hay muchos en unas u otras familias de excelso linaje. No. Es que ya no podría seguir luchando por y para Francia, por y para los infantes de la Cerda, pues hacerlo implicaría ir contra el porvenir de mi propio vástago, y una madre nunca haría algo así. Por encima de los reinos y la lealtad a una dinastía, está un hijo, y si Sancho se asentaba en el trono y su futura esposa no le daba descendencia, a la Corona de Castilla todavía le quedaría un posible heredero: él. El niño que ambos habíamos concebido.

No habría sido algo insólito. Ya se habían dado situaciones en las que grandes reyes casaron hasta cuatro o cinco veces con la esperanza de engendrar un sucesor. Todo en vano, pues al obtener solo féminas o hijos varones que se malograban en el vientre de la

madre o fallecían al poco de nacer, se vieron en la necesidad de designar heredero al único varón que tenían, aunque este fuera ilegítimo. De ser así, habría de procurar que Sancho de Castilla llegase al poder, costara lo que costase y a riesgo de que los reinos sucumbieran a una codicia desordenada y a un mal gobierno que más tarde mi hijo pudiera enmendar.

—No quiero que utilicen a este niño contra vos. Y lo harán, sé que lo harán.

Al elevar el rostro, vi el cariño y la fidelidad reflejadas en las facciones de Pía. Se había arrodillado frente a mí y me miraba con preocupación.

—Quizá podamos hallar la forma de mantener nuestra alianza —dije, a sabiendas de que no era posible.

—No, mi señora. Una alianza se da entre iguales, y una reina y una princesa no son iguales a una…

—Bastarda —espeté.

La palabra brotó de mi boca como si fuera una espina de pescado que debía vomitar. De nuevo, sentía que la condición de ser ilegítima me relegaba a una posición de inferioridad y me convertía en una paria a la que nadie debía acercarse o tocar. El azoramiento que me embargaba de pequeña al reconocer lo que era, una indeseable, había regresado. Sin embargo, no dolía ni la mitad que saber que era un peso con el que cargaría mi hijo.

—Iba a decir una duquesa —señaló Pía, con más gentileza que reproche.

—Así que voy a condenar a mi hijo a portar la mácula de la bastardía. —Una risa silenciosa se me escapó por las fosas nasales —. Y yo que pensaba que la vergüenza de mi madre terminaba conmigo…

Las manos de Pía atraparon las mías.

—No es una vergüenza recibir el fruto de un amor.

—Pero es que yo no amo a Sancho de Castilla —gimoteé.

A pesar de que lo que sentía por el infante estaba muy lejos del amor, cuando no estábamos en el lecho, se asemejaba bastante al afecto que habría de profesarse a un muy buen amigo. De hecho, puede que él fuera el único hombre al que considerar como tal.

Sancho me escuchaba. Me atendía y me entendía. Se reía con mis ocurrencias. Me instaba a opinar sobre temas más complejos que el bordado. No me subestimaba por ser una fémina; al contrario, seguía algunos de mis consejos y otros, los ignoraba. Desde que el rey don Alfonso le apremiara con el matrimonio, me había adjudicado el cargo de alcahueta. Cada noche, me hablaba de una u otra doncella casadera y yo, sentada a su lado en el jergón, analizaba sus virtudes y defectos según mi conocimiento y los rumores que circulaban por la corte, desechando candidatas o dándoles mi beneplácito.

—Mi señor don Pedro ha seguido visitando vuestra alcoba con asiduidad, puede que la criatura sea suya —arguyó Pía.

—Pero ¿y si no lo es?

—Pues si no lo es, habéis servido bien a vuestras señoras doña Blanca y doña Violante, y tampoco hay vergüenza en eso. —Me dio un ligero apretón—. Aunque este sea el precio que habéis de pagar.

Agradecí que no me recordara que ya me lo había advertido, que la ley estaba en mi contra, que mi esposo era de celos ardientes y que la naturaleza era sabia. Una semilla plantada en tierra fértil siempre germina.

—Dios escoge nuestros caminos y a nosotros solo nos queda andarlos con fe y dignidad —sentenció—. Y, mi señora, una situación difícil no significa una vida difícil.

El aroma a podredumbre y agua de mayo me provocaron náuseas. Miré al espectro de Beatriz, de tez cenicienta y mueca grotesca; sus heridas sanguinolentas se hacían más profundas, casi parecían los tajos de una espada. Un miedo atroz me golpeó y, finalmente, una lágrima me resbaló por la mejilla.

—¿Creéis que me azotará públicamente, que me enviará a un monasterio de dueñas en cuanto alumbre y me apartará de mi criatura? ¿O me matará? —pregunté, rilando de terror.

—No, no, mi señora. —Pía me sostuvo el rostro y me enjugó las lágrimas con sus pulgares—. El duque no os matará. Pediremos a Dios que este niño nazca con los ojos más azules que el manto de la Virgen y Él hará que sea un Lara. Será un Lara incluso si hereda

unos rasgos que no nos resulten familiares, nosotras nos ocuparemos de ello.

Pero el llanto ya me había desbordado y yo me había lanzado a los brazos de Pía, anhelando que ella solucionara mis cuitas. Los estertores me hacían temblar y emitir unos sonidos de ahogo que copaban toda la estancia.

—¿Lo comprendéis, mi señora? —me dijo mientras me acariciaba el cabello y me chistaba. Se le había roto la voz, hasta entonces firme—. ¿Lo comprendéis? Para mi señor don Pedro, este hijo será su hijo. De aquí a que nos entierren.

A nuestro lado, Beatriz de Aguilar nos contemplaba con expresión lánguida y la mano posada sobre su vientre vacío.

Ella, yerma.

Yo, adúltera.

La maldición arreciaba con fiereza sobre don Pedro de Lara. Lo despojaba de sus dos amores, de sus dos esposas.

Mediados de junio de 1276

Supimos que las misivas secretas habían llegado al rey Felipe cuando una embajada francesa se instaló en la corte. Podríamos haber pensado que era mera casualidad, que el monarca la había enviado previendo que algo oscuro se cernía sobre los reinos de Castilla y León, pero los hombres destinados a parlamentar con don Alfonso traían consigo una carta de mi querida hermana Aurore, lo cual no nos dejó duda alguna. Nuestros reclamos habían sido escuchados.

Juan de Brienne, quien encabezaba a los embajadores, omitió nuestra intervención. Anunció que habían venido para tratar la sucesión al trono, un tema que a Felipe III le preocupaba en demasía, en especial porque le constaba que el infante Sancho se hacía llamar hijo mayor y heredero del rey don Alfonso. Y eso colocaba a su hermana y a sus sobrinos en una delicada situación, una que no le agradaba en absoluto.

Durante una semana, don Alfonso y sus consejeros debatieron con los franceses este asunto a puerta cerrada. La información que obtuvimos fue a pellizcos, como un niño travieso que se cuela en las cocinas del castillo y mendiga unos trocitos de pan. Felipe III alegaba que su hermana, doña Blanca, había casado con el infante Fernando de la Cerda con una condición: que, tras el fallecimiento de este, sus hijos heredaran. Según él, así se había estipulado y firmado en las capitulaciones matrimoniales, acordadas por el obispo de Cádiz y el portero mayor imperial, y negarse a ello suponía la violación del pacto. Don Alfonso proclamaba que eso era una vil mentira, una falacia inventada por el rey Capeto para mancillar su honor. Juraba y perjuraba que él jamás habría aceptado semejante desfachatez. Sin embargo, algunos tuvieron a bien recordarle que lo había hecho al promulgar el *Libro de las leyes*, que favorecía a sus nietos en detrimento de su hijo y que podía concederle la corona hasta a una fémina. Debatieron entonces sobre la minoría de edad de los niños, de la posible regencia de doña Blanca, del apoyo masivo que había obtenido Sancho con la victoria frente a los benimerines, de sus muy buenos servicios para con los reinos y de modificar la edad de acceso al gobierno para facilitarle la entronización.

Y en alguno de esos siete días, quizá rozando la desesperación o tratando de evitar un conflicto bélico con Francia, don Alfonso propició un acercamiento de posturas. Sugirió que los hijos de Blanca y Fernando de la Cerda obtuvieran el reino de Jaén como feudo. Desafortunadamente, aquello no gustó a don Sancho, que, preso de la ira, golpeó la mesa y exclamó que los reinos jamás se dividirían, menos aún cuando le pertenecían solo a él. Por derecho. Por natura.

Los embajadores, que habían recibido órdenes estrictas de no aceptar tierras en calidad de limosna, le comentaron a don Alfonso que su señor estaba dispuesto a luchar por sus sobrinos y que con lo único que se contentaría sería con que le cedieran Castilla o León. Mas Sancho ya había sido claro. Se opondría a la escisión de los reinos y lo haría con un ejército, si era menester.

Con tantos orgullos heridos y propuestas de guerra sobre la mesa, fue imposible llegar a un acuerdo que beneficiara a ambas partes. Don Alfonso rehusó dejar salir de Castilla a doña Blanca de Francia y sus vástagos, y así como arribaron, los franceses se fueron. Y nosotras volvimos a quedar desamparadas.

—Habéis sido vos. Lo sabía —me acusó don Pedro, que agitaba la carta de mi hermana Aurore.

De haber sido todavía invierno, me habría amenazado con quemarla en la chimenea de la alcoba. El fuego habría devorado el papel y la tinta hasta convertirlos en cenizas imposibles de distinguir de la leña carbonizada y las ascuas.

—Os la han traído las embajadas, ¿no es cierto? —Apretó aún más las hojas, arrugándolas entre sus enormes manos—. ¡¿No es cierto?!

Don Pedro de Lara me observaba hirviendo de ira, con la mandíbula apretada y la cicatriz tirante, hundida. Daba la impresión de que la recortada barba quedaba fragmentada por una zanja profunda que delineaba su verdadero rostro del de un demonio disfrazado con una máscara violenta. Me perdí en la inmensidad de esos ojos de mar embravecido y me pregunté cuánto más podría seguir con aquello, hilvanando mentira tras mentira hasta tejer un tapiz de embustes. Cuadré los hombros y emití un largo suspiro.

—Es cierto.

—¿Qué estáis haciendo, Mathilde? ¿A qué estáis jugando? —gruñó acercándose a mí—. ¿Acaso no os advertí de que os mantuvierais alejada de la política?

—Esto no es política.

Me estiré para arrebatarle la carta, que todavía sostenía en la mano derecha, pero, al captar mis intenciones, elevó el brazo y la mantuvo fuera de mi alcance. Las palabras de Aurore no podían incriminarnos, en su misiva no había más que noticias sobre mis deudos, banales para todos pero valiosas para mí. Pese a ello, podrían haberla usado como una prueba condenatoria porque, en el fondo, su propia existencia lo era. Así que no me la devolvería. La

guardaría en algún lugar seguro, en el fondo de uno de sus arcones o en algún compartimento de su escribanía, hasta que pudiera destruirla.

—No me toméis por estúpido.

—Dios me libre de hacer algo así, esposo mío.

—No. Dios nos libre de que el rey don Alfonso o el infante don Sancho se enteren de que habéis estado enviando cartas a Francia y utilizando a vuestra hermana para pasar información a Felipe III.

Se pinzó el puente de la nariz y paseó por la estancia un par de veces, sofocado, bufando a cada rato y mascullando maldiciones.

—¿Sabéis lo que estáis a punto de desatar?

Una guerra. Cualquiera lo habría adivinado. La corte había empezado a ensombrecerse, a rezumar el hedor a pánico que precede a las contiendas y los habitantes se mostraban agitados, tensos. Todo el mundo correteaba de aquí para allá como abejas alteradas por el humo de una fogata.

—Conmigo o sin mí, mi señor Felipe habría intervenido —espeté—. ¿Quién dejaría a su hermana y a sus sobrinos a merced de un hombre que les niega sus derechos?

—¡¿Mi señor Felipe?! —entonó divertido y se echó a reír.

Sus hermosas facciones se deformaron a causa de las estridentes y socarronas carcajadas y yo apreté los puños para contener la ira, clavándome las uñas en la blanda carne de la palma de las manos.

—Felipe III ya no es vuestro señor, así que olvidaos de él y olvidaos de Francia. Ahora pertenecéis a Castilla, a Valdívar, y debéis obediencia a don Alfonso, que es vuestro rey, y a mí.

Sancho tenía razón. Mi marido no me había alejado de los asuntos de gobierno porque creyera que una mujer no debía ocuparse de ellos, sino porque temía mi astucia, la firmeza de mis opiniones y mi posible influencia en la política de los reinos. No importaba que él estuviera a favor de los infantes de la Cerda, tampoco que no le gustase la posibilidad de que Sancho fuera designado heredero. Lo que importaba era que, mientras que él se sentaba al lado del rey don Alfonso y optaba por una cobarde neutralidad, yo había demostrado que, incluso con menos recursos y conocimiento, podía cambiar el rumbo de Castilla.

—Os ataré en corto, Mathilde Leblond —me amenazó—, lo juro por Dios y por la Virgen. A partir de hoy no habrá en vuestros aposentos privados papeles, pergaminos, cálamo o tinta. La comunicación con el exterior os está vetada.

—Escribiré entonces con zumo de limón o las grises cenizas del lar.

Don Pedro dio un paso más y siseó:

—Entonces haré que limpien vuestra chimenea y prohibiré que la enciendan. Ya os arrepentiréis cuando llegue el crudo invierno y solo tengáis cobijas para combatir el frío.

Me estremecí de solo imaginarlo.

—Y no os preocupéis, que también me llevaré los candiles, no vaya a ser que halléis un modo de usarlos, y los carboncillos esos con los que os alcoholan los ojos. No habrá nada con lo que podáis mandar mensajes.

Debí haber guardado silencio, haber aceptado que mi incursión en la política había sido un grave error, y no solo porque mis actos, aunque legítimos, pudieran conducirnos a una guerra en la que mi marido habría de luchar y, Dios no lo quisiera, morir, sino porque estaba encinta de una criatura cuyo padre desconocía. Así que debí haberme callado, haber agachado la cabeza y haberme disculpado con mi esposo. Debí haberle prometido que jamás actuaría nuevamente contra su voluntad y que acataría sus deseos, como una buena mujer, pero no lo hice. El embarazo me despertaba unas emociones desbordantes, y en esos instantes había una rabia gigantesca burbujeando en mi interior. Una que en pocas ocasiones había experimentado.

—¿Y vos desde cuándo hurgáis entre mis bienes?

—Desde que os habéis vuelto una necia y una desobediente, una mujer consentida que de todo se encapricha y que en todo se entromete. Sois una vergüenza para vuestro padre y para vuestro marido.

Fue lo peor que don Pedro me había dicho nunca.

—¡Vergüenza me da a mí el rey! —grazné, con la voz a punto de romperse—. Que es incapaz de cumplir con lo que dicta y que encima no trata a su esposa con la dignidad que merece, pues la golpea y la magulla. ¡Y vergüenza me dais vos! ¡Vos y todos los

demás hombres, que veis día a día cómo vuestra reina y señora se marchita y lo consentís impunemente!

Las lágrimas ya me arrasaban.

Don Pedro terminó de estrujar la carta de mi hermana, la cual lanzó a algún recodo de la estancia, y alzó la mano para descargar un golpe en mi mejilla. Incluso con la vista acuosa la vislumbré. Beatriz. Se encontraba detrás de mi marido y en su faz, teñida por la penumbra, se apreciaba una cólera visceral, rojiza, encarnizada. Una cólera que traspasaba lo humano y se acercaba a lo divino. Una cólera bíblica, similar a la de Dios al descubrir los desmanes que acontecían en Sodoma y Gomorra.

Beatriz de Aguilar me insufló arrojo. Ella también había estado ahí, en mi mismo lugar, padeciendo las afrentas, los vilipendios y las coacciones de don Pedro de Lara. Decidí que no me amilanaría. Por ella. Por mí. Me mantendría imperturbable. Alcé el mentón en un gesto de osadía y lo miré a los ojos, incandescentes como el fuego griego. Parecía que lo desafiaba a que me golpeara. Sin embargo, el bofetón nunca llegó.

En su lugar, me agarró con fuerza del brazo y, de un tirón, me acercó a él, haciéndome trastabillar. No había distancia entre nosotros. Podía notar el bombeo acelerado de su corazón, el sudor que le cubría las sienes, la saliva que se le había acomodado en las comisuras. Nuestras narices se rozaban y su cálido y dulce aliento me acariciaba los labios entreabiertos.

—¿Os creéis que por ser sus fieles consejeros podemos tomar partido en los asuntos de alcoba? Es el rey, y entre marido y mujer solo Dios puede intervenir.

—Un buen hombre protegería a su reina.

—Pues este hombre, al que vos, por lo visto, consideráis malvado y ruin, os devuelve a casa.

Él siempre diría que le dolió más pronunciar aquello que empujarme directa al suelo. Pero lo cierto es que hizo ambas cosas y yo me precipité de mala manera. Me dañé el codo, que impactó contra la dura y fría piedra, me torcí una muñeca al intentar frenar la caída y me golpeé la cadera, en la que acusé un terrible resquemor

que hizo que me mareara. Durante un par de segundos, un intenso pitido me perforó los tímpanos.

—Avisad a Pía para que recoja todas vuestras pertenencias, os marcháis mañana a Valdívar. Mi madre y su séquito os acompañarán.

—No. No. —Fue lo único que logré articular, todavía demasiado aletargada por el dolor y el susto.

—Mathilde…

—No, no —repetí.

No podía regresar a Valdívar, a ese castillo desangelado en el que moraban el luto, los fantasmas, las mentiras y los agravios que aún me pesaban. Allí donde mi suegra ejercía su mandato y sus sirvientas me miraban por encima del hombro, donde la implacable Lucía urdía mi desgracia y las esquinas olían a heces y al perfume de clavelinas de doña Inés Pérez de Lara. No podía volver a vestirme con los ropajes de Beatriz y a presentar mi rostro limpio. No podía prescindir de mi identidad, de mi lengua, de mi voz.

—Si queréis deshaceros de mí, tendréis que hacerlo vos mismo. Tendréis que llevarme hasta allí y encerrarme.

—Maldito sea el día en que fui a buscaros a ese condenado lugar.

Don Pedro se abalanzó sobre mí con la mano en alto y yo me cubrí con el brazo.

—¡Estoy embarazada! ¡Estoy embarazada! —aullé, encogida sobre mí misma.

Mi marido se detuvo en el acto. Ni siquiera había llegado a tocarme.

—¿Qué habéis dicho?

Su semblante, otrora congestionado por la vesania, se suavizó. De repente, hincó las rodillas en el suelo y se echó a llorar. Gateó hasta mí para resguardarme con su robusto cuerpo y me abrazó. Me besó el cabello rubio y enredado, la frente, la boca, los párpados, la nariz, y clamó por mi perdón. Me susurró «esposa mía», «amada mía», «vida mía». Y yo lo acogí en mi pecho, lo calmé mientras contemplaba al espíritu de Beatriz y él se deshacía en lágrimas y balbuceaba cuantísimo me amaba.

Entonces lo supe. Esa criatura sería mi salvación.

Nuestra salvación.

Sería la cura de aquel matrimonio corrompido.

31

Las hogueras que nos cercan

Don Pedro no tardó en anunciar la buena nueva, que corrió con la celeridad de un exquisito rumor. Por lo visto, una noticia halagüeña era todo lo que la corte necesitaba para respirar durante unos días y no sucumbir a la tristeza y el pánico que se habían apoderado del monasterio de las Huelgas debido a los últimos acontecimientos.

Así pues, me vi envuelta en un cortejo de felicitaciones propiciadas por el rey don Alfonso y la reina Violante. Las grandes señoras me asediaron día y noche para toquetearme la barriga a fin de sentir algún movimiento prenatal, contarme sus experiencias —todas pesadillescas en cuanto al alumbramiento— y colmarme de atenciones y consejos. Que si debía untarme aceite de alfolva para las marcas y cicatrices que dejaba el embarazo, que si la infusión de flores de sauco menguaba las manchas del rostro, que si la mezcla de miel y hiel era buena para las inflamaciones y la comida grasosa recomendable para nutrir a la criatura.

Los monarcas juraron hacernos un gran regalo con motivo del nacimiento de nuestro primogénito. Blanca de Francia, en cambio, no se dignó a esperar. Me obsequió con un anillo de oro que cabía perfectamente en el dedo de un niño de cinco años. Había sido confeccionado en Francia y me lo entregaba con la esperanza de que mi hijo nunca olvidara que, por mucho que habitara en Castilla, siempre tendría un hogar si se decidía a cruzar los Pirineos.

Pero ninguno de aquellos gestos de regocijo se comparó con la reacción de mi suegra.

—Sabía que estabais encinta —dijo doña Inés, con los ojos resplandecientes como la plata pulida y la dicha brotándole de los labios—. ¿Verdad que os lo dije, Lucía?

—Así es, mi señora.

—Ya percibía yo algo extraño, me parecía que presentabais algo distinto, como si os hubierais bañado en una fragancia dulzona que me recordara a la leche que nos sube a los pechos para amamantar a nuestros niños. —Chasqueó los dedos—. ¡Eso es, hija mía! Debe ser la leche, que vuestros senos ya empiezan a hincharse.

Sin poder contener la emoción, me echó las manos encima para comprobar por sí misma la implacable labor de la naturaleza, una labor que aún no se había iniciado, pues mis pechos seguían cual higos maduros y mi vientre no daba signos de abrigar una nueva vida. No obstante, nada de eso disipó su entusiasmo.

—Buscaremos una buena nodriza, la mejor para mi hija y mi bienamado nieto, el heredero de Valdívar.

Lucía carraspeó.

—Una de mis primas acaba de traer al mundo al quinto de su progenie, mi señora —comentó con pretendida inocencia—. Si gustáis, puedo hablar con ella para que la conozcáis. Ha criado con su leche a todos sus hijos y al de alguna que otra vecina que tenía problemas para alimentar a los propios. Los varones han crecido sanos, fuertes y robustos, y las féminas delicadas y mansas como yeguas.

Doña Inés Pérez de Lara, que estaba más exultante que su hijo, si es que eso era posible, quedó encantada con la sugerencia.

—En cuanto regresemos a Valdívar, hacedla llamar. Conviene comenzar ya con los preparativos para la llegada de mi pequeño. Mencía, vos y yo bordaremos la ropa de cama —me dijo y, acto seguido, dio una jubilosa palmada—. ¡Oh, en buena hora Dios mío nos agasaja con tamaño regalo!

Como tenía por costumbre, empezó a divagar sobre todo lo que habríamos de organizar y, en unos segundos, convirtió el nacimiento de mi primogénito en unos opulentos festejos celebrados en Valdívar, con danzas, música y un banquete especial, cuya comida sobrante sería repartida entre el común. Por aquello de la dadivosidad. Doña

Inés fantaseó con la misma ilusión con la que había imaginado mis nupcias con don Pedro de Lara —cuajadas de pompa y boato—, a pesar de que habían acabado siendo eclipsadas por el fallecimiento del infante don Fernando, la guerra contra los benimerines y las tensiones políticas con Francia, para así no producirse jamás.

Y entretanto ella auguraba una deliciosa infancia para su nieto, Lucía ostentaba una sonrisa ladina que la afeaba aún más. Consideraba una victoria que su señora le hubiera prometido el puesto de nodriza a su prima, y en su mirada se leía: «Siempre os he tenido en la palma de mi mano y ahora tengo también a vuestro hijo».

Me negué a rehuirla. Hacía ya mucho que no temía a esa criada con ansias de medrar. La preñez me había provocado náuseas y mareos, pero también me había dotado de una seguridad que no solía abanderar. Lucía no metería a su pariente de nodriza mientras yo fuera duquesa de Valdívar y ninguna de ellas se acercaría a mi vástago en tanto yo estuviera allí para evitarlo. Si para ello debía arrancarle a mi suegra el poder de sus esqueléticos dedos, hacerme con el gobierno de la casa y expulsar a Lucía de mis dominios, lo haría.

Por Dios que lo haría.

Mi influencia sobre Sancho cambió a partir de ese momento, mas no disminuyó. Ya no podía yacer con él, del mismo modo que no podía yacer con mi esposo; cualquier práctica carnal me había sido prohibida por la comadrona. Tampoco podía dormir acompañada, pues existía el riesgo de que me dieran un golpe en el vientre, un codazo o una mala patada. Además, el descanso era esencial y, dado que a medida que transcurrieran los meses perdería somnolencia y ganaría incomodidad, debía aprovechar para dormir todo lo que pudiese. Al final, lo más importante era velar por el niño que crecía en mis entrañas.

Con tanto y tan poco, el infante no prescindió de mis servicios. Mantuvimos la tradición de reunirnos cada dos noches en su alcoba

personal y, sentados a la mesa con una jarra de vino y algo de pan blanco y queso, conversábamos sobre política y otras tantas cuestiones.

—¿Es mía la criatura?

Sancho no mostró indicio alguno de preocupación al preguntar aquello. Se encontraba arrellanado en la silla de cadera, vestido con una camisa margomada y una copa en la mano. El calor empezaba temprano en los reinos de Castilla y León, así que unas gotas de sudor templado le recorrían las sienes, haciendo refulgir su piel.

—Por supuesto que no, señor mío —mentí con descaro, abrazándome la plana barriga de dos lunas.

—¿Estáis segura?

Arqueó una ceja y las pupilas se le llenaron de lascivia. Me había acostumbrado tanto a ese mirar descarado que ya no le surtía efecto alguno.

—Tanto como la loba que olisquea el aire y sabe justo dónde se hallan sus cachorros.

Él rio.

—No os pondré, pues, en duda. Pero, decidme, ahora que este divertimento se me ha acabado, ¿a qué mujer he de escoger?

—¿Para calentaros el lecho o para portar la corona de vuestra excelsa madre?

—Lo segundo, por supuesto. Porque hacer lo primero sin matrimonio de por medio y luego premiarla con reinos a su servicio no sería de justicia. Estaría incentivando comportamientos despreciables, nada dignos de una reina. Y yo quiero una gran reina, ya lo sabéis.

Quien fuera la elegida jamás podría rivalizar con doña Violante, toda alcurnia y bondad.

—Ya tenéis una favorita —le recordé—. ¿Para qué queréis mi opinión?

—Mi madre parece que ha renunciado a mí en todos los sentidos y se abstiene de participar en este asunto. Mi padre, a veces, no es hombre cabal; de hecho, me prometió con Guillerma de Moncada, lo cual lo demuestra. Y si fuera por don Lope Díaz de Haro, me casaría con cualquiera de sus parientes. —Lanzó un bufido—. Vos sois la

única persona dispuesta a brindarme consejo con suma honestidad, sin pedir nada a cambio. Así que os necesito.

Me habría sido más sencillo volver a tumbarme en el jergón y dejarme poseer que tomar esa decisión, pues, aunque hasta ese momento le había auxiliado en la tarea de desestimar posibles esposas y había sugerido alguna, siempre me había cuidado de no colocar a una mujer en el centro de su diana. Dar un nombre significaría observarle impasible mientras abatía y ensartaba a una joven presa. Un espectáculo grotesco.

Exhalé un hondo suspiro, me puse en pie y caminé descalza hasta la ventana, buscando así airear mis pensamientos. Desde allí sentía la ligera brisa rozarme con sus dedos invisibles la piel, colarse por entre la abertura del escote de la camisa, desatada por los cordones, y hacer volar mis guedejas trigueñas, divididas en dos gruesas trenzas.

—No sé si soy la más adecuada, mi señor —dije con la vista clavada en el paisaje oscuro y salvaje que ofrecía la noche.

—Lo sois.

Sancho se había colocado detrás de mí y había posado las manos sobre mis hombros. Su hálito embriagador me acariciaba el lóbulo de la oreja, erizándome el vello de la nuca.

—Decidme, ¿a qué noble dama he de escoger? —me susurró.

Era inútil. Dios, o quizá el mismo infante, ya había concluido quién sería la fémina que cargaría con la fortuna de portar la corona y la desdicha de compartir el lecho con Sancho de Castilla. Lo único que yo podía hacer era tratar de concederle un tiempo de gracia.

—Sé que a los hombres os place la juventud, pero mi recomendación es que os alejéis de María de Molina.

Habiendo descendido con lentitud por mis brazos, Sancho me agarró y me giró para que lo observara directamente a los ojos.

—¿Por qué?

En realidad, el infante no deseaba una sugerencia sobre política matrimonial, sino una vergonzosa confesión de amor que a mí me coloreara las mejillas y a él le inflamara el pecho de orgullo. Quería que reconociera estar enamorada de él y llevar a su hijo en mi

vientre. ¿Para qué? Quién sabe. Pero para entonces yo ya había decidido que, con sangre real o no, ese niño sería un Lara.

—Porque aún es demasiado pequeña —tercié—. María de Molina no debe de haber ni sangrado.

—Esperaré a que su cuerpo madure.

—Sois parientes en segundo grado, podrían excomulgaros a ambos.

—Pediré una dispensa papal.

—¿Y si Inocencio V no os la concede?

—Lo hará.

—Quizá respalde las pretensiones al trono de los infantes de la Cerda y no quiera firmarla.

—Le pagaré para que lo haga.

—Dudo mucho que el santo pontífice se venda barato.

Una risa preñada de sarcasmo se le escurrió por la garganta. A cada requerimiento, Sancho tenía una respuesta.

—Todo el mundo tiene un precio, doña Mathilde, incluso aquellos que presumen de una conciencia limpia y una voluntad férrea, como vos y como yo.

—Pero no todo el mundo se sienta donde san Pedro —espeté, dolida por aquella saeta envenenada que me había lanzado sin reparo.

—Si es preciso, falsificaré esa maldita dispensa. ¿Cuánto nos durará Inocencio V? ¿Dos años, tres? ¿Seis si acaso, al igual que su predecesor, Gregorio X? —Resopló—. Quizá el próximo representante de Dios en la tierra no tenga tantos escrúpulos como este, o quizá sea favorable a mi causa.

Me quedé sin palabras. ¿Cómo explicarle que su fuerte temperamento y esa forma de reclamar el cuerpo y el alma de una mujer destrozarían a esa chiquilla que era María de Molina? Tenía doce años y la inocencia se le pintaba en el rostro, del mismo modo que el enamoramiento refulgía en sus enormes ojos de cervatillo. Sus padres no debían haberla prevenido sobre don Sancho, porque, desde su llegada a la corte, no hacía más que contemplarlo con las ensoñaciones amorosas de quien aún no ha descubierto que la vida está más llena de espinas que de pétalos de rosas y poemas a la luz

de la luna. Se había prendado de él, igual que otras muchas mozas de buena cuna; sin embargo, ninguna corría el peligro que corría ella. En cuanto Sancho la reclamara, la haría trizas entre sus garras. Y el ánimo se recompone, mas no la decepción de descubrir que el hombre al que amas se convierte en una bestia feroz todas las noches. Yo lo sabía muy bien.

—Aguardad un par de años. Ese es mi consejo, mi señor. El vizconde de Bearne continúa molesto por vuestra afrenta a su hija, el sultán de Granada puede volver a presentar problemas, las relaciones con Francia están prácticamente rotas a causa de la herencia, en el reino de Navarra gobierna doña Blanca de Artois, prima de Felipe III, y me temo que una facción de la nobleza, la que apoya a vuestros sobrinos, está ansiosa por veros caer.

Sancho soltó una carcajada desdeñosa.

—Mi madre entre ellos. Y el linaje de los Lara, también.

Asentí, esmerándome por ser gentil.

—Si os casáis con María de Molina en los próximos meses, Francia entenderá vuestro movimiento como un intento de asentaros en el poder y lo usará de excusa para declararnos finalmente la guerra. Más de uno se le unirá, os lo aseguro.

—El reino de Aragón, con mi tío Pedro a la cabeza de las huestes, se alzará para defenderme.

—¿Estáis seguro, mi señor? —le pregunté, sembrando la duda en su interior—. La hermana de vuestra madre, doña Isabel, ha sido la primera esposa de Felipe III y le ha dado no uno, sino cuatro hijos varones. Uno de ellos, el próximo rey de Francia y futuro marido de la niña reina de Navarra, Juana.

—Mis deudos no me fallarán. Por mis venas discurre sangre aragonesa —gruñó.

—Por las de vuestros sobrinos también, no lo olvidéis. ¿Qué le saldrá más rentable al futuro rey de Aragón, don Pedro III?

El infante calló mientras evaluaba sus verdaderas posibilidades. ¿Podía fiar de sus parientes por línea materna, quienes contarían con aliados en Francia, pero también en Castilla y León, con independencia de quien fuera nombrado heredero? En la corte estallaban luchas fratricidas con la misma presteza con la que se

pactaban treguas y las fidelidades basculaban según los beneficios que unos u otros prometieran. ¿Qué podía prometer él?

—Aragón me respaldará —sentenció.

—Y Navarra a Francia —acoté.

—No podéis compararlos en fuerza.

—Y vos no debéis subestimarlos.

Sancho deambuló por la alcoba, repasando mis muchas sugerencias, y se removía el cabello a cada tanto. Finalmente, apoyó la espalda sobre uno de los postes de madera de su cama y, cruzado de brazos, dijo:

—Así que la paz depende de mí y, según vos, lo que debo hacer es tener paciencia y esperar para matrimoniar.

No podía evitar la guerra como tampoco podía evitar que Sancho de Castilla le hincara los dientes a María de Molina y la desangrara entre las sábanas níveas de su cama. No obstante, sí podía retrasar la desgracia de esa niña y el conflicto que la codicia de los varones y la necesidad de las mujeres habíamos propiciado. Me acerqué a él y le coloqué adecuadamente la camisa, que había oscilado hacia la derecha, provocando que los bordados de hilos de plata y oro le colgaran hacia el hombro.

—No —musité con ternura y le acaricié la mejilla—. Lo que debéis hacer es no alimentar las hogueras que ya arden a vuestro derredor, pues corréis peligro de que las llamas os cerquen y os acaben calcinando.

Una sonrisa de satisfacción inundó su faz.

—Habríais sido una buena reina, doña Mathilde. Veis más allá que muchos de mis hombres y leales consejeros.

—No todo es el intelecto, mi señor. Una buena reina ha de poseer más que esa humilde virtud.

—Entonces permitidme que os diga que… —Sus labios se transformaron en una mueca de aflicción—. Habéis sido una buena alcahueta y una buena servidora. Estoy en deuda con vos.

Negué.

—Solo he cumplido con mi deber. *Auxilium et consilium*. No tengo armas que asir para defender vuestros reinos, pero sí sagacidad que prestaros, si es que estáis dispuesto a escucharme.

Las manos de Sancho rodaron hasta mi fértil vientre. Durante unos segundos aguardó silente, atento a cualquier indicio que delatara que la criatura lo reconocía por su aroma, su voz o su tacto, pese a la barrera que conformaban mi carne y mi piel. Al no percibir nada, elevó la mirada y la fijó en mí.

—¿Podéis jurármelo por Dios, nuestro Señor?

Tuve que tragar saliva antes de efectuar un ligero asentimiento. Un sabor amargo se me instaló en la garganta y un extraño remordimiento me cayó cual piedras en el estómago.

Fue la última vez que Sancho de Castilla preguntó por el vástago que llevaba en mis entrañas.

A partir de entonces, todas las noches encontré un objeto bajo mi lecho. El primero fue una piedra pequeña, de bordes lisos y tonalidad azabache. Al principio pensé que había llegado allí por error, que alguna sirvienta la habría traído en su calzado o algún pajarillo en el pico. Pero la aliaza, cuyo nombre significa «menguamiento del bien», se empleaba para que alguien fuera aborrecido y menospreciado, recibiera malas palabras, la tristeza se apoderase de su espíritu y al dormir lo visitasen sueños espantosos.

Lo siguiente que hallé fue una piedrecilla fría, áspera y liviana, de un color pardo salpicado de gotas bermejas. Decíase que, al acercarla a las carnes, uno amanecía con terribles llagas y males. A continuación, una conocida como nacarat, que se sacaba de minas peligrosas donde apenas había agua y moraban animales ponzoñosos. Era resplandeciente, de un amarillo anaranjado que recordaba al azafrán, y prometía la animadversión de los varones.

Luego descubrí un jaspe, que, cuando Saturno decae y se posiciona frente a Marte, trunca las relaciones de pareja y hace que el hombre malquiera a su esposa. Después un ceminez, que en caldeo quiere decir «llorador», ya que el que lo porta sufre de profunda melancolía y no cesa en el llanto hasta que languidece y perece. También una piedra que no distinguí, pero que convocaba a bestias y alimañas salvajes para que provocaran gran daño a quien

la llevara consigo. El despliegue de guijarros continuó durante semanas, y lo que atribuí a despistados pajaritos empezó a inquietarme, pues ya no lucía una mera casualidad. Ninguna estaba bajo mi jergón por equivocación. Tenían una clara finalidad, solo que en esos instantes ni Pía ni yo lo sabíamos.

De repente, una suerte de ritual apareció bajo mi cama. Se trataba de una piedra que descansaba sobre una alfombra de hojarasca; su color rojo sanguino sobresalía aún más debido al verde grisáceo que la acunaba. Estaba amarrada con una fina soga a unas hebras rubias y el hedor a tierra fresca que despedía impregnaba toda la estancia. Pía se asomó y, al observar lo que allí había, su faz se tornó de la blancura de una vela consumida. Lívida y con un tartamudeo que evidenciaba un pavor que no había experimentado ni cuando anuncié que el espíritu de doña Beatriz de Aguilar se me había manifestado, dijo:

—Mi señora. Esto no es cosa buena. —Se persignó—. Es un sortilegio. Estoy segura de que es un maleficio que busca dañaros a vos o a la criatura. ¡Puede que a ambos!

Estaba en lo cierto. La maldición de los Lara no era lo único que se cernía sobre mí. Las hojas de ese verde gris desvaído eran, sin duda alguna, de tejo, un árbol inmutable, inmortal, que, según las malas lenguas, había pactado con el mismísimo diablo para así crecer en zonas donde otros jamás habrían podido echar raíces y prosperar. Era tan tóxico que su madera se utilizaba para fabricar arcos y flechas, y su mera presencia invocaba a la muerte. A la piedra central se la conocía como «piedra de la sangre» y en posesión de una fémina resultaba letal. La que la llevara consigo no solo padecería el malquerer de un hombre, sino también todo el dolor que este pudiera ocasionarle, incluida la más vil y perversa de las muertes. Los hilos de oro que habían sido amarrados a ella eran mis guedejas, sacadas de la almohada en la que dormía, de las vestiduras que usaba o del peine con el que me cepillaba la melena mi fiel doncella.

Tal y como Pía había predicho, alguien deseaba herirnos a mí y al niño que portaba en el vientre. Pero ¿quién habría de pecar de

tantísima mezquindad? ¿Quién habría de estar tan podrido en su interior y albergar tamaña maldad?

El nombre se conformó en mi mente con celeridad.

Lucía.

La impía criada había buscado mi caída en desgracia desde que yo pisara por primera vez Valdívar. Había envenenado a doña Inés Pérez de Lara para que expulsara a mi séquito de doncellas y a mi intérprete, arrancándome la voz, y me había convertido en la sombra de un espectro tras haber desvalijado mi arcón, violado mi privacidad y destruido mis camisas amarillas. Con el beneplácito de la servidumbre, me había engañado para que colocara en mis aposentos el tapiz que mi esposo había encargado a Beatriz por sus nupcias y me había instado a llevar su limosnero en el banquete en honor a Sancho. Todo ello me había procurado una buena cantidad de disputas con don Pedro, erosionando así nuestro matrimonio.

Por si no fuera suficiente, había presumido de que su querida prima se encargaría de amamantar a mi pequeño, con esa sonrisa triunfal que daban ganas de borrársela de un fuerte bofetón. Su vileza sobrepasaba cualquier límite, su astucia también. No era de extrañar que fuera ella quien, habiéndose percatado de que sus triquiñuelas habían sido inútiles, hubiera recurrido a las artes oscuras y a la magia de las piedras para concluir con su tarea, que no era otra que volverme loca. O, quizá, deshacerse de mí, porque esa piedra sanguina me auguraba la muerte a manos de mi marido.

Puede que el repentino fallecimiento de doña Beatriz de Aguilar, la ausencia de una esposa y la avanzada edad de doña Inés Pérez de Lara le hubieran permitido pasearse por el castillo como si se tratara de la auténtica señora de Valdívar, y, por eso, yo le sobraba. Sin mí, podría seguir manipulando a doña Inés y ocupando un puesto que no le pertenecía. Sin embargo, al compartir mis sospechas con Blanca de Francia y la reina Violante, ambas se miraron y, con recelo y un entendimiento que pocos alcanzábamos a atisbar, pronunciaron: «María de Molina». Ambas creían que era ella la que se cebaba conmigo mediante brujería.

—Detrás de esa máscara de pura inocencia, hay más, mucho más —dijo la princesa viuda—. Y ahora apenas está asomando.

—No os dejéis engañar por su belleza y juventud —me apercibió doña Violante—. A veces, las que parecen no haber cometido una falta en su vida son las peores. Sí, esas que revolotean las pestañas, agachan la mirada con pudor y se sonrojan ante la más mínima palabra. Esas. Esas llevan la perfidia dentro, solo que no la muestran con facilidad, porque son demasiado listas y saben cómo confundirnos a las demás.

—De esas es de las que hay que cuidarse. Asestan la puñalada cuando una menos se la espera.

Doña Violante asintió.

—Todas hemos conocido a una María de Molina y todas hemos tenido una. Hay que librarse pronto de ellas, porque son una mala plaga, peores que las langostas.

—Será temible cuando crezca —comentó Blanca—, ya veréis. No me la quiero ni imaginar si realmente llega a casar con don Sancho y no haya quien ponga coto a su poder.

—Dios nos da lo que merecemos —conminó doña Violante, con semblante pétreo—. Y mi hijo y María de Molina se merecen mutuamente.

La chiquilla estaba enamorada hasta el tuétano de Sancho. Lo seguía con ojos febriles de acá para allá, recorriendo cada rincón en el que este se encontrase, y parecía evidente que, en su frenético intento de llamar su atención, había advertido el interés del infante por mí. Quizá, creyendo que el sentimiento podía tornarse mutuo, y a pesar de mi embarazo, había optado por las únicas armas que estaban a su disposición. En vez de generar un caos cortesano que desmintiera nuestra relación, la dejara en ridículo y le granjeara la animadversión de don Sancho, trataba de apartarme de él mediante hechicería.

Probablemente, solo quisiera asustarme y no provocarme mal alguno. Pero, en cualquier caso, yo, como una necia, había estado apiadándome de ella por su tierna edad y la remembranza de mi hermana Léonie, la había salvaguardado en silencio retrasando su casamiento con el infante y dotándola de años de experiencia, sosiego y libertad, y, a cambio, lo que recibía era una magia

conjurada que propiciaba la lejanía de Sancho y mi devastadora muerte.

32

La lucha de un ejército

Septiembre de 1276

La negativa de Sancho a escindir los reinos y dividirlos entre él y sus pequeños sobrinos había abierto una brecha insalvable en la política interior y exterior. Fueron muchos los que, previendo una guerra, trataron de hacerle entrar en razón y le recordaron cuantísimos monarcas habían optado por repartir el territorio entre sus vástagos. Sin ir más lejos, su abuelo, el rey Jaime I de Aragón, había dictaminado que así debía hacerse tras su fallecimiento, y al rendir el alma aquel tórrido 27 de julio de ese mismo año, su hijo Pedro —desde entonces Pedro III— lo sucedió en el reino de Aragón y Valencia y en los condados catalanes. Su segundogénito, don Jaime —convertido en Jaime II—, hizo lo propio con el reino de Mallorca, los condados del Rosellón y la Cerdeña y los territorios de la zona de Occitania.

Más valían los reinos dentro de una misma dinastía y una paz aparente a que, por la codicia de la corona, unos y otros se mataran y las buenas gentes del pueblo sangraran. Pero ni siquiera el magnífico ejemplo de su bienamado abuelo, a quien él tanto apreciaba y veneraba, hizo tambalear su voluntad. Sancho rechazó el despiece de su herencia.

—¡Los reinos no son una res! —exclamó, airado—. ¡No voy a permitir que nadie los trinche y reparta las jugosas partes entre comensales que, dada su edad, aún están aprendiendo a masticar con esos colmillos falsos que todavía no han ni mudado!

Esas declaraciones terminaron de enardecer a los partidarios de los pequeños infantes, que renunciaron, de una vez por todas, a su señor don Alfonso y a Sancho, ese heredero engreído que llevaría a los reinos a la ruina. Liderados por Juan Núñez de Lara y su hermano, Nuño González de Lara —señor de Estella—, pusieron rumbo al norte para prestar vasallaje al rey de Francia, quien los recibió de buen grado en Angulema y aceptó su lealtad y fidelidad.

A pesar de haber ganado adeptos a su causa y nuevos vasallos, Felipe III seguía preocupado por su hermana y sus sobrinos. Doña Blanca no podía abandonar tierras castellanas y los niños peligraban, aunque estuviesen bien atendidos y protegidos por la esposa de Juan Núñez de Lara, señor de Albarracín. Las garras de Sancho eran alargadas y afiladas; muchos todavía lo culpaban del repentino fallecimiento de su hermano don Fernando y temían que, de dilatarse demasiado la crisis sucesoria, el infante prescindiera de la diplomacia y solventara el problema de forma más efectiva. Por eso, Felipe III envió una nueva embajada con la esperanza de reanudar las conversaciones y frenar cualquier atentado por parte de don Sancho. Mas sabiendo que las relaciones entre ambas Coronas ya se habían fracturado irremediablemente y que la situación se había tensado hasta lo indecible, desplazó su ejército hasta el vizcondado de Bearne.

La guerra llamaba a nuestras puertas.

Para entonces, la corte había quedado bastante más reducida. Después de los homenajes en conmemoración del infante don Sancho y la resolución de las Cortes en Burgos, muchos nobles habían regresado a sus villas y señoríos. Solo los oficiales que llevaban la Casa del Rey, amén de los consejeros y más allegados a don Alfonso, nos mantuvimos a su lado, acompañándole en su exhausta peregrinación hasta Vitoria. El lugar designado para la reunión con la embajada francesa.

Las negociaciones se llevaron a cabo en un convento franciscano. En nombre del rey don Alfonso habló su repostero mayor, don Enrique Pérez de Arana, y al rey de Francia lo representaron el conde de Artois, fray Arnulfo de Vicemala, fray Guillermo de Vilareto, prior de Saint-Giles, y el vizconde de Bearne. Tal y como yo había

sospechado, Gastón VII no había olvidado el desplante a su hija Guillerma de Moncada ni las injurias que Sancho había lanzado contra ella. Así que ahí estaba, fingiendo arbitrar entre dos fuerzas imbatibles y al tiempo alojando en sus tierras a las huestes francesas, a las que estaba deseoso de unirse para entrar, valeroso, en el campo de batalla y cobrarse la cabeza de Sancho.

Octubre de 1276

La barriga creció en el transcurso del implacable verano, lenta e irremediablemente, y para octubre cumplí los cinco meses de gestación. Mientras tanto, los sortilegios bajo mi lecho no cesaron. Cualquier amuleto que atrajera la desgracia ahí estaba, en mis aposentos, esperándome cada noche. En algún momento, dejé de creer que Lucía estuviera involucrada en ello, pues, aunque sus ansias de medrar eran enormes y el control al que sometía a mi suegra, indudable, el amor que María de Molina sentía por Sancho de Castilla era una razón más fuerte y poderosa para recurrir a las malas artes. Por si acaso, ante la insistencia de Pía, doña Violante me consiguió un talismán: una piedra rubí engarzada, que pendía de una cinta de seda bermeja. Con ello, la criatura quedaría guardada de toda calamidad hasta el parto.

Siguiendo las instrucciones de la reina y doña Blanca de Francia, fui retirándome paulatinamente de la vida de Sancho de Castilla. Visité cada vez menos su alcoba hasta el punto en que, al encontrarnos en los pasillos, casi nos tratábamos cual extraños. Lejos quedaron esa familiaridad con la que nos habíamos manejado el uno con el otro en privado, las conversaciones de medianoche, los asuntos políticos que desentrañaba para él y la información que recibía y atesoraba para luego juguetear con ella e intercambiarla por otra más jugosa. Y todo ello lo añoré.

Sancho me concedió el favor personal de nuestro distanciamiento, a pesar de que, al principio, no podía creer que yo tuviera miedo de María de Molina, una jovencita de doce años, habla refinada y

mirada tímida. Le dije entonces lo que me había comentado su madre doña Violante, con las mismas palabras exactas.

—Un hombre puede ser un mal hombre y puede hacernos mucho daño, pero ninguno es ni la mitad de malo que una mala mujer, porque donde vosotros usáis el puño, nosotras usamos los secretos, la estrategia y la inteligencia.

En ese preciso instante, Sancho lo supo: esa niña, que era su tía, estaba prendada de él. Y eso le abría infinidad de posibilidades. De repente podía pactar unas capitulaciones matrimoniales porque, incluso si el padre de esta rehusaba, María de Molina, empachada de un ferviente amor pueril, lucharía con arrojo contra su progenitor para así llegar al altar. Y, habiendo muerto Inocencio V, todavía podía convencer al nuevo pontífice, Juan XXI, para que firmara una dispensa que les permitiera el casamiento.

Así que aceptó mi petición y, antes de que nuestros caminos se bifurcaran, sembró un último beso en mis labios, el más tierno y afectuoso que nunca antes me hubiera dado Sancho de Castilla, hijo mayor y heredero del rey.

—Doña Mathilde —me dijo, con la certeza absoluta de que ahí quedaba nuestra amistad, sepultada bajo capas y capas de mentiras y confesiones incólumes—. Sabed que si en algún momento necesitáis de mí, ahora o en el mañana, solo tenéis que hacer lo que os recomendó vuestra humilde madre. Buscad, que a mí siempre me hallaréis.

Con la distancia mediando entre Sancho y yo, mis tribulaciones oscilaron hacia otros menesteres: la inminente guerra, que a todos nos tenía sometidos a un estado de agitación, y el alumbramiento. Don Pedro calmaba mis ansiedades con respecto a lo primero. Me recordaba que la guerra era asunto de hombres, que yo no había de empuñar armas, y recalcaba, una y otra vez, que mi lealtad era para con don Alfonso. Todavía vigilaba cada uno de mis movimientos y registraba personalmente mi alcoba, no fuera que escondiera misivas que pudieran interferir en el curso de los acontecimientos.

No obstante, por mucho que se deshiciera en besos y arrumacos, no llegaba a entender el temor que me producía el rajarme entera para expulsar una criatura. Para él, esas ideas no eran más que naderías y necedades que me inundaban la mente.

—«Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos» —recitaba lo que Dios anunció a Eva, con despreocupación, minimizando mis inquietudes a simples desvaríos.

Cuando veía que mi gesto se torcía en una mueca de desdén, expulsaba un bufido y terciaba:

—Es algo inherente en la naturaleza femenina. Lo habréis visto más de una vez. En Nailloux teníais canes entrenados para la caza y supongo que alguna perra quedaría preñada y daría una buena camada. Ya veis que hasta los animales saben hacerlo. Las hembras se tiran al suelo y paren, y luego se levantan, se lavan y proceden a cazar para sus cachorros. Por Dios, esposa mía…

—Sí, pero yo no soy una perra que vaya a lamerse después y ponerse en pie —le recriminaba, irritada por aquella desafortunada comparación en la que insistía.

La tierra estaba fecundada de sangre fresca y huesos astillados de niños nonatos, vientres malogrados y madres que flaquearon en el último empujón y se quedaron con las criaturas atrancadas ahí para toda la eternidad. Incomprendida, volqué mis cuitas en doña Blanca y doña Violante, quienes ya habían recorrido aquel sendero de sufrimiento en varias ocasiones. La reina había engendrado a las princesas doña Berenguela, Beatriz, Leonor, Constanza, Isabel y Violante, y a los infantes don Fernando, Sancho, Pedro, Juan y Jaime. Once vástagos, y solo tres de ellos enterrados: Leonor, Fernando de la Cerda y la pequeña Isabel, que no alcanzó ni el año de edad.

Pero no era únicamente esas horas de inmenso dolor lo que me aterraba ni el acecho de Lucía o las atenciones desmesuradas e innecesarias de mi suegra doña Inés, que me perseguía de acá para allá. Tampoco el insomnio que padecería imaginando las desgracias que pudieran ocurrirle a mi hijo ni la incomodidad de una leche que no lo alimentaría, pues toda gran señora que se preciase debía contratar a una nodriza.

Era Beatriz.

Doña Beatriz de Aguilar, porque todo empezaba y terminaba con ella.

El alfa y la omega.

Yo había llenado el hueco que dejara en el corazón de don Pedro de Lara y había ocupado su puesto en el ducado de Valdívar, apropiándome de sus tapices ya olvidados, vistiendo sus ropajes nunca usados e impregnándome de esa fragancia a agua de mayo y podredumbre que exudaba su cadáver demacrado. Me había revestido con su piel, había hecho de su muerte mi desvelo y de su espíritu mi fiel compañero.

Y entonces ¿qué?

Esos ojos tristes y apagados me examinaban con la negra pena y el anhelo de la mujer que lo ha intentado hasta la saciedad y no ha concebido, que ha sido desechada por yerma, hueca e infértil. Y yo me acariciaba la barriga, que ya sobresalía, y le prometía que ese niño sería nuestro. De ambas. Que lo compartiríamos como habíamos compartido marido, título y hogar, lujuria, miedos, rezos, humillaciones, avasallamientos y maldición. Esa horrible maldición que recaía sobre los Lara y que debía proseguir con mi descendencia, a quienes les traspasaría el infortunio del mismo modo que la posible bastardía encubierta, que la deshonra de mi madre, que era la mía y la suya.

—A veces siento el espíritu de Beatriz —dije en voz alta.

Era por la mañana, el cielo encapotado pronosticaba malos augurios y una ligera brisa que olía a llovizna atravesaba las ventanas y saeteras. El verano apenas se había resistido a marchar y el calor se había ido replegando en favor del otoño, que importaba consigo ese tono azafrán que inundaba los paisajes hasta tornarlos una masa infinita similar al oro fundido. Nos hallábamos en los aposentos personales de doña Violante, o más bien en los que le habían prestado allí en Vitoria. Con el éxodo en el que vivíamos de continuo, una ya no sabía lo que era echar raíces en ningún lado.

—Descuidad, querida Mathilde. —La reina me dio unas palmaditas en el reverso de la mano—. Todas las que hemos sido el segundo servicio de mesa hemos experimentado en nuestras carnes esa sensación. Una nunca termina de escapar de la sombra de la primera esposa o de las mujeres que la precedieron en el lecho de su hombre.

—Al menos en eso he tenido suerte —suspiró doña Blanca, ensimismada en su bordado.

Doña Violante posó el suyo sobre su regazo, dando por concluida la labor.

—Fernando y vos os prometisteis desde bien jóvenes, hubiera sido difícil que se dejara ir por donde no le convenía.

—Mas no todo el que se promete con una buena dama acaba casándose con ella —apunté.

—Cierto es —ratificó la reina—. Pero mi hijo Fernando estaba hecho de un material muy distinto al de Sancho.

Asentí. No había tenido la oportunidad de conocer al infante de Castilla, pero su madre y su esposa me habían hablado tanto de él y de unos aspectos tan distintos a los relatados por don Pedro —nada relacionados con deberes y obligaciones, con honor, lealtad y servicios a la Corona— que me resultaba imposible no visualizarlo con cariño.

En su afán por alimentar su memoria, Blanca, que ya había olvidado hasta el timbre de su voz, me había confiado intimidades, como que don Fernando había sido apodado «de la Cerda» debido al lunar piloso con el que había nacido y que uno de sus hijos, el mayor, Alfonsito, lo había heredado en una de las pantorrillas. El de este era una suerte de mancha parduzca que carecía de vellos.

—Fernando estaba hecho de la pureza y la nobleza de la santísima madera con la que se confeccionó la cruz de nuestro Señor. —Doña Violante se persignó y una dulce sonrisa le agrietó los labios—. Sancho, en cambio, está hecho del metal que se extrae de las profundidades de la tierra, el que se trata con fuego y con el que se forjan las hojas de las espadas. El que da la muerte.

A la princesa viuda se le anegaron los ojos de lágrimas. Solo se permitía llorar en la más estricta soledad, cuando nadie podía

observarla y compadecerse de su aflicción perpetua.

—Mi bienamado Fernando… —Sonó estrangulada.

—Siempre tan derecho que no sucumbió a las perversiones de la carne. No como su hermano y su padre —musitó con aspereza la reina.

Al igual que yo, doña Violante, pese a su sangre real y su rancio abolengo, no había sido el primer plato que se había dispuesto frente al rey Alfonso en el banquete que eran la vida y la cama. Antes de ella, con tan solo trece años, el monarca iba a matrimoniar con la princesa Blanca de Champaña, hija del rey de Navarra, Teobaldo I. Sin embargo, los acuerdos no prosperaron.

Su padre, el rey Santo, buscó una nueva candidata y la elegida fue su cuñada Felipa de Ponthieu, hermana de su segunda esposa, Juana de Ponthieu. Para ello, el papa Gregorio IX hubo de emitir una dispensa. Por aquel entonces, don Alfonso estaba ya cerca de cumplir los dieciséis años, pero este enlace tampoco llegó a cuajar.

Con doña Violante no se prometió hasta 1240, cuando él tenía diecinueve años y ella cuatro. Mientras que la niña espigaba y maduraba como la fruta al sol en un inclemente día de primavera, don Alfonso no perdió el tiempo y se dedicó a probar los manjares que el sexo femenino le ofrecía.

Su simiente dio frutos en tres mujeres distintas. Con María Alfonso de León, su tía, tuvo una niña a la que llamaron Berenguela. Con Elvira Rodríguez de Villada, hija del noble leonés Rodrigo Fernández de Villada, engendró a Alfonso Fernández, al que conocían por el Niño. Con Mayor Guillén de Guzmán, hija del ricohombre castellano Guillén Pérez de Guzmán, tuvo a Beatriz.

La relación con esta última no fue precisamente pasajera, y la reina Violante lo sabía. Prueba de ello era que había dictaminado que Beatriz y cualquier otro hijo que concibiese con Mayor Guillén de Guzmán recibieran la villa de Elche con todos sus términos y pertenencias. Aunque luego no hubo más bastardos, a la niña le había demostrado un afecto y devoción que no había prodigado a sus otros vástagos, incluso a los legítimos. Es más, al cabo de cuatro años de casarse con doña Violante, don Alfonso concertó nupcias para su hija consentida con el monarca portugués Alfonso III. Y

desde entonces ahí estaba, ocupando el sitial de reina consorte en el reino vecino de Portugal.

—No creo que haya habido ni un solo año de mi matrimonio en el que mi señor esposo, don Alfonso, no haya caído en la tentación con otras —comentó la reina tras enumerar los muchos amoríos de su marido—. Porque hay, al menos, dos bastardos más. Una tal Urraca y un tal Martín, a los que seguro dejará bien avenidos cuando fallezca.

—Así son los hombres, señora mía… —rezongó Blanca de Francia —. Dicen que las mujeres somos la sede de la lujuria, que estamos sometidas a los deseos y a los pecados más pasionales, y que no tenemos fuerza suficiente para embridar dichas emociones. Y, sin embargo, ahí están ellos, que a cualquier mundaria a la que ven mover los senos se le tiran encima.

Doña Violante resopló.

—Son unos deshonestos.

—Unos embusteros —continuó la princesa viuda.

—Unos libidinosos.

—¡Y unos cínicos y desleales! —participó una de las damas de compañía de la reina, que se hallaba junto a las demás en la cámara contigua.

—¡Unas malas bestias! —gritó otra.

Nos reímos.

—Son hombres —acoté y todas las presentes asintieron.

—En fin, que si alguien sabe sobre batallar contra los espectros de las predecesoras, esa soy yo —me dijo doña Violante—. Y ya veis que, pese a que han sido muchas, continúo invicta, porque lo importante no es la que estuvo antes, sino la que está ahora. La que es legítima, la que es señora.

La reina miró hacia su interior y debió de encontrarse de frente con el pasado, porque los labios se le ensancharon y el brillo de la ilusión resplandeció en sus ojos durante unos efímeros segundos. Ya no pensaba en el don Alfonso avejentado que gruñía ante sus consejos y opiniones, el que trataba de acallarla a base de golpes, el que no cumplía con su palabra escrita. Pensaba en el joven que la

había desposado. El voraz y conquistador Alfonso, que se hacía con las doncellas y con las tierras de los moros.

—A mi esposo se lo recordaba mucho de recién casados —musitó —. Le decía: «De todas las mujeres que han pasado por vuestra vida, la que más os ha amado he sido yo». Y él se reía.

Doña Violante parpadeó un par de veces y despertó del letargo. Sus comisuras descendieron y la expresión volvió a adquirir ese aire taciturno que llevaba implantado con el luto desde hacía tiempo. Extendió el brazo y agarró mi mano con fortaleza y decisión.

—Así que, mi querida Mathilde, no os preocupéis demasiado por la fallecida doña Beatriz de Aguilar, que por muy hermosa y amada que fuera por todos, no pudo darle un hijo a don Pedro de Lara y aquí estáis vos, encinta y lustrosa. Es agradable ver que a una amiga le sonríe la buena fortuna.

No tuve ocasión de responder. Pía invadió la estancia sin apuro ni recato e interrumpió nuestra conversación, sobresaltando a las damas de compañía de la reina. Entró casi al trote, jadeando, con las orillas de las faldas arremangadas y las mejillas arreboladas a causa del esfuerzo. Mas, debajo de esos colores, subyacía una tonalidad cenicienta que tenía más que ver con el susto que con la urgencia con la que traía el mensaje. No era un buen signo, aunque eso ya lo habían presagiado los nubarrones que habían acaparado el cielo matutino y descargado una fina lluvia por toda Vitoria.

—Mi señora —resolló. Medio doblada, se sujetaba el flanco izquierdo del torso—. Ha llegado un emisario directo desde Valdívar. Dice que han hallado el cuerpo de doña Beatriz de Aguilar.

Ahí estaba, como si la hubiéramos convocado, y eso que nunca se había ido, siempre había estado a mi lado, silente, curiosa. Beatriz.

Ya no haría falta que rastrilláramos nuevamente los cultivos y rebuscáramos entre la foresta, pues el mismísimo bosque, sabedor de que no le pertenecía, había escupido su cadáver corrupto y mordisqueado.

Al fin, la habían encontrado.

CUARTA PARTE

No matarás.

Éxodo, 20,13

33

Polvo eres y al polvo volverás

A Beatriz la habían encontrado unos buenos hombres en las siniestras y recónditas entrañas del bosque de Valdívar. Habían ido a recoger leña, antes de que el frío glacial del invierno se les echara encima y los sorprendiera sin troncos ni ramajes con los que encender el lar, cuando tropezaron con un hedor nauseabundo que les provocó arcadas. Ni el olor de los frondosos árboles ni la humedad de las lluvias que habían removido la tierra y la habían convertido en pequeños lodazales logró eclipsar ese tufo a cadáver en descomposición. Olfateando, siguieron el rastro como quien sigue las huellas de una fiera a la que abatir, y así dieron con ella.

La reconocieron de inmediato, pese a que los tres años habían mellado el cuerpo, dejándolo en unas condiciones que le habrían levantado el estómago a cualquiera. A Beatriz le faltaba el brazo derecho, que alguna alimaña le había serrado con sus afilados dientes; los ropajes, antaño refulgentes por la urdimbre de oro y plata, no eran más que harapos, jirones de tela que se adherían a una piel que se desprendía poco a poco de los huesos calcáreos. El perfume a agua de mayo había sido sustituido por el de sus propios efluvios y el de la hojarasca que la acunaba. La salvaje naturaleza se había apiadado de ella y le había compuesto una mullida cama en la que reposar, hasta que la siguiente bestia llegara para rapiñar la carne deshilachada que aún quedaba.

La imagen resultaba lamentable y tétrica, pero las gentes del común son fuertes, recias, tienen un ánimo inquebrantable. No se amilanan ni se dejan intimidar por la dureza de la muerte, pues

batallan constantemente contra ella, le ganan la partida en su terreno, el más cruel: el de las enfermedades implacables, el de la demoledora hambruna. Así pues, al ser un pequeño grupo de tres hombres, dos se quedaron custodiando el penoso cadáver y el otro, junto con su hijo de seis años, se dirigió hacia el castillo para dar noticia de lo ocurrido.

Aun en nuestra ausencia, el castillo de los Lara había quedado bien avenido. El responsable de la hacienda se hizo cargo de la situación y mandó dos misivas urgentes: una a Vitoria, para su señor don Pedro; la otra para don Enrique de Aguilar, el hermano mayor de doña Beatriz. El recibimiento de la nueva fue como si hubieran anunciado que las huestes francesas, lideradas por Felipe III, habían abandonado el vizcondado de Bearne y se disponían a marchar contra los reinos de Castilla y León. El peso de aquella desgracia nos aplastó a todos, cimentando un ambiente fúnebre e irrespirable.

Mi marido ordenó que se recogieran nuestras pertenencias con la mayor presteza y que se ensillaran los caballos. Con el beneplácito de nuestro señor don Alfonso, retornamos a Valdívar. Durante el largo viaje, no cesó en sus reproches, que tenían como único objetivo martirizarse a sí mismo.

—Debí haberos mandado a Valdívar en cuanto culminaron los festejos de don Sancho —mascullaba—. Así ahora habría alguien de la familia, alguien más allá de sirvientes y criados, para cuidar a doña Beatriz —suspiraba, con la culpa royéndole por dentro.

Lo suyo era un lamento a perpetuidad. Quizá porque no había podido cumplir con lo prometido al padre de doña Beatriz de Aguilar, que salvaguardaría a su hija en vida, y en esos instantes, paladeaba otra vez la derrota, pues tampoco había podido salvaguardarla en la muerte. Ahí, en las profundidades del bosque, había yacido durante años, al igual que una ofrenda olvidada por los peregrinos y el santo. Había vuelto a fallar.

Yo tampoco dejé de pensar en Beatriz durante aquel interminable camino. En el carruaje viajamos su espectro, Pía, mi suegra, la ingrata de Lucía y yo, sumidas en un silencio sepulcral que denotaba que nuestras mentes estaban más allá de los parajes que vislumbrábamos a través de los ventanucos con cortinas. Estaban en

Valdívar, en el verdor de la foresta que había dado cobijo a Beatriz y en la tumba de piedra vacía que se había cerrado a cal y canto sin que nadie la habitara, solo para otorgar paz a una madre que había perdido la cordura y a un padre desesperado. Me pregunté si la maldición de los Lara no habría también salpicado a los Aguilar debido al entronque familiar, si la tragedia de Beatriz no habría manchado para siempre el árbol de su linaje, que a partir de entonces habría de sufrir desconcertantes tormentos y un amor imposible que pasaría de generación en generación.

Para cuando llegamos a nuestro hogar, su cuerpo ajado ya había sido trasladado a la que fuera su alcoba, que se encontraba en el segundo piso del otro extremo del castillo, en el ala este. Mi marido, que ni siquiera esperó a que las mujeres descendiéramos del carruaje, descabalgó en el patio de armas y se lanzó directo a los aposentos que tan bien conocía. Hice el amago de seguirle, pero doña Inés Pérez de Lara me atrapó de la muñeca y me detuvo. Se le habían cubierto los ojos de una capa neblinosa, similar a una mortaja blanquecina recién tejida.

—Dejadle. Concededle unas horas para que desahogue su dolor y se remiende el alma —me aconsejó—. Ahora mismo es como si, por malas artes, doña Beatriz nos hubiera sido devuelta solo para arrancárnosla de nuestro lado otra vez.

Asentí. Mi marido debía transitar por el sendero de la pérdida una vez más. Debía subir ahí y comprobar que esa mujer que estaba tumbada en el lecho, que él había visitado cada noche, era su fallecida esposa. Debía desprenderse de la incredulidad con la que Tomás increpó a Jesús tras su resurrección, para así no hundir el dedo en las llagas podridas y en los huecos que quedaban entre sus costillas.

—No creo que nuestro señor don Pedro tarde demasiado. —Lucía miraba hacia arriba, a las ventanas de los aposentos personales de doña Beatriz, que justo daban al patio. Arrugó la nariz—. El olor debe ser insoportable.

Pese a su ceguera, doña Inés también había vuelto el rostro hacia el ala este del castillo. Durante un par de minutos, allí nos quedamos las cuatro, con los cuellos estirados y las barbillas elevadas al cielo,

escudriñando en la distancia y observando la figura masculina que se dibujaba en la ventana y que distinguimos como don Pedro de Lara. El espíritu errante seguía a mi lado, con las pupilas fijas en la misma dirección.

—Luego iremos nosotras y veremos en qué condiciones está —concluyó mi suegra.

No supe si se refería a su hijo o al cadáver de doña Beatriz de Aguilar.

Don Pedro se encerró en la alcoba durante horas y horas, a pesar del hedor repugnante que ninguna criada había logrado aplacar con ungüentos, cataplasmas e incensarios. Lloró a doña Beatriz hasta que la noche se le echó encima, la garganta se le enrojeció, las cuerdas vocales se le lijaron y su voz empezó a brotar raspada y arenosa. Se quedó sin lágrimas, y eso que él creía que ya había gastado todas las que pertenecían a Beatriz. Pero no. El sufrimiento es un mar en el que desembocan infinitos cauces y cualquiera de ellos revienta.

No fue hasta el día siguiente que nosotras penetramos en la estancia, cuando mi marido se había retirado a descansar.

—Quizá sea mejor que os ahorremos este disgusto ahora que estáis encinta —dijo mi suegra ya en la puerta—. No es conveniente que os alteréis, eso podría afectar a mi pequeño Alonso. —Me tocó la barriga con una caricia maternal.

En las últimas semanas, doña Inés había iniciado un proceso de acoso y derribo. Su intención era persuadirme de que la criatura se llamara Alonso, igual que su difunto marido, don Alonso González de Lara, duque de Valdívar. Don Pedro estaba de acuerdo, para él era un honor que el niño llevara el nombre de su excelso progenitor. Para mí, sin embargo, ese nombre estaba mancillado por las mentiras y el adulterio de mi suegro, por el niño nonato, por los cotilleos cortesanos que habían herido a doña Inés y por su pública humillación. No llegaba a entender —y nunca lo haría— el motivo por el que ella quería rescatar la memoria de un esposo que la había sometido a tamaños desprecios. Mas, para no crear desavenencias en el seno familiar, preferí dejar que pensaran que el niño se

bautizaría así. Cuando llegara el momento de dar a luz, entonces, y solo entonces, viéndole la carita, decidiría cómo llamarlo.

—La visión es espeluznante —nos previnieron las criadas antes de entrar.

Una de ellas agachó la cabeza y, mientras se santiguaba, musitó una muda plegaria.

—Las señoras pueden prescindir de este disgusto si así lo desean. Nosotras nos… —Le costaba hablar—. Nosotras nos encargaremos de doña Beatriz de Aguilar hasta que se le dé cristiana sepultura. No es menester que pasen por este tormento.

—De ningún modo —terció mi suegra—. ¿Cómo vamos a dejar a Beatriz ahí sola, sin compañía alguna, sin nadie que la vele?

—Nosotras nos turnaremos para velarla, mi señora.

Doña Inés parecía horrorizada ante aquella sugerencia.

—Definitivamente, no. Soy la madre que le queda en este mundo y como tal actuaré —sentenció.

Ambas rechazamos el tierno ofrecimiento. Doña Inés Pérez de Lara, porque, por mucho que abogara por su infinita piedad y el amor maternofilial, en realidad, se negaba a eludir sus deberes de duquesa y señora del hogar, aunque ni ese título ni esas cargas le pertenecían desde hacía mucho. Yo, porque me sentía inmune ya a todo lo que estuviera ligado a Beatriz y su desdicha. Estaba bien curtida. Llevaba tiempo conviviendo con su fantasma, que se había deteriorado a medida que habían transcurrido los meses, adoptando un aspecto demacrado que habría infundido pesadillas a cualquiera. La había contemplado verter lágrimas efímeras y hervir de ira, pese a que su rostro se mantenía inalterable y solo sus ojos, de la negrura de un escarabajo, la traicionaban.

¿Era tan aterrador como decían las sirvientas? ¿Tan espeluznante y angustioso como para arrancarme el aliento de cuajo?

Desde luego que sí.

Al encontrarme a Beatriz sobre la cama, envidié la incapacidad de ver de mi suegra, a quien no se le grabaría en la memoria esa imagen desoladora. Comprendí la magnitud del llanto de mi marido y la necesidad apremiante con la que nos habían hecho regresar.

Beatriz era mitad carne y mitad huesos.

Yacía sobre la superficie mullida del colchón, encima de una exquisita ropa de cama hecha de la mejor seda y abrigada con mantas de grueso pelo. Sus manos no reposaban sobre el regazo, como lo habrían hecho las de una gran dama, porque solo disponía de una extremidad, cuya carne se había ido desprendiendo para que los huesos níveos, que recordaban al crudo invierno, hicieran acto de presencia.

Las vestiduras las había desgarrado algún animal, que, famélico, había metido las fauces en el torso y había dejado únicamente la carcasa, igual que un pollo cocinado. Por fortuna, la piel del rostro aún no se había pelado por completo; reseca y arrugada, exhibía un tono marrón oscuro similar al del cuero envejecido. Aunque en la zona de los pómulos había empezado a desintegrarse, descubriendo así un tejido blando en descomposición.

Los cabellos, otrora abundantes y lustrosos, se le habían caído por mechones, así que se le vislumbraba la curvatura desnuda de la cabeza. Los ojos, hundidos y encharcados, y la boca, de labios agrietados, aún preservaban un conato de su expresión de sufrimiento y miedo al exhalar el último aliento. Su efigie era sobrecogedora, espeluznante.

Los trapos que cubrían su anatomía eran los resquicios de la vestimenta con la que se me aparecía su fantasma. Todavía se apreciaban en ellos los hilos entorchados de plata y oro y unas cerdas que correspondían a las pieles de marta cibelina. Sin embargo, faltaban los pendientes y el colgante de rubíes, lo que significaba que, o los hombres se los habían llevado como pago por sus buenos servicios, o se habían enredado en los colmillos de alguna de las alimañas que la habían vaciado.

Ese pensamiento me avivó las lágrimas que a duras penas lograba retener. Cuantísima injusticia. Cuantísimo ensañamiento de la vida y la naturaleza contra una mujer buena y honrada. ¿Qué había hecho ella para merecer un final tan despiadado, inhumano y cruento? Ningún pecado debía pagarse así de caro. Aunque, si incluso el santísimo Job, hombre de gran rectitud y fe, fue puesto a prueba por Dios, ¿por qué no ella, que estaba casada con un Lara y maldita hasta el tuétano?

Me quedé mirando aquel cuerpo desvalido durante un rato, atrapada a la par que repugnada. Y es que incluso fallecida, Beatriz desprendía un misticismo que habría convertido en creyentes a decenas de miles de infieles. Si la expusieran en una urna de cristal y oro, habrían tenido sus huesos por reliquias.

Su fantasma se posicionó a mi diestra y contempló con un rictus pétreo la carcasa en la que había habitado durante años.

Desde que encontraran a Beatriz, el sabor dulzón me inundaba la boca, me rebosaba, nada de lo que ingería diezmaba ese regusto a miel derretida, y el sonido de abejas zumbando en torno a su espectro se había agudizado. Hasta entonces no había reparado en que no eran abejas, como siempre había supuesto, sino esas molestas moscas que acuden al festín de la carne abandonada. De la suya.

De nuevo, me arrasaron las ganas de tomar de la mano y consolar a aquella alma en pena, como cuando don Sancho me poseyó por primera vez y vi la amargura del momento reflejada en sus ojos. Quería decirle que yo la cuidaría, que yo procuraría que Dios le abriera las puertas del cielo, porque nadie más que ella se lo merecía. Pero, en su lugar, guardé silencio. Para cuando alargué los dedos con un estudiado disimulo, volví a rozar el aire frío y viciado de los aposentos. Un nudo me constriñó la garganta.

—¿No está vestida? —La voz de doña Inés Pérez de Lara me trajo de vuelta a la difícil realidad.

Chasqueé la lengua, buscando unos segundos que me permitieran recomponerme.

—No, señora mía. Creo que porta el mismo atuendo del día en que desapareció.

Doña Inés hizo un sonido de desagrado y se masajeó el puente de la nariz. Estaba devastada.

—Dios bendito —murmuró, después de que Lucía, que se había quedado muda, le describiera lo que sus ojos no veían.

Cuadré los hombros, alcé el mentón y, fingiendo una seguridad más propia de doña Anne de Albret que mía, me giré para dar instrucciones a la servidumbre.

—Llamen a un físico, a una comadrona, a una plañidera o a quien sea menester, pero quiero a doña Beatriz de Aguilar aseada y cosida de arriba abajo. Pónganle uno de sus mejores ropajes y perfúmenla.

—Ya lo hemos hecho —rebatió una de las criadas.

—Pues lo hacen nuevamente, porque está cuajada de manchas de barro y arañazos. Me perfuman a la fallecida duquesa de Valdívar, que Dios nos la tenga en su gloria. —Me persigné—. Y me la engalanan con alhajas, así tenga yo que sacar las mías y cedérselas para que la entierren con ellas.

Mi suegra se había tapado la nariz con un pañuelo y escondía el rostro para evadir la pestilencia que exudaba el cadáver y que había impregnado cada rincón de la estancia, cada objeto que allí había. Los ricos tapices de escenas de amor cortés, los contenedores de vidrio con perfumes en su interior, las arquetas de plata repujada y hasta a nosotras.

—Con este destrozo poco vamos a poder hacer… —se lamentó doña Inés—. Una pena. Si no la hubieran devorado esas bestias del bosque podríamos haberla adecentado adecuadamente.

Una arcada de Pía la interrumpió. La pobre estaba cetrina y se había aferrado a una bacinilla, con la intención de que su vómito no se extendiera sobre la alfombra y aromatizara todavía más aquel ambiente de fetidez casi ácida.

—Y eso que entra aire por las ventanas —comentó Lucía, que también había adquirido un tono macilento y trataba de contener las náuseas para así asistir a su señora.

Pero es que no había ser humano, más allá del doblegado por el sufrimiento de la pérdida, que pudiera estar encerrado entre esas cuatro paredes más de una hora.

—¿Cuándo se estima que lleguen los Aguilar? —pregunté una vez que salimos de aquellos tétricos aposentos.

—En unos días, mi señora —respondió otra criada.

—Bien. —Asentí, frotándome las manos con inquietud—. No les permitan la entrada a esta estancia.

—¿A los Aguilar? —preguntó, confundida.

—Ni a los Aguilar ni a nuestro señor don Pedro, mi marido, así se le raje la boca llorando.

—¡¿Pero qué decís?! —exclamó mi suegra con una mezcla de indignación y sorpresa—. No podéis prohibirle al señor de esta casa entrar donde le plazca.

—Digo que doña Beatriz merece descansar y el llanto de los vivos no le va a dejar hacerlo. Permitamos que repose junto a Dios de una vez por todas, que esa mujer ya ha tenido suficiente. Y si a alguien no le agrada esta orden que mana directamente de mí, señora de esta casa —insistí con firmeza en esas últimas palabras, dejando clara mi soberanía en aquel lugar—, que venga a hablar conmigo. Ya sea don Enrique, don Juan de Aguilar o mi propio marido, estas puertas están cerradas.

Las criadas cabecearon, enmudecidas, y ni doña Inés Pérez de Lara ni su fervorosa Lucía osaron contradecirme.

Nadie más volvería a perturbar el cadáver de doña Beatriz mientras yo estuviera para evitarlo.

Aquello no fue un problema para mi esposo, que, aturdido por la desaparición y muerte que había de revivir, no volvió a asomarse a esa alcoba. Tanto se camufló en el luto que durante unas noches omití los consejos de la partera y le hice un hueco en mi lecho para así tratar de aportarle un poco de sosiego. Mas, al final, el insomnio, el terror y la aflicción lo llevaban a preguntarme, constantemente, si lo amaba y cuánto lo amaba. Mi respuesta siempre era la misma: «Os amo. Os amo muchísimo, con todo mi corazón». Entonces se postraba de rodillas y me hacía jurarle que jamás lo dejaría, que jamás lo abandonaría a su suerte. Casi parecía que en cualquier momento diría: «Como Beatriz». Pero nunca lo hizo. Aún no era capaz de pronunciar su nombre, se le enredaba en la lengua.

Para los Aguilar, que llegaron un par de jornadas después de nosotros, pues se habían trasladado desde el señorío de Monturque, en zona fronteriza, sí que supuso una gran decepción el veto que yo había implantado.

—¡Abrid la puerta u os juro por Dios que lo haré yo a patadas!

Los gritos de don Juan de Aguilar resonaban por todo el castillo. Desde cualquier salón se oían esas voces atronadoras que clamaban por el cuerpo corrupto de doña Beatriz, así que no hizo falta que nadie viniera a avisarme, aunque, desde luego, lo hicieron. La criada que estaba vigilante en la puerta de la alcoba había sido amenazada y un par de hombres del servicio habían tenido que salir en su auxilio.

Rauda, acudí al ala este, con Pía y el espíritu errante de Beatriz pisándome los talones. Detrás, iban mi suegra y Lucía, con las que había estado bordando sábanas para la cuna de mi criatura. Al llegar, descubrí una escena que rayaba en la usual disputa de taberna de mala fama en la que se congregan los infelices a jugar a juegos de azar y ahogar sus desgracias en vino barato y senos generosos. Don Juan de Aguilar se le echaba encima a una de las sirvientas, que, amedrentada, se cubría con los brazos mientras intentaba mantener intacta su negativa. Otras mujeres la abrazaban y un par de criados se habían lanzado a contenerlo a él, no fuera que cumpliera con sus amenazas y realmente hiciera trizas a la doncella.

Cuando me vieron aparecer, don Juan se deshizo de los hombres que lo retenían, incluido su hermano mayor. Y, tras un par de aspavientos, se alisó los ropajes arrugados por la reyerta.

—Mi señora doña Mathilde, decidle a vuestra criada que se aparte o me la llevo por delante.

Los observé durante unos segundos en absoluto silencio y luego observé a las criadas, derrotadas. Las piernas les habían flaqueado y habían caído rendidas al suelo, hechas un amasijo de brazos, faldas, mandiles y lloros.

—Mi señora —gimoteaban, sonándose la nariz—. Lo lamentamos tantísimo, mi señora.

Podía entender el sufrimiento y la impotencia que debían sentir los Aguilar al encontrarse con las puertas cerradas y a su difunta hermana ahí dentro, lejos de su alcance, pero no podía perdonar que atacasen a las buenas gentes que estaban bajo mi servicio y mi protección. Volví a clavar la mirada en ellos, coloqué las manos entrelazadas sobre mi abultado vientre y me armé de paciencia y fuerza.

—Mi señor don Juan de Aguilar, os pido expresamente que os templéis, moderéis vuestro lenguaje y evitéis las amenazas a mi servicio. Ese no es el comportamiento de un gran señor.

Don Enrique de Aguilar, el primogénito, dio un paso al frente y se disculpó por los pésimos modales de su hermano.

—Solo queremos ver a nuestra hermana, mi señora. Os ruego que nos dejéis entrar en los aposentos para así despedirnos de ella. Sé que vos, que sois una mujer decente y piadosa, entenderéis nuestro dolor —dijo con la mano en el pecho, signo de buena fe.

—Lo entiendo. Y siento vuestro dolor como si fuera mío.

—Pero no es vuestro —escupió don Juan con esa rabia feroz de la que un día me habló Sancho de Castilla.

Esbocé una cordial sonrisa y no dejé que su oprobio me desestabilizara.

—Por desgracia, no puedo permitiros el paso. Creedme, hemos hecho todo lo posible para dejar a doña Beatriz con un aspecto más…

Los miré a los ojos, idénticos a los de ella, grandes y negros por su linaje portugués. Los de don Enrique se habían anegado y estaban a punto de desbordarse; los de don Juan eran ascuas al rojo vivo, lucían febriles, frenéticos, inyectados en sangre. Aquello explicaba muy bien el carácter de ambos. Mientras que uno había asimilado la pérdida y había optado por la aceptación y abrazado la mansedumbre frente a las adversidades a las que Dios nos somete, el otro todavía guerreaba en una lucha que hacía tiempo que estaba abocada al fracaso. Fue entonces cuando reparé en lo mucho que se asemejaban los tres hermanos. Era como coger a Beatriz y cortarle la cabellera hasta los hombros, pintarle barba con las cenizas del lar y enfundarla en ropajes masculinos.

Desvié la mirada unos segundos hacia su espíritu y pensé que le habría ido mucho mejor de haber nacido varón. No se habría casado con don Pedro de Lara y no habría quedado maldita para toda la eternidad. Me sacudí esos traicioneros pensamientos y proseguí:

—Hemos intentado dotarla de un mejor aspecto, pero ha sido imposible. Quedaos con la imagen que tenéis de ella, sonriente y exultante, atesoradla. Será mejor que la recordéis así, mis señores.

—Mi señora… —suplicó don Enrique, con el rostro congestionado.

No creo que nunca hubiera adoptado esa posición tan humillante ante nadie, salvando a nuestro señor don Alfonso y al infante don Sancho, del que eran profundamente partidarios.

—Os hago un favor —atajé—. Si yo fuera la que estuviera ahí dentro, os aseguro que querría que a mis hermanas también las detuvieran en la puerta y no las dejaran verme.

La negativa exaltó la cólera de don Juan, que, con los puños cerrados, exclamó:

—¡Maldita seáis, extranjera!

—Esto es una vergüenza… —murmuró doña Inés Pérez de Lara, que, posicionada a mis espaldas, oía el alboroto e imaginaba aquel deleznable teatrillo gracias a los comentarios de su fiel Lucía, que la agarraba de las manos.

Don Juan no dudó en arremeter contra ella.

—Y vos sois… ¡Sois una mala mujer, una asquerosa bruja! Y ya sabéis lo que reza el Éxodo: «A la hechicera no dejarás que viva». Arderéis en el infierno. Vuestra crueldad no conoce límites. Estáis podrida por dentro.

Mi suegra reculó, consciente de las terribles acusaciones que acababan de verterse contra ella. Y yo, enardecida, la cubrí con mi cuerpo para enfrentarme a él.

—¡Mi señor don Juan de Aguilar, esta es mi casa y os he permitido entrar por deferencia a vuestra hermana, que en paz descanse! ¡Y pese a la negativa de mi marido, que ha salido para no tener que cruzarse con vos y vuestro hermano! Así que no os atreváis, ni por un segundo, a desestimar mi hospitalidad y agraviar a mi suegra. Si no sabéis mostrar respeto, podéis iros por donde habéis venido.

Un esputo, cargado de desprecio, impactó en mis pies.

—Así tenéis que ser, que ni siquiera me dejáis lavar el cadáver de mi hermana con mis propias lágrimas.

Me acerqué a él, endureciendo las facciones y ocultando el terror que me había anidado en el estómago.

—Porque ya lo han lavado las de mi marido —siseé—. Pero si aún os quedan muchas por verter, paseaos por nuestras tierras y regadnos los campos.

Don Enrique agarró a su hermano por los hombros y lo empujó para que enfilara el pasillo y se distanciara de los aposentos personales de Beatriz. Con un gesto, los invité a abandonar el castillo y, al pasar por mi lado, don Juan de Aguilar me lanzó una mirada abrasadora y espetó:

—Tan mezquina como un Lara.

El insulto me atravesó el pecho.

—¡O peor! —me gritó a medida que don Enrique se lo llevaba—. ¡Sois peor! ¡Peor que un Lara! ¡Peor que esa vieja bruja de doña Inés Pérez de Lara!

Tuve que mirar al fantasma de Beatriz y cerciorarme de que había hecho lo correcto. Su semblante, pálido y mudo, parecía indicarme que sí a través de esa mueca de labios estirados que trataban de componer una sonrisa de agradecimiento.

34

Donde habitan los muertos

A Beatriz la lavaron con paños húmedos, rociados de agua de rosas, aunque ya no había nadie que pudiera borrar el rastro de la muerte de su cuerpo corroído. La vistieron con exquisitos ropajes, los mejores que encontraron en sus arcones, en los que aún había prendas que no se habían apolillado. Y a juego con su lustroso atuendo de hilos de oro y plata, cedí un par de anillos de oro, un colgante y unos pendientes de zafiro, para así engalanarla.

—No os deshagáis de esas joyas —me pidió doña Inés Pérez de Lara—. No es menester. Doña Beatriz tenía muchísimas alhajas guardadas, puede ser enterrada con cualquiera de ellas.

—Yo me quedo con su bienamado esposo, creo que es de justicia que ella se quede con algo mío.

Mi suegra aceptó mi voluntad con una sonrisa tirante y dulcificada en los labios. Lo hizo a pesar de que los zafiros eran herencia de los Lara, un regalo que don Pedro me había hecho con motivo de mi inserción en la familia. Incluso así, sin mediar palabra alguna, yo sabía lo que pensaba. Que era un desperdicio encerrar esas joyas en un sepulcro para que se desabrillantaran con los restos óseos de Beatriz y se olvidaran para siempre entre los retales de su mortaja, cuando podían llevarlas mis futuras hijas o la mujer del niño que cargaba en mi vientre.

Pero a mí me parecía que el hecho de que esas piedras hubieran pasado de generación en generación entre los Lara hacía todavía más necesario que Beatriz las portara en su funeral. Ellos la habían

maldito. ¿Qué menos que entregarle un par de zafiros como compensación por el funesto porvenir al que la habían abocado?

Con el cadáver ya ataviado, se la introdujo en un ataúd de madera forrado de ricas telas, en el que reposaba sobre tres cojines de plumas. Después se la trasladó al convento de las clarisas de Valdívar, del que se había convertido en benefactora desde que casara con don Pedro de Lara. Allí le esperaba el sepulcro de fría piedra que siempre debió ocupar.

Al contrario que en su primer funeral, celebrado hacía dos años y medio, no hubo cortejo compuesto por deudos y vasallos que hicieran grandes lloros, se mesaran los cabellos y se arañaran la cara. No acudieron plañideras, clérigos del más alto rango, familias nobiliarias de rancio abolengo ni miembros de la familia real en consideración al duque y su tragedia. Tampoco hubo trompetas o bocinas que se hicieran eco del dolor y convocaran a las buenas gentes de Valdívar. No hubo lienzos oscuros que decoraran la capilla ni blasones de los Aguilar y los Lara más allá de la tela con la que se había cubierto el ataúd de madera y que el sepulcro había devorado.

Nada fastuoso evidenciaba que una mujer de alta alcurnia estaba siendo inhumada. Don Pedro había exigido que prescindiéramos de todo aquello, del mismo modo que yo había decidido cerrar las puertas de los aposentos de doña Beatriz, librándola así de los gritos y aullidos de las mujeres y de sus endechas y cánticos mortuorios. Los hermanos Aguilar estuvieron de acuerdo. Ninguno parecía querer perderse de nuevo entre los ritos fúnebres que ya habían vivido y estaban destinados a repetir.

Por tanto, vestidos de negro hiedra y enlutados hasta el calzado, nos limitamos a un llanto silencioso, a base de lágrimas saladas e hipidos de contención. El espíritu de Beatriz, instalado a mi diestra, observó imperturbable, con un gesto adusto, el discurrir de la ceremonia y el oficio religioso que se dio en su honor. Tras este, dotamos a las monjas de una generosa suma de dinero para que hicieran misas en su nombre y la tuvieran en sus plegarias. Finalmente, dejamos el cuerpo de Beatriz con las buenas hermanas de la Orden de Santa Clara, quienes serían, a partir de entonces, su única compañía.

—He dispuesto ya mi equipaje —me susurró mi marido al oído—. Me marcho directamente a Vitoria.

—¿Tan pronto?

Aún no habíamos abandonado el convento y él, con los ojos enrojecidos por el duelo y la escasez de sueño, ya estaba pensando en ensillar el caballo y partir rumbo al norte, donde la corte todavía estaba asentada.

—Nuestro señor don Alfonso me pidió que regresara a Vitoria en cuanto doña Beatriz descansara en paz. Aún estamos negociando con el rey francés, tenemos a las huestes en el vizcondado de Bearne y una amenaza de guerra pendiendo sobre nuestras cabezas, además de a don Sancho haciendo estúpidas exigencias… —Se frotó el rostro, angustiado—. He de prestar mis servicios al rey, esposa mía.

Me preocupaban su cansancio, su languidez y su ánima atormentada. Quería acercarlo a mí, abrazarlo y rodearlo con las piernas, como antaño, y sugerirle que se quedara conmigo en el lecho, allí donde yo pudiera mantenerlo a salvo, en esa pequeña y reflectante burbuja de amor. Pero el tiempo de los arrumacos y la eterna felicidad se había esfumado, y don Pedro de Lara nunca le había negado nada a su señor don Alfonso, a quien servía con gran diligencia. Así que me guardé los consejos de esposa y pregunté:

—¿No me lleváis con vos?

Ya sabía la respuesta.

—Os dejo aquí, a cargo del hogar y las tierras, liderando el ducado.

Me agarró de la barbilla y me obligó a alzar el rostro. Nuestras miradas se encontraron y él sembró un tierno beso en mi despejada frente.

—Regresaré a casa antes de que la criatura nazca, ya lo veréis. —Posó una mano sobre mi oronda barriga y sonrió con esa boca ancha y esos labios sajados por la cicatriz—. Solucionaremos esto con presteza. Mi hijo no verá una guerra y vos no tendréis que volver a despediros de mí. Nos solazaremos en la tranquilidad del lar y la familia.

Asentí, consciente de que esa promesa era un acto de fe al que ambos nos acogíamos y al que la maldición poco o nada le importaría. Estábamos marcados por el infortunio. Le di un beso en el reverso de la mano y lo dejé marchar, mientras yo me quedaba en el claustro del convento, rodeada de arcos y un patio ajardinado coloreado de tonos ocres. El silencio que allí reinaba era inquietante, tan solo paliado por el zumbido de los moscardones que revoloteaban en torno al espectro de Beatriz.

La observé durante unos segundos, a la espera de que los contornos de su etéreo cuerpo se difuminaran y ella desapareciera, o de que sus pies levitaran y ella traspasara las nubes esponjosas y grises de ese día que había amanecido taciturno. Pero nada sucedió.

Había pensado que, quizá, después del hallazgo de su cadáver, del entierro y las pertinentes oraciones, su alma atormentada hallaría una pizca de paz y ascendería al reino de los cielos, pues bien ganado se lo tenía. Sin embargo, Beatriz seguía ahí, atravesándome con esas dos pupilas azabaches que escondían miles de secretos.

¿Es que nunca podría entrar en la morada del descanso eterno? ¿Es que jamás podría desligarse de mí? ¿Habríamos de compartir una vida juntas hasta que me llegara la hora de fenecer? Y entonces ¿qué? ¿Me recibiría a mí Dios o me quedaría con ella en el mundo de los vivos, en esa linde que es tierra de nadie, lugar de tránsito, algo peor que el infierno y el purgatorio?

—Se os ve muy cómoda en vuestro nuevo hogar.

La voz de don Juan de Aguilar me sobresaltó.

Estudié mi alrededor con inquietud. Había sido de lo más complicado lograr que mi esposo y los Aguilar consintieran en permanecer en un mismo lugar sin echar mano a las armas, y no quería que, de repente, don Pedro de Lara advirtiera el peligroso acercamiento que don Juan estaba llevando a cabo y la jornada culminara con otro muerto al que enterrar.

Miré hacia atrás y vi a doña Inés Pérez de Lara y una pequeña cohorte de sus doncellas y sirvientas conversando con las clarisas; Pía estaba entre ellas, admirando a las monjas. Al fondo, en la capilla, divisé a don Enrique de Aguilar, quien aún no había reunido fuerzas para apartarse de la tumba de la difunta Beatriz.

—Decidme, ¿cómo se siente dormir en el lecho de mi hermana, vestirse con sus ropajes y usar sus fragancias? —La mordacidad con la que hablaba no dejaba dudas sobre sus ansias de conflicto.

—Ya os dije que lamento profundamente vuestra pérdida, mi señor.

—¿Lo lamentáis? —Soltó una carcajada preñada de desprecio—. La muerte de mi hermana os ha concedido un marido.

—Os equivocáis volcando vuestras frustraciones en mí. No he sido yo quien ha decidido llevarse a doña Beatriz, sino Dios. —Lancé una mirada al cielo gris de la mañana—. Dirigid las quejas al Altísimo, cuestionad sus designios.

—No creo que Dios quisiera arrancárnosla tan pronto y tampoco creo que haya sido Él quien lo haya hecho.

Sus insinuaciones no eran nada veladas. De todos era bien sabido que don Juan de Aguilar culpaba a mi marido de la desaparición y muerte de Beatriz.

Me habría quedado allí, en mitad del claustro, a explicarle que lo más probable es que su hermana hubiera salido a cabalgar por el bosque cuando la noche la sorprendió y ella se despistó. Que, perdida, habría dado vueltas de un lado a otro, internándose cada vez más en las entrañas ignotas de la foresta, hiriéndose el rostro y las manos con los ramajes, en un intento desesperado de escapar y hallar el camino de regreso. Que se habría rendido y habría buscado refugio en alguna cueva, cerca de donde la encontraron, y que allí, acurrucada, habría fallecido de hambre y frío hasta que las bestias la olieron y fueron a darse un festín con su carne. Mas hacerlo habría sido inútil.

Juan de Aguilar había transformado el ardor de la rabia en una emoción infinitamente más peligrosa, la gélida ira que te congela las vísceras y hace que todo lo que brote de la boca sean dardos envenenados. Daba igual cuánto tratara de convencerlo de que mi esposo era inocente y que había amado y llorado a Beatriz con fervor. En el fondo, para él era mucho más sencillo señalar a un hombre como causante de su desdicha que a Dios todopoderoso. Al primero, podía golpearlo hasta aliviarse, odiarlo, hacerle rendir cuentas. Al segundo, no.

Apiadándome de él, me acerqué y tomé una de sus manos.

—Sé que el dolor habla por vos y que no hay nada que yo pueda decir o hacer para consolaros, mi señor don Juan de Aguilar. Pero, por si os reconforta, vuestra hermana fue una gran duquesa y una gran mujer, aún es querida en todo Valdívar y nadie la olvida.

Bufó y se apartó, rompiendo así el contacto entre nosotros.

—Permitidme que lo dude. Don Pedro ha tardado bien poco en sustituirla. Y ¿dónde está ahora? —Fingió buscarlo con la mirada—. ¿Es que acaso ha salido corriendo con su caballo a otra parte?

No podía reprocharle su enfado. Una vez más, el duque de Valdívar había antepuesto la política a sus deudos.

—¿Tenéis hermanas? —me preguntó, a pesar de que yo ya las había mencionado unos días antes, en nuestro primer y desafortunado encuentro.

—Dos.

—¿Hermanas de sangre?

—De la sangre de mi padre, lo que nos hace igualmente hermanas —espeté.

—Entonces deberíais comprenderme. ¿No irías vos a escupirle a la cara a la mujer que se ha quedado con la vida de vuestra amada hermana y que ni siquiera os ha dejado verla antes de encerrarla en un sepulcro para siempre?

—Yo no me he quedado con nada de Beatriz —gruñí, dando un paso hacia delante. Me negaba a que también me culpara del fallecimiento de su hermana.

Él resopló y se frotó la perfecta y recortada barba. La risa le brotaba de entre los dientes, siseante.

—Supongo que vivís más cómoda en la mentira y el engaño que ayudáis a perpetrar. ¿Ya ha comenzado don Pedro de Lara a dejaros en suspenso?

—¿Qué insinuáis?

La sonrisa macabra que se le dibujó en el rostro me despertó unos angustiosos nervios.

—No os dejéis vencer ahora por la cobardía, mi señor don Juan —arremetí, embridando la furia—. Si habéis osado venir hasta aquí

para insultarnos a mí y a mi suegra y calumniar a mi marido, hacedlo a la cara y luego marchaos.

—Solo me preguntaba si el duque de Valdívar os está sometiendo al mismo tormento que a mi hermana.

Entonces empezó a rondarme cual predador, atento a mis reacciones por si alguna me delataba, mientras decía:

—Al rechazo. Al silencio. A la extrema obediencia. A la soledad. Al olvido. Al abandono.

Una avalancha de malos recuerdos me sepultó. Don Pedro ocultando sus sentimientos. Don Pedro alejándome de la política de la corte, recluyéndome en el castillo de los Lara, abandonándome en Valdívar a merced de su madre y sus viles criadas. Don Pedro furibundo a causa de los tapices, del limosnero, de las cartas enviadas a Francia. Receloso de mi inteligencia, de mi influencia. Amenazándome con volver a enclaustrarme entre cuatro paredes, acusándome de necia, de caprichosa, de consentida y vanidosa. Prohibiéndome cabalgar. Levantándome la mano. Agarrándome con fuerza del brazo. Empujándome al suelo.

—Mi esposo no es capaz de tales desplantes —mentí, con el orgullo herido y una de chispa de indignación prendiéndome en el pecho.

Don Juan de Aguilar rompió en una brutal carcajada que hizo que me estremeciera. En aquella batalla campal, librada con palabras astutas y cortantes, mi enemigo me había vencido. Solo me quedaba simular entereza.

—Os perdono las viles falacias que habéis vertido sobre todos nosotros, aunque no hayan sido precisamente baladíes. Cualquiera con el corazón despedazado se habría dejado llevar por los impulsos más decadentes.

Entonces fue él quien dio un paso al frente, restando la distancia que nos separaba. Alzó el dedo índice y me dijo:

—No digáis que no os lo he advertido, doña Mathilde. El diablo también fue un ángel antes de traicionar a Dios, el más hermoso de todos. Os estáis cuidando del equivocado.

35

El castigo de Eva

Dos días después, despaché a la prima de Lucía con un simple ademán. Era una mujer redonda, con las mejillas picadas de viruela y unos pechos enormes que habrían podido amamantar a una camada entera. Se le notaban los estragos de la prole en la piel, cuarteada y sin brillo, en los brazos flácidos y llenos de estrías, en la papada y el cansancio que le ensombrecía la mirada. Venía con el último de los críos colgado del brazo, agarrado a su pezón marrón. No se mostró altiva ni proclive a la insumisión o la rebeldía. Al contrario, era respetuosa, agachaba la cabeza a menudo y a todo decía: «Sí, mi señora». Hablaba raro incluso para mí, que no había perdido el acento francés, pero eso se debía a que era directa y sencilla, y algunas palabras le costaba pronunciarlas. Mi suegra denominaba eso el encanto del pueblo llano.

—No —dije, una vez que la mujer se hubo marchado.

—¡¿No?! —gritó Lucía, indignada por el rechazo.

—¡¿No?! —repitió doña Inés Pérez de Lara, atónita—. Pero si es una buenísima mujer, hija mía, y viene con la mejor de las referencias. Es alguien de confianza.

—He dicho que no. Este niño es mío. —Me acaricié la tripa—. Soy yo quien va a parirlo y soy yo quien va a elegir a la mujer que lo amamante, a la que sea su aya y a los hombres que sean sus preceptores.

Lucía, encendida de pura indignación, colocó los brazos en jarras y compuso una mueca de aborrecimiento. Negaba una y otra vez, incapaz de creer que no hubiera aceptado a su prima como nodriza.

Más cuando su señora, doña Inés, prácticamente le había prometido el puesto. ¿Cómo osaba yo contradecirla? Mi suegra se levantó de su asiento y vino hacia mí, con esa armonía y ese sosiego que siempre desprendía.

—Hija mía, entiendo que el embarazo es una etapa de gran dificultad. Todas hemos pasado por esos momentos en que nos sentimos confusas y tenemos los nervios enraizados y las emociones alteradas dirigiendo nuestras decisiones. —Me agarró de las manos y me dio un par de palmaditas, como corrigiéndome con cariño—. Por eso mismo, habéis de descansar, cuidaros y escucharnos a las demás, que todo lo que hacemos es en vuestro beneficio y el del niño.

Más que un consejo era una súplica. «Dejadme ayudaros», me rogaban sus manos sobre las mías, sus ojos ciegos.

—Lo haré. Os escucharé, señora mía. Vos sabéis mejor que yo qué es lo que me conviene y qué es lo que necesita una madre.

Las expresiones de ambas mujeres cambiaron. Doña Inés volvió a palmearme, complacida por mi concesión, y Lucía perfiló una de esas medias sonrisas suyas que destilaban soberbia. Sentía que se había proclamado con la victoria una vez más y ya estaba arremangándose los bajos de las faldas para ir corriendo en busca de su prima y anunciarle que había sido contratada.

—Pero esa mujer no va a ser la nodriza de mi hijo —concluí—. Yo tengo la última palabra en todo lo que respecta a él y a este hogar, que para eso soy la duquesa de Valdívar y la señora de esta casa.

Doña Inés lanzó un hondo suspiro, similar al de la madre exhausta que ya no posee fuerzas para bregar con sus díscolos vástagos. Yo le lancé una última mirada de advertencia a Lucía, que asía con fiereza la orilla de su mandil, desquitándose con él. Hervía de rabia.

—Mi respuesta sigue siendo no.

En el otro extremo del salón, Pía me observaba con una deslumbrante sonrisa, rebosante de orgullo. La mujer francesa con la que se había encontrado al entrar a mi servicio distaba mucho de la que, en esos instantes, tenía delante.

Mi estancia en la corte me había moldeado. El trato continuo con la reina doña Violante y doña Blanca de Francia me había enseñado

a imponer mi voluntad frente a los demás, a reclamar el poder que me pertenecía y a ostentarlo con legitimidad, compasión y firmeza. Así que, desde mi regreso a Valdívar, me erigía como lo que era, la señora de ese hogar, y me hacía cargo de mis muchos deberes.

Así pues, con don Pedro de Lara en Vitoria y conmigo liderando la hacienda, se impuso una nueva rutina. La servidumbre mantuvo sus habituales quehaceres mientras nosotras, las mujeres, acudíamos a misa y nos ocupábamos de los preparativos para la llegada de mi hijo.

Doña Inés, pese a constatar que el poder que había ejercido hasta entonces con puño de hierro se le escurría de entre los dedos, aceptó gratamente su nueva situación. «Lo haréis muy bien —me dijo—. Sois una gran mujer, un cúmulo de virtudes. El ducado está en buenas manos y yo quedo en paz. Ahora puedo retirarme y ocuparme de lo realmente importante: cuidaros a vos y al pequeño Alonso. Eso es lo que hacen las abuelas, a eso se las relega».

Secundó cada una de mis decisiones. Desde la elección de los servicios de mesa hasta la administración del patrimonio, en el que me advertía prudencia. Bajo su cálido amparo, las revoltosas criadas que antes habían supuesto un desafío, instigadas por Lucía y su irreverente comportamiento, en quien habían hallado un precedente para la descortesía, se convirtieron en mujeres obedientes y resueltas que faenaban con diligencia y, sobre todo, me reconocían como su señora.

Obsesionada con su primer nieto, doña Inés cumplió con su promesa y se entregó en cuerpo y alma a sus tareas de abuela. Mandó desempolvar los hermosos y diminutos ropajes de sus hijos, los juguetes, las pequeñas alhajas, la cuna y todo lo que se hubiera guardado en arcones y otras estancias después de que los niños espigaran y se hicieran púberes. Insistió en que Alonsito llevara las vestiduras de su padre en el bautizo, y a la planificación de los festejos del nacimiento, se sumaron los del primer sacramento.

Preocupada por mi estado, le recomendó a Pía que me diera friegas en los pies con aceite de almendras para evitar que se me hincharan, que me masajeara las lumbares para calmarme los dolores de espalda, que me bañara en agua perfumada con

manzanilla para desfatigarme, y con malva para hidratarme. La instó a que me colocara en la cama un buen almohadón para dormir de costado, pues bocarriba me sería imposible, ya que el niño me aplastaría los órganos. También me recordó eso de comer alimentos grasos para mejorar su crecimiento. «Alonsito debe heredar el vigor de su padre», solía decir.

Prevenidas por ella, las cocineras me colmaban de antojos y me llenaban el buche, y por las noches, tras la cena, me traían una tisana. La misma que mi suegra había tomado durante sus embarazos y que, según su antigua comadrona, facilitaba el parto. Estaba hecha a base de comino y menta silvestre, terebinto, culantrillo, jazmín y no sé cuántas hierbas más, que hervidas adquirían un sabor repugnante que me dejaba el estómago revuelto las horas siguientes.

Doña Inés rompía a reír con las expresiones de asco que me procuraban cada sorbo.

—Nadie dijo que parir fuera sencillo, ¿verdad? Es nauseabunda pero efectiva, ya veréis. Merece la pena. Cualquier sacrificio que se realice por un hijo lo merece, incluso el más duro y pernicioso de todos.

Y al notar que apuraba la infusión a buches, me recriminaba con dulzura.

—No seáis ansiosa y tomáosla con calma, que las prisas no son buenas para los embarazos. En realidad, las prisas no son buenas en ninguna circunstancia.

Entre jornadas repletas de obligaciones y la comodidad que me ofertaban las mujeres en el castillo, llegó el mes de noviembre. Todo parecía discurrir con aparente normalidad hasta que una buena noche Dios decidió que el castigo de Eva había de visitarme.

3 de noviembre de 1276

Lo que me despertó en el conticinio fue un dolor que no había experimentado nunca antes. Un dolor infernal, irreal e irracional, un

dolor inhumano que dudaba que nadie pudiera llegar a soportar o siquiera imaginar. Me nacía en el bajo vientre, me punzaba el recto y se extendía por mi columna, vértebra a vértebra, hasta agarrotarme por completo. Era como si me hubieran ensartado una espada al rojo vivo en el interior y me abrasara las entrañas hasta calcinármelas.

Aturdida por las implacables oleadas de padecimiento y aún somnolienta por el sueño del que acababan de arrancarme, me coloqué de costado en el lecho y me abracé a mí misma, acunando la abultada barriga. Traté de volver a dormir, pues la oscuridad todavía lo cubría todo con su manto y solo un hachazo de luz de la luna entraba a raudales en mis aposentos.

Pero el dolor empezó a escalar y los últimos retazos de descanso se tornaron una angustiosa vigilia. Chorreones de sudor me caían por el rostro, humedeciéndome el cabello, perlándome la piel. Con una mano me apretaba la zona en la que se ramificaba esa sensación de ardor, con la otra aprisionaba las sábanas con fuerza y dejaba en ellas la impronta de mis uñas y de la salvaje violencia que me atravesaba el cuerpo. Deseé arrancarme los órganos con mis propias garras solo para gozar de unos instantes de calma.

Recordé las horribles descripciones que las damas de la corte habían compartido de sus partos, algunos muy similares a los de mi hermana Aurore, y comparé mis síntomas con ellos. Desde luego, coincidían. Me pregunté si no habría llegado el momento de que la comadrona me pusiera de cuclillas y me forzara a empujar. Me acaricié la piel tirante del vientre, pensando en mi pequeño. Todavía era pronto para el alumbramiento. Estaba de unos escasos seis meses y la barriga no había crecido lo suficiente. El niño no podía estar preparado para salir al exterior, a ese mundo cruel y hostil.

Cerré los ojos e invoqué a la Virgen para que nos guardara, pero las plegarias se me escapaban con la celeridad de los jadeos. Intenté pedir auxilio, gritar el nombre de Pía o el de cualquiera que pudiera escucharme, mas nada me brotaba de la garganta, solo un leve gemido lastimero, similar al maullido de un gatito indefenso. Parpadeé y miré a Beatriz, cuya figura quedaba coronada por un halo plateado de luna.

—Haced algo —dibujé con mis labios un mudo ruego.

Pero ella poco podía hacer. Me contemplaba con la pena inscrita en los ojos, con la culpa de quien desea tenderte la mano que le han amputado. Estaba sola en ese duro trance, al igual que ella había estado sola cuando exhaló el último suspiro en esa inmunda y glacial caverna.

Me retorcí de dolor, me encogí, me tensé y me mordí los labios para contener el aullido agónico que me arañaba por dentro y pugnaba por emerger. Unas lágrimas se me escaparon, confundiéndose con las gotas de sudor que me salpicaban la cara. Entonces, de repente, cuando creí que el mundo estallaría en un fuego implacable que lo consumiría todo, las incesantes brasas que ardían dentro de mí se extinguieron para dejar lo que se me antojaba un extraño remanso de paz. Suspiré aliviada y di gracias a Dios y a la Virgen.

Durante unos instantes, no me atreví ni a respirar, temerosa de que, ante el más mínimo movimiento, el infierno en el que casi había perecido regresara. Sin embargo, fue mayor el miedo a sufrirlo otra vez sin una mano amiga que me sostuviera. Así que aproveché esos minutos para despegarme del jergón y ponerme en pie. Tenía la camisa chorreando y el cabello pegado a la espalda en gruesas hebras. Parecía que me habían arrojado un balde de agua o me habían sacado del río. Con pasos trémulos, avancé hasta un mueble cercano e, insegura, me aferré a una de sus esquinas; con la otra mano seguía agarrándome el bajo vientre. No quería dejar de hacerlo. Presionar sobre la zona afectada aliviaba, aunque muy parcamente, aquella suerte de incomodidad, que era los rescoldos de un terrorífico martirio.

—¡Pía! ¡Pía!

Algo empezó a temblar en mis profundidades, a ronronear, y la voz se me quebró en el último grito. Era el preludio de la tormenta que estaba a punto de desatarse nuevamente. El miedo se transformó en certeza y la certeza en llanto. No tuve tiempo para cuestionarme si estaba de parto, pues enseguida llegó otra vez esa sensación, la de un acero ardiendo perforándome, ensañándose conmigo, hurgando en mis suaves carnes abiertas. Mis rodillas

cedieron y, poco a poco, fui deslizándome hacia el suelo alfombrado. Tras un duro esfuerzo, logré reposar la espalda contra el mueble y contraer las piernas.

—¡Pía! —volví a gemir, entumecida por los calambres que me recorrían de arriba abajo y los estertores a causa de los sollozos.

Un terror primitivo me paralizó por completo al notar cómo una humedad reptaba por entre mis muslos, sigilosa, inquietante. Parecía orín, aunque más denso, más espeso. Miré hacia abajo y vi la camisa teñirse de un tono bermellón oscuro. El pánico me inundó. El hálito se me cortó de cuajo.

—¡No! ¡No! —gimoteé asustada, abriéndome de piernas—. No.

Mojé los dedos en la sangre fresca solo para comprobar que lo que brotaba de mi sexo era ferroso y rojo y marrón y líquido pero pegajoso.

—No. No me hagas esto. No me hagas esto. No me hagas esto.

Hablaba con el pequeño Alonso. No con Dios o la Virgen o los santos o la mismísima Beatriz, que, a unos pasos de mí, presenciaba una escena que habría desgajado cualquier corazón.

—No me hagas esto —le supliqué a mi niño—. Quédate dentro. Quédate dentro.

Tenía que hacerlo. El pequeño Alonso tenía que agarrarse a mis entrañas. Esperar. Alimentarse de mis huesos y mis vísceras. Crecer. Madurar. No podía desprenderse de mí como si fuera una fruta inservible, condenada a pudrirse bajo los pies del árbol.

Enloquecida, frenética, con la mente trastornada y la supervivencia latiéndome bajo la fina piel, me puse de rodillas y con las dos manos empecé a recoger la sangre que escupía mi cuerpo. Recogí sangre y más sangre, hasta llenar los cazos que hacían mis palmas, y me la inserté con los dedos. Y así una y otra vez, sin éxito alguno. El líquido siempre se deslizaba hacia fuera, junto con más sangre nueva, fresca, brillante, y unos coágulos viscosos que se asemejaban a diminutos renacuajos.

Lloré hasta descomponerme, hasta fragmentarme en miles de pedazos de aristas afiladas y cortantes, y me arranqué del cuello el amuleto de protección que me había regalado la reina doña Violante, porque nada puede competir contra Dios.

Y Dios había decidido castigarme con la mayor de las pérdidas por haber incurrido en el delito de adulterio, por haber engañado a mi marido con un hijo que probablemente no fuera suyo, por haber traído la vergüenza a aquel ilustre hogar. Por haber sido una mala mujer, una mentirosa, una infiel, una impía. El pecado que había cometido merecía un escarmiento de proporciones bíblicas. Yo ya no pariría con dolor. Porque ya no habría nada que parir.

Me acurruqué en el suelo, aletargada por el sufrimiento, sucumbiendo a los estertores de los sollozos y a los aguijonazos invisibles. Me enrollé la camisa entre las piernas, como si así pudiera taponar la herida que había en mi interior, detener ese río de aguas bravas y rojas, retener a mi hijo, a pesar de los designios divinos, de la cruenta naturaleza.

—Quédate dentro —murmuré en un llanto desgarrador—. Por favor, quédate dentro, pequeño. Quédate dentro. No me hagas esto. Quédate dentro.

La marea granza fue extendiéndose, vaciándome. Expulsé un agonizante y salvaje gruñido que resonó en mis aposentos privados y, un instante después, los oídos se me embotaron, ensordecidos por el usual zumbido de moscardones del espíritu errante de Beatriz. La boca me supo al amargor de las tisanas de doña Inés y la visión se me nubló, todo mutó a un color grisáceo, negruzco. Comencé a fundirme con el olvido.

Lo último que alcancé a ver fueron los pies descalzos de Pía corriendo hacia mí al grito de «¡Mi señora!» y el charco de sangre que bañaba las orillas de los ropajes de Beatriz y que era idéntico al mío.

Entonces lo supe.

Doña Beatriz de Aguilar había muerto en el bosque con un niño atravesado en el vientre.

36

El precio de la sangre

Durante los días siguientes habité un lugar desconocido, el de la bruma. Un paraje cubierto por una espesa capa gris que recuerda a esas mañanas frías de invierno en las que es imposible distinguir el horizonte. Allí me encontraba a menudo con Beatriz, lo que me hacía pensar que, en realidad, estaba muerta y que había ido a parar a donde ella. A tierra de nadie, a una linde desconocida, a medio camino entre el glorioso cielo, el terrorífico infierno y el desquiciante purgatorio.

Deambulábamos juntas y descalzas, dejábamos un reguero bermellón a nuestro paso. Ella, con los rubíes deslustrados colgándole del cuello y las orejas, vestida con los hermosos ropajes de hilos entorchados de oro y plata y la piel de marta cibelina con los que desapareció aquel fatídico día. Yo, con la camisa de noche manchada de sangre y el cabello trigueño mojado. No hablábamos. No podíamos. Teníamos los labios zurcidos y la lengua pegada al paladar. Solo dábamos largas caminatas con los dedos entrelazados y la mirada fija en ninguna parte.

A veces, sin previo aviso, algo me arrancaba de allí y me devolvía al mundo real. Al abrir los pesados párpados, vislumbraba los rostros preocupados de Pía y doña Inés Pérez de Lara, ambas acodadas en mi lecho, expectantes a mi despertar. En esos momentos, sus muecas de agobio se transformaban en sinceras sonrisas de alivio y profundos suspiros. Pía corría a incorporarme sobre los almohadones, haciendo uso de toda su fuerza, pues mi cuerpo

desmadejado se escurría con facilidad, mientras doña Inés me acercaba una tisana.

—Vamos, hija mía, bebed ahora que estáis consciente —me instaba, posándome la infusión en los labios resecos por la fiebre—. Un poquito aunque sea.

Me dolía todo y casi no podía moverme. Sentía un fuerte aguijonazo en las extremidades y un resquemor profundo abrirse paso en mi vientre magullado. Bajo las sábanas húmedas por el exceso de sudor, atisbaba un ligero abultamiento, aunque ya no era igual que antes. Me había deshinchado, y el monte de tersa piel había mutado en una flacidez vergonzosa, en un canasto de tripas.

—Por favor, hija mía. Solo un poquito.

Las palabras me llegaban lejanas, como si, a pesar de estar despierta, todavía siguiera sumida en un terrible sopor. De repente, la visión se me difuminaba y creaba rasgos grotescos en esas caras conocidas que no terminaba de discernir si eran reales o fruto de la fiebre, que me provocaba extrañas pesadillas.

—Mi señora, hacedlo por nosotras —me rogaba Pía, que me asía de la mano—. Hacedlo por nuestro señor don Pedro.

Y yo, con los ojos casi vueltos, trataba de sorber el líquido hirviendo que me bajaba por la garganta y me la abrasaba. Para, seguidamente, desaparecer entre la niebla.

Fueron jornadas enteras de viajar entre dos espacios distintos, separados por la frágil balanza de la vida y la muerte, que no se decidía hacia qué lado inclinarse. A mí no me quedaba más que aguardar junto a mi buena amiga Beatriz a que Dios me eligiera o me repudiara, como había hecho con ella. En ese paraje ignoto, presa del desconcierto, me preguntaba si la maldición de los Lara no nos habría engullido y escupido. Si no nos habría destinado a compartir la peor de las suertes: observarnos la una a la otra en un estado absoluto de degradación, conscientes de que no pudimos remediar nuestra muerte.

Instalada en el margen derecho de mi cama, Pía velaba mis sueños y desvelos. Controlaba la temperatura besándome la frente y remojaba los lienzos en agua fresca para colocármelos en la cabeza y así templarme. Rezaba por mí ante la talla de la Virgen y el Niño, y

cuando mi tez se tornaba aún más macilenta y me sobrevenían unos estertores inquietos, me aferraba con fuerza y susurraba:

—Luchad, mi señora, luchad. Este mundo ya es demasiado horrible como para que vos no estéis en él. Luchad.

Su voz dulce y cándida me arrullaba.

El físico me visitaba cada día para comprobar mi recuperación, lenta y dolorosa. Decía que la pérdida de mi pequeño me había vaciado entera, me había desgarrado por dentro y dejado inútil, hueca. Una laguna de sangre como la que había manado de mis entrañas solo era posible si algo en el embarazo iba terriblemente mal, había sufrido una caída aparatosa o ingerido algo peligroso. Según él, por mucho que la voluntad fuese férrea, de esto una no siempre se sobreponía, pues el cuerpo femenino era débil. Doña Inés Pérez de Lara desestimaba su opinión con una indignación lacerante.

—Débil… —refunfuñaba en voz alta—. Débil… Me gustaría verlo a él parir a una ristra de niños o expulsar los restos de una criatura muerta mientras se desangra. ¡Ja! El cuerpo de la mujer es débil. Qué estupidez. El cuerpo de la mujer es una fortaleza reventada a base de puerperios y no en vano nos recuperamos cual jabatas.

Ni mi suegra ni mi leal Pía se dejaron vencer por la apatía del físico, de cuyos servicios prescindieron. En su lugar, abrigaron la esperanza hasta el último momento y batallaron por ellas y por mí, día y noche.

Incapaz de separarse de mi lado y a pesar de sus muchos achaques, doña Inés se apostó a mi izquierda y desde allí hizo guardia. En algunos ratos de lucidez, creía verla bordar retales, orar en silencio y narrarme la infancia de mi marido con una sonrisa de añoranza. En otros, besarme el cabello, darme de comer y administrarme píldoras, ungüentos e infusiones.

—Un sorbito más, hija mía. Un sorbo pequeñito —decía siempre con esa bondad intrínseca en ella—. Vamos, hija mía.

—Vamos, mi señora. Vamos. Un sorbito y os dejamos reposar de nuevo —suplicaba Pía.

Incluso si no lograba regresar a la realidad, doña Inés me vertía aquel líquido asqueroso en los labios, religiosamente y con extremo

cuidado, procurando que no me atragantara para, a continuación, limpiarme la boca con la manga de su camisa. Pero entonces, en la soledad de mi alcoba, cuando Pía se había retirado para atender cualquier otra tarea o se había rendido al cansancio, con la oscuridad cerniéndose sobre ella, la sentía acariciarme las guedejas y bisbisear:

—Dormid, maldita bastarda. Dormid, que las llamas del infierno os están esperando.

Entre la bruma me llegaban retazos de maldiciones y palabras susurradas al oído que destilaban un odio inmenso. Debían de ser alucinaciones propias de la fiebre, de la encarnizada guerra que libraba mi cuerpo contra la infección que se había apoderado de mí desde que perdiera al niño.

—Bebed un poquito más, mi pequeña bastarda. Un poquito más y podréis iros con la barragana de doña Beatriz a arder en el infierno.

Siempre era la misma voz. Su voz melosa, teñida de una furia enconada.

—Sois más resistente de lo que cualquiera habría imaginado. Pensé que el engendro que portabais dentro ya se os habría llevado, pero supongo que ni para moriros servís.

Poco a poco, los gestos de amor que aparentemente me prodigaba empezaron a ir acompañados por hostiles vituperios y, al final, en la intimidad de mis aposentos y sin nadie que lo advirtiera, el cariño se convirtió en ademanes bruscos y pendencieros. Doña Inés me peinaba la melena con fuertes tirones y me arropaba hasta la barbilla cuando la fiebre descendía, de manera que yo me empapaba en chorrones de sudor.

—Ay, bastarda mentirosa… Que creíais que podríais engañarnos a todos y criar a ese niño en nuestro hogar. No sé qué le ocurre a mi bienamado hijo, que, cuando toma esposa, siempre es una sucia concubina que se dedica a retozar con quien sea y a quedarse encinta.

En las contadas ocasiones en que despertaba, intentaba enfocar su rostro ajado y buscar en él rastros de inquina. Trataba así de encajar el amor maternal y las caricias de doña Inés Pérez de Lara con esa crueldad infame que me llegaba de su parte desde el otro

lado. Mas no lo conseguía. Todo lo que veía era una mancha difuminada y negra que se alzaba ante mí y hablaba con su suavidad y cadencia.

—Vamos, bebed, bebed un poquito de esta tisana. Ya veréis que pronto acaba vuestro sufrimiento.

Enajenada y medio inconsciente, dejaba caer mi cabeza hacia atrás y tragaba y tragaba la infusión de sabor amargo, con el cuerpo pesado amoldándose al lecho y la mente confundida.

—Sabía yo que esa cara de inocente no era más que una máscara bajo la que ocultabais vuestras abominables faltas. Diría que es un consuelo que no os hayáis embarazado de vuestro hermano, como doña Beatriz de Aguilar, pero quizá haya sido de un vulgar mozo de cuadras y no sé qué es peor… Al menos ella se vendía caro.

Cada vez me resultaba más difícil retornar a esa alcoba oscura y cada vez más vagaba junto al espíritu de Beatriz por ese páramo de gelidez y niebla, pues la infusión me conducía a un estado de letargo infinito, restándome momentos de claridad.

—Mirad lo que me obligáis a hacer —decía mientras me introducía el líquido por el gaznate—. Pero ya os lo avisé, ¿verdad? Que cualquier sacrificio, incluso el más pernicioso de todos, merece la pena para una madre. Ay, doña Mathilde, habéis de pagar por vuestros terribles pecados. Este es el precio de la sangre.

10 de noviembre de 1276

Para cuando desperté, habían transcurrido siete largos días desde mi aborto. Aunque, desde luego, yo no lo sabía, pues había perdido la noción del tiempo, del espacio y hasta del yo. En realidad, ni siquiera desperté; fue uno de esos breves instantes en los que despegaba los párpados y me encontraba de nuevo allí, rodeada por una marea de rostros crispados.

Lo primero que atisbé fue la menuda efigie de Pía, que resplandecía a la luz del sol del mediodía al igual que una santa ungida. A su lado estaba el espíritu de Beatriz, observándome como

semanas atrás yo me había asomado a contemplar su cadáver. Una brizna de esperanza brotó en mi frágil pecho al distinguirlas entre las sombras y, del mismo modo que brotó, se esfumó en cuanto reparé en doña Inés. Sentada a mi izquierda, mi suegra sostenía con firmeza una copa de plata.

—Tomad, hija mía. Bebed. —De nuevo, su voz había adoptado ese timbre dulcificado que invitaba a la más absoluta confianza.

Me acercó la copa a los labios y la inclinó con suavidad. El líquido no llegó a mi garganta, pues su amargo aroma me abofeteó, trayendo consigo el eco de las injurias nocturnas. «Maldita bastarda». «Bastarda mentirosa». «Barragana». Los insultos fueron emergiendo y los recuerdos se agruparon en mi abotargada memoria.

No lo había soñado.

Era real.

Me fijé en los ojos ciegos de doña Inés, en esa fina sonrisa que me erizaba el vello de la nuca y, de repente, un miedo incandescente me consumió por completo. Haciendo acopio de mis escasas fuerzas, cerré la boca y me removí; la infusión me chorreó por las comisuras y me empapó la camisa y las sábanas.

—Vamos, mi señora —me rogó Pía, que me sostenía entre sus brazos—. Habéis de tomaros la tisana que os han prescrito.

Molesta por mi inusual desobediencia, doña Inés chasqueó la lengua.

—Hija mía, solo un buchito para que así podáis descansar.

Negué y me retorcí, tratando de ocultar mi rostro en el sucio mandil de Pía. Su amabilidad impostada no lograría eclipsar los oprobios que había ido dedicándome a cuentagotas ni el maltrato ejercido durante mi convalecencia. Me acordaba. Me acordaba de la ponzoña que había escupido, de los tirones de cabello, del deseo de enterrarme en lo más profundo del infierno junto a Beatriz. Me acordaba de las acusaciones que había lanzado, de cómo había arrastrado nuestra honra por el lodo. Me acordaba de todo, hasta de las viles palabras que había reservado para mi hijo, al que había denominado engendro. Y eso era lo que más me dolía, lo que más me enervaba.

—Quizá debamos llamar a la comadrona, mi señora, y que le recete otro fármaco —sugirió Pía—. No parece que haya mejorado nada con este. Al revés, la pobre mía cada vez está peor. —Posó sus labios sobre mi frente—. Si es que está hirviendo de fiebre…

—Hemos de ser pacientes y confiar en Dios, nuestro Señor —insistió doña Inés—. Sujetadla bien, que tiene que tomarse la tisana.

Mi suegra me inmovilizó el cuello con una mano mientras con la otra me aproximaba la copa. El pavor brilló en mis ojos turbados y en las pupilas carbonizadas de Beatriz, y ante la amenaza inminente, la supervivencia me azotó. Con un repentino espasmo, asesté un manotazo a la copa de plata, cuyo contenido se vertió sobre la cama y buena parte de las vestimentas de doña Inés, que soltó un alarido debido al ardiente líquido. Sus gritos traspasaron los muros de mi alcoba y alertaron a Lucía, quien apareció enseguida para socorrerla junto con un grupo de criadas. Entre todas, se la llevaron a sus aposentos personales para retirarle los ropajes y evaluar la posible quemadura, que muy probablemente requeriría de algún linimento.

Fue entonces cuando clavé mi esquiva y borrosa mirada en Pía y susurré:

—Veneno.

En su semblante se dibujó la incomprensión.

—¿Qué?

—Veneno —repetí y señalé la copa.

—Ay, mi señora… —se lamentó, con las lágrimas ya aflorando—. Esto es cosa de la fiebre.

Negué con la cabeza.

—Ha sido ella —conseguí articular.

Pía se giró para comprobar que la puerta estuviera cerrada.

—Eso es imposible, mi señora. Si doña Inés no se vale por sí misma desde que se cayó por las escaleras y perdió la vista. Además, ha estado aquí todo el tiempo.

Volví a negar y arrastré los trémulos dedos hasta mi vientre desinflado.

—Y el niño —balbuceé.

El espectro de Beatriz se colocó a las faldas de mi cama, con las manos acunando aquellas entrañas marchitas que alguna vez

alojaron a su pequeño.

—Mi niño… —gimoteé.

Cualquiera habría pensado que, aturdida por el duelo y adormecida por los fármacos, preguntaba por mi hijo nonato. Eso es lo que hacen las madres a las que las han sorprendido la sangría y la muerte. Quieren saber qué ha ocurrido, dónde está el cuerpecito de su vástago, y lloran y lloran mientras exigen que se lo traigan envuelto en una toquilla para así besarle el cráneo.

Sin embargo, Pía, que conocía mis secretos más íntimos, supo descifrar muy bien a lo que me refería. El horror se esculpió a golpe de cincel en sus facciones y, con rudeza, se secó las lágrimas que le habían rodado por las mejillas. Otras doncellas habrían dudado, habrían pensado que había enloquecido a causa del sufrimiento y que, en mi afán por calmar el resquemor que sentía en el alma, arremetía contra quien se me pusiera por delante. Pero ella no. Ella no vaciló ni un instante. Aceptó mi verdad como si fuera muda, absoluta e incuestionable, porque así era ella. Leal y fiel, más que un perro de caza.

—Dios nos asista. —Se persignó—. Dios nos asista, mi señora. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Elevé con cuidado el brazo y le indiqué que trajera una de las arquetas en la que guardaba mis joyas más preciadas. Ahí estaba la gema de centelleo rojizo que doña Anne de Albret me había regalado con motivo de mis nupcias y nuestra despedida, un imán liso y bien tallado, engarzado en un colgante de plata. Me di unos suaves toquecitos en el cuello y Pía me lo abrochó a su alrededor.

—*Magnitad*. *Magnetes.* Imán. —Ronqueé a medida que palpaba la superficie pulida de la piedra y me embriagaba de la frialdad que desprendía la plata.

Recordaba con absoluta precisión las instrucciones de doña Anne de Albret. «Os protegerá de todo aquel que quiera dañaros. Ante cualquier atisbo de veneno, os arderá al contacto con la piel. Si alguien osara heriros con hierro emponzoñado o daros de beber un tóxico con hierro mezclado, os salvará. Solo tenéis que moler la piedra y reducirla a polvo, mezclarla con óleo e ingerir el emplasto», había dicho.

—Protección —le expliqué a Pía.

Ella asintió.

—¿Y qué más, mi señora? —me preguntó, aterrada—. ¿Qué más hemos de hacer? Porque nuestro señor don Pedro no está presente y me temo que yo tengo las manos atadas.

Busqué la mirada pétrea de Beatriz, que hasta entonces me había insuflado fiereza y coraje en los momentos más duros y consuelo en los más desesperados, y le supliqué que me indicara cómo proceder, ella que ya había portado este mismo calzado y andado mis pasos y padecido este tormento visceral que llevaba de nombre doña Inés Pérez de Lara. Lo único que se me ocurrió al contemplarla fue: «No morir». No podía permitirme morir igual que ella.

—Pedir ayuda —murmuré.

—Pero ¿a quién?

Estiré los labios en lo que pretendía que fuera una sonrisa; sin embargo, estaban tan agrietados que aquello se quedó en un simple amago y por las fisuras de los pellejos comenzó a brotar un hilillo de sangre.

Era una buena pregunta.

¿A quién iba a pedirle ayuda? ¿A quién iba a implorarle que me sacara de Valdívar y me alejara de las terroríficas garras de doña Inés? ¿A quién iba a descubrirle los misterios insondables que cercaban ese castillo en el que se acumulaban las almas en pena al igual que un desolado osario de huesos astillados?

Mis deudos estaban demasiado lejos para socorrerme y allí, en Castilla, no tenía más parentela que los Lara. No podía escribir a mi esposo y acusar a su madre de delitos de tamaña gravedad: envenenarme y matar a mi hijo. La amaba demasiado como para creerme y yo no poseía pruebas más allá de unas confesiones que había escuchado en un estado de desfallecimiento o duermevela, por lo que nadie las tomaría por ciertas.

Tampoco podía recurrir a mi cuñada, la señora de Cigales, o a sus primos, el señor de Albarracín y el señor de Estella, pues estos estaban junto al rey Felipe III, afincados con sus mesnadas en el vizcondado de Bearne. Además, ninguno de ellos traicionaría jamás a su estirpe.

Solo me quedaban Sancho de Castilla, doña Blanca de Francia y la reina doña Violante, y todos estaban en el norte, tan lejos como mi esposo, por lo que la ayuda que enviasen tardaría en llegar, y puede que, para cuando lo hiciesen, ya fuera demasiado tarde.

—Mantenedme con vida un par de días más —le pedí a mi fiel criada—. Luego escribiré a…

Amusgué la vista para asegurarme de que mis ojos no fallaban, que la boca cetrina de Beatriz se movía y componía el nombre de su amado hermano. Juan de Aguilar.

—Escribiré a…

No pude terminar la frase. Los últimos resquicios de fuerza me abandonaron. El veneno, que viajaba veloz por mi sangre, y el dolor, que todavía chamuscaba mi árido vientre, me arrastraron de nuevo hacia ese paraje brumoso y gris en el que me aguardaban doña Beatriz de Aguilar y todas las verdades que se había llevado consigo tras su desafortunada muerte.

37

Y fue la luz

Pía me mantuvo con vida, aunque lo que me ataba a ella no era más que un delicado hilo que podía sesgarse en cualquier momento. Durante los dos días siguientes, se ocupó de alimentarme con viandas imposibles de envenenar: fruta fresca de temporada, leche de vaca recién ordeñada y agua limpia y clara, que ella misma iba a buscar. Se metió en el lecho conmigo, haciéndome a un lado, y allí estuvo, sin dormir ni respirar apenas, no fuera a importunarme. Para protegerme y estar alerta, me echaba el brazo por encima; así, al mínimo movimiento se despertaba y atendía mis necesidades. No me dispensó píldoras ni infusiones ni cataplasmas. Me cuidó armada únicamente con la paciencia y la fe, aplicándome compresas frías cuando la temperatura me subía y metiéndome en barreños de agua cuando la fiebre me hacía delirar.

Doña Inés, pese a considerar de lo más inapropiado aquel comportamiento, no se dignó a reprenderla. Fueron quizá su silencio y permisividad lo que hicieron que Pía sospechara definitivamente de ella, ya que, aludiendo al incidente con la tisana y a la quemadura que le había ocasionado, dejó su puesto a la izquierda de mi cama para solo visitarme un par de veces al día e interesarse por mi pésimo estado con una curiosidad que rayaba en decepción.

Así, poco a poco, con el esmero, el cariño y la diligencia de mi fiel criada y la retirada estratégica de mi suegra, logré huir de aquella tierra en la que la bruma se espesaba y deambulaban espíritus malditos, condenados para siempre a habitar en un mundo en el que

llegaban las voces de los que aún vivían y los ecos de los que ya se fueron.

Sin embargo, aunque recobré la consciencia y la fiebre amainó hasta desaparecer, no sané por completo. Mi cuerpo apenas respondía, destrozado como estaba a causa de la infección puerperal y la ponzoña, que me habían dejado sin fuerzas y con un ánimo desquebrajado. Tenía la piel reseca y cetrina, los labios mortecinos y unas enormes bolsas violáceas se me habían instalado bajo los ojos. Me dolían las articulaciones, me castañeaban los dientes incluso en la estancia caldeada y las piernas me fallaban. Por más que me empecinaba en caminar desde mi alcoba hasta el salón anexo de mis aposentos personales, Pía tenía que ayudarme a cada paso, sostener mi peso, cargar con él y actuar de bastón.

Aquello me desesperaba. Me había convertido en ruinas inservibles, me sentía uno de esos tullidos que, al regresar del campo de batalla, tras haber perdido una pierna o un brazo, ya no se reconocen en la superficie pulida del espejo. O una de esas ancianas que son solo un estorbo y sus descendientes relegan a una esquina del hogar, donde no importune a nadie.

Pero, pese a mis músculos enflaquecidos y mis entrañas débiles cual cuajada, mi mente todavía funcionaba y recordaba muy bien los entresijos de la corte y las puñaladas traperas que se asestaban.

—Buscad la ponzoña —le pedí a Pía, todavía encamada, con los huesos de la cara afilados y un ligero temblor en las falanges—. Ya lo dijo Mateo y lo repetía mi madre: «Pedid y se os dará. Buscad y hallaréis». Debe estar aquí, por alguna parte, si es que no se han deshecho de ella.

Pía se camufló entre las sombras y accedió a los aposentos personales de doña Inés Pérez de Lara, a los de su difunto marido, don Alonso González de Lara, llenos de polvo y trastos viejos y enmohecidos, y a los de doña Beatriz de Aguilar. Registró las cocinas de arriba abajo, hurgó en los rincones olvidados del castillo y hundió las manos en todas partes, en los costales de harina y trigo, en los sacos de manzanas, en el heno y las heces de los animales del establo, buscó hasta en las caperuzas de las aves rapaces que descansaban en la halconería. Indagó en estancias, patios, pasillos y

escaleras como la madre que busca a su niño, escondido tras los contundentes tapices que engalanan los muros. Mas no hubo suerte.

—No hay nada, mi señora.

—Eso es imposible. En algún lugar doña Inés guarda veneno.

—Mi señora, os lo juro por Dios. He buscado por doquier y no he encontrado nada.

Me crucé de brazos y desvié la mirada hacia el espíritu de Beatriz, que, situado frente a la lumbre, resplandecía con una fogosidad similar a las llamas del infierno. A esas a las que doña Inés Pérez de Lara había deseado condenarnos. Sus viles palabras todavía resonaban en mi memoria. «Bebed un poquito más, mi pequeña bastarda. Un poquito más y podréis iros con la barragana de doña Beatriz a arder en el infierno», me había dicho mientras me inclinaba la cabeza y me vertía la infusión por la garganta dolorida.

—Pues os habréis dejado algún sitio sin husmear —espeté.

—Pero si un poco más y le meto a los caballos la mano hasta la campanilla, señora mía… —bufó—. No hay nada. Qué más quisiera yo que haber hallado algo.

—Que no. Que no —repetí, indignada porque nuestras pesquisas no hubieran llegado a ninguna parte—. Estoy segura de que doña Inés ha utilizado hojas de tejo para intentar matarme.

Pía, sentada en el borde del lecho, se echó hacia atrás, impactada por la seguridad con la que hablaba.

—Son las mismas hojas que aparecieron en aquellos rituales y sortilegios que hallamos debajo de mi cama durante nuestro tiempo en la corte. ¿Os acordáis?

Por supuesto que se acordaba de aquella cunita de hojarasca desvaída, que procedía de ese árbol maldito con cuya madera se fabrican saetas, y de esa piedra sanguina a la que habían atado un par de hebras de mi cabello, que estaba destinada a provocar el malquerer y la violencia de un hombre hasta culminar con el asesinato de su esposa.

—Siempre pensamos que había sido María de Molina —proseguí—, pero porque la reina y la princesa viuda insistieron en ello, quizá por sus desavenencias con la chiquilla y su preocupación por el ascenso de don Sancho al trono.

—Ya os lo avisé, mi señora, doña Violante y doña Blanca de Francia os estaban utilizando para sus propios beneficios, que una alianza se da entre iguales.

La ignoré. No quería malgastar esos preciados minutos deshilvanando mis muchos errores en lo referido a doña Blanca y doña Violante, pues sus ambiciones habían sido las que me habían empujado a confraternizar con Sancho de Castilla. Y eso me había llevado a un embarazo, y el embarazo a la mentira, y la mentira a la furia de doña Inés, y eso a un aborto provocado y a un veneno que casi me había arrancado la vida. Algo en mi interior me advertía de que había sido así.

—Estábamos equivocadas, es evidente —le concedí a Pía—. Era doña Inés o Lucía, por orden de doña Inés.

—O Lucía siendo simplemente una advenediza y una charlatana maliciosa que ha logrado sorberle los sesos a doña Inés y ponerla en vuestra contra.

Quizá. Lucía tenía un poder inconmensurable que no había que infravalorar. Era los ojos y los oídos de doña Inés Pérez de Lara, y hasta sus manos y pies. Poseía una lengua viperina que solo inspiraba maldades y con ella engatusaba a cualquiera, como la serpiente a Eva.

—La cuestión es que estoy segura de que la ponzoña que han estado vertiendo en la infusión que me dabais es una especie de destilado a partir de hojas de tejo. En el ducado tenemos una buena cantidad de esos árboles. —Le señalé la ventana—. Se ven incluso desde aquí. Son esos de copas verdes grisáceas que no han perdido frondosidad. Esos. Esos son los árboles malditos.

Pía se acercó a la ventana y, colocándose la mano sobre la frente para hacerse sombra, escrutó el paisaje. Cuando divisó la arbolada, soltó un silbidito.

—Desde luego, cualquiera tiene fácil acceso a ellos. Salís de paseo, cogéis un par de hojitas, le aliñáis con ella a alguien la comida o bebida y… —Hizo un gesto que imitaba el de la muerte repentina—. Así cualquiera se libra de quien le incomoda.

—Una vez, hace ya mucho, don Pedro me leyó *De bello Gallico*, de Julio César. «La guerra de las Galias» —le traduje al castellano.

—No suena muy gozoso, mi señora.

Me reí. Era la primera vez que lo hacía en mucho tiempo y el sonido fue raro para ambas. Creía que tardaría mucho más en hacerlo después de lo de mi hijo, que tendrían que pasar largos años hasta que hallara un motivo para sonreír o romperme en carcajadas. Y, sin embargo, Pía acababa de demostrarme que no, que todavía quedaba algo de luz entre ese amasijo de tinieblas en el que se había convertido mi alma.

—Era interesante, pero también os digo que, cuando una está enamorada, todo le parece de lo más gozoso —le confesé—. Pero lo que os contaba, en su obra, Julio César narra un caso especial. El de un tal Cativulco, un rey que, incapaz de aguantar las fatigas de la vejez, recibió la muerte con zumo de tejo, ya que estos árboles eran muy comunes en esa zona de la Galia y la Germania.

—Así que pensáis que doña Inés sacó de ahí la idea.

Me encogí de hombros.

—Podría ser.

Durante unos segundos observé a Beatriz, con los rasguños y heridas asomando por los pliegues de su tersa piel y ese charco de sangre que le vaciaba las entrañas, le resbalaba por entre los muslos y se le esparcía por el bajo de sus vestiduras. Sin darme cuenta, me llevé las manos a mi propio vientre, yermo.

—Lo que sí sé con certeza es que ya lo ha hecho antes —dije sin apartar la mirada de Beatriz.

—¿Envenenar?

«O matar», callé.

—Dicen que el veneno es arma de mujer —comentó Pía.

Y yo asentí. El veneno es el arma de los cobardes, porque el que es valiente y quiere matarte lo hace de frente, mirándote a los ojos, sin titubear, blandiendo un puñal que te clava en el flanco izquierdo, que te aloja entre las costillas. Habría preferido que doña Inés Pérez de Lara me sorprendiera así y no de esa forma sibilina y cruel, inquietante. Así, al menos habría tenido la oportunidad de defenderme, de luchar.

—Hace unos días dijisteis que doña Inés cayó por las escaleras y que por eso quedó ciega —le recordé.

Pía cabeceó, de nuevo sentada en el lecho.

—Sí, mi señora. Fue poco antes de que doña Beatriz desapareciera. Doña Inés Pérez de Lara tuvo un tropiezo y se cayó, con tan mala suerte que justo fue a darse un golpe terrible y perdió la capacidad de ver. Se le cayó el mundo encima, ¿sabéis? Pero a los días Dios ya le había dado fuerzas y ánimo, por lo que aceptó su sino con entereza, y a las semanas ya estaba andando despacio por el castillo, tratando de memorizarlo todo.

—Me dijo que Beatriz la había cuidado.

—Lo hizo. Estuvo con ella día y noche, y unas semanas después ocurrió lo suyo. Lo del bosque —concretó—. Algunos decían que doña Beatriz se había ido.

Resoplé, hastiada de los cotilleos cortesanos que lo único que hacían era enfrentarnos a unas contra otras.

—¿Ido a dónde?

—Pues eso decíamos los demás, mi señora, pero nunca se sabe. —Se encogió de hombros—. Doña Beatriz de Aguilar era una de esas mujeres hermosas que le quitaba el aliento a cualquiera, hasta a las doncellas virtuosas, ya lo habéis visto. —La nostalgia le empañó la sonrisa y a mí me convocaron un par de lágrimas, que me sequé con la manga de la camisa antes de que se me escurrieran—. Su padre siempre había temido que se escapara con algún hombre que le regalara palabras melifluas, aunque supongo que eso dejó de asustarlo cuando la casó con nuestro señor don Pedro.

—¿Corría el rumor de que podía haberse ido con otro gran caballero?

—Con un noble, un lego o un clérigo. Si es que, al final, son todos hombres, mi señora, y de cintura para abajo… —Se mordió los labios —. Ya sabéis, que ninguno es precisamente necio.

Volví a reír y, debido al juego de luces de ese día sombrío de noviembre, hasta a doña Beatriz pareció habérsele dibujado una tenue sonrisa en el rostro.

—¿Y mi marido sabía todo eso?

—Sí. Había escuchado las habladurías y eso terminó de destrozarlo. Fueron meses duros.

Me lo imaginaba. El llanto agónico que había asolado a mi esposo cuando se encontró el cadáver de doña Beatriz había sido un mero teatrillo en comparación con la desolación que lo debió arrasar aquella primera vez.

—No creo que Beatriz se fuera con ningún otro hombre —comenté.

—Yo tampoco, mi señora. ¿Para qué iba a marchar a escondidas si tenía el amor en su propia casa? Es absurdo.

Un pensamiento se abatió sobre mí: los labios inertes del fantasma de Beatriz componiendo el nombre de don Juan de Aguilar.

Ese pensamiento se enhebró con otro, el de los muchos regalos con los que él la había ofrendado. Los ricos ropajes. Las telas colganderas que escenificaban pasajes de una dama y sus pretendientes, que luchaban por el amor de esta, y que no eran más que don Pedro de Lara y el mismísimo Juan de Aguilar.

Y ese con otro, el de doña Mencía de Lara admitiendo que ningún hermano amó así a su hermana.

Y ese con otro más, el recuerdo de la voz de doña Inés murmurando: «No sé qué le ocurre a mi bienamado hijo, que, cuando toma esposa, siempre es una sucia concubina que se dedica a retozar con quien sea y a quedarse encinta». Y: «Diría que es un consuelo que no os hayáis embarazado de vuestro hermano, como doña Beatriz de Aguilar, pero quizá haya sido de un vulgar mozo de cuadras y no sé qué es peor… Al menos ella se vendía caro».

Entonces apareció la imagen de don Juan de Aguilar, hecho una furia en los pasillos del castillo, vilipendiando a mi suegra, llamándola bruja y hechicera, recitando el Éxodo. ¿La culpaba a ella? De inmediato, tuve ante mis ojos un extenso tapiz en el que figuraba una historia de amor imposible y una guerra silenciosa que se había desencadenado por rencor y odio, del mismo modo que la de Troya. Solo que, en aquella ocasión, los que se habían levantado en armas no eran los hombres, sino las mujeres.

—Su hermano, pero el mediano. —Chasqueé los dedos—. Don Juan de Aguilar.

Pía hizo un sonidito de reconocimiento.

—Un buen hombre, aunque sus comportamientos no sean del todo adecuados. Pero, bueno, también son de nobleza nueva, mi señora, así que a veces se asemejan más a nosotros que a vuestras mercedes, con perdón.

Sí. Don Sancho me había contado que el linaje de los Aguilar era reciente aquí en Castilla, aunque algo de más estirpe sí que poseía en el reino de Portugal al estar ligado con el señor de Obiñal y don Pelayo Pérez Correa, maestre de la Orden de Santiago. Este a su vez estaba emparentado con Gonzalo Yáñez de Aguilar, un ricohombre que había llegado aquí en tiempos del rey Fernando III el Santo y al que el rey don Alfonso había entregado el señorío de Aguilar, ubicado en Córdoba. Este último era, precisamente, primo en cuarto grado del padre de doña Beatriz, señor de Monturque. Pero no eran sus raíces lo que a mí me interesaba.

—¿Venía a visitarla a menudo?

Asintió.

—Más que a menudo. Muchísimo.

—¿Cuánto es muchísimo? —inquirí.

—La visitaba con la asiduidad con la que lo haría un buen hermano y con la insistencia con la que lo haría un hombre que trata de embaucar a una muchacha virginal.

—Una línea muy difusa, ¿no creéis? —Enarqué una ceja.

Pía se alisó el mandil.

—Así es don Juan de Aguilar, o así era, mejor dicho. Se sentía morir sin su hermana. Pasaba aquí bastante tiempo, y cuando no, se alojaba en el castillo que doña Beatriz recibió como arras de parte de nuestro señor.

Le eché un vistazo al espíritu, que me devolvía una mirada desafiante. «Vamos, doña Mathilde, hermana en la desgracia —parecía decirme—, ya sabéis que Judas Iscariote vendió a nuestro Señor Jesús por treinta monedas de plata. ¿Habéis averiguado por cuánto nos han traicionado a nosotras?». Todavía no. Sin embargo, la urdimbre con la que tejíamos era cada vez más fina, más certera. Cada descubrimiento que hacíamos era una nueva puntada que nos acercaba a la verdad.

Pensativa, palpé el imán que me colgaba del cuello.

—¿Sabéis qué es lo que creo, Pía? —Ella negó—. Creo que doña Beatriz no se marchó por propia voluntad. Creo que doña Inés sospechaba que era una adúltera y que le era infiel a don Pedro con su hermano Juan. Y creo que, de algún modo, se enteró de que estaba encinta.

—¡¿Doña Beatriz estaba embarazada?!

Le chisté para que guardara silencio y Pía se tapó la boca con las manos, como si así pudiera retroceder y evitar lanzar ese graznido de sorpresa. Entonces le conté el aspecto con el que Beatriz de Aguilar se me presentaba, con esa sangre manándole desde la cavidad íntima y regándolo todo, al igual que me había sucedido a mí, y le conté lo que mi suegra me había susurrado durante mis desfallecimientos, eso de que doña Beatriz retozaba por ahí con su repugnante hermano, cayendo en los pecados de la lujuria y el incesto.

Podía sonar hipócrita proviniendo de una mujer que estaba casada con su primo, con el que se había criado, y para cuya unión había necesitado una bula papal, pero no era igual matrimoniar con un pariente, incluso de tercer o cuarto grado, como era natural entre gente de alta alcurnia y miembros de la realeza para mantener intacta la sangre de su linaje, que hacerlo entre hermanos.

¿Qué sangre iban a querer preservar ellos? Si eran una rama segundona de un ricohombre y trovador que había emigrado de Portugal, no habían nacido en buena cuna y sus títulos estaban recién otorgados. Lo de Beatriz y don Juan de Aguilar era, por tanto, una aberración. Pura lascivia. Un pecado abominable. Ya lo decía el Levítico, que no descubrirás la desnudez de tu hermana.

—¿Y cómo se habría enterado doña Inés? —preguntó Pía.

—Quizá escuchara a Beatriz contarle la buena nueva a don Juan de Aguilar o sobornara a una de sus criadas de confianza para que se lo confesara.

—O Lucía pudo haber visitado a la lavandera y preguntarle todos los meses si doña Beatriz había sangrado —agregó.

Estuvimos de acuerdo en eso último, era una acción muy propia de ella.

—Así que doña Inés descubrió que Beatriz estaba esperando un hijo y creía que no era de don Pedro, sino de don Juan de Aguilar, por lo que, asqueada por la conducta libertina de la nueva señora de la casa, decidió enfrentarse a ella y sus desmanes.

—Y discutieron —añadió Pía—. Eso sí que lo sé. El día en que doña Inés se cayó por las escaleras, había estado discutiendo con doña Beatriz y su hermano don Juan. No lo había dicho antes porque las desavenencias entre las señoras eran el pan de cada día. A nadie le extrañó que estuvieran en un rincón lanzándose dardos emponzoñados.

—Pero ¿don Juan estaba aquí? —me extrañé.

—Con ellas. Lo cual tampoco nos pareció novedoso. A doña Inés le desagradaba en demasía que don Juan estuviera siempre pululando por aquí, como una mosca molesta, y se lo hacía saber en cuanto podía. Por eso, aprovechando las continuas visitas de su hermano, doña Beatriz se instalaba en el castillo de arras y permanecía ahí días y días.

Aquello lo cambiaba todo. Convertía los rumores en hechos y sustentaba nuestra creencia de que, en realidad, doña Inés Pérez de Lara se había enjugado las lágrimas de cocodrilo con una mano, mientras con la otra todavía empuñaba el arma con la que había dado muerte a su víctima, Beatriz.

Me eché hacia delante en un gesto demasiado veloz y un dolor me sobrevino, obligándome a retroceder y arrellanarme entre los cómodos almohadones. Pía se acercó a mí y, preocupada por mi decaimiento, me tomó la temperatura. No tenía fiebre, ya había desterrado la infección, pero probablemente aún quedara algo de veneno en mi organismo, pues a veces me mareaba y las náuseas me doblaban por la mitad.

—¿Y si la caída de doña Inés no fue una casualidad? —planteé una vez que me hube repuesto—. ¿Y si los amenazó con hacer público su secreto?

—Un secreto a voces, más bien —repuso Pía con sorna.

—Si hubo una pequeña reyerta y doña Beatriz trató de deshacerse del agarre de doña Inés o don Juan intervino, quién sabe… Puede

que de un empujón o un manotazo, doña Inés se precipitara por las escaleras y entonces perdiera la vista.

—Por eso doña Beatriz la cuidó durante su convalecencia. Se sentía culpable…

Asentí.

—Pero a doña Inés se le enquistó la rabia y urdió un plan para acabar con ella.

Había acertado. Lo supe en cuanto vi agrietarse la máscara mortuoria que era el rostro de Beatriz, de cuyas diminutas ranuras emergió una pena descomunal. Una pena que se mezclaba con ira, culpa, vergüenza y hasta rencor.

Una vez más, me asediaron unas irremediables ganas de volar de la cama y lanzarme a los brazos de ese cadáver andante, al que su fatigoso pasado perseguía y que no hallaba consuelo con nada. Ni siquiera con cristiana sepultura.

—Mi señora —dijo Pía, sacándome del ensimismamiento—, dado que doña Inés estaba todavía habituándose a su nueva condición, dudo mucho de que ella misma fuera capaz de matarla. Si no atinaba ni a orinar en la bacinilla. Además, si quería deshacerse de Beatriz, ¿no habría sido más fácil contarle todo a nuestro señor don Pedro y que este la llevara a juicio?

Callé. Era cierto que la ley dictaba que la mujer que cometiera adulterio sería castigada con azotes públicamente y encerrada en un monasterio de dueñas, y perdería su dote y sus arras, que les serían devueltas a su marido, pero este todavía podía perdonarla en un plazo de dos años. Y aunque los hombres no suelen olvidar con facilidad afrentas de ese tipo, pues su honor queda mancillado, sí que hay algunos que, dominados por el amor, caen en la redención.

—¿Y si doña Inés no quería ir a juicio porque no estaba segura de que su hijo fuera a renunciar a Beatriz? ¿Y si no la creía? ¿Y si estaba ciego de amor? La única forma de evitar una deshonra habría sido hacerla desaparecer para siempre, ¿no? —elucubré en voz alta.

Miles de opciones se arremolinaron en mi mente cansada. Me pincé el puente de la nariz y cerré los ojos, que me escocían. Llevábamos hablando de traiciones y muertes desde bien temprano y el día había ido pasando con una celeridad abrumadora. Apenas

nos habíamos percatado de ello, ya que el cielo había amanecido encapotado de nubes grises que vaticinaban una fuerte lluvia. Es más, a esas horas de la tarde, el olor a tormenta ya se apreciaba en el ambiente, cargado de viento y humedad.

Pía se levantó para ahuecarme las almohadas, me cubrió con la colcha y me instó a reposar y dormir algo, pero yo no podía. Me daba la impresión de que, si cerraba los párpados, soñaría con un bosque de tejos deshojándose, con el veneno que escupiría la savia de su tronco y con un reguero de sangre del que brotarían niños recién nacidos, cuyo aliento estaba extinto.

Me sacudí esas escalofriantes imágenes y regresé al asunto que nos ocupaba.

—Podría haber recurrido a Lucía para que la envenenara poco a poco con hojas de tejo. O puede que… —Las pupilas me brillaron—. O puede que ya supiera a quién acudir porque Beatriz no era la primera mujer embarazada que alejaba de la familia.

Como de costumbre, Pía adivinó a lo que me refería.

—Ah, no, no, no, mi señora. Eso no lo sabemos y nunca lo averiguaremos. Sucedió hace muchísimos años y ni vos estabais aquí en Castilla ni yo había nacido siquiera. Si es que ni doña Blanca de Francia había llegado a estas tierras, ni la reina Violante había contraído nupcias con don Alfonso. Y en Valdívar apenas queda servidumbre de esa época. Todas las noticias que tenemos de dicha desgracia son habladurías cortesanas que han ido pasando de boca en boca, esparcidas por criadas o grandes señoras.

La tomé de ambas manos y, de un suave tirón, la aproximé a mí.

—Pero encaja. Sabéis que encaja.

Pía no pudo más que admitirlo. Solo se llegaba a una conclusión: había una historia condenada a repetirse una y otra vez. La de una mujer embarazada que debía perder a su hijo y, posteriormente, morir. Eso fue lo que pasó con la barragana de don Alonso González de Lara. Eso fue lo que pasó con doña Beatriz de Aguilar. Y eso había sido lo que había estado a punto de pasarme a mí.

Habíamos tejido con maestría y premura, la urdimbre era casi pura, los hilos de oro y plata destellaban y el tapiz había quedado impecable, como el de la joven y bella Aracne. Mas en este no se

representaban los escarceos amorosos de un dios, sino los horrores mayores que podía llegar a cometer el ser humano, trastornado por sus más bajas pasiones.

Ahí estaban: tres mujeres, tres niños concebidos fuera del sacramento del matrimonio y cinco muertes.

Demudada y aterida por el miedo, Pía entrelazó sus dedos con los míos.

—Si todo esto es cierto, corréis gran peligro, mi señora. Será mejor que recoja vuestras pertenencias y pida a los mozos que nos preparen un carruaje. Nos marcharemos a…

—¿A dónde?

La detuve y ella parpadeó, confundida. La risa me rasgó la garganta, todavía magullada.

—¿A dónde no llegan las garras de doña Inés Pérez de Lara? En el castillo de arras hay servidumbre bajo sus órdenes. No importa quién me vierta el veneno en la copa, si ella, Lucía o cualquier otra criada que le sea devota; estaré muerta igualmente.

—Pues vayámonos al convento de las clarisas. Las hermanas nos darán cobijo, nos guardarán, nos acogeremos a sagrado hasta que nuestro señor don Pedro regrese y luego…

La dejé con la palabra a medio pronunciar, porque ¿y luego qué? ¿Cómo le diría a mi esposo que su madre, a la que tanto amaba, había asesinado a Beatriz y a su hijo nonato? ¿Cómo le diría que casi había acabado conmigo con aquel aborto provocado y que, al no tener éxito, lo había intentado de nuevo?

Con un soberano esfuerzo, me levanté de la cama y apoyándome en los muebles, caminé con torpeza, a pasos cortos y seniles, hasta uno de los arcones. Ignoré el mareo que me enturbió la visión y, de rodillas, rebusqué entre mis vestiduras.

—Mi señora, ¿qué hacéis? ¿Qué pretendéis?

Saqué los ropajes más exquisitos e indagué entre las joyas y tocados.

—Vestidme —le ordené, todavía acuclillada entre arquetas—. Hoy cenaré con doña Inés.

—Ahora sí que habéis perdido el juicio —bufó Pía, que vino enseguida a ponerme en pie y sentarme en una silla.

Aunque a regañadientes, lo hizo. Me colocó prenda a prenda las vestiduras que doña Anne de Albret había mandado confeccionar para mi matrimonio de palabra con don Pedro de Lara. Me cepilló el cabello, me hizo dos trenzas y las dispuso a cada lado del rostro, para, a continuación, cubrirlas con una cofia de red. Ya puestos el prendedero y la barbeta, me coronó con una de mis guirnaldas francesas. Para terminar, le pedí que desempolvara el limosnero de Beatriz, ese de seda e hilos de oro en el que se interpretaba la historia de Píramo y Tisbe.

No permití que me acicalara con afeites ni cosméticos, tampoco que me engalanara con joyas, más allá de las que adornaban la guirnalda y la plata con el imán engarzado que me colgaba del cuello. Llevaba los dedos desnudos, a excepción de la alianza de oro, y el rostro macilento, pues me negaba a disfrazar el destrozo que doña Inés había provocado. Quería que todos lo vieran, que fueran conscientes y que ella, azorada, se hiciera cargo de sus maldades.

Me examiné en el espejo y, tras alzar el mentón, esbocé una sonrisa de satisfacción. De no haber sido por la decadencia en la que me habían sumido la enfermedad y la toxicidad del tejo, habría irradiado el mismo brillo que aquel afortunado día en que acepté a don Pedro como marido.

Observé a Beatriz, que tenía las pupilas fijas en mí, y le hice una promesa silenciosa.

—Si quiere matarme, que lo haga mirándome a los ojos —sentencié.

No moriría como las otras.

38

Ojo por ojo, diente por diente

Recordaba muchas cosas de mi convalecencia, entre ellas los movimientos metódicos y certeros de doña Inés Pérez de Lara cuando se hallaba sola y me aferraba de la nuca para escanciarme el veneno por el gaznate. O la forma en que me acercaba la copa a los labios, sin titubear, o la decisión con la que me cogía la boca y me la apretaba hasta dejar una pequeña abertura por la que cupiese el amargo líquido. En aquellos instantes no me percaté, pues entre la inconsciencia y la vigilia había pocos despertares, pero en ese momento, mientras caminaba despacio por el pasillo, agarrada a Pía, no pude evitar pensar que mi suegra gozaba de gran tino. Casi parecía que no hubiera perdido el sentido de la vista.

Pía, por supuesto, no compartía mis impresiones. De hecho, se alarmó al oírlas. Ella misma había sido testigo de la caída fatal que había dejado a doña Inés perlada de hematomas y rasguños, y con un miedo paralizante al percatarse de que la lumbre se había apagado para siempre. Estaba segura de que si no había vacilado en sus movimientos era por la costumbre de los años, que la había hecho más diestra y sensible.

—Os lo digo yo, mi señora, que doña Inés Pérez de Lara está ciega, ciega como un topo.

—Y al igual que este, estropea todo lugar en el que habita —resollé.

—Además ¿qué persona sería capaz de fingir durante tantísimo tiempo una condición tan dura como la ceguera? Es cierto que doña

Inés es una mala mujer que ha incurrido en más de un pecado mortal, pero…

Resoplé.

—Os recuerdo que ha estado jugando con artes oscuras, que si piedras mágicas, que si amuletos, que si sortilegios y maldiciones. La ceguera ha de ser un mal menor para ella.

—O el castigo que le ha administrado Dios por sus terribles crímenes.

Tras el interminable paseo, llegamos al enorme salón. Las puertas estaban abiertas y desde fuera se apreciaba la figura de doña Inés presidiendo la larga mesa, en la que era la única comensal. A su diestra, Lucía le susurraba algo al oído, y una pequeña cohorte de damas y criadas pululaba de aquí para allá, junto a la servidumbre encargada de escanciar el vino y llevar los servicios de comida.

Mi aparición cortó la lectura de las Sagradas Escrituras, que había comenzado a amenizar la velada, y dejó a los presentes sin aliento. A juzgar por sus expresiones, nadie se esperaba que yo reuniera fuerzas suficientes para salir de la cama y arrastrarme hasta allí, sobre todo después de las agoreras noticias del físico y mi rechazo contundente los dos últimos días a cualquier vianda que no fuera fruta. A esas alturas, ya me imaginaban más cadáver que persona.

—Mi señora… —gimieron un par de criadas, emocionadas.

Elevé la mano para impedir los sollozos que tenían atorados en la garganta y dibujé una dulce sonrisa. Agradecí que alguien, además de Pía, se alegrara de verme, aunque quizá esas reacciones fueran falsas. No podía olvidar que aquellas mujeres que lloraban de emoción por mi regreso eran las mismas que otrora me habían despreciado, alentadas por la desobediencia y rebeldía de Lucía.

Pía me llevó hasta la silla de cadera apostada al lado de doña Inés y allí me dejé caer, exhausta y derrotada, bañada en un gélido sudor que contrastaba con la temperatura cálida del salón. De inmediato, el copero se acercó para llenarme la copa.

—Solo agua fresca —pedí, a sabiendas de que nadie se atrevería a verter ningún tóxico en un líquido tan delator.

Examiné en derredor y me fijé en el fuego encendido, en la vajilla de plata con la heráldica de los Lara grabada en ella, en los

manteles de seda y en la opulencia que se había desplegado para una cena íntima en la que no había necesidad alguna de aparentar, pues no había vasallos, nobles o reyes. En el rostro de Lucía asomaba una tirantez incómoda. Doña Inés, en cambio, mantenía esa actitud serena propia de ella, con los labios relajados y el ceño limpio, y los ojos de color zafiro refulgiendo con la luz de los candiles.

—Veo que al fin estáis recuperada, hija mía. —Juntó las manos y las besó en signo de devoción—. Gracias a Dios. No sabéis lo preocupadas que estábamos y lo mucho que hemos orado por vos. Casi se me despellejan las rodillas en el reclinatorio. —Rio—. Y una mujer de mi edad ya no está para eso. Fijaos, qué lástima, el tiempo no perdona. Antes podía pasar horas y horas ahí, suplicando a Dios por su infinita misericordia, y ahora… —Chasqueó la lengua—. Si aguanto es un milagro.

No respondí.

—Que traigan todos los servicios que han sido dispuestos para la cena y que dejen sobre la mesa las jarras de vino y agua. Nosotras mismas nos serviremos —ordené.

Atónitos ante mi peculiar petición, los criados observaron de reojo a doña Inés y esperaron su beneplácito. Con un ligero asentimiento, mi suegra los instó a obedecer. Era evidente que, durante mi breve ausencia, el poder había vuelto a cambiar de manos; ya no estaba en las mías, sino en las suyas, y de nuevo lo ejercía con puño de hierro. Hasta tal punto era la mudanza que las viandas, que yo había dejado preparadas con antelación para esa noche, se habían adaptado exclusivamente a su selecto paladar.

Los criados no tardaron en llegar con cordero lechal, arenques fritos y empanada de cabrito y huevos. De postre, trajeron queso y una bandeja repleta de manzanas amarillas y áridas, jugosas peras y racimos de uvas amoratadas. No había ni rastro del mandato que yo había dispuesto con semanas de antelación. Había sido borrado, como las inclemencias temporales erosionan los nombres tallados en las sepulturas abandonadas. Algo similar a la rabia me recorrió el cuerpo.

—Quiero a todo el mundo fuera —murmuré con la voz congestionada y un ligero temblor.

Nadie se movió.

—Fuera —repetí.

—Mi señora ha dicho que ¡fuera! —bramó colérica Pía.

Entonces sí, todos desfilaron cabizbajos frente a nosotras, atosigados por las prisas. Cuando salieron del salón y las puertas se cerraron, allí solo quedábamos el espíritu de Beatriz, doña Inés Pérez de Lara y yo, amén de nuestras correspondientes criadas.

Ignorando mi repentino ataque de ira, doña Inés le indicó a Lucía que le escanciara algo más de vino y le sirviera un pedazo de empanada.

—¿Hoy sí probaréis bocado, hija mía? —me preguntó, con los dedos chorreando del jugo del cabrito.

Pía me dedicó una mirada de advertencia. «Ni se os ocurra comer, mi señora —me decían sus ojos—. No os he mantenido con vida para que ahora corráis veloz hacia la muerte». Los días subsistiendo únicamente a base de infusiones y fruta me habían rebajado el apetito hasta casi cerrarme el estómago. No obstante, no podía haber peligro en picotear de alguno de los platos. Doña Inés no sabía que esa noche iba a cenar con ella, por lo que ninguno de sus secuaces había tenido tiempo de envenenar la comida. Además, contaba con el colgante de doña Anne de Albret, que me ofrecía una suerte de protección. Toqueteé la piedra lisa, reconfortante al tacto, y una extraña seguridad en mí misma me invadió.

—Hoy sí. —Sonreí y cogí un trozo de pan blanco—. Tengo el estómago más repuesto después de tanta tisana.

Mi suegra sonrió.

—Ya sabéis cómo son los remedios de los físicos. Si no son repugnantes es que no son lo bastante buenos, y este parece que os ha permitido una pronta recuperación.

Busqué un rastro de ironía en su voz, mas no lo encontré. Doña Inés hablaba con una naturalidad fascinante, tanto que, por un mísero instante, me pregunté si no estaría equivocada, si no habría soñado aquellos gestos pendencieros y las viles afrentas. Si no la estaría cargando con el peso de un crimen que no había cometido.

Pero las dudas se disiparon en cuanto miré a Beatriz, carcomida por el bosque, las alimañas y el niño atravesado en su vientre. Me dio la impresión de que al hedor de su pútrido cadáver se añadía el recuerdo del de las heces de mi suegra.

—No creo que haya sido la tisana, mi señora.

—Bueno, estáis aquí. —Me señaló—. Eso es innegable.

Di un pequeño bocado al pan y me libré de las migajas con unas palmaditas.

—Sí, soy más resistente de lo que cualquiera habría imaginado —canturreé, sonriente.

Un violento silencio se asentó entre nosotras, sumiendo la estancia en un ambiente tenso y pegajoso. El calor del lar empezó a resultar molesto. Doña Inés carraspeó, fingiendo que mis palabras no eran un eco de las suyas, y continuó comiendo con absoluta delicadeza, como la dama que era. Por desgracia, yo ya no podía parar. Me había intoxicado con la ponzoña de sus oprobios, con la maldad que residía en su alma, así que clavé las pupilas en su rostro surcado de pliegues y espeté:

—¿Habéis llorado a Alonso?

Ella dejó la empanada sobre el argénteo plato y se limpió las manos en uno de los manteles de seda, dejando en él unas manchas marrones.

—¿Cómo decís? —Inclinó la cabeza hacia un lado.

—Que si habéis llorado a Alonso.

—Por supuesto. —Se llevó una mano al pecho, simulando un gran pesar.

Sus mentiras me irritaban.

—No hablo de vuestro marido, sino de mi hijo.

Los labios se le fruncieron, convirtiéndose en una delgadísima línea.

—Por supuesto que he llorado a mi querido nieto.

—¿A cuál de los dos?

Enmudeció. Doña Inés estiró el brazo y alcanzó la copa de vino, que estaba demasiado lejos para una pobre ciega que dependía por completo de su fiel criada y de la esposa de su hijo, a quien había

obligado a limpiarle las posaderas tras aliviarse en las letrinas. Dio un largo sorbo y dijo:

—No sé a qué os referís, hija mía.

Quise abofetearlas a ambas. A ella, por embustera y asesina, y a Lucía, por encubridora e impía.

—Sí, sí que lo sabéis —siseé, poniéndome en pie, presa de la indignación—. ¿Con qué ha sido? ¿Con hinojo, con perejil? ¿Con ajenjo, con ruda? ¿O ha sido también con tejo? —Di un golpe sobre la mesa que hizo resonar la vajilla—. ¡¿Con qué me habéis arrebatado a mi niño?!

La voz me traicionó, tornándose aguda y chillona. Tuve que embridar las lágrimas, que pugnaban por emerger, para no romper a llorar y desarmarme allí mismo.

—Mathilde, por Dios. ¿Cómo osáis acusarme de un acto tan abominable? A mí, ni más ni menos. —Se llevó una mano a la boca, disgustada—. Es evidente que el dolor os ha trastornado por completo.

Me castañeaban los dientes de rabia. Y es que si no la masticaba, la tragaba y digería bien, acabaría escupiéndola sobre el impecable y exquisito mantel, sobre la bandeja de arenques fritos.

—No. Eso es lo que vos queréis hacerme creer, pero yo no estoy loca.

Doña Inés soltó una carcajada sarcástica, más venenosa que el mismísimo tejo.

—Sí que lo estáis. —Elevó la cabeza y me escrutó con sus ojos inservibles—. ¿O es que acaso pensáis que me ha pasado desapercibido que decíais ver el espíritu de doña Beatriz de Aguilar? ¿Acaso eso es el argumento de una mujer cuerda? Por Dios bendito, qué herejía.

Lucía ronroneó satisfacción y solo calló cuando le lancé una mirada preñada de revanchismo. Entonces regresé a mi suegra, sentada triunfal en su cómoda silla, con una mueca de victoria y la copa de vino en la mano.

—Don Juan de Aguilar tenía razón.

—No mencionéis el nombre de ese fornicador bajo mi techo —gruñó.

Con qué torpeza acababa de caer en mi trampa. Había confirmado mis sospechas. Beatriz de Aguilar estaba encinta y el padre de la criatura era su propio hermano.

—Sois una bruja y una hechicera.

Ella bufó, divertida, y aquello incendió aún más mi enardecida cólera.

—¡Habéis invocado malas artes contra mí y mi hijo! ¡Tenéis el corazón podrido!

Me acerqué y levanté la mano, que corrió veloz hacia su rostro. Doña Inés parpadeó. Lucía y Pía ahogaron un grito y yo me detuve a tan solo unas pulgadas de la mejilla de mi suegra, que clamaba por un buen verdugón. No pude hacerlo, por mucho que lo ansiara y el picor en la palma de la mano me instigara a ello. Dándose por salvada, doña Inés Pérez de Lara se levantó y aproximó su cara a la mía. El aroma a agua de clavelinas me mareó.

—¿Veis? Estáis perturbada.

—Yo no estoy loca. Sé lo que veo, y lo que veo es una mujer malvada que ha condenado su alma al infierno.

Su sonrisa se ensanchó y en ella creí ver la de mi marido.

—No soy yo la que dice ver un espíritu y ha estado a punto de pegar a su frágil suegra. Cuidado, hija mía, que el diablo adquiere muchas formas y puede seducirnos con cualquiera de ellas.

La figura de doña Inés se había dividido en dos y nuestros alrededores se tornaban difusos. La acalorada disputa me había perturbado más de lo esperado. Unos goterones de sudor me bañaban las sienes y el escote, y el ligero mareo se había transformado en algo más grave. Intenté sosegarme, pero mi respiración era demasiado atropellada y una oleada de fuego me calcinaba por dentro. Previendo que perdería la conciencia, le hice una seña a Pía para que viniera a por mí. Al agarrarme de la cintura, ella también notó el ardor de mi piel. Debía haberme regresado la fiebre.

—Sí, incluso con la forma de una anciana de rancio abolengo.

Fue lo último que dije antes de que Pía me arrastrara fuera de ese salón contaminado de envidias.

39

Cualquiera que matare será culpable de juicio

Fue necesaria una segunda criada para transportarme hasta el lecho, donde caí cuan larga era. La fiebre y el enfrentamiento con mi suegra me habían agotado y, con las fuerzas hartamente melladas, los párpados se me cerraron solos.

En esa ocasión, no hubo pesadillas ni sueños turbulentos. Solo un plácido letargo que se dilató durante las primeras horas de la noche hasta que un ensordecedor trueno retumbó en mis aposentos. Desperté sobrecogida, con la boca pastosa y un lienzo húmedo en la frente. Me restregué los ojos y amusgué la vista. Estaba diluviando lo indecible y un charco de lluvia se había formado en los bajos de la ventana, por la que entraba el agua. El viento otoñal, que se colaba por cualquier mínima hendidura, había apagado el fuego de la chimenea y dejado los aposentos helados. Una implacable tormenta arreciaba sobre el castillo y había cubierto Valdívar con un manto negruzco hasta ocultar el fulgor plateado de la luna y las estrellas. Nos habíamos sumido en la más absoluta oscuridad.

De repente, un rayo fragmentó el cielo, iluminando la alcoba durante unos efímeros segundos. Una figura esbelta y delgaducha se dibujó en un rincón. De inmediato, llegó el trueno. Aterrorizada, palpé el flanco derecho de mi cama. Pía no estaba. Debía de haberse levantado para evacuar o quizá había ido a las cocinas a por una jarrita de leche caliente que la ayudara a conciliar el sueño. Con los vellos erizados y el miedo instalado en la boca del estómago, me autoconvencí de que pronto regresaría y se metería bajo las sábanas a cuidarme.

Un segundo rayo bañó la estancia de dorado. La sombra seguía en esa esquina, inmóvil. Tragué saliva y eché un ligero vistazo a mi izquierda en busca de Beatriz. Allí estaba el espíritu maldito, con los labios torcidos y la mirada fija en un punto exacto, justo donde parecía haber alguien al acecho.

Un tercer rayo hizo refulgir la hoja de un puñal y un cuarto me descubrió el rostro avejentado de doña Inés Pérez de Lara. Su sonrisa macabra se desfiguraba con aquel juego de luces y sombras.

Grité hasta que se me vaciaron los pulmones, pero el trueno sofocó mi voz.

Había jurado que no moriría como las otras, que lo haría con la cabeza bien alta, sin supurar ese hedor a miedo tan típico del animal acorralado, herido y abatido, y al parecer mi suegra estaba dispuesta a concederme esa gracia. Iba a permitirme luchar.

Cuando el siguiente trueno sacudió el castillo, doña Inés se abalanzó sobre mí con el puñal en alto y un brillo demente en sus ojos azules. Aturdida y aterrada, salté de la cama y corrí hacia el salón anexo, con los huesos y las extremidades quejándose y un dolor punzante que me circulaba por todo el cuerpo. Al ver la velocidad a la que se acercaba, cerré la puerta de un empujón y coloqué mi espalda contra ella, para así hacer fuerza e impedir que la abriera.

Doña Inés frenó a tiempo para no estamparse contra la madera y soltó una carcajada venenosa.

—Vamos, hija mía, abridme. —Llamó con los nudillos.

Veía. Contra todo pronóstico, pero como yo había sospechado, doña Inés Pérez de Lara veía.

Quizá el físico que declaró su invalidez había mentido al respecto a cambio de un generoso pago. O quizá, pese a sufrir ciertos daños a causa de la estrepitosa y desafortunada caída, solo había perdido parcialmente la visión. Eso explicaría sus movimientos certeros, el parpadeo cuando estuve a punto de abofetearla y que se manejara en mitad de la oscuridad sin tropiezos, con la agilidad de un búho que despliega las alas y se lanza a cazar ratones.

Mi suegra asestó un golpe a la puerta cerrada, tratando de que cediera. Yo resistí, anclando los talones en el suelo y rezándole a

Dios por que no me abandonara. Reuniendo mis escasas fuerzas, me retorcí todo lo posible y estiré los dedos para alcanzar una de las sillas de cadera que reposaba en la sala. Un nuevo golpe me desestabilizó y casi me hizo caer. Tuve que aferrarme con ahínco, recolocarme y ejercer presión. Por mucho que doña Inés nos hubiera engañado con su ceguera, seguía siendo una mujer de edad avanzada, con las capacidades mermadas. No había forma de que echara la puerta abajo, ¿o sí?

—Abridme. ¿O es que pretendéis pasar toda la noche ahí escondida como un ratoncito asustado? —gritó por encima de los truenos y el incesante chaparrón.

Lo intenté otra vez, me estiré y rocé el brazo de la silla. Cuando por fin conseguí cogerla, la arrastré hasta mí y la recliné sobre la puerta para atrancarla. Resollando, con un aguijonazo en el costado y un mareo intermitente, me apoyé en la pared. Concentré mis escasas energías en no desfallecer, en capturar algo de aire, en no vomitar allí mismo.

Noté una gota caer sobre la superficie mullida de la alfombra. Me toqué la nariz. Estaba sangrando.

—Vamos, maldita y sucia bastarda. Si habéis tenido la osadía para encamaros con otros hombres, tenedla ahora para dar la cara y hacer frente a vuestro castigo.

Otro golpetazo sacudió la puerta.

—¡Asquerosa barragana!

Un rayo entró en la sala y de un hachazo iluminó a Beatriz. La observé mientras la lluvia caía torrencial y entraba por la ventana hasta empaparme la camisa blanca de por la noche, ya salpicada de sangre. El espíritu exudaba una rabia legendaria, calcinante. Sus pupilas eran dos carbones al rojo vivo que deseaban prender fuego al castillo hasta que este se convirtiera en un incendio descontrolado y sucumbiera al derrumbe. Parecía tan maldito como el linaje que lo habitaba: las esposas no amadas, las mujeres asesinadas y los niños no nacidos. Puede que todo Valdívar lo estuviera.

Se sucedió un nuevo golpe. Me aparté casi trastabillando y me sujeté a un mueblecito auxiliar.

—¡Solo Dios puede juzgarme! —exclamé, desgañitándome.

Las carcajadas de doña Inés sonaron aún más fuertes, cortantes y afiladas.

—¡Dejadme, pues, que os envíe directamente al juicio! El Altísimo debe estar esperándoos desde hace días y es de muy mala educación hacer esperar a alguien. Aún más a Él.

Entonces, como si hubiera comprendido que no poseía ariete con el que derribar la fortificación en la que me hallaba ni tiempo para cercarme hasta que me rindiera de hambre, sed o desesperación, clavó el puñal en la puerta, haciendo saltar astillas de madera.

Horrorizada por el impacto, chillé. De ser preciso, doña Inés se abriría paso a dentelladas.

—¡Acabaré con vos como acabé con esa hija de mala madre y fornicadora que era Beatriz de Aguilar!

Había empezado a llorar. No sabía desde cuándo, pero un torrente de lágrimas me rodaba por las mejillas y se mezclaba con los manchurrones de sangre, que me moteaban nariz, labios y barbilla.

—¡Estaba embarazada!

—¡En su vientre portaba una semilla malograda!

—¡Eso no es cierto!

Un rayo cayó sobre el castillo y el trueno rugió entre las paredes de la alcoba.

—¡Claro que sí! Las mundarias solo pueden engendrar mundarias. Es mejor sesgar la mala hierba antes de que arraigue y contamine a todas las de su alrededor. De lo contrario, los reinos se llenarían de putas y prostíbulos y las buenas mujeres seríamos cosa del pasado. ¡Y eso no es lo que quiere Dios!

Beatriz y yo compartimos una mirada de angustia. Eso es lo que éramos para ella: mujeres que se habían deshonrado, que se habían desviado del camino al pecar de lascivas y lujuriosas, al ser presas de las pasiones más mundanas. Al menos, las prostitutas cobraban por abrirse de piernas, comían gracias a sus pechos. Nosotras nos habíamos entregado gratuitamente, incurriendo en el delito de adulterio. Habíamos mancillado el nombre de nuestra familia y humillado a nuestro marido. A su parecer, merecíamos algo más que azotes públicos. Algo más que pasear la vergüenza por las calles.

La siguiente puñalada abrió un diminuto agujero en la madera de la puerta.

Reculé. Y conmigo, el espíritu de Beatriz.

—¡¿Por eso matasteis a aquella mujer inocente, a la que yacía con don Alonso González de Lara?!

La risa de doña Inés le habría provocado escalofríos incluso al más indómito de los varones. En ella resonaba una maldad ancestral, demoniaca. Casi parecía que la maldición de los Lara había nacido de ella, de su vientre, del caldero burbujeante que debía de haber sido su sexo. Ella misma la había parido y ella misma le había dado forma.

—¡Os equivocáis! —dijo entre carcajadas—. ¡Yo no la maté!

—¡Pero mandasteis a que lo hicieran!

Todavía no sabía a quién, si a la fiel Lucía, que habría hecho lo que fuera por su señora, o a un grupo de malhechores a los que, por una buena cantidad de maravedíes, no les habría importado cargar con una muerte más sobre sus pútridas conciencias.

—¡Vuestras manos están manchadas con su sangre!

Bufó.

—¡Ya me las lavé como Poncio Pilatos!

Una nueva cuchillada aumentó la grieta de la puerta.

Y otra.

Y otra.

Y otra más.

El agujero, que se había tornado brecha, ya dejaba pasar la hoja resplandeciente del puñal, amenazante. Doña Inés Pérez de Lara era más peligrosa que un ejército entero.

El siguiente rayo que inundó la sala me permitió escudriñar lo que había a mi alrededor. Necesitaba encontrar un objeto con el que parar sus estocadas o algo con lo que defenderme. Pero había poco a mi alcance. Los libros de rezos no me servirían de mucho, y los incensarios, pebeteros y arquetas estaban en la alcoba, por lo que no podía arrojárselos en un acto de desesperación.

—¡Vuestro hijo no os lo perdonará! —grité mientras revolvía la estancia, acuciada por la urgencia.

—¡Vos no sabéis nada de mi hijo! ¡No sabéis nada de mí! ¡Ni de los Lara!

—¡Sé lo suficiente! ¡Sé que don Pedro jamás os perdonará lo que habéis hecho!

Un trueno restalló. La puerta crujió con las incesantes puñaladas. Una tras otra. Eché un vistazo fugaz. No tardaría en destrozarla.

—¡Entonces debería no perdonar a su padre, que por ir metiéndose en faldas ajenas casi lo deja sin su herencia, sin su ducado, sin Valdívar! ¡Así habría sido de no ser por mi actuación!

Había matado a aquella mujer para preservar los derechos de su futuro hijo.

—¡No iba a permitir que un bastardo se quedara con todo esto! ¡Con todo por lo que yo había luchado, con todo lo que yo había soportado! ¡O era de mi hijo o no sería de nadie! ¡Prefiero quemar Valdívar hasta los cimientos antes que entregárselo a una puta y a su hijo bastardo!

Ahí estaba el dolor que doña Inés llevaba enquistado en el pecho desde hacía décadas. La habían criado con el único objetivo de casarla con su primo don Alonso y la habían educado estrictamente para ello. La habían moldeado a su gusto, a su antojo, esmerándose en que aborreciera lo que su futuro esposo aborrecía y en que le placiera lo que a él le placía. Doña Inés existía por y para su marido. Donde empezaba él, continuaba ella. Y donde terminaba él, no había ella.

Por eso, cuando don Alonso dejó encinta a la joven que había tomado de barragana, se sintió enloquecer. Después de tantos años y tanta obediencia, sus sacrificios habían sido en balde. Su carácter sumiso y su tendencia al agrado no eran suficientes para él. Y por más que lo alimentaba con su cuerpo, no le bastaba y tenía que ir a calmar el apetito fuera del lecho, porque ella lo dejaba con hambre. Su propia existencia era inútil, pues no solo había fallado complaciendo a su esposo, que era su principal deber, sino también procurándole descendencia. Y esa maldita mujerzuela, una simple lavandera que no tendría linaje y mucho menos dote, iba a cumplir con su obligación de esposa, de señora de Valdívar. Iba a arrebatarle

su posición. Iba a dejarla en ridículo. Iba a relegarla al olvido. Y ella no podía permitirlo.

Así que ordenó que la mataran, con la esperanza de borrarla para siempre de sus vidas y de que Dios perdonara su crimen y pusiera un hijo en su vientre. El Señor le concedió eso último, porque, un tiempo después, doña Inés quedó embarazada y dio a luz a su primogénito, don Pedro de Lara.

Todo podía haber quedado ahí, en oraciones escuchadas y un Altísimo misericorde; sin embargo, la historia estaba condenada a repetirse. Don Pedro de Lara contrajo nupcias y la relación tan inusualmente estrecha entre Beatriz y don Juan de Aguilar pronto despertó el recelo de doña Inés, que estaba atenta a cualquier rumor. Ya se hablaba de las miradas secretas que se dedicaban, de los arrumacos más amorosos que fraternales, de los excesivos regalos y de las lágrimas que don Juan había vertido durante los esponsales de su hermana, que parecían obedecer más al duelo que al alborozo. Solo fue necesario que esta quedara en estado para que doña Inés oliera la bastardía de la criatura desde lejos.

Destinada a revivir los momentos más infelices de su matrimonio en las carnes de su hijo y negándose a un nuevo escándalo en la corte, como el acaecido a causa de la fatídica infidelidad de su marido, decidió que don Pedro no debía conocer las mentiras de la adúltera de su mujer. La justicia corrió de nuevo de su mano. Mató a Beatriz como mató a la barragana de su bienamado Alonso, creyendo que así había de hacerse. Que esa era la única manera de limpiar el linaje, de conservar el honor, de salvar Valdívar. De mantener intacto el propósito para el que ella había nacido, para el que la habían criado.

Por desgracia, don Pedro de Lara volvió a casarse y lo hizo conmigo, una bastarda reconocida, pero una bastarda, al fin y al cabo. Así que sus intenciones de salvaguardar aquel legado puro e inmaculado se reanudaron.

—¡Prefiero echar abajo este castillo antes de que una asquerosa bastarda lo lleve a la ruina! —gritó, enajenada, mientras asestaba una y otra y otra estocada a la puerta—. ¡Maldita ramera!

La madera no resistió un embate más y cedió. Doña Inés metió la mano por la enorme hendedura abierta a base de puñaladas. Agarró la silla de cadera y la empujó, echándola a un lado, volcándola. Entonces abrió lo que quedaba de puerta y entró.

Su figura se recortó en la oscuridad con un halo dorado debido a los relámpagos de la tormenta. No me había fijado hasta ese momento en que iba con la camisa de noche, los pies descalzos y la melena veteada de canas al viento. Era la primera vez que la veía sin el luto.

Ignoré los aguijonazos en las articulaciones, las náuseas, el mareo y la sangre que aún me goteaba de la nariz, y corrí a por un crucifijo. Me aparté de la ventana, que solo prometía una huida mortal, y me pegué a la pared contraria, en un intento de mantenerme alejada de mi suegra.

—¡Matadme y le habréis dado el golpe de gracia a vuestro hijo!

Ella se echó a reír a medida que avanzaba hacia mí.

—Pedro pudo vivir sin Beatriz, el supuesto amor de su vida. —Escupió en el suelo, repugnada—. Podrá vivir sin vos, os lo aseguro.

—¡Él me ama!

—¡Pero me ama más a mí! —Una sonrisa torcida surcó su rostro, sombrío y agrietado—. ¡Yo soy su madre! ¡Su madre! A mi lado, vos no sois más que una ramera con la que se cruzó por la calle, una concubina dispuesta a yacer con cualquiera, y eso no es nada. —Se rio—. ¡Sois menos que nada!

Le divertía tenerme allí arrinconada, con las rodillas temblando, el rostro crispado y un crucifijo de madera como única arma. Un nuevo rayo alumbró la estancia, nuestras miradas se encontraron y un trueno ensordecedor alentó su retorcida venganza. Doña Inés se lanzó contra mí, blandiendo el puñal con una fuerza inusitada.

Esperé su acometida, con el miedo enroscado en la garganta, y la aferré de las muñecas justo cuando llegó, perdiendo así el crucifijo, que cayó a mis pies. Traté de mantener la distancia, haciendo fuerza, apoyándome en el grueso muro de piedra, pero doña Inés era insistente. Se removía, delirante por la ira, e intentaba zafarse de mi agarre y alcanzarme con el puñal. Durante unos segundos logré evitar que se acercara a mi delicado cuello. Sin embargo, pronto me

ganó terreno. Estaba más despierta, más descansada y mejor alimentada. Y además, la espoleaba un odio visceral, animal, salvaje, bárbaro.

—Teníais que haberos ido cuando tuvisteis la oportunidad —gruñó, luchando por arañarme con el refulgente filo—. Os di muchas muchas ocasiones para que volvierais a Francia y las desaprovechasteis todas.

Sentía su aliento abofetearme el rostro y la frialdad del acero rozarme el pescuezo. Creí que conseguiría sajármelo. Pensé en rendirme, en bajar los brazos y permitir que el filo me dibujara una línea en el cuello. ¿De qué valía seguir luchando si había perdido todo lo que me importaba? A mi hijo, a mi marido, la seguridad de ese castillo que, una vez, ansié que fuera mi verdadero hogar y no una suerte de prisión. Hasta mis amistades en la corte me parecían falsas, interesadas y codiciosas.

Incluso si vencía, también sería derrotada. Ya no podría regresar a la ignorancia, a la ilusión, al pasado perfecto, a los tiempos en los que don Pedro me amaba con la ternura del caballero que desea conquistar a la esquiva dama, en los que no había fantasmas apenados que me acompañaran día y noche, atormentándome con su presencia. Todo eso había quedado bien atrás, encapsulado en una pompa de jabón estallada. Lo que me aguardaba eran la culpa, el rencor en los ojos azules de mi esposo, el juicio indiscriminado de todos aquellos con los que me cruzara, la persecución de rumores maliciosos que me señalarían de ladina, traicionera, desagradecida…, y un insomnio perpetuo, causado por los remordimientos sigilosos que te van devorando por dentro poquito a poco.

Entonces miré a Beatriz, que irradiaba una furia embriagadora que me recordó las humillaciones, las afrentas y los desmanes sufridos, el reguero de sangre que había dejado mi hijo. Me recordó la razón por la que luchaba, que era mucho más noble que la de doña Inés Pérez de Lara. Y así, azotada por la supervivencia y en nombre de mi vástago, arremetí contra mi suegra, empujándola con el peso de mi frágil y depauperado cuerpo. El cuerpo de una madre. Del impacto, perdió el puñal, que voló lejos de ella. Aun desarmada, no lo dudó.

Iba a matarme, aunque fuera con las manos desnudas, los dientes y las uñas. Como una bestia despiadada.

Volvió a abalanzarse sobre mí, profiriendo un aullido gutural.

Tarde.

Demasiado tarde.

Yo ya me había agachado y había rescatado el crucifijo.

Para cuando se abalanzó contra mí, la punta afilada se le clavó en el estómago. Se lo hundí seis veces, hasta que los pies de Cristo comenzaron a desaparecer entre la burbujeante sangre. Lo hice con una saña que no reconocí como propia, con una necesidad desoladora, con una sed que nunca antes había experimentado y que me pedía más y más. La cólera que me inundaba no se aplacaba con nada, ni siquiera con la certeza de que esa vil mujer se desvanecía entre mis brazos y escupía un líquido bermellón que me manchaba la cara, la camisa, la piel.

Aturdida, doña Inés se apartó y dio varios pasos hacia atrás. Con las pupilas fijas en la herida y las manos aferradas al crucifijo que todavía yacía enterrado en sus carnes, se desplomó en el suelo. Un hilillo de sangre le manaba de los labios entreabiertos, por los que boqueaba. Me quedé allí, de pie, junto al espíritu de Beatriz, contemplando cómo la vida se le escapaba hasta que exhaló el último aliento. Después las piernas me cedieron e hinqué rodillas.

Pía entró en los aposentos varios minutos después, mascullando, malhumorada, que alguien la había encerrado en la despensa y que no había podido escapar hasta que una criada escuchó sus golpes de socorro y la sacó. Suponía que había sido Lucía, que algo tramaba, pero no estaba segura. El viento de la noche se filtraba por doquier y, en realidad, podía haber sido un simple accidente, que la puerta se hubiese cerrado por una ráfaga.

La pobre, que venía barruntando todo aquello, no esperaba encontrarme en mitad de la sala anexa, bañada entera en sangre y gotas de lluvia, casi desmadejada de la impresión y con los cabellos revueltos. Qué fácil habría sido confundirme con una lunática.

—Creo que he perdido la razón —musité, ahogada por un río de lágrimas—. He debido perderla. Sí, he debido perderla.

Era lo único en lo que pensaba.

Pía me abrazó, me refugió en su cálido pecho y me acarició la melena empapada de sudor y agua.

—Ya pasó, mi señora, ya pasó —me susurró entre chistidos mientras me mecía.

—Creo que me he vuelto loca.

Tenía que haberlo hecho para haber matado a alguien. A quien era más que alguien. Mi suegra. La madre de mi esposo. La mujer que, por matrimonio, se había convertido en mi parentela. Mi familia.

40

Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres

13 de noviembre de 1276

Don Pedro llegó rozando el alba, sin previo aviso, tal y como había partido hacia Vitoria el día en que el sepulcro de doña Beatriz de Aguilar fue sellado.

Según contó, tras muchos esfuerzos e incontables negociaciones, don Alfonso y Felipe III habían llegado a un acuerdo, aunque para ello había sido menester que el papa Juan XXI enviara dos legados con el fin de calmar la belicosidad de ambos monarcas y evitar una guerra. Nuestro señor Alfonso se había comprometido a rescindir los homenajes prestados al infante don Sancho y a convocar en el plazo de un año unas Cortes en las que se discutiría la sucesión al trono. En ellas debían estar presentes juristas castellanos y franceses, de manera que los pequeños infantes de la Cerda también vieran defendidos sus derechos. Por supuesto, todos habían de acatar la decisión que se tomara, por mucho que algunos orgullos salieran heridos.

Por si fuera poco, el rey también había asegurado que perdonaría a los nobles que se habían rebelado contra él y exiliado a Francia, amparándose bajo la protección de Felipe III. Esos eran los deudos de mi esposo, el señor de Albarracín, don Juan Núñez de Lara, su hermano, el señor de Estella, Nuño González de Lara, y los hombres que los siguieron.

Así, el 7 de noviembre, don Alfonso y Felipe III firmaron una tregua, y mi marido, sin más tareas que atender y con el beneplácito

de su señor, puso rumbo a Valdívar.

Había cabalgado hasta que el temporal lo obligó a detenerse y buscar refugio en una villa a tan solo unas leguas del ducado. Allí pasó la desapacible noche, esperando a que un soplo de viento arrastrara las nubes grises. Cuando la tormenta amainó y estuvo seguro de que la lluvia no le calaría los huesos, se echó la garnacha por encima y volvió a ponerse en marcha.

Impulsado por el juramento que me había hecho, quería llegar cuanto antes. En cierto modo, lo cumplió. Arribó mucho antes de que nuestro hijo naciera, pero porque este nunca habría de nacer. Ya no tendríamos la oportunidad de solazarnos en la paz y la dicha del hogar.

Al entrar en mis aposentos personales, su sonrisa se desvaneció al instante. Don Pedro dio un paso al frente y contempló la sobrecogedora escena que se desarrollaba ante él. Lo que tanto había temido, por culpa de las crueles pesadillas que lo perseguían, se había tornado realidad. Había llegado de un lugar lejano, exhausto por las cuestiones de Estado que a menudo lo alejaban de su familia, y lo primero que había hallado era un cadáver sobre el que llorar y a una mujer velándolo.

Lo que tenía ante sí era más terrorífico que la matanza de moros y nobles caballeros en la zona fronteriza, porque la lucha se había librado entre las dos mujeres de su vida y solo quedaba una, mellada por el acero, astillada por la dureza de los embates, mermada por la culpa. Una victoria nunca es total, siempre hay que enterrar a un muerto. Aun así, sus ojos cerúleos estaban tan cegados que eran incapaces de apreciar que había una mujer más. Beatriz.

—¡¿Qué ha pasado aquí?! ¡¿Qué ha pasado aquí?! —bramó con las lágrimas surcándole la faz, hasta emborronarle las endurecidas facciones.

No pude responder. Llevaba horas con los labios cosidos por un hilo invisible y la lengua pegada al paladar. Me daba la sensación de

que, si abría la boca, acabaría vomitando algo más que duras verdades.

—Madre… —balbuceó, aproximándose al cuerpo mustio de doña Inés, que yacía tendido sobre mi lecho.

Pía había actuado con suma presteza y una inteligencia innata. Cuando logró calmar mis hipidos a causa del llanto, me levantó del suelo y procedió a limpiarme con lienzos y agua fresca hasta que las manchas rojizas que me moteaban desaparecieron. Me cambió la camisa de noche, me cepilló la larga cabellera y me apostó en una silla. Nadie habría podido imaginar que acababa de cometer un asesinato, de no ser por los remanentes de sangre que conservaba bajo las uñas pulcramente recortadas y el estado de angustia en el que me encontraba.

Luego fue en busca de Lucía.

—Venid a recoger lo que habéis propiciado con vuestra antipatía y férrea obediencia —le dijo—. Podíamos habernos ahorrado que una de nuestras señoras muriera, pero tuvisteis que jugar sucio, encerrarme en la despensa y alejarme de doña Mathilde. Así que, venga, venid a zurcirle las carnes a la vieja bruja de doña Inés Pérez de Lara.

Juntas, haciendo acopio de todas sus fuerzas, arrastraron a doña Inés desde la sala anexa hasta mi alcoba, dejando a su paso un reguero bermellón. La depositaron sobre mi lecho y ahí permaneció, con el rostro contraído y las manos posadas sobre el regazo, todavía supurando sangre.

No les había dado tiempo a arrancarle el crucifijo del estómago ni a adecentarla, mucho menos a fregar los aposentos para eliminar cualquier rastro de la contienda. Justo cuando se disponían a ello, mi esposo había aparecido, rompiendo el aura de secretismo que había viciado la atmósfera.

Con la polvareda del camino aún impregnando sus vestiduras, don Pedro restó la distancia y se posicionó al lado de la cama. Desde allí, contempló a su difunta madre. Se sorbió la nariz, aunque no le sirvió de mucho, porque unos enormes lagrimones le caían por la barbilla, goteaban sobre las sábanas de seda y empapaban la piel arrugada y sanguinolenta de doña Inés, que empezaba a adquirir un tono

mortecino. Le cerró esos ojos azules que él había heredado y que, abiertos y vidriosos, evidenciaban la sorpresa del ataque, y rezó una oración muda para que su alma encontrara la paz.

¿Quién iba a contarle que las últimas confesiones de su honorable progenitora habían sido rastreras y viles, que las había escuchado yo y no un clérigo que pudiera mediar por ella ante Dios, absolverla de sus pecados y darle el sacramento de la extremaunción? ¿Quién iba a anunciarle que, con tantos yerros encima, doña Inés iba directa al infierno, y no por criminal, sino por no arrepentirse de ello?

—Vuestra madre mató a doña Beatriz de Aguilar, que Dios la tenga en su gloria —murmuré, con la vista fija en el cadáver—. Y esta noche ha intentado matarme a mí.

Él se giró para observarme. Quise decirle que no lo había conseguido, pero que el niño, en cambio… No pude. Las palabras se me atragantaron y un sollozo me desgarró el pecho. No había forma fácil de dar esa noticia, así que me levanté torpemente, casi temblado, y me llevé las manos a las entrañas vacías.

Don Pedro entendió que ya no había en mi cuerpo nada más que huesos, carne y una tristeza profunda. Destrozado por la pérdida, emitió un rugido animal que nos sobrecogió a todas y, acto seguido, descargó la rabia y la frustración contra la bacinilla, a la que propinó una patada, haciéndola rodar.

—Mi señor… —musitó Lucía, en un vano intento de calmar a la bestia.

Él no quiso escucharla. Todo lo que tocaba se desmoronaba, se convertía en un osario. Primero, su padre, don Alonso González de Lara. Luego, su amada esposa, doña Beatriz de Aguilar, seguida de nuestro hijo y, al fin, su madre, doña Inés Pérez de Lara. Puede que estuviera infectado por la maldición, puede que él fuera el portador de un mal augurio que se contagiaba con un mero roce, al igual que la enfermedad de los leprosos.

Con un simple gesto, dispensó a las criadas, a quienes ordenó que no contaran a nadie lo que había en esa alcoba, so pena de muerte. Lucía y Pía se fueron y nos dejaron allí, junto al cadáver de doña Inés Pérez de Lara y el espíritu doliente de doña Beatriz. Fue entonces cuando mi esposo se permitió derrumbarse. Se sentó en el

frío suelo de piedra y ocultó su rostro entre las rodillas. Verlo así, destrozado, sumido en un llanto gutural, me recordó al niño que tantas veces me había descrito, a ese pequeño al que había mordido un perro, dejándolo marcado de por vida.

Conmovida, lo cubrí con mi frágil cuerpo. Le besé la coronilla hasta que los labios me dolieron y le froté la espalda hasta que la palma de la mano me ardió. Deseaba acompañarlo en el duelo, unirme a sus lágrimas, pero algo me lo impedía. El rencor, el miedo, el odio o la ausencia de emociones. En parte, me sentía ajena a aquella desgracia, pese a mi participación en ella.

—Yo lo sabía —dijo. Su voz sonaba aún más cavernosa, congestionada por la llantina—. Yo sabía dónde estaba Beatriz.

Impactada por aquella oscura revelación, me aparté. Ante la repentina soledad, don Pedro alzó la cabeza. Mi mirada se deslizó desde él hasta Beatriz, que nos observaba con esa languidez otorgada por la muerte.

—Estaba en una cueva, escondida. Fue ahí donde la dejé, resguardada de la lluvia de aquella terrible noche. —Carraspeó—. La llevé hasta lo más hondo de la caverna, la acomodé entre las piedras y, luego, cerré la abertura con hojarasca y ramas, con la intención de que nadie la encontrase si paseaba por allí y de que las alimañas no reparasen en ella, no la… —Se humedeció los labios y contuvo el sollozo—. No la olisqueasen y perturbasen.

No podía creerle. O quizá no quería creerle. Todo lo que había dado por asegurado hasta entonces eran ruinas a mis pies. Solo me quedaba él.

—Eso es mentira. —Las palabras me brotaron solas de la boca—. Eso es mentira.

Su risa rasposa me estremeció casi tanto como la curva de sus comisuras, deformadas en una mueca tosca.

—¿De verdad creéis, esposa mía, que os mentiría en algo así, en una situación tan desafortunada? —Nos señaló a los dos y, a continuación, a su madre.

—Yo ya no sé qué creer —bisbiseé compungida.

—No puedo culparos.

Busqué la verdad en el fantasma de Beatriz. Necesitaba que asintiera, que los carbones de sus pupilas relampaguearan, que me advirtiera de que el hombre que tenía ante mí era una bestia sin compasión. Mas no hallé nada, solo ese mutismo tan usual en ella.

¿Era eso lo que había querido decirme con aquella pieza del ajedrez, que don Pedro de Lara, a quien yo veneraba como un rey y que era el rey de mi hogar, resultaba ser el culpable de las calamidades que nos habían asolado? ¿Siempre había sido él? Una parte de mí, enamorada y desesperada, todavía se resistía a aceptarlo. Mi esposo lo sabía. Por eso, emitió un suspiro y comenzó a hablar.

—Madre y Beatriz discutían constantemente, se enzarzaban en disputas acaloradas que, ora ganaba una, ora la otra. Yo trataba de interceder, pero no se puede poner paz entre quienes han jurado destruirse. Cuando madre cayó por las escaleras y perdió la vista…

—No estaba ciega.

Don Pedro me miró, confundido y extrañado.

—Sí que lo estaba.

—No. No lo estaba —espeté—. Me ha atacado y perseguido por toda la alcoba y buena parte de la sala. Una ciega no daría dos pasos sin caerse de bruces.

La puerta, que conectaba las dos estancias, presentaba esa enorme brecha que evidenciaba una buenísima puntería.

—Veía formas —dijo, encogiéndose de hombros—. Solo eso.

Me cuidé de decirle que, a juzgar por la precisión con la que había intentado apuñalarme y cortarme el cuello, eso era imposible. Y más en la oscuridad absoluta, rota tan solo por los haces de luz de la tormenta.

Don Pedro debió de leer mis pensamientos, pues se rascó la barba y exhaló un bufido. Estaba fatigado, más de las desgracias que arrastraba su familia que del largo viaje o la interminable noche que había pasado aguardando a que la lluvia cesase. Signos evidentes de ello eran su rictus atormentado y el decaimiento de los hombros.

—Madre decía que había sido Beatriz —prosiguió—, que la había empujado escaleras abajo para acabar con ella. Por supuesto, yo no la creí. Mi esposa podía pecar de infinidad de cosas, pero no era una

asesina, no se dejaba dominar por el odio o la sinrazón. De haber sido así, habría matado a toda la corte, tenía buenas razones para ello. Y lo cierto es que —chasqueó la lengua, irritado— yo la habría ayudado.

Una chispa de resentimiento persistía en esa laguna azul que eran sus ojos. Debía de referirse a las maledicencias que algunas grandes señoras habían vertido sobre Beatriz y su hermano, acusándolos de mantener una relación incestuosa. Hasta entonces no me había preguntado cómo esos rumores habrían afectado a Beatriz, a don Juan de Aguilar o al matrimonio entre ella y don Pedro. Solo había pensado en doña Inés, en que aquello había sido la madera que había encendido el fuego de su rabiosa intolerancia.

—No la creí hasta que una tarde, al regresar de Toledo, fui a visitar a madre a su alcoba y la encontré allí de pie, sujeta al margen del lecho, asustada y con un puñal en la mano. Beatriz yacía sobre la alfombra, con una herida en el estómago. —Resopló—. Qué ironía, ¿verdad? A todas os da por defenderos acuchillando a vuestras oponentes en el estómago.

Apreté los puños, indignada por su grotesco comentario. ¿Cómo se atrevía a sugerir que su madre y yo guardábamos algún parecido, cuando ella había matado a dos mujeres, a las dos criaturas puras e inocentes que estas llevaban en el vientre y a nuestro hijo sin un ápice de remordimiento? ¡Yo, en cambio, solo había tratado de salvar mi vida!

—Me dijo que Beatriz había aprovechado su convalecencia para intentar matarla mientras dormía, asfixiándola con uno de los almohadones, y que casi lo había conseguido.

Una risa socarrona me arañó la garganta. Típico de doña Inés Pérez de Lara: hacerse la mártir, fingir bondad y virtud, y cargar con el peor pecado a quien consideraba indigna.

—Beatriz apenas pudo verbalizar algo más allá de «veneno» y «puñal» mientras la señalaba. Supongo que insinuaba que madre había envenenado el acero. Pero eso era imposible. ¿De dónde lo habría sacado?

—De los tejos que hay en el ducado —respondí—. De esos que se ven desde la ventana de mis aposentos. Los mismos de los que

hablaba Julio César en su *De bello Gallico*.

Don Pedro tragó saliva, abrumado por la sinceridad de mi respuesta y la verdad que había en ella. Me impresionó que cuestionara el origen del veneno, pero no del arma que su madre había esgrimido. ¿Acaso no se había preguntado cómo había aparecido allí un puñal y qué hacía ella con él? ¿Si lo guardaba bajo la almohada o entre las sábanas? ¿Y para qué? Porque, desde luego, si doña Beatriz pretendía asfixiarla, solo necesitaba las manos desnudas y un cojín.

No. Mi marido no veía que aquello era una mentira orquestada por doña Inés Pérez de Lara. Que lo más probable era que Beatriz hubiera descubierto que esta trataba de envenenarla con algún tóxico y que, sintiéndose mal, había acudido a su alcoba a plantarle cara, y que allí, a solas, doña Inés, que fingía invidencia e invalidez, había perdido los nervios y la había atacado, truncando su propio plan. Descubriéndose a sí misma. Eso era lo que había intentado, con muy poco éxito, decirle Beatriz mientras agonizaba en el suelo. Que doña Inés era igual que una vieja araña; con paciencia y astucia se había dedicado a tejer una red con la que atraparnos a todos y así devorarnos. Incluido a su hijo.

—Oh, Mathilde… —gimió, con la culpa borboteándole en las venas, al igual que la ponzoña destilada del tejo.

Elevé la mano para frenar sus condolencias, sus excusas baldías, esos remordimientos que ya no tenían cabida y que yo no quería siquiera escuchar. Porque, aunque él no hubiera matado a doña Beatriz de Aguilar, sí que había escondido su cadáver y había mentido a sus deudos, revistiéndose de un dolor y una inquietud que, en realidad, no lo acechaban, y se había negado a desvelar su paradero. Y aquello era peor. Qué acertado había estado Juan de Aguilar al sospechar de él, al equipararlo al ángel más hermoso, al favorito de Dios, caído en desgracia por su traición.

Mi marido había demostrado ser un hombre ruin y mezquino, capaz de cometer actos atroces. Podía perdonar sus arrebatos de cólera, su desmedida dominación, sus celos endemoniados y la lascivia con la que me había corrompido desde el primer momento.

Pero no eso. Todo lo que atañía a Beatriz y a su pequeño, que eran el vivo reflejo de mí y mi hijo, se escapaba de mi piadoso corazón.

—Así que os la llevasteis al bosque —reanudé la trágica historia.

Él asintió avergonzado, cabizbajo, enfocando la vista en la palma de sus manos, manchadas por una sangre invisible que todavía apreciaba, pegajosa, entre sus dedos.

—Incluso recibiendo la atención de un físico, Beatriz habría muerto. Creedme, esposa mía, he visto heridas así de profundas, y si es cierto que había veneno de por medio… De eso no hay quien se recupere más que por intermediación divina.

—Y preferisteis que si Dios decidía inclinarse a su favor, lo hiciera en otra parte y no en este castillo. No fuera doña Beatriz a relatar lo sucedido en realidad.

—No —atajó y elevó el rostro. Un brillo de indignación ardía en sus pupilas—. Sabía perfectamente que lo de Beatriz era una batalla perdida, así que actué en consecuencia. Salvé lo que buenamente pude, a madre. La acosté en la cama y le prometí que yo me encargaría de todo. Estaba dispuesto a hacerme responsable de su crimen.

Ahí estaba: el amado hijo, el gallardo duque, el valeroso caballero. El hombre maldito por su apellido y su linaje.

Miré a Beatriz, que chorreaba sangre por los bajos de las vestiduras.

¿Debía decirle a mi marido que Beatriz estaba encinta, que doña Inés la había acuchillado en las entrañas para así deshacerse del bastardo que crecía en ellas, para castigarla por su libertinaje, por amar sin medidas a quien no le correspondía? ¿Debía decirle que no era la primera vez que recurría al filo del acero, que ya se había cebado con otra mujer embarazada en aras de defender la pureza de su estirpe, de preservar su cometido de esposa? ¿Debía hablarle de su padre y la barragana?

El espectro negó y yo callé. Quizá no me perteneciera a mí sacar a la luz aquellos secretos enterrados bajo capas y capas de podredumbre.

—Madre pensó que podíamos coserle a Beatriz la herida del estómago y simular que había fallecido por causas naturales. A

veces pasa, la gente se muere, incluso la más robusta y sana. ¿Por qué no ella? Pero yo sabía que eso no resultaría. Los Aguilar se presentarían aquí, insistirían en ver el cuerpo, en reclamarla, en llorarla, sobre todo su progenitora. Y yo no creía que pudiera negarme a la desesperación de una madre. Si cedía ante su dolor, ella o sus hijos descubrirían el remiendo mal ejecutado y adivinarían que Beatriz había sido apuñalada. Así que propuse confesar el crimen.

—Pero doña Inés no os lo permitió.

Don Pedro cabeceó, acosado por la mala conciencia. Era obvio, pocas cosas importaban más a doña Inés Pérez de Lara que el orgullo, las apariencias, la honra y la reputación de su familia.

—Me suplicó que no lo hiciera. No quería quedarse sola, estaba mayor y ciega, mi padre hacía años que había rendido el alma y mi hermana, asentada en Cigales, estaba lejos. Yo era lo único que le quedaba. No podía hacerle eso. Estaba aterrada ante la idea de perderme.

Solté una carcajada que destilaba más desprecio que repugnancia, aunque ambas emociones me embargaban. Se suponía que don Pedro de Lara era un hombre culto, con una agilidad mental envidiable, que estimaba la lógica y la practicidad; por eso el rey don Alfonso fiaba de él y sus consejos. Sin embargo, ¿dónde estaba esa feroz inteligencia? Su madre lo había engañado con una facilidad que daba hasta risa. ¿Cómo no se había percatado de que, incluso confesando haber matado a doña Beatriz de Aguilar, jamás le hubiera sucedido nada?

Porque a los hombres nunca les sucede nada. Era privilegio del marido castigar a su mujer si esta no le servía como era debido, replicaba, tenía mala lengua, mal carácter, se negaba a yacer con él o cometía adulterio. Podía amenazarla con el cuchillo colgado al cinto, con el que degollaba a los animales y los despellejaba, podía atizarla con garrotes o con la mano abierta, siempre que no se excediera y le hiciera una herida con el arma o la llevara a la muerte de un desafortunado golpe.

Y aun así, ¿quién habría culpado a don Pedro de asesinato si se hubiera al fin revelado que doña Beatriz, en efecto, le era infiel y

estaba embarazada de su propio hermano? ¿Quién le habría dispuesto una pena? Todo varón se habría compadecido de él, habría entendido que, enajenado por la rabia, febril por la humillación y el desprecio de su esposa, se hubiera propasado con el acero con el que la escarmentaba y amedrentaba.

Un accidente. Un terrible accidente. Así lo habrían denominado. De haber llegado a juicio, el rey, quien también tendía a hacer sufrir a doña Violante, hasta lo habría indultado.

Yo tenía razón. Doña Inés Pérez de Lara no estaba ciega, era su hijo el que no gozaba de vista alguna.

—Así que cogí a Beatriz, la subí a su caballo, la llevé al bosque y la dejé allí, en la cueva. Nadie me vio, todos pensaban que me hallaba en Toledo junto a don Alfonso y que volvería tarde. Nadie pareció reparar en su ausencia hasta que la noche se nos echó encima, se dispuso la mesa para la cena y yo mismo, tras fingir haber arribado, di la voz de alarma.

Un silencio espeso y fúnebre se instaló entre nosotros, aplastándonos con su peso. De repente, el aroma a agua de mayo, tierra mojada y descomposición se hizo más notable. El espíritu errante se había posicionado a mi lado para observar al hombre que había cargado con su cuerpo acuchillado y lo había depositado en aquella cueva.

Había estado allí tres años. Tres largos años, conservada por la humedad y la oscuridad, hasta que algún animal apartó la hojarasca que cubría la entrada de la caverna y la devoró.

—Se supone que la amabais.

—La amaba con toda mi alma.

—¿A eso lo llamáis amar? Porque entonces vuestro amor no vale mucho, mi señor.

—¿Cómo podéis decirme eso?

—¡No! —exclamé, iracunda por que se hubiera ofendido por mi comentario y no por sus deleznables actos—. ¿Cómo pudisteis vos abandonarla allí, aterida y moribunda, desprovista de ayuda? La dejasteis tirada como un perro, sin nadie que le sostuviera la mano, que le aliviara el miedo, que le prometiera paz.

«Y encima penando por su hijo», omití.

—¡Tenía que proteger a madre! —rugió, con dos enormes lágrimas cayéndole por su apuesto rostro.

Entonces lo comprendí.

A doña Inés la habían criado para amar a su esposo por encima de todo y de todos, y cuando le tocó ser madre, crio a su hijo para que la amara a ella por encima de todo y de todos.

Incluso si hubiera exhumado los cuerpos de sus víctimas y le hubiera mostrado las pequeñas criaturas que no habían llegado a nacer, él la habría defendido. Y no por fe ciega. Es que era incapaz de concebir que su honorable progenitora no fuera un cúmulo de virtudes, sino un receptáculo para la maldad. Por eso no se preguntaba la razón por la que su madre me había atacado y había estado a punto de asesinarme, repitiendo así un acontecimiento traumático que ya había tenido lugar entre esos gruesos muros.

No me había abrazado para saber cómo me encontraba, no me había revisado para comprobar si había sufrido algún daño. Simplemente había orado por doña Inés, le había cerrado los párpados y se había echado a llorar.

Y lo que era aún peor, no había dedicado ni una palabra ni un pensamiento a nuestro pequeño. ¿Por qué lo habíamos perdido? ¿Qué había ocurrido? ¿Estaba enterrado, dónde, podía ir a visitarlo?

La verdad era reveladora a la par que brutal. La bilis me subió por el esófago, provocándome náuseas. Doblada por la mitad, di un par de arcadas, con los ojos lagrimosos y los vellos erizados. No había nada que vomitar, nada más que asco.

—Esposa mía…

—No me toquéis —le exigí, apuntándolo con el dedo índice para mantenerlo alejado—. No oséis tocarme.

Se había impuesto como costumbre que mis deseos no importasen. Así que, una vez más, don Pedro hizo caso omiso y gateó hasta mí. Me rodeó con los brazos, obviando mi llanto angustioso, los estertores que me sacudían y los hipidos que me impedían casi respirar.

Odié su tacto, que me quemaba la piel, su cálido aliento, que desprendía el vaho del azufre del infierno, sus manos impregnadas de sangre inocente, su boca mentirosa, sus susurros melosos. Me

removí con insistencia y traté de escapar, pero su agarre se tornó más fuerte y me inmovilizó.

—Haré lo que debimos hacer con Beatriz —dijo mientras me acariciaba los cabellos con parsimonia y ternura—. Yo mismo limpiaré el cuerpo de madre y coseré sus heridas. Anunciaremos que ha fallecido por la noche y prepararemos su funeral. Guardaremos este secreto entre nosotros.

Me alejó de su pecho solo para capturar mi rostro y besarme la frente. Estábamos empantanados en lágrimas.

—No hablaremos más de esto y pronto nos olvidaremos de todo lo que ha sucedido. Ya lo dijo Jesús: «Dejad que los muertos entierren a sus muertos». Podemos quedarnos aquí o regresar a la corte, si eso es lo que os place, allí parecíais mucho más feliz. Escribiré a don Alfonso y él nos acogerá de vuelta. Nos repondremos, esposa mía. Nos repondremos de este golpe y continuaremos caminando juntos.

El amanecer había despuntado por el horizonte hacía ya rato y la luz dorada entraba a raudales por la ventana, incidiendo en el cuerpo de doña Inés Pérez de Lara y transformando la sangre que empapaba el lecho en un líquido ambarino, similar a la ambrosía.

Bajo esa aura, todo lucía diferente, lustrado por un brillo especial. El espíritu de Beatriz, que resplandecía a mis espaldas. Los destrozos de la puerta. La silla volcada en la sala. El crucifijo alzándose victorioso, con los pies de Cristo enterrados en la carne de doña Inés. La bacinilla lanzada a un rincón. Los ojos de don Pedro, que eran gemas preciosas y destellaban. La cicatriz que le sajaba el rostro.

—Aún tenemos tiempo para resarcirnos de nuestros pecados, para perdonarnos y reencontrarnos en la humildad y el amor.

Por un momento pensé que era él quien había enloquecido.

¿Perdonarnos? ¿Insinuaba que me perdonaría por haber matado a su progenitora, pese a lo mucho que la amaba, si yo le perdonaba por haber sepultado a su primera esposa, a doña Beatriz? Mi crimen por el suyo. Un intercambio de culpa. ¿Era esa la única forma que había encontrado para mantenerme a su lado?

—Volveréis a embarazaros, tendremos hijos y conformaremos una gran familia. «Creced y multiplicaos» —recitó, con una sonrisa de

esperanza.

La bilis volvió a subirme por la garganta.

Aún tenía el cuerpo reventado por el salvajismo del aborto propiciado por su madre y él ya estaba pensando en preñarme otra vez. En sustituir por otro al niño que había alojado en mi vientre y que se había esfumado a base de retortijones, implacables oleadas de padecimiento, sudor, sangre y esfuerzo. ¡Como si no hubiera sido nada más que una esperanza diluida en el tiempo! ¡Como si no hubiera sido mi pequeño de carne y hueso! ¡Como quien pierde una alhaja y pide que un gran orfebre le confeccione otra!

Don Pedro de Lara había confundido mi atención con devoción, mi embeleso con aceptación, y de nuevo me besó en la frente.

—Quiero irme a casa —musité, todavía enclaustrada entre sus fornidos brazos.

—Pero si ya estáis en casa, querida mía.

—No —gimoteé—. Quiero irme a Nailloux.

Pronunciar el nombre del condado de mi padre abrió una vieja herida que ya debía estar cerrada. La del destierro. La de la soledad del castillo de los Lara. La de la desaparición súbita de mi intérprete y mi séquito de doncellas. La de mi acento francés. La de mi voz silenciada.

Qué bien lo había hecho doña Inés. Sus tretas y sus tejemanejes, ocultos tras una máscara de bondad infinita, camufladas por la servil Lucía, casi habían provocado mi descenso a la locura. Y, en ocasiones, durante unos instantes, me cuestionaba si no lo habría conseguido.

¿No me había vuelto una enajenada mental?

—No podéis hacerme esto, Mathilde. No podéis abandonarme, soy vuestro esposo.

Qué irónico. Eso era precisamente lo que él le había hecho a Beatriz.

—Vos sois mi Eva. ¿No lo recordáis? —Me sacudió, como queriendo que aquellas escenas del pasado se reestablecieran en mi memoria—. Estáis hecha a partir de mis costillas, de mis huesos, de mi aliento. Y sois mi Rut. Prometisteis seguirme allá a donde fuera, morar donde yo lo hiciera y rendiros ante mi Dios.

Cualquier promesa se me antojaba ridícula, porque lo cierto es que no podía cumplir ninguna de ellas. Y aunque lo hubiera deseado, no era Rut y no era Eva. Más bien me asemejaba a Salomé, y de haber tenido una pizca más de coraje y sed de revanchismo, habría pedido su cabeza en bandeja de plata. Se la habría cortado yo misma.

No podía quedarme allí, en Valdívar. No podía seguir atada a don Pedro de Lara. No después de todo lo que había descubierto y adolecido por su maldita causa.

Atrapé sus manos, que aún me envolvían el rostro, y, poco a poco, fui deslizándolas hacia abajo hasta retirarlas por completo. Me daba la sensación de que me brotarían ampollas allí donde me había tocado.

Por fin liberada, me puse en pie. Lo observé desde allí arriba y la escena me pareció lamentable. Ese hombre de espaldas anchas, hombros esculpidos en mármol y fiereza, que había cabalgado hasta la frontera y ensartado a centenares de infieles con su espada, me contemplaba de rodillas. Abatido. Hundido. Derrotado. Sumido en la más absoluta miseria, a la que quería arrastrarme con él.

—Ya os lo avisé hace mucho tiempo. —Mi voz sonó con la dureza del pedernal—. Os dije que si un día sufría de la calamidad que había asolado a la reina doña Violante y perdía a mi hijo, yo misma me tiraría desde la torre del homenaje. Si me quedo aquí, en Castilla, os juro por Dios, nuestro Señor, y por la Virgen que me arrojo desde las alturas.

La amenaza lo aterrorizó y el pánico se esbozó en sus afiladas facciones.

—No me hagáis esto. —Se agarró a las orillas de mi camisa—. Todavía podemos ser felices. Todavía podéis darme un heredero. No os dejéis vencer. Hay miles de mujeres que sangran y pierden a sus vástagos. Es así. Es ley de Dios.

—¡Fue vuestra madre! ¡Ella me lo arrancó! —grité, golpeándome el pecho, enrabietada de dolor—. ¡Siempre fue ella!

Aún era incapaz de aceptarlo, de verlo, de siquiera imaginarlo.

Me había equivocado. A don Pedro le atemorizaba más mi huida y la correspondiente ausencia de mujer y progenie que mi

defenestración, que encontrar mi cuerpo molido y estrellado contra el duro suelo. Eso me mostró, una vez más, el hombre que realmente era. El digno hijo de su madre.

—Vos sabréis qué preferís, si una esposa abandonada o una segunda esposa muerta —escupí, con el mentón alzado.

—Mathilde… —me rogó, todavía postrado ante mí, con los ojos azules inundados, la nariz moqueando y la cicatriz apretada, deformando su belleza.

Lo miré implacable, tratando de desposeerme de los últimos reductos de amor. A sabiendas de que, si manifestaba un ápice de duda, no habría quien me sacara de Castilla. De Valdívar. De ese deprimente castillo en el que se hacinaban almas en pena. Y me moriría allí, junto al espectro de doña Beatriz de Aguilar.

—Sois mi esposa… Mi fuente de dicha.

No reculé. En su lugar, me alcé aún más firme y le permití llorar indignamente sobre los bajos de mi camisa.

—Si me amáis, si me amáis como decís hacerlo, aunque sea una quinta parte de lo que, según vos, habéis amado a Beatriz, encontraréis la forma de dejarme ir y disolveréis este fatídico matrimonio.

Epílogo

27 de diciembre de 1283

De todos era sabido que doña Almodis de la Marca y Ramón Berenguer I, conde de Barcelona, habían logrado la nulidad de sus respectivos matrimonios para así escapar juntos y contraer nupcias. Ella, hasta entonces, había sido la esposa del conde de Tolosa, Ponce III, y él, el marido de Blanca de Narbona.

Esto nos había enseñado que había precedentes, que todo lo que se hace puede deshacerse, si esa es la voluntad de Dios. Pero también del hombre. Y es que es inútil luchar contra el amor y el desamor.

Lo nuestro fue, ciertamente, un proceso largo y tortuoso. Don Pedro de Lara y mi padre habían firmado las capitulaciones ante notario, el matrimonio civil se había llevado a cabo y, aunque no habíamos conseguido dar el siguiente paso y matrimoniar en faz de iglesia y celebrar los festejos como correspondía, la consumación carnal se había producido. De hecho, era fama que yo había quedado encinta y había perdido a la criatura.

Mi esposo podía haber aludido infinidad de pretextos para repudiarme: mi incapacidad para engendrar hijos, el adulterio cometido, la rebeldía de la que había hecho gala en los últimos tiempos y que me había conducido a la impertinencia y desobediencia, haciendo menester más de una amenaza y escarmiento, o incluso el asesinato de doña Inés Pérez de Lara, del que era culpable. Aquello último, al igual que el adulterio, jamás se descubrió, pues entre Lucía y Pía lavaron y zurcieron el cadáver. Y don Pedro se acogió a lo prometido: dar cristiana sepultura a su

madre y no revolver más los secretos enterrados en las inmediaciones fértiles del castillo de Valdívar.

De hacerlo, tendría que enfrentarse a los desmanes de doña Inés, a los crímenes que había perpetrado con su mano cruel y su mente abotargada por la dura crianza que le habían dado. Y no era capaz de ello. Le resultaba imposible visualizar a su madre como la causante de aquellos actos deleznables que, por seguro, habían condenado su alma a las llamas candentes del infierno.

Finalmente, don Pedro de Lara me acusó de haber sucumbido a la locura, un rumor que había ido esparciéndose con sigilo por la corte, poco a poco, hasta granjearme dicha reputación. Todo el mundo comenzó a murmurar que yo era una mujer desquiciada, que había perdido los nervios y la cordura después de sufrir el aborto, del que no había conseguido reponerme ni mental ni físicamente, y que, enajenada por completo, decía ver el espíritu de doña Beatriz de Aguilar.

Por supuesto, ante semejante desgracia, a nadie le extrañaba que don Pedro de Lara, angustiado por las muchas tragedias que lo habían golpeado en tan poco tiempo, me hubiera devuelto a Nailloux y hubiera pedido la disolución matrimonial, pues el ducado de Valdívar aún necesitaba un heredero.

No recibí mi libertad como esposa de don Pedro de Lara hasta hace unos meses, cuando llegó al convento de Argenteuil una misiva que me anunciaba la buena nueva. La definitiva e irrevocable separación entre los linajes Leblond y Lara me ha permitido, de una vez por todas, renegar de la vida del lego y asumir que mi destino se halla entre los gruesos muros de este lugar, tocado por la mano de Dios.

Es irónico que, muchos años atrás, yo me postrara en un reclinatorio, con los ojos llorosos y la esperanza casi extinta, para suplicarle al Altísimo que me bendijera con un buen marido o me otorgara la vocación de una hermana. Supongo que he tenido que padecer lo que es ser una mujer aferrada a un amor contaminado

para aprender a valorar el sosiego y la independencia que te confieren los hábitos y la toca negra. Igual que Eloísa.

Aquí no hay emplastos que valgan, ni belleza a la que atenerse o pasiones mundanas a las que temer. El convento de Argenteuil es un remanso de paz en el que no caben política ni intrigas cortesanas, infidelidades ni orgullo, avaricia ni ostentación. Ahora me dedico a la oración constante, a labrar la tierra con mis compañeras, que son esposas de Dios y hermanas mías, a velar por los más necesitados y a confiar en la voluntad divina.

Pero todo eso no me impide, desde luego, recordar lo acaecido en Castilla. En ocasiones, cuando cierro los párpados y empiezo con la retahíla de rezos, me veo en Valdívar, afanada en las labores de bordado, enredada entre las sábanas de don Pedro, afincada cerca del lar junto a mi fiel Pía. Me vislumbro en la corte del rey don Alfonso, acompañada por Blanca de Francia y la reina Violante, sentada frente a cualquier partida de ajedrez, damas o alquerque, mientras hilvanamos ardides. Y me atisbo galopando por las extensas praderas, seguida por don Sancho, que se ríe a carcajada limpia de mis ocurrencias y mi sensatez. Y entonces… siempre aparece la figura de doña Inés.

Y una infinidad de preguntas me asola. ¿Y si doña Inés Pérez de Lara no era tan perversa después de todo? ¿Y si solo era una esposa que luchaba con uñas y dientes por preservar lo que legítimamente le pertenecía? ¿Y si solo era una mujer aterrorizada ante la idea de que su marido prescindiera de ella de la forma más sencilla y brutal posible? ¿Y si temía que la matara para así casarse con su barragana y reconocer al niño que habían concebido fuera del matrimonio? ¿Quién no habría sucumbido a la desesperación y se habría deshecho de la fémina que podía ser su ruina?

Cuando esas cuestiones me asaltan, a menudo en mitad de la noche, trato de retrotraerme a esos momentos de pánico e incertidumbre en los que doña Inés se alzaba sobre mí con un puñal y ojos febriles. Entonces me acaricio las entrañas huecas y pienso en mi hijo truncado, y miro al espíritu de Beatriz, que todavía me persigue. A veces, solo a veces, me sonríe perdonándome por las dudas, comprendiendo mi necesidad de sanar, de buscar respuestas

a incógnitas que aún me son indescifrables, y todas tienen que ver con doña Inés Pérez de Lara, don Pedro de Lara y la maldición que atañe a su linaje.

Y es que todavía me sorprendo añorando al que fue mi esposo. Quizá por pura nostalgia, por la ardiente pasión que me despierta o por el amor que no se ha deteriorado. Quién sabe… A menudo el pasado nos parece más dulce de lo que realmente fue.

Pero mi historia no acaba aquí. Estas memorias no están abocadas a quedar encerradas en mi humilde celda de monja, donde alguien las encontrará tras mi fallecimiento. Y las leerá. Y me compadecerá.

No.

Deben atravesar las montañas pirenaicas, salir del reino de Francia y viajar hasta Castilla, llegar, camufladas, al señorío de Monturque, donde las espera don Juan de Aguilar, quien se las entregará a Pía, quien se las cederá a doña Margarita de Zúñiga. Este será mi presente con motivo de sus nupcias con don Pedro de Lara.

Porque dicen que los cotilleos son una terrible falta, pero, en realidad, esa es solo la excusa de los hombres que buscan silenciarnos para que no podamos alertarnos las unas a las otras.

Así que esto es un aviso. Una nota de advertencia para la joven dama Margarita de Zúñiga, a la que el espíritu de Beatriz y yo deseamos que tenga la más dichosa de las vidas de las tres últimas duquesas de Valdívar.

Notas de la autora

La duquesa bastarda es mi primera novela de ficción histórica. Esto significa que, aunque el contexto histórico en el que nos movemos —la crisis sucesoria de Alfonso X— es verídico y está documentado, y así he intentado volcarlo en estas páginas, la trama principal, la protagonista y muchos personajes que la rodean e impulsan la acción son una mera invención. Y es que con este libro deseaba cubrir aspectos que anteriormente no había podido tratar, bien por no ajustarse a la temática de la obra, bien por ser imposibles en ese momento o sociedad, por ejemplo en al-Ándalus.

Por ello, y como viene siendo habitual, dedicaré unas líneas para abordar estos temas y que así podamos discernir la realidad de la ficción.

El repentino fallecimiento de Fernando de la Cerda —que los *Anales toledanos* fechan en el 24 o 25 de julio de 1275— sorprendió al rey Sabio cuando marchaba por Belcayre, cerca del río Ródano. Por aquel entonces, Alfonso X estaba inmerso en una cuestión que lo había llevado casi a la obsesión: ser designado rey de Romanos del Sacro Imperio Germánico, una oportunidad que volvió a abrírsele tras la muerte de Ricardo de Cornualles, en 1273.

Con el fin de entrevistarse con el papa Gregorio X y obtener así su apoyo táctico, el monarca castellano inició los preparativos para partir hacia tierras del Imperio, donde deseaba reunirse con Su Santidad. Pese a sus muchos intentos y su reiterada necesidad de aludir a que era hijo de Beatriz de Suabia, todo resultó inútil. De hecho, Alfonso X emprendió este largo viaje siendo consciente de que el pontífice lo impelía a renunciar a sus pretensiones imperiales,

dado que Rodolfo I de Habsburgo ya había sido elegido rey de Romanos y coronado en Aquisgrán como rey de Alemania.

El *Libro de los hechos del rey Jaime I* —o lo que es la *Crónica de Jaime I*— detalla minuciosamente el itinerario de Alfonso X, quien dícese que atravesó Zamora, Medina del Campo, Olmedo, Cuéllar, Fuentidueña, Cifuentes, Santa María del Campo, Murcia, Alicante, Santa María del Puig, Burriana, Castellón, Cabanes, Las Cuevas, San Mateo, Ulldecona, Tortosa, Tarragona, Coll de Balaguer, Sant Jordi del Perelló, Cambrils y Barcelona. Habiendo llegado a Perpiñán el 22 de febrero, y aposentándose allí hasta al menos el 11 de abril, el monarca hubo de pedir el beneplácito del rey de Francia, Felipe III, para cruzar su territorio hasta Belcayre. Las reuniones con el papa se extendieron desde principios de mayo hasta finales de junio o comienzos de agosto.

Y es aquí cuándo y dónde empieza nuestra historia.

Tal y como apunta Manuel González Jiménez en su obra *Alfonso X el Sabio*, muchas muertes confluyeron en aquella trágica temporada, entre ellas las de doña Leonor y don Fernando de la Cerda —hijos de Alfonso X y Violante de Aragón— y la de Alfonso Manuel, el primogénito del infante Manuel —hermano de Alfonso X—, además de las acaecidas con motivo de la guerra que se estaba librando en la zona fronteriza contra los benimerines. Y es que, precisamente, la ausencia del rey fue fundamental para el desarrollo de esta campaña bélica que, sin duda, marcó el porvenir de los reinos de Castilla y León.

La *Crónica de Alfonso X* nos relata la llegada de estos muslimes y los muchos daños que ocasionaron junto con las tropas del rey nazarí de Granada, Muhammad II. Así lo narra también Ibn Abi Zar en su *Rawd al-Qirtas*:

> El emir de los musulmanes, Abu Yusuf, partió con todo su ejército para acometer a los infieles y no se paró, ni se detuvo a hacer caso de los que se retrasaban, ni gustaron sus párpados el sueño, ni saboreó comida ni bebida hasta llegar al Guadalquivir, por miedo a que se apercibiesen los cristianos de su avance o fuesen avisados. Allí confió a su hijo el emir Abu Yaqub la vanguardia y le dio cinco mil caballeros, banderas y tambores; sus tropas se

> extendieron por las tierras del Guadalquivir como una inundación o como una nube de langostas que alza el vuelo; no pasaron junto a árbol que no talasen, ni por aldea que no arrasasen, ni por rebaño que no robasen, ni por mieses que no incendiasen; se apoderaron de todos los rebaños de la región, mataron a los hombres que encontraron, cautivaron a los niños y mujeres, y continuaron su marcha hasta el castillo de Almodóvar, en tierras de Córdoba, matando, robando y quemando los sembrados, destruyendo alquerías y propiedades, hasta asolar todos los alrededores de Córdoba, Úbeda, Baeza y sus dependencias; mataron innumerables miles de cristianos y cautivaron otro tanto de mujeres y niños. Tomó la fortaleza de Huelma por asalto, se apoderó de todo lo que en ella había y las manos de los benimerines se llenaron de botín; el emir de los musulmanes mandó reunir todas las vacas, rebaños, acémilas, infieles, esclavas, niños, vestidos y pertrechos, y el número que se reunió llenó valles y montes, sin que fuera posible contarlo; hizo que el botín avanzase delante de él, destruyó con talas, incendios y devastaciones todos los sitios por donde pasó y pegó fuego a todos aquellos campos, tanto que el país parecía iluminado por el alba.

Con independencia de las cifras —con las que hay que ser cuidados debido al carácter propagandístico de las crónicas, que buscan ensalzar a sus gobernantes y sus victorias—, lo cierto es que la amenaza muslime era muy real. Y Fernando de la Cerda, quien había quedado al mando durante la ausencia de su progenitor, lo sabía. De ahí que convocara a todos los señores de armas y sus vasallos para que se personaran en la frontera.

El infante partió de Burgos a paso lento, para que las huestes pudieran unirse a él poco a poco y marchasen todas juntas, y a mediados de julio se detuvo en Villa Real, donde, según la *Crónica de Alfonso X*, le alcanzó la noticia de los sonados desastres en Écija y Martos, en los que habían perecido el adelantado mayor de Andalucía, Nuño González de Lara, y el arzobispo de Toledo, don Sancho de Aragón, hijo del rey Jaime I de Aragón.

Según se cuenta, Nuño González de Lara había asentado bases en Écija contra los moros. En un principio, no pretendía hacerles frente, dado que los superaban en número; sin embargo, uno de sus hombres lo instó a que lo hiciera, pues de ocultarse tras los muros de la ciudad parecería que estaba huyendo. Esto fue, a todas luces, un terrible consejo. Abu Yusuf envió la cabeza del adelantado mayor

de Andalucía a Muhammad II, rey de Granada, para que tomase la correspondiente parte del botín de aquella fructífera cabalgada que no solo acabó con un gran señor, sino que también menguó de manera considerable las tropas cristianas. Posteriormente, la cabeza de don Nuño González de Lara fue trasladada a Córdoba, para recibir sepultura junto a su cuerpo. A pesar de la derrota, Écija quedó bien resguardada gracias a don Gil Gómez de Villalobos y sus hombres, que entraron en la plaza y la pusieron a buen recaudo con saetas y ballestas suficientes.

En Martos sucedió algo similar. El arzobispo de Toledo, don Sancho de Aragón, reunió a sus vasallos de Toledo, Talavera, Guadalajara y Madrid para partir hacia la frontera, donde debían esperar los refuerzos de don Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya. No obstante, el comendador de Martos lo azuzó a perseguir a los benimerines y sorprenderlos, pues, según él, estaban cansados de guerrear y llevaban consigo un gran botín de mujeres, hombres y ganado. La batalla culminó con un buen número de fallecidos y con don Sancho de Aragón preso. La crónica relata que los muslimes entraron en disputa debido a qué no sabían quiénes debían encargarse de llevar prisionero a un hombre tan ilustre como don Sancho de Aragón, si los benimerines o los nazaríes. Al final, el arráez de Málaga lo mató diciendo: «Non quiera Alá que por vn perro se maten tantos buenos commo aquí están». Tras lo cual, le cortaron la cabeza y la mano en que llevaba el anillo arzobispal.

Más tarde, Lope Díaz de Haro recuperó la cruz de don Sancho de Aragón y lo que quedaba de su cadáver, mientras que el comendador mayor de Calatrava consiguió que los moros le devolviesen la cabeza del susodicho.

Cabe mencionar que existe una problemática en torno a las fechas de ambas contiendas, y es que los *Anales toledanos* y la *Crónica de Alfonso X* difieren en cuanto a ellas. La *Crónica de Alfonso X* data lo sucedido en Écija en mayo de 1275, y lo de Martos, aunque no lo especifica, sí que lo sitúa antes del fallecimiento de Fernando de la Cerda. Es más, tal y como he apuntado, esta fuente insiste en que el infante conoció estos desastres en Villa Real. Por su parte, los *Anales*

toledanos localizan la batalla de Écija en septiembre de 1275 y la de Martos, a finales de octubre de ese mismo año.

A pesar de que Manuel González Jiménez, catedrático de Historia medieval de la Universidad de Sevilla y estudioso del tema, defiende que las fechas verdaderas son las que proponen los *Anales toledanos,* por motivos meramente narrativos he decidido acogerme a las otras. Solo de esta manera se podía impulsar la acción necesaria para que la historia que se cuenta en esta novela funcionara.

Por tanto, atendiendo a las fechas estipuladas por la *Crónica de Alfonso X*, ante tan trágicas pérdidas, Fernando de la Cerda envió misivas prometiendo que liberaría las tierras de los males de los benimerines y Muhammad II, quien se había levantado en armas, violando la paz que había jurado mantener con Alfonso X. Por desgracia, jamás llegó a cumplir con su palabra. En el 24 o 25 de julio de 1275, habiendo sufrido de una gran dolencia, el infante falleció. Y a sabiendas de que este era su destino, le encomendó a don Juan Núñez de Lara, señor de Albarracín, que velara por los intereses de su hijo mayor, Alfonso de la Cerda, quien debía ascender al trono cuando Alfonso X, su abuelo, rindiera el alma. A partir de entonces, el señor de Albarracín se encargó de la crianza y la custodia de los infantes de la Cerda y se proclamó principal adalid de la facción que defendía sus derechos a la corona.

El infante Sancho reaccionó con premura y tomó el relevo de su hermano mayor en Villa Real, desde donde animó a las tropas y las encabezó en la lucha contra los muslimes. Ya en Córdoba, estableció que los maestres de Calatrava y Uclés se encargaran de la defensa del reino de Jaén junto a su leal aliado Lope Díaz de Haro, y que Fernán Ruiz de Castro y Esteban Fernández de Castro se ocuparan de Córdoba. Mientras, él se dirigió a Sevilla con la firme intención de armar una flota.

Sancho, que, pese a tener diecisiete años, era ducho en cuestiones de Estado por haber participado en algún que otro asunto político, no tardó en anunciarse como futuro heredero del rey don Alfonso. La *Crónica de Alfonso X* asegura que, todavía en Villa Real y con el cuerpo caliente de su difunto hermano, se reunió con don

Lope Díaz de Haro para así urdir argucias que lo impulsaran al gobierno. Y, precisamente, la guerra contra los benimerines era una de esas estratagemas que no solo le ganaría el favor de su padre, sino también del pueblo llano. De ahí, los muchísimos méritos que hizo en batalla.

Finalmente, la contienda bélica se saldó a base de muertes y treguas, como viene siendo usual, y, tras varias derrotas, Abu Yusuf y sus hombres retornaron a África en enero de 1276.

Para entonces, Alfonso X ya había regresado a tierras castellanas. Y habiendo cruzado por Cataluña, Valencia, Cuenca, Abuete y Alcalá de Henares, se estableció en Camarena, una villa cercana a Toledo.

Era evidente para todos que el fallecimiento de Fernando de la Cerda y el autonombramiento de Sancho como heredero al trono habían ocasionado un problema sucesorio que no se solventaría con facilidad. En especial porque la ley vigente y la tradición castellana entraban en conflicto. Durante los siglos XI, XII y parte del XIII, en Castilla había predominado la norma ancestral de que, tras la muerte del heredero, debía ser proclamado como tal aquel varón que le siguiera en la línea de sucesión, es decir, el hermano de este, si es que lo hubiera, pues para eso era también hijo de rey. Sin embargo, el *Libro de las leyes* —lo que hoy conocemos como las *Partidas*— había cambiado por completo esta fórmula. Este nuevo corpus jurídico, redactado e instaurado por Alfonso X, promulgaba que, a la muerte del heredero, había de gobernar el hijo de este. Es decir, que, según lo decretado por el rey don Alfonso, era el pequeño Alfonso de la Cerda quien resultaba legítimo heredero. Y no el infante Sancho.

Prueba de que las *Partidas* habían entrado en vigor y a ella se atenían fueron las consiguientes actuaciones de Sancho. Y es que, tal y como advierten María Antonia Carmona Ruiz, catedrática de la Universidad de Sevilla, en su artículo «La sucesión de Alfonso X: Fernando de la Cerda y Sancho IV», y Manuel González Jiménez, el infante modificó parte de la normativa para disminuir la edad pertinente para reinar, que pasó de veinte a diecisiete años. De esta manera, trató de encumbrarse por encima de sus sobrinos.

Desde luego, eran muchos los que favorecían la causa de Sancho, y así se demostró en la reunión que el rey Alfonso convocó en Toledo, entre enero y febrero de 1276, para tratar el delicado asunto sucesorio. La *Crónica de Alfonso X* recoge que el señor de Vizcaya, don Lope Díaz de Haro, alabó la actuación de Sancho en el campo de batalla, y que su tío, el infante don Manuel, habló así:

> Sennor, el árbol de los reyes non se pierde por postura nin se desereda por ý al que viene por natura. E si el mayor que viene del árbol fallesçe, deue fincar la rama de so él en somo. E tres cosas son que non son postura: ley nin rey nin regno. E cosa que sea fecha contra qualquier de éstas, non vale nin deue ser tenida nin guardada.

La imposibilidad de solucionar esto obligó a realizar un debate en unas Cortes en Burgos, el 30 de abril de 1276, en la que Sancho recibió el apoyo de los concejos, el pueblo y buena parte de la nobleza, que se arracimaba en torno al señor de Vizcaya, principal valedor del infante.

Cabe destacar que esta decisión no atañía únicamente a la política interna de los reinos. El difunto Fernando de la Cerda había casado con doña Blanca de Francia, la hermana del rey de Francia, Felipe III. Manuel González Jiménez, en su artículo «La sucesión al trono de Castilla: 1275-1304», comenta que el cronista catalán Bernat Desclot afirmaba que el contrato matrimonial entre Fernando de la Cerda y Blanca de Francia contaba con una cláusula que estipulaba que, de morir el infante Fernando, serían sus hijos los declarados herederos al trono. Una versión de la *Crónica general*, de mediados del siglo xv, también recoge esta disposición.

Con independencia de lo anterior, lo cierto es que las relaciones entre Alfonso X y Felipe III ya estaban resentidas debido a la sucesión del reino de Navarra, y esto terminó por agrietarlas.

A sabiendas de que la situación en la que se hallaban Blanca de Francia y los infantes de la Cerda era harto complicada, Felipe III mandó una embajada a Burgos con el fin de hacer valer los derechos de sus sobrinos. Parece ser que, ante la negativa de Alfonso X, se insistió considerablemente en que, al menos,

permitiera que los niños y Blanca de Francia salieran de Castilla, una propuesta que tampoco fue aceptada.

La guerra empezó a palparse en este marco de duras negociaciones. En septiembre, don Alfonso se trasladó a Vitoria mientras Felipe III organizaba sus huestes y se apostaba en el vizcondado de Bearne. Con respecto a esto, merece la pena indicar que el infante Sancho había sido prometido en 1270 con Guillerma de Moncada, hija de Gastón VII de Bearne, a quien rechazó por, según él, ser fea y poseer mal carácter. Este incipiente matrimonio ni llegó a consumarse ni llegó a disolverse, lo que *a posteriori* trajo problemas. María Antonia Carmona Ruiz señala que quizá la reacción deplorable de Sancho ante Guillerma de Moncada respondiera al consejo de su querido abuelo materno, el rey Jaime I de Aragón, al igual que otros tantos movimientos políticos que llevan su sello personal. Un ejemplo de ello es la negativa de Sancho a ser nombrado caballero junto a sus otros hermanos por Fernando de la Cerda, una ceremonia que se produjo durante los festejos de las nupcias de este con Blanca de Francia. La *Crónica de Alfonso X* cita este hecho tan peculiar, y el *Libro de los hechos del rey Jaime I* reconoce que fue por su consejo que Sancho actuó así.

No obstante, incluso con las mesnadas preparadas, Felipe III mandó una segunda embajada a Vitoria, liderada por Roberto, conde de Artois; fray Arnulfo de Vicemala, fray Guillermo de Vilareto y el célebre vizconde de Bearne, Gastón VII. Tras incesables reuniones, finalmente, el 7 de octubre de 1276 se firmaron dos acuerdos, para lo que fue menester la intervención del papa Juan XXI.

Alfonso X se comprometió a anular los homenajes que había recibido el infante Sancho y a convocar unas nuevas Cortes, en el plazo de un año, en las que se discutiera una vez más la sucesión al trono. En ella habían de coincidir una comisión de juristas franceses y castellanos, y, desde luego, la decisión tomada había de ser acatada por todos. Además, prometió una amnistía y la devolución de las rentas y propiedades a don Juan Núñez de Lara, Nuño González de Lara y sus seguidores, es decir, los defensores de la causa de los infantes de la Cerda. Y es que, en un arranque de

lealtad infinita hacia el difunto don Fernando de la Cerda, los Lara se habían desplazado a Francia para prestar vasallaje a Felipe III.

Por supuesto, toda esta problemática no solo repercutió en la política interior y exterior de los reinos, sino también en la propia familia real, que se había visto sometida a tal grado de presión que paulatinamente se fue fragmentando. De hecho, unos años más tarde, en 1278, la reina doña Violante se refugió en Aragón junto con sus nietos —los infantes de la Cerda— y Blanca de Francia, amparándose en la seguridad que le ofrecía su hermano, el rey Pedro III de Aragón. En un principio, esta fuga podría atribuirse a tres motivos: la muerte de don Fadrique, la preferencia por los hijos de don Fernando de la Cerda y el más que posible maltrato que sufriera la reina a manos de su marido, quien podía padecer excesos de ira desde hacía ya tiempo. Así lo insinúa la *Crónica general de Pedro el Ceremonioso*.

A pesar de la inclinación de doña Violante por sus nietos, en 1285, la reina regresó a Castilla ahogada en deudas, las cuales fueron saldadas por su hijo Sancho con el dinero recaudado para el ejército. Personalmente, he querido ver aquí un gesto de amor incondicional de Sancho hacia su madre, y así lo he presentado en la novela, del mismo modo que los probables abusos de Alfonso X hacia su esposa.

El vínculo entre Violante de Aragón y don Alfonso no fue el único que se debilitó sobremanera, hasta el punto de que doña Violante no acompañó al rey Sabio en sus momentos finales; la relación entre padre e hijo también sufrió altibajos constantes. En 1281, Sancho se negó en redondo a que Alfonso X dividiera los reinos entre él y el pequeño Alfonso de la Cerda. Como consecuencia, se propuso que el pequeño heredase Jaén como feudo, pero Felipe III de Francia rechazó la oferta, que consideró un insulto. Así, entre idas y venidas, en 1282, el rey Alfonso se decidió por derogar el derecho hereditario de su hijo y retomó su intención de atenerse a las *Partidas*. Todo esto derivó en una rebelión contra él, que el propio Sancho levantó con la ayuda de sus nobles más fieles.

Finalmente, Alfonso X murió el 4 de abril de 1284, en el alcázar de Sevilla, y Sancho, que por entonces contaba con veinticinco años y

ya había casado con María de Molina, fue reconocido como rey.

Unos últimos apuntes me obligan a detenerme en este matrimonio. Si bien es cierto que en la novela presento a una María de Molina enamorada y subyugada al infante, y a un Sancho que, recién arribado de la batalla y en medio de esta crisis sucesoria, ya se plantea una posible unión con ella, en parte por atracción y en parte por motivos estratégicos y políticos, en realidad esto no sucedió así. Sancho y María de Molina no coincidieron en 1276 en el ambiente que yo dispongo, sino en 1282, en el bautizo de Violante Sánchez de Castilla, la hija que el infante había engendrado con María de Meneses, prima de María de Molina, y de cuya criatura era madrina. Esta relación consanguínea causó bastantes problemas; no obstante, era muy común contraer esponsales entre parientes, singularmente entre familias reales, de ahí las bulas papales y la gran cantidad de matrimonios que, por una u otra razón, acababan por declararse nulos. Un ejemplo de ello es el de Alfonso IX de León —padre de Fernando III el Santo, abuelo de Alfonso X y bisabuelo de Sancho— con Berenguela de Castilla.

Sobre estos hechos se vertebra gran parte de la trama de *La duquesa bastarda*. El resto de la narración ha sido confeccionada para contar una historia diferente, un poco más íntima pero igualmente política: la de una mujer que llega a tierra extraña y se ve arrojada a una vida llena de lujos pero de gran dureza, una vida que no cumple con las expectativas que albergaba. Mathilde queda así enredada en una maraña de entresijos políticos y personales en la que ella misma no distingue si es la mosca a la que devorarán o la araña que ha enhebrado esa telaraña sedosa para capturar a sus enemigos. Y entre amores, secretos, alianzas y muertes no resueltas, sobresalen la cotidianidad a la que se atenían las féminas durante la Edad Media y la estricta rigidez que se les inculcaba durante su infancia, que en este libro genera traumas imposibles de erradicar y que casi parecen pasar de generación en generación, provocando una suerte de maldición. Porque, al final, aquí todo bascula en torno a la supervivencia.

Por tanto, Mathilde Leblond y su extensa familia son de invención propia, y lo mismo sucede con don Pedro de Lara y la célebre doña

Beatriz de Aguilar. No obstante, todos estos personajes están ligados a linajes nobiliarios reales; de hecho, algunos de sus miembros son mencionados en la novela e incluso aparecen como tales. Es el caso de Nuño González de Lara, adelantado mayor de la frontera de Andalucía, que aquí actúa como tío de don Pedro de Lara y que fue padre de los señores de Albarracín y Estella, don Juan Núñez de Lara y Nuño González de Lara, quienes también están presentes. Esto se aplica igualmente a Fernán Ruiz de Castro y Esteban Fernández de Castro, que estuvieron combatiendo en Córdoba contra los muslimes, y que aquí están vinculados con don Ramiro Fernández de Castro, señor de Cigales y esposo de doña Mencía de Lara.

Evidentemente, el condado de Nailloux, el ducado de Valdívar y otros territorios bajo dominio señorial, como el ducado de Chisseaux, el condado de Aguasvivas, el marquesado de Navalosa y el vizcondado de Barmont, de donde proceden los primeros pretendientes de Mathilde, son ficticios. Y es que, con el fin de no implicar a otros linajes y trastocar así la historia, lo que podría llevar a los lectores a posibles equívocos, me pareció pertinente crear unos nuevos.

Por último, los amuletos, talismanes y piedras con poderes mágicos que se hallan en varios pasajes han sido extraídos de una fuente real, que es el *Lapidario* del rey Alfonso, en el que se compila una infinidad de gemas según los signos del zodiaco, las fases de estos y la conjunción de los planetas.

No querría finalizar sin una advertencia: toda modificación que se haya realizado en esta novela con respecto a los datos que actualmente poseemos sobre la crisis sucesoria de Alfonso X, amén de las otras muchas figuras históricas que quedan aquí representadas, se debe única y exclusivamente a motivos estéticos y literarios.

Agradecimientos

Dicen que escribir es un trabajo muy solitario; sin embargo, yo no he podido sentirme más acompañada durante el proceso de creación de esta novela. De hecho, ha sido, sin lugar a dudas, la historia que más he disfrutado de todas las que han visto la luz hasta el día de hoy. ¡Y eso que ni siquiera trata sobre al-Ándalus! Por eso, quería agradecer profundamente a todas las personas que se han visto implicadas en este proyecto.

A mi marido, Alejandro, que es hogar y refugio, además de la persona que ha escuchado con atención el avance de cada capítulo, ha vivido la escritura, la reescritura, la temida corrección, y ha sido un apoyo constante. Gracias por no soltarme la mano, por no dejarme enloquecer ni perderme entre tiempos pretéritos.

A mis padres, a mi hermano y a Penélope.

A mis primeras lectoras, las de siempre, las de toda la vida: Ana, Cristina y María.

A mis amigos incondicionales: Manu, Irene, María Rosa, Noelia, Antonio y Lucas. A Lucas en especial, por las muchas anécdotas que acaban sirviéndome de inspiración. Gracias infinitas, porque entre estas páginas hay una de ellas.

A mi querida amiga Raquel, que siempre acude para salvarme cuando me embarco en novelas ambientadas en los reinos cristianos y me presta crónicas, libros y una cantidad indecente de información.

A Miriam Mosquera y Ángela Vicario, grandes escritoras y grandes historiadoras, que no han dudado ni un solo segundo en adentrarse conmigo en pleno siglo XIII y fangirlear un ratito. Porque no hay nada que nos guste más que un señor medieval de moral gris.

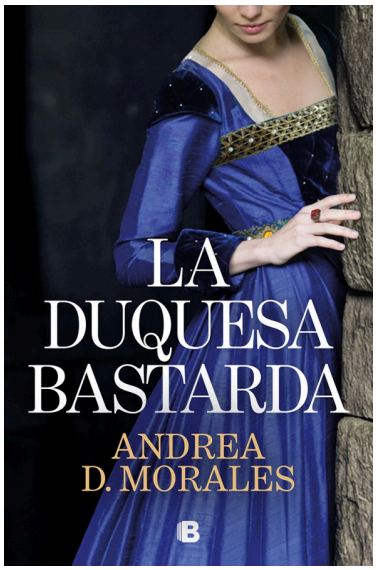
A Victoria Álvarez, por ser una compañera y amiga maravillosa, por aconsejarme de mil maneras y permitirme andar con ella este camino tan bonito que es el de la literatura.

Por supuesto, todo esto habría sido completamente imposible sin el fabuloso equipo de Penguin Random House y Ediciones B: maquetadores, diseñadores de cubierta, a quienes sé que les he dado la vida mártir. Sin mi correctora, Gabi. Y sin Carmen Romero, quien se enamoró de inmediato de Mathilde Leblond y don Pedro de Lara, y decidió que esto merecía todo y más.

Gracias de todo corazón a Clara y a Jordi, mi equipo particular. No hay una sola batalla en este mundo literario que luche sin ellos. Gracias por ser, por estar, por confiar, por creer en mí cuando me flaquean las fuerzas, por tironear y levantarme. Por ser espada y escudo.

Y, por último, gracias a ti, lector, por haber llegado hasta el final. Sé que, en ocasiones, cerrar el libro se vuelve una tarea harto complicada, pero pierde cuidado, tú y yo volveremos a encontrarnos dentro de muy muy poco en otra historia, en otro año, mas siempre en nuestra bienamada Edad Media.

Tras los muros del castillo, nada es lo que parece.



1275. Mathilde, hija bastarda de un conde francés, contrae matrimonio con don Pedro de Lara, un poderoso duque de Castilla. Al abandonar su tierra natal y la refinada corte francesa, la joven debe adaptarse al frío castillo de su esposo, en un reino asediado por una crisis sucesoria y una guerra a la que su marido ha de marchar.

Sin apenas hablar una palabra de castellano, Mathilde se quedará sola en las inmensas estancias de piedra que ahora son su hogar, rondada por la anciana duquesa viuda y sus turbias sirvientas. Pronto empezará a sentir que la sombra de la anterior esposa de don Pedro, muerta en extrañas circunstancias, se cierne sobre ella…

Con esta deslumbrante novela repleta de misterio, intriga y pasiones, Andrea D. Morales nos traslada a la peligrosa corte de Alfonso X y a un dominio tan fascinante como poco

conocido: el de las damas medievales que gobernaban sobre sus tierras y vasallos mientras los hombres luchaban en la guerra.

La duquesa bastarda **nos habla, a través de una trama tejida de secretos, alianzas y traiciones, del poder de supervivencia de las mujeres en el mundo hostil al que estaban destinadas y nos muestra las batallas que libraban tras los muros del castillo.**

Andrea D. Morales nació en Sevilla el año 1995 y allí estudió Historia. Se especializó en la Edad Media y, en concreto, en Historia de género en al-Ándalus. Ha sido profesora en diversas academias de literatura. Entre sus obras ya publicadas se encuentran *Bajo la luz del faro* y el libro de no ficción *Divinas*. Con *La última sultana*, *La dama de la judería* y *La biblioteca de Córdoba* se consagró como una de las voces más prometedoras del género histórico en España.

La duquesa bastarda es su última novela.



Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Andrea D. Morales
Autora representada por IMC, Agencia Literaria, S. L.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imágenes de portada: Guillem H. Pongiluppi, basado en la fotografía original de Richard Jenkins Photography © 2025

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8426-2

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La duquesa bastarda
Prólogo
Primera parte
1. La búsqueda
2. Los pretendientes
3. La señora de Cigales
4. Secretos entre damas
5. Esperanzas renovadas
6. Quien será mi esposo
7. Intimidad
8. De palabra
9. Una vida atrás
10. *Magnitad, magnetes* e imán
Segunda parte
11. Eva o Dalila
12. Valdívar
13. A esto llaman hogar
14. Decid mi nombre
15. Alianza
16. Quien a hierro mata, a hierro muere
17. Mi querida amiga, mi bienamada hermana
18. Nuevas
19. Ya no estáis en Francia
20. Excrementos y un balde de agua
21. El reencuentro
Tercera parte
22. La Casa del Rey
23. Levantando a los muertos
24. La maldición de un linaje
25. El fin de una era
26. El Bravo
27. Por el bien de las mujeres
28. Toledo
29. *Penitenciagite*
30. Sangre o bendición
31. Las hogueras que nos cercan
32. La lucha de un ejército
Cuarta parte
33. Polvo eres y al polvo volverás
34. Donde habitan los muertos
35. El castigo de Eva
36. El precio de la sangre
37. Y fue la luz

38. Ojo por ojo, diente por diente
39. Cualquiera que matare será culpable de juicio
40. Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres
Epílogo
Notas de la autora
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Andrea D. Morales
Créditos